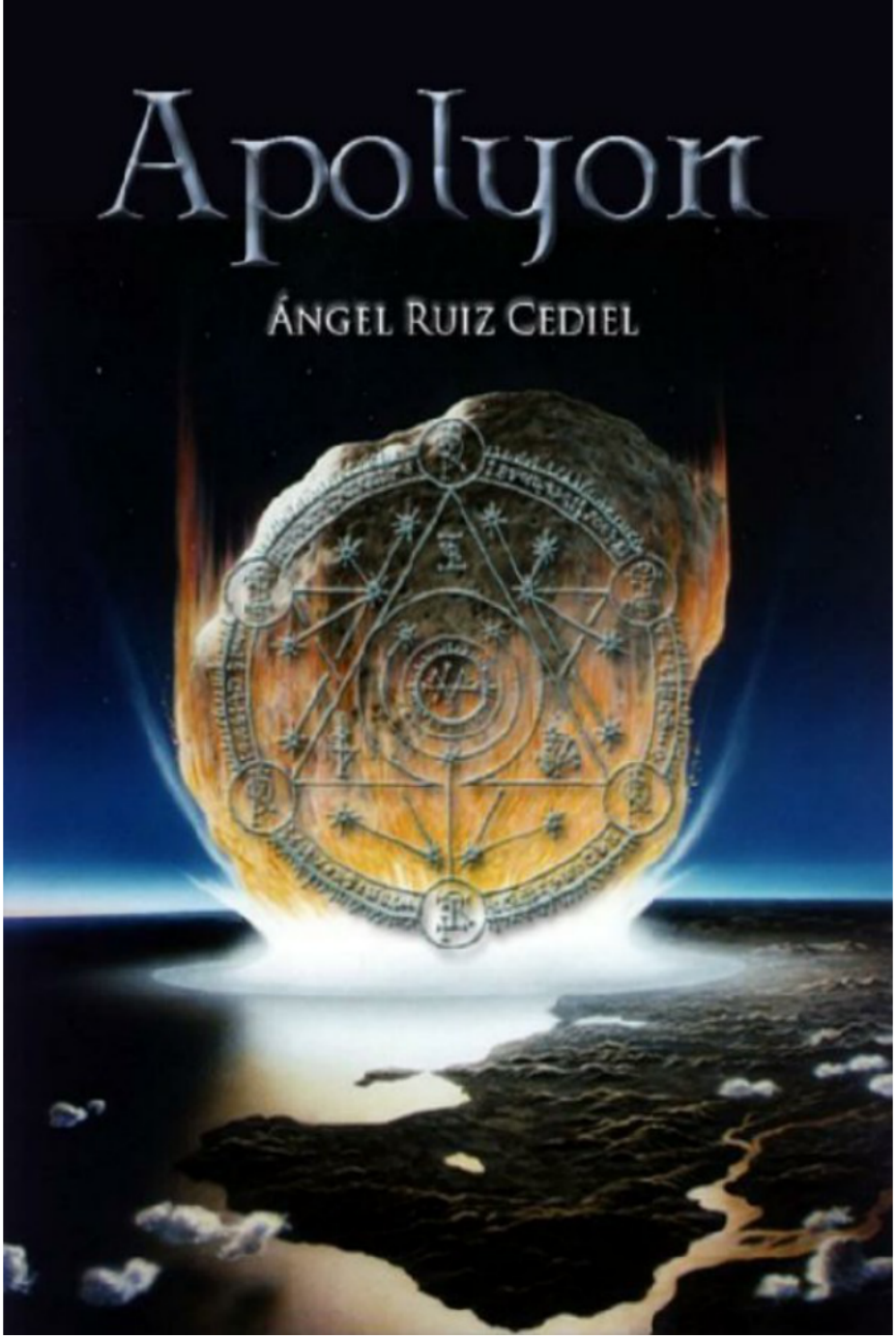
Apolyon

ÁNGEL RUIZ CEDIEL



Apolyon

©Ángel Ruiz Cediel

© 2010 Ángel Ruiz Cediel
© 2014 Ángel Ruiz Cediel

Título Original: Apolyon

Editado por:
ARC EDICIONES
Manuel Machado, 25
28806 Alcalá de Henares, Madrid
E.Mail: arc@angelruizcediel.es
Web: www.angelruizcediel.es

Autor: Ángel Ruiz Cediel
Diseño Portada: Heliodoro Dosalas

ISBN: 978-84-934226-9-1

Ninguna parte de este libro, incluida la portada, puede ser reproducida en forma alguna, sin el consentimiento expreso y por escrito del autor.

Impreso en España

4ª Edición

«El quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que cayó del cielo a la tierra; y se le dio la llave del pozo del abismo.» ***Apocalipsis 9:1***

«Y tienen por rey sobre ellos al ángel del abismo, cuyo nombre en hebreo es Abadón, y en griego, Apolión.» ***Apocalipsis 9:11***

---

1 Postulado

Elegir, a veces, es una tragedia. Nadie está preparado para hacer cierta clase de elecciones, y la que tuve que tomar fue la más difícil. He cambiado, sí, acaso sufriendo una metamorfosis que me trasformó de cazador en presa, quién sabe si como condición necesaria para enfrentarme a mí mismo, primero, y disponiéndome para comprender el alcance de la elección, después. Di y quité importancia a la vida, precisamente al final de mi carrera. A algunos les cambian golpes de suerte, un amor más o menos oportuno o hasta puede ser que un descalabro llegado de improviso; pero a otros nos modifican a la fuerza porque nos elige un criminal o un destino, y cuando uno se enfrenta a lo que es en verdad comprende que está conformado por lo mínimo, pero que lo grande se mueve por lo aparentemente insignificante. La elección, en tal caso, es más difícil todavía. ¿Cuánto peso puede soportar un hombre?

Tal vez no sea sencillo comprenderlo así, con palabras sueltas que pudieran parecer que no tienen sentido. Soy policía. En realidad, creo que he sido policía desde antes de nacer, como si ese fuera mi sino y para eso hubiera sido concebido. Mi mundo era menudo hasta entonces, manejable, ordenado y, de alguna manera, tranquilo o previsible, el cual ya se resolvía en una jubilación que tenía al alcance la mano. Mi retiro ya no llegará nunca, y me es indiferente. No he cometido ningún delito, pero ya no creo en nada de lo que me sostuvo, como si todo mi pretérito hubiera sido un teleteatro. Credos, fes, leyes, todo se ha desvanecido y, sin embargo, nunca creí tanto como ahora, en la vida tuve más fe en algo que en estos instantes ni jamás tuve por más cierta una ley que estos momentos en que la ley ya no existe. Ya no soy nadie ni queda casi nada en el mundo que me importe. Sí, he dicho «casi» nada, porque estoy aquí protegiéndolo como algo más esencial que mi existencia o que el mismo universo que se ha vuelto contra la especie para exterminarnos. He cambiado y lo han hecho también el mundo y las reglas: todos lo hemos experimentado a la vez y para siempre. Nunca nada volverá a ser como fue, porque al futuro o a la desolación solamente se viaja con billete de ida. La vida es un reloj enorme que tiene todas las horas: una para nacer y otra para morir, una para ser y otra para cambiar... Las tiene todas, y todas ellas están contadas. Como promedio un hombre vive once millones de

segundos, pero hay uno —escondido entre esa caterva de tiempo— que es más importante que los demás. Me llegó ese segundo, el momento del cambio, y todo fue tan rápido, tan violentamente súbito, que aún me cuesta trabajo comprender cómo pudo pasar mi vida del orden al caos y del todo a la nada en tan corto plazo. Inopinadamente se derrumbó mi orden de valores, mis creencias y la totalidad de mis esperanzas, dejándome solo ante una existencia embargada por la incertidumbre.

Las elecciones de los niños son simples, eligen entre lo que desean y lo que no, entre lo que les complace y lo que les desagrada, y punto. El problema en los adultos es que muchas veces no sabemos entre qué elegimos, o tal vez sea que los problemas son tan complejos que no conocemos los límites y entonces es preciso recurrir a urgencias o a prioridades, aunque en muchas ocasiones ni siquiera estas estén bien definidas o no sepamos cuánto pesa cada una en la elección que tenemos que tomar. Para los adultos todo es complicado, borroso, indefinido, y tanto más si el mundo se tambalea o nos sobrevuela la tragedia. La mayoría de las veces no se elige siquiera entre algo bueno y algo malo, e incluso es posible que ni siquiera tengamos conciencia de entre qué elegir. Yo tomé mi decisión, sin embargo, y ahora que no soy nadie ni tengo nada sé que esta me ha trasmutado; pero lo que más me sorprende es que no lo lamento, no sé si porque tal vez fue la correcta. Nunca podré saberlo ya, no obstante.

Mi trasformación —ahora lo sé— comenzó una tarde de finales de noviembre con un caso un tanto especial. Al principio por lo menos no parecía sino la rutina de unos homicidios como tantos, acaecidos en una sociedad convulsionada por una crisis internacional que había disparado la violencia hasta niveles inimaginables. Aquel día me tomé la mañana libre porque tuve que atender algunos asuntos personales, y no fue sino hacia el mediodía que escuché en la radio de mi automóvil, mientras regresaba a mi casa a comer, que desde primera hora del día se habían ido perpetrado en la ciudad una serie de crímenes —hasta seis, vinculaban entre sí los medios— que habían conmocionado la vida cosmopolita. Pero no fue el número en particular lo que desperezó al policía que era, siempre con los sentidos en guardia ante las cuestiones profesionales, sino el hecho de que todas las víctimas fueran jueces o abogados.

Nunca me gustaron los profesionales de la justicia, entre otras cosas porque la Justicia no debiera ser una profesión sometida a intereses, y tanto los jueces como los abogados siempre se han movido por intereses mejor o peor disimulados; es más, desde que tengo memoria les he profesado la mayor de las antipatías, y en

aquellos momentos hasta me pareció jocoso que entre tantos asesinatos como se cometían últimamente también figuraran como víctimas algunos de ellos. Recuerdo que pensé, e incluso lo dije entre dientes: «Andad, declarad inocentes ahora a quienes os dieron matarile.» Un acto impropio de un policía, que únicamente puede comprenderse y hasta disculparse si se considera que mi vocación policial nació por amor a la justicia y al orden y por resentimiento contra los criminales de todo tipo que convierten las sociedades en tugurios infectos.

Cuando escuché sus nombres supe que a algunos los conocí personalmente, y ninguno de ellos me pareció que hubiera sido una buena persona. Los jueces y los abogados han sido siempre algo parecido a mis enemigos, porque constantemente se las arreglaban para que quien quitaba una vida fuera castigado solamente con unos pocos años de privación de libertad, como si las vidas y el sufrimiento de las víctimas no tuvieran valor; pero esa jaculatoria impiadosa que escupí por el colmillo me pareció suficiente desahogo y me hice el propósito de no volver a pensar siquiera en el asunto, tal vez con la íntima certeza de que habrían sido ajusticiados por reos insatisfechos o por tener vínculos tan rentables como peligrosos con la escoria social con la que solían relacionarse. En fin, que la cosa me pareció algo así como que quien la hacía, la pagaba, por más que me despertara cierto recelo el hecho de que fueran demasiados crímenes en una sola mañana, y sospechosamente todos perpetrados contra miembros de la judicatura, en una ciudad en la que todo lo más solían producirse contra ciudadanos comunes, y por lo común en el curso de algún asalto o por motivos pasionales.

Lo que a esas horas ignoraba es que todos esos casos ya estaban en la jurisdicción de la Central, que le habían sido asignados al odioso juez Andrada y que las mismas oficinas eran un hervidero de políticos y agentes de distintos Cuerpos yendo y viniendo.

En algunos meses más me jubilaba, y sobre mi mesa tenía aún más de cincuenta expedientes sobre otros tantos crímenes que trataba de resolver. Vivíamos tiempos difíciles, porque la enorme crisis económica que asolaba a todo Occidente había producido un gigantesco desempleo y, enjaretado a él, la delincuencia y el crimen habían tomado asientos de preferencia en la rutina. Sin serlo, daba la impresión de que vivíamos en una sociedad que se colapsaba sobre sus propios cimientos. Todos los investigadores estábamos desbordados y pocos agentes en la Central tenían menos de medio centenar de procesos entre manos, la mayoría de los cuales sabíamos que jamás se resolverían por falta de recursos. Neciamente creía que esta cantidad excesiva de trabajo me mantendría a salvo

de que me cayeran nuevos casos, y tanto más si eran tan complejos que requerían una larga investigación; pero hacia la hora de comer, el asesinato en pleno de los miembros Consejo General del Poder Judicial en el salón de reuniones de su propia sede varió el rumbo de los acontecimientos y, apenas entré en mi oficina a primera hora de la tarde, Claudio Cienfuegos, el director, me ordenó que fuera a su despacho.

—Pasa, Antonio. Conoces al juez Andada, ¿verdad?

Imposible no conocerlo. Era uno de los jueces estrella especializado en acaparar espacio en periódicos, revistas y televisión, merced a sus tan disparatados como absurdos sumarios. Lo mismo era capaz de poner en jaque a la nación con investigaciones sobre corruptelas políticas o tramas de tráfico de drogas inexistentes que liaba un tiberio internacional persiguiendo supuestos genocidas que estaban fuera de su alcance, por igual poniendo de uñas a las potencias aliadas de España que enardeciendo al TPI, del cual solía decir que era un burdo antro de intereses políticos. Igual que su propio juzgado, vaya.

Le conocía bien, ya lo creo. En no pocas ocasiones habíamos chocado por diferencias de criterio sobre cómo tratar a un criminal o amparar a una víctima, y el que me requiriera, me confundió. Era un hombre joven todavía, dotado de un olfato especialmente desarrollado para detectar las causas que podían procurarle mayor relevancia o popularidad, y bien se veía que en cuanto llegaron las noticias de homicidios tan relevantes a su juzgado debió mover los hilos necesarios para que le cayeran en suerte. La satisfacción se imprimía en su semblante como una estampilla de correos.

—Claro, ¿quién no? —dije escuetamente mientras le estrechaba la mano, esculpida por diestras manicuras y la cual me dejó impregnado un perfume tan caro como floral.

—Fernández, le supongo enterado de lo sucedido en el CGPJ —me informó telegráficamente el juez, pareciéndome la introducción a una exposición mucho más larga.

—Claro, ¿quién no? —repetí mientras me sentaba.

—A pesar de las posibles diferencias que hayamos podido tener, o precisamente por ellas, he decidido asignarle la investigación del asesinato de los miembros CGPJ —concluyó con una voz suave y algo aflautada que, no obstante, enmascaraba un rigor que no admitía negativas—. Le considero un investigador íntegro, que es exactamente lo que preciso. Como se podrá imaginar, en estos momentos la resolución de este asunto es una prioridad nacional y, por mi parte, ya he recibido presiones incluso del presidente del gobierno. Contará usted con todos los recursos disponibles: carta blanca, en fin. Cuantos hombres necesite, tómelos, sin límite: es una

investigación que no admite restricciones ni demoras. Sin embargo, solo me informará a mí… y al director, claro. Le prohíbo taxativamente hacer ninguna clase de declaración a la prensa, aunque sea extraoficialmente. Ni siquiera facilitará ninguna clase de datos a la Fiscalía: a esos, ni agua. Hay que evitar filtraciones a toda costa. Todos los días quiero un informe con las gestiones y progresos realizados, y cada día yo le daré instrucciones específicas sobre los pasos que debe seguir. En todo momento, yo y solo yo determinaré qué se les cuenta o no a los medios, y esto se hará a través de la Oficina de Prensa.

—Señoría, ¿sabe que en seis meses me jubilo? —le interrumpí con desdeñosa suficiencia, tratando de librarme de la enojosa tarea antes de que me fuera imposible.

—No le estoy dando a elegir, Fernández —determinó el juez, poniéndose en pie y yéndose hacia el ventanal—. Ya nos conocemos y ambos estamos al corriente de que no nos gustamos, cosa que en este momento considero especialmente positiva. Por lo que sé, es el investigador más cualificado que tenemos y el que cuenta con una mayor experiencia, y las diligencias previas de este sumario requieren que nuestros mejores recursos se apliquen al esclarecimiento de los hechos y a la detención de los criminales. Ni pueden interponerse cuestiones personales en este asunto, ni ninguna premura policial tiene mayor prioridad en estos instantes. Páseles a sus colegas todos los casos que estuviera investigando, y céntrese únicamente en este día y noche hasta que lo resuelva y detenga a los criminales. Lo repito: día y noche. Este será su único trabajo.

¿Coba de Andrada?... No; entre nosotros no es que hubiera distancias que nos separaran, sino un abismo que nos ponía en riberas distintas del universo. Algo no me cuadraba, porque en la soberbia del juez no cabían componendas ni pasos de página y tenía merecida fama de que a quien le encaraba se la jugaba, y yo me había enfrentado a él broncamente al menos en cuatro ocasiones últimamente, todas ellas por ingeniárselas para que apenas salieran castigados los influyentes criminales que solían pasar por el juzgado de la Audiencia Nacional que dirigía, si es que no declarados inocentes. Por otra parte, nunca me tuve por un mal policía, pero de ahí a ser tildado como el más cualificado por quien consideraba un adversario, francamente, había un mundo. Mi olfato percibía una tufarada de intereses ocultos que no me barruntaba nada bueno, incluso temiéndome una maniobra de ese sátrapa para privarme de mi jubilación, o quizás algún tipo de venganza personal antes de que pudiera zafarme del brazo de su revancha. No; algo había en este asunto que no me gustaba en absoluto. En la Central había no

uno, sino muchos investigadores notablemente más capaces que yo y con una formación más idónea que la mía, los cuales podrían asumir con mayores garantías de éxito una investigación tan compleja como la que presentía iba a requerir este procedimiento, y no era capaz de encontrar una sola razón que me hiciera merecedor de tal honor, si es que mi designación era eso y no una trampa.

—No obstante, señoría, ya sabe cómo están las calles: todos los investigadores están desbordados de trabajo y entregarles ahora los míos...

—¿Acaso es que no me explico bien? —me interrumpió Andrada con displicencia—. No creo que sea una orden difícil de comprender ni que lo haya dicho demasiado deprisa, Fernández: hace lo que le ordeno, y punto en boca. Si el país arde o se caen tres de sus cuatro paredes, eso es algo que ya no va con usted. ¿Queda claro?...

—Como el cristal —escupí por el colmillo.

Con un sello de resentido enojo imprimiéndose en su semblante, y después de un breve lapso de silencio para recuperar la tranquilidad que momentáneamente había perdido, durante los cuales permaneció inmóvil mirando por la ventana hacia la ciudad y con las manos en los bolsillos de su impecable traje de Armani, se giró hacia mí, me miró con una sonrisa sibilina que me pareció la de un reptil que se disponía a devorar un ratón, y añadió:

—Debería sentirse halagado: le estoy tratando como al mejor investigador y le estoy dando el caso que ha centrado la atención de todo el país…, si es que no del mundo.

—Perdóneme, señoría, por no estar tan seguro de eso como usted —refuté—, porque todo hace pensar que lo sucedido en el CGPJ y lo de los asesinatos de esta mañana están relacionados. Me temo que este asunto me viene demasiado grande, además de que, a poco que se alargue la investigación, será imposible que pueda concluirla en los seis meses que me quedan de servicio activo.

—Tiene que ser posible, no hay otra. Además, ¿lo ve?... Usted es mi hombre: no ha empezado a trabajar siquiera y ya ha establecido un vínculo con esos otros crímenes que los investigadores que se encargaron de aquellos casos ni siquiera han planteado.

—Será que no lo han dicho —redargüí, pisando sus palabras—, porque está en boca de todo el mundo, desde los propios policías a los medios de difusión. Siendo tantas las víctimas del día, y resultando ser todos ellos jueces, no es difícil presumir que puedan estar relacionados todos los crímenes.

Quedaba más que claro que la antipatía que nos profesábamos era mayor incluso que el respeto que mutuamente nos debíamos. Sus ínfulas de superioridad me resultaban insoportables, y sin duda mi escaso lustre de funcionario público a él le desagradaba

profundamente.

—No sea pretencioso, Fernández: era una ironía. Sin embargo, precisamente eso es lo que tenemos que determinar primero que nada: si se trata de un atentado organizado contra una institución del Estado y, de ser así, ejecutado por quiénes y con qué propósito. Los otros casos de esos seis colegas se les asignaron en principio a otros jueces, pero ya están en mi juzgado, que es decir en sus manos. Puede que no sean hechos vinculados, pero no podemos desdeñar ninguna pista; es más, esta será la primera hipótesis de trabajo, sin perjuicio de las que pudieran aparecer cuando comience la investigación.

Todo el asunto seguía pareciéndome absurdo, y ahora tanto más cuando se partía de un potencial compló que atentaba contra el Estado. ¿Qué pintaba yo, a medio año escaso de mi retiro, al frente de ese tinglado tan complejo, sin ser el más capaz y ni siquiera el mejor formado de los inspectores que había en la Central?... ¿Estaban acaso tendiéndome una trampa o previniendo una cabeza de turco para que el asunto no se resolviera en la forma, modo y tiempo adecuados?...

Claudio, tratando de zanjar tan áspero encuentro e imprimir cierta profesionalidad a la situación, tomó la palabra y me puso al corriente de quiénes se habían encargado de las investigaciones de los otros seis crímenes, alargándome una abultada carpeta que contenía todos los datos preliminares.

Por mi parte, aunque prestaba atención a lo que el director me decía, no pude evitar deslizar una mirada por el rabillo del ojo al juez Andrada, quien había vuelto a la ventana y mantenía la estática pose de antes. Le veía mirar la ciudad, y no me costaba trabajo suponer que quizás estaría pensando en que unos asesinos le habían allanado el camino al pináculo del Poder Judicial, librándole de muchos y muy enconados adversarios. Podía oler su jactancia, tal vez palpar su gozo por la extinción de sus enemigos más radicales. Porque si el juez Andrada era todo un divo mediático que gozaba de gran popularidad por la repercusión social que habían tenido algunos de sus casos, esa misma notoriedad de astro televisivo le había granjeado viscerales antagonistas entre sus colegas de la Audiencia Nacional, quienes le nombraban por lo bajini como «Sarita» —acróstico de Señoría Arrogante, Ridículamente Injusta, Tramposa y Altanera—, remoquete que por acertado con su devenir profesional y su natural algo amanerado habíamos aceptado como identificativo de Andrada en la Central. Este acontecimiento era para él su desquite personal y, al mismo tiempo, su oportunidad de saltar a la cumbre de la judicatura sin oposición alguna. Como policía con más de treinta años de

profesión, baqueteado en poder discernir por pequeños indicios la potencialidad criminal de un sospechoso, me pareció Andrada el candidato idóneo a ser el ejecutor de esos asesinatos; pero lo desmentía la cobardía que podía adivinársele como rasgo principal de su carácter. La soberbia solamente era una máscara que travestía su pusilanimidad.

—Ponte a trabajar enseguida —concluyó Claudio—. Después de que su señoría y yo terminemos los asuntos que tenemos pendientes, iremos al CGPJ a ordenar el levantamiento de los cadáveres. No repares en medios, Antonio, y sírvete de quien mejor te pueda asistir. Ya he dado órdenes a los inspectores que iniciaron las otras investigaciones para que te faciliten la labor, aunque supongo que con lo que ya tienes en este informe te será suficiente para comenzar.

Sin decir palabra me incorporé, puse la carpeta bajo el brazo, estreché las manos de Claudio y del juez y, ya estaba a punto de salir, cuando me detuvo la voz de Andrada.

—Fernández, no olvide la confianza que pongo en usted.

No respondí a lo que supe entender como una amenaza más que como una expresión de aliento, sino que salí del despacho sin más, me dirigí a mi escritorio, tomé la pila de informes de los procesos que hasta ese momento investigaba y se la llevé al inspector jefe para que los repartiera entre quienes creyera oportuno, informándole además de la tarea que me habían asignado.

—No es por mi gusto, te lo juro, Luis. Ya sabes que entre los jueces y yo no hay mucha química que se diga —me excusé al entregárselos, aplicándome la eximente completa.

Todos en la Central sabían que odiaba todo lo que tenía que ver con el Cuerpo Judicial y sus monaguillos. Como la mayoría de los colegas, vaya, aunque mi modo de mostrar el descontento fuera un tanto más visceral por cuanto a mi criterio la ley y la Justicia estaban divorciadas en España, pareciéndome que no había sentencia ecuánime. Eso, y que en los juzgados todo era politiqueo, favoritismo y trampa. La Justicia, para mí no era más que un circo, ni más ni menos.

—Antonio, ten cuidado con Andrada, que ese muerde con la boca cerrada —me advirtió el inspector jefe al recibirlos.

—Como todos los miserables —repliqué.

—Tú sabrás —añadió Luis—. Mira, te queda medio año para jubilarte, y a descansar merecidamente a salvo de toda esta basura. Ya llevas digerida demasiada, y es hora de que te plantees que ha llegado el momento de comenzar a librarte de ella. Ten cuidado por dónde pisas porque en este tema va a haber mucha política y más intereses, y, o mucho me equivoco, o no te lo van a poner

demasiado fácil. Créeme que no te envidio.

Agradecí su apoyo, e incluso bromeamos acerca de lo bien que había comenzado el día con la desaparición de algunos de los que más sinceramente detestábamos los policías: los que hacían muchas veces inútil nuestro trabajo e improductivos nuestros riesgos. Sin embargo, mi profesión siempre fue para mí una forma de vida, y estaba por encima de mis pareceres personales.

Un rato antes, mientras tomaba un bocado en mi casa, había visto por televisión ante la sede del CGPJ a una muchedumbre de ciudadanos, periodistas y cámaras de televisión de muy diversas cadenas y países que se mantenían detrás de los cordones de seguridad colocados por la Policía. A esas horas ya no se hablaba en el país de otra cosa ni se daban prácticamente noticias de otro orden en la radio o la televisión, pareciendo que la enorme criminalidad que asolaba las calles hubiera perdido importancia o que los asuntos internacionales no merecieran la más mínima atención. Algunos canales apuntaban sin pudor a la posibilidad de que ETA se hubiera reorganizado y vuelto a las andadas, comenzando su nueva etapa con semejante serie de atentados contra el corazón del Estado; otros, a que Al Qaeda o el ISIS podrían estar detrás de estos crímenes tan obviamente selectivos; y algunos más, a que alguna organización o algún poderoso condenado o imputado, podrían haber celebrado su propio juicio y ejecutado su propia sentencia.

Pero no me hacía falta ver los cadáveres ni investigar nada para tener por lo más absurdo la posible participación de ETA, no solamente porque estaba extinta y jamás ese fue ni podría ser su estilo ni su método, sino porque para llegar hasta donde los criminales lo habían hecho y disponer de la organización necesaria para tocar tantas teclas simultáneamente, sencillamente era algo fuera del alcance de esa banda de aficionados, y ETA siempre y solamente había sido eso. Salvo para provocar altercados callejeros, poner bombas lapa o dar tiros en la nuca a sangre fría, ETA ni sirvió ni podría servir para más. Lo de que estuvieran implicados grupos terroristas internacionales del tipo de Al Qaeda o el ISIS, simplemente me parecía que eran ganas de marear la perdiz, ociosidad o exceso de protagonismo por parte de los periodistas, quienes algo amarillista tenían que difundir para atraer la atención del público y llenar tanto informativo o gastar tanta tinta. Cuestiones de ratio de audiencias o de venta de papel, nada más, porque esos crímenes, por bárbaros que pudieran parecer, no afectaban en absoluto a la operatividad del Estado, ya que en cierta forma era uno de tantos órganos inútiles creados por la Política para comprar la voluntad de los jueces. A Al Qaeda y al ISIS lo que

le iban eran los bombazos y los atentados contra muchedumbres, mucha sangre derramada y titulares enormes, además de que de haber sido los unos o los otros a esas horas ya sería de dominio público internacional su autoría por su propia voz, y todavía nadie había reivindicado aún ninguno de los crímenes. Y lo de que una organización o un poderoso imputado o condenado hubiera podido perpetrar una sucesión de crímenes semejantes, estaba tan fuera de lugar como desquiciados quienes habían tenido semejante ocurrencia.

No; ninguno de ellos podía ser. A medida que me empapaba del informe que iba leyendo en el coche camuflado mientras me dirigía al escenario del crimen en la sede del CGPJ, más me convencía de que se trataba de una organización particularmente especializada. Los asesinatos de los primeros seis jueces y abogados habían tenido lugar en sus propios despachos privados, en horario laboral y todos perpetrados ante testigos, en cada caso por un solo hombre que más daba la impresión de ser un sicario profesional que un ciudadano arrebatado por la ira o un terrorista de tres al cuarto, pues realizaron sus ejecuciones a cara descubierta y con una pasmosa sangre fría, según manifestaban las primeras declaraciones de los testigos. Incluso daba la impresión de que los criminales deseaban cierta audiencia, pues no llevaron a cabo los homicidios en garajes o en ascensores, a solas, sino precisamente en lugares y horarios en los que era evidente que habría cierto público presente. Es más, según estaba anotado en los informes, en todos los casos cada asesino tuvo la calma suficiente como para revolver y husmear entre los objetos que había sobre los escritorios, no quedaba claro para qué. Luego de unos instantes, con la misma aparente calma con que entraron y cometieron sus crímenes, se marcharon. Sí; daba la impresión de que mejor habían sido ejecuciones que asesinatos, y públicas a mayor abundamiento, todas idénticas en su *modus operandi*. ¿Un escarmiento o una advertencia a la judicatura o al Estado mismo?... Quizás. Un asesinato requería pasión, vehemencia, y, por lo que se desprendía de los informes, los criminales habían realizado su siniestra tarea con frialdad y riguroso metodismo, como si se correspondería con profesionales del crimen. Ninguno de los asesinos se parecía entre sí, según los testimonios tomados; e incluso se podría decir que ni siquiera se parecían a sí mismos, pues las descripciones de los testigos accidentales de cada caso eran tan confusas y divergían de tal forma, tal vez debido al pánico, que si unos decían fornido y alto, otros lo describían como bajito y rechoncho.

—¿Qué tenemos? —me preguntó Juantxo, mi auxiliar, apenas cerré la carpeta.

Conducía tan rápido como siempre. A veces creo que equivocó su profesión y que nunca quiso ser policía, sino piloto de fórmula uno. Nada le complacía más que tener un motivo para conectar la luz rotativa, poner a todo volumen la sirena y lanzarse a una carrera urbana como si estuviera participando en el Rally de Montecarlo. Era un excelente conductor y obediente como un perro faldero, pero un pésimo policía.

—Algo difícil de comprender todavía —divagué, al tiempo que él detenía el automóvil para identificarse ante el agente que custodiaba el acceso a la sede del CGPJ—. Me temo que aquí se esconde más de lo que parece.

—Pues tendrás que apurarte, porque tu retirada está a la vuelta de la esquina.

No repliqué. Apenas detuvo el coche ante la puerta principal del edificio en el que se ubicaba el CGPJ, descendí y, placa en mano, fui sorteando los diferentes controles hasta alcanzar la sala de reuniones en la que se había perpetrado el crimen. Desde la puerta de sala pude ver a los veintiún cadáveres de los miembros del Consejo todavía sobre sus sillas, excepto dos de ellos que estaban tendidos sobre la alfombra. Rodeaban una larguísima mesa de caoba, sobre la que había todo tipo de papeles y servicios de café.

Sin decir palabra, rodé los ojos por la escena, procurando retener en mi memoria una imagen general junto con las emociones que me despertaba. Varios agentes de la Brigada Científica iban y venían tomando muestras para analizarlas o haciendo fotografías, enfundados en monos de papel blanco.

—¡Hombre, Antonio, benditos los ojos! —me saludó Fermín, el inspector jefe de la Científica, quien también estaba enfundado en un mono de papel.

Estreché su mano cordialmente, me informó que le habían dado órdenes de ponerse a mi disposición y me hizo un sucinto resumen de cómo y a qué hora exacta se habían producido las muertes.

—¿El café? —curioseé.

—Lo analizaremos, pero lo dudo —dijo escuetamente—. Estos hombres evidentemente han muerto envenenados; pero ningún tóxico que yo conozca es tan violento, además de que si la sustancia en cuestión estuviera ahí, unos hubieran muerto antes que otros, y eso mismo hubiera favorecido que alguno sobreviviera. Cuestión de lógica. Sin embargo, da la impresión de que casi ninguna de las víctimas ha tenido ocasión de moverse siquiera, razón por la cual solamente puede colegirse que a todos ellos les afectó el veneno a la vez, celebrándose, según me parece por el momento, este concilio fatal. Estoy seguro de que era esto lo que pretendían los asesinos, al menos considerando los pocos datos de que dispongo. Fíjate:

excepto esos dos que están ahí en el suelo, a los demás parece que la muerte les ha sorprendido de forma súbita. Por la rigidez de algunos de los cadáveres, considero la probabilidad de un gas paralizante o algo por el estilo, aunque hasta que hagamos las autopsias no podré confirmártelo. Tal vez lo que quiera que sea que los mató actuó con posterioridad a un paralizante, teniendo así el tóxico el tiempo necesario para surtir efecto. Debe ser, porque incluso el ácido cianhídrico, uno de los tóxicos más letales que se conocen, les hubiera hecho convulsionarse, levantarse, espumar la boca o intentar pedir auxilio, y nadie escuchó desde fuera de la sala nada raro, tal como ruidos o toses. El tóxico les atacó a todos simultáneamente, lo que hace poco probable que fuera ingerido. Ha tenido que ser otro el método. Lo único que tenemos por cierto es que los encontraron así, en esta macabra reunión.

—Entonces, ¿qué te parece que pudo ser?...

—Eso investigamos, porque como puedes ver en los que tienen la cabeza levantada no hay restos de saliva en sus labios, ni siquiera signos de estertores o rictus característicos de haber sufrido dolor. Da la impresión de que se hubieran desvanecido sin más, y no imagino todavía qué tipo de sustancia les pudo haber causado la muerte de forma tan súbita y limpia. Ni siquiera hay entre ellos evidencia alguna de que unos se hubieran sentido mal antes que otros. Estos dos que están en el suelo, por su postura, con toda seguridad estaban levantados y se ve que cayeron fulminados cuando actuó el tóxico.

Volví a recorrer la estancia con la mirada, tratando de hacerme una composición mental de cómo podría haberse verificado el crimen. Efectivamente, debía tratarse de un tóxico muy eficaz; ¿pero cuál?... Si en apariencia no estaba en el café o en el agua, a juzgar por las evidencias que me había destacado Fermín, colegí que debía ser, forzosamente, algún tipo de gas. En el momento en que esta idea me iluminó, instintivamente mis ojos se detuvieron en una rejilla del sistema de aire acondicionado que estaba junto al techo, en la esquina ciega de la sala. Fermín, al reparar en que observaba fijamente la celosía de ventilación, al punto coincidió con mi sospecha, aun sin haber pronunciado palabra.

—Paco, esa rejilla: desmóntala —le dijo a uno de sus hombres.

Apenas dos minutos después el policía la había desatornillado, se asomó un instante al canal de ventilación y descubrió algo que no debía estar allí.

—Creo que aquí lo tenemos —dijo este, casi exclamando un ¡Eureka!

Bajó el policía de la escalera y subió Fermín, mientras permanecía yo al pie.

—Aquí está la madre del cordero —se congratuló—. Estas dos pequeñas bombonas son minúsculas, pero parecen ser de una eficacia incuestionable. Y aquí está el dispositivo de control remoto. ¡Caramba, esto sí que es sofisticado!

Bajó de la escalera sin haber hecho otra cosa que una detallada inspección ocular, y me pidió que subiera y echara un vistazo, pero advirtiéndome que ni siquiera apoyara las manos. Mientras lo hacía, él le ordenó al fotógrafo que apenas bajara yo hiciera una buena cantidad de fotografías del ingenio desde todos los ángulos posibles, y a dos de sus técnicos que desmontaran el aparato y lo sacaran con extremado cuidado y usando máscaras de gas, después que terminara el fotógrafo.

Tras haber observado con todo detenimiento el ingenioso dispositivo, y mientras los técnicos lo desmontaban para llevárselo al laboratorio, Fermín me dio su parecer profesional.

—Amigo mío, me temo que no estás persiguiendo a un criminal al uso. Ese trasto no se vende en la tienda de la esquina, se elabora viendo programas de bricolaje ni está al alcance de cualquier manitas, y mucho menos se instala solo o en un descuido fortuito del personal. En mi vida había visto algo tan sofisticado y aparentemente eficaz. Creo que puedes ir desechando como sospechosos a todos los empleados, a no ser algún cómplice que facilitara el paso a los asesinos. Los que hayan hecho esto son verdaderos profesionales... y con muchos recursos.

—¿Tienes alguna idea de qué gas o gases puede tratarse?

—Lo analizaremos, pero, a priori, ninguno que yo conozca o con el que esté habituado. Como me temía, son dos botellas y con toda probabilidad nos encontramos ante dos tipos distintos de gases: un paralizante y un tóxico, o un activo y un activador. Sin embargo, tengo que analizarlos para estar seguro y determinar qué son exactamente. Demasiado letales. Lo mejor será que esperes a las pruebas, porque estoy seguro de que incluso mis conjeturas se pueden quedar cortas. Tal vez esta tarde o mañana te pueda decir algo.

—Cuanto antes, por favor. Oye, otra cosa, ¿estuviste tú en las escenas de los otros asesinatos?...

—No. A mí me tocó este belén; a esos envié a otros equipos. Sin embargo, si quieres, luego te paso los informes, o mejor todavía, date una vuelta a última hora por mi despacho en la Brigada y te pongo al día de todo lo que hayamos avanzado. Siempre será más rápido.

—Me parece bien. Entretanto, si te parece, quisiera echar un vistazo por aquí.

—Como quieras, pero siempre que no toques nada y te pongas

un mono de estos.

Me lo puse, y estuve largamente husmeando. Más tarde quería ir a los escenarios de los otros crímenes a hocicar un poco en ellos, porque siempre me ha gustado ver por mí mismo lo que las fotografías reducen a imágenes sin expresión. De alguna manera, un policía es la suma de formación y de instinto, y los lugares donde se han cometido este tipo de delitos violentos siempre me han hablado, cual si los fantasmas o los espíritus de las víctimas pudieran referirme de una forma sutil lo sucedido, o al menos orientarme en mi línea de investigación.

Por ejemplo, en esa sala atiborrada de cadáveres e indiferentes técnicos, me decían que no consintiera que sus asesinos quedaran sin castigo y que los buscara alto, muy alto, por más que no sintiera empatía alguna hacia ellos. Sí; eso me decían. Lo que no me indicaban era a qué altura o en qué dirección debía buscar. Hasta ese momento sabía que los ejecutores eran muy profesionales, podía ser que con importantes recursos y con algún cómplice introducido o comprado entre el personal del CGPJ, y una capacidad de acción enorme; pero nada más. No obstante, por experiencia también sabía que siempre había un pequeño error, un indicio que por insignificante que fuera sería suficiente para ponerme sobre la pista de los culpables. Solamente debía tener paciencia, observar minuciosamente cada vestigio y mantener mi intuición alerta: o una pequeña traza, o los susurros de los asesinados, me facilitarían capturar a los criminales.

2 Los relojeros

No creen en ningún Dios, pero ensalzan la religión de estos contra la de aquellos y la de aquellos contra la de estos; no buscan el nacionalismo, pero lo promueven con grandes titulares que se aferran a páginas históricas que desentierran muchos fantasmas y abren demasiadas llagas; no buscan la libertad, pero alientan independencias, atizando la fiebre a un propio destino que no existe, sino para algunos exaltados que creen poder alzarse con el pan y la limosna y pasar a la Historia de su nuevo país.

No han creado ningún medio de difusión: les ha bastado con comprar la voluntad de sus propietarios y de los periodistas más destacados, los que mueven la opinión pública; ni establecido ninguna editorial: ha sido suficiente con subvencionar a la que más les ha interesado para promover a los autores que les convenían y el tipo de literatura que pretendían masificar. Con tan poco han sido capaces de polarizar la sociedad, dividiéndola. Para que el reloj funcione, basta con darle cuerda.

Un ultramoderno helicóptero silencioso pintado de negro, sin matrícula ni identificativos, desciende con el sordo estridor de la infinitud de alas de una plaga de langostas y toma tierra en el llano que se abre frente a la casa rural. Varios hombres armados bajan de él tan pronto toca el suelo y se despliegan en torno a la casa, en un movimiento que parece muy estudiado. Por sus uniformes, parecen miembros paramilitares de la Ustaše croata. Rodean la casa y, tras ponerse mascarillas antigás y lanzar un par de bombas lacrimógenas por algunas ventanas, irrumpen desde varios puntos disparando contra todo. Algunos de los soldados suben apresuradamente las escaleras dando gritos y, sin dejar de vocear mil órdenes y amenazas, sacan a rastras a todos los habitantes al exterior y los hacen arrodillarse en el patio delantero. Se trata de una familia numerosa muy prestigiosa y respetada en toda la zona, aunque no se le conocen actividades políticas.

Dos de los militares toman a un par de mujeres jóvenes, una de ellas casi una niña, y las violan con innecesaria brutalidad allí mismo, ante los demás miembros de su familia. Los soldados que no participan en la barbarie ríen aparatosamente, mientras los niños lloran y uno de los hombres, tratando desesperadamente de evitar el sufrimiento de las suyas, se pone en pie. Uno de los soldados que los custodian le da muerte con mecánica frialdad y sin dejar de reírse, disparándole a la cabeza. Parece que la indigna tropa disfruta, entretanto los detenidos no

comprenden qué está pasando, qué ciego Dios ha abierto de par en par las puertas del infierno y ha permitido que escaparan estos diablos.

Gritos y risas se alean en desafinado concierto hasta casi el alba, mezclándose el semen y las lágrimas en sucesivas violaciones. Todos los soldados han ido cometiendo la misma atrocidad por riguroso turno. Cuando aún vistiéndose el último de ellos regresa con sus camaradas, ya todos satisfechos de su animalidad, quien les comanda mira su reloj, saca de su bolsillo un jirón de hombrera con las insignias de la Ustaše, se lo alarga al anciano que parece el patriarca de la familia, y cuando lo ha tomado en su mano temblorosa, le dispara en la frente. Al instante, todos los demás soldados abren fuego contra sus prisioneros hasta agotar la munición de sus armas. Ponen nuevos cargadores, y los descargan de nuevo en las víctimas, ya todas ellas cadáveres. La nota de salvajismo parece fundamental en su concierto, acaso el objetivo último de su misión. Luego se dirigen al establo, y disparan también a los animales. Ningún ser vivo puede quedar como testigo.

Terminada la faena, varios hombres arrojan algunas granadas incendiarias por las ventanas de la casa y, mientras el crepitar de las llamas se impone al rumor de alas de langostas del rotor del helicóptero que se ha puesto en marcha, tan silenciosamente como ha llegado suben a él y parten. Sobre el suelo queda una docena de cadáveres a los que difícilmente se pueden identificar y la monumental columna de humo que se enrosca en las turbulencias de las palas del rotor.

El silencio es tan absoluto que ni los pájaros cantan. Solamente unas horas después se quiebra esta paz de cementerio. El viejo lechero que cada día hace esta ruta recogiendo el fruto del primer ordeño, ha llegado a toda prisa alertado por la humareda, se ha encontrado con el macabro linchamiento y ha corrido tanto como le han dado de sí sus ancianas piernas hasta el pueblo próximo para dar la voz de alarma.

Muchos han subido hasta la granja corriendo o en caballos. Entre ellos hay casi a partes iguales vecinos y parientes, y todos aúllan de dolor, no sabiendo por dónde comenzar a recoger los cuerpos para que no se les desmoronen entre las manos. Los asesinos no han respetado a nadie, ni al pequeño Shalibor, quien apenas si contaba con dos años de vida, ni a los ancianos, y queda claro qué han hecho con las dos mujeres más jóvenes de la familia. La crueldad que han mostrado los criminales es a todas luces excesiva, nadie entiende por qué.

Sin embargo, todos callan cuando entra en el patio el joven y arrogante Željko. Escoltado por sus inseparables amigos Mlajo y Slavko, se dirige hacia los cadáveres, hinca rodilla en tierra y les mira detenidamente. Esa mujer es su esposa, y ese niño, Shalibor, su hijo. Él debería haber estado con ellos, pero se encontraba en el pueblo con sus amigos, organizando a los hombres más jóvenes para defenderse de la violencia que la mayoría croata está ejerciendo contra la minoría serbia

de Krajina.

Baja la cabeza, y después de un momento en el que intenta sin éxito contener las lágrimas, ruge como un tigre mientras estrecha contra sí el desgajado cuerpo de su joven esposa. Ya comprende que ha sido violada, y supone por quién. Mientras piensa en esto, ve el jirón de tela que asoma en el puño del cadáver de su padre, tiende con mimo el cuerpo de su esposa en el suelo, abre la mano del anciano y, al poner ante sus ojos llorosos la hombrera con las insignias de la Ustaše, la identifica enseguida.

Puesto en pie, gritando como un poseso, blande la prueba que identifica a los asesinos y exige un pacto de venganza que enseguida todos corean. «Cien por cada uno, sin piedad», se juramentan. La paz se ha alejado definitivamente. Los muertos no podrán descansar mientras no sean vengados, y los rictus de horror de sus rostros de muñecos rotos se han marcado para siempre en las almas de todos los presentes.

Un ultramoderno helicóptero silencioso pintado de negro, sin matrícula ni identificativos, desciende con el sordo estridor de la infinitud de alas de una plaga de langostas y toma tierra en el llano que se abre frente a la casa rural. Varios hombres armados bajan de él tan pronto toca el suelo y se despliegan en torno a la casa, en un movimiento que parece muy estudiado. Por sus uniformes parecen paramilitares miembros de los Tigres de Arkan. Rodean la casa y, tras ponerse mascarillas antigás y lanzar un par de bombas lacrimógenas por algunas ventanas, irrumpen desde varios puntos disparando contra todo. Algunos de los uniformados suben las escaleras y, entre gritos y consignas imperiosas, sacan a rastras a todos los habitantes fuera y los hacen arrodillarse en el patio delantero. Se trata de una familia numerosa muy prestigiosa y respetada en toda la zona, aunque no se le conocen actividades políticas.

Sorbo a sorbo, los tigres beben el licor de la venganza, multiplicando el dolor y la saña. La historia se repite, ahora con la familia del comandante croata Ante Klovina, a quien le saben responsable del cruel asesinato de la familia de Željko y el mismo que relanzó el grito de exterminio contra los chetniks que propició la masacre de los serbios.

El viento llega gélido desde Gog. El invierno ya es inminente. Huele a nieve fresca, pero tiene un regusto a sangre y a odio que amarga. El reloj ya camina solo. Por delante le quedan incontables horas negras, hostias tintas de muerte que devorarán los Tigres, los Beli Orlovi, los demonios liberados de todos los infiernos.

En Zagreb, algunos se reúnen en torno a una mesa atestada de vasos y botellas de licor. Ríen. Son los relojeros. Hoy no trabajan, sino que celebran su éxito; pero será por poco tiempo, el justo de recuperar el aliento, porque ya les han llegado instrucciones para poner en marcha otros relojes cargados de horas negras.

3 Iniciación

Apenas llegó el juez Andrada con el director para proceder al levantamiento de los cadáveres, les informé brevemente de mis primeras valoraciones y de cuanto el inspector jefe de la Científica me había adelantado, salí de la sala después y me dirigí a visitar personalmente los escenarios de los otros crímenes, todos ellos cometidos en los despachos particulares de los jueces. Barajaba distintas opciones sobre el tipo de profesionales que podrían haber perpetrado la ejecución de los miembros del CGPJ, mientras Juantxo me llevaba al primero de los bufetes en los que se cometieron los otros asesinatos, pero ninguna de las que cotejaba me parecía lo suficiente coherente por no tener claro el móvil. Sin motivo, después de todo, no hay justificación para el delito y, desde luego, no estaba yendo en pos de ninguna clase de locos. Descartada en primera instancia la participación ETA, de Al Qaeda o el ISIS en los crímenes debido al sofisticado método empleado, y no me resultaba fácil inferir qué organización terrorista tendría interés en algo semejante y cuál sería el beneficio que podría obtener de semejante ataque al corazón judicial del Estado. Tal vez los asesinatos fueran un castigo, sí; pero ¿de quién a quiénes?..., ¿tal vez al mismo Estado por su participación en las guerras absurdas del Oriente Medio como escoltas de los EEUU? En ese caso, tal vez cabría la posibilidad de que los Servicios Secretos de un país de aquellos contra los que habíamos actuado o con los que estábamos enfrentándonos, como Siria o Irán, hubieran podido hacerlo…, y con toda seguridad no les faltaban ni recursos ni capacidad de operación. Sin embargo, algo me decía que esa hipótesis de trabajo era excesiva, al menos considerando los datos disponibles, porque España no debía representar para ellos un enemigo tan de primera línea, por más que fuera el más vulnerable de toda la alianza occidental. ¿Qué ganarían con eso, suponiendo una autoría de especialistas sirios o iraníes?... Obviamente, nada. El que murieran jueces o no, o aun el que se desarticulara una parte tan insignificante del aparato del Estado, no iba a hacer que el Gobierno variara su actitud, y con toda seguridad no reportaría ninguna clase de variación en el curso de los conflictos. No, no; era demasiado pronto como para avanzar conjeturas verosímiles o plantear hipótesis plausibles con los escasos datos que tenía, y por más que el asunto hubiera logrado atrapar la totalidad de mis

sentidos, comprendí que no tenía más remedio que esperar y reunir datos incontestables. Además, fueran quienes fueren los asesinos, seguramente no tardarían en hacer una reivindicación de su hazaña, y esto orientaría mi investigación…, si es que era la única y no una paralela a la que estuvieran llevando a cabo otras instituciones españolas, como el CNI, por ejemplo.

En los seis casos anteriores al asesinato múltiple del CGPJ, el método parecía haber sido tal cual se describía en los informes que Claudio me había facilitado. Un sicario solitario que entraba sin decir palabra hasta el despacho de la víctima, cometía su crimen, husmeaba en el escritorio y se iba. Ninguno de los testigos tuvieron tiempo de reacción para otra cosa que temblar de pánico o, a lo más, para huir en desbandada o esconderse en el rincón que encontraran más a mano, impidiéndoles la sorpresa reparar en ninguna clase de detalle. Luego, una vez se supieron a salvo, avisaron a la Policía y, cuando esta llegó, nada anormal encontraron, excepto los cadáveres.

La sorpresa funciona así, especialmente si participa en ella otra alarma adicional, como un ruido ensordecedor o un peligro inminente contra la propia vida: bloquea completamente el entendimiento. Los sentidos, y aun la misma mente, en tales situaciones únicamente son capaces de percibir vías de escape o supervivencia, y no siempre, porque si la sorpresa es excesiva, incluso el instinto de supervivencia experimenta una parálisis total. Ante una situación de violencia extrema inesperada, lo normal es que nadie sea capaz de comprender qué ha sucede hasta mucho después del suceso se ha verificado, y eso es algo que sabemos bien los policías.

Lo que más llamó mi atención, no obstante, es que todos los testigos presenciales coincidieran en que los asesinos perdieran algún tiempo en husmear en los escritorios y que ninguno mencionara ni de refilón que estos abrieran o cerraran cajones, cual si lo que buscaran los sicarios estuviera siempre en el mismo lugar: sobre ellos. Estos testimonios se limitaban a los de algunas secretarias y a un par de visitantes ocasionales que se encontraban en la antesala de los despachos cuando se verificaron los hechos. La planificación y metodología de los crímenes, considerando estas manifestaciones, eran una evidencia por sí mismos.

Método y planificación. Los asesinos sabían lo que se hacían y cómo llevar a cabo su lúgubre tarea. No solamente estaban al tanto de que el día de autos, precisamente, libraban en sus juzgados, sino que también sabían dónde desempeñaban sus labores privadas y, según el testimonio de los testigos, dónde se ubicaban exactamente sus despachos. Irrumpieron, se dirigieron a los gabinetes sin musitar

palabra, sacaron sus armas y dispararon sin más. Luego, entretanto se producía una desbandada en la antesala, hurgaron en el escritorio, se apropiaron o dejaron lo que fuera y salieron igual que habían entrado, por la misma puerta y con idéntica tranquilidad. Profesionales, en fin, muy experimentados en ese tipo de golpes.

Inspeccioné minuciosamente los escritorios usando unos guantes de látex y cuidándome de no mover nada del lugar en que se encontraba, por si en los próximos días fuera preciso regresar para ulteriores indagaciones. Mi instinto se afanaba en hallar algo que indefinidamente ya intuía, pero que no podía precisar aún con exactitud de qué clase de pista se trataba, o si ese algo era algún documento u objeto que pudieran dejar o haberse llevado los sicarios. Comparando lo que tenía ante mis ojos con las fotografías del informe, traté de reparar en qué había de extraño o diferente entre los distintos escritorios, o qué de anormalmente igual; pero en primera instancia no hallé nada fuera de lo común entre ellos: los expedientes que tenían ante sí las víctimas en el instante de sus óbitos, fotografías enmarcadas, teléfonos, lámparas, estilográficas o bolígrafos y algunos artículos de oficina como hojas de papel en blanco, clips, etcétera.

Usando la tecla de rellamada, tanto con los teléfonos de los gabinetes como con los de sus secretarias, pude ver los últimos números con los que las víctimas potencialmente se habían comunicado, y los anoté en mi libreta; pero después de visitar todos los escenarios comprobé que no había coincidencia alguna entre ellos. Todo lo demás parecía normal, y decidí que no tenía demasiado sentido tomar nuevamente declaración a los testigos, al menos por el momento, a no ser para elaborar unos retratos robot que nos pudieran dar una idea aproximada de a quiénes estábamos buscando, siquiera fuera por la raza. Había que hacerlo, sin embargo. Tal vez se les podría citar el día siguiente en la Central, concediéndome así algunas horas más para ir colocando las pocas piezas del rompecabezas que tenía entre manos en algo parecido a su sitio. Interrogarles sin saber hacia dónde dirigir las pesquisas, únicamente podía conducir a un enredo mayor.

Como no podía ser de otra manera, y tanto más en un caso tan complejo, me sentía confuso. ¿Para qué perder el tiempo en el escenario del crimen quien perpetra un asesinato semejante si no era para dejar una reivindicación o una firma de su delito?... O todos los testigos habían supuesto a la vez una misma actuación que no se verificó, o realmente los asesinos se habían tomado unos segundos para hacer algo en aquellos despachos, y necesariamente en ese caso entre aquellos objetos ordinarios que había sobre las mesas faltaba o se encontraba una pista capital. No daba con ella,

pese a mis esfuerzos, y traté de retener en mi memoria la distribución exacta de cada objeto sobre los escritorios. Seguramente, además de las dos o tres fotografías de cada bufete que tenía en mi informe, los técnicos habrían tomado otras muchas de todo, aunque siempre he confiado más en mi instinto y en lo que me susurran los escenarios de los crímenes que en las cuestiones estrictamente periciales, extremadamente útiles, pero frías y sin conciencia.

No dejé de confrontar mentalmente los datos recabados hasta el momento mientras ya de noche me dirigía al laboratorio para encontrarme con Fermín, el jefe de la Brigada de la Policía Científica, porque intuía que había tenido frente a mí la firma de los asesinos, pero no había conseguido identificarla. ¿Qué de interesante podrían llevarse unos asesinos que operaban con idéntico método de disímiles despachos de diferentes jueces que estaban a cargo de multitud de procedimientos judiciales que no tenían nada que ver unos con otros, entre otras cuestiones porque todas las víctimas eran titulares de distintos juzgados?... O, todavía, ¿con qué fin dejar una firma si esta le podía pasar desapercibida al investigador?..., ¿o es que no era para eso que los criminales firmaban sus atrocidades, para que se supiera quién había sido el autor y qué le impulsaba a perpetrar tan terrible acto?... Algo se me escapaba, definitivamente.

Entré ensimismado en los laboratorios de la Brigada, apenas identificándome con mi placa en la entrada. Mil ideas dispares me bullían en la cabeza produciendo un estrépito ensordecedor, y como un autómata me dirigí al despacho de Fermín. Al no encontrarlo en él, me dirigí a la sala adyacente, y allí le hallé, ante la pantalla de un ordenador que no cesaba de dibujar líneas de colores en un gráfico, sin duda como resultado de algún análisis que estaba realizando. Toqué con los nudillos el marco de la puerta para advertirle de mi presencia, y enseguida se giró hacia mí.

—Pasa, Antonio: te esperaba. Si tardas un poco más, ni me encuentras.

—Buenas noches, Fermín. ¿Lograste avanzar algo? —le pregunté, yendo directamente al grano.

—Mucho; pero aún es pronto para otra cosa que meras suposiciones. Hay pruebas y análisis que requieren muchas horas, incluso días. Por ahora te diré que, como te podrás imaginar, el número de muestras orgánicas que hemos recopilado en los escenarios es enorme, y que los resultados de los análisis de ADN precisarán un par de días más por lo menos. Lo más probable es que la mayoría de ellas pertenezcan a las propias víctimas, al personal, a simples visitantes o a personas de paso; pero confío que algunas de

ellas puedan pertenecer a los asesinos y te sirvan. ¡Si los criminales supieran la cantidad de restos de nuestro cuerpo que vamos perdiendo por ahí, sin duda se lo pensarían bien antes de meterse en estos enjuagues! Oye, ¿no te sientas?...

—No estoy cansado, gracias. ¿Y de lo demás, los cuerpos de los jueces y los gases del CGPJ?...

—Las autopsias las practicarán mañana por la mañana, de modo que respecto a eso tendrás que esperar —me contestó poniéndose en pie—. De todos modos, no te esperes mucho más que una confirmación de lo que ya suponemos, al menos en los cuerpos de los del CGPJ. En lo que sí hemos podido adelantar ha sido en lo de ese mecanismo y los gases que emplearon en la sala de juntas del CGPJ.

Al decirlo, señaló precisamente a los gráficos que serpenteaban en la pantalla del ordenador.

—¿Y bien?... Te imaginarás que eso para mí es chino mandarín.

—Bueno, te diré que el mecanismo de activación por control remoto del artefacto es casero. Muy sofisticado, eso sí; pero casero. No son componentes demasiado difíciles de encontrar en una tienda de material electrónico, pero lo que es extraordinariamente curioso es el sistema que utiliza. Nunca habíamos visto algo parecido, y si te puedo ofrecer alguna certeza, es que eso no lo ha diseñado un aficionado. Es ingeniosísimo. Funciona en una frecuencia racionalmente común, pero en una banda inusualmente estrecha, además de que cuenta con un filtro finísimo que evita posibles interferencias. A los técnicos les pareció algo así como la cuadratura del círculo por su simplicidad y, al mismo tiempo, su prodigiosa eficacia. Un portento de técnica, ya te digo, sin duda diseñado por alguien que sabe mucho de electrónica y que no quería correr riesgos de ninguna clase.

—¿Y los gases?

—Eso es otra cosa bien distinta. Hemos sometido las bombonas a diferentes pruebas. ¿Sabías que no liberaron toda su carga?... No tenemos ni idea aún sobre si ha sido así por un fallo del mecanismo o si porque lo desactivaron cuando dosificó la cantidad suficiente; pero, por lo especializado del asunto, nos tememos que fue por lo segundo: liberaron exactamente la dosis que querían. En todo caso, es muy raro porque esperábamos hallar apenas unos residuos y nos hemos encontrado casi con media carga en cada bombona. ¡Imagina que hubieran liberado eso de segundas estando nosotros allí!

—¿No sería que ese era su propósito?

—Pudiera ser, pero qué suerte tuvimos entonces, ¿no?... Lo estamos estudiando, y creo que, si todo va bien, mañana o pasado lo sabremos con total seguridad. Ingeniería inversa, ya sabes. Si

quieres mi opinión de experto, pero nada más que eso, una opinión, te diré que los asesinos querían que supiéramos qué contienen las bombonas.

—¿Tú crees?...

—Bueno, si consideras que parecían saber la dosis exacta necesaria, no tiene mucho sentido dejar restos como para que pudiéramos analizarlos. A priori, parece un contrasentido tanta sofisticación para la mitad del trabajo y que la otra mitad sea una chapuza. No; yo creo que está pensado de esta manera, y sin duda es un mensaje para ti, aunque no puedo imaginar cuál.

—Bueno, ya veremos. ¿Sabes ya de qué gases se tratan?

—Después de someterlos al cromatógrafo de flujo capilar, y a falta de otras pruebas que requieren un poquito más de tiempo, te puedo adelantar que por una parte tenemos un gas anestesiante (narcotizante, sería más correcto decir) de efecto inmediato y con claros componentes opiáceos, y por otra un gas letal que, adelantándome a un par de ensayos que estamos realizando, me atrevería a determinar que es del tipo GD, de cuarta generación: militar... por si no me sigues, y no en poder de cualquier ejército, precisamente.

—¿Lo tiene el español?

—No oficialmente, que yo sepa. En realidad, oficialmente no lo tiene ninguno. Ya sabes cómo funciona eso; pero vete a saber qué tienen en verdad y qué no. Es algo extremadamente raro, y esto sí que no se encuentra en la tienda de la esquina. Ninguno de esos dos gases son de empleo común o siquiera sea avanzado, y mucho menos para cuestiones civiles. Dudo que ni siquiera el CNI sepa algo de este tipo de tecnología, y ya un ciudadano común o una banda de maleantes, ni te cuento: ni en sueños podrían tener idea de su simple existencia. Demasiado especializado, excesivamente caro y casi imposible de conseguir. Estos gases pertenecen a los arsenales químicos de algunos ejércitos, y ya te puedes imaginar que estos dan poca publicidad a lo que tienen o dejan de tener en sus santabárbaras. En cuanto al gas narcótico, para mí que también es militar. Hazte una idea de su eficacia si te digo que con una dosis minúscula, de apenas unas partes por millón, un ratón de laboratorio tardó en quedar inmovilizado, en algo parecido a un coma inducido, menos de un cuarto de segundo. Respecto de la mortalidad del gas letal, a otro ratón al que se le sometió a una dosis parecida, murió de forma prácticamente instantánea.

—¿Qué quiere decir de cuarta generación?

—Que son productos médicos, obtenidos aplicando los conocimientos que se lograron después de secuenciar el genoma humano. Lo último de lo último, vaya. Los que se dedican al

negocio de la muerte son así de modernos, chico. No actúan sobre los pulmones o el sistema nervioso central como otros gases, el sarín, el mostaza y todos esos, sino que bloquean cada célula del organismo actuando sobre el propio ADN. Tanto da respirarlo o estar en contacto con él, porque con que alcance la piel es suficiente. Mañana, seguramente, te podré facilitar más datos; pero el informe final me llevará un poco más de tiempo.

—Puedo esperar. Con lo que me cuentas creo que tengo suficiente por ahora.

—Pues ya es tener, amigo mío. Antonio, me temo que aquí hay manos muy poderosas y que no te enfrentas a un caso ordinario, nada más considerando con qué herramientas trabajan y qué pistas te dejan para que te entretengas dándole vueltas a la cabeza. ¡A saber, de ser verdad, si siquiera esas pistas que parecen dejarte son falsas y lo han hecho para confundirte! De lo que no hay duda, es que querían matar y han matado limpiamente, y sin sufrimiento.

—¡Qué considerados!

—Lo que tú quieras, pero, según lo veo, querían el resultado…

—Y lo han obtenido.

—Y lo han obtenido, sí. Bueno, en cuanto tenga más datos te los hago llegar.

Era tarde y se hacía evidente que Fermín tenía prisa por regresar a su casa. También yo estaba cansado y quería dormir. A menudo sueño y, a veces, en esos sueños se me presentan ideas que puedo utilizar en la investigación que tengo entre manos, como si durmiendo mi cerebro fuera capaz de funcionar de forma independiente, sin las distracciones de la vigilia. Unos sueños que no solamente me han servido en las cuestiones profesionales de mi vida, sino en cualquier aspecto de ella. Ellos fueron los primeros en advertirme bastantes años atrás del embarazo de quien entonces era mi esposa, antes de que dieran positivos los resultados de los tests, y me avisaron con mucha antelación a que ningún síntoma lo delatara, que ella tenía un amante. Yo también quería descansar, y le pedí a Juantxo que me acercara hasta mi casa, obviando pasar por la Central para redactar el informe que me había pedido el juez Andrada. Mañana sería otro día.

Vivía solo, casado con mi profesión. Siendo inspector de policía, y una vez divorciado, me era ya imposible tener otra pareja que esta…, o muchos cuernos, y esto segundo dolía más que un disparo a quemarropa. La recaída es siempre peor que la enfermedad, y yo ya había pasado lo suficiente como para aproximarme a otro punto de infección. Prefería la soledad, el trabajo y que en mi casa me recibiera el gato, quien nunca afearía mi proceder por llegar a las tantas o me sería infiel fuera de sus épocas de celo. Mi gato y mis

sueños, desde mi divorcio, eran para mí suficiente compañía.

Mientras me calentaba en el microondas un plato de comida precocinada, puse en el plato de Pitufo, mi gato, el contenido de una lata de pescado para no cenar solo, coloqué un mantel individual en la mesita baja que había entre el sofá y el televisor, y prendí el aparato. Mientras cenábamos pude ver cómo el país estaba convulsionado por la enorme delincuencia de cada día y los crímenes que se habían cometido ese día. La relevancia de los personajes asesinados había ganado prácticamente todo el espacio a las demás noticias, y casi todos los canales hablaban de lo mismo, aunque cada uno de ellos tratando de imprimir un toque más amarillo que los demás a los sucesos. Poco les parecían importar a los noticieros que más de cuarenta personas dejaran cada día su vida en crímenes propios de la delincuencia común, en asaltos violentos o en atracos a mano armada. Desde un tiempo a esta parte la sociedad se había habituado a esta violencia como algo ordinario, y los asesinatos de los seis jueces —tanto más de los miembros del CGPJ— habían sido para los medios una nueva veta en la que afilar sus garras periodísticas. O eso, o era que los poderes políticos, sintiendo que les alcanzaba el pánico y que el crimen era ya el dueño indiscutible de las calles desde hacía ya casi dos años, habían decidido mover todas sus fichas y detener el horror en las barricadas de la Policía. Si antes de que estallara la crisis, allá por 2008, nadie juraría que algo así podría pasar en Occidente, ahora, menos de una década después, jamás nadie en su sano juicio juraría que hubo un tiempo en el que un ciudadano podía ir por la calle sin temor a ser asaltado o dormir en su propia casa sin rejas en las ventanas. Primero la corrupción, luego el desempleo y por fin la violencia gratuita, habían sido las causas de que la sociedad degenerara en la bestia salvaje que era.

A pesar de los miles de vidas que costaba cada año una situación económica que mantenía a casi la mitad de la población entre el hambre y la delincuencia, parecía que era transitoriamente ocultada por el curso de algunas guerras lejanas y por el asesinato de algo más de un par de docenas de jueces. Tertulias, reportajes, entrevistas amañadas que ensalzaban la función judicial, entre alguna que otra tan lírica como falsa elegía sobre alguno de los finados, e informativos especiales sobre los sucesos con los últimos datos obtenidos sobre el caso y angustiosas entrevistas a políticos, eran casi la programación exclusiva en todos los canales. No dejaban de darles vueltas y más vueltas a unos hechos que ninguno de quienes hablaban sabían siquiera cómo encajar, despeñándose por peregrinas conjeturas o por interesadas demagogias. Por ser el investigador encargado del caso, nadie sabía al respecto más que yo

y, sin embargo, ninguno de ellos, ya periodistas o ya políticos, dejaba de hablar y hablar, alcanzando suposiciones tan atrevidas como desquiciadas. ¿Qué extraño mecanismo convertía en tan locuaces a los más ignorantes?...

Las ideas bullían en mi cabeza, dándose trompadas contra el cráneo como si fueran insectos atrapados en un tarro. Me incorporé, fui a la cocina, me preparé un café instantáneo y volví frente al televisor; pero más que estar atento al programa que crepitaba en la pantalla como si fueran las llamas de una hoguera, mi mente se fue deslizando hacia el sueño. No me interesaba nada de lo que pudieran decir o aportar; no tenía el menor interés en los sentimientos de una clase política que despreciaba, por cuanto era la causa del desmadre de sociedad en que se había convertido España, y por otra parte, ya había dado instrucciones precisas a Juantxo para que pidiera a los de Información todo lo que pudieran conseguir sobre las víctimas y que organizara los interrogatorios tanto de los testigos de los primeros crímenes como de todos los empleados de la sede del CGPJ. Nada más podía hacer por el momento, y mi propio cansancio me exigía descansar. Sentía un agotamiento tan terminal que, apenas tumbándome en el sofá vestido como estaba, apuré con la mente en blanco el café y me dejé hundir en el sueño.

Como no podía ser de otro modo, mi delirio onírico, favorecido por la incomodidad, giró en torno a los sucesos de ese día. En él, poderosos criminales pertenecientes a organizaciones terroristas internacionales mataban a diestro y siniestro, y uno de ellos se reía de mí; al mismo tiempo, los espíritus de las víctimas trataban de decirme algo, pero no les podía comprender porque aquel hombre avieso se carcajeaba tan estrepitosamente que ensordecía sus susurros. Por virtud del sueño podía estar simultáneamente en los siete escenarios de los crímenes, y en todos ellos podía presenciar como un espectador las ejecuciones; pero en todos los casos estaba allí aquel hombre que no cesaba de enseñar una placa como de policía y de reírse, entretanto se iba a la mesa de reuniones del CGPJ o a cada escritorio y señalaba con el dedo exactamente un lugar muy concreto, burlándose de mi impericia.

Ya casi amanecía cuando desperté sobresaltado y con una idea fija en mi mente: las monedas y los clips, los putos clips.

4 El no-ser

¿Qué soy?..., ¿cuándo empecé a serlo?... Soy lo que soy: eso lo sé. Un hombre únicamente es la suma de su pasado, y mi pasado es una bala de hielo en un país remoto, una cuchillada en una calleja, un suministro de armas a un grupo insurgente, un coche-bomba en un mercado o la captación de un grupo radical para una causa que es mi causa. Sé lo que soy, pero ignoro lo que soy. Si sumo todos mis actos, solamente arrojan como saldo la sombra de la muerte; y si sumo todas mis esperanzas, nada.

Ninguno de mis camaradas sabe tampoco qué o quién es, aunque saben perfectamente lo que son. En ocasiones, mis compañeros son los mismos; otras, no. No tienen pasado, como yo, no existen, nadie nos reclamará si desaparecemos ni nadie nos llorará si morimos. Ni siquiera dejaremos un rastro de hijos conocidos, a no ser como fruto de alguna violación o del recreo con carnes alquiladas. Estamos solos con nosotros mismos, pero no podemos confiar en los demás, ni siquiera en los nuestros. Ellos, quienes nos mandan, se cuidan de que no estrechemos lazos con nadie, de que no surja una amistad que pudiera crear conciencia de grupo o sencillamente un compañerismo más o menos rudimentario. Uno a uno, individualmente, nos informan de lo que nos interesa saber para llevar nuestra misión a buen término con eficacia, nos desplazan, la ejecutamos y volvemos a nuestros lugares de origen. Tenemos prohibido hablar de ellas con nadie, ni siquiera con los otros miembros del equipo; también tenemos vetado tener pareja, porque tenemos negado ser normales, personas como las que combatimos. Nuestra labor siempre va dirigida contra ellos, y no conviene parecérseles. No nos lo recriminarían, no nos dirían que esto o aquello no se hace; si habláramos de nuestras misiones, si llegaran a saber que nos hemos enamorado o que tenemos un amigo para ir al fútbol o jugar al billar, nos eliminarían sin más, tan mecánicamente como nosotros suprimimos a nuestros objetivos. Moriríamos como lo que somos, nadie, gentes que aparecen baleadas en un callejón después de un asalto o una víctima más de uno de tantos accidentes de tráfico. Tienen muchos recursos, menos el de la piedad. La piedad, más que ninguna otra cosa, nos está y les está prohibida: estas son las reglas para vivir en el orden en el que lo hacemos.

Una vez, sin embargo, tuve identidad, fui alguien con nombre y apellidos propios. No; ya no sé cuáles eran… o no me importan. Hoy soy muchos y tengo tantas identidades que solo sé que ninguna de ellas

es mía; pero recuerdo que fui un chico más en aquel orfanato que se pierde en la memoria, allá lejos, en los pliegues de la infancia, tal vez de la primera juventud, que tuve amigos y que con uno de ellos, el más especial de todos, me enrolé en el Ejército. Encajábamos, nos gustó. Cuando uno, como nosotros, es repudiado por la vida, busca el afecto en criaturas que no mueren, como la patria, como Dios o como utopías ideológicas. La patria nos sirvió a ambos y fuimos buenos soldados. Nos complacían las armas y no le temíamos a una muerte sin significado. Los amigos fuimos más amigos que nunca, más uno. Dos tablones inclinados no caen si el uno se recuesta sobre el otro, y ambos nos apoyábamos en todo. Mentiría si no jurara que cualquiera de los dos hubiera dado la vida por el otro. La vida, más allá de nuestra realidad inmediata, no era nada: orfanatos, indiferencia, cero. Estábamos de más en el mundo… de no ser el uno por el otro.

Pero —cosas de la vida, supongo— mi amigo me abandonó, conoció a una hermosa muchacha, se licenció y se casó. Me dio la espalda, me traicionó como mi propia madre hizo un día cuando me alumbrara. Me fue borrando en su corazón a medida que se pintaba en él un halagüeño porvenir de susurros y besos con aquella mujer. Le deseé suerte, pero le odié; le odié tanto como pude y supe.

Hice cuanto estuvo en mi mano por olvidarme de él, y me reenganché. Nada me ligaba al mundo, estaba más solo que nunca, y únicamente en aquella uniformidad de hombres iguales en su nada prescindible me consolaba. Uno no se da cuenta de que cae hasta que intenta parar y no puede. Entonces, supe que caía; sí, caía por una pendiente de odio que me entregaba cada vez más irremediablemente en los brazos de la muerte. Nunca me había sentido más herido, y aunque trataba de olvidarle, no podía apartarle de mí. Me hería saberle abrazado, besado, querido. Nosotros, que habíamos sido despreciados por nuestras propias madres...; nosotros, que solo podíamos confiar en quienes habían sido expulsados de la vida por la puerta trasera del orfanato o del desprecio social...; nosotros, que no éramos sino lo que los normales despreciaban, no deberíamos habernos traicionado jamás ni tener más aliados que quienes eran nuestros semejantes. Mi odio por él me hizo odiar al mundo: a todos los amores, a todos los futuros y a todas las mujeres.

Algún tiempo después salí del Ejército, pero no lo hice para integrarme en la sociedad civil, sino para irme lejos, muy lejos, lo más lejos. No sé por qué al odiar a mi amigo sentí rencor por mi patria; tal vez fue así porque mi patria le contenía sin señalarlo con el dedo como un traidor. Todo, hasta lo más insignificante de la vida se fundamenta en el amor, y yo era la antítesis del amor. Cualquier cosa que amara mi amigo era mi enemigo: él, la vida; yo, la muerte. La distancia era necesaria para alejarme de él, de mí, de su identidad y de la mía, y

poder crecer escupiendo, siendo lo que quería ser: un enemigo, el enemigo.

En los Estados Unidos ingresé, no mucho después, en mi primera compañía. Dark Side fue mi casa, y allí me rencontré con otros muchos como yo, quienes también odiaban la vida y al mundo y no esperaban nada de ella o de él. Éramos los justicieros, los que hacíamos pagar al orbe sus culpas, los que llevaban el dolor allá donde la risa nos exiliaba de la realidad. Si las sociedades habían sido nuestro Calvario, nosotros éramos su cruz y sus clavos. El planeta mismo era un erial de dolor, y todos, en las cuatro esquinas, deberían saberlo por sus hijos más avanzados: aquellos a los que despreciaron seríamos su suplicio.

Éramos buenos, muy buenos, ya que no con la vida, con la muerte. Ella era miembro de nuestro equipo, y con ella íbamos a todas las partes, rodábamos y rodábamos por el globo. ¡Cuánta gente odia la vida y cuántos relojes hay que poner en marcha! No todos llevábamos uniforme, sino que muchos se travestían como normales, aunque eran de los nuestros. Hoy sé identificar a los nuestros sin necesidad de que se enfunden en un uniforme. Hay una mueca, un estigma o un leve rictus de rencor en estado puro que nos unifica. No; no es una marca fea, sino de vacío, de imposibilidad de sentir emociones como los demás o de saber qué o cómo sienten los otros. Los otros siempre son el enemigo. He visto ese estigma en banqueros muy respetados y en presidentes, en políticos y en hombres de la calle. El odio tiene criaturas de todas las edades, y de vez en cuando echa el lazo a quienes se desbarrancan por su pendiente. El odio, para hacer suyos a sus hijos, primero les vacía el alma. Poco importa que tengan pareja, hijos, anhelos: solo son sus parejas, sus hijos o sus anhelos, y nada importa si sienten o no. Deben hacerlos suyos a cualquier precio, o por cualquier precio se desprenden de ellos.

Yo era un buen soldado: odiaba lo bastante. Entonces, el sueldo era bueno, muy bueno. No daba para una mujer y una casa, pero daba para muchas casas y muchas mujeres, aunque no las necesitaba. Podía hacer lo que quisiera allá donde quisiera, y si tomábamos una, bueno, y si diez, también, con o sin su consentimiento. La ley no iba con nosotros, estábamos a salvo de ella porque eran nuestros amos quienes la hacían, quienes la tejían con bordados falsos y hermosos orillos de mentiras a través de otros empleados.

En Dark Side nos formaron como a hijos. Si éramos fieles y cumplíamos bien nuestras misiones podíamos hacer cuanto nos placiera, sabiéndonos a salvo de todas las leyes de los hombres. Y esto se acrecentó cuando me trasfirieron a la Legión Negra, como nosotros la llamábamos, aunque su nombre es Apolyon. Borraron mi pasado, no dejando ningún vestigio en ningún registro que pudiera conducir hasta mí. Como en los ritos de iniciación —que los hubo— morí para nacer, o

para renacer más propiamente dicho, a esa muerte de la que ya no podré escapar. Me hicieron morir ficticiamente para nacer como un ejecutor, un ser con mil identidades y otras tantas nacionalidades cuya función era poner en marcha muchos relojes, manteniendo vivo el tictac del progreso. Desde entonces fui un hombre completamente libre, sin pasado, sin futuro, sin ser. El no-ser era lo importante, precisamente. Incluso con avanzados programas de formación y mucho sufrimiento, borraron de mi mente muchas cosas de lo que fui, casi todo, excepto que alguna vez, en un orfanato, tuve un amigo de veras. Logré no-ser.

Apolyon fue desde entonces mi familia, mi madre y mi amigo. Mi familia, porque tanto le daba si moría o vivía si la era útil; mi madre, porque no le importaba si sufría o no, sino la utilidad que podía reportarle; y mi amigo, porque sabía que en cualquier momento, cuando le conviniera, también podía traicionarme y cambiarme por cualquier ventaja. Como los escorpiones, cada uno de nosotros era una cría que iba sobre las espaldas de Apolyon, y si cualquiera de nosotros caía, era devorado por su madre. Así son las madres: bestias horribles que devoran impiadosamente a sus hijos si les conviene, igualito que las patrias. Todos nosotros odiábamos a nuestra madre, y nuestra madre nos odiaba lo suficiente como para enviarnos una y otra vez a la muerte, para poner en marcha algún reloj en algún lugar perdido o distante donde convenía que latiera el macabro tictac del progreso. Era un amor correspondido: ella nos pagaba bien nuestros riesgos, y nosotros moríamos si debíamos hacerlo.

Era obligatorio sellar cada misión con un pacto de sangre. El que en cualquier acción se abstenía de derramarla por pudor o por misericordia, desaparecía para siempre al regresar a casa o durante el camino. No sé si fue difícil al principio. No; no lo recuerdo. Sé que siempre lo hice, que siempre cumplí con mi parte. Nos enseñaron cómo deshumanizar lo humano, cómo convertir la muerte en un trabajo mecánico, sistemático, sin dolores propios ni cargos de conciencia. La conciencia solamente perturba cuando se la tiene, y lo primero que aprendimos fue a desprendernos de ella. Ahora que lo pienso, ya no sé qué es la conciencia, a no ser una malicia inculcada por las religiones; pero quienes somos así como nosotros, nunca creímos en ningún Dios: habitábamos el mundo, le movíamos, poníamos en marcha muchos relojes. Nuestro trabajo era lo fundamental para que las fábricas funcionaran, para que incluso los países avanzaran. Nosotros éramos el ángel del abismo, la destrucción encarnada y creábamos las condiciones para la vida o la muerte. El progreso mismo nos debía su potencia, las gentes de las calles sus ahorros, los empleados sus puestos de trabajo y hasta los niños sus esperanzas, porque el sistema en el que vivían éramos nosotros, nosotros éramos los relojeros. De saberlo, seguro que muchos habrían sentido repugnancia, pero la mayoría, la inmensa mayoría,

terminaría aceptando que nosotros éramos el sistema y, por ello mismo, imprescindibles.

Pero para nosotros nadie merece vivir en un mundo de odio. La muerte que regalábamos era una liberación para quienes elegíamos, y los redimíamos de sus penas y sus preocupaciones, porque otros se beneficiarían de ese tictac que poníamos en marcha. No me costó mucho emplearme a fondo en mi tarea, porque odiaba a mi amigo y a cada víctima le ponía su rostro. ¡He matado tantas veces a mi amigo!

El único enemigo verdadero que se tiene en mi oficio es sentir; lo demás es mecánico. Todo está permitido, sin límites. Pensar es una cosa mala, humana, y te puede convertir en persona; y si te haces persona no puedes hacer tu trabajo y pasas de ser del ejecutor al ejecutado. No pensar: esta es la clave.

Hay veces, sin embargo, en que me pregunto quién fui o qué hubiera sido si no hubiera seguido siendo quien era. En las pequeñas cosas está la clave de las grandes. Me pregunto qué habría sido de mí si hubiera encajado de otra manera el que mi amigo conociera a aquella muchacha y abandonara el Ejército. Tal vez, si le hubiera felicitado y hubiéramos seguido viéndonos, también yo habría conocido a una muchacha hermosa y mi vida sería otra. Tal vez ahora tendría hijos, un empleo como muchas personas, una vida.

La vida que tengo no es mía. Nunca, en realidad, tuve una vida. Únicamente un amigo en la vida no es tener muchos amigos, ni es tampoco dejar un vestigio de que una vez existiera. Ni siquiera esas mujeres con las que yazco de tanto en tanto tendrán un recuerdo grato o ingrato de mí, porque ellas son profesionales como yo, más que de la vida, de la muerte: amor muerto, besos gastados, cuerpos sobados, muerte viva que sofoca vidas en la muerte. La muerte del amor es la muerte de la vida. Nunca estuve con una mujer a la que amara, con alguien a la que le haya susurrado un te quiero. Mi vida, me temo, se extinguirá sin que haya pronunciado jamás esas palabras.

Creí en Dios cuando estaba en el orfanato, seguramente porque así me lo impusieron; pero hoy sé con certeza que Dios no es más que un invento para contener la vacuidad de la vida de los esclavos, o una excusa de los ingratos para darse prórrogas de esperanza o imaginar una imposible compensación a sus sufrimientos de siervos. Solamente hay dos clases de hombres: los amos y los esclavos. Sé que soy un esclavo, pero un esclavo que libera a otros cautivos, porque matarlos es darles no la libertad de ser, sino precisamente la de no-ser. La vida, para la mayoría, más que un beneficio es una condena. Se aferran a ella, pero pagan demasiadas lágrimas por cada sonrisa. Los dioses, cuando fabricaron al hombre, le pusieron un mecanismo de seguridad para evitar que se destruyera a sí mismo su juguete. Los dioses no existen, pero si existieran, serían extremadamente crueles por haber inventado la

vida.

El oficio de la muerte es antipático, pero tiene sus compensaciones. Sabes que van a morir, que en realidad ya están muertos y puedes entretenerte con ellos cuanto quieras. Los buenos profesionales siempre buscamos el lado positivo de nuestras obligaciones, y procuramos convertir en divertido lo tedioso y en interesante lo aburrido. No es una profesión tan mala, sino únicamente que está menos disimulada. Hoy mata casi todo aquel que quiere hacerlo, porque pocos ignoran ya que no hay ningún Dios justiciero que vaya a castigar a ningún malo por malo que sea, ni a compensar con gozos a ningún bueno martirizado por santo que haya sido. Dios, si lo hubiera, abandonó a su suerte este rincón del Paraíso. He oído gritar su nombre a muchos desesperados que han muerto en la misma soledad que si le hubieran negado; he sentido cómo clamaban por Él en esa África donde ensayamos lo mortífero de las nuevas armas químicas o bacteriológicas, y donde los laboratorios ensayan las bonanzas mortíferas de sus nuevas pócimas o medicamentos, y han muerto igual de solos. No; no estaba allí ni está en ningún otro lugar.

El tiempo corre, y pronto concluirá. Todos los relojes se detendrán a la misma hora, y no habrá relojeros que puedan evitarlo. No tengo tiempo de averiguar quién fui o qué hubiera sido, sino solamente para actuar con lo que soy y, tal vez, para poder decir aún esas dos palabras que jamás pronuncié: «Te quiero.» Y se las he de decir a mi amigo o mi enemigo, a mí o a ese que fui o pudiera haber sido, de la única forma que sé, que es dando aliento a la muerte.

Después de todo, ¿qué importa ya?... Hay pasos que se dan y que no tienen marcha atrás, y no hace tanto que di el paso definitivo. ¿Matar?... Hace algún tiempo que todos, todos los hombres, están sentenciados, que lo único que les resta es una horrible agonía. En realidad, desde hace ya bastantes años únicamente estuve matando cadáveres, tal vez aliviándoles de una exterminación peor y más dolorosa. Todo mal encierra un bien, y todo bien un mal. Tal vez, únicamente tal vez, este sea el único acto de piedad de mi vida, el que me convierta en el humano que fui o que pude ser, o quizás en el hombre que aún puede pronunciar dos palabras que le reconcilien con su propia nada.

5 Oficialía

A primera hora llamé por teléfono a la Central y hablé primero con Claudio, el director, y luego con Juantxo. A Claudio le di un superficial informe preliminar de mis avances y le pedí que convocara una reunión ese mediodía con todos los investigadores disponibles para organizar los trabajos, que no eran pocos ni menores; y a Juantxo que me fuera a buscar a la dirección del primero de los crímenes cometidos el día anterior, a donde yo iría en taxi.

Cuando Juantxo llegó al despacho del juez, hacía ya largo rato que el portero me había franqueado el paso y había tenido tiempo suficiente para enfrentar la realidad con mi sueño: en una esquina de la mesa, junto a un portarretratos, había una especie de moneda o medalla que ostentaba lo que parecía ser un curioso anagrama o dibujo, y junto a ella había un clip de color blanco, desenrollado, primero, y doblado, después, formando algo parecido a una punta de flecha.

—Perdona el retraso, pero ya te puedes imaginar cómo está el tráfico.

—No importa. Oye, ¿tu reloj tiene brújula?

—¿Qué pasa, tan desorientado estás? —bromeó.

Lo tenía. Su enorme y aparatoso reloj deportivo había sido a menudo objeto de bromas en la Central. Contaba con tantas funciones como probablemente hubiera precisado Roland Amundsen para su aventura polar.

—Dime la orientación exacta a la que apunta este clip.

Juantxo se quitó el reloj, seleccionó la función de brújula y lo puso sobre el clip.

—Exactamente al norte: cero grados —dijo, no sin sorpresa.

Quedé pensativo. La posibilidad de que accidentalmente pudiera marcar esa dirección un clip dejado al azar sobre un escritorio era tan remota como absurda. Y tanto menos cuando su forma de flecha apuntaba precisamente en esa dirección. Supe al instante que aquella moneda y aquel clip, eran la causa por la que se demoró el sicario: esa era su firma.

Volví a mirar la moneda por el derecho y por el envés, pero ambas caras tenían el mismo sobre relieve, una especie de trazado o de rizo de una línea sobre otra recta y vertical que más y mejor parecía una columna. Desde luego, aunque tenía la forma y el

tamaño aproximado de una moneda de un euro, quedaba claro que no era dinero al uso, sino mejor una especie de amuleto o el anagrama de la organización que había ajustado cuentas con aquel juez. Sin embargo, no había en ella ni una sola letra, nada que indicara a qué se correspondía aquel críptico dibujo. Después de considerar distintas opciones durante un momento, la metí cuidosamente en una bolsita de plástico y la guardé en el bolsillo, acaso confiando que lo que encontrara en los demás escenarios de los crímenes que pretendía visitar completaran o complementaran lo que en este había hallado, facilitándome así alguna pista más tangible.

Aunque Juantxo me pidió una y otra vez que le pusiera al corriente de qué suponía exactamente aquella moneda y la orientación de ese clip, le pedí que esperara a que hubiéramos visitado los demás escenarios porque aún se trataba nada más de que de una sospecha. En mi cerebro, alentado por la eficacia del sueño, hervían bulliciosamente mil ideas. Efectivamente, en cada uno los despachos donde se perpetraron los asesinatos había una moneda parecida a la anterior y un clip de distinto color con forma de flecha en la misma esquina de cada escritorio, divergiendo cada uno sesenta grados exactos de los demás, hasta completar los trescientos sesenta del círculo. La evidencia de que se trataba de una serie de crímenes muy meditados y ejecutados por la misma organización, ya estaba fuera de toda duda.

Las monedas eran iguales en forma, material y tamaño, pero distintas en sus dibujos o anagramas, aunque todos parecían inspiradas por la misma mente. Visitamos los escenarios por el riguroso orden en que perpetraron los crímenes, y pude comprobar que el sentido en que apuntaban los clips era al contrario del sentido de las agujas del reloj. Sinistrorso, que dicen los entendidos. Las monedas no eran todas diferentes, sino que las que encontré en el segundo y el sexto escenario eran iguales entre sí, como eran idénticas entre sí las que hallé en el tercer y quinto escenarios. De las seis, dos y dos eran iguales, y la primera y la cuarta eran únicas, sin par.

Cuando metí la última moneda en la bolsita de plástico, saqué de mi bolsillo las otras cinco y permanecí por un momento contemplándolas. Incluso dibujé con ellas el hexágono que sugería el hecho de mediar entre uno y otro escenario sesenta grados, pero no me sirvió de mucho. No era capaz de suponer siquiera qué podían representar aquellos símbolos que las monedas tenían en sobre relieve, aunque al menos me encaminó en una dirección distinta a la que supuse como posible, pues quedaba claro que una organización, cualquiera que fuera, era poco o nada probable que

tuviera seis distintivos diferentes.

Súbitamente, un fogonazo de intuición me hizo suponer que no estaba ante los anagramas de una organización criminal, sino acaso ante los de unos sicarios que así firmaban su trabajo, y me esto me hizo colegir que, de ser verdad, en alguna parte, quizás en algún país aliado, la Policía tendría datos de criminales tan excéntricos, y esto me animó. Quedaba ahora el escenario principal, el del CGPJ, e inferí que con toda seguridad ahí tendría una confirmación de mis sospechas o la refutación de mi teoría, porque sin duda este crimen colectivo era el centro de las acciones criminales de quien quiera que ordenara esas muertes, ya clara e irrefutablemente vinculadas, y con toda certeza ahí habrían dejado la pista principal.

Juantxo no cesaba de presionarme para que le pusiera al tanto y, aunque le di algunas explicaciones superficiales de mi teoría, apenas si le presté atención. Mientras nos desplazábamos hacia el CGPJ, podía ver en mi mente ese hexágono enorme que formaban en la ciudad los escenarios de los crímenes de aquellos seis jueces, y cómo ahora me encaminaba hacia el centro de ese polígono fatal, sin duda el eje central de tan macabra pista. A esas alturas, y a falta de lo que hallara en el CGPJ, me resultaba obvio que aquellas víctimas, los seis jueces, habían sido elegidas no por una causa, sino por tener sus despachos donde los tenían… y evidentemente por su profesión. Tendría que esperar, no obstante, para poder corroborarlo.

En la sede del CGPJ, por el contrario, no encontré ningún clip, y esto me pareció alentador porque aquel, tal y como suponía, era el centro del polígono que los asesinos habían marcado tan macabramente. Pero lo que sí hallé, junto al centro floral que había en el centro de la larga mesa, fue una moneda parecida a las anteriores, aunque esta algo más grande, probablemente de oro, y con un anagrama por completo distinto a todos los otros seis. En esta moneda, la aparente columna vertical que estaba en las otras se encontraba en posición horizontal, sobre la que había una especie de uve enorme o una especie de gráfico que usaba a esa columna tumbada como una clase de eje. Si una de las características común a todas las demás monedas era que los dibujos que se desarrollaban sobre el trazo o columna vertical eran curvos, en esta los trazos eran rectos, e incluso sobre esa línea quebrada en forma de uve había un trazo recto que cortaba a ambos, con dos flechas apuntando en la misma dirección, una en cada extremo, y bajo la cúspide inversa de la letra V que formaba un número: 3.

Estaba confuso, aturdido. Si por una parte había sido capaz de encontrar pruebas que demostraban una sola acción criminal en varios actos, haciéndome sentir satisfecho porque los mismos

dibujos de las monedas demostraban por sus diferencias lo secundario de los seis primeros crímenes y lo principal del asesinato del pleno del CGPJ, por otra no era capaz de aproximarme siquiera al significado de aquellas pistas que los asesinos habían dejado. No eran las monedas el distintivo de su organización, eso me quedaba claro, ni eran los dibujos que había en ellas nada que tuvieran que ver con algo que fuera de uso común o más o menos conocido, sino una especie de… ¡Eureka! Tal vez invocaciones, quizás sortilegios o algo parecido. La idea que tuve en el último de los escenarios acerca de la posibilidad de que hubieran sido las monedas unos distintivos de los sicarios, y la idea que ahora brotaba impetuosa, suponiéndolos parte de una especie de secta o algo así, me parecía encajar como anillo al dedo, al menos por cuanto sus víctimas habían sido jueces solamente, y esto le dotaba a mi teoría de la consistencia del hormigón armado. Podía imaginármelo: una secta, un grupo de locos, había decidido reinstaurar su propia justicia en tiempos tan revueltos. Me servía, sí. Que el mundo se estaba corrompiendo hasta los cimientos era algo que no se podía discutir en los tiempos corrían, y la mayor parte de esa responsabilidad caía de lleno en la judicatura.

—¡Joder, Antonio, dime qué estás maquinando o me va a dar algo!

—Es que todavía no estoy muy seguro, Juantxo; pero me temo que alguien está jugando con nosotros. Mira, en media hora tenemos una reunión en la Central para distribuir el trabajo con los compañeros, de modo que déjame que lo dé unas cuantas vueltas más y luego te cuento lo descabellado de la hipótesis que manejo.

—¿Y no me puedes adelantar algo?... Digo yo que cuatro ojos ven más que dos.

Buen o mal policía, era mi compañero y supe que no podía ni debía limitarme a despreciarle usándole solamente de chófer. Me arrepentí de no haberle hecho partícipe antes de mis conjeturas.

—Tienes razón, perdona, pero ya sabes cómo me pongo cuando tengo una idea que me ronda y no logro definirla. Mira, según lo veo los asesinos nos están dando un mensaje. He hablado esta mañana con Claudio y me ha dicho que nadie ha reivindicado todavía los crímenes. ¿Qué te dice eso?...

—Pues que no los han reivindicado todavía.

—Juantxo, vas a hacer carrera como policía, te lo aseguro.

—¿Y qué quieres que signifique?...

—Pues una de estas dos cosas: que su móvil es precisamente lo que han hecho, y asunto terminado; o que este juego recién comienza. Son las únicas opciones por las que los autores no precisarían hacer ninguna clase de reivindicación.

—¿Y?...

—Y eso, hombre: que, o tenemos una reivindicación enseguida, o podemos esperar nuevos crímenes, lo cual nos pondrá la cosa más peliaguda, dada la propensión de esos tipos a elegir víctimas... sensibles, digamos.

—¡Joooooder!

Por la expresión de Juantxo supe que estaba sorprendido, pero insatisfecho o poco convencido. No obstante, aún era pronto para darle más detalles, entre otras cosas porque ni yo mismo tenía demasiado definidas las ideas que me rondaban por la cabeza.

—¿Y lo de los clips y todo eso de la brújula?...

—Ya lo has visto por ti mismo: sesenta grados entre un escenario y otro. ¿Qué polígono resultaría cuando la diferencia entre sus lados es de sesenta grados?...

—No me jodas, Antonio, y no me vengas ahora con geometría, haz el favor. Suéltalo, hombre.

—Un hexágono, Juantxo, que digo yo que no es demasiado pedirte.

—¿Y?...

—Eso: ¿y?... La verdad es que no tengo una idea concreta todavía, aunque sí cuatro o cinco suposiciones que podrían comenzar a definir un dibujo.

—¿Más geometría?... ¿Y las monedas esas?...

—Luego, mientras tenemos la reunión, pide que las saquen unas buenas fotografías por el anverso y el reverso, y envíalas a la Científica a ver qué pueden decirnos de ellas. Me queda claro que monedas no son, pero sí que tienen un gran peso en nuestra investigación.

—¿Ni una sola teoría para eso?...

—Muchas, Juantxo, pero demasiado locas… todavía. Me temo que no estamos buscando a una organización de terroristas al uso, sino a iluminados… que creen en sus demencias lo bastante firmemente como para llenarnos la ciudad de víctimas. Déjame que lo madure un poco, y ya te contaré, o de otro modo a quien le vuelvo loco es a ti.

—No importa, ya sabes que lo mío ya no tiene cura.

Reí su broma, pero esquivé cualquier respuesta, dejándola para cuando tuviera mejor perfilada la hipótesis que pugnaba en mi mente por definirse. Mientras íbamos de camino a la Central, le miraba de reojo y podía percibir cierto malestar en él, tal vez porque pensara que le estaba ocultando información, sirviéndome de mi grado. Para evitarlo, y para que no se creyera marginado, le pedí que se encargara de la coordinación de los equipos de investigadores que iban a colaborar con nosotros, a fin de

permitirme a mí centrarme en lo grueso de las líneas de investigación.

—Te pido un favor, Juantxo: en cuanto puedas te haces con la sala de conferencias, te las arreglas para que te faciliten un plano bien grande de Madrid y lo pegas a la pared del fondo. Quiero que esa sala sea nuestro Cuartel General mientras resolvemos este caso. Luego, con chinchetas, marcas sobre el plano los lugares exactos donde se cometió cada crimen, y a un lado pones una nota esquemática con las características de cada víctima: nombre, cargo, asuntos destacados pendientes o de personalidad, etcétera. Tienes toda la información que precises en el informe, y si te faltara algo, se lo pides a los de Información. Me temo, amigo mío, que a nuestros asesinos les gusta mucho más la geometría que a ti, y por ahí es posible que podamos ir iluminando algo este agujero en el que nos encontramos.

—¡No jodas!

—No lo hago desde hace tiempo, y no por falta de ganas, te lo aseguro.

Apenas llegamos a la Central, ya estaban esperándonos todos los investigadores disponibles que me había asignado Claudio, naturalmente con el consentimiento del juez Andrada. Después de departir largo rato con Claudio, pasamos a la sala que pretendía convertir en el Cuartel General, donde ya tenía Juantxo puesto el mapa y colocadas las chinchetas, y luego de informarles a mis colegas con tanto detalle como creí conveniente sobre la situación exacta de mi investigación, procedí a la distribución del trabajo. Los palillos que había que tocar eran demasiados, y no podría haber asumido solo en toda una vida ni la mitad de ellos. A unos, les encargué que se hicieran cargo de los interrogatorios al personal del CGPJ, a fin de detectar quién pudo haber sido el contacto de los asesinos para introducirse en la sede; a otros, les encargué un análisis minucioso de los asuntos pendientes del CGPJ; a otros más, un informe exhaustivo de quiénes, cómo eran y qué causas o clientela manejaban los otros seis jueces asesinados; a otro grupo, que tomara nuevas declaraciones a los testigos de los primeros crímenes y trataran de exprimirles todo lo posible, e incluso que elaboraran por separado y luego cotejaran unos retratos robot; y entre los demás repartí las tareas de apoyo e información que entendía iban a ser imprescindibles.

Hubo muchas preguntas por parte de mis compañeros, e incluso algunos me pidieron que les avanzara alguna hipótesis para orientarles en sus líneas de investigación, pero me mostré renuente a hacerlo. Sabía que si les refería lo de mis sospechas sobre la secta, a quien al punto esposaban era a mí, pero para conducirme a un

psiquiátrico.

—Creo que lo mejor es que no demos nada por sentado y que dejemos todas las vías abiertas —dije evasivamente—. Los indicios con que cuento hasta el momento no son en absoluto determinantes para poder establecer una sola línea definida, ni siquiera tres o cuatro. Antes de poner sobre ideas concretas las piezas sueltas con que contamos, es preferible saber a ciencia cierta cuántos fueron los asesinos, qué móviles les movieron, qué enemigos potenciales tenían las víctimas y de qué recursos y apoyos dispusieron para cometer los crímenes. Esto podremos determinarlo exclusivamente si nuestro trabajo de equipo es impecable. Es importante: sed minuciosos en esto, porque, por lo poco que sé, a estos tipos les gusta cuidar mucho los detalles.

Todo un ejercicio de fe, en fin. Era sobradamente conocido en la Central —no en vano, algunos me nombraban bromeando como el Decano—, y todos ellos sabían por de más que era particularmente meticuloso con los casos que investigaba. Me lo pusieron fácil, e incluso muchos de ellos, amigos desde hacía años, me mostraron su mejor disposición para llevar a cabo la responsabilidad de una investigación que sabían que detestaba.

Los distintos grupos comenzaron a salir de la sala para acometer las tareas asignadas, y Claudio, quien había permanecido sentado a mi lado durante toda la reunión, se puso en pie y, acercándose a mí, me dijo:

—¿Tienes una idea más concreta sobre el asunto que las generalidades que has comentado, o estás todavía sondeando el terreno?

—Bueno, ideas tengo varias, y he encontrado...

Andrada entró en la sala y enseguida se hizo notar. Nos saludó y, a renglón seguido, le pidió a Juantxo que cerrara la puerta… por fuera, dejándonos solos. Se acercó, nos estrechó las manos a ambos, y con una cortesía que enmascaraba cierta burla, se quedó mirando con solemnidad el enorme mapa de Madrid con las chinchetas claveteadas que marcaban los lugares en que se produjeron los asesinatos, y me dijo:

—¿En qué punto concreto de la investigación nos encontramos?... Ayer no recibí el informe que le pedí, y esta mañana vamos por el mismo camino.

—No tuve ocasión, señoría. Terminé demasiado tarde, pero en un rato se lo preparo.

—Eso espero. ¿Podría anticiparme algo de los avances que se han logrado?...

Su tono era para mí tan desagradable como hostil. No obstante, durante casi dos horas les facilité a él y a Claudio tanta información

como tenía, sin omitir otra cosa que la hipótesis que estaba cociéndose a fuego lento en mi cabeza. Hice un detallado análisis de las implicaciones de los gases militares en manos de potenciales criminales profesionales, y esta noticia arrugó el semblante del juez, evidenciándose que no le hacía ninguna gracia que pudieran estar implicadas altas instancias de la nación o de una potencia extranjera; pero tanto menos le gustó que hasta ese momento no hubiera un móvil que fuera más o menos verosímil.

Trató Andrada de asumir papeles que no le correspondían, e incluso sugirió algunas líneas de investigación que, por no ofenderle, después de mirarnos y hacernos un gesto de paciencia Claudio y yo, omití decirle que todo eso había sido ya puesto en marcha. Y aún hubiera seguido si en ese momento no nos interrumpe la reunión Juantxo, dándonos la noticia de que acaban de informar del asesinato de tres jueces… en el aparcamiento del CGPJ.

—¿Tres más? —inquirió el juez con cierta sorpresa.

Sin decir palabra me acerqué al mapa y permanecí por un instante contemplándolo.

—¿Te han informado de los detalles? —le pregunté sin mirarle siquiera.

—No; lo único que han comentado es que no estaban juntos, sino que uno de los cadáveres estaba en el aparcamiento frontal, entre los automóviles, y los otros dos en el que hay en la parte trasera.

—¿Qué sentido tiene este mapa? —curioseó visiblemente contrariado Andrada.

—Pues de momento no es más que una suposición, señoría —me expliqué—; pero que parece ir cobrando cierto sentido. Cada una de estas chinchetas marca el escenario de cada uno de los crímenes que se cometieron ayer, y este núcleo de veintiuna chinchetas del centro, la sede del CGPJ. Ahora, habrá que añadir tres más aquí.

Todos guardamos un instante de silencio, mientras el juez se quedó mirando el mapa con atención al tiempo que cruzó los brazos y gravitó la barbilla sobre su puño derecho.

—¿Cree que también estos crímenes están vinculados con los otros? —me interrogó.

—Aunque no podremos saberlo hasta que no lo investiguemos —dije—, no creo que a priori quepa la menor duda. Hay cuestiones que aclarar, como si los cuerpos de las víctimas los encontraron hoy, o si han sido asesinados esta mañana. Me acercaré al escenario para investigarlo, porque una u otra cuestión empujaría mi teoría en caminos muy distintos.

—Vaya, pero antes explíquese —dijo con autoritaria sequedad,

girándose sobre los talones. Y añadió—: No tema, que seguro que las víctimas no se mueven de donde están hasta que yo vaya a levantar los cuerpos.

Les pedí a Claudio y al juez que tomaran asiento, y me desbarranqué por las conjeturas que desde el día anterior había estado elucubrando y la cuestión de las pruebas que representaban los monedas y los clips, aunque siempre con la cautela de etiquetarlo todo bajo el epíteto de hipótesis de investigación y absteniéndome de elevarlo a definitivas, en tanto mis compañeros no completaran los datos que les había solicitado en la reunión de coordinación anterior.

Claudio lo escuchó como una teoría plausible, haciendo algunas preguntas de estricto contenido profesional que no tuve problemas en responder; pero el juez Andrada quería más: una solución definitiva.

—Señoría —concluí—, me temo que, si estoy en lo cierto, este juego no está sino empezando. Y estos nuevos crímenes es posible que lo certifiquen.

—No me joda, Fernández, y no me venga con esas —replicó con mala ceja, poniéndose en pie—. Hoy me han llamado ya el presidente y el ministro, entre otros, y me han pedido una información que no les he podido facilitar porque usted ni siquiera cumplió mi orden de entregarme un informe diario, y no tengo ninguna intención de referirles un despropósito como ese que me está contando. No creerá que voy a irles con un cuento de hadas semejante, todo eso de que está atentando contra el Estado una secta o algo así, ¿no le parece?...

—A mí no me parece nada, señor juez —contesté con disgusto —: las pruebas que voy reuniendo dicen lo que dicen, aunque no he nombrado una secta o algo así… todavía.

—¿Y a qué viene esta tontería del hexágono o la estrella esa de seis puntas y todo ese circo?...

—A lo mejor prefiere su señoría que mudemos a los cadáveres de sitio para que el conjunto de los lugares donde se verificó cada crimen dibujen otra cosa —ironicé.

—No se me haga el listo, Fernández, que me parece que no sabe usted con quién se la está jugando —me retó Andrada, empleando un tono de amenaza.

—Lo peor del caso, señoría, es que sí que lo sé. Si usted no quiere verlo o no quiere considerar las pruebas, usted sabrá a qué es debido; pero hay lo que hay, ni más ni menos, tanto si le gusta como si no. Por mi parte, no puedo fingir ignorar lo que las pruebas cantan.

—¡No le consiento que me dé ninguna clase de lecciones de

cómo he de llevar una investigación judicial, porque soy yo el que está al frente del juzgado y del caso, por si no se ha enterado! —gritó a pleno pulmón, aproximándose tanto a mí que casi nuestros rostros se rozaron—. ¿Me estoy explicando bien?

—¡Como los cojones! —le repliqué, aproximándome más todavía a él—. Es más, dudo que sepa siquiera lo que quiere.

—Fernández, haz el favor de cuidar tu vocabulario —intervino Claudio, sin duda tratando de apaciguar una situación que estaba por salirse de los márgenes disciplinarios.

Hubo un brevísimo momento de silencio en el que ni el juez se atrevió a seguir echando leña al fuego, porque ello habría supuesto tener que recurrir a la herramienta reglamentaria de la sanción, ni yo de añadir una sílaba más, aunque ganas no me faltaron de completar todo un atestado en el que soltar cuanto pensaba de él. La atmósfera era tan densa que se hubiera podido untar sobre una tostada. Claudio aprovechó la situación para, con su habitual diplomacia, evitar que la sangre llegara al río.

—Antonio, ¿de veras crees que hay una secta detrás de todo este asunto? —curioseó.

—No lo sé con certeza —confesé, volviendo a él mi rostro y dándole la espalda con cierto desaire al juez. Me fui al mapa, y añadí—: A lo mejor eso habría que preguntárselo a los asesinos, pero de lo que no hay duda es de que las pruebas hablan de una estrella de seis puntas o de un hexágono: seis clips orientados a sesenta grados, que podrán corroborar los de la Científica cuando vuelvan a verificarlo, además de que basta con mirar sobre el mapa y ver qué dibujan las distintas ubicaciones para comprender que esto no es una casualidad. La complejidad de los asesinatos, la precisión con que se ejecutaron, la sofisticación y lo especial de las armas empleadas y el procedimiento utilizado, lo escogido de sus objetivos y ahora esta historia de las estrella o el hexágono y todo eso..., no sé, pero como que todo parece apuntar a una organización muy competente, no tengo ni idea aún si perteneciente a una secta o no. ¡Hoy hay tantos locos sueltos…!

—Bueno, tal vez sea así en todo lo demás, pero en eso de que las direcciones de las víctimas forman una estrella de seis puntas o un hexágono como sugieres...

—No; no es exacto, claro: eso sería imposible. Sin embargo, si te fijas bien, no cabe duda de que los seis crímenes de esos jueces dibujan lo más parecido a esa figura alrededor del CGPJ. Además, tal vez el juego de los clips, más que una firma, sea una corroboración de esta hipótesis.

—Esa es una zona donde tienen sus bufetes cientos de abogados, y donde además viven y trabajan numerosos jueces. Ahí podríamos

encontrar un hexágono y cualquier otra figura, según los delitos que se cometieran. Su idea es absurda —observó con displicencia el juez.

—No obstante, señoría, esto es lo que hay y así es como lo veo. Si usted tiene otro planteamiento, adelante con él, porque yo no pedí en ningún momento esta distinción que no merezco —determiné con ironía, encarándole de nuevo—. Es demasiado grande para mí este asunto, tal y como le dije, y sin duda en la Central hay dos docenas de inspectores con más talento y mejor preparación que yo, quienes con toda seguridad sabrán valorar mejor unas apreciaciones tan profesionales como las suyas.

—Tranquilo, Fernández, y no se subleve —advirtió—, que no se va a librar de esto tan fácilmente. Quiero que continúe al frente de este caso, pero le ordeno, le-or-de-no, que se aparte de elucubraciones fantásticas o disparatadas, porque no está el horno para bollos.

—Lo siento, pero no lo acepto. Soy policía, y mi profesionalidad me obliga a seguir las pistas que las pruebas indican. Consideraré sus sugerencias, si es que no me queda otra y tengo que continuar con esto, pero será mi criterio y las evidencias las que determinen la orientación de la investigación.

Lejos de sentirse satirizado o de montar en cólera, el juez metió ambas manos en los bolsillos y rio histriónicamente, soltando unas carcajadas que arremolinaron algunos rostros al otro lado de los cristales traslúcidos que daban a la sala principal de la oficina. Luego, calló de golpe, me miró con ojos incendiados de cólera, y dijo con la mayor intención:

—No sé quién se ha creído usted que es, pero está muy equivocado. Usted no es policía, sino un simple funcionario a mi servicio, y no creo que quiera saber hasta dónde puedo hacer valer mi autoridad. Sus atributos no son tan grandes como cree. Aquí la investigación la dirijo yo, yo seré quien determine el cómo y el dónde se investiga, y usted obedecerá sin rechistar o no únicamente le jodo esa dorada jubilación que tiene tan próxima, sino que le abro un expediente por obstaculizar a la justicia. ¿Quiere eso?..., diga: ¿lo quiere?...

Guardé silencio. De haber abierto la boca le hubiera cantado a Sarita un par de cuplés, y ahí sí que estaría mi jubilación en un tris y aun un buen juicio por cualquier barbaridad, que no en vano estaba en España, cualquier juez era un apóstol y Sarita, Dios. La soberbia le manaba al juez a borbotones por los ojos, y se había cuidado mucho de que el tono de su voz atrajera la atención de quienes estaban en el exterior de la sala, no faltando quién pegaba la oreja a la puerta o tratara de ver algo más que sombras

cimbreantes a través de los cristales traslúcidos. Nuestros rostros, nuevamente, quedaron uno frente al otro, casi tocándose las puntas de las narices.

—Con todos mis respetos, Andrada —intervino Claudio, haciendo una seña hacia el amontonamiento de figuras humanas que podían verse a través de los cristales—, esto no lleva a ninguna parte. No te preocupes, que Antonio cumplirá tus órdenes. Es necesario que formemos un equipo capaz de entenderse y que estos sobrentendidos queden en lo privado de cada uno.

—Si así está la cosa, diga cuáles son sus órdenes —le dije al juez, ignorando la diplomática maniobra de Claudio y sin apartar un milímetro mi rostro del de este.

Andrada bufó de satisfacción y de rabia a un tiempo. Estaba convencido de que me había sometido a su autoridad, aunque en ese momento lo único que fue capaz de apaciguar mi ánimo fue la idea del ya próximo remanso de la jubilación sin tener que aguantar a pedantes e incompetentes de semejante índole, y en todo caso, la esperanza de que antes de que resolviera la investigación los asesinos tuvieran la ocurrencia de reparar en él y considerarle entre sus objetivos. Me molestaba profundamente que por causa de tan nefasto individuo fueran a morir más personas; pero así actuaba él y yo era un simple funcionario que no tenía autoridad para cambiar nada.

—Por lo pronto —determinó Andrada—, todo eso del mapa y esas tonterías noveleras, olvídelas. Deshágase de esa fantochada ridícula, ponga los pies en la tierra y trabaje e investigue como yo le diga. Las tareas que ha encargado a los otros investigadores, no obstante, me parecen bien. Mientras los de la Científica nos hacen llegar sus conclusiones, lo primero será saber si los asesinos contaron con algún apoyo interior, algún funcionario o algo así, y saber quién era, que por ahí seguro que sacamos una información mucho más valiosa que estos delirios de estrellas.

—Andrada —intervino Claudio—, creo que Fernández está sobradamente capacitado para llevar adelante este procedimiento, y lo mejor sería que lo hiciera informándote con regularidad pero sin demasiadas intromisiones. Son muchos años de oficio, y aclarados esos pequeños malentendidos, sin duda todos estaremos más que satisfechos con su trabajo, ¿no es verdad, Fernández?...

—Amigo mío, si digo que aquí mando yo, pues eso —replicó Andrada—. Sé bien qué me hago, que este no es el caso de un crimen de tres al cuarto o de esos matariles que se dan entre traficantes y a los que está acostumbrado Fernández, sino que aquí todos nos jugamos mucho, y por más que te tenga confianza como director, no me juego mi carrera por un investigador tuyo, que es

mío, por imaginativo que sea. El presidente en persona ha depositado en mí su confianza, y si le fallara, el cuello que rebanan es el mío. No; digo que se hace así, se hace y punto.

—En fin, como tú quieras.

Sin decir una palabra, me giré y me dispuse a salir de la sala, seguido muy de cerca por Juantxo, quien no veía la hora de librarse de semejante embrollo.

—¡Ah!, Fernández, una cosa más todavía: ni se le ocurra que vuelva a terminar un día sin que yo tenga mi informe. Y el de ayer, ahora, es una orden.

Su autoridad me supo a veneno líquido. No respondí. Le pedí a Juantxo que retirara el mapa mientras yo hacía el informe, y salí de la sala de juntas para dirigirme a mi despacho.

Todos cuantos estaban en la oficina habían seguido con suma atención el rifirrafe con el juez, y buena parte de ellos me dieron muestras de apoyo. Mentiría si no dijera que me sentí complacido al recibir el respaldo de mis colegas, y lo haría si no dijera que fue precisamente esa misma complacencia la me llevó a replicar con un «Falta uno entre las víctimas», cuando uno de mis compañeros me hizo referencia a la arrogancia del juez. Muchos escucharon mis palabras, e incluso alguno lo hizo con sorpresa, porque jamás antes, a pesar de que todos estaban al tanto de mi antipatía por el juez, había puesto sobre el mundo tan intempestivamente mis creencias.

Obedecí, que era por lo que me pagaban y por lo que me pagarían cuando en unos meses me jubilara, y me dediqué a cumplimentar un informe que no iba una letra más allá de lo estrictamente imprescindible. Si hubiera podido escribirlo con la sangre del juez, nunca hubiera disfrutado tanto; pero como no fue así, me desahogué con parte del mobiliario.

Juantxo entró en mi despacho cuando ya le ponía el punto final al informe y presionaba la tecla de imprimir.

—Haz el favor, Juantxo, mételo en un sobre y dáselo a la secretaria del juez. Si te preguntan algo, di que vamos al escenario del nuevo crimen y a ver a los de la Científica. Te espero en el coche.

Ya digo que Juantxo no podría ser mejor mandado, y sin rechistar cumplió mi petición. Le conocía bien, y no hacía falta que me dijera nada; ya lo proclamaba su actitud sumisa y su constante afán por estar cerca y agradarme. Bien se veía que aún no se había recuperado de la bronca discusión entre el juez Andrada y yo de unos momentos antes, y que estaba más que deseoso por mostrarme su apoyo; pero mi estado de ánimo no estaba aún por querer bajar los grados, y siempre que me encuentro muy irritado prefiero la soledad. En tales situaciones, incluso el apoyo me resulta molesto.

Fumé un par de cigarrillos en la cochera mientras esperaba a Juantxo, y eso me tranquilizó más que ninguna otra cosa. Apenas si fueron quince minutos, pero más que suficientes para recapitular y tratar de definir mis propias ideas. Un instante después, cuando estaba mediado el primer cigarrillo, me importaba bien poco el juez Andrada y todas las corruptelas oficiales, o los inútiles a los que tanto gustaba emplear el Estado. Se imponía sobre todo lo demás la serenidad de la ya próxima jubilación, los años venideros sin preocupaciones, sin tener que husmear en los muladares sociales, que perseguir excrecencias humanas y que irritarme por nada. Los cadáveres son feos —consideré absurdamente—, tal vez porque en ese instante estaba harto ya de tanta muerte y era partidario de la vida, o quién sabe si porque por un momento me sentí agotado por haber dedicado mi vida a la inútil tarea de limpiar las sentinas sociales. Un trabajo imposible. Curiosamente, al final del primer cigarrillo, mi ánimo había variado lo bastante como para considerar darme una vida de regalo hasta donde permitiera mi pensión, viajar y ver cosas hermosas en vez de tan horribles espectáculos como los que habían entrado por mis ojos, y quizás hasta para tratar de desalojar de mi alma todas las estampas de los dramas que tanto me afectaron y dedicar lo que me restara de existencia al arte, a llenar de belleza cada rincón de mí, acaso a enamorarme de nuevo y a sentir que la vida podía ser todavía habitable. Pasé un instante en blanco, tal vez uno o dos minutos, y prendí otro cigarrillo porque se habían borrado las imágenes precedentes, siendo suplantadas ahora por jueces asesinados y presididas por una insolente estrella de seis puntas. A la mitad del cigarrillo, en mi mente bullían de nuevo mil conjeturas acerca del significado que podría tener ese símbolo, de a quién podría representar, si a una secta o a una organización de tipo mafioso o terrorista, y naturalmente, cierta inquina que sobrevenía enhebrada a lo anterior contra el juez Andrada. Al final del segundo cigarrillo, nada, llegó Juantxo.

—Te vas a meter en un lío, Antonio —dijo sin más, entrando en el automóvil y poniéndose al volante. Una vez me acomodé, continuó—: Mira que ese Andrada no es de los que se dejen bailar, y lo mismo es capaz de joderte ahora que te quedan cuatro días de servicio. A la Científica, ¿no?

—¡Bah, que le den al juez! —repliqué sin mirarle siquiera. Y añadí—: No; vamos primero al CGPJ antes de que Andrada vaya allí a levantar los cadáveres.

Sonrió, puso el motor en marcha y partimos a toda prisa, tal y como le gustaba conducir, aunque sin poner en esta ocasión la luz rotatoria. No era buen policía, ni mucho menos, pero era un excelente compañero. Tal vez el mejor compañero imaginable o, al

menos, el tipo de compañero que muchos querrían tener.

Apenas llegamos, me presenté al inspector que habían destacado provisoriamente, y me puso al corriente de la situación. Ambos nos conocíamos, aunque nunca nos habíamos tratado demasiado.

—¿Qué tienes? —curioseé.

—Ven, míralo tú mismo —me dijo.

Nos dirigimos hasta donde estaba el primer cadáver, a unos veinte metros de la entrada principal. Le habían encontrado entre dos automóviles a media mañana, parecía ser que asesinado a distancia por un francotirador desde el edificio de enfrente. Le habían abatido de un certero disparo en la base del cráneo, cayendo el cuerpo entre los vehículos, de modo que nadie reparó en él hasta que el personal comenzó a salir a la hora de comer. Luego, me condujo hasta el aparcamiento de la parte posterior, y allí me mostró los cadáveres de los otros dos jueces, cuyos cuerpos, asesinados con la misma precisión por un supuesto francotirador que ahora disparó desde un edificio adyacente, estaban casi en extremos opuestos del aparcamiento. Los sicarios demostraban tener, o una puntería infalible, o haber aplicado toda su precisión a la forma específica en que les dieron muerte.

—Esto se está poniendo de lo más negro, Antonio —me dijo mi colega mientras yo inspeccionaba el cadáver de la víctima—. Y eso que desde ayer ordenó el ministro de Interior que se les pusiera escolta a todos los jueces…

—¿Escolta?... ¿Y dónde están los escoltas de estos tres?...

—No lo sabemos. Los estamos buscando pero…

Reparé en el color macerado del cadáver, y ya iba a compartir con mi colega mi parecer, cuando al mover con la punta de mi bolígrafo su chaqueta vi un papel que estaba evidentemente preparado para que el investigador lo encontrara sin dificultad. Era un papiro de piel de cordero o algo parecido, el cual estaba doblado sobre sí. Mientras escuchaba los comentarios de mi compañero, lo abrí y permanecí unos instantes pensando en el dibujo que tenía grabado como a fuego: un triángulo en cuya esquina superior había un dibujo parecido a los de las monedas de los primeros seis crímenes, pero ahora con una especie de semicírculo añadido en la parte central del triángulo en el cual había grabadas tres estrellas, dos a los lados y una en la parte inferior, desde la cual salía un trazo, como formando una «Y» que rompía el lado inferior del triángulo.

—No te molestes —le dije a mi compañero sin mirarle, absorto por lo contemplaba en el dibujo—, porque me temo que a estos tres no les llegaron a poner escoltas. Puede ser que los hayan encontrado hace un rato, pero estos hombres ya llevan muertos

muchas horas. Su *rigor mortis* ha desparecido casi por completo, pero aún quedan algunos vestigios de él en las articulaciones. Para mí que estos paquetes los han dejado esta misma mañana, nada más.

—¡No me jodas! —exclamó el inspector, agachándose con premura a corroborarlo.

Mientras con varias interjecciones coincidía el inspector con mi criterio, cotejé el papiro con los dibujos de las monedas que tenía en mi mente, y supe que los autores habían sido los mismos y que aquel escenario estaba preparado para encajar en el retorcido plan de aquella más que probable secta que estaba perpetrando los crímenes. Ese dibujo lo corroboraba. Podían haberlo hecho en papel, y, sin embargo, habían preferido usar piel de cordero y escribir a fuego en vez de a simple rotulador. Todo me parecía tan absurdo como letales los asesinos, además de eficaces en cualquiera que fuera su plan, incluso hasta el extremo de acceder al mismo recinto en el que el día anterior habían perpetrado un crimen masivo, con uno o varios vehículos cargando tres cadáveres. Su osadía, considerando que con toda seguridad no faltarían policías en el lugar durante los siguientes días a su crimen, solamente tenía parangón con lo letal de sus acciones.

—¡Tienes razón, Antonio, este tipo lleva muerto al menos diez horas!

—¿No llegaron los de la Científica?...

—No. Parece que se les está multiplicando el trabajo. Me dijeron que tienen otro caso peliagudo no muy lejos de donde ayer mataron a uno de los jueces, y se ve que están desbordados.

—¿Otro caso…?

—Bueno, sí, pero no creo que tenga que ver con lo tuyo, porque parece ser que fue en un local de… esos de mucho pescado y poca carne.

Una intuición me hizo temer lo peor. O mi trabajo me estaba enloqueciendo hasta el extremo de parecerme que todas las muertes que se producían en la ciudad me concernían, o aquellos crímenes estaban relacionados estrechamente con mi caso. Sentí esa ansiedad característica que experimentamos los policías cuando nuestras víctimas nos reclaman, y en ese momento presentía que nuevas voces se unían al ya nutrido coro de asesinados que esperaban con urgencia la resolución eficaz de mi trabajo.

—¿Me harías el favor de hacerte el loco e ignorar que me llevo esto? —le dije a mi colega enseñándole el papiro. Y me expliqué—: quiero comprobar algunas cosillas con esto, y quiero marcharme ya, antes de que llegue Andrada.

—¿Que te llevas qué?... Yo no he visto que toques nada.

—Gracias, tío, no sabes el favor que me haces.

—Hombre, si es por joderle a Andrada…, lo que sea.

Reí su broma, me despedí de él y me apuré a salir del CGPJ antes de que llegaran Claudio y el juez, quienes seguramente ya no tardarían. Sin embargo, y por si acaso, le pedí a Juantxo que con el mayor cuidado comprobara si en los otros cadáveres había un papiro o algo parecido al que había encontrado en este.

Mientras esperaba a Juantxo en el automóvil reconsideré los datos que disponía mientras me dejaba perder en las emociones que me despertaba aquel papiro que tenía entra las manos. ¿Qué clase de secta podría tener interés en llamar la atención de la sociedad con una cadena de atentados contra la judicatura?... Porque a esas alturas estaba completamente convencido de que se trataba de una secta, aunque especialmente activa y bien preparada, cual si estuviera conformada por militares, dado el grado de perfección de sus crímenes y el acceso que tenían al tipo de material que empleaban, como los gases tan avanzados y exclusivos. Y no sé por qué me vino a mientes la Orden del Temple. Quizás fuera porque era la única de las órdenes militares de la Edad Media que todavía tenía remanentes sociales y no le faltaban militantes que procuraban seguir sus huellas, así en lo radical de su pensamiento como en sus concepciones místicas. Pero enseguida rechacé esta hipótesis, porque los símbolos de las monedas o el que tenía el papiro no parecían tener nada que ver con esta Orden, además de que supuse que por algún lado de tanto anagrama hubieran estampado su cruz templaria o su octógono característico. No; era posible que fuera una secta quien estaba conmocionando a la sociedad, pero era claro que podía desechar la idea del Temple.

—Aquí tienes los otros papiros, y por lo que vi de ese, son idénticos. Y ahora, al club ese donde han aparecido los otros cuatro cadáveres, ¿no?...

Fue bastante una sonrisa. Me conocía bien, y sabía interpretar mis deseos sin necesidad de que los expresara. Con celeridad nos deslizamos por la ciudad, mientras yo comparaba los tres papiros, idénticos como si hubieran sido realizados por medios mecánicos, con un troquel al rojo o algo así.

Lo que se presentó ante nosotros en el local en que habían aparecido los otros cuatro cadáveres era en todo similar a lo que habíamos visto en el aparcamiento del CGPJ, si bien estos estaban agrupados en parejas, dos a cada lado del acceso. Tampoco habían sido asesinados —ejecutados, sería mejor decir, porque igualmente presentaban un único disparo en la base del cráneo— esa mañana, sino que como los otros tenían síntomas de llevar al menos diez horas muertos, debido a que su *rigor mortis* había prácticamente

desaparecido.

Podía suponer sin dificultad que todos ellos habían sido secuestrados y ejecutados en algún lugar la noche anterior, y trasportados después hasta donde se los encontró, disponiendo con ellos una especie de escenario ritual. Que los cuerpos de cuatro jueces estuvieran en un club de perdición en el que la materia en crudo de la carne y el pecado eran el eje del negocio tenía mucho sentido para una secta, especialmente si lo que pretendía esta era descollar la corrupción moral que convertía las ciudades en una sentina y a la justicia humana en una cloaca; pero no tenía tanto sentido lo de los tres cuerpos de los aparcamientos del CGPJ. Pensé.

¿Por qué correr el riesgo de dejar tres cadáveres colocados de la forma en que lo hicieron los criminales, si pudieron hacerlo cuando colocaron los artefactos que terminaron con el pleno?... No tenía sentido…, a no ser que se trataran de pasos diferentes, peldaños de la misma escalera. Eso, y tal vez demostrarme, como investigador al cargo, que gozaban de cierta impunidad o, al menos, de una capacidad de acción que me retaba en una especie de desafío.

El inspector de la UDEV que habían destacado, me lo dejó claro enseguida:

—Supe que esto era tuyo nada más comprobar la identidad de los cadáveres. Y mira, encontramos en cada uno de ellos estos cueros.

Me entregó unos papiros exactamente iguales a los que hallamos en los otros tres cadáveres. «Siete», pensé, y enjaretado a ello me vinieron a mientes lo sagrado del número para los aficionados a la magia, el esoterismo y todo eso. Siete era un número al que todos esos pirados que les gusta ver lo que no hay le conceden un significado capital, místico, y eso cuadraba como anillo al dedo con la hipótesis, que ya iba tomando perfil de realidad indiscutible, de que nos estábamos enfrentando a una Orden o una secta.

Sentía ansiedad, la misma que solía experimentar cuando las pistas de una investigación ponían al alcance de mis manos al asesino. Me parecía que iba a tardar mucho menos de lo que esperaba en poder concretar la identificación y detención de los criminales, y quise corroborar esto con lo que pudiera haber avanzado la Científica.

—Oye —le pregunté a mi colega—, ¿no vino por aquí Fermín, el jefe de la Científica?...

—Se marchó hace un momento. Te has debido cruzar con él, porque iba al CGPJ. Parece ser que Andrada le llamó para que se presentara inmediatamente.

Le llamé a su teléfono portátil, y me respondió enseguida. Le pregunté si había recibido las monedas que le hice llegar a través de

Juantxo, y me confirmó que sí, aunque no había tenido tiempo de examinarlas por todo este lío que se había armado, pero se comprometió a dar prioridad a su análisis. Luego y tras describírselos, le pedí su opinión sobre los papiros que había en los cadáveres, y no pudo sino decirme que de todos esas cosas de iluminados no podía hacer más que analizar los materiales y los modos en que habían grabado los dibujos, porque en todo lo demás, simbologías y esas historias, estaba muy pez. Nada extraño en un hombre de ciencia como él, por otra parte. Por último, me dio novedades sobre los análisis del artefacto que encontramos en la sala de reuniones del CGPJ y me corroboró que era exactamente lo que ya me había comentado. Respecto a las huellas y demás, nada nuevo… o nada que pudiera servirme.

Había que seguir investigando con paciencia, meticulosamente, por más que mi inquietud crecía a medida que sentía aproximarme a la captura de los asesinos. Mis pasos, presentía, iban muy bien encaminados. Los jueces, el local de disipación, el ajusticiamiento frío y metódico de todas las víctimas, y casi la forma ceremonial en que habían sido exterminadas, me decían a gritos que estaba frente a un grupo purista, acaso a una de esas células fundamentalistas parecidas a los talibanes del Islam, pero con una capacidad de acción y una profesionalidad que los convertía en particularmente peligrosos. Al paso que iban los asesinatos, si no hacíamos algo rápido nos iban a dejar sin jueces, porque la judicatura en pleno estaba bloqueada por el pánico, sintiéndose cada uno de sus miembros víctima presente o futura de esta organización radical que los estaba exterminando.

Juantxo propuso comer en un restaurante próximo, y me pareció una buena idea para hacer tiempo mientras llegaba el juez y procedía al levantamiento de los cadáveres, además de que tenía hambre.

—Por favor —le dije a mi colega—, mantenme al tanto si hay alguna novedad. Luego, cuando redactes el informe, pásame una copia con todos los datos…, incluso los que no consideres demasiado importantes. Y pide fotografías, muchas fotografías, que no que quede un ángulo o un objeto, por insignificante que pueda parecer, sin que sea recogido. Lo más pequeño, ya te lo imaginarás, puede ser capital en este caso.

La ansiedad siempre me ha abierto el apetito, y precisaba recapitular. Si cuando salí de mi casa por la mañana me pareció haber dado con una pista seria que podría conducirme hasta los asesinos, ahora me sentía como si casi ya pudiera atraparlos. Era una sensación imperiosa de inmediatez, cual si los dedos de mi inteligencia ya estuvieran próximos a identificarlos porque,

calculaba, no era posible que pudiera haber demasiados grupos radicales de carácter místico con una preparación semejante a la de los asesinos que perseguía. Era cierto que de un tiempo a esa parte, especialmente en el litoral mediterráneo, habían aparecido miles de grupos de carácter satánico, que organizaciones discretas como la masonería proliferaban como una peste introduciéndose por todas las rendijas en el Estado, que grupos pseudomísticos lo mismo se daban al sexo a lo bestia que a la escatología en crudo, e incluso que no faltaban en el sindiós de sociedad que vivíamos quienes consideraban la existencia… de los demás como mercancía no sólo por la prostitución de cualquier tipo, incluida la pedofilia, sino también los que habían hecho sus fortunas con el cine snuff, en el que la víctima de la brutalidad sexual concluía con su muerte atroz para mejor orgasmo de algunas almas depravadas que estaban dispuestas a pagar por estos crímenes auténticas fortunas.

—Muy pensativo estás —me comentó Juantxo mientas comíamos.

—Creo, Juantxo, que estamos frente a una secta muy bien preparada, y me temo que quienes quiera que sean han decidido limpiar la sociedad comenzando por la cumbre.

—¿En qué te basas..., en los dibujos esos de los cadáveres y en las monedas?...

—En eso, sí. Fíjate que tiene mucho sentido. Mira la sociedad y date cuenta de cómo está. No importa cuántos policías seamos, estamos desbordados y la cosa no mejora. Es más, cada día vamos a peor. Ya no se puede confiar en nadie, porque lo mismo es un sacerdote el pedófilo que el ginecólogo un violador. Nada está derecho, todo es corrupción y objeto de comercio, desde la política nacional a los mismos conflictos internacionales, y la justicia pudiera parecer un punto estupendo para presentarse en sociedad por nuestros amigos de esta secta, quienes pudiera ser que nos estén dando un mensaje a modo de tarjeta de presentación: vamos a impartir justicia. Según lo veo, y es una hipótesis, estamos ante una organización que se ha estado preparando muy bien, ha elaborado planes muy concretos y está poniéndolos en práctica con una eficacia encomiable. Por lo pronto, ya le tiene a la sociedad en pleno con el ombligo arrugado.

—¡Joooooder!

—Lo que me extraña, y mucho, es que a todos estos jueces que han encontrado esta mañana nadie los echara en falta y denunciara su desaparición. Al menos, debían llevar un día en poder de sus asesinos y…

—Bueno, lo que pasa es que tú estás un poco en la inopia con todo este lío que te traes —me interrumpió Juantxo—, y no me

extraña porque el desbarajuste que hay a todos los niveles es impresionante; pero en la Central me comentaron esta mañana que desde que Interior ordenó poner escolta a todos los jueces de Madrid, hay un puñado de ellos que no aparecen. Algunos, pocos, están soleros o algo así, y vete a saber si están de vacaciones o lo que sea.

—Pues más vale que los encuentren y que tengan la protección necesaria, porque si nuestros amigos los encuentran primero, me temo que no les irá demasiado bien, y tal y como se están poniendo las cosas…

Juantxo hizo un momento de silencio, se me quedó mirando como investigando qué sentía en verdad, y me dijo:

—¿De veras te crees eso de la secta… o lo que sea?

—Lo creo, Juantxo, estoy seguro. Y no es por capricho, sino por las pruebas que tú mismo conoces. Jueces, solamente jueces, son las víctimas, todos esos logos de las monedas o los papiros no son precisamente de empresas, y la disposición de los escenarios…, ya ves que dibuja lo que dibuja.

—¿Y qué dibujan los cuerpos que hay en el CGPJ y en el local ese en el que hemos estado?...

—Pues no lo tengo muy claro todavía, pero lo que los papiros nos dicen es que forman parte de este macabro juego. Me temo que la disposición de los cuerpos y el lugar en el que se han encontrado tienen algo que ver con todo lo demás, pero vamos a tener que averiguarlo.

—Será como dices, Antonio, pero a Andrada esto no le va a hacer ninguna gracia.

—¡Que le jodan a Sarita!

—Si tú lo dices…

Terminamos de comer, tomamos café y, luego, mientras yo me hacía cargo de la cuenta, Juantxo salió del restaurante para ir a buscar el automóvil adonde lo habíamos aparcado y dirigirnos a la Científica. Cuando llegó con él a la puerta del restaurante ya lo estaba esperando; pero apenas lo detuvo, se tendió sobre el asiento del copiloto para verme la cara por la ventanilla, y me dijo:

—No te lo vas a creer, pero acaban de decir por la radio que han encontrado los cadáveres de cinco jueces más. Parece que no es muy lejos de donde se cometió el segundo de los crímenes de ayer. ¡Joder, Madrid se está convirtiendo en el paraíso de la judicatura!

Entré enseguida en el coche y, sin añadir palabra, Juantxo puso rumbo a toda prisa a la dirección en que se había perpetrado el nuevo crimen colectivo, naturalmente con la luz rotatoria encendida y la sirena a todo volumen. Pero no fue esa noticia la única de este género, sino que cuando apenas cuando nos

encontrábamos a medio camino, desde la Central me llamaron para informarme de que encontraron cinco cadáveres más de otros tantos jueces, esta vez en una dirección próxima al escenario del quinto juez asesinado el día anterior.

—Al paso que vamos —comentó Juantxo apenas di el enterado y corté la comunicación—, va a impartir Justicia en España el Lute.

—No te preocupes por eso, porque mejor nos irá que con estos maulas.

Lo dije sin pensar. Mi cabeza bullía haciendo mil suposiciones a cual más desquiciada. Podía casi ver que nos encontrábamos ante la escenificación del segundo acto de una tragedia que amenazaba con multiplicarse. Esto no era un mensaje, era el aviso de una hecatombe que advertía ya con colapsar el mismo Estado. Era mucho más de lo que podía esperarse de una simple organización terrorista, por más terrorista que fuera. Su eficacia, la selección de los objetivos y la repercusión social que estaban teniendo tantas muertes tan selectivas no cuadraban con una secta iluminada. Comprendí que estos sucesos eran muchos más que la acción justiciera de unos locos hartos de corrupción, y por un momento sentí que todas mis hipótesis se derrumban estrepitosamente.

Otro inspector ya estaba en el lugar donde había tenido lugar la muerte de los cinco primeros jueces, un local de parecido corte al anterior e igualmente consagrado a los placeres del más acá. Me presenté ante él y enseguida me dio su informe de la hora en que habían sido encontrados los cuerpos, por quién y de la declaración de este, además de la forma en que aparentemente murieron. Igual que los otros jueces, habían sido asesinados en otro lugar y llevados ahí durante la noche o a primera hora de la madrugada, con toda seguridad para que el personal de limpieza los encontrara durante ese día.

Me puse unos guantes de látex e inspeccioné los cuerpos. Estaba claro que habían sido ejecutados más o menos cuando los otros, presumí que en el mismo lugar, y como los otros tenían entre el pecho y la chaqueta, cuidadosamente doblados, unos pergaminos parecidos a los anteriores, aunque estos cinco iguales entre sí y diferentes a los otros siete.

En estos, el dibujo que había era igualmente un triángulo con una especie de anagrama particularmente enrevesado en la esquina inferior izquierda, pero siendo de la misma índole que los de las monedas y los otros papiros, y en el lado opuesto a esta esquina, con cinco estrellas dibujadas que se correspondía, taz a taz, con la disposición en que se encontraban los cadáveres. Todo había sido cuidadosamente puesto en escena, advirtiéndonos con ello los asesinos de que continuaban ejecutando un plan que, en primera

instancia, no quise saber dónde pretendían concluir, dada la enorme mortandad que estaban causando sus primeros pasos.

Cambié impresiones con mi colega durante unos minutos mientras examinábamos con detalle el escenario, y le pedí que se hiciera el loco para permitirme quedarme con uno de aquellos papiros, a lo que se avino sin necesidad de mayores explicaciones. No sé si también era eso corrupción, pero quedaba claro que así es como funcionaban las cosas en esos tiempos, que cualquier cosa que se quisiera conseguir, si se tenía alguna clase de ascendencia o algo parecido, podía considerarse al alcance de la mano. El dinero era un buen motivo; la amistad, otro.

No mucho después, ya siendo casi de noche, nos dirigimos al último escenario, y allí nos encontramos con un espectáculo prácticamente calcado. Otro local especializado en el llamado «ocio de la carne», cinco cadáveres de cinco jueces dispuestos en forma casi idéntica a los cinco anteriores, y los cinco cadáveres llevando en su pecho, entre la camisa y la chaqueta, unos papiros de idéntico corte, en este caso representado ese mismo triángulo, sólo que ahora con un nuevo símbolo en la esquina inferior izquierda, y cinco estrellas en el lado opuesto a ese ángulo, precisamente en la misma disposición en que se encontraban los cuerpos, si bien ahora en forma inversa a los anteriores. «Simetría», pensé.

El modo de ejecución, la presentación de los cuerpos y los papiros, eran en todo iguales a los de los otros jueces, lo que arrojaba el tétrico balance de quince jueces asesinados, presumiblemente a sangre fría, en algún lugar y más o menos a la misma hora, y luego distribuidos meticulosamente en cuatro distintos escenarios. Una nochecita ajetreada para los criminales, por lo que se veía.

—¿De qué va la cosa, Antonio? —me interrogó el inspector destacado al escenario—. Esto se está saliendo de madre, tío.

—Ya lo creo. Más vale que nos demos prisa en identificar a los criminales y en detenerlos, o esto se va a poner de lo más interesante.

Le estaba dando instrucciones a mi colega para la Científica, cuando entró en el local el juez Andrada.

—Qué bueno que está aquí, Antonio. ¿Qué tenemos?... ¿Ha estado ya en los otros escenarios investigándolos?... ¿Qué ha sacado en claro hasta ahora?...

—Pues, señoría, aunque a usted no le complazca, me temo que va a tener que aceptar que estamos ante una secta o algo así, y no de las mansas que se dedican a meditar, precisamente.

—¿Otra vez con esa idiotez?... ¿De qué modo debo explicarle las cosas para que las entienda?... Limítese a informarme de los hechos,

y yo seré el que determine qué y cómo se investiga.

—Señoría, a lo de las monedas hay que añadirle ahora los dibujos que tenían los cadáveres…

—No me joda, Fernández, y céntrese en el asunto. Eso bien pueden ser pistas para desviarnos. ¿Acaso no comprende la situación?... Cuarenta y cuatro jueces han sido asesinados en poco más de veinticuatro horas, ¿y me viene usted con esas?... Esto lo han perpetrado profesionales del crimen y no locos de ninguna clase. ¿Es que no se da cuenta?... Siguiendo pistas falsas solamente está entorpeciendo la investigación…

—Sigo las pistas que hay, no las que me invento. Y si no le complace mi forma de trabajar, ya se lo dije, apárteme del caso. Le advertí que esto es demasiado para mí.

—Eso es lo que usted quisiera, pero que no va a conseguir. Usted va a hacer lo que yo le diga y como yo le diga, o usted se queda sin jubilación y es posible que encausado por entorpecimiento a la justicia como yo me llamo… Andrada.

«Sarita», creí por un momento que iba a decir. La sangre me cegaba. Ese hombre, o era un estúpido, o estaba vendido a alguien, idea esta que me asaltó de improviso debido a la rabia.

—¿Ni siquiera quiere escuchar su señoría mis hipótesis sobre estos crímenes?...

—Ahora no. Quiero verlo por mí mismo antes de que usted me confunda con sus tonterías. Vaya a la Central y redacte mi informe, que ya mañana tendremos ocasión de comentar sus desquiciadas opiniones. Y ahora, déjeme.

Salí del local enfurecido. De buena gana hubiera sacado mi arma reglamentaria y le hubiera descerrajado un cargador completo. Me sacaba de mis casillas. ¿Por qué insistía en que me ocupara de un caso en que no me dejaba investigar siguiendo las pruebas?... ¿Por qué me había elegido si no se fiaba de mí?... Eso no tenía ningún sentido.

Juantxo no me llevó a la Central, sino que se detuvo unas manzanas antes de llegar a ella y me invitó a un café para que me desahogara con él.

—Si te dejo redactar tu informe en tu estado de ánimo, seguro que mañana me ordenan detenerte, y no estoy dispuesto a eso —me dijo—, porque eres el único que me permite poner las luces y la sirena y correr como un loco por Madrid. Favor por favor, ya sabes.

Ambos estábamos decepcionados, y en mi caso, además, perdido, aunque no tanto por los criminales como por ese juez absurdo que parecía empeñado en colapsar la investigación. Tal vez fuera afán de protagonismo para lucir su cola de pavo real ante el presidente o el ministro, pero su ineptitud impedía avanzar en la

captura de los criminales, y era de suponerse que, si seguía por ese camino, iba a favorecer más muertes. Si algo tenía claro a esas alturas, era precisamente que los asesinos no eran individuos pacientes o que repararan en víctimas para difundir su mensaje, cualquier que fuera este, y más nos valía que lo captáramos enseguida o…

—Estás jodido, tío, y no debieras consentírselo a ese juez.

Sé que trataba de animarme, sin duda porque a pesar de su juventud ya llevaba conmigo muchos años: cuatro. Me conocía bien, y sabía que no era lo mío ir detrás de los faldones de la toga de un juez, y tanto más de un divo como Sarita. Si alguna fama me había granjeado como investigador, había sido por la aleación tan particular de intuición y método que me caracterizaba y que todos mis colegas me reconocían.

—¿Te puedo dar mi opinión sincera, así, como entre amigos, aunque no lo seamos? —me preguntó, al tiempo que aproximaba a mí, como en confidencia, gravitando su cuerpo sobre los codos apoyados en la mesa.

—Adelante, no te prives.

—Una de dos: o haces tu guerra y finges beatitud y obediencia, o tómate una baja por depresión que te dure los seis meses que te faltan hasta la jubilación. Pasa de Sarita, hazme caso.

Curiosamente no me pareció mala o fuera de lugar la propuesta de Juantxo, y durante unos instantes la consideré seriamente. La idea de una baja por enfermedad indetectable era una opción razonable, pero presentaba el inconveniente de que, si lo hacía, me vería impedido para investigar, y el hecho de tener la responsabilidad de un caso semejante y no poder resolverlo sería algo que con toda seguridad no podría soportar. Bueno, eso y que el juez, afamado soberbio que no lo aceptaría, se las ingeniaría para meterme en un lío. Además, este caso, a qué negarlo, era el más importante que había tenido en mi vida, la cumbre de una carrera profesional que apenas si se había deslizado por crímenes ordinarios o, a lo sumo, alguna que otra investigación que generó más alarma social que mártires. España, por suerte, hasta hacía algunos años en que se disparara la delincuencia, no era tierra propicia para sucesos complejos más allá del de los marqueses de Urquijo o el de Los Galindos, y en el primero hubo demasiadas manos negras, tal vez económicas o de Estado, y en el segundo, la espesa niebla de la ignorancia de unos tiempos en los que la Policía se centraba casi exclusivamente en persecuciones políticas. Ni siquiera lo del Jarabo era digno de pasar a ninguna clase de memorial. No; España no era el país ideal para que un investigador judicial sentara cátedra criminológica, porque no había demasiada violencia fuera de la

pasional o de los atracos, al menos hasta la crisis del 2008. Sin lugar a dudas era mucho más atrayente la otra propuesta, la de hacer el paripé de obedecer e ir investigando por mi cuenta hasta reunir pruebas incontestables incluso por Sarita, si es que no resolverlo por mis propios medios.

—No sé si valdría para eso —concluí.

—Pues tú verás, pero si no tomas uno de esos dos caminos, lo cierto es que te jubilas pero por amargura, y quién sabe si odiando una profesión que te ha costado...

Sé que le faltó decir «un divorcio», pero se calló. Todos callaban cuando tenían que referirse a él, aunque fuera un suceso tan común entre quienes teníamos esta profesión, porque nunca terminé de superarlo. Tal vez por eso nunca volví a tener una relación estable con otra mujer. Inevitablemente, en aquel momento se irguió en mi pensamiento Aurora, mi exmujer, desplazando por completo todas las demás disquisiciones que me embargaban. Ella ejercía aún sobre mí un influjo que no sabría definir, habiendo tenido la particularidad de mantener abierto una especie de agujero negro sobre mi plexo solar que me hacía sentir todavía ciertas sensaciones parecidas al vértigo. La memoria es más traidora que las personas, y tiene la malicia de embalsamar el pasado y presentarlo con una pátina de belleza donde debiera haber una costra de herrumbre. Lo que fue malo, con el tiempo se mostraba como aceptable; y lo abiertamente hostil, simplemente como venialidades de la rutina. Las constantes discusiones y reproches que convirtieron nuestro hogar en un remedo del infierno, ahora me parecían nada más que simples diferencias propias de la convivencia. La echaba de menos, incluso aún la quería. Nunca dejé de hacerlo, en realidad; pero sabía que el tiempo todo lo deformaba y enlucía, y sin duda aquella criatura hermosa de la que me enamoré un día y de la que me divorcié otro, bien podría ser ya un adefesio que mostrara cuerpo afuera las fealdades de su alma y su naturaleza. Se marchó a vivir a Tenerife con su donjuán después del divorcio, y desde entonces nunca había vuelto a verla. Únicamente veía de tanto en tanto a mi hija, ya con casi veinte años, y entre nosotros había un pacto para no nombrar a su madre siquiera.

Doblemente furioso contra el juez Andrada y contra Aurora, se me antojó por un momento que la vida se me estaba escapando sin dejarme en prenda satisfacciones que cubrieran mínimamente tantos fiascos y tanto sacrificio, y divagué:

—Tal vez no sea tan disparatada tu idea.

—¡Pues claro, hombre! Mira, si te parece nos montamos el teatro ese del mapa y lo que tú quieras en tu casa de solterón irredento, le haces la comedia a Andrada y seguimos tus hipótesis. ¿Quién no

tiene hoy una doble o triple personalidad?...

—Si Andrada se entera de que hacemos algo así, Juantxo, tal vez a mí me meta en un lío judicial o en una sanción que ponga en un tris mi jubilación, pero a ti te hunde la carrera.

—Tampoco se perdería un gran policía, no te preocupes. A lo mejor eso me daría la oportunidad para hacer cosas que, por ser funcionario, me he perdido. En fin, que eso es lo de menos.

—¿Y se puede saber a qué viene tu desbordante interés por este caso?...

—Ya sabes que mi talento para esto de la investigación no es mucho, a qué engañarnos, pero eso que planteaste sobre cómo se lo montan esos matarifes que han liado esta en la que estamos, como que lo vi con mucha coherencia.

Terminamos el café mientras perfilamos aún más la idea de Juantxo, pareciéndome cada vez más atractiva; pero, en la vehemencia de mi asistente tuve la impresión de atisbar algo más que simple compañerismo, y no tuve otra que decirle:

—Una cosa te digo, Juantxo: si finalmente me decido a eso, no te quedará más remedio que considerarte mi amigo.

Lo aceptó más que como un cumplido como una distinción, y así se esmeró en hacérmelo notar durante el corto tiempo que estuvimos todavía charlando. Luego salimos, caminamos hasta donde estaba el coche, entramos en él y pusimos rumbo hacia la Central, donde pretendía cumplimentar un informe absurdo lleno de imposturas políticamente correctas para satisfacción de un juez incompetente.

6 Relojes presentes, tictacs futuros

En el orfanato, cuando niño, había un sacerdote al que le gustaba explicarnos el sentido de la existencia como una partida de ajedrez entre Dios y el diablo, la cual jugaban sobre el tablero del mundo y en la que los humanos no éramos sino las piezas. Supongo que creía haber desarrollado una magnífica parábola, pero a mí lo que me refería era que en realidad no les importábamos los humanos en absoluto ni a Dios ni al diablo. Únicamente querían ganar a su adversario sin tener en cuenta siquiera cuántas piezas y cómo de inútilmente las sacrificaban, si con ello lograban un jaque-mate.

Apolyon tiene mucho que ver con esto. Somos piezas, nada más, de una partida que no sé si la juegan los dioses blancos y negros, pero desde luego hombres que asumen sus funciones. Como en el ajedrez, los movimientos no se realizan para la obtención de un resultado inmediato, sino preparando trampas o previniendo acciones del contrario que procuren un beneficio futuro. El futuro es lo importante. Los jugadores se sonríen mientras se enfrentan, un poco como Dios y el diablo parlamentaban amigablemente entretanto a Job le mataban los hijos o esquilmaban su hacienda. Un juego: toda la realidad es nada más que un juego.

Desde hacía ya ocho años la guerra asolaba esta región del globo donde se enfrentaban en realidad dos dioses bien distintos, ninguno de ellos religioso, aunque a ambos lados del frente se invocara la asistencia de Alá. Los combatientes ignoraban que eran piezas nada más, que su sacrificio era parte de las maniobras de dioses intangibles. Ocho años en los que nada era lo que parecía, o al menos, nada era auténtico, legítimo, verdadero: odio, credo, porvenir o causa, todo era plástico, falso.

Después de que el dios rojo lograra la instauración del ayatolá Jomeini y propiciara el asalto de la embajada del dios blanco por combatirle un poco más al norte y al este, el dios blanco quiso castigar también a los chiítas y obtener de paso algunas ventajas, frenando la expansión del dios rival. Los hermanos suelen ser los más encarnizados enemigos. El dios blanco nos dio a Apolyon la orden de abrir el abismo y mover el alfil iraquí, y lo hicimos sin demasiadas dificultades. Poner en marcha los relojes y abrir abismos era nuestra especialidad, aunque en esta ocasión no se trataba de que el reloj caminara solo, de darle cuerda, sino de mantenerle funcionando con ciertas arritmias. Cuestión de freno y castigo, pero también de beneficio sostenido. Pronto, en unos

meses, en Chat-el-Arab, de la misma forma que habíamos hecho tantas veces en tantos lugares, abrimos de par en par las puertas del abismo y liberamos las langostas del dolor y el sufrimiento. El tictac del progreso funciona con sangre, aunque sangre generalmente de los otros, de los prescindibles. Una vez puesta en marcha la maquinaria del reloj, solamente teníamos que darle de vez en cuando cuerda o lentificar su paso.

A Pandora le pidió Zeus, cuando la creó para enviársela a Prometeo, que guardara una caja y que nunca la abriera; pero le pudo la curiosidad y levantó su tapa, liberando así sobre el mundo todos los males que contenía. La vida misma se convirtió en un infierno, el orbe en un lugar inhabitable, un ámbito y unas existencias tan horribles que, si los hombres no ponían término a sus vidas por su propia mano, fue porque lo último que salió de la caja fue la mácula de la esperanza.

La sutil e inaprensible esperanza mantiene la tensión vital y faculta a los hombres a soportar lo insoportable; pero el sol del desierto hace que brillen como oro los oropeles, las baratijas y la mezquina purpurina. Nosotros pintábamos de esperanza las matanzas que promovíamos, y nombrábamos por victorias a campos atiborrados de cadáveres. La vida y el mundo siguen siendo tan feos como cuando Pandora abrió su caja y puso en marcha el tictac de la Historia, convirtiendo el fuego robado por Prometeo en un castigo más, acaso el peor de los castigos. Los dioses siempre suman restando.

Al fondo de las balaceras, más allá de los estruendos de los obuses, bastante alejados de los hospitales de campaña en que se curaban a los miles de heridos y de las fosas comunes en que sepultaban con excavadoras a casi dos millones de seres humanos que habían sido y estaban siendo sacrificados, los relojeros reíamos y brindábamos. Relojeros que teníamos muchos orígenes y servíamos a distintos dioses, todos ellos del Olimpo, encargados de mover y manipular el robot de la muerte desde nuestros controles remotos, y de pintar con purpurina la última partícula de la caja de Pandora. A ninguno de los dioses, entonces, les convenía una victoria sobre el otro contendiente, porque ambos ganaban con el sacrificio de sus peones. El dios rojo estaba extenuándose en Afganistán, donde la partida la teníamos en tablas, y otro tanto sucedía en el frente irano-iraquí: solo nos quedaba apurar la situación y mantenerla para asegurar las ganancias del progreso en el más allá sereno de las ciudades blancas. Mientras tanto, disfrutábamos.

En realidad había muchos más relojeros, los cuales servían a otros dioses, amarillos o azules. Los testaferros del Olimpo estábamos allí reunidos, cada cual representando y defendiendo los intereses de su dios. Todos ganábamos, y todos, sin excepción, compartíamos francachelas y aun las mujeres de sudores fermentados en aquellos muladares de miseria. El amor hedía como el rebufo ácido de un cadáver. Por

entonces, todos los miembros de las Legiones Negras éramos colegas que no dudaríamos en compartir una botella o en hundirnos un cuchillo en el vientre, según lo que nos ordenaran nuestros dioses. Así funcionaba el mundo, así éramos nosotros y así era la partida que estábamos librando.

Había pactos, y desde los Olimpos y los Elíseos de las ciudades blancas nos llegaban instrucciones específicas, misiones de ventaja o de desventaja para nuestras piezas de ajedrez o para nuestros empleos de relojeros. No convenía que nuestros relojes adelantaran, y a veces, era preciso retrasarlos; otras, no interesaba que atrasaran, y se hacía necesaria una trampa para que avanzaran. Debían marcar en cada momento la hora precisa. La mayoría de las veces, por el bien del progreso las Legiones Negras de los distintos dioses trabajábamos de forma coordinada. Éramos profesionales y sabíamos hacer cumplir con rigurosa meticulosidad nuestras misiones: vivir, gozar, matar, abrir y cerrar un abismo, y recursos no nos faltaban. Además, nuestras vidas mismas iban apostadas en el juego.

Ignorábamos las causas de la partida, como una célula muscular ignora por qué el cerebro la ordena que se expanda o que se contraiga: no sabe qué brazo o qué pierna mueve, o para qué desea el órgano rector que ese miembro tenga movimiento. El pez del estanque ignora que más allá del muro hay un río, y más allá de este, el mar. La libertad da miedo. Exactamente así nos limitábamos a hacer nuestro trabajo, porque éramos los relojeros de la Historia; a otros les correspondía definir el porqué de lo que se hacía. Tenían las manos lo suficientemente limpias como para poder hacerlo. Si al fondo del negocio estaban las armas, las cuestiones de política geoestratégica o asuntos petrolíferos, de minería o de drogas, era algo que no nos interesaba en absoluto. Ya cobrábamos nuestro estupendo sueldo, y con ello teníamos bastante. No pensábamos, simplemente, porque no se desea lo que no se conoce. Cuando no se puede comprender la realidad, basta con aceptarla.

No obstante, todo se agota. Bajo el implacable sol que calcinaba las dunas y hervía a las hembras en sus lechos, disponíamos de tiempo para casi todo: para beber hasta la inconsciencia, para organizar escaramuzas, para coordinar entregas de material o para facilitar datos acertados o erróneos de los satélites de vigilancia a nuestros ejércitos peones. Para casi todo, excepto para que las noticias del mundo tranquilo de las ciudades blancas seguras nos alcanzaran. Enfrascados en nuestra misión de relojeros, la guerra funcionaba con una precisión astronómica; tanto, que estábamos ya por agotar el filón. El dios rojo había movilizado a jóvenes, ancianos y niños, y había emprendido un último esfuerzo por expandirse, promoviendo oleadas humanas desarmadas para limpiar de minas los campos de defensa iraquíes y facilitar el asalto de las trincheras de nuestros peones por parte de los soldados armados chiítas. Alá esperaba a todas las víctimas sacrificadas

en el Paraíso con setenta vírgenes preparadas para cada uno. En principio lo consideramos una traición, una trampa, y tuvimos que facilitar a nuestros peones iraquíes enormes cantidades de armas químicas para frenarlos. Dos millones de jóvenes y niños chiítas desarmados, muchos de ellos menores de diez años, formaron un dique de cadáveres que frenó en seco las avalanchas humanas de los ejércitos revolucionarios iraníes. Detuvimos el reloj del adversario.

Eso fue lo que creímos, pero no lo que sucedió en realidad. Los dioses, en Europa, por alguna razón que no comprendíamos, habían decidido concluir su partida, contraer nupcias y detener el reloj del progreso en la región, extenuando a ambos adversarios. Algún grave asunto acaecido en aquellos días de enormes beneficios y esplendente progreso, el cual conocería mucho después, decretó la inutilidad de aquel conflicto para centrarse en otros asuntos más urgentes. Ni siquiera sé ahora si fue entonces cuando los dioses alcanzaron un acuerdo, o si siempre fueron amigos que nada más entretenían su eternidad jugando partidas con los peones humanos, o acaso un único dios que en realidad tuviera dos o más rostros, como Jano, los cuales utilizaba según su conveniencia, únicamente para parecer adversarios ante los ojos de los humanos.

Ninguno de los relojeros comprendimos por qué los dioses detenían el tictac del progreso, por qué se habían empeñado absurdamente en diezmar aquella abundante población que hubiera podido mantener los enormes beneficios que generaba una o dos décadas más; pero algo pasó entonces que únicamente conocían los dioses, algo muy grave y capital que les empujó al abrazo cainita, y de pronto nos llegaron órdenes de exterminar a los relojeros del dios rojo y deshacernos de todas las pruebas que pudieran delatar en el futuro nuestra presencia en aquella zona del mundo, incluidas las armas químicas.

El trabajo ahora se complicaba porque el robot de la guerra estaba al máximo de su capacidad y no era una tarea sencilla reprogramarlo. Absurdamente, mientras nos afanábamos en esta operación, los dioses habían comenzado unas conversaciones de paz que, contra todo orden natural, reunían en la misma mesa a todas sus torres y los enviados de todos los dioses, blancos, rojos, amarillos y azules.

Lo nuestro, sin embargo, era obedecer y obedecimos. Entretanto desconocíamos todo sobre las conversaciones de paz que se celebraban en Nueva York y que los aparentemente enemigos compartían el pan y la sal, invitamos a los relojeros del dios rojo a una fiesta como tantas en aquel muladar de campaña que habíamos instalado en una aldea perdida junto al Tigris, les ofrecimos Bourbon de Kentucky, hermosas mujeres procedentes de una aldea construida sobre la remota Nínive y les liberamos de sus obligaciones y sus sufrimientos junto con toda la aldea, detonando algunas armas químicas. El proceso de borrado y

limpieza, había comenzado.

Deshacernos del resto del material fue tedioso, aunque no excesivamente complicado, y solo hubo que ordenar a nuestra criatura, Sadam Hussein, asegurar el Kurdistán, limpiándolo de partidarios del dios rojo. Halajba fue el lugar elegido para el despliegue de la campaña que se asomó al mundo por deseo expreso del dios blanco. Ninguno de los miembros de Apolyon comprendimos por qué nuestro dios daba publicidad a lo que pretendía que destruyéramos para evitar pruebas de nuestra presencia, acaso implicándose de una forma absurda; pero ninguno llegamos más que a simples disquisiciones íntimas que nos cuidamos muy mucho de exteriorizar. Las órdenes, de sobra lo sabíamos, únicamente podían ser cumplidas. En Apolyon solamente se obedecía, nunca se pensaba. La realidad, ya digo, cuando no se comprende, basta con aceptarla. Es un hecho.

Pero no hubo una Halajba, sino decenas de Halajbas y de Auschwitzs. La cantidad de armas químicas que habíamos facilitado a nuestros peones eran excesivas, y no podía quedar ni una carga, pero tampoco prisioneros jóvenes enemigos que más adelante quisieran ellos mismos poner en marcha relojes que el dios blanco había decretado que permanecieran detenidos. Si fuera necesario que volvieran a marcar el ritmo de nuestro dios, ya volveríamos nosotros.

Los periódicos y las televisiones que mostraron al mundo las decenas de cadáveres de Halajba, aprovecharon para hacer un recuento imposible de víctimas y anunciaron al mundo que esa guerra contabilizaba ya un millón de muertos. Los números les sirven a los dioses cuando negocian para jugar con las voluntades de los otros, pero los números no les importan. Como la esperanza, también esa cifra era un oropel: en realidad, nadie sabía contar tanto. No había jóvenes por las calles de Teherán, ni niños por las plazuelas de los pueblos o las urbes, ni aún ancianos tirando de sus borriquillos cargados de leña. Irán tenía garantizada la paz por muchos años porque ninguno de los prisioneros, o muy pocos, volverían a reencontrarse con los suyos. Había que consumir las armas químicas y Auschwitz siempre estuvo en todos los sitios y en todos los desiertos.

Apenas unos meses después, tal vez por efecto del potencial mortal del ejército servidor del dios blanco, o quizás por el acuerdo secreto de contraer nupcias entre el dios blanco y el dios rojo, el reloj se paró definitivamente en plena primavera. Nos retiramos a nuestros cuarteles generales del dios blanco, y apenas habíamos regresado, los hijos del dios rojo abandonaron Afganistán y el muro de Berlín se vino abajo. Extrañamente, todos los relojes del mundo por entonces comenzaron a caminar con un solo ritmo y a marcar la misma hora. Ya no había ninguna duda: algo grande, colosal, había sucedido para que los dioses se fundieran en un abrazo fraternal y los menores le cedieran sus

poderes al mayor, o que Jano comenzara a tener un único semblante.

Nuestro trabajo había sido realizado con encomiable maestría no únicamente cumpliendo con la máxima eficacia las órdenes recibidas, sino también habiendo dejado sembrada la semilla del futuro. No estaba al alcance de cualquiera escuchar el tenue tictac que latía bajo las arenas doradas del desierto, pero, para los oídos expertos, podía sentirse su sordo y lentificado eco de corazón mecánico en los cielos soberbiamente azules de aquella tierra en la que comenzara la Historia del hombre. No era necesario ahora, tal vez nunca, no lo sabíamos; pero allí había un reloj en marcha que ahogadamente contabilizaba el tiempo que restaba para volver a la luz, y no era precisamente un reloj de arena. Solamente algunas manos, en su momento, serían capaces de desenterrarlo, y lo harían cuando el progreso lo demandara.

El futuro se escribe en el pasado, ni siquiera en el presente. La casualidad, en los grandes sucesos, no existe. Es probable que tampoco en los pequeños, aunque no comprendamos los funcionarios del dios la ecuación que los gobierna. Los hechos no son más que las fichas de un juego en el que se enfrentan los dioses, o nada más que de un dios que lo hace consigo mismo como en un solitario. Es el progreso, su progreso, lo que cuenta. Y es un dios previsor, porque en todas partes va escondiendo ahorros por si alguna vez los necesitara. O eso, o es que su mente es tan compleja que un hombre, un humilde servidor de la muerte encuadrado en Apolyon, no podría comprender jamás. Y, a pesar de ello, sabía que algo grande había sucedido y que mi dios tenía un plan, que todo aquel aparente absurdo obedecía a una causa, y que si había detenido un reloj que tan excelentes beneficios le reportó, era por un beneficio todavía mayor. Los dioses, después de todo, siempre restan sumando.

7 Maestría

Los días que siguieron a las muertes de los quince últimos jueces fueron de una calma absoluta en cuanto a la investigación se refería, pero de una enorme agitación en lo político. El juez Andrada se había centrado en el control de las investigaciones, orientándolas hacia lo inútil, y todos en la Central nos afanábamos en tareas que por de más sabía que desembocaban en callejones sin salida.

El equipo de Julián Lagos, el encargado de investigar al personal del CGPJ, logró identificar a la persona que facilitó el acceso a quien colocó las cargas del gas mortífero en la sala de plenos donde aparecieron los cadáveres: un guardia de seguridad que hacía el turno de noche. No costó demasiado dar con él —lo justo de revisar los movimientos de su cuenta corriente—, y mucho menos conseguir que se derrumbara en los interrogatorios. Lo de policía bueno, policía malo, no es cosa de películas, sino que funciona. Unas amenazas terribles, pintarle cárceles sombrías de por vida, la compañía de los peores criminales y unas cuántas atrocidades por el estilo combinadas hábilmente con la promesa de penas mínimas si colaboraba, permitieron el milagro de una confesión a corazón abierto. Ningún hombre de la calle puede soportar un interrogatorio bien llevado.

Con todo, su testimonio, mereciendo un castigo ejemplar, no nos sirvió para avanzar demasiado. Aunque el guardia cambió su declaración de haber permitido la noche anterior a la de autos el acceso a un técnico de mantenimiento a haber recibido una sustanciosa cantidad de dinero por facilitarle la entrada a un terrorista, no supo dar una descripción coherente de aquel que había comprado su voluntad. Se emplearon todos los métodos al uso para arrancarle cualquier detalle; pero fueron inútiles. Era evidente que sus ojos se concentraron tanto en el dinero que lo demás le pasó inadvertido, o que lo que su capacidad de retentiva bien podía servir para identificar a cualquiera: un hombre como de cincuenta años, mejor fuerte que grueso, usando un castellano correcto y sin acentos, modales firmes y autoritarios, cabello castaño, ojos marrones, manos regulares y proporcionadas... Vamos, cualquiera. Con el compromiso de rebajarle el grado de la acusación si colaboraba sin reservas, se elaboró un retrato robot que hubo que corregir una y mil veces, el cual pretendíamos cotejar con los otros

retratos robot obtenidos de los testigos de los primeros seis crímenes. Nunca se sabía.

Julián Lagos era un excelente policía, de los mejores de la Central, pero no logró sacar nada más en claro. Le empapeló y se concentró en seguir mil pistas adicionales, pero que yo sabía que no le conducirían a ningún destino razonable. En vano era que sometiera al detenido a sesiones interminables de identificación fotográfica de otros delincuentes, ruedas de reconocimiento con homicidas fichados o que incluso llegara a plantearse que le practicaran una sesión de hipnosis regresiva. Aquella puerta estaba cerrada a cal y canto o no daba a ningún sitio, a no ser a su propia detención como cómplice, no siendo sino un infeliz que había vendido su porvenir por unos cuantos euros que jamás disfrutaría.

Los demás colegas iban realizando concienzudamente sus tareas, pero tampoco sirvieron para progresar demasiado. Lamentablemente, no nos quedó otra que considerar que estábamos bloqueados, especialmente por cuando Andrada —nadie entendía bien el porqué de su obstinación— se negaba en redondo a que investigáramos las monedas y los papiros, cotejándolos con las creencias de las abundantes sectas que pululaban por el país esparciendo sus desvaríos. El que los informes de las víctimas pusieran a la luz que la práctica totalidad de las víctimas fueron en vida notablemente corruptos, acostumbrados a hacer pactos bajo cuerda en los tribunales o que los asuntos que tenían pendientes cuando se produjeron sus muertes eran un poco más que lo mismo del pasado, no conducía tampoco a ningún torreón desde el que pudiera divisarse a sus asesinos. Pocos en el ámbito judicial eran de otro modo, además de que únicamente eran capaces de progresar sobre sus compañeros los más fieros, los que tenían las dentaduras más afiladas y quienes carecían de los escrúpulos necesarios como para hacer pactos de compra o venta con el corpus político o económico.

En cuanto a los resultados de la Científica, las autopsias no tuvieron mayor utilidad que confirmar lo que ya sabíamos, lo mismo que todas las pruebas que se hicieron sobre los gases que terminaron con las víctimas del CGPJ: militares, con una seguridad absoluta. En cuanto a las monedas y los papiros, únicamente se pudo certificar la el tipo de los materiales —de plata las primeras seis monedas y de oro la que hallé en la sala de plenos del CGPJ, y de cuero tundido de cordero los papiros, probablemente de origen Italiano y datado en el siglo XV—, y nada se pudo avanzar respecto del potencial significado de los misteriosos anagramas y dibujos que unas y otros tenían grabados. Si bien se prosiguió rastreándolos para averiguar algo concreto sobre qué representaban, no parecía

que las personas que se centraron en ello fueran capaces de hallar correspondencia alguna, cual si incluso esos símbolos fueran tan secretos o tan privativos de una secta que no parecía haber registros en ninguna parte. No nos quedaba otra que aferrarnos a las pruebas biológicas que estaban realizando, porque siempre las personas vamos por el mundo perdiendo parte de nosotros mismos, y nos constaba que era más que posible que entre ellas se hallara una muestra del asesino que instaló los gases letales en la sala de juntas. Otra cosa era que pudiéramos averiguar algo interesante a su través, pero si algún día lográramos detener a los criminales, al menos dispondríamos de una irrefutable prueba de cargo, y eso era más que nada.

Los mismos retratos robot que se habían obtenido de los distintos testigos no tenían grandes coincidencias entre sí, a la vez que eran idénticos: siete rostros indefinibles, unas complexiones más o menos brutales y otros datos adicionales que podrían corresponderse con los de cualquier individuo. Miraba los dibujos de ordenador procurando identificar en ellos alguna clase de estigma identificativo, o quizás que me indicaran algo que pudiera captar mi instinto; pero no eran sino siete dibujos rígidos que, por puro procedimiento mecánico, habían sido distribuidos entre los policías de calle y aun publicados en algún medio de difusión, aunque había pocas o ninguna esperanza de que nos condujeran a nadie en concreto. Sus rasgos no tenían nada de extraordinario, ni suponían sus morfologías una procedencia extranjera o tenían alguna marca característica que les diferenciara a simple vista de cualquier otro ciudadano. Nadie repararía jamás en rostros tan comunes. Con todo, servían al menos para saber que no nos estábamos enfrentando a una organización árabe, africana o asiática, ni siquiera de Europa del Este. Por eliminación, ya era algo.

Mi mayor esperanza se centraba en mi propia hipótesis. Las otras que fuimos construyendo y desechando por indicaciones del propio juez Andrada, no llegaron a sostenerse demasiado tiempo. Su empeño político estaba desvirtuando las pesquisas, tal vez procurando que los hechos se ajustaran a sus espurios intereses, lo cual nos forzaba a mantener abiertas demasiadas líneas de investigación que solamente servían para distraer personal y restar recursos a la única que las pruebas y yo considerábamos como factible. Una hipótesis que cada nueva evidencia se empeñaba en confirmar, pero en la cual, prohibida expresamente por el mismo juez, trabajábamos Juantxo y yo.

Ya que no me lo permitían en la Central, aunque sin poner en planta por completo la propuesta de Juantxo, colgamos en una de

las paredes del salón de mi casa el enorme mapa de Madrid que Andrada nos forzó a retirar, y llenamos el resto del muro con toda suerte de fotografías de las víctimas, las monedas y los papiros, los retratos robot de los potenciales asesinos, esquemas de acción de los terroristas, notas sobre los rangos horarios en que se habían ejecutado cada uno de los crímenes y mucha otra información que consideraba que nos sería necesaria para armar aquel complejo rompecabezas.

Algunas noches como aquella, después de terminar nuestra jornada, pasábamos horas Juantxo y yo haciendo peregrinas consideraciones mientras procurábamos avanzar en mi hipótesis. Había momentos en que permanecía absorto contemplado aquel mapa, quedándome claro que los primeros asesinatos dibujaban algo muy parecido a un hexágono cuyo centro era el CGPJ; pero, curiosamente, los otros cuatro escenarios de los diecisiete asesinatos del día siguiente, me daban la impresión de que se ubicaban de una forma aparentemente aleatoria. El lugar en que se encontraban los escenarios —todos ellos locales de disipación con conocidos antecedentes en prostitución organizada y pedofilia— y aun la disposición en que hallamos los cuerpos del segundo y tercer grupo de cinco víctimas —los dos últimos escenarios— parecían corresponderse con cierta simetría entre sí y radicados en algún lugar medianero entre el segundo y quinto escenarios del polígono que formaron los primeros seis crímenes y la sede del CGPJ, respectivamente. Los otros dos escenarios —los primeros del día siguiente a que comenzara esta pesadilla—, por el contrario no parecían tener mucha correspondencia con los anteriores. Tres cuerpos habían sido hallados en los aparcamientos del CGPJ, y los otros cuatro cuerpos en un local de prostitución de lujo entre el cuarto escenario del día anterior y la sede del CGPJ. Obviamente, el corazón de toda aquella matanza era el CGPJ y esto era algo que debía tener mucha importancia para los asesinos.

Por otra parte, considerando los dibujos que estaban en los papiros, quedaba claro que los sicarios habían sido muy meticulosos con la disposición en que encontramos los cadáveres, correspondiéndose taz a taz con las estrellas dibujadas en ellos. Pero los símbolos, ¿qué representaban?...

—¿Y ahora qué? —me cuestionó Juantxo.

—Faltan cosas… No sé, todavía esto no tiene mucho sentido —repliqué sin mirarle siquiera—. Los símbolos de los papiros y las monedas…

Seguramente se anticipó mi intuición, sobresaltada por alguna idea que me iluminó de improviso; pero el caso es que me incorporé como un autómata, tomé un rotulador de color azul y, tomando

cada fotografía de las monedas, reproduje cada una de ellas junto al escenario en que había sido encontrada, y luego lo rodeé con un círculo procurando imitar la misma moneda. La central, la que hallamos en la sala de juntas del CGPJ, era la más grande, y de oro, y en su emplazamiento la reproduje en el dibujo y el círculo lo realicé con color rojo, a fin de diferenciarla de las otras.

—¿Qué te dice esto? —le pregunté a Juantxo.

—Un churro, francamente. Y agudizando la vista, que el dibujo no es lo tuyo.

—Deja la joda y dime…

—Bueno, ¿y los dibujos de los papiros?...

—Tienes razón…, los papiros también habría que dibujarlos, pero cómo y dónde…

Instintivamente comencé por poner las chinchetas correspondientes a los distintos escenarios del segundo día, una por víctima, y luego me retiré un momento para observar.

—Como acerico no está mal —dijo Juantxo bromeando—, porque con tanta chincheta, de lo que puedes estar seguro es de que el mapa ese no se te despega de la pared.

—Pero esto no me dice nada…

—Porque está incompleto, dibujante.

—¿Incompleto?...

—¿Y los triángulos y esos símbolos de los papiros?...

—Tienes razón. Veamos.

Permanecí unos instantes considerando dónde y cómo podían ubicarse los triángulos, y no fue hasta que consideré el primer papiro con el que me hice, el correspondiente al primer y segundo escenario del segundo día de crímenes, cuando comprendí que solamente podía ser ubicado de una forma. Con el mejor pulso posible, y ayudándome del borde un cuaderno, tracé en varios tramos un triángulo que unía el primer, tercer y quinto escenarios del primer día, correspondientes a los primeros asesinatos que se verificaron. Enseguida, apenas terminé de hacerlo, me quedó meridianamente claro que los otros tres escenarios que quedaban libres también sugerían un triángulo, pero este invertido, formando entre ambos triángulos una estrella de seis puntas, semejante a la de Israel.

Lo dibuje, pero antes de decir nada, en un tercer color, negro esta vez, tracé los símbolos que había en los papiros en sus esquinas correspondientes y luego me separé para contemplar el conjunto con una mejor perspectiva.

—¿Qué te sugiere ahora? —le interrogué a mi compañero.

—Que lo mismo el Mossad nos está mandando un mensajito. O mucho me equivoco, o ese es el símbolo que hay en la bandera de

Israel.

—¡El Mossad! —repetí entre dientes.

Tenía cierto sentido, desde luego, no solamente porque era uno de los servicios secretos más temibles del mundo, sino también porque eran especialmente radicales en cuanto a sus credos de pueblo elegido de Dios y de ser distintos al resto de los mortales, a quienes nos consideraban poco más que animales, endilgándonos el título de «gentiles», que significa ni más ni menos que «los parecen gente». Sin embargo, me resistía a esta idea porque no teníamos como país ninguna clase de desavenencia con ellos, e incluso éramos aliados en las guerras que se estaban librando en ese Oriente Medio al que habíamos destacado varias compañías del Ejército, parte de la Marina y algunos cazas de combate.

—Son aliados —le refuté.

—Son fanáticos —me corrigió.

Efectivamente, eran fanáticos religiosos como quizás ningún otro pueblo lo era, compitiendo en radicalidad con los talibanes musulmanes. Toda su Historia era un devenir de violencia con sus vecinos, además de que disponían de una cantidad de recursos tan brutales que, siendo tan insignificantes como país, no solamente habían vencido a todos los países árabes a la vez, sino que buena parte de los grandes recursos mundiales, desde la Banca a las multinacionales, les pertenecían de tal modo que incluso potencias indiscutibles como EEUU podían considerarse sus peones. Si alguien tenía acceso a material tan sofisticado como el que emplearon los asesinos en la sala de plenos del CGPJ, sin duda podrían ser ellos, y si alguien disponía de sicarios especializados en las artes que sobradamente habían exhibido nuestros criminales, también sin ningún género de dudas eran ellos. Cuadraba.

Pero si cuadraba en esto como un guante, lo que no tenía ningún sentido era que vinieran a un país aliado de segunda fila como España, si es que no de tercera, a imponer una justicia divina que no alcanzaba a comprender. Me parecía evidente que nuestra clase política era posiblemente una de las más corruptas del mundo, e incluso que las distintas políticas aplicadas por los diferentes gobiernos de España en los últimos decenios habían desarticulado por completo la estructura social e industrial del país, convirtiéndolo de facto en una especie de Cuba de Batista, un enorme muladar de putas, camareros y limpiabotas al servicio de turistas, pedófilos, mafiosos y ricachones de dentro y de fuera.

No; no me parecía que España fuera mucho más que un mal ejemplo para el mundo, pero desde luego nada espacial como merecer el supuesto gran honor de ser el primero en la lista de alguien que quisiera limpiar de excrecencias el mundo. Todo

Occidente, en mayor o menor medida, era un poco más de lo mismo, y entre todos sus países el que no cojeaba, renqueaba. Pocos inocentes había ya, y todo en las sociedades había derivado en corrupción moral, destino natural de la podredumbre que comenzara por la cima del Estado y que, ante su absoluta impunidad, había calado por completo hasta las últimas capas sociales. Sin embargo, ¿por qué comenzar con España?... El mismo Israel padecía la misma enfermedad en mayor o menor grado, y si España era un enorme burdel y un antro de las mafias internacionales, cualquier otro país de Europa podía considerarse socio de actividad. No; si lo primero apoyaba la propuesta de Juantxo, este simple razonamiento lo desmentía, por más que me constara que no debía descartar esa posibilidad a priori.

La idea de una secta iba cobrando una solidez indiscutible en mi parecer, fuera o no judía o israelita. «Justicia humana y divina», era una síntesis que se repetía en mi mente con insistencia, empeñándose en dar sentido a aquel abigarrado galimatías. Aquellos símbolos me lo corroboraban. Pudiera ser que la bandera israelita tuviera la estrella de seis puntas, pero carecía de esos otros símbolos tan extraños y, desde luego, por más que fuera un lego en lenguas, esa especie de jeroglíficos ni era hebreo ni tenía nada que ver con ello. Más parecían símbolos mágicos o distintivos de una Orden, uno de esos desvaríos con que les gusta jugar a quienes la realidad se les ha vuelto tan incómoda que prefieren enajenarse de ella y considerarse enviados del Cielo… o del Infierno.

Pero si era una secta, ¿de qué clase?..., ¿qué perseguiría realmente?... y, sobre todo, ¿para obtener qué, que valiera tantas vidas?... Su trabajo, aunque nos hubiera dado unos días de tregua, quedaba claro que no había concluido, y toda una legión de investigadores, muchos de ellos de gran preparación, habíamos sido incapaces de acercarnos ni un milímetro a ellos, de ponerles rostro, de hallar una sola pista que nos diera aliento o de suponer otra cosa que disparates. Parecía que siempre iban varios pasos por delante, acaso marcándonos el ritmo de las investigaciones, dándonos tiempo para masticar las pruebas que nos dejaban o simplemente dispersándonos de su objetivo principal, si es que era otro. Pero de serlo, ¿cuál?

No se había producido todavía reivindicación alguna de los crímenes y, aunque esto apuntaba a un grupo radical de carácter islámico, era evidente que no tenía nada que ver con ellos. Los retratos robot que teníamos nos remitían a individuos indefinibles, pero desde luego no árabes o islámicos porque no usaban barba y eran de raza blanca, y esos anagramas y dibujos no tenían nada que ver con el árabe o el Corán ni nada de eso. Estaba definitivamente

próximo, pero a la vez perdido… o estancado. Necesitaba nuevas pruebas, nuevos indicios que me dieran un empujón adicional.

Durante dos días estuvimos Juantxo y yo haciendo distintas investigaciones de campo por orden del juez Andrada, que muy bien hubieran podido realizar inspectores recién salidos de la Academia o simples policías uniformados, y durante ese tiempo tuve la sensación de que estábamos siendo seguidos. Era más una cuestión de percepción extrasensorial que una evidencia lo que me condujo a suponerlo, pero la actitud de un individuo al que ya me había parecido verlo en un par de ocasiones me empujó a tratar de identificarle; pero el sujeto, apenas vio que me encaminaba hacia donde se encontraba, con una naturalidad pasmosa se movió entre la gente y desapareció entre ella.

Que nos habían sometido a seguimiento y vigilancia, a partir de aquel instante quedaba más que claro, pero no tanto por quién. Podía ser alguien al servicio de la organización que suponíamos responsable de los crímenes, pero también un agente de otra división o del mismo CNI puesto por el juez Andrada para conocer de primera mano a qué dedicábamos nuestro tiempo y si cumplíamos sus órdenes con la diligencia que estimaba indispensable. Lo segundo, sin perder ni un ápice de probabilidad, cedía mayor interés a lo primero, que fuera un miembro de la organización que pretendíamos capturar el que nos estuviera controlando. De ser así, las implicaciones eran enormes, porque significaba que tenían acceso a datos muy restringidos por saber quién era el responsable de la investigación. Esa mera posibilidad apuntaba a posiciones muy altas. La segunda opción, el que fuera un compañero de otra división puesto por Andrada, no pasaba de ser una estupidez sin relevancia, algo así como un ataque de cuernos del juez. Cosa nada inverosímil, por otra parte. No sé; pero me parecía tan mezquina esta última opción que preferí creer en la primera a pies juntillas, no por razón, sino precisamente por lo contrario. La razón estaba comenzando a fracasar en este caso.

No avanzábamos en absoluto y, aunque siempre he tenido la paciencia del cazador, lo absurdo de las labores prácticamente administrativas de los últimos días estaba comenzando a exasperarme. Solamente en las tardes, cuando después de presentar el informe de cada día al juez Andrada me despedía en la Central y Juantxo y yo nos íbamos a mi departamento, era cuando podía comenzar a sentirme útil.

Mi hipótesis estaba conformada por demasiadas piezas sueltas que era preciso comenzar a ensamblar.

—Al menos, parece que la cosa se tranquiliza —me dijo Juantxo aquella noche en mi departamento mientras tomábamos café, ya

francos de servicio.

—Cierto, pero es como si los criminales se estuvieran dando tiempo..., no sé, para organizar nuevos actos o quizás para que comprendamos.

—Tú siempre tan alegre.

—No tiene sentido todo esto. Se han cobrado piezas de primera magnitud y no hay reivindicación ni propósito aparente, y se han entretenido en facilitarnos pistas que ni siquiera somos capaces de comprender. No lo entiendo. Es como si se tratara de un grupo de psicópatas profesionales que está jugando uno de esos juegos de rol. Juantxo, sé que en todas estas muertes hay un nexo de lógica que para los tipos que perseguimos las justifica, pero soy incapaz de alcanzarla.

—Vamos, ¿y por qué lo tienes que hacer tan difícil y no admitir lo evidente?... Tú mismo has dicho que son muy profesionales: les encargaron un trabajo, lo hicieron y listo. Quizás, como tú mismo apuntaste, todas esas pistas que crees que lo son, puede que sean el testimonio de que su trabajo ha sido realizado en la forma que se les exigió. Pongo por caso: si fuera una mafia de la droga o algo así, ¿crees que les faltarían recursos para contratar a quien les diera la gana para dar una lección en grande a quien le haya estropeado una operación de las gordas?... O a lo mejor es una especie de aviso a navegantes, algo así como «mira, gobierno, de lo que soy capaz si no te avienes a mis deseos».

—Ya. ¿Y lo de los seguimientos?...

—Pues controlarnos para que no nos salgamos de madre, no sea que demos con lo que no quieren que nos encontremos.

—Quizás, sí. O puede ser que a través de nuestros propios informes, si es que quienes movieron esto tienen acceso a nuestra documentación, cosa que no descarto, porque quien puede moverse con la libertad suficiente como para poner artefactos mortales en una sala del CGPJ, bien pudiera acceder a nuestros datos.

—¿Alguien del Estado?... ¿Y cómo alguien del Estado iba a querer atentar contra una de sus Instituciones, liando la que ha liado?...

—No me puedo imaginar algo más sucio que la política y la economía. Incluso muchas veces están vinculadas de una forma tan estrecha que es difícil saber dónde comienza una y termina la otra.

—Mucho suponer me parece eso.

—Lo es, desde luego; pero no por eso podemos desestimarlo. Hay que considerar que los asesinos han podido colarse en la sede del CGPJ con absoluta libertad...

—Sobornando a un pringado.

—Sí; pero lo han hecho. Por los interrogatorios sé que, una de

dos: o tuvieron la suerte del enano, o supieron a quién sobornar y cómo hacerlo para burlar todos los niveles. Además, dudo mucho que todos esos símbolos de las monedas y papiros sean cuestión de decir «yo fui el ejecutor».

—Sigues empeñado en lo de la secta, ¿verdad?...

—Ahí lo tienes, míralo: ¿no está claro?... Y luego está lo de la calidad de las víctimas, todos jueces, justicia humana, lo que representa que sus muertes son algo así como justicia divina.

—¿Tú crees?...

—Estoy seguro, Juantxo. Ya ves que tenemos ahí, casi perfectamente configurada, una estrella de seis puntas, y esta es símbolo no solamente del Estado de Israel, sino que la usan también muchas sectas ocultistas. Por lo que he leído en Internet, se la llama Magen David y, según parece, es una de las clavículas de Salomón, aunque he sido incapaz de encontrar algo parecido a una que tuviera esos símbolos que nuestros asesinos nos han dejado. Sí las he visto con correspondencias a planetas, a los signos del zodiaco e incluso a valores y símbolos espirituales; pero nada que se parezca a lo que buscamos. Símbolos, símbolos…, que hasta usan los masones.

—¿Y ahora te da con los masones?... ¡Uy, uy, uy, Antonio, que me parece que esto te está volviendo tarumba!

—A lo mejor, quién sabe. Sin embargo, aunque lo habitual sea que en la raíz de los móviles de los crímenes estén los instintos primarios, como la venganza, el odio o el dinero, lo que es cierto es que siempre estos son alguna manifestación del poder. Poder, Juantxo, poder. Por ejemplo, hoy la masonería o sus sectas controlan buena parte del mundo, especialmente en la política y la economía, que es decir a los gobiernos e instituciones. El otro día, sin ir más lejos, decía un periódico de Lisboa que casi el noventa por ciento de los políticos portugueses pertenecen a alguna rama de la masonería, y otro tanto sucedió tiempo atrás con los eurodiputados. En España, en este sentido, todo el mundo sabe que la clase política está muy próxima a ella y que incluso los líderes de los distintos partidos en algunos casos son hermanos de logia.

Continué hablando sobre el asunto, más escuchándome que tratando de convencer a Juantxo. Lo había meditado largamente, había sopesado mil posibilidades, y mi instinto me decía que la verdad caía de esta parte. Hasta entonces no había puesto los argumentos completos sobre el mundo, pero ahora que los soltaba, me parecían cada vez más sólidos y coherentes. Después de desahogarme, guardé silencio y me quedé contemplando el mapa. Percibí que faltaba algo en él, no sé si por intuición, y dije:

—Ya sé que es una barbaridad lo que voy a decir, pero creo que

falta algo capital en este dibujo general que nos han dejado los criminales. Algo que nos confirmara esta hipótesis, como si cerrera el círculo o algo así. Si tal cosa sucediera —dije señalando en el plano de la ciudad las zonas correspondiente al círculo imaginario que uniría las puntas de la estrella—, ni el mismo juez Andrada se atrevería a desdeñar mi hipótesis.

—Si tan seguro estás, ¿por qué no pones vigilancia?...

—Demasiado espacio a cubrir y pocos policías, Juantxo, especialmente ahora que la mitad del Cuerpo está escoltando jueces. Con todo, les pedí a Mateo y a Juan Carlos que estuvieran discretamente al tanto, haciendo rondas para ver apreciaban algún movimiento raro. Dado cómo son nuestros criminales, te imaginarás que lo que podrían preparar será toda una fiesta.

—No sabía.

—Perdona por no decírtelo, pero lo hice anteayer sobre la marcha y en *petit* comité para evitar que Sarita se enterara.

Estuvimos hasta muy tarde haciendo distintas consideraciones, pero sin que ninguno de los dos fuéramos ajenos a que estábamos todavía al inicio de una investigación que, quizás, nos venía demasiado grande. La importancia social y la profundidad política que iba adquiriendo, la alarma social que había causado y la ausencia de avances en las pesquisas, tal vez habían propiciado que el juez Andrada nos hubiera puesto vigilancia para saber si estábamos cumpliendo las órdenes que nos daba, o quién sabía si los que nos seguían los pasos eran los agentes de una investigación paralela ordenada en altas instancias del gobierno o incluso los mismos asesinos. Aunque prefería creer eso último, no podía descartar lo otro.

Debíamos aceptar que la progresión en un caso tan complejo sería lento, tedioso y requeriría una meticulosidad particularmente esmerada. Debíamos prepararnos para ser cazadores. No nos quedaba otra opción que seguir machacando sobre el hierro disponible y esperar que nuestras indagaciones nos fueran acercando a unos criminales que, por el momento, permanecían demasiado lejos de nuestro alcance.

Juantxo se marchó después de compartir un bocado conmigo, y yo me fui a la cama con la mente algo agitada todavía. Dormí, pero, contrariamente a mi deseo, no quedó ningún vestigio de que ni siquiera hubiera soñado. Confieso que la investigación me absorbía por completo, reuniendo todos los matices y complejidades que un investigador siempre ha deseado desde que se formó. Era mi caso, y todo el tiempo que le dedicaba me parecía poco. No era que aspirara a elevarme a los altares de la admiración de mis colegas por resolver los asesinatos, sino que después de toda una vida

dedicada a feos, tristes y vulgares procedimientos, este había movido en mí todos los recursos que desde la Academia había tenido prácticamente inutilizados.

La mañana siguiente la pasé en la Central cotejando los datos que los compañeros me fueron facilitando, como cada día. En contra de lo que la mayoría de la gente que no es de la profesión cree, el trabajo de un investigador de la policía no es correr por las calles pegando tiros, sino una labor concienzuda, a veces en la oficina, como de relojero. En el proceso para resolver un crimen, o hay algunas pistas de partida o es necesario buscarlas, y las diferentes piezas deben ir siendo ensambladas con paciencia para que tenga sentido el conjunto y poco a poco vayan dibujando el perfil de los asesinos. Así, es necesario no solamente tener los resultados del laboratorio, sino interrogar a cada una de las personas que corresponde o, en su lugar, encontrarlas y, una vez escudriñadas, corroborar que lo manifestado se corresponde taz a taz con la realidad. Y si no es bastante con una vez, porque algunas hilachas no coinciden con el traje que se conforma, hay que volver a empezar.

Las pruebas del laboratorio, pese al tiempo trascurrido, no estaban todavía completas, y muchas de las muestras orgánicas se encontraban todavía en el proceso de análisis. Todo lo demás iba concluyéndose apenas sin aportar ninguna luz. Leía atestados, confrontaba las pruebas que llegaban de la Científica, pero siempre terminaba por darme de frente contra un muro. Había que persistir, continuar golpeando hasta que ese muro se rompiera en mil pedazos y se pudiera ver lo que había al otro lado, quiénes habían perpetrado aquella matanza y para conseguir qué.

Le había pedido a Claudio aquella misma mañana que me permitiera unas palabras con el psiquiatra forense de la Central, y este con la mayor naturalidad levantó el auricular del teléfono, marcó un número interno y le ordenó al doctor que se personara en mi despacho para intentar definir la descripción sicológica de un desconocido psicópata.

—No se lo digas a Andrada si no es imprescindible. Para mí el encuentro que vais a tener es nada más que cosa tuya. Suerte.

Se trataba de un tipo bajito, recatado y de extraordinaria urbanidad, el cual daba más la imagen de un paciente narcotizado que de un doctor acostumbrado a tratar con locos peligrosos. Con todo, le precedía una excelente fama de ser un profesional formidable que, como las hormiguitas, a base de ir recopilando pequeños detalles era capaz de descubrir los grandes rasgos de cualquier personalidad, e incluso, según se rumoreaba, hasta de dibujar una imagen física de aquel al que pertenecían. Tal vez por

esto a pocos nos gustaba estar cerca de él, pues siempre parecía estar como analizándote desde detrás de las gafitas de fina varilla metálica que llevaba siempre en precario equilibrio sobre su filosa nariz.

—Fernández —me dijo en un tono que casi me forzó a meter la oreja en su boca—, aún es pronto para saber a quiénes busca, al menos si nos atenemos a las pruebas disponibles a las que he tenido acceso. Tal vez si me dijera algo más, si me diera alguna clase de pista o de la potencial actitud de esas personas...

Sudaba. No había tratado mucho con él, pero siempre que me encontré cerca pude percibir que sudaba en abundancia, incluso en invierno, y no era raro que permanentemente se estuviera enjugando el sudor de la frente y el cuello con su pañuelo. Su pulcritud exagerada, unida a esa particularidad suya, despertaban mi desconfianza.

—Poco más le puedo decir sobre ellos. Tenemos varios retratos robot elaborados a partir de diversos testimonios que pudieran servirle, si bien serían solamente de alguno de los probables asesinos —dije, sacando de una carpeta los bocetos realizados a ordenador siguiendo las indicaciones de los testigos, así de los despachos de los jueces como del guardia sobornado del CGPJ.

—Veamos —dijo después de un breve lapso en que se pasó el pañuelo por la frente y la nuca—; según la información que me facilitó Claudio, ni siquiera sabemos si estamos tratando de definir a un único individuo o a una organización compleja, y esto no facilita la labor. Sin embargo, sí que estoy en condiciones de poder afirmar que estamos ante profesionales. Confieso cierta confusión, porque el *modus operandi* es tan semejante, tan metódicamente idéntico, que más parece la obra de un solo individuo que de un grupo de ellos. En tal caso, un tanto atípico, estos retratos robot tendrían más valor del que parece a primera vista.

—¡Vaya! —exclamé bromeando, mostrando mi incredulidad—. De cualquier modo, un hombre atareado por lo que se ve, porque ya tuvo que correr de un lugar a otro para que le diera tiempo a cometer todos los asesinatos.

—Usted tiene más de treinta años de profesión, amigo Fernández, y sabe tan bien como yo que no hay dos criminales iguales en su forma de actuar. Ni siquiera en los delitos pasionales los asesinos funcionan de forma parecida. A cada carácter se le corresponde una forma de actuación, y lo que aquí tenemos son réplicas casi exactas en la forma y el resultado, con la salvedad de lo del CGPJ.

—Vale. Le propongo una doble vertiente: consideremos primero que fueron varios los asesinos, y después, si le parece, que fue uno

solo. ¿Qué podría decirme de ellos en principio?...

Me miró por encima de las gafas, tendió una sonrisilla de sabio pícaro, se reacomodó en el asiento y comenzó su exordio:

—Vale, juguemos a eso si quiere. Si estuviéramos ante distintos individuos que tuvieran que cometer delitos semejantes, dado que tanto sus formas de actuar como sus resultados son idénticos, debemos forzosamente considerar que han sido adiestrados sistemáticamente durante tanto tiempo que sus acciones son casi reflejas. Estaríamos tratando con algo así como clones, cosa harto difícil de admitir, pero posible porque ya sabe que hay cuerpos militares superespecializados que operan de una forma parecida. Grupos de élite, por decirlo de alguna manera. Se trataría, pues, de individuos con un perfil psicológico prácticamente idéntico, lo que equivale a decir que con una personalidad conformada a partir de una personalidad propia anulada. Esta hipótesis, para mí, es en cierta forma inviable, porque mi experiencia y lo que he estudiado de otros muchos casos dicta que cada persona, y tanto más un individuo que ha llegado al extremo del crimen, en ese momento supremo no puede evitar imprimir su propio modo de ser en aquello que hace, quiéralo o no lo quiera. En resumen: en los grandes rasgos y aun en el método pueden ser todo lo parecidos o iguales que desee; pero en lo particular, en su último acto, dejan su impronta personal. Es como si a cualquiera nos pudieran alinear con una conducta y un modo de proceder, que es algo que se hace en cualquier organización o secta, pero es imposible modificar las huellas de la mano. En ese caso sería así, pero las huellas quedan relegadas a ese acto final y supremo que es dar muerte a otro ser humano: todos serían distintos, aunque sus diferencias pudieran ser mínimas.

—Bueno, pero son asesinos profesionales…

—Aun así. Incluso si tratáramos con sociópatas, estos tienen cada uno sus propios rasgos identificativos. Pueden pertenecer todos a la misma especie por cuanto carecen de conciencia, de complejo de culpabilidad o disponen de una cantidad enorme de odio hacia la sociedad que los anula; pero son individuos a quienes su rencor, su furia o su frustración les obliga a actuar de una forma determinada, distinta por completo de cualquier otro. La realidad del mimetismo en las conductas criminales nunca ha pasado de ser una simple mala imitación. La historia de la psicología criminal está llena de estos casos. No; definitivamente me resisto a creerlo.

—Vale. Eso quiere decir que usted prefiere considerar la opción del asesino individual, que es un poco pensar que ha sido alguien así como una mezcla de Superman y Speedy González, pero en malo.

—Bromee tanto cuanto quiera, pero no es que yo lo quiera creer, sino que las evidencias, si son las que son, así lo ponen de manifiesto.

—Eso le supondría al sujeto no solamente una movilidad prodigiosa, sino también una eficacia brutal y una coordinación verdaderamente espectacular.

—Precisamente. Usted mismo ha apuntado una vez y otra que sus criminales son profesionales. Pues bien, vale su apreciación, pero circunscrita a una sola persona. Además, no olvide que estamos teorizando, solamente eso, que para un diagnóstico me faltan muchos datos. Nada de lo que diga debe considerarlo sino como la apreciación profesional de un colega, sin elevarlo nunca a un juicio de valor que no puedo hacer. En fin, vayamos al caso. Tanto los testimonios de los testigos a los que he tenido acceso como los resultados de las autopsias, revelan un método exacto en los primeros seis casos, propio de alguien que no solamente tenía muy meditado qué iba a hacer, sino que no tenía tiempo que perder, de modo y manera que sus movimientos estaban cronometrados. Ir, hacer, salir: así de fácil. De ahí que sus crímenes fueran tan desapasionados. Matar, después de todo, es quitar la vida a un semejante, y un sociópata se hubiera entretenido en magnificar su obra, si es que una fuerza mayor no le obligara a la brevedad. No; mi opinión, al menos con los datos que tengo, es que no está tratando con un psicópata o un sociópata, sino con un solo asesino, y muy especializado, muy profesional. Los crímenes del día siguiente a estos autos, los otros diecisiete jueces, son igual de fríos, sistemáticos, indiferentes y desapasionados: un tiro en la base del cráneo. Podría haber asesinado a uno de un disparo en el pecho y a otro en la cabeza, pero nuestro asesino lo hizo exactamente igual. Por la trayectoria de las balas, sabemos que estaban arrodillados, y muy probablemente unos juntos a otros, de modo que fue una ejecución sumaria, sistemática, realizada a la misma distancia. Puede imaginárselo: una fila de hombres arrodillados, a los que fue secuestrando de alguna manera durante días, para luego, ¡bang!, ¡bang!, ¡bang!...

Podía imaginármelo, efectivamente. Reflexioné en silencio un instante sobre lo que me estaba diciendo y, aunque le concedía enorme crédito porque únicamente me faltaba superponer el retrato robot al rostro real del asesino, aun me parecía imposible que un solo hombre hubiera podido articular una proeza semejante.

—De ser como propone, se trataría de alguien excepcional, ya que no únicamente pudo cometer seis crímenes sin intromisiones, lo que equivale a tener una excelente buena suerte, sino que es todo un experto en artes tan distintas como conducirse como un

estratega, un experto en electrónica y un visionario capaz de imaginar con prodigiosa exactitud el cómo y el cuándo los miembros del CGPJ se reunirían en el sala que tenía previsto.

—Para un criminal al uso, sí; pero usted no me ha preguntado si creía que era un criminal al uso o no, sino si pensaba o no que lo hubiera hecho un solo hombre. Todas sus cuestiones, a poco que las considere con frialdad, tienen fácil solución: tenía un guardia sobornado que le pudo ayudar, pudo haber colocado micrófonos o lo que fuera, o le bastaba con saber que todos los lunes al mediodía tenían programada una reunión en esa sala el pleno del CGPJ. No es una tarea fácil precisamente, pero sabiendo lo segundo, aunque complicado, pudo resolver lo primero. Es como en las novelas, que el autor parte del final, nunca comienza a escribir sobre una trama sin saber cómo concluye.

—¡De atrás hacia delante! —exclamé, y quedé pensativo.

Era cierto. Benigno —así se llamaba el psiquiatra—, había hecho una radiografía tan detallada y creíble que me inclinaba a concederle crédito. Siquiera fuera como hipótesis, valía la pena considerar que estábamos persiguiendo a un solo asesino, lo que complicaba el trabajo por más que tuviéramos varios retratos robot que no se correspondían unos con otros, porque si era tan profesional para ejecutar sus tareas, iba a serlo también para pasar desapercibido. No entendía del todo cómo un solo hombre habría podido tener tiempo suficiente para preparar una acción tan compleja, pero ahora que lo sopesaba a la luz de este sabio menudo, tenía la impresión de que se abría ante mí una nueva vía de investigación. De haber sido un solo hombre, deduje, no únicamente debía reunir método y profesionalidad, sino también recursos y tiempo suficiente como para estudiar hasta en sus más mínimos detalles todos los escenarios y los potenciales inconvenientes que pudieran surgir. Un trabajo vasto que sin duda le consumió mucho tiempo, y que quizás le forzó a labores de vigilancia de cada uno de los despachos donde perpetró sus crímenes. Un solo inconveniente, por pequeño que fuera, y todo su esquema se hubiera venido abajo. Su golpe de efecto —una estrella con seis cadáveres en las puntas y veintiuno en el corazón, y diecisiete más el día siguiente, completando su dibujo—, parecían ser de capital importancia para que un potencial investigador, yo, reparara en la geometría de su macabro mensaje.

—Demos por bueno este supuesto momentáneamente, y dígame: ¿ha escuchado algo acerca de mi hipótesis sobre la geometría de la estrella y todo eso?...

—Me la mencionó Claudio el otro día, y me parece coherente. Los criminales son personas, y como tales tienen una autoestima

que mantener, un ego, y lo alimentan con sus actos. Como cualquiera de nosotros, vaya. En su caso, su estima viene del reconocimiento que obtiene de sus pares o del pavor social o personal que causan en la sociedad o en los ámbitos de sus víctimas. No lo creo disparatado, además de que, diga lo que diga Andrada, ahí tiene las pruebas.

—A lo mejor a quien tendría que psicoanalizar es a Andrada.

—Ése no tiene arreglo.

Ambos reímos la broma, aunque cuando dijo esto Benigno más pareció un diagnóstico que un chascarrillo destinado a rebajar los grados del trágico asunto que tratábamos. Sin ánimo de competir con él en la disciplina que tan bien dominaba, supe al instante que soltó este jicarazo con máscara de broma pero con alma de rigurosa verdad, él sabría por qué. El sentimiento que mostraba, no obstante, parecía encajar con una emoción social que se descuartizaba entre la repulsión hacia crímenes tan execrables y una barahúnda de chistes de humor negro que incendiaban la sociedad de punta a término. Siempre hubo testimonios de autores clásicos de lo odiada que fue la justicia y sus servidores en España, pero pocas tan intensamente como en los tiempos que corrían, en buena medida debido a las disparatadas sentencias que dejaban estupefacta a la sociedad con excesiva frecuencia.

Aunque apenas si había empezado a sentirme cómodo con las doctas opiniones de Benigno, no pudimos continuar porque en aquel instante irrumpió Juantxo en el despacho, informándome con la mayor discreción que se habían producido seis nuevos crímenes que pudiera ser que tuvieran que ver con mi caso.

Sobra decir que salimos a toda prisa. Ya en el primero de los escenarios, supe que nuestro criminal —aplicando la teoría de Benigno—, nos estaba dando nuevas pistas. En todos los casos se trataba de crímenes individuales producidos en discotecas, descubiertos por los servicios de limpieza o de mantenimientos que a esas horas comenzaban a prepararlos para su apertura en la tarde-noche. Todas las víctimas eran jueces, y todas tenían entre su camisa y su chaqueta unos papiros rectangulares, como de cuarenta por diez centímetros, que mostraban una especie de signos o garabatos en todo distintos a los anagramas de los papiros de los otros crímenes y aun a las monedas de los primeros. Sin embargo, significara lo que significase aquello, quedaba claro que mi hipótesis quedaba perfectamente corroborada.

En el último de los escenarios se encontraba Fermín, el jefe de la Científica.

—Tenemos que quedar, Fernández, y dejar de buscar excusas como estas para vernos —bromeó.

—Prometo llamarte un día de estos y llevarte a algún motel por ahí —le repliqué—. Oye, ¿puedes decirme algo que no sepa ya?...

—Hemos llegado unos minutos antes que tú, pero sin duda este caso es tuyo. A falta de las mandangas de siempre, aquí tienes de nuevo a tus amigos. Mira, este tipo ha sido asesinado exactamente igual que las víctimas anteriores, de un disparo en la base del cráneo y a corta distancia. Y ahí, como ves, debajo de la chaqueta tiene su mensajito, supongo que para ti.

—Ya veo. Es igual que los otros, según parece. Y de las muestras biológicas que estabas analizando, ¿cómo lo llevas?...

—Por lo menos dos días más, amigo mío. No es una cuestión de ciencia, sino de recursos y de recortes. Estamos desbordados últimamente.

—Pásamelo en cuanto lo tengas, por favor.

El juez Andrada irrumpió en la escena con la teatralidad que le caracterizaba y, casi directamente, se acercó a mí y me dijo:

—¿Ha pasado ya por los otros escenarios?... ¿Qué hay de distinto en este?...

—Sí, señoría, y en todo son idénticos los seis. La elección de los locales, la profesión de las víctimas, la forma en que fueron ejecutados y esos mensajes o lo que sea, son obra del mismo criminal. Me temo, señoría, que aunque no le guste esto se ajusta como un guante a mi primera hipótesis.

—No me joda, Fernández, y no me vuelva con esas, que ni es el momento ni el lugar.

—Las evidencias mandan más que la autoridad —repliqué con mal humor—, y tal vez si me hubiera hecho caso entonces, probablemente nos habríamos ahorrado esto.

—Una palabra más sobre el asunto y le aseguro que le relevo del caso y le abro un expediente disciplinario.

—Cuando quiera: estoy a su disposición —le desafié.

Nuestro tono no había sido especialmente discreto, y el hecho de que ambos nos retáramos públicamente atrajo la curiosidad de todos los policías presentes, quienes detuvieron sus tareas sin quitarnos los ojos de encima, tal vez temiéndose todo un espectáculo.

—Esto lo solucionaremos en mi despacho —dijo finalmente Andrada—. Haga lo que tenga que hacer y déjeme ahora que hable con los de la Científica. Mañana por la mañana le espero a las nueve en punto en mi despacho. Esto se termina aquí, de un modo u otro.

Apenas tenía más que hacer, pero me entretuve inspeccionando con detalle el escenario, buscando probables pistas adicionales. Luego, en vista de que no encontraba nada que encajara con lo que pudiera considerarse una pista, le pedí a Fermín que me hiciera el

favor de no regatear material y que hiciera tantas fotografías como fueran precisas, sobre todo como para asegurarse de que nada del escenario pudiera perderse, y salí con Juantxo para dirigirnos a mi departamento.

Era tarde ya, y estuvimos buena parte de la noche elucubrando. Seis cadáveres más que, al ubicar las direcciones sobre el mapa de Madrid en el que habíamos dibujado los distintos mensajes de nuestro criminal, cerraban un círculo aproximado, como una corona en torno a la figura principal. En total, cincuenta jueces conformaban por ahora el siniestro mensaje de alguien que aun no sabíamos qué pretendía decirnos o qué se proponía con semejante matanza.

Con la libreta sobre la mesita, unos vasos de licor gatuno en la mano y fumando como miembros distinguidos de Tabacalera, dábamos vueltas y más vueltas a la potencial simbología de aquel conjunto de nuevos mensajes. Sopesamos distintas opciones para cada texto de los encontrados en las víctimas, conformados por símbolos o un tipo de caligrafía que se daba cierta semejanza con los símbolos de las monedas y los papiros, aunque evidentemente aquellos siendo anagramas y estos una especie de signos de un alfabeto que se me escapaba. Algunos de esos signos se parecían, como si cada papiro expresara algo diferente, pero su número de letras era distinto.

Me incorporé, un tanto desesperado, y escribí, en el mismo orden que fueron apareciendo los seis primeros cadáveres que dieron inicio al caso, los diferentes textos, siempre en sentido contrario a las agujas del reloj a partir del que se encontraba más al norte. Catorce signos, once signos, once signos, once signos, cinco signos, catorce signos: total: sesentaisiete signos. Me retiré y lo miré largamente. No me decía nada en absoluto.

Buscaba en aquel colosal laberinto no sabía qué, algo así como una aguja en un pajar, aunque presentía que allí se encontraba una pista capital porque me temía que el asesino ya nos había completado el rompecabezas al cerrar la corona que unía todos los puntos con los que comenzó su matanza. Me detuve unos instantes revisando las fotografías de cómo se encontró cada cuerpo y las de los rostros de cada una de las víctimas, todas las cuales habíamos colocado ordenadamente en ambos laterales del mapa, y no me sugirieron nada, como tampoco lo hicieron los pósit que había pegados junto a las chinchetas que representaban a cada víctima, los cuales contenían una síntesis de los datos de cada crimen: nombre de la víctima, edad, juzgado en el que ejercía, fecha del óbito y dirección del crimen. Nada.

Me pareció inútil seguir dándole vueltas al asunto, y tanto más

estando tan extenuado, y me decidí a regresar al sofá y tomar un buche de licor.

—¿Y ahora? —preguntó Juantxo.

—¡Qué sé yo! —repliqué con desánimo al tiempo que estiraba mis miembros esperpénticamente y bostezaba—. Mañana será otro día, porque hoy ya no me quedan más ideas.

—Mejor. También yo estoy para el arrastre, y creo que tú deberías hacer lo mismo, si es que quieres tener paciencia para aguantar mañana a Sarita.

—¡Sarita! —exclamé al tiempo que me llevaba ambas manos a la cabeza—. Cómo no se me ocurrió antes: un acróstico. Eso es, Juantxo: eres un genio.

Mi auxiliar me interrogó varias veces sobre qué buscaba con tanta ansiedad cuando me vio levantarme arrebatado e irme al mural en que estaba el plano, e incluso se acercó a mí para saber qué idea me había inspirado al verme revisar con todo detalle los pósites; pero ni siquiera me molesté en responderle.

Una idea, la que él mismo me había dado, hervía en mi cabeza a borbotones: tenía que ser cierta. Si nuestro asesino había sido capaz de elaborar un plan tan complejo —el cual ya se había cobrado cincuenta vidas— para hacer llegar su mensaje, era más que probable que hubiera encriptado su mensaje en algo parecido a un acróstico. Sin embargo, por más que buscaba alguna correspondencia, un mensaje comprensible jugando con los nombres de las víctimas y con los de las direcciones, parecía que también esta idea estaba condenada al fracaso hasta que…, ¡Eureka! Tonto de mí, lo había tenido delante de mis narices todo el tiempo desde hacía días y no había sido capaz de verlo.

8 África

Otros miembros de Apolyon lo hicieron antes que nosotros, cuando prepararon lo de Palestina y lo de Afganistán al crear a Al Qaeda, pero hemos tenido que volver y recodárselo, adiestrarles de nuevo en cómo quien no tiene armas puede convertirse en un arma. El héroe, en realidad, no es quien sobrevive, sino quien sacrifica su vida para beneficio de los demás. El premio que obtiene es su permanencia en la memoria de sus semejantes, además de un lugar de privilegio en el Paraíso, con muchas huríes y un gozo inenarrable. La religión tiene sus ventajas; siempre las ha tenido.

La tensión social es preciso mantenerla. Tal vez el hombre de la calle no lo entienda, pero las sociedades funcionan porque hay productos que se fabrican, se venden y alguien precisa comprarlos, para lo cual es fundamental que los compradores tengan esas necesidades. Cuando la necesidad no existe, para que el ciclo se mantenga y el trabajo ocupe a los ciudadanos, se crea. Y no hay mayor necesidad que la supervivencia: es el primer mecanismo, aunque hay muchos más. Con el fútbol no basta, no es suficiente con el espectáculo ni se tiene bastante con la socialización del sexo para contener a las masas y que sean útiles a los dioses; es imprescindible, para que sean fieles, que dispongan también de un horizonte al que dirigirse, un bien que desear, máquinas u objetos que fabricar para obtener un salario que les mantenga en la cadena de producción social, y, lo más importante de todo, que haya muchos que no tengan nada de todo eso para que los precios no se disparen y se cree la tensión social indispensable que faculte la existencia de los pastores. El mundo nunca debe ser el Paraíso, y han de estar siempre disponibles cuatro o cinco pánicos que llamen a cada puerta. Los pastores están para que los rebaños se sientan protegidos e ignorantes de que son ellos los que, cuando convenga, les llevarán mansamente al matadero. El mayoral es el peor de todos los traidores. Entretanto eso sucede, todo el mundo requiere un horizonte artificial que le haga creer que su vida tiene sentido y unos ingresos con los que sostenerse y caminar hacia ese destino plástico, y para lograrlo es indispensable crear necesidades que no existen.

Sí; hemos enseñado a los enemigos de nuestro dios a atacarnos y a producirnos daño; pero es un mal conveniente. En Apolyon nos han adiestrado para convertir en arma cualquier cosa, incluso a uno mismo. Sabemos construir una bomba con los productos de limpieza que hay en cualquier cocina y servirnos de una herramienta aparentemente

inofensiva como arma mortal; pero no son las únicas armas de la modernidad. Las hay de una naturaleza tal que son difícilmente imaginables por el ciudadano común, métodos que ni sospecha lo peligrosos que son, aunque prácticamente a diario los usa y los maneja sin saberlo. Un arma es cualquier cosa que mata, incluso los mismos pensamientos. En África saben mucho de esto.

Las técnicas suicidas nos han sido de gran utilidad para conseguir esa tensión social tan esencial. Sirve tanto para los que mueren como para los que sobreviven. Los hombres han de latir con cierta dosis de miedo acechándoles, a fin de que cuando no lo sientan vivo e inmediato se consideren felices. La felicidad es creerse a salvo aunque uno viva en el infierno. Si no fuera así, si los hombres no sintieran miedo de los demás, de sus vecinos, de sus prójimos o incluso de sus amigos, buscarían la verdadera felicidad en otras cosas y eso produciría la muerte del sistema. El sistema mismo es una criatura viva, como un golem de esos en los que creen los judíos, una bestia de barro al que si se le pone bajo la lengua un papel con la palabra Emeth (verdad) escrita, actúa y obedece como un esclavo; pero al que si le borra la primera letra del papel y queda reducido el texto a palabra Meth (muerte), vuelve a convertirse en barro. Sí; está vivo y precisa alimentarse: todo mal acarrea un bien y todo bien un mal, ya lo he dicho antes.

Es malo que esos suicidas a los que hemos adiestrado, al principio con la amenaza de liquidar a su propia familia si no obedecían y no dejaban una nota escrita de su puño y letra ensalzando su sacrificio, atenten contra los intereses de nuestro dios, pero los beneficios que obtiene nuestro dios son mucho mayores que los daños que le causan, porque se pone en marcha un reloj que marcará las horas de muchísimos relojes de lejanos seres que les proporcionarán a los súbditos de mi dios medios y recursos para sobrevivir, gozar e incluso ir al fútbol. Lo que mata, cura; y lo que cura, mata.

Algunas embajadas han pagado ese precio, y también algunos de nuestros buques de guerra; pero el dios blanco sabe por qué lo hace. Muchas más embajadas y muchos más buques han cubierto la desaparición de aquellos, y además, dotados de más y mejores recursos que ha sido imperativo fabricar previamente, se han podido utilizar estos daños para abrir frentes de mucho beneficio y para poder expandir redes de seguridad que incluso cuadriculan el cielo como una red, y en él se han establecido ojos que todo lo ven, triangulando la existencia de los mortales. Todo mal, ya digo, trae aparejado un bien, aunque los males y los bienes no caigan del mismo lado. La realidad misma es asimétrica.

Se ha universalizado la tecnología, y eso ha abierto en muchas esquinas del planeta prósperos negocios. La electrónica es el futuro, la seguridad también y aún más el miedo. Hemos puesto en marcha muchos relojes, y poco a poco se ha ido tendiendo una malla de

mecanismos por todo el globo que pueden ser activados en cualquier momento. «Los negocios se hacen en voz baja y con garrote en la mano», decía Roosevelt. Para participar en este juego son forzosas siempre por lo menos dos bazas, la de la voz baja y cordial, y la del garrote y el pánico. Sin esas dos bazas solamente se juega a perder. Casi todos los países, gracias a este principio elemental, son clientes amigos, son fieles devotos de mi dios e incluso algunos de ellos ya han iniciado sus propias industrias. La mayoría de los hombres trabajan afanosamente para cubrir sus pavores, y nuestro dios les ofrece a buen precio lo imprescindible para su seguridad, proporcionándoles gratuitamente las inseguridades. También en los credos.

Sin embargo, ya digo que no son las únicas armas. Las más temibles no disparan ni hacen ruido. Son silenciosas. Acaso no lo sean sus consecuencias, pero siempre son educadas y muy corteses. No hay nada nuevo en realidad, salvo la electrónica; pero hasta esta tiene su origen verdadero en cuestiones antiguas. César dijo aquello de «divide et venceré», y no sabía nada de electrónica ni de informática. Lo más peligroso son las ideas, las fes, los credos y las utopías. Ellas son las verdaderas enemigas del tictac del progreso y de la ocupación para las masas trabajadoras, y hay que eliminarlas para que los ciudadanos puedan vivir en paz, ir al fútbol, disfrutar con el sexo o recrearse en Internet.

Es inexcusable dividir las fes que existen, crear partidos que disuelvan los credos, aumentar la oferta de entretenimiento para producir consumidores, inclusive crear alguna que otra catástrofe de vez en cuando para que la seguridad avance. La gallina es la herramienta que usa el huevo para tener otro huevo. Las tragedias domestican a las masas, porque las aferra a las cosas palpables ante lo volátil de la existencia. Dios o el credo no tienen asideros. Por eso otras divisiones de Apolyon han fundado sectas, las han estructurado como sociedades perfectas o imperfectas, han levantado y destruido partidos y potencias, han provocado artificialmente terremotos o tsunamis con técnicas nucleares, electromagnéticas o geológicas, y mil artificios más. Ninguno de ellos cae de nuestro lado. La División Operativa de Apolyon a la que pertenezco solo tiene fines tácticos militares. A veces, únicamente a veces, bajamos al matadero, pero solemos usar a otros para que empleen el cuchillo. Lo verdaderamente nuestro es la muerte en crudo y en directo, y conocemos todas las técnicas para poner en marcha cualquier reloj, por averiado que esté o por inútil que parezca.

En ocasiones nos dan envidia los colegas de otras divisiones, como la de Inteligencia. Nos hicieron mucha gracia sus técnicas cuando desde un submarino proyectaron sobre la bahía de La Habana un holograma de la Virgen María, suponiendo con mil chascarrillos el efecto que habría causado entre los ateos comunistas cubanos. Nos pareció tan estúpido

como inútil a los de la División Operativa de Apolyon; pero otras veces nos han dejado perplejos. En un principio tuvimos la impresión de que era inofensiva su acción cuando organizaron la matanza de los iluminados de David Koresh y sus técnicas de control mental; pero cuando más tarde uno de sus adeptos atentó contra el edificio Murray y causó casi doscientos muertos, francamente, admitimos que fue cosa de quitarse el sombrero. Hilan muy fino, sin duda porque su dios les inspira.

Ocasionalmente preferiría formar parte de una División como esas; pero cada quién tiene sus habilidades y yo tengo las mías, más brutales pero igual de eficaces. Nuestro juego, después de todo, se realiza con varias técnicas, y a menudo, combinadas. Soy muy bueno en mi especialidad, y ya me han dicho que en unos años, no muchos, me retirarán del servicio activo y me pasarán a Inteligencia, en la Central. Idaho no es un mal lugar para vivir cuando llegue esa hora del retiro; quizás demasiado tranquilo, especialmente después de una vida dedicada a la acción. No sé si sabré adaptarme, pero siempre es preferible a correr otras suertes, y me consta que a algunos de los camaradas de Apolyon les dieron un retiro definitivo, definitivo.

Me he ganado la confianza de mis superiores, y nada más que me quedan unas cuantas misiones, dos o tres, para obtener lo que todos consideran un premio. En no más de cinco años estaré listo para el retiro. Entonces comenzaré una nueva vida, pero, entretanto, debo continuar, terminar la misión en la que me encuentro.

Conozco bien África. No son pocas las operaciones que hemos realizado en esta tierra de condenados. Creo que el cuarto caballo del Apocalipsis que muchos creen que se refiere a la Muerte, en realidad escenifica a África. Aquí, casi todas las farmacéuticas del dios blanco vienen a hacer sus pruebas para evitar los procedimientos clínicos a los que les fuerza la legislación de sus países, aquí ensayamos la mortalidad de nuevas armas químicas y bacteriológicas que sería imposible fabricar en masa sin haberlas experimentado antes, y aquí se almacenan los residuos que pudieran envenenar el ámbito del dios blanco. Es una tierra de condenados.

Fue en Ghana, a primeros de los setenta, donde inoculamos el virus de lo que se llamó después Sida. La inmensa mayoría de los virus no son naturales; casi todos ellos son productos fabricados para activar enfermedades convenientes para algún dios. Aquella de Ghana, en realidad, no era más que una bomba genética semejante a las que desarrollaron en Sudáfrica para exterminar a los negros si se veían muy apurados, o en Israel para exterminar a los árabes. Los virus precisan de una célula viva para replicarse; son criaturas que están justo en la frontera entre la vida y la muerte, los cuales no están formados por células, sino por una proteína que envuelve un ácido nucleico, ya sea

ADN o ARN. Se les puede preparar para que al invadir las células huéspedes que usan para replicarse busquen un gen muy determinado —el que define al enemigo—, y si lo encuentran, se reproducen, que es decir que matan a la víctima; si no lo encontraran, morirían o permanecerían en estado latente hasta encontrar ese gen en otra criatura. Los virus, en eso, son como las fuerzas de Apolyon: no se rinden jamás y siempre obedecen.

Nuestro virus debía ser selectivo únicamente con los homosexuales masculinos, y entre los habitantes de esa región se daba entre la población masculina esta práctica de forma tan natural como ancestral. El dios blanco es masculino heterosexual. Muchos hombres ghaneses, por el contrario, eran mucho más que homosexuales, podría decirse que eran todo-sexuales, dándoles tanto así que fueran mujeres, hombres, niños o monos. Todo parecía valerles para ese fin, e incluso entre sus credos estaba afianzado que cualquier enfermedad era producida por los espíritus y que, manteniendo relaciones sexuales con otros, trasmitían su mal a aquel con quien yacían y se libraban de él. En principio, nuestro dios determinó que era el tipo de población idónea para probar la nueva arma, y lo hicimos. Total, solo se eliminarían a los homosexuales masculinos. Los beneficios eran enormes, porque de funcionar podrían seleccionarse a los distintos grupos y liquidarlos con seguridad absoluta, y sin pegar un tiro o romper nada que tuviera algún valor.

Fue hace casi veinte años, y el resultado fue aparentemente bueno, lo bastante para que nos ordenaran borrar las evidencias del experimento. Utilizamos una bomba química para exterminar toda forma de vida, y contratamos a un grupo de naturalistas para que certificaran que la mortandad de la zona la habían producido una serie de emanaciones tóxicas originadas en el fondo de uno de los muchos lagos de la zona. Fueron casi medio millón de personas las que perecieron, pero la noticia apenas tuvo eco en la prensa internacional. Estas tragedias africanas no le preocupan a casi nadie en Occidente: son normales, por eso se puede hacer allí cualquier cosa. La muerte es lo normal en África.

Con todo, en realidad el asunto no salió todo lo bien que debía, porque parecía ser que el virus no afectaba únicamente a quienes tenían inclinaciones homosexuales, sino que la promiscuidad de las personas en las que se ensayó ocultó este pequeño defecto de fabricación. Fue un error mínimo, insignificante, que se había enmascarado en lo prolífico de la conducta sexual de la muestra poblacional escogida. Atacaba a los homosexuales, sí, pero únicamente de forma prioritaria. Si alguien infectado no era homosexual, el virus por lo común se comportaba de una forma inocua, excepto alguna de sus muchos millones de mutaciones, que podía atacar a quien tuviera algunos genes distintos a los de la mayoría: hemofílicos, contaminados por ciertas enfermedades venéreas o los que portaran en ese momento residuos orgánicos de

quienes sí eran homosexuales…

No se detectó el error hasta que uno de los científicos que realizó los experimentos bajo nuestra protección se infectó del virus, volvió a la Central y este comenzó a propagarlo entre la población homosexual de la patria del dios, comenzando en Idaho pero alcanzando muy pronto el recinto gay por excelencia, San Francisco. Se estudió el asunto, y se descubrió la tendencia homosexual del científico; pero el dios blanco no quiso correr más riesgos y nos ordenó eliminarlos a todos. Fue algo tan absurdo como inútil, porque ya el virus estaba muy extendido. Se pensó en un accidente nuclear o un escape tóxico o algo así para limpiar California, pero los análisis concluyeron que el virus podía ya haber infectado a todo el mundo, porque esa población viajaba mucho.

Efectivamente, al principio solo fueron homosexuales masculinos; luego, también los hemofílicos; más tarde, cualquiera que tuviera relación carnal o de proximidad con algún contaminado. Nadie, a esas alturas, estaba ya a salvo. Además, el virus tenía un mecanismo de seguridad para poder ser eficaz: el mimetismo. Sabía pasar desapercibido mientras proliferaba e invadía el organismo huésped. Cuestión de camuflaje militar. Una forma más de ser competente y favorecer que se extendiera entre el enemigo. Podía pasar años en estado de latencia antes de que la enfermedad diera la cara y aparecieran los primeros síntomas, cuando ya el individuo infectado no podía hacer nada por aliviar su suerte, y desde que volvimos de África habían pasado cinco años. Nadie podía saber cuántas personas en todo el mundo se habían contagiado y cuántas tendrían el mal en estado de latencia. Ajenjo, había sido liberado.

Desde entonces, África no ha cambiado. Todo sigue exactamente igual. Tanto las farmacéuticas como los ejércitos de medio mundo testean aquí sus nuevos productos, ya sean armas o remedios. Hay tipos para todos los gustos, poblaciones de todas las características. Ahorra mucho tiempo y dinero hacer los test sobre seres prescindibles que no les importan a nadie, y las condiciones en las que viven son siempre una excelente artimaña para encubrir los efectos negativos, secundarios o los daños colaterales bajo una pátina de pandemia local o cosa por el estilo. África es la sentina del planeta: el cuarto caballo, el negro, la muerte.

Sin embargo es rica, y especialmente lo es Congo. Aquí hay de todo, desde petróleo y diamantes a oro y coltán. Tienen toda clase de riquezas, menos ejércitos cualificados, y los franceses y los belgas están dispuestos a capitalizarlo. El progreso, la industria militar y la informática y la electrónica precisan de todo esto, especialmente el coltán para las industrias electrónicas e informáticas, y las grandes fortunas todos los demás haberes. Por eso nos han pedido que pongamos en marcha este reloj, y que lo hagamos frenando a los competidores, especialmente ahora que también los chinos quieren su parte del pastel y

han enviado a su propia Legión Negra.

En su momento creamos y armamos un movimiento insurgente para que se hicieran con la región de Kivu, y dos grupos contrainsurgentes para disponer de suficientes recursos que aseguraran el tictac del reloj, si es que el mecanismo principal se estropeaba por alguna razón o se entrometían demasiado nuestros colegas franceses, belgas o chinos.

La situación parecía poder ser controlada, pero en vista de que se les escapaba de las manos y de que ganábamos la partida, aprovechando su ascendencia de dominio en la zona, el dios azul movió las fichas de los ejércitos de Uganda, Ruanda y Burundi. Los de Apolyon evitamos males mayores promoviendo insurgencias tribales en sus países respectivos de influencia y debilitando sus movimientos con golpes de mano, pero el costo fue casi una guerra de exterminio entre tribus. Ya no es una guerra de países, ni siquiera de intereses, sino que se ha desviado a ancestrales odios entre etnias que son casi indistinguibles para nosotros, y en este estado de cosas la insatisfacción de todos los dioses es enorme porque dicen que así no hay aprovechamiento. No corren con la misma fluidez los ríos de petróleo o diamantes, ni los de oro amarillo o los del preciado oro azul, el coltán.

Los dioses son criaturas muy civilizadas que saben hablar en voz baja y con mucha cortesía, y sostener a un tiempo un formidable garrote en la mano o empuñar una pistola por debajo de la mesa. Roosevelt universalizó sus lecciones, y ha sido maestro de muchos dioses en esta disciplina. Por eso los dioses de todos los colores se han reunido en Nueva York, un poco como lo hicieran otros dioses en la Sociedad de Naciones cuando se repartieron África a principios del siglo pasado, y se han propuesto encontrar una solución negociada. Cada uno ha enseñado las cartas que les convenían, pero algunas jugadas llevadas a cabo en rincones distantes del planeta, así financieras como de las que dejan cicatrices, han servido para favorecer el entendimiento y promulgar algunas resoluciones que clarifiquen la situación, eligiendo a la ONU como vocero de manos limpias.

Pero ya hay demasiadas avispas reinas y están demasiado agitados todos los avisperos. La codicia de los jefes tribales es al menos tan colosal como la de los dioses de Idaho, del Elíseo o de Pekín, y todos quieren una porción del pastel. El flujo de beneficios se interrumpe y el tictac del reloj se hace arrítmico. Se impone una solución drástica, definitiva, que sirva de advertencia a todos para que se respete a los relojeros. Todos los dioses prefieren tener menos a no tener nada, y el dios blanco, magnánimamente, ha accedido a asumir su papel de dios de dioses, de Zeus. Algunos cuentan ya cuatro o cinco millones de muertos, demasiados incluso para África, y aun a pesar de que las noticias pasen casi desapercibidas para los noticiarios del Primer Mundo, son demasiadas víctimas para no tener ningún peso.

Para llenar los ojos de esperanza mientras se genera la tragedia, la crisis ha estallado en Rusia y se ha firmado la paz entre Israel y Palestina. Todos los flases enfocan caras sonrientes, de espaldas a la tragedia que se cierne. Los dioses, sometidos al dios blanco, quien gobierna y ordena sobre todos los dioses desde que hace algún tiempo, saben lo que yo ignoro todavía, y han optado por lo más natural, eso que hay que esconder de los flases: la muerte ejemplar. Han elegido a Ruanda y Burundi para establecer y sellar la paz, porque ahí los enfrentamientos entre razas son más cruentos y serán un excelente espejo en el que se podrán mirar todas las tribus de África y aprender modales. No se puede perturbar el reposo del dios blanco. Ha de ser un escarmiento a todos los niveles porque el tiempo apremia, y lo han decidido de la forma que entienden, la más ilustrativa y artesana.

Un general canadiense de la ONU, enterado de alguna parte mínima del plan, no sabemos por qué fuente, ha dado aviso al Secretario General de la ONU de la matanza que se prepara, ignorando que nadie hay ya que pueda detener el reloj que se ha puesto en marcha. Incluso ya han llegado desde Europa más de diez toneladas de machetes y se ha comenzado la campaña de enfrentamiento racial desde la Radio de las Mil Colinas. Naturalmente, el general ha sido destituido al instante y desde el Departamento de Operaciones de Paz de Nueva York han enviado a otro general que sin duda sabrá apartar a sus cascos azules cuando llegue la hora.

Y la hora llega y pasa. La espoleta de detonación, además de la propaganda que inyectó su veneno en las venas de estas tribus desde la Radio de las Mil Colinas, fue la muerte de los presidentes de ambos países, Ruanda y Burundi, en una operación sencilla por de más, pues que éramos nosotros precisamente los encargados de su seguridad. Los explosivos son particularmente interesantes en regiones donde no hay laboratorios para investigar ni dioses que defiendan o protejan a sus criaturas, y un par de kilos de C-4 puestos en el avión en el que viajaban los presidentes han sido suficientes para abrir de par en par las puertas del infierno. La clausura del castigo se verificó cuando el horror de los sucesos ha conmovido a los congoleños y el mundo se ha saciado de sangre. Los unos, han cedido a nuestras pretensiones y han accedido al reparto; los otros, todos los que han querido ver, han comprendido con las imágenes de nuestros medios que el infierno está en todo rincón y que en cualquier momento puede alcanzarlos. Únicamente tienen que pedirlo o que resistirse a los deseos del dios blanco. No hay que viajar lejos para llegar al infierno: Apolyon se lo lleva hasta su propia casa.

Los medios más conservadores han contado algo más de un millón de muertos, casi todos a machete; pero todos los súbditos de los dioses que hemos vigilado para que no hubiera interferencias extranjeras sabemos que han sido muchos más. No han sido escenas gratas, no;

incluso nosotros, los de Apolyon, hemos tenido que mirar disimuladamente hacia otro lado para no sentir náuseas. Dios no existe, seguro; pero si existiera y un día consintiera un Apolyon africano, el infierno sería ascendido al rango de purgatorio. Lo que hemos visto ha sido excesivo incluso para nosotros.

Ninguno de los rivales o de los neutrales, pese a todo, ha intervenido, salvo los relojeros para verificar que los adversarios no se entrometían o que las fuerzas de la ONU se mantenían lejos. Queríamos espectadores, y como tal hemos impuesto a todo el mundo, y el mundo ha enmudecido. Algunos por el horror, pero casi todos por miedo. Este es el ejemplo que quería nuestro dios que presenciara el mundo, y esta la lección que ha impartido.

El vasallaje de los otros dioses a nuestro dios ha funcionado perfectamente, y desde ahora hay un magnánimo reparto de los haberes de petróleo, diamantes, oro y coltán, conforme ha consentido nuestro dios a la fuerza de cada Legión Negra. Incluso nos han pedido que nos retiremos y volvamos a la Central, no sin antes dejar establecidos algunos movimientos rebeldes como mecanismo de seguridad. Seguramente nuestros competidores habrán hecho otro tanto, lo que garantizará que el reloj siga funcionando indefinidamente mientras les interese a nuestros dioses.

África es así; no es una realidad agradable, pero hay que aceptarla. Nueve millones de vidas, muchas de ellas segadas a machete, además de todo lo que ello implica, son el vestigio del acuerdo. La miseria residual que queda y el odio que se ha depositado en el fondo de todas estas almas y estas tribus, son el mecanismo de seguridad del nuevo reloj que se ha puesto en marcha. Crecerán pastos sobre los cadáveres, abonarán la tierra y harán más rica a África. Aquí, la sangre es el mejor de los fertilizantes, aunque no dejen de pasar hambre.

Con suerte, me quedan un par de misiones y habré terminado mi ciclo activo. Creo que lo echaré de menos. Soy un hombre de acción, aunque ya la acción comienza a pesarme.

9 Sabiduría

Apolyon: así de claro estaba. En los pósites que había junto a chinchetas que representaban a las tres víctimas del aparcamiento del CGP y las cuatro que encontramos a renglón seguido en el primer local la misma mañana, estaban los nombres propios de cada una, y leyendo las iniciales de sus nombres de arriba abajo, en el mismo orden del dibujo que el asesino nos había entregado en cada cadáver, podía formarse la palabra Apolyon, uno de los dos nombres que en el Apocalipsis de Juan se le da al ángel del abismo —el otro era Abadón—, aunque en este caso estaba en inglés. Pero ¿por qué en inglés, si el único testigo que teníamos, el guardia de seguridad del CGPJ, nos aseguró que quien le sobornó tenía un español sin acento y según Benigno, el psiquiatra de la brigada, casi con total seguridad solamente tratábamos con un criminal?...

Aquello me confundía. El asesino debiera haber escrito Apolión, que es el nombre en castellano de ese ángel de la destrucción, y así como se había esmerado en encontrar, secuestrar y dar muerte a una juez cuyo nombre comenzaba con Y —Yésica, se llamaba la víctima— para formar su tétrico acróstico, tanto más fácil le hubiera sido encontrar a una o a uno que comenzara por I, como Ignacio, Inés o Isabel, que abundaban como la peste. No tenía sentido… o tenía demasiado y era más importante no dejar pasar por alto este detalle, porque no parecía nuestro hombre un tipo dado a cometer ninguna clase de errores. Si lo había puesto en inglés, tenía por cierto que fue porque exactamente así lo quiso hacer, ya analizaría más adelante el porqué.

Ahora, lo que realmente importaba es que mi hipótesis había dejado de ser una teoría para convertirse en una enigmática realidad. Cierto que no la comprendía del todo todavía, pero ya había dejado de dar palos de ciego para poder comenzar un proceso que, intuía, me ponía tras una pista cierta que me conduciría al verdadero criminal, ese auténtico, a tenor de la destrucción y muerte que iba dejando tras de sí, ángel del abismo…, o al loco que había asumido su papel de exterminador. No pude sino imaginarme a un enfermo mental, un sociópata que contaba con una excelente formación militar y muchos recursos, quien probablemente se había embarcado en la ardua tarea de hacerle pagar al mundo por sus pecados.

Sin abandonar las ideas que brotaban en mi cabeza como por

generación espontánea, le pedí a Juantxo que revisara todas las notas y me dijera la hora en que se había cometido cada asesinato por su riguroso orden cronológico, tanto según los testigos como por los informes forenses, y entretanto me dirigí al ordenador, lo conecté y escribí en el buscador la palabra «Apolyon», apareciendo al instante un lista de más de cien mil páginas, de cuales apenas si me servían para obtener información unas pocas, y todas ellas en inglés.

Una vez Juantxo estuvo listo, abrí un programa con una hoja de cálculo, y comencé a anotar los nombres, fechas de los óbitos, hora exacta en que se había perpetrado cada crimen y la dirección donde había sucedido la ejecución o el lugar donde se habían encontrado los cuerpos. Toda una lista de la muerte que, una vez completa, por más que me resistiera a creerlo, confirmaba la teoría de Benigno sobre que podían haber sido cometidos todos los crímenes por un solo hombre. Al menos, así quedaba claro con los primeros seis asesinatos, por más que el ángel de la muerte tuviera un muy escaso margen de error. Los demás crímenes, tanto los del pleno del CGPJ como los de los diecisiete jueces que conformaron la segunda tanda de muerte, habían sido secuestrados en algún momento de los dos días anteriores a su ejecución y a la misma hora asesinados en algún lugar indeterminado, y puestos en los diferentes escenarios en que se encontraron los cadáveres a altas horas de la madrugada del mismo día en que se encontraron los cadáveres, y algo parecido sucedió con las seis últimas víctimas. Los datos eran fríos y exactos, y confesaban por sí mismos que un solo hombre podía haber realizado tan ardua tarea de una forma extremadamente profesional.

Si algo me quedaba claro a esas alturas, era que estábamos persiguiendo a un hombre excepcional, perturbado o no, quien era posible que se hubiera servido de algún sicario para alguna parte de su trabajo, pero concienzudo y planificador como solamente podía serlo una mente privilegiada. Y esta letal combinación de talento, astucia, osadía, eficacia y frialdad para ejecutar, convertían a nuestro hombre en un auténtico ángel exterminador.

Luego, tras intercambiar impresiones con Juantxo, quien por primera vez se mostraba emocionado con un caso policial, regresé al buscador, abrí al azar algunas páginas, me detuve en una que me pareció se extendía lo suficiente sobre Apolyon, y le dije:

—Mira, Juantxo: este es el ángel que se cree que es nuestro amigo.

—Pues me vas a perdonar, Antonio, pero el inglés no es lo mío, de modo que si me cuentas qué dice, mejor, porque si no, como que me quedo con los dibujitos esos.

—Vale. Dice que Apolyon es el nombre del ángel del abismo, cuyo nombre griego significa en castellano «Destructor», y que también que este mismo nombre en hebreo, que es Abadón, o Abbadon en inglés, en castellano significa «lugar de destrucción». Añade que su nombre aparece en el Apocalipsis como el que tiene las llaves del abismo y que es el rey de la plaga de langostas que se corresponden con el toque de la quinta trompeta.

—¡Angelito mío! —exclamó irónico.

Me pareció oportuno que leyéramos el pasaje del Apocalipsis que había referencia a Apolyon, y en una nueva pestaña del buscador busqué el capítulo nueve, que era el único en que se nombraba. Leímos con atención y, apenas concluido, Juantxo me hizo una apreciación particularmente oportuna.

—Pues me temo que no vamos bien, porque ese ángel parece que es muy jodedor pero no un asesino, al menos según lo que dice ahí. Sus langostas atormentan, pero no matan.

Era cierto. Incluso el pasaje hacía referencia a que el sufrimiento que infligía su plaga a los hombres era tan atroz que estos buscarían la muerte, pero no la encontrarían. Eso no me cuadraba con las acciones de nuestro criminal, y por un momento me dejó confuso. ¿Estaría equivocado después de tan duro esfuerzo?... ¿Qué otra cosa podría ser, sino que ese loco inteligentísimo se consideraba tan capaz, que incluso había ido más allá del simple nombre o su significado hasta convertirse no en un ángel de destrucción, sino exterminador?... Algo había en mi teoría que fallaba.

Ante mi perplejidad, Juantxo trató de animarme, sugiriéndome una opción tan acertada como su anterior comentario: buscar el dibujo que nos había facilitado el asesino con sus crímenes y relacionarlo con el Apolyon ese.

Lo hice enseguida y abrí diez, cien, mil páginas. Buscamos durante horas en todo tipo de webs un dibujo característico de este ángel, pero en ninguna encontramos nada que se le pareciera. Por fin, me di por vencido y renuncié a proseguir con una búsqueda que presentía inútil: si en la enorme cantidad de sitios que había visitado no encontramos nada que se le pareciera, seguramente era porque el dibujo que nos había graficado con sus crímenes nuestro loco y el ángel Apolyon no tenían nada que ver. Pero, si tal cosa era verdad, ¿qué significaba entonces aquel colosal esquema? ¿O era acaso que el nombre de ese ángel aparecía como un acróstico simplemente por casualidad?... En ese momento recordé que no hacía demasiado tiempo vi un documental sobre unos tipos que decían haber descubierto una especie de código secreto encriptado en la Torah, merced al cual y a un programa informático que habían hecho se podía verificar que no solamente todo el pasado

estaba reflejado allí, sino también el futuro, y lo demostraba con datos sobre algunos de los últimos acontecimientos mundiales que habían supuesto una especial relevancia; sin embargo, al final de ese mismo documental parecía ser que otros investigadores habían aplicado el mismo programa y semejante procedimiento a otras obras extensas, como «Moby Dyck» o «Guerra y paz», y el resultado había sido en todo similar. Resumiendo, que cuando que quería ver algo, se veía aunque no existiera, y parecía ser que exactamente eso me había sucedido a mí.

Me sentí derrotado, abatido, y por un momento me pareció que tendríamos que comenzar de nuevo, que habíamos estado persiguiendo un espejismo. Estaba extenuado por el esfuerzo, y este fiasco multiplicó mi agotamiento. Mientras me tomaba un café más, imaginé la cara de satisfacción de Sarita cuando supiera que él tenía razón y que yo había estado obsesionándome con las pistas falsas con que los criminales habían estado confundiéndonos, y me pareció que mi orgullo no sería capaz de soportarlo. Estaba tan equivocado como Benigno al suponer un único actor en esa tragedia, y de esta conclusión se desprendía con una luz cegadora que estábamos enfrentándonos en realidad una organización no solamente experta en el crimen, sino también en técnicas de desorientación, empujándonos en una línea de investigación errónea para…, quizás, obrar con absoluta libertad en otra. ¡Bien me la habían jugado, y bien me había traicionado mi propia vehemencia!... Encontré la palabra Apolyon con las iniciales de aquellos siete nombres, como sin duda jugando con las iniciales de las cincuenta víctimas lo mismo encontraba la «Elegía a Ramón Sijé» de Miguel Hernández.

Juantxo trató por todos los medios de sacarme de mi estado de postración, pero no me sentía capaz de escapar de mi propia decepción y guardé silencio. Le restó importancia al aparente fiasco, y me animó con que era posible que hubiera algo que fallara en mi teoría, pero que probablemente el grueso de ella seguía siendo válida porque ahí estaba el dibujo que conformaban las víctimas, y eso era incontestable. Y al fin, viendo que ante esos argumentos era notoria mi mejoría anímica, se quedó como pensando, consultó la hora en su reloj y, sacando su teléfono portátil del bolsillo, dijo:

—Si no me retira la palabra por llamarle a estas horas, creo que estamos todavía a tiempo de darle una vuelta más a este rompecabezas. Tal vez así lo que le cuentes mañana a Andrada tenga más soporte que estas simples pruebas circunstanciales.

Marcó un número y, casi al instante, se identificó con el receptor de su llamada y le dio a su voz un giro seductor, pidiéndole que viniera al departamento ahora mismo. Poca gracia debió hacerle la

propuesta a quien a tan intempestivas horas llamó, pues Juantxo tuvo que retirarse de mi lado para, con seguridad, aportarle argumentos suficientes como para salir de la cama a esas horas y desplazarse hasta donde nos encontrábamos, pero ello es que lo consiguió.

—Se ha puesto hecha una fiera —me comentó cuando cortó la comunicación y regresó a mi lado—; pero en cuanto le he dicho que tenía que ver con los asesinatos de estos días y con el Apolyon ese, le ha faltado tiempo para pedirme la dirección. En un ratito más la tenemos aquí, ya lo veras, porque su casa está no demasiado lejos.

—Juantxo, ¡hostia!, de las investigaciones no se habla con nadie, y lo sabes de sobra.

—Y no tenemos por qué contarle nada, hombre. Basta con que le digamos que precisamos saber de esto o aquello, y listo. Mira, si alguien es experta en estos temas es ella, que se ha pasado media vida estudiando estas mandangas por medio mundo. Es doctora en paleografía, y te digo que a mí con estas cosas me marea.

—¿Es tu chica?...

—Joder, no: Melisa es mi hermana, hombre.

Me quedé más tranquilo. Siendo su hermana la discreción estaba asegurada, y sin duda podría explayarme con ella lo suficiente como para no tener que empollarme mil libros esotéricos de esos que siempre me habían parecido infumables. Un criminal solitario o una organización, tanto daba, porque la línea de investigación del dibujo que nos habían dejado como mensaje había que agotarla aunque no nos condujera sino a un callejón sin salida.

No tardó en llegar, y lo hizo con ganas de hablar. Era una mujer joven y hermosa, pero excesivamente locuaz, o al menos así se mostró aquella noche. De sensual figura y un conocimiento apabullante, se echaba de ver que había hecho de su profesión una forma de vida, cosa que era una lástima porque denotaba no sentir demasiado respeto por su aspecto, quién sabía si porque le sobraba belleza. ¡Ya vendría el tiempo con sus premuras y la haría cambiar de opinión! Debo confesar que, a pesar de aventajarla en al menos quince años, me pareció una mujer de esas a cuyo lado uno lamentaría dejar este mundo miserable.

Antes de entrar en materia, y mientras tomábamos un café que nos permitiera establecer cierta previa familiaridad mutua, y en mi caso saber qué grado de confianza merecía, Melisa se mostró franca y sincera, aunque inquieta con los últimos acontecimientos que alteraban el pulso otrora firme y seguro de Madrid. Confesó tener cierto pánico hacia cómo el orden social se había degradado en todo Occidente desde hacía ya casi una década, y al hecho de que la violencia y los crímenes se estuvieran adueñando de las calles,

convirtiéndolas en inhabitables; pero al mismo tiempo mostraba cierta intriga porque alguien hubiera tomado a la Justicia o a sus jueces tal grado de ojeriza como para perseguirlos con un encono tal que casi había colapsado al Estado. Nos puso al corriente de algunos bulos que circulaban por la calle, acerca de yihadistas internacionales y cosas por el estilo y, no sin cierta sagacidad, quiso tirarnos de la lengua.

—Nada de yihadistas al uso —le dije para su tranquilidad, enmascarando mis pareceres profesionales— o de otro modo el caso no nos correspondería a nosotros. Para los delitos de terrorismo, hay una Brigada específica.

—Pues como delincuentes comunes no son nada comunes —ironizó.

—No; no lo son. Es más, no sabemos etiquetarles siquiera.

—¿Puedo? —dijo señalando al mural, como pidiendo permiso para acercarse y verlo bien de cerca.

—Adelante —le dije—; pero comprenderás que eso es información restringida, de modo que te ruego que se concentres en el dibujo y su potencial significado.

Me dio su conformidad y se acercó al mapa, el cual estuvo mirando con mucho detalle largo rato, incluso llegando a pasar sus dedos por cada símbolo y por aquel extraño texto que le rodeaba, si es que era un texto y no símbolos mágicos o algo así.

Luego regresó junto a nosotros, tomó asiento y comenzó a interrogarnos sobre algunas cuestiones que creí conveniente eludir. Me limité a trazar un bosquejo general sobre el aspecto que me interesaba, que era la cuestión del dibujo de del nombre Apolyon, cuya hipótesis de trabajo estaba dispuesto a agotar.

Melisa arrugó su preciosa naricilla, mostró cierto incomodo por mi resistencia a facilitarle una información más concreta y, acaso haciéndose cargo de nuestra situación y quizás por deferencia hacia su hermano, luego dijo con sequedad:

—Pues los asesinos habrán dado pistas suficientes para dibujar ese anagrama y les habrán facilitado de alguna forma el nombre de Apolyon, pero esos no saben ni de qué va.

Juantxo y yo nos quedamos un tanto sorprendidos al escucharla. Durante un breve lapso sentimos que nuestra hipótesis de trabajo, en la que nos habíamos empeñado desde que comenzaron los crímenes, también era falsa, y por un instante pudimos vernos en una vía muerta; pero después de dar un par de sorbos de café, Melisa matizó su afirmación.

—Apolyon es citado en el Apocalipsis, pero hay muchas discrepancias sobre su naturaleza. Para algunos grupos cristianos representa el que tiene las llaves del abismo, y le identifican con

Jesús; otros, le emparejan con Satanás; y no faltan los que ven en él a un castigo divino en forma meteoro o algo así, un cuerpo estelar que se precipita contra la Tierra y la abre rompiendo la corteza terrestre. Como veis, poco en común con alguien que mata de una forma selectiva, y mucho menos que imparta alguna clase de justicia. Forma parte del Castigo, concretamente con el que implica la quinta trompeta, pero no tiene potestad de matar por sí mismo. Al menos, así lo entiendo. Es, en todo caso, la personificación de una catástrofe planetaria, la encarnación de la destrucción o el que convierte el mundo en el lugar de la destrucción.

Haciendo gala de tanto en tanto de una suficiente sonrisilla, se desbarrancó por una serie de explicaciones que, la verdad, no veía yo qué tenían que ver con el asunto, pero las cuales traté de absorber como una esponja, tanto por si me hacían falta en el futuro como por el gusto de sentirla en mi casa, no sé si despertándose el hombre y durmiéndose el investigador. Poco me importaba en ese momento mi condición de policía y más relajado me encontré a medida que fue sintiéndose cómoda. Me atraía la suavidad con que movía sus manos para reforzar su discurso y despertaba en mí cierto deseo la sensualidad de su voz musical.

Si no me hubiera embelesado como lo hacía su gracilidad, sin duda me habría dormido con un tema tan árido para un lego; pero tuvo la delicadeza de estar atenta a mis gestos de tedio y, cuando entendió que Juantxo y yo teníamos tentaciones de rendirnos al disparate onírico, trató de agilizar su discurso y soltar alguna ocurrencia festiva que desengrasara, deteniéndose en lo que más nos interesaba.

—El símbolo es lo que más me extraña —dijo entonces, despertando mi interés—. No es algo que conozca mucha gente; es más, es rarísimo. Apenas si algunos eruditos lo conocemos.

—¿Qué significa? —le interrogué.

—Nadie lo sabe con certeza —respondió. Y añadió casi a renglón seguido—. ¿Me dejas usar tu ordenador?... El sello que habéis dibujado es aproximado, pero está mal, y quisiera enseñaros el correcto.

Accedí, por supuesto. Melisa tomó asiento en la mesita en que tenía el ordenador, se conectó con la biblioteca de la Facultad en la que desarrollaba su trabajo, introdujo su clave de acceso y, apenas en unos segundos aparecieron en pantalla una enorme cantidad de archivos. Abrió uno de ellos, pulsó sobre una imagen y se abrió una pantalla en la que podía visualizarse un dibujo extraordinariamente aproximado al que habíamos ido construyendo en el mapa del mural. Desde detrás de ella, Juantxo y yo mirábamos la pantalla entre absortos y sorprendidos, casi como si estuviéramos

hipnotizados.

—Cada ángel, especialmente los arcángeles y los de las órdenes superiores —nos explicó Melisa como si estuviera impartiendo una lección magistral—, tienen su propio sello más o menos secreto, que es algo así como su firma o su distintivo, el cual contiene, además, las cualidades que representa. El vuestro está mal dibujado, como veis…, o quizás es que no habéis sabido reproducirlo fielmente. Mirad. Este círculo exterior con estos cilios o pelillos, según algunos expertos indica resplandor, o incandescencia, según otros; algo muy adecuado a algo que rompe la corteza terrestre y alcanza el magma del manto, ¿no os parece?... En el primer caso, sería como una especie de emanación divina de «verdad», un poco como los santos y todo eso, a quienes se les suele representar con una especie de halo en la cabeza que nos remite a que tiene la «verdad» de su lado, la santidad; algo que podemos corroborar con el mismo resplandor interior que tiene el sello central, de modo que sería algo así como que tiene la «verdad» e irradia la «verdad», cuestión que se ve reforzada por el círculo que a su vez encierra este sello, como destacándolo o concediéndolo mayor importancia. En el segundo caso, suponiendo que estos cilios significaran incandescencia, representaría no solamente a ese efecto de romper la corteza del planeta y alcanzar el manto, sino también, como consecuencia, al fuego que brotaría de él y, como es lógico, la destrucción a nivel global que originaría. Un caso este que, visto desde la esfera de lo espiritual bien podría remitirnos a un diablo, pero que contemplado desde la esfera de lo normal, bien puede representar una parábola sobre un astro que cae sobre la tierra envuelto en llamas, la golpea, la quiebra y faculta que el magma se desparrame por doquier, con todo lo que ello conlleva. Esta es la causa de las discrepancias en su interpretación entre los eruditos de todo tipo, sean cabalísticos, religiosos o exegetas aficionados.

—¿Y esos círculos que forman un hexágono?...

—Eso lo habéis dibujado bien en vuestro mapa. Se llaman sellos, y cada uno ocupa una esquina de un hexágono, formando un hexagrama, conteniendo en su interior un anagrama de lo que representa. Según algunos intérpretes cada anagrama sería el título de cada toque de las trompetas apocalípticas, y según todos los demás, entre los que me encuentro, algo que no entendemos porque no tenemos los medios para interpretarlos.

—Pero hay otro sello en el centro —observé.

—La séptima trompeta —replicó automáticamente—, según algunos, la media hora de silencio que precede al desenlace del Apocalipsis.

Asocié instintivamente esta media hora de silencio al estupor

que el asesinato del pleno del CGPJ había producido en la sociedad, casi paralizándola por completo.

—Como veis, en este sello las líneas no son curvas, sino rectas, y el soporte vertical de todos los demás sellos, en este está tumbado, que es como decir que el mundo se rinde o que ha sido derribado el orden existente. Esta línea quebrada que parece un gráfico, en tal caso representaría para algunos expertos una especie de juicio o de separación de lo bueno y lo malo, y según ellos viene a confirmarlo esta línea doblemente flechada que hay aquí, la cual vendría a significar algo así como la selección divina de su mies, la condenación o la salvación de los juzgados, todos los hombres. Sin embargo, ya digo que sobre todo esto no hay mucho acuerdo entre los analistas, y mucho menos lo hay entre exegetas o incluso entre los estudiosos de la cábala.

—No parece que todo esto que nos cuentas tenga mucho que ver con nuestro caso, o con unos criminales que se hayan creído el ángel del abismo o algo así —dije con cierta decepción.

—Eso mismo me parece a mí —me secundó Melisa.

—Dime, ¿qué representa ese triángulo interior?

—No es un triángulo. En realidad, es la estrella de seis puntas, la llamada Magen David, uno de los símbolos que se le atribuyen a Salomón, aunque no parece ser que fuera de Salomón.

—¿No? —me extrañé.

—No, no parece. Es más, aunque es uno de los símbolos pretendidamente judíos más conocidos, no parece ser que ni siquiera sea judío, y en esto hay bastante acuerdo por parte de los estudiosos, por extraño que parezca. En principio se lo suele interpretar como la intersección entre lo divino, el triángulo cuyo vértice está en la parte superior, y lo antidivino, representado por el triángulo que tiene su vértice en la parte inferior. Y en el centro, el hombre, cuyo valor es nueve. Mira, si le das un valor de tres a cada esquina del triángulo superior, valor de lo divino según la guematría, y un valor de seis a cada esquina del triángulo invertido, valor de lo antidivino, hagas lo que hagas con los números, sumes, restes, multipliques o dividas, siempre te va a dar un valor de nueve, que es el del hombre, porque perdió su valor divino de diez, que es el número de Dios, cuando cometió el pecado original. Curioso, ¿verdad?...

—Pues siempre creí que ese era el símbolo de Israel porque lo impuso Salomón.

—Pues, como tantos, me temo que estás equivocado. Salomón fue uno de los reyes más importantes que tuvo Israel y probablemente bajo cuyo reinado cuando mayor expansión logró, en parte porque era el preferido de Dios. Sin embargo, el poder le

hizo ambicioso y se entregó a la magia y a la hechicería, incluso desoyendo las advertencias de Dios. Con sus clavículas, entre las que algunos creen que se encontraba el hexagrama, esta estrella, pretendía someter lo mismo a ángeles que a demonios. Incluso muchos las usan hoy con ese fin. El caso es que Salomón se apartó de la senda divina y, cuando se casó con la hija Pharoah, parece ser que obtuvo esta clave y la asumió como propia. Supongo que estaréis al tanto de que Salomón, además de muchas mujeres, adoró a muchos otros dioses, construyó templos en su honor y practicaba rituales para agradarlos, entre ellos a Ashtoreth y Moloch, representaciones de Baal. La Magen David, según esta tradición, no sería judía, sino egipcia, y se la usaba para marcar a los seres que iban a ser ofrecidos en holocausto en esos sacrificios. Sacrificios que, como no podía ser de otro modo, le desagradaron a Dios, y por eso castigó a los judíos con la división de Israel a la muerte de Salomón. Hoy, esa estrella la usa mucha gente y muchas órdenes secretas, y me temo que no muchos de ellos entienden bien cuál es su significado. Desde Estados como Israel a los masones, pasando por mucha gente que la lleva colgada al cuello como amuleto, me temo que la mayoría ignora su función como símbolo de sacrificio mediante el fuego, que entre otras cosas se define como, curiosamente, «holocausto»: precisamente el nombre con que se definió la matanza judía por los nazis, y precisamente el símbolo que Himmler les obligó a llevar a los judíos en sus ropas durante su persecución.

—¡Joder!... De modo que entonces —razoné—, nuestros criminales son… antidivinos. Una especie de mal encarnado, de demonios o de sacerdotes que ofrecen sacrificios al antidiós o algo así.

—Bueno, si les valoras por sus hechos, los crímenes y todo eso, ángeles de la guarda no son, desde luego; pero sí, si consideras que en tu dibujo, en ese que te han hecho llegar, el hexagrama no está completo, sino que solamente queda trazado el triángulo superior, el que representa lo divino. El inferior, como ves está roto, discontinuado, como si hubiera sido vencido, destruido, anulado.

—Pues buenos tampoco son, de eso no me cabe la menor duda, y tampoco creo que estén asumiendo una labor divina por más que esos jueces… Pero, ya que estamos, dime: ¿qué significa lo que rompe el triángulo maligno, el invertido, esas estrellas?... ¿Y qué significan todos esos símbolos que rodean el sello y lo que contienen esos otros sellos más pequeños?...

—Lo que rompe el triángulo maligno, efectivamente son esas estrellas, pero no te puedo decir qué significan. Pueden ser una constelación, una configuración celeste en un momento

determinado o algo que todavía ignoramos porque no lo podemos o sabemos identificar. Lo otro, los símbolos esos que tú dices que rodean el círculo exterior, no lo comprendemos, pero sí que sabemos que es lenguaje de ángeles.

—¿Lenguaje de ángeles?

—Como lo escuchas: lenguaje de ángeles. Los ángeles tienen su propio idioma, es probable que muchos, quién sabe si por categorías o algo parecido. Tenemos vestigios de idiomas que ni siquiera sabemos que lo son, así en sellos parecidos a este como en emblemas y otros textos que han sido muy estudiados, aunque todos los intentos que se han hecho por desencriptarlos o encontrar reglas gramaticales han sido infructuosos. Entre otros, hay uno de esos idiomas que se llama Irdin, conocido también como la «lengua de las esferas», otro que se denomina Tebano, otro más que se llama Malachim e incluso uno al que se le denomina «Paso de las aguas». Algunos de ellos se grafican un poco como el que ves aquí, aunque son símbolos o signos de los que no sabemos nada, otros tienen cierta semejanza con el hebreo y hasta los hay que se refieren a las constelaciones, de modo que quienes han dicho a lo largo de la Historia conocerlos, eran capaces de leer en el cielo nocturno los mensajes divinos. Oficialmente al menos no sabemos interpretarlos, pero hay por ahí algunos iluminados que se han atrevido incluso a hacer alfabetos traductores o algo así, por supuesto sin ninguna base científica. Si hay idiomas angélicos, que ni quito ni pongo rey, no sabemos decodificarlos, y este es el caso de este sello. Por lo tanto, lo que puedan significar los textos que hay entre los sellos del hexagrama, lo ignoro, como desconozco qué sentido tienen las constelaciones que hay a los lados del triángulo superior, y ni siquiera sé si es un idioma angélico. En este sentido, nos movemos a ciegas.

Eso lo tenía particularmente claro: estábamos sondeando algo sobre lo que lo desconocíamos todo. Acaso, solamente acaso, estaba buscando una idea, un hilo, una pista que me permitiera avanzar en la dirección en la que se encontraban los asesinos…, o justamente lo contrario para desechar definitivamente mi hipótesis de trabajo y considerar que el azar, el simple azar, nos había jugado una mala pasada. Y así lo puse sobre el mundo.

—Todo sea que esta teoría haya sido fruto del azar.

—«El pseudónimo de Dios cuando quiere permanecer en el anonimato», como dijo Anatole France —replicó Melisa.

—Lo que queda claro, si no he entendido mal —añadió Juantxo, quien había permanecido en silencio todo el tiempo pero muy atento a cuanto dijimos—, es que esos tipos, quien quiera que sean, se han tomado muy a pecho su tarea de castigadores…

—¡Falso! —le interrumpió Melisa—. Hermanito, puede ser que tú creas que Dios castiga, pero no es así, ni mucho menos: es la conducta de los hombres. Verás, si tú estuvieras un poco más metido en estos enjuagues en los que me muevo, sabrías que existen tradiciones, e incluso citas bíblicas y de otras religiones, en las que se asegura que los sucesos desastrosos, lo malo del mundo, no es necesario que Dios lo imparta porque es una ley de causa y efecto. Me explico. Si tú juegas con la suciedad, te infectas; y si juegas con un cuchillo, te cortas: causa y efecto. Por esta misma razón, si pecas, si te alejas de Dios, que es lo natural y lo bueno, te sobreviene la catástrofe: causa y efecto. Hay un pasaje bíblico, no me acuerdo cuál, que dice algo parecido a que la desgracia y las catástrofes fueron creadas con este fin. Una especie de mecanismo automático, vaya. Si una persona obra mal, de alguna manera atrae sobre sí ese mal, ya sea de forma material, emocional o de cualquier otra manera; si es un país, le sobreviene una hecatombe, una guerra, una crisis o lo que sea, porque un país es como un hombre formado por muchos hombres; y si fuera la humanidad, pongo por caso, pues… apocalipsis garantizado, guerra nuclear, peste, exterminio…

—¡Joooooder!

Resumiendo, y si había entendido bien, la fotografía que me presentaba de mis perseguidos y su potencial organización, era la de quienes se consideraban superiores, por encima de todos los mortales, hombres capaces de impartir una muy particular justicia por medio de la violencia, porque habían superado sus defectos o se creían a salvo de ellos. Apolyon era el ángel exterminador y, tuvieran o no discrepancias los eruditos sobre su naturaleza, nuestros criminales parecían haber asumido su papel de ángel del abismo, escarmentando a aquellos que probablemente creyeran que difundían el mal o lo hacían posible por no remediarlo. Iluminados, en fin, como sugería el asunto ese de los cilios, que repartían luz en base a matanzas.

—Digamos que si unos asesinos —propuse— usaran su violencia con base en este símbolo y estas creencias, podríamos encuadrarlos en una secta o algo así, ¿no es cierto?...

—Veo que lo tienes más claro que yo. Mira, hay tantas sectas hoy y tantos pirados por todas partes que cualquier cosa es posible. Los hay quienes se creen Jesús reencarnado, quienes se consideran Napoleón y seguramente no faltará quienes se equiparen a Apolyon, a Abadón o a la misma Virgen María. Vuestros asesinos me temo que están tan desorientados como tantos, porque lo que hacen, por mucho que maten, no tiene nada que ver con lo que se desprende de Apolyon. Lo que propone el ángel del abismo es un sufrimiento

global, un tormento general de los perversos, no matar a unos pocos escogidos en un rincón insignificante del mundo como España. Pero, sobre todo, Apolyon tiene un mensaje de redención a través de sufrimiento, concediéndoles a los hombres una última oportunidad de arrepentirse y regresar a Dios, porque las dos últimas trompetas son decisivas: la sexta significa la contienda final, probablemente la guerra global o la desesperación global ante lo inevitable, y la séptima no lo sabemos porque fue sellada, pero es presumible que se refiera al Juicio Final… o al fin de la civilización. Es, por decirlo de una manera simple, algo así como una última advertencia por medio del dolor, pero siempre considerado como penitencia y no como muerte cierta generalizada…, al menos todavía. Donde desemboca la cosa, si es que se persevera en el error y la ignorancia, es en la extinción, y esa sí que es definitiva.

—Un ángel anunciador a lo bestia —pensé en voz alta.

—De alguna forma, sí, y muy a lo bestia. En el Apocalipsis, según muchos de mis colegas, no hay un apocalipsis, sino varios entrelazados. Para llegar a esa conclusión se apoyan en las distintas bestias, en las diferentes mujeres, en las disímiles copas y las numerosas trompetas y todo eso. En este sentido, no hace mucho leí un estudio de un amigo que, apoyándose en la guematría, consideraba que ya había habido algunos apocalipsis, y desde luego la Primera y la Segunda Guerra Mundiales lo fueron para muchos. Él decía en su estudio que en la Primera Guerra se produjeron seis millones de muertes, que en la Segunda Guerra murieron unos 60 millones de seres humanos y que en la que vendrá se cumplirá el número de la Bestia, 666, porque ese será el número de víctimas en millones entre los tres conflictos.

—No estarás sugiriendo que nuestros criminales están haciendo esto como anticipo de que piensan provocar una Tercera Guerra Mundial, ¿no?...

—No, no; ni mucho menos. Sin embargo, esto es lo que yo puedo aportar sobre el asunto. Hay muchos locos y no puedo saber qué tienen en la cabeza, aunque nunca han faltado adeptos ni para lo más descabellado. Recuerda que hay voces de historiadores que sugieren que, efectivamente, los cristianos produjeron el incendio de Roma en tiempos de Nerón para provocar el segundo advenimiento de Jesús, y no han faltado eruditos que consideran que las yihad de los fundamentas musulmanes está orientada a procurar el regreso del Mahdi. La lista de quienes han pretendido acelerar el Fin del Mundo es numerosísima, pero yo no puedo entrar en eso. Soy una experta en lenguas muertas, en culturas que ni siquiera existen, que trabaja únicamente con retales de textos sobre los que desconocemos casi todo.

Dudé durante unos instantes, encerrándome en una breve pero profunda reflexión. En mi mente cohabitaban lo mismo un criminal solitario que se había creído que era el ángel del abismo que una secta delirante de personas con mucha formación militar y una empanada religiosa, y que los mismos servicios secretos israelíes intentando provocar la venida de su Mesías, a quien aún esperaban, apoyándose para lograrlo en unas escrituras realizadas en una isla griega por no se sabe quién hacía ya más de dos mil años. Unas escrituras conocidas y estudiadas en todo el mundo, y con mucho crédito para todas las religiones monoteístas, que era como decir para tres cuartas partes de la humanidad. El caso, definitivamente, me venía demasiado grande, y por un momento tuve miedo, acaso temiéndome que la enorme mortandad que se había perpetrado hasta el momento apenas si era un entremés de lo que se avecinaba.

Sudaba, y era un sudor frío, gélido como el de una enfermedad del alma. Consideré el mundo y el orden en el que vivía, y desde luego no podía sino admitir que la sociedad se había alejado tanto del orden natural que si ese mecanismo que mencionó la hermosa Melisa existía, era claro que nosotros mismos, la totalidad de los hombres, estaban llamando a gritos al ángel del abismo para que nos diera el último aviso antes de la catástrofe. Una idea tan terrible como turbadora, porque tal vez la mereciéramos. Como policía en ejercicio bien sabía que esto era verdad, estaba en contacto permanente con una sociedad que supuraba crimen y aberración como una pústula, aunque como agnóstico al uso, incluso como ateo practicante, me costaba creer que hubiera un Dios de alguna clase que aceptara sin más la destrucción completa de su creación. No; de ninguna manera podía ser eso. Loco o cuerdo, secta u organización, estábamos tras la pista de criminales, y punto. Ni ninguna mafia ni ninguna potencia tenían posibilidades de desatar una conflagración universal de castigo al pecado, y mucho menos matando unos pocos jueces corruptos en España. Era absurdo.

—Bueno, querida, permíteme que disienta de tu planteamiento. No soy creyente, ni mucho menos, pero me parece que todo eso de los apocalipsis y los ángeles y tal no son sino mandangas, cuentos, leyendas antiguas. Dudo mucho que si hubiera un Dios permitiera que se destruyera su creación. Sería absurdo. Y tanto más si consideras que si lo creó todo, también hubo de crear lo contrario a lo bueno.

—Y no te equivocarías, Antonio; pero, en fin, ese tema da para mucho, y me temo que una noche no es suficiente. Además, ya os he dado bastante la tabarra y por vuestras caras veo que ya habéis colmado vuestra paciencia. Lo mejor será que me marche y que otro día, si queréis, charlemos otro poquito sobre el asunto.

—Te tomo la palabra, claro; pero antes de irte, no me dejes con la duda y dime por qué te parece posible que Dios, en el que no creo, sea fuente del Bien y del Mal.

Melisa bajó la cabeza un instante como para reordenar sus ideas. Algunas mechas de su media melena castaña cubrieron parcialmente su rostro, sumergiéndolo en la semisombra. Me pareció una diosa remota y antigua, tal vez de esas a las que ellas trataba de desenterrar del olvido a través de textos apócrifos e instalar en la luz del presente a través de su trabajo, e incluso su suave perfume almizclado llegó hasta mí como una ola de vaporoso incienso.

—Creo que fue Einstein el que dijo que el Mal es nada más que la ausencia de Dios, que es el Bien, así como el frío es en realidad la ausencia del calor, el silencio la ausencia del ruido o la oscuridad la ausencia de la luz. Para muchos creyentes, y así se entiende en ciertos pasajes de la Biblia, el diablo no es sino un ángel tentador, el que prueba la naturaleza de las personas. De esto hay un sobrado ejemplo con lo sucedido con Job. Y no digo que sea así o de otra manera, porque yo tampoco soy creyente, solamente estudiosa de textos antiguos o desconocidos. Mira, solamente afirmo lo que sé, y vosotros ya veréis qué hacéis con eso. No soy policía, sino que respondo a vuestras dudas; pero de todas formas, considera una cosa: en el lenguaje divino, en el Apocalipsis y eso, quien lo escribió, sea o no por dictado divino, juega a los espejos, a imágenes y reflejos. Quiero decir que lo que aquí parece bueno, un poco más allá es lo malo, y viceversa. Tenlo en cuenta en tu investigación porque, si tus criminales son tan fervientes creyentes como parecen, puede serte útil.

Nos despedimos, y Melisa reiteró su ofrecimiento a nuevos encuentros, los cuales acepté encantado no solamente para empaparme de su ciencia, sino por volver a sentir aquel perfume tan suyo que había embriagado mi alma.

10 Apolyon

Cuando nos encargaron la misión Finis Initium ya estaban al corriente todos los que tenían que saberlo. Tal vez fuera así porque la operación se desarrollaba en distintas zonas del propio país del dios blanco y contra distinta clase de objetivos civiles. Era el inicio de una nueva era, un salto cualitativo que consumaba el orden hasta entonces vigente.

Obedecí, por supuesto; pero entonces ya no tenía duda alguna de que algo había que obligaba a nuestros dioses a estrategias excesivamente arriesgadas o definitivas. No; no era así porque la operación fuera más o menos compleja, sino porque alcanzaba grados de locura extrema que no admitían marcha atrás, cual si sencillamente ya no hubiera adónde regresar. No era ni mucho menos que nuestros dioses atacaran los intereses de su supuesta patria, porque en otros renglones de la Historia ya había escrito con la misma caligrafía; pero nunca antes lo había hecho con tal agresividad, y todo ello considerando que no era preciso ser especialmente inteligente como para suponer que no era sino el primer paso de un largo camino que emprendía, la justificación ante la sociedad de los sucesos que él sabía que vendrían a continuación. Estábamos por iniciar una nueva era de la que no teníamos ni idea de a qué paraíso o a qué infierno daba.

Aunque los métodos cambian con las nuevas tecnologías, el procedimiento es siempre el mismo desde los antiguos sumerios para provocar conflictos. Roma lo había utilizado en numerosas ocasiones, y casi todas las potencias habían recurrido a artificios semejantes para iniciar invasiones o justificar matanzas. Nuestro mismo dios había ordenado a finales del XIX el hundimiento del Maine en la bahía de La Habana para declarar la guerra a España y quedarse con Cuba y los restos de los dominios imperiales españoles en todo el mundo; Hitler hizo asesinar por militares alemanes vestidos con uniformes polacos a una compañía alemana de una estación de comunicaciones fronteriza en Silesia para justificar la invasión de Polonia, lo que abrió las puertas de la Segunda Guerra Mundial en Europa; y de nuevo el dios blanco preparó una trampa a su propia Armada para que fuera bombardeada y destruida por los japoneses en Pearl Harbor, lo que extendió la Segunda Guerra Mundial al Pacífico e involucró en ella al resto del mundo. El resultado de esta última fue claro: su encumbramiento al rango de dios de quienes en verdad dirigían desde la clandestinidad lo que hasta entonces no había sido más que una nación como tantas otras. Había

comprado la divinidad a un precio de sangre: al menos sesenta millones de seres humanos fueron sacrificados en ese holocausto para sufragarlo.

No; no era la acción lo que a todos los miembros de Apolyon, aunque lo calláramos, nos preocupaba, sino lo que vendría después, porque en todos los casos mencionados esos mismos dioses ya tenían preparadas todas las respuestas, los equipamientos y las tropas necesarias como para que el infierno se instalara en el ángulo de la Tierra que habían elegido. No era preciso estar muy instruido ni saber contar demasiado para suponerlo, aunque los libros de Historia, por temor del dios blanco, dijeran que dos y dos son siete. Además, Finis Initium, el nombre de la operación, significaba «El principio después del fin.»

La vaga idea que me naciera en el desierto mesopotámico y se afirmara en la operación africana de Ruanda, se convirtió en una certeza por entonces. Esta acción era mucho más importante y de más graves consecuencias que la del Tigris, la cual había costado al menos cuatro millones de vidas; más trascendente que la de la misma Ruanda, que contabilizó cuando menos a diez millones de muertes y aún seguía sumando víctimas; y mayor incluso que la llevó a cabo ese iluminado de Hitler, que tuvo un costo de no menos de sesenta millones de vidas sacrificadas. ¿Qué se escondía verdaderamente tras del latinajo Finis Initium?...

En Apolyon todos callábamos. Jamás decíamos una palabra que pudiera significar duda tan siquiera. Obedecíamos, y punto, fuera la barbaridad que fuera la que se nos ordenara. Estábamos acostumbrados a ello; pero yo llevaba muchos años ya con algunos camaradas y sabía leer en sus silencios como ellos sabían leer en el mío. Nunca, nunca los silencios fueron tan locuaces. Ninguno de nosotros conocía el miedo. De haberlo conocido haría ya mucho tiempo que no seríamos; pero todos lo sentíamos entonces, acaso por primera vez. Sin decir palabra, comprendíamos que nuestro trabajo de relojeros ponía en marcha el tictac del progreso, los intereses de los Estados que procuraban ocupación y salarios a la máquina de Occidente, o siquiera fuera las conveniencias geoestratégicas que permitían el dominio de nuestro dios. Éramos los fogoneros de esa máquina infernal del progreso, y lo asumíamos; pero esto iba mucho más allá, no hacía falta que nadie nos lo dijera: bastaba con unir las palabras principio y fin, el Finis Initium de nuestra misión. Y si a eso le sumábamos la fecha que habían elegido para llevar a cabo la operación, 9:11, el mismo capítulo y versículo del Apocalipsis en que aparecía el nombre de Apolyon, la cosa no era menor.

Si las anteriores operaciones, con apenas una repercusión de algunas páginas o espacios de entretenimiento en los informativos y diarios habían producido los millones de víctimas que todos conocíamos, ¿qué

clase de negocio se encontraba detrás de esta acción que parecía tan capital y a la que se le asignaban los mayores recursos y el personal más especializado?... Las posibles respuestas saltaban solas: o nuestros dioses se habían vuelto locos de codicia —que los dioses que no existen no lo quisieran—, o se estaba programando la Tercera Guerra Mundial, sin duda para quedarse nuestro dios con el tablero mundial completo, o algo de una gravedad extraordinaria aseguraba que todo lo de antes y todo lo de después a la propia operación carecía ya de sentido.

Naturalmente, y aunque jamás crucé una palabra con ningún camarada, todos creímos que estábamos sentando las bases del ya tan cacareado Nuevo Orden. Tal vez fuera eso, o tal vez prefiriéramos pensarlo así, aunque al menos a mí me sobrevolaron de nuevo las dudas que me asaltaran cuando lo de Irak o lo de África. Algo verdaderamente definitivo estaba por suceder, nuestro dios lo sabía y se estaba preparando para ello, y seguramente yo no era el único en Apolyon que pensaba de esta forma.

Y lo creímos porque nos pareció absurdo que, aunque los grandes intereses carecen misericordia, nuestro dios pretendiera secar la teta de la que se alimentaba. Es muy difícil para un soldado comprender el pensamiento y las intenciones de un dios, pero no había por ninguna parte del mundo un conflicto latente o real que insinuara la conveniencia de un mal enormemente mayor para remediarlo, ni un negocio lo suficientemente jugoso como para apostar tan fuerte, ni siquiera un mal global que aconsejara la ventaja de alterar el orden de las cosas, por más que ya se hablara con regularidad del cambio climático, del agujero de la capa de ozono o de la peligrosidad de los ciclos solares. ¿A qué, entonces, apostar por volcar sobre el mundo el contenido de la caja de Pandora?...

Con sus relojes funcionando y sus relojes escondidos, el mundo se deslizaba por el orden racionalmente sereno, preciso y generoso: había haberes para cierta tranquilidad, espacio generalizado para la sonrisa y progreso en los paraísos del mundo, conseguido gracias a las lágrimas de los cuatro ángulos de infierno que eran el resto del planeta. Todo estaba, quizás, mejor que nunca antes había estado. Los dioses menores se sometían a nuestro Zeus, dominaba desde Gog a Magog, ¿y quería más?... No, no; eso no era en absoluto creíble. Algo había, y algo grande, muy, muy grande, que le empujaba a lo que parecía un suicidio.

¿Podría la actividad humana generar un cambio en el clima que hiciera temer por la vida sobre el planeta?... Y en tal caso, ¿en cuánto tiempo podría ocurrir semejante evento?... Había visto documentales ciertamente alarmantes sobre los daños que sufría la Tierra por la contaminación, la sobreexplotación y la codicia humanas, deshielos de los glaciares, subidas del nivel de los océanos más o menos previsibles, agujeros en la capa de ozono que causarían mayores índices de cánceres

y hasta actividades solares que podrían trastocar todos los sistemas satelitales de defensa y control; pero también sabía que la mayor parte de esas alarmas estaban financiadas por mi dios, que formaban parte de la tensión social necesaria que precisaba para existir. Los dioses, ya lo dije, siempre tienen dos bazas con las que juegan, y de ellos partían las tesis del catastrofismo y las antítesis de la negación.

¿Acaso los chinos, los rusos o los indostaníes habían preparado alguna jugada, suponiendo que las defensas electrónicas de mi dios cayeran víctimas de las radiaciones solares, o tal vez preparaban un ataque masivo y por sorpresa con armas que no podía imaginar?... Desde luego yo no tenía ninguna respuesta y mucho menos la formación precisa para buscarla. Mi vida no era más que una sucesión de intrigas y formas de matar, y a ello me atenía. Mi dios, por ser mi dios, tenía más larga práctica en eso y en lo otro, y sabría por qué los sucesos debían materializarse como los había planificado. Hasta entonces siempre había salido victorioso, y triunfador saldría ahora como el caballo blanco, lo que le convertiría en hegemónico. Si lo que se venía encima era la Tercera Guerra Mundial, estupendo: en realidad, yo siempre la había estado librando.

La ejecución de la operación fue mucho más sencilla de lo que posteriormente los entendidos mundiales han querido hacer creer. Bastó con reunir unos cuantos proscritos internacionales de quienes figuraban en nuestra nómina en Oriente Medio, utilizar relojes que nosotros mismos habíamos puesto en marcha tiempo atrás para combatir a los dioses rojos o para crear tensiones sociales que dinamizaran el mercado, y aplicar de forma eficaz los ingenios electrónicos de última generación que ya estaban suficientemente probados en distintas operaciones.

Se eligieron distintos blancos que tuvieran profundas repercusiones internacionales, y se puso en marcha Finis Initium. La División Estratégica de Apolyon se encargó de toda la infraestructura, de traer al suelo patrio a los personajes idóneos y de atraer las cámaras de televisión —casi todos los medios mundiales son propiedad de los testaferros de mi dios— al lugar donde se verificarían los hechos para que la operación fuera trasmitida en directo a todo el mundo; y los de la División Operativa nos encargamos de colocar numerosas cargas detonantes de explosivo termita en distintas zonas de la estructura central de los edificios del Word Trade Center de Nueva York, nuestro primer objetivo, y de disponer lo necesario para que los misiles que atacarían al Pentágono hicieran exactamente el daño que teníamos calculado. Además de relojeros que iban a poner en marcha un mecanismo tan especial, por primera vez actuamos como tramoyistas de un espectáculo mediático mundial. Nuestro dios veló porque la puesta en escena fuera todo un éxito.

Sin duda muchos pensarán que un acto semejante es muy complejo,

pero es porque ninguno de ellos es relojero encuadrado en Apolyon. En realidad es todo muy sencillo, y si no se es excesivamente torpe, no solamente se trata de una serie de acciones más o menos rutinarias, sino que es casi imposible que alguien pueda después creer la misma verdad, si es que la verdad alguna vez llegara a ser descubierta. La verdad, en el orden de mi dios, no es creíble si no sale por la propia televisión de mi dios; no importa que todos piensen o sepan que mi dios es mentiroso, porque si a pesar de ello su televisión dijera blanco, blanco corearía la multitud. Todo es así de absurdamente simple, y en Apolyon sabíamos cómo hacer posible lo imposible con herramientas que cualquiera puede tener en su propio garaje o en su misma cocina.

Como si fuera un fino de trabajo de mosaico, las distintas divisiones de Apolyon fuimos encajando las piezas de Finis Initium una a una. Primero fueron las acciones especulativas que obtuvieran el rendimiento económico inmediato a toda operación, realizando mil movimientos de inmensos capitales a través de empresas fantasma o de testaferros que el mismo dios se encargaría más tarde de borrar sus huellas, o a los mismos testaferros.

Concluido el primer paso, entramos en acción los demás. Por control remoto tomamos el pilotaje de los aviones en los que habíamos embarcado a nuestros señuelos. Aviones que previamente habíamos trucado, e incluso en uno de ellos subimos a los técnicos que desarrollaron el sistema de control a distancia para sellar el secreto y borrar las huellas, haciéndoles creer que se trataba de un ensayo general programado. Y ensayo fue, pero de lo que vendría después. Ni siquiera fue preciso utilizar una sala con cientos de hombres y mujeres y equipamientos con muchas luces que se encendieran y apagaran, sino que bastó con unos cuántos equipos informáticos portátiles y la propia red de Internet. Así de simple. La máquina más compleja debe su eficacia a los elementos más elementales. En la simplicidad está el secreto de lo enormemente complejo, porque si dependiera de lo demasiado sofisticado, muchas cosas podrían fallar y todo se haría incontrolable. La sencillez: así nos adiestraron en Apolyon.

Unos programas informáticos, unos ordinarios joysticks y unos técnicos especialmente adiestrados para manejar los mandos como si estuvieran jugando con videojuegos de ordenador, fueron todo lo necesario para llevar a cabo el trabajo. Desde una oficina próxima al World Trade Center anulamos los mandos de los distintos aviones y fueron controlados desde tierra, cada uno por un operador; nos entretuvimos en enviar mensajes telefónicos de algunos pasajeros a sus propios domicilios, con montajes realizados en base a las escuchas a las que les sometimos en los días previos; dirigimos los aparatos contra los blancos, una vez nos informaron de que las cámaras de televisión de las principales cadenas ya estaban emplazadas en las inmediaciones; y

apenas una hora después del primer impacto, cuando supimos que la señal de las televisiones ya se distribuía de punta a cabo del globo, hicimos estallar las bombas termita coordinadamente para que los edificios colapsaran ante los ojos de casi cuatro mil millones de almas.

Como en un ataque sorpresa, en el que el enemigo no puede defenderse porque el pánico le bloquea, hubiéramos podido robar las carteras de cuatro mil millones de personas porque estaban estupefactas, incapaces de todo punto de resistirse a cualquier cosa que hubiéramos querido hacer con ellas. Nunca habíamos puesto en marcha un reloj tan enorme, y estábamos satisfechos. El tictac podía escucharse en todo el mundo casi tan claramente como el galopar acobardado de cuatro mil millones de corazones. Muchos lloraban, pero algunos reíamos: era nuestra gran obra magna, la meta de muchas carreras. Apolyon había convertido en un hecho el versículo 9:11.

El resultado fue el apetecido por nuestro dios. El ataque al Pentágono, sin embargo, se omitió televisarlo no por falta de medios, sino porque no fue ningún avión el que se estrelló contra él, sino un misil táctico, y no convenía en absoluto que allí se viera otra cosa que los efectos del desastre, las ruinas sobre las que descollaba el Estado Mayor del ejército más poderoso del mundo. El «nadie está a salvo», ocultó a los ojos de la razón los vestigios de un misil ofensivo.

Todo lo demás que se hizo necesario, el que se encontraran las pruebas imprescindibles para incriminar a nuestros señuelos, ratificar que el derrumbe de los edificios se produjo por efecto del impacto de los aviones y no por bombas termita, y las conclusiones finales de todos los informes que se hicieran, fue tan sencillo como la propia ejecución de la operación, pues había miembros de Apolyon entre los bomberos, la Policía, los políticos y el Congreso. Las voluntades que no eran nuestras, bastaba con comprarlas en un orden en el que todo estaba en venta. Además, de no haber aceptado el dinero, sabían que nuestro dios no tendría reparos en aumentar en unos cuántos dígitos el número de víctimas. Todos aceptaron.

El mundo se había estremecido desde sus cimientos, autentificando con tan simples medios que la única verdad social brotaba de la fuente única de mi dios. Nadie en su sano juicio obedecería ya a otro medio que a la pequeña pantalla, y quienes fueran capaces de descubrirnos sin duda serían tratados como locos o resentidos, gentes a los que había que dejar con sus locuras, simplemente porque eran inofensivos. La Inteligencia y la Contrainteligencia jugaron papeles decisivos, lanzando en Internet mil descubrimientos de complots que ellos mismos, días o semanas después, descubrían tarados o mutilados. La información de la desinformación es un juego de laberintos al que estábamos sobradamente adiestrados, no en vano es Perséfone la diosa que corona el Capitolio, reina de los infiernos y de la muerte, pero también de los

laberintos. Nada, nada es casual.

Mi parte en la operación había sido la coordinación de los explosivos termita, y la satisfacción que produje entre mis superiores no pudo ser mayor. De haber sido de otro modo, seguramente no podría contar esto que escribo. Me premiaron por ello y me prometieron destinarme a la central de Idaho, integrándome en la División de Inteligencia tan pronto concluyera una misión más, para la cual era imprescindible por conocer sobradamente el terreno.

El mundo había cambiado de una forma irremediable, produciéndose un salto sin retorno en la Historia, y yo era uno de los especialistas que había producido la metamorfosis. En cierta forma, como profesional me encontraba satisfecho de mí mismo, sintiendo algo parecido a la vanidad que debe sentir cualquier artista cuando concluye su obra maestra. Aunque quedara un trabajo más todavía, aquel había sido el de la cima de mi carrera. Otra operación, solo una, y por más que ardiera el universo por los cuatro costados, me habría ganado la paz definitiva.

Sin embargo, esta misma paz pronto se mostró ante mí tan atroz como una guerra, quién sabe si porque había convivido tanto tiempo con la sangre y el sufrimiento que tenía la impresión de que también de tanto en tanto lo echaría de menos. Tal vez tuviera en el futuro un síndrome de abstinencia o algo así, porque cuando se habita continuadamente el Infierno terminan por hacerse necesarias las ascuas para sobrevivir. Algo me decía que no iba a bastar con las muertes fingidas del cine, las cuales iban acostumbrando paulatinamente a la ciudadanía al horror que se avecinaba, ni siquiera la que se producía en la casa de al lado.

La condición humana es así: cuestión de costumbres. No sé demasiado de biología, y por ello mismo no tengo claro si quienes matan obedecen ciegamente las instrucciones de su código genético o si son sus crímenes los que deforman y alteran su cadena de ADN, marcándose en ella sus tétricos haberes al modo e imagen como un pistolero del far west hacía una muesca en las cachas de su revólver tras cada adversario que abatía. De ser así, quizás mi genoma contuviera el código de mi historia, o quizás yo mismo grabé a golpe de sangre una historia de horror que se correspondía con la del dios al que servía. Supongo que tenía sobre mi conciencia tantos cadáveres como números almacenaba un contable o tornillos apretados un operario de una cadena de montaje de automóviles; pero no me pesaban, ni siquiera me importunaban con ninguna clase de requisitorias. Dormía tranquilo y no perturbaban mis silencios. Eran parte mía ya y, de alguna manera, esto me sorprendía. Tal vez debieran pesarme, quién sabe si espantarme en las noches reclamándome la vida que les arrebaté; pero no era sí, y, si tuviera que abandonar mi oficio de matarife, creo que extrañaría echarme al saco alguna víctima más de vez en cuando.

Me pesara o no, en realidad no era más que un funcionario del

progreso, un operario de la organización social. Ninguno de mis jefes mostraba arrepentimiento alguno por sus actos, al menos que se le notara, ni se apreciaban en la sociedad síntomas de remordimiento por haber convertido a la especie en un negocio. La mayoría de los hombres lo ignoraban como desconocen los rebaños el propósito de los pastores; pero muchos otros estaban al tanto, se beneficiaban de nuestras operaciones y convertían los dividendos del horror y la muerte en beneficios de vida y alegría. Incluso los mismos miembros del rebaño, los pequeños accionistas o los inversionistas de ahorros laborales que buscaban rentabilidad para sus años dorados, debían estar de alguna forma al corriente, porque de algún sitio debían salir aquellos dineros que no podían multiplicarse por sí mismos y que, sin embargo, lo hacían y había para todos. Lo veían, claro que lo veían; pero, por tener conciencia, preferían mirar hacia otro lado para que sus ojos no los traicionaran. La ignorancia es muy conveniente para quienes tienen conciencia. ¡Ah, la conciencia!

Muchos importantes personajes que estaban al tanto de lo que sucedería aquel once de septiembre hicieron por consentimiento de mi dios una fortuna mayor en la bolsa. Algunos de ellos eran descendientes de los judíos que amasaron sus primeros haberes con los dineros que sus parientes hebreos de la Alemania nazi les enviaron a los Estados Unidos para ser salvados del exterminio, y los que a través de sus empresas norteamericanas vendieron a los nazis el gas Ziclón-B para que les libraran de sus acreedores. No fueron los únicos. Los buitres siempre vuelan en bandada: son muy sociales. Sí; intachables banqueros de dulces sonrisas y sofisticados modales se habían enriquecido con la tragedia, y no mostraban contrición alguna, como esas farmacéuticas que extinguían sin remordimientos tribus enteras en África para ensayar sus compuestos sin haberlos probado antes ni siquiera en animales.

Esta era la sociedad que se había mantenido funcionando gracias al tictac del progreso que los miembros de Apolyon imprimíamos. Las empresas de armamento, lo mismo que las de regalo o las del lujo, se servían de los demás, poco importaba que los beneficios fueran dividendos, diamantes o simple coltán. ¿Por qué yo, un simple funcionario, iba a tener remordimientos?... La mano no puede obrar sin que el cerebro se lo ordene. Es el cerebro el culpable…, ¿o quizás lo es el corazón?

La sociedad a la que servía, todos esos inocentes que se conmovían con las imágenes y les temblaba la voz al cantar el himno nacional, tampoco eran tan inocentes como ellos se consideraban. Habían visto los mismos horrores que yo, aunque a través del aparato de televisión y, aunque algunos lloraron por las imágenes, lo hicieron mientras comían palomitas y con la seguridad de que en el momento que quisieran, con el único movimiento de un dedo, podrían apagar el infierno. Diecisiete

millones de niños murieron de hambre solamente en 1984, y nadie hizo nada por evitarlo. Hoy tampoco, y siguen muriendo. Sí, es una sociedad sin inocentes a la que he servido, y no soy peor que los demás, sino solamente diferente: tengo el coraje de empuñar el cuchillo. Nadie podía decir que ignoraba lo sucedido en Serbia o en Irak o en Afganistán o en África, y todos eran corresponsables, sólo con verlo, de cada una de aquellas víctimas gracias a las cuales su riqueza les preservaba de aquel mismo destino. Era el pacto de sangre de mi dios: un mundo sin inocentes. Los únicos inocentes que en verdad lo eran, o estaban muertos o pronto lo estarían.

11 Paul, el asesino

Traté de dormir, pero no pude. Todo cuanto me había contado Melisa daba vueltas en mi cabeza tratando de ajustase al perfil del asesino al que perseguía, y tal vez también a mis propias creencias sobre el significado de la existencia, formando entre ambos órdenes de ideas una maraña de mil diablos. Cada vez que cerraba los ojos me parecía hundirme en un torbellino indefinible, en el que tan pronto las víctimas querían hacerme confidencias como el mismo asesino me ilustraba desde el retrato robot o el sello del ángel del abismo acerca del significado secreto de cada uno de sus símbolos.

Me incorporé apenas veinte minutos después de acostarme, ante la inutilidad de conciliar el sueño. Necesitaba antes calmar mi mente, relajarla siquiera. Fui a la cocina, y mientras me preparaba una infusión en el microondas, tomé de la caja en la que guardaba las medicinas una cápsula de Lexatín.

Una vez me ingerí el ansiolítico me dirigí a la sala y tomé asiento en una de las sillas que rodeaban la mesa de comedor, frente a la pared convertida en panel de análisis de los crímenes o en el mapa a cuyo través pretendía encontrar el tesoro de la resolución del caso más complejo de mi carrera profesional.

Mientras me deleitaba con la infusión y esperaba que la medicación hiciera su efecto, prendí un cigarrillo y permanecí algunos instantes contemplando la enorme cantidad de datos, fotografías y dibujos que estaban ordenadamente distribuidos por la pared, tratando de imprimir una visión general de la investigación como un conjunto único que me remitiera al hombre que acosaba. No sé por qué me detuve en una copia concreta de los retratos robot, la que se ejecutó siguiendo las torpes descripciones que hizo el guardia sobornado del CGPJ. Me pareció por un momento, tal vez por instinto o por una simple corazonada, que era la que mejor se ajustaba al asesino; pero en realidad era un rostro ciertamente inexpresivo, como construido con partes de otros: una boca ajena, unos ojos prestados, una frente trasplantada y unos cabellos de no se sabía quién, formando entre muchos pedazos un monstruo con vida propia que iba por el mundo arrebatando violentamente las de sus prójimos. Aquel era mi Frankenstein y, aunque quisiera que me hablara, sabía que no podría hacerlo de una forma veraz porque ni siquiera su voz sería suya. No se parecía a nadie y tenía una cierta semejanza a todos los hombres de mediana edad, si bien había una

especie de eco que se me iba haciendo familiar. No podría sacar en claro nada de ese dibujo por mucho que me esforzara, y lo sabía, porque ya el mismo Benigno desistió, argumentándome que «eso no es un hombre, sino una suma de retales que parece un hombre.»

¿Qué estigma diferenciaba a un hombre nacido para el dolor de los demás de otro alumbrado para la felicidad de sus semejantes?..., ¿por qué la naturaleza no distinguía con ningún signo evidente lo que criaturas tan dispares llevaban en sus almas?..., me preguntaba. Tal vez, acaso sí lo hiciera y no pudiera expresarse en aquel compendio de rasgos ajenos. Yo mismo, en muchas ocasiones me había quedado mirando largo rato a algún criminal detenido, y tampoco fui capaz de encontrar en él más diferencias respecto de los demás que la mueca pasajera de turbación que le había producido su acto, o quizás el hecho de que le hubiéramos detenido y estuviera en puertas de entrar a una nueva vida que desconocía, a la incertidumbre de un futuro para el que no tenía ninguna experiencia. Las grandes emociones eran, quizás, lo único que distinguía el estado de las conciencias, y entre todas ellas, la marca más desconcertante quizás fuera la de la incertidumbre. El mayor de los miedos humanos, después de todo, siempre lo es hacia lo desconocido.

El Lexatín lentamente había comenzado a hacer efecto pero, aunque mi cerebro comenzaba a serenarse y a remitir paulatinamente el torbellino de ideas, me sentía todavía algo denso y poco despejado. Diciembre había llegado muy caluroso, manifestando con violencia la locura de un cambio climático que estaba mudando de lugar a las estaciones en el calendario. Pasábamos del frío al calor de una semana a otra, y esta, por lo que se veía, tenía instinto veraniego. Me sentía algo sofocado.

Tal vez porque debían ser algo más de las dos de la madrugada, aunque me encontraba en paños menores, me dirigí al ventanal que daba a la terraza, eché las cortinas a un lado, abrí de par en par las puertas para que entrara aire fresco que aliviara la atmósfera de la sala y salí un instante al balcón mientras apuraba el cigarrillo.

Vivía en un apartamento sencillo, en el piso dieciséis de un bloque del centro madrileño. La noche estaba clara, y a esas horas solamente parecía haber paz. La parte de la ciudad que se contemplaba desde aquella altura parecía dormir plácidamente las fatigas de una vida honrada, acopiando fuerzas para emprender otra jornada tan pronto como amaneciera; pero yo sabía que una gran urbe eran muchas ciudades superpuestas, unas encima o al lado de otras, que no tenían nada que ver entre sí. Por ahí, entre las callejas del dédalo central, había un submundo de putas, navajeros y mendigos que se buscaban la vida a golpes de náusea; más allá,

donde las luces cosmopolitas de la zona rica, al norte, había otro poblado por seres que usaban ropas caras y donde los hombres de negocios cerraban contratos millonarios o asaltaban la sociedad a punta de estilográfica mientras brindaban con vinos de miles de euros y cavas de cosechas añejas; y por todas partes, entre tantos que dormían su paz y su angustia de cuentas impagadas o dilemas menudos, habría maleantes de todo tipo que trataban de obtener a cualquier precio una supervivencia fácil en una sociedad que no ofrecía trabajo, yonquis que buscaban a los últimos ciudadanos solitarios que regresaban a sus casas para asaltarlos, y tal vez alguna pareja que en el interior de lo que fuera su nido de amor estaba sumida en el conflicto pasional que probablemente se resolvería con algunas cuchilladas y algún titular mañanero. La ciudad eran muchas ciudades superpuestas, revueltas, separadas por fronteras invisibles, donde los habitantes de las distintas urbes son tan extraños entre sí y hablan tan diferentes idiomas como si pertenecieran a diferentes culturas.

Súbitamente me sentí mareado. Pensé en el té y en el Lexatín, y creí por un momento que estaba experimentando una probable reacción tóxica. El mundo se tambaleaba, se movían los edificios como si bailaran una danza surrealista y hasta llegué a sentir náuseas. Instintivamente me aferré a la baranda que defendía la balconada, dejé caer la taza y me agaché hasta hincar una rodilla en el suelo para conservar el equilibrio.

El agudo chirrido de frenadas violentas, la sorda caída de algunos árboles, farolas, cornisas, macetas y cristales, y el estruendo grave e implacable del desplome de algunos edificios más o menos lejanos, me advirtió al punto de que no se trataba de un mareo, sino de un terremoto. Mi instinto de animal con forma humana se puso en alerta, y si hubiera podido y las violentas sacudidas del suelo me lo hubieran permitido, habría salido corriendo; pero no pude sino aferrarme a lo más sólido que tenía a mano y resistir sin saber si aquello sería lo último que haría en mi vida. Miles de alarmas de automóviles y de negocios se dispararon al unísono, y la paz despareció como si jamás hubiera existido, instalándose por todo lugar y en todas las direcciones un remedo de Pandemónium.

Cesó la violenta agitación, y me incorporé. Aún presa de cierto pánico, tuve la necesidad de salir corriendo hacia la alcoba, vestirme y escapar a toda prisa de aquella jaula en un piso dieciséis, porque bien pudiera repetirse el suceso. Además necesitaba aire libre, espacio abierto, porque si había de morir esa noche no quería hacerlo en un departamento menudo y angustioso, sino a plena luz de las estrellas.

No obstante, a pesar del pavor que me embargaba perdí unos

segundos aún en echar una ojeada vertiginosa al horizonte cosmopolita, ahora sumido en una oscuridad densa y tétrica, desgarrada en mil sitios por algunos incendios y luces que parpadeaban. Luego, corrí hasta la alcoba, me puse el pantalón y la camisa y, aun con ella desabrochada, me calcé mis zapatos y hui escaleras abajo, uniéndome a una turba de vecinos que como yo procuraba escapar del pánico.

Ya en la calle, me dirigí a toda prisa a la plazuela cercana. Cientos, tal vez miles de personas la llenaban de punta a término, la mayor parte de ellos ocupando el centro, unos jardines con hierba y macizos florales que rodeaban un monumento. Había personas que mostraban cierta perplejidad serena o cierto sobresalto controlado; pero también otras que gritaban o lloraban, que se aferraban a sus parejas, a sus hijos o que trataban de infundirse mutuamente cierta seguridad de que lo peor había pasado.

—¡Menudo susto! —me dijo el tipo que estaba a mi lado.

—Y que lo diga —repliqué.

En condiciones normales me hubiera extrañado que estuviera impecablemente vestido a esas horas, pero entonces no. Tal vez pensé que era uno de tantos insomnes que habitaba cualquiera de los submundos que mencioné antes, o tal vez un hombre con la suficiente sangre fría como para salir de su casa perfectamente acicalado, incluso hasta el extremo de ponerse corbata. En una ciudad tan grande como Madrid siempre hay gente para todo.

—Hay quien dice que esto es solamente el principio.

No tenía ganas de charla. Policía o no, debo confesar que aún estaba asustado. Madrid supuestamente está asentado sobre una tierra a salvo de terremotos, y era el primero que experimentaba en mi vida. ¡Y de qué intensidad! Uno, en condiciones normales, piensa que todo puede moverse y hasta acepta que puede morir en un instante por un millar de causas; pero tiene por seguro cuatro o cinco cosas que son fijas y que siempre lo serán: que el sol sale cada mañana por el este, que el suelo no se mueve... Bueno, dos; pero mejor son dos que ninguna.

—Sí, pudiera ser que haya réplicas —respondí sin mirarle, con los ojos clavados en lo más alto de los edificios que nos rodeaban.

—No —negó él con una seguridad absoluta—; no me refiero a eso, sino a que este sea el primero de muchos.

Me pareció simple alarmismo o pánico, por otra parte natural, dadas las circunstancias. Sé que le quise decir algo más optimista que tan negro presagio, pero cuando volví mi vista hacia él ya no estaba. Me encogí de hombros con indiferencia. Mi cerebro no funcionaba o lo hacía mal; era como si mi inteligencia hubiera sido anulada para dejar espacio al instinto de supervivencia. Nada me

importaba sino mi propio miedo, quizás teniendo todos cuantos allí estábamos los sentidos alerta en prevención de otro terremoto. Podía sentir la adrenalina bañando cada una de mis células. Recuerdo que ni siquiera busqué al hombre entre la multitud, y que me pareció tan normal que desapareciera como que se hubiera puesto a tocar el bombo. Cuando el suelo se mueve es imposible que las ideas permanezcan fijas: se hacen gaseosas y todos los credos se evaporan, lo mismo que la lógica. Además, allí había personas de todas las clases, cada una embargada por su propio temor y sus propias circunstancias.

Corrían rumores sobre distintas noticias de una punta a otra de la multitud en forma parecida al vaivén del oleaje, porque podía ser que la mayoría saliera huyendo de sus casas en ropa interior o pijama, pero a alguno le había dado tiempo a buscar y traerse un receptor de radio a pilas antes de huir: que si había barrios enteros en las afueras que habían sido abatidos como castillos de naipes, que si todos y cada uno de los más y modernos edificios de la ciudad habían colapsado con el estruendoso señorío de árboles talados, que si la tropa de varios cuarteles había sido movilizada, que si se calculaba que había habido tantos muertos, y mil noticias y detalles que, por la distancia que mediaba entre el origen y donde me encontraba, a saber si eran ciertos o ya estaban desvirtuados por el boca a boca.

Al cabo de la primera hora no hubo sino pequeñas réplicas, suaves movimientos del suelo que apenas si duraron unos segundos, pero que fueron suficientes como para disparar enormes griteríos y provocar algunas escenas de pánico. La segunda hora, por el contrario, fue mucho más tranquila y no hubo nuevos temblores, e incluso volvió la luz a la zona, lo que fue un respiro para muchos. Tanto, que algunas personas se plantearon volver a sus casas, siquiera fuera a por alguna ropa de abrigo o algunas viandas, y otros comenzaron a tomar asiento o a tumbarse sobre la hierba, tal vez porque consideraron más prudente pasar aquella noche al raso a pesar de ser diciembre.

No era una noche fría, ya digo; pero, a medida que fui tranquilizándome, me planteé la posibilidad de regresar a mi casa y aun la de pasarme por la brigada por si me necesitaban. Recordé al punto que únicamente tenía una función día y noche, «aunque tres de las cuatro paredes del país se derrumben», dicho en palabras de Andrada; pues bien, apenas una quedaba, y no en muy buen estado, según se veía. No obstante estos caóticos pensamientos, a medida que pasaban los minutos me sentía mucho más lúcido. De ser el movimiento previo a un gran terremoto, sin duda el central ya se habría producido; pero Madrid era una zona sísmica segura, o al

menos lo fue hasta ese día, y más que probablemente lo que tenía que suceder ya había pasado. Por otra parte, los únicos rumores que corrían ya entre quienes estábamos en la plaza, además de referirse al recuento de muertos, de incendios o de cosas por el estilo, situaban el epicentro en Granada, donde parecía ser que no había quedado piedra sobre piedra, incluyendo a la Alhambra.

Debían ser casi las cinco de la madrugada cuando me decidí a subir a mi departamento, y no sin tomar antes toda clase de precauciones y de hacerlo por la escalera. La fatiga fue tan grande que, cuando alcancé el rellano de mi planta me parecía haber escalado el Everest. Nada me importaba más que encontrar aire suficiente para respirar. Abrí la puerta —por fortuna, que no por previsión, tenía las llaves en el bolsillo del pantalón—, me fui a la cocina a beber un sorbo de agua y salí al balcón, todavía abierto.

El espectáculo que se presentó ante mí no podía ser más dantesco. Algunas zonas de la ciudad estaban nuevamente iluminadas, pero la oscuridad se cernía como un cáncer sobre otras muchas, destacando en ellas pavorosos incendios. Numerosos helicópteros sobrevolaban distintas áreas, y a ras del suelo podían verse las calles surcadas por vehículos de bomberos, ambulancias y policías que iban y venían alocadamente como insectos parpadeantes que escaparan de un hormiguero atacado. No había duda; todos los modernos edificios que se habían convertido en el símbolo de la modernidad de Madrid habían colapsado, dejando un vacío insondable sobre la línea del horizonte que degradaba a la ciudad a poco más que una villa atormentada. La llamada «Ciudad de la Justicia» había sido abatida de un zarpazo, y no pude evitar volver a la idea aquella de la extraña combinación de la justicia humana y divina, no sé si ahora viéndolo como una contienda entre ellas.

Volví a la sala, conecté la televisión y regresé a la terraza. No podía creer que mi ciudad, mi tranquila y siempre estable ciudad, estuviera como la contemplaba, cual si hubiera sufrido el más atroz de los bombardeos. No; en mi entorno no se veían edificios derrumbados, pero según mostraba el televisor, muchos habían sucumbido, especialmente en los barrios nuevos. Las estructuras retorcidas de los restos de las altas torres de Chamartín, y aun las del Paseo de la Castellana, me parecieron los fósiles de monstruos antediluvianos. Curiosamente, las viejas construcciones habían resistido mucho mejor las embestidas de la tierra que los bloques nuevos, sin duda porque por ser un terreno geológicamente estable la normativa vigente no imponía ninguna clase de requisito a los arquitectos. Ahora, con total seguridad los expertos de la política variarían de opinión y habría un antes y un después: la muerte es el

motor del cambio, y por lo que se decía en la televisión, se estimaba que habrían ya decenas de miles muertos. Muchos, tal vez demasiados, habían pasado de un sueño ordinario al eterno.

Mis ojos se repartían entre la visión directa de la ciudad y las imágenes que parpadeaban en el televisor, sumiéndome entre la una y las otras en disquisiciones casi filosóficas. El timbre del teléfono me sacó en aquel instante de mi ensimismamiento.

—¿Toni?...

Nadie me llamaba así desde mi juventud, salvo mi esposa. Sin embargo, no sé por qué pensé en Juantxo.

—¿Juantxo? ¿Estás bien?...

—No soy Juantxo; pero quiero que me escuches atentamente.

—¿Quién eres? —le interrogué. Ahora que había pronunciado una frase más larga, su voz me resultaba completamente desconocida.

—Digamos, por ahora, que soy Paul. Con eso bastará.

—¿Te conozco?...

—Hace un rato estuvimos juntos en la plaza. ¿Avanzaste mucho en tu investigación?...

Por un momento sentí que la sangre se me coagulaba en las venas: era el asesino. No sé cómo lo supe, pero un latigazo de inteligencia me confirmó que así era. ¡Y había estado a mi lado, charlando conmigo!

—¿No respondes?... El tiempo se acaba, Toni: no me lo pongas más difícil. Te consideraba más listo, y me has obligado a regalarte las últimas seis víctimas.

Su voz era fría y segura, y empleaba un tono cordial. Ni siquiera me llamaba por mi nombre, sino que usaba el diminutivo de los muy íntimos, el cual olvidé cuando se disolvió mi familia. Una nube de sangre cegó mi entendimiento, pues al punto que comprendí quién era, me pareció que todas las víctimas volvían de la muerte para señalarme con el dedo por no haberle detenido todavía.

—¿De qué vas tú?... ¿Quieres charla?... Pues ya te la voy a dar cuanto te agarre: vas a saber lo que es bueno.

—No te exaltes, Toni, o tendré que cortar la comunicación y darte unas cuantas lecciones más que te tranquilicen como ese Lexatín al que eres tan aficionado. Te aseguro que si tuviera que hacerlo no te resultaría agradable: se está acabando el tiempo. Sé listo, hombre, y no me obligues.

La amenaza, que entendí claramente que no era sino una advertencia, la pronunció sin irritación, con el mismo tono cálido que había empleado cuando descolgué el aparato. Pero ¿cómo sabía lo del Lexatín?...

—¿Qué quieres? —gruñí, sabiendo que no debía irritarle, sino

tirarle de la lengua.

—Quiero, Toni, que seas listo.

—Deja ya la broma esa del Toni, que yo no te he dado ninguna confianza...

—Si me vuelves a interrumpir, Toni, cuelgo y te hago saber lo que quiero de otro modo: tú eliges —me amenazó, poniendo el acento con retintín en el «Toni».

Dudé por instante, y hasta creo recordar que me mordí los labios para no soltarle cuatro frescas. Hubiera dado algunos años de mi vida por tenerle delante con sus maneras chulescas para explicarle unas cuantas cositas, y si tuviera el arma reglamentaria en la mano, mejor que mejor.

—Di lo que tengas que decir y acabemos. No creo que tú y yo tengamos que hablar de otra cosa que de cómo te entregas.

—Serás tú el que lo haga, pero en su momento. ¿Ya sabes quién soy?...

—Al grano —le dije, ocultando el punto en el que se encontraba la investigación.

—Veo que no. Eres muy lento y muy torpe, pero no importa. ¿Te gusta la astronomía?...

¿La astronomía?... Ese tipo estaba completamente loco. Su geometría de los sellos y sus ángeles del abismo todavía me tenían insomne, ¿y ahora me venía con astronomía?...

—Me encanta la geometría, la astronomía y todas las ías que me permitan echarte el lazo —respondí irónico.

—Lo celebro. Mira al Ojo de Dios, pero hazlo atentamente. Te lo repito, Toni: el tiempo se está agotando.

—¿Al Ojo de Dios?... ¿Estamos otra vez con acertijos?...

—No hay acertijos en este juego. Tú hazlo, y pronto: te doy una semana. No te puedo conceder ni un día más. Por cierto, ¿qué sabes de túneles?...

¿Túneles ahora?... Pero, bueno, ¿ese hombre que me llamaba era el asesino o quizás un loco que, enterado del caso, se estaba dedicando a tomarme el pelo? Por lo que parecía saber, no; pero ¿cuántos locos había sueltos en una ciudad como Madrid, cada uno con sus manías?...

—Dame una prueba de que eres quien creo —le exigí.

—Apolyon, ¿te vale?...

—Me vale; pero ¿por qué con crímenes si querías decirme una palabra?...

—Nunca he querido decirte una palabra, Toni. Eres muy torpe, demasiado.

—¿Una secta?...

—Sigue buscando, pero no por ahí. No me es útil en absoluto

que te lo diga: debes descubrirlo tú, o de otro modo no me serviría. Recurre a tu inteligencia, piensa más alto.

Trataba de suponer hacia dónde me estaba orientando, pero miles de ideas me asaltaban, no decidiéndome por ninguna.

—Bueno —me dijo con voz cordial—, no podemos alargar esta charla para siempre, aunque me gustaría. Ya tendremos tiempo. Piensa en lo que te he dicho y en el plazo que te he dado. No me obligues a dirigirte de otra forma. Aunque no me importa, sé que a ti no te gustaría. Mira a lo más alto y a lo más bajo: el Ojo de Dios y los túneles. Los túneles no se hacen solos. Tengo que cortar.

—No; espera.

—Lo siento, Toni. Ya tendremos ocasión de hablar todo lo que quieras. Adiós.

Y colgó.

Estaba confuso, pero no olvidaba mi profesión. Inmediatamente, marqué el número de la Central y le pedí al operador que me pasara con el oficial de guardia, quien resultó ser Julián Lagos.

—Julián, soy Antonio. Te pido un favor, aunque me imagino que estarás de trabajo hasta las cejas.

—¡Imagínate con todo lo que ha pasado! Por suerte mi familia está bien, ¿y la tuya?...

—No lo sé. Ahora llamaré, pero ya sabes que ellos viven en Canarias. Es de suponerse que allí no ha sucedido nada.

—Me alegro, hombre. Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—No te lo vas a creer, pero hace un momento me ha llamado nuestro criminal, o al menos el ejecutor de todos los casos.

—¡No jodas!

—No; no jodo. ¿Hay alguna manera de que le dediques un rato y veas desde dónde hizo la llamada a mi teléfono fijo?... Una vez que lo hayas hecho, por favor, dímelo.

—Ahora mismo me pongo a ello. Dame un minuto y te llamo.

Entretanto Julián hacía la diligencia que le solicité y me devolvía la llamaba, y aunque suponía que tanto mi exmujer como mi hija estarían perfectamente, me pareció oportuno darle un telefonazo a Laura, mi hija, aun a riesgo de despertarla. Marqué el número y al tercer timbre alguien levantó el auricular. Al otro lado escuché la voz ronca de un hombre que todavía debía estar en el cuarto o quinto sueño.

—Me pone con Laura, por favor: soy su padre.

No me dijo nada, sino que apartó el auricular y le escuché que trataba de despertarla, diciéndole torpemente: «Tu padre, nena: ¿acaso no tienen los godos reloj?... ¡Joder, qué horas de llamar!»

Se puso mi hija al aparato un tanto alarmada y me preguntó por lo que sucedía. No hacía falta que me dijera que se encontraba bien,

pues debía estarlo mucho mejor de lo que yo pensaba porque ni me había informado siquiera que tuviera pareja.

—No pasa nada, nena. Ya veo que tienes pareja.

—¿Me llamaste para esto a las cuatro de la mañana?...

—No; solamente para saber que estás bien. Pon la televisión si quieres y verás por qué te he llamado. O si no, espera a mañana y ya te enterarás.

Intrigada, me preguntó reiteradamente por la causa, y finalmente se la dije. Se levantó al punto y escuché a través del auricular que encendía la televisión, supongo que de su alcoba porque tardó muy poco tiempo en hacerlo. Apenas un instante después su voz se compungía y escuchaba el coro de la de su compañero.

—¿Tú estás bien? —me preguntó.

—Ya ves que sí, cielito. Anda, no te desveles y sigue durmiendo. Lamento haberte llamado tan tarde. Ya hablaremos.

—Adiós, papá.

Tal vez esta última palabra era la única causa por la que llamé. Cuando un hombre se sume en la incertidumbre, cuando se le mueve el suelo y sus credos se tambalean, solamente esa palabra le devuelve la estabilidad. Miraba al televisor, veía las horribles imágenes de destrucción que llegaban de los cuatros puntos cardinales de España, y podía sonreír. «Papá» era la única palabra que siempre supe sincera de las más de cien mil voces que tiene la lengua española.

Mi país, a juzgar por las imágenes que estaba contemplando, era un enorme erial de ruinas y una tragedia a la que sería imposible ponerla dimensiones; pero en mi mente se celebraba un concilio de recuerdos que me ponía ante los ojos secretos del alma una ventana por la que podía observar la dorada infancia de mi niña, de mi Laura. Podía no solamente ver su carita hermosa y escuchar su voz abemolada, sino sentir sus manitas jugando con mi barba —cuando ella era pequeña, la tenía—. Su piel, su dulzura y su pasión tan especial por mí, siempre supieron hacerme olvidar las infelicidades con las que lidiaba y rodar con ella por suelo para construir paraísos de fantasía. ¡La quería tanto, pero tanto, que dolía! Nada me hizo sufrir más de mi separación que el perderla. También a su madre, claro, aunque aquello era inevitable. Por Laura, por mi nena, hubiera llevado como corona real todos los cuernos del universo; pero no fue posible, y cuando despuntaba a la adolescencia, un día como tantos partieron para Canarias. Su expresión en el aeropuerto todavía estaba marcada a fuego en mi alma. Era un rostro que permaneció desde entonces impertérrito, mientras el semblante verdadero de mi niña fue cambiando. Un año

después le habían desaparecido los granos de la pubertad y las pecas de la infancia; otro, se le irguieron los senos y del fondo de mi niña emergió una mujer deslumbrante que yo no quería; el siguiente, ya era rehén de la moda, de los chicos, de las salidas nocturnas y las francachelas, y mi espacio se fue reduciendo a un borrón del pasado, a un ayer distante, a un godo más de la península. Me fui haciendo extraño al mismo ritmo que me expulsaba de su vida y me iba quedando solo con mi trabajo, obligado a sustituir caricias por dramas, besos por crímenes y juegos por muerte y horror. Ahora, ya estaba dedicado a tiempo completo al sacerdocio de lo negro, del sufrimiento no exclusivamente de otros, sino también al propio. Para respirar, sacaba la cabeza de este estanque putrefacto de realidad y tomaba un buche de memoria. A veces marcaba un número como ahora, tomaba una píldora de «papá» y podía volver a sumergirme en las cloacas que habitaba. Así es la vida, y así es el amor de los hijos.

El timbre del teléfono me sacó de mi recreo de dolor y me devolvió a la realidad. Era Julián, quien había localizado el origen de la llamada.

—No te lo vas a creer, Antonio, pero la llamada ha sido hecha desde el edificio que hay frente al tuyo.

Y me dio la dirección exacta.

—¿Podrías conseguir una orden para allanar el domicilio?...

—¿A estas horas?... Bueno, mira, ve para allá que de una forma u otra la consigo. Dame quince minutos como mucho, la redacto, me paso por los despachos a ver quién está de guardia y, si no pillo a alguien dispuesto, la firmo yo mismo.

Quince minutos. Marqué el número de Juantxo.

—¿Estás bien? —me recibió apenas me identifiqué.

—Como las rosas. ¿Y tu hermana?...

—Hablé con ella hace un momento, por fin, porque no lograba conectar. Entre que buena parte de las subestaciones se han ido al garete y que se había quedado en la calle hasta hace un rato, no te cuento qué nochecita llevo.

—Pero está bien, ¿no?...

—Sí, sí. De hecho parece ser que se han juntado cuatro o cinco amigas y que van a pasar juntas la noche. Casi mejor, chico.

—Bueno, pues si estás lo bastante tranquilo, vente a mi casa porque tengo novedades. No podrías imaginar con quién estuve y quién me ha llamado.

—Una novia.

—Sin bromas, Juantxo: el asesino.

—¡No jodas!

—¡Y dale! Que no, hombre, que no jodo desde hace mucho.

Vente, porque hemos localizado desde dónde me llamó y vamos a allanar el domicilio. Tráete tu arma. Te espero en mi portal.

Juantxo llegó antes que Julián. Durante toda la espera estuve sin perder de vista el portal que había enfrente, previniendo la posible huida del asesino. Traté largamente de recordar sus rasgos, los cuales no coincidían demasiado con los de los retratos robot, pero no lograba afinarlos lo suficiente. No obstante, estaba seguro de que si le volviera a ver le reconocería entre una multitud.

Juantxo se quedó en el portal conmigo, y desde él, mientras le contaba con detalle el contenido de la conversación, nos mantuvimos vigilantes desde la oscuridad. Una oscuridad frecuentemente interrumpida por los numerosos vecinos que subían a sus casas a por algún enser y volvían a salir enseguida convenientemente pertrechados para dormir al raso. Apenas si se habrían producido cuatro o cinco réplicas menores del terremoto, pero ninguna de ellas había sido de gran intensidad ni duradera.

Por fin llegó Julián en un coche camuflado, nos hizo una seña y nos encaminados los tres hacia el domicilio desde el que se había hecho la llamada. Aprovechamos que un vecino que salía del portal, y entramos, subimos al piso diecisiete, identificamos el departamento y, con las armas reglamentarias en la mano y poniéndonos a ambos lados de la puerta, llamé, me identifiqué como policía y ordené que abrieran la puerta de inmediato.

Nadie respondió ni esa ni las otras tres veces que repetí la orden.

—Déjate de cortesías —dijo Juantxo. Y, sin más, se puso a unos centímetros y disparó contra la cerradura.

—Ten cuidado y no te pongas de frente, imbécil, que una vez va a rebotar la bala y te vas a pegar un tiro tú solo.

Entramos los tres a saco y recorrimos cada habitación tomando todas las precauciones necesarias. Evidentemente, Paul, el asesino, se había marchado, era de suponerse que para siempre. Lo supimos porque apenas encendimos las luces, encontramos por todas partes pruebas de que había estado allí durante al menos un par de semanas. Varios periódicos así lo atestiguaban, siendo el que estaba encima de todos los demás de ese mismo día. Le había tenido como vecino, y yo sin saberlo. ¡Y enfrente de mí!

—O esto es mucha casualidad, o todo este circo lo ha montado ese tipo para ti, Antonio —pensó en voz alta Julián.

Estaba perplejo. ¿Sería posible que un criminal desconocido, perteneciente a no se sabía qué endiablada organización cometiera toda esa serie de crímenes únicamente por mí?... Y sí, lo era. En la pared principal de la sala había escrito con pintura roja: «Una semana. Lo más alto, lo más bajo.»

12 El último trabajo

Por alguna razón que mis jefes conocerían no me llevaron como relojero a Afganistán o a Irak con los otros especialistas de Apolyon que destacaron allí para preparar la llegada de los ejércitos aliados, a pesar de que conocía sobradamente el territorio y de que era uno de los responsables de los muchos mecanismos que había funcionando bajo las arenas de aquellos desiertos. Sí me permitieron participar, por el contrario, en algunos trabajos menores que se realizaron en algunos países de Europa del Este, Asia u Oriente Medio, aunque en realidad resultó ser que me estaban reservando para un trabajo especial, muy especial, y en mi país de origen: España.

Bueno, especial o no tanto, porque no tenía más diferencias respecto de la operación Finis Initium que el que esta se ejecutó estrellando aviones comerciales contra símbolos arquitectónicos y la operación española no se tenía muy claro contra qué objetivo se atentaría y qué medios se emplearían. España carecía de grandes edificios, escoger un campo de fútbol o una plaza de toros se desechó desde el principio por exagerado, y el coche o el camión bomba eran indignos de Europa. No era un tema peliagudo, sino solamente cuestión elegir la diana adecuada, pues lo que se pretendía era el efecto de la conmoción social y el pánico público más que una enorme mortandad. Dado el tamaño del país, con unos cientos de muertos habría bastante.

A la operación española se le asignó el nombre de Gladio como burla de la chapuza que con el mismo nombre usó la OTAN y la CIA para jugar con las democracias europeas y establecer el miedo contra los soviéticos y los comunistas durante la Guerra Fría. Fui yo quien propuse el nombre con toda intención, arguyendo que se refería a la espada íbera que terminaron por hacer suya las tropas romanas; pero no me lo aceptaron porque fuera un nombre adecuado, sino por resentimiento de que la OTAN y la CIA ejecutaran durante décadas una campaña desarrollada por Apolyon, y el resultado siempre les pareció cosa de aficionados.

Me trasladaron a Madrid algunos meses antes de que la operación fuera a ser ejecutada, a fin de elegir distintas opciones para poner en marcha el reloj ibérico. Lo primero que hice fue estudiar el terreno, seleccionar las cobayas y urdir algunas propuestas para que fueran analizadas en Idaho.

Siete fuimos los miembros de Apolyon desplazados a España. No se necesitaban más, pero tampoco los había disponibles porque Oriente

Medio consumía buena parte de los recursos de la organización, además de que teníamos otros muchos relojeros operando en diversos países alrededor del globo. Ya dije que Finis Initium abarcaba un plan muy vasto y que lo de las Torres Gemelas de Nueva York no había sido sino el pistoletazo de puesta en marcha del grueso de la maquinaria. Gladio, en realidad, era nada más que un capítulo de Finis Initium.

Ya me había olvidado de cómo era España. Llegar a ella y despertarse mil recuerdos fue todo uno y lo mismo, y aparejado a ellos me vino la imagen de mi amigo. No pude evitar la tentación de investigarle, enmascarándolo como parte de mi trabajo. El trabajo de España se iba a efectuar como consecuencia del acuerdo que se dio entre los dioses allá por los años ochenta, y que para esas alturas yo no conocía nada más allá de suposiciones o de cierta vaga idea que me fui haciendo como consecuencia de ir atando cabos sueltos.

Apolyon no existía en España más que como una red secundaria, pero contábamos con parte de la Legión Negra española, además de la europea. Esta era una tierra dominada por el dios azul, el cual era ya súbdito del dios blanco, mi dios, el que nació para vencer y vencería. Con todo esto quiero decir que, si bien no teníamos apoyos internos directos demasiado útiles para llevar a cabo nuestro plan, contábamos con el permiso y la libertad necesaria para hacer todo lo que creyéramos conveniente. Si mis jefes o mi dios ponían al corriente a la Legión Negra europea o al dios azul era algo que nosotros desconocíamos, pero que tampoco nos interesaba para poner en marcha el reloj que nos habían encargado.

Mis informes sobre Antonio Fernández pronto estuvieron completos, hasta el extremo de que acaso ya podría conocerlo mejor que él mismo. Muchos, casi todos, ignoran lo que se guarda de ellos, la información que se recopila y se almacena. No eran únicamente rasgos generales, profesionales o bancarios, sino que tenía un riguroso y pormenorizado compendio de todo había hecho con su vida desde que nos separamos, bien gracias a la Gran Berta, el superordenador español ubicado en San Lorenzo de El Escorial, o bien merced a la Bestia, el ingenio que en Bruselas centralizaba todos los datos de cualquier tipo de todos y cada uno de los ciudadanos europeos. En la pantalla de mi ordenador portátil podía ver paso a paso una secuencia pulcramente ordenada de su salud, de sus gastos, de los sucesos que fueron relevantes en su vida —familia, compras, divorcio, hijos—, e incluso dónde y con quién había viajado. Me bastaba un análisis con el programa SPP (Secuencer Psicologian Profile) y, ¡zas!, tenía en mi mano el cómo y el porqué de su perfil, su modo de actuar, su psicología profunda: todo.

Era una información de nula relevancia para mi misión, pero no para mí. Él, después de todo, era mi reloj principal, el que marcaba mi hora. No sé si me alegré o me entristecí con las marcas de su vida que

destacaban los momentos más felices y los más tristes. Me alegró saber, por ejemplo, que no mucho antes de su divorcio tuvo una suerte de luna de miel con Aurora, su esposa. Aquel viaje solitario a un parador de Toledo y aquellos gastos suntuarios, que no reflejaban sino emoción expansiva y enamoramiento, eran el canto de cisne de un amor que se iba a pique, porque cuando comparaba estos datos con los de su esposa, sabía que ella ya tenía un amante. Lo delataban sus gastos en cosmética y en ropa íntima. La ropa íntima muy cara o muy sugerente solamente la adquiere un casado de muchos años si es que ya hay un tercero. Es ropa para lucirla, para disfrutarla mientras se saborea la fruta prohibida o para usarla puesta en el juego amoroso cuando es nuevo, que es cuando es intenso. La disfrutaría Antonio algunos días, tal vez porque la encontrara por sorpresa y Aurora desviara su atención con picardías, pero ya compraba prendas así mucho antes de eso y lo seguiría haciendo después. Sí; la disfrutó Antonio, seguramente con renovado fervor, pero eran prendas usadas, olisqueadas o mordisqueadas por otro hombre, sobadas por otras manos e intoxicadas de otra traspiración. Ignoraba Antonio que también su mujer, aquella muchacha hermosa por la que me abandonó tantos años atrás, estaba usada, como sus prendas, como su carne. Me abandonó para ser traicionado y, quizás, para ser vengado.

En un momento, cuando tuve la certeza de lo sucedido, hubiera matado a Aurora con mis propias manos, hubiera tomado su cadáver y me hubiera presentado ante Toni con sus restos mortales para decirle: he aquí al amigo verdadero, el que venga tu dolor y el que sacrifica a tu verdugo. Lo hubiera hecho con gusto, con un placer orgásmico; pero no lo hice entonces ni lo haré ya. Me alegré de la lección que le daba la vida, la que le enseñaba qué era real y qué un espejismo. Más adelante, algún día, podremos hablar de ello, quiera el Dios que no existe que en esta misma vida.

Me guardé todos los datos de Toni, de Aurora y de Laura, la hija de ambos, para cuando fuera necesario, si es que alguna vez llegaba a serlo. Hay que ser previsor y ahorrar para el futuro, ir guardando miguitas de pan cuando se está saciado por si llegan los días del hambre. Todo el dolor y el gozo de aquellas tres vidas me cabían en unos cuantos bytes. ¡Qué poquita cosa somos y qué vueltas da la vida!

En fin, a lo mío. Las órdenes eran para cumplirlas y la fecha prevista para la acción no dejaba márgenes para el ocio. España era el país más fácil de toda la pomposa Unión Europea para operarlo sin incomodidades. La codicia de los empresarios y la corrupción política habían favorecido la permeabilidad de sus fronteras. No importaba dónde se detuviera uno, se cruzaba con mil indocumentados procedentes de todos los rincones del mundo, especialmente de donde el infierno quemaba. Era un país asquerosamente fácil donde uno ni siquiera podía

lucirse haciendo de su trabajo de relojero una obra de arte. A lo más que podía aspirarse, era a algo como de andar por casa.

Todo era casi imposiblemente sencillo, como la conquista de una mujer despatarrada de esas que abundaban al borde de las carreteras y en los senderos de casi todos los parques. Los mismos Servicios de Inteligencia sabían que por todas partes había mil grupos radicales establecidos, por las costas tenían sus cuarteles generales casi todas las mafias del mundo y desde conocidísimos rincones se mercadeaba con la muerte en forma de drogas, de armas, de seres humanos, siempre con la impunidad de una clase política corrupta hasta donde no era capaz de llegar la imaginación ni una Justicia al servicio de los perversos. Ni en los sueños más disparatados de Apolyon podríamos haber imaginado mayores facilidades. En realidad, ni siquiera tenía sentido que destacaran a nadie para poner en marcha este reloj: ya hacían ellos perfectamente nuestro trabajo; pero el dios lo mandaba y nosotros obedecíamos.

Teníamos todo el apoyo necesario, aunque hubieran bastado unos euros para haber comprado cualquier alma. Todo se vendía, nada escandalizaba. Nada. La España que conocía no tenía parecido alguno con esta. Me daba la impresión de que el tiempo o la geografía me habían jugado una mala pasada; pero en fin, era lo que era.

Viajé por distintas ciudades, seleccioné potenciales objetivos que cubrieran las expectativas que requería mi dios y elaboré distintos planes, todos ellos de una facilidad escolar, de aprendiz de relojero. Hubiera podido saquear el museo de El Prado, convertir el aeropuerto de Barajas en el Averno, secuestrar aviones, atracar el Banco Central, hacer saltar por los aires el Santiago Bernabeu o el Nou Camp en pleno, reventar una ciudad entera al destruir cualquier central de almacenamiento de combustibles o dejar en blanco todos los sistemas informáticos del país; pero mis jefes optaron por una medida intermedia, unos cuantos trenes que estallaran coordinadamente un jueves de marzo, también día once, exactamente, segundo aniversario y medio de Finis Initium: todo un mensaje. Un mensaje que se reforzaba con el versículo en el que se menciona Apolyon, 9:11, que es decir novecientos once días después de lo de Nueva York. Los trabajos, claro, hay que firmarlos para que las otras agencias y organizaciones que no existen tengan constancia del autor.

Definido y aprobado el objetivo, lo demás fue cosa de coser y cantar. Nada sofisticado, algo a la española. Bastaba con mirar en Internet para encontrar mil páginas que enseñaban cómo fabricar un explosivo. Únicamente en un país como este podría estar al alcance de cualquier desequilibrado una cosa semejante, y ello me pareció que serviría. La ciudadanía daría por buena cualquier cosa que se le dijera desde el poder, y la Justicia se encargaría de hacer tragar carros y carretones al

inocente Juan Español. Usaríamos, pues, distintos explosivos caseros. Nada demasiado profesional, ni en los detonadores ni siquiera en la coordinación de las explosiones. Todo había de ser chapucero, a la española, ya digo.

De todos era sabido que España era la cruz europea donde se centralizaba la captación de miembros para nuestra Al Qaeda y se recaudaban fondos para pelear contra los nuestros en Afganistán o en Irak. Suicidas no faltaban entre los casi dos millones de musulmanes que habitaban en el país, casi la mitad de ellos ilegalmente. Mejor que mejor. Unas mochilas, unas máscaras o capuces para dejar las pruebas falsas donde nos interesaba, unas cuantas cobayas escogidas entre aquellos dos millones de desheredados y, exactamente a las 7:38 horas —que suma nueve, el número del hombre—, diez artefactos hicieron saltar por los aires cuatro trenes de cercanías en las proximidades de Madrid. Quien supiera leer, que lo hiciera.

Pudimos haber puesto los explosivos en el primer vagón de alguno de ellos, donde habitualmente viajaba casi medio curso de aspirantes de la Guardia Civil que iban camino de sus clases diarias, o aun haber evitado la huelga universitaria que promovimos para ese mismo día; pero las instrucciones recibidas fueron ejecutar la operación de esta manera, mi dios sabría por qué. Ni pocas ni excesivas víctimas, esta era la orden.

No lo delaté con ningún síntoma, pero no me gustó. No fue para mí un trabajo cómodo, no entiendo por qué, a no ser porque fue una operación mezquina y sin lucimiento. Sé que me desagradó ver correr de un lado a otro a los mismos ciudadanos y aun a los supervivientes tratando de prestar algún auxilio a las víctimas. «No hay un Dios al que rezar», recuerdo que pensé. Verificamos que todo había salido conforme a los planes, y no tuve otra que estar cerca, muy cerca de los trenes para comprobar que no había más vestigios que los que nos interesaban, e incluso para dejar una mochila sin detonar que pudieran usar de prueba en el juicio que algún día nos daría la absolución.

Nunca me conmovió la sangre, pero en aquella ocasión no me hizo sentir bien. Tuve que recurrir a mi profesionalidad para renegar de aquellos que un ayer fueron mis paisanos, tal vez lamentando la suerte que tenían por estar en las manos que estaban. No era una reminiscencia de patriotismo, ese concepto olvidado y sin sentido en esta tierra sin Dios. Y no me sirvió para esto, pero sí para considerar que los libraba de gentes que se servían de ellos para llegar adonde pretendían, que los hacía libres, que los liberaba del yugo de una vida de decepciones continuas.

Me fui. Todos los explosivos los habíamos manipulado. Habíamos conseguido algunos de distintas procedencias, e incluso los mismos enemigos de España nos vendieron una buena cantidad de ellos; pero jamás los usamos. Los montamos en la misma casa en la que fabricamos

todas las pruebas incriminatorias para aquellos tipos, la mayoría de ellos musulmanes a quienes ni conocíamos ni teníamos ningún deseo de conocer. Nunca hay inocentes y, si pagaron por unas muertes que no eran suyas, a la vez lo hicieron por las víctimas que habrían causado de haber tenido la oportunidad. Todo el mundo quiere desprenderse de alguien, desea la muerte de alguien o de muchos. Algunos, incluso, sacrifican a los suyos por una ventaja, por un beneficio o por un placer.

España no me gustó. Y todavía me gustó menos los días siguientes, cuando ya desde Idaho vi a través del canal internacional de TVE cómo los verdaderos criminales ponían rostros de circunstancias y prendían medallas meritorias a quienes no hubieran merecido, quizás, sino un salivazo en la cara. La mentira es la verdad de los condenados, y todos los españoles creyeron a pies juntillas en la mentira.

Alea jacta est: la suerte está echada. No le correspondería a Toni el caso. Todo lo más, alguna gestión de trámite para sus jueces. Entre el laberinto de pruebas y contrapruebas que habíamos organizado, era imposible que nadie pudiera encontrar el camino de lo verídico, a no ser que le guiara Perséfone; pero Perséfone seguía ufana y desafiante en lo alto del Capitolio, contemplando cómo los hombres buscaban una escapatoria de su laberinto que desembocara en la libertad. Ignoraban, sin embargo, que no había libertad: Apolyon se encargaba de dibujársela y de marcar el compás de su tiempo.

13 Lo más alto, lo más bajo

No nos pudieron asignar demasiados recursos para analizar a fondo el departamento de Paul, el vocero del ángel del abismo. Prácticamente medio país había sufrido daños muy considerables, y casi todos los hombres disponibles estaban dedicados a controlar una situación que no podía ser más desoladora. El terremoto, de siete grados y medio en la escala de Richter, había tenido su epicentro en algún lugar próximo a Granada y a menos de tres kilómetros de profundidad, asolando la onda sísmica casi toda Andalucía y buena parte de Castilla-La Mancha, Extremadura y Madrid. Parecía ser que el Sistema Central actuó como barrera de contención, evitando que la onda progresara hacia Castilla-León, pero al rebotar en su espina dorsal de granito y volver hacia su origen, hizo entrar en resonancia ciertas partes del suelo madrileño, y en no pocas zonas, especialmente en las construidas desde los años setenta en adelante, la destrucción fue enorme. El fenómeno se verificó a las 2:16 de la madrugada, lo que favoreció que la mayor parte de la población estuviera durmiendo y, por ello mismo, produjera una enorme mortandad. No había cifras ni valoraciones creíbles todavía, pero se podía suponer que los muertos se contaban por cientos de millares y los desaparecidos, también.

Tal vez a todos los que estábamos ocupados en el caso de los asesinos de ángel del abismo, como ya le nombrábamos entre nosotros, nos hubiera gustado colaborar en paliar la enorme tragedia acaecida en todo el país, pero teníamos un trabajo que hacer, y en lo personal sabía que tenía una semana para cumplir las etapas que Paul me había impuesto so pena de una tragedia mayor, y estaba seguro de que no era un farol.

Cinco investigadores, dos de la Científica, Julián, Juantxo y yo tratamos de encontrar pruebas irrefutables incluso por Andrada de que aquel departamento había sido la guarida de nuestro perseguido y, tal vez, de su organización. Pero no hallamos nada determinante más allá de unas huellas que suponíamos de él, algunos enseres personales y documentos que probablemente habría que estudiar detenidamente para sacar algo en claro. Nada que por lo obvio o evidente nos certificara que el tal Paul había sido el autor de cualquiera o todos los crímenes que se habían cometido en torno al caso que investigaba.

Todo en el departamento fue movido cuidadosamente de su sitio

para buscar evidencias, pero hacia media mañana comprendí que no las encontraríamos: era demasiado profesional, extremadamente cauto. Una forma de ser seguramente adquirida a lo largo de toda una vida dedicada al crimen, la cual ya era para nuestro hombre como una forma ordinaria de conducirse. Había dejado el mensaje que le interesaba, después de usar el departamento para sus fines, y se había marchado igual que llegó, sin dejar un rastro que condujera a alguna parte. Veríamos qué confesaban las huellas y los escasos vestigios orgánicos que habíamos hallado, pero algo me decía que estos jamás tendrían correspondencia con ningunos otros conocidos o registrados.

Juantxo había logrado localizar al casero sirviéndose del portero, pero este, que vivía en el mismo edificio, no pudo dar más señas sobre el inquilino que una somera descripción física que coincidía ligeramente con uno de los retratos robot del asesino, y una copia de un cané de identidad que sabíamos falso. Se había presentado como un directivo de una compañía gallega que debía pasar un par de meses en Madrid, y pagó por adelantado generosamente. Para el casero eso fue la mejor carta de presentación, y no precisó más datos.

Claudio me llamó a media mañana para que me pasara por el despacho de Andrada y, aunque le puse al corriente a grosso modo sobre lo sucedido la noche anterior, me sugirió que reuniera toda la información que pudiera y no me demorara demasiado porque no pintaba bien la cosa. Miré a mí alrededor y supe que no íbamos a encontrar mucho más de lo habíamos hallado, pero les encargué a los de la Científica que no dejaran un mueble sin mover o una esquina sin revisar a fondo y, con Julián y Juantxo, me fui a la Central.

Una ciudad semiarrasada se deslizaba por la ventana del automóvil. Los tres hombres íbamos sin decir palabra, absortos en el paisaje de destrucción que contemplábamos. El tráfico era caótico, y no cesaban de ir y venir vehículos con luces destellantes y sirenas ululando calle arriba y calle abajo, multiplicando la alarma. Voluntariosamente, decenas, cientos de personas desescombraban con más fe que método allá donde algún edificio había colapsado. Era algo parecido a lo del 11-M, pero multiplicado por mil. Todo dependía, finalmente, del hombre de la calle, porque ni policías, ni bomberos o los de Protección Civil tenían medios suficientes para acometer las tareas que generaba una catástrofe semejante.

Tardamos en llegar, y apenas entramos, el recepcionista le entregó a Juantxo una nota. La leyó, puso gesto como de confusión, y me dijo:

—¡Caramba, qué importante me voy haciendo! Es de Fermín, el

jefe de la Científica, que me pide que le llame.

—Pues hazlo enseguida, seguramente tiene ya los resultados que faltaban —le dije—. Mientras yo voy a ver a la fiera para saber qué diablos quiere.

En el despacho del juez no estaba solamente Andrada, sino que le acompañaba el director y alguien a quien yo no conocía, a quien me presentaron como Gastón Gaultier, de la Interpol.

—El inspector Gastón será su acompañante de aquí en más —me informó escuetamente Andrada.

—¿Acompañante?...

—Digamos que observador, de momento —matizó.

—Y esto, ¿a qué es debido?... Digo yo que la cuestión merecería una explicación mayor.

—Yo a usted no tengo que explicarle nada —replicó con displicencia el juez—. Le doy órdenes, las cumple, y punto.

—Antonio, no te lo tomes a mal —medió Claudio—. Han pasado casi dos semanas desde que se cometieron los primeros crímenes de este caso y no hemos avanzado prácticamente, de modo que con lo que tenemos hemos pedido información a la Interpol y nos han facilitado una ayuda que necesitamos. A servirnos de apoyo ha llegado el inspector Gastón, y de ser necesario, puede traer a todo su equipo.

—Con todos mis respetos hacia el inspector y hacia ti, no necesitamos a nadie. Creo que estamos bien encaminados y que no tardaremos en obtener resultados. Han pasado cosas esta noche que han variado el curso de la investigación o la han dado un empujón considerable —protesté.

—No sea patético y no le dé más vueltas —concluyó el juez—. No es una decisión sometida a votación, sino un hecho que ya está decidido. Gastón no se moverá de su lado, será un observador de la investigación... de momento.

—¿De momento?...

—Eso es lo que he dicho. Voy cansándome de su impericia y, si la cosa no cambia de manera muy positiva en un plazo verdaderamente corto, no tendré más opción que relevarle del caso y dárselo a alguien más capacitado.

—Por mí, señoría, no se prive. Si lo desea, podemos hacer el relevo ahora mismo. Ya sabe que nunca lo quise, pero usted prácticamente me forzó a aceptarlo.

Miré a Gastón por el rabillo del ojo, y vi que se mostraba indiferente a nuestra discusión. Era un hombre de un empaque formidable, excesivo para la imagen preconcebida que uno tiene de un policía. Demasiado músculo y demasiada juventud había en él como para considerarle un hombre baqueteado en la investigación

criminal, a no ser que esta siempre se realizara en gimnasios.

No me gustaba en absoluto el rumbo que estaban tomando las cosas. La mayor dificultad, más aún que perseguir a alguien tan sumamente escurridizo, la encontraba en quien teóricamente dirigía la investigación y en los que supuestamente debían no solamente permitirme trabajar de una manera cómoda, sino ayudarme a llegar a buen puerto con ella.

—Eso es algo que ahora mismo estoy considerando seriamente —dijo con desdén el juez Andrada.

—Pues si lo quiere, señoría, le redacto un informe con todo lo que se ha hecho hasta el momento, el punto exacto en que se encuentra la situación y terminamos con esto de una buena vez, porque ni yo le gusto a usted ni usted me gusta a mí. Y si desea sancionarme por ello, adelante.

Sé que Claudio intervino para apaciguar los ánimos, pero no qué dijo para lograrlo. Me sentía agotado después de la noche toledana que había pasado, aunque la inquina que me inspiraba la incompetencia del juez me inyectaba chorros de adrenalina que me mantenían despierto. No apartaba mis ojos desafiantes del rostro del juez, en el cual había impresa una inefable mueca de rabia y cuya nariz aleteaba furiosa.

—Es posible que eso sea lo mejor —concluyó sin pensárselo dos veces—. Vaya a su despacho y redacte ese informe sin dejarse nada en el tintero. Luego tráigamelo, y hablaremos.

Salí del despacho dando un sonoro portazo. Estaba enfurecido y satisfecho a un tiempo. Iracundo, porque aquel hombre me sacaba de mis casillas, y gozoso, porque al fin podría librarme de tan odioso personaje, por más que lamentara que la incontinencia de mi carácter me apartara de un caso que me resultaba ya personalmente inquietante. Incluso, en un relámpago de lucidez pensé que tal vez el juez quería imprimir un giro al desarrollo de la investigación que quizás el asesino no consentiría. Este me había nombrado varias veces como Toni, había alquilado un departamento enfrente del mío y, para colmo, se interesaba por mis avances, cuestiones más que suficientes de que había en el asunto algo más que un juego de policías y criminales. No; estaba demasiado cansado para pensar con claridad, pero algo me decía que mi asesino no permitiría que me apartaran así como así.

No obstante, y todavía dominado por la ira, pasé buena parte de la mañana redactando un pesado memorando en el que reuní todos los pasos, datos y los progresos logrados. Bueno, más que un informe nuevo, valdría decir que sinteticé los anteriores y que a ellos les añadí lo del encuentro y la conversación telefónica que tuvimos la noche anterior el tal Paul y yo. En aquel momento me

pareció extremadamente curioso que Paul y Gastón fueran ambos nombres franceses.

Debía ser casi la hora de comer, y ya me encontraba a punto de concluir el informe que pensaba a entregarle al juez, cuando irrumpió en el despacho Juantxo. Tenía la respiración agitada y el rostro desencajado.

—Vamos, deja eso y salgamos de aquí: te invito a comer.

—Espera, acabo esto y nos vamos. Me temo que esta película concluye con un punto final para nosotros.

—De eso no tengas la menor duda. Vámonos enseguida, hombre.

—¿A qué tanta prisa?... Un minuto más, imprimo, y nos vamos.

—Déjalo, hazme caso. Vámonos ya.

—¡Basta, Juantxo! Déjame terminarlo, hombre.

Juantxo quiso decir algo, pero se calló. Se limitó a permanecer junto a la puerta, mirando con ansiedad hacia el fondo del pasillo donde se encontraba la recepción. No reparé en su estado en aquel momento, concentrado como estaba en la conclusión de mi escrito. Lo hice, envié el texto a la impresora, me puse en pie junto a ella y fui colocando ordenadamente las hojas impresas que salían de ella. Una vez las tuve todas, las metí en su carpeta, tomé el informe y salí.

—¿Dónde vas por ahí? —preguntó Juantxo, viendo que tomaba la dirección contraria a la de la salida.

—Mucha hambre tienes tú, me parece —bromeé—. Voy a entregar el informe al juez, y ya nos vamos.

—Que no, ¡hostia! —me detuvo—. Creo que te han tendido una trampa.

—¿De qué hablas? —repliqué atónito. El rostro de mi auxiliar no dejaba lugar a dudas de que creía a pies juntillas lo que estaba diciendo.

—Me llamó Fermín —me dijo bajando notablemente su tono de voz—, me pidió que fuera a verle y lo hice. Me dijo que en tres de los seis escenarios de los crímenes se han encontrado algunos restos orgánicos probablemente tuyos, aunque habría que hacer un análisis de contraste, y que todas las muestras fueron tomadas antes de que llegáramos a investigar. No puede negarlo, y el informe ya ha sido enviado al juez Andrada. Me lo dijo para que te avisara, porque desde luego él cree que alguien ha trasteado con las pruebas, y créeme que se está jugando el tipo por ti.

Estaba estupefacto. No sabía si despierto o soñando. ¿Quién podría pretender tal cosa?... ¿Tal vez el hombre que perseguía y que la noche anterior me había dado nuevo trabajo, acaso orientando mi investigación?... Y en tal supuesto, aun habiendo sido él, cuyas mañas bien se veía que se lo podrían haber permitido, ¿a santo de

qué, entonces, darme un plazo de una semana si pensaba traicionarme de esa manera?... No; todo eso no tenía sentido. Pero lo tenía menos aún que permaneciera allí hasta que comprendiera qué estaba sucediendo. Con lo agotado que estaba, si me detuvieran por un crimen semejante sabía que los interrogatorios no iban a ser sencillos y que terminaría por confesar cualquier cosa, o que con lo que tenían era más que suficiente para que me encerraran por algún tiempo. Necesitaba pensar, y detenido no era la mejor opción.

—Vamos, sí; tenemos que aclarar esto.

Con aparente naturalidad salimos de la Central. Por primera vez en mi vida supe lo que debía sentir un perseguido. Me parecía que los ojos de todos los compañeros se clavaban en mí acusadoramente, tal vez con el poder de leer en mi alma que era culpable.

Nos metimos en el automóvil de Juantxo y nos fuimos a su casa. No era capaz de pensar con claridad. Mil ideas me daban vueltas en la cabeza, sugiriéndome mil situaciones a cual más compleja. ¿Quién, si no era mi asesino, querría que me detuvieran?... Forzosamente había de ser él, no había ninguna otra posibilidad, por más que se diera una radical contradicción entre la conversación que sostuvimos la noche anterior y el hecho de que hubiera colocado de alguna manera entre las pruebas algún objeto con Dios sabría qué residuos orgánicos míos.

Trataba de imaginar el orden de los sucesos para dar alguna coherencia a la hipótesis, y usando a Juantxo como mis oídos ajenos, me hablaba a mí mismo.

—Si decidió tomar un departamento enfrente de mi casa, probablemente el tal Paul lo hizo para tenerme controlado. Desde él pudo saber cuándo entraba y salía, y saber cuánto tiempo pasaba fuera de casa, de modo que, contando con su numerosas habilidades delictivas, no debió costarle demasiado trabajo entrar en mi casa y tomar lo que quisiera para incriminarme. Luego, cuando cometió los crímenes, en alguno de ellos, en tres, dejó esos residuos orgánicos, unos cabellos o cualquier otra cosa, multiplicando mi grado de culpabilidad potencial al no hacerlo en todos los casos que ahora sabemos vinculados. Una dejadez propia de un asesino que no era profesional: yo. Ese hombre, no hay duda, es todo un artista.

—Ya, pero ¿para qué?... ¿Por qué inculparte?..., ¿qué gana con ello?

—Esa, Juantxo, es una muy buena pregunta para la que no tengo respuesta. Pero no la tengo por lo contradictorio de ayer, el hecho de que se acercara a mí, primero, y me llamara por teléfono, después. ¿Qué sentido tiene que me dé una semana de plazo para hacer algunas averiguaciones, que me encamine hacia la solución y

que luego me traicione?...

—Ni idea. Ve tú a saber cómo funciona el cerebro de una de esas bestias. Por otra parte, aunque te acusen las huellas, nadie se tragará esa bola de que tú tienes algo que ver...

—Te equivocas, Juantxo. Paul, o quien sea que pusiera las pruebas esas, lo tiene muy claro y sabe perfectamente a qué juega. La mañana que se cometieron los asesinatos yo no fui a trabajar por motivos personales, ¿recuerdas?... La noche anterior y esa mañana podrán ser usados como prueba de que tuve ocasión de llevarlos a cabo.

—Bueno, pues demuestra que estuviste donde estuviste, y listo.

—Pero es que no fui a ninguna parte, Juantxo: estuve en mi departamento y solo.

—¿Y eso por qué?... ¿Por qué te pediste el día para no hacer nada, tú que nunca has faltado un día al trabajo?...

—Cuestiones personales, Juantxo, tal y como dije.

—Joder, Antonio, me lo estás poniendo de una forma que me están dando ganas de detenerte yo mismo, ¡hostia!

Miré a Juantxo con detenimiento, sopesando si podía hacerle una confidencia tan capital para mí. A pesar de que todo parecía incriminarme, se estaba jugando su futuro por mí, porque estaba ayudando a un potencial criminal a evitar su detención. Era más que cómplice: era mi amigo. Merecía saber lo que todos ignoraban, y sin más, saqué mi cartera del bolsillo interior de la chaqueta, extraje un papel doblado cuatro veces sobre sí mismo, y se lo alargué.

Juantxo tomó el papel, lo desdió, leyó con detenimiento el contenido y, luego, poniendo ojos carneriles, me tendió una mirada compasiva.

—No sabía...

—Nadie lo sabe. Así es la vida —le dije, eximiéndole de darme sus condolencias.

Tomé el papel y volví a guardarlo en la cartera.

—¿Servirá la quimio?...

—Eso dicen y por eso lo hago, aunque cuando pienso en el mundo en el que vivo y para qué, no sé si un cáncer de páncreas es una mala noticia. Además, está en una fase muy inicial y por ahora con el tratamiento cada tanto, me sobra.

Era verdad. Así pensaba, y aún más trágicamente al día siguiente de haberme dado una sesión de quimioterapia. Los compañeros a menudo bromeaban con la cosa de la alopecia o con mi olor a muerte lenta, achacándosela a demasiados años tratando con lo peor y más infecto de la sociedad y a la continua vecindad con la muerte; pero todos desconocían que me estaba muriendo

lentamente y que incluso mi mal humor iba más allá del resentimiento de un divorciado solitario o de un hombre escarmentado por la vida.

—¿Qué puedo hacer?...

—Lo que quieras, menos tenerme lástima. Te imaginarás que si he mantenido esto en lo íntimo, no es precisamente para solicitar penas.

—¿Y por qué no te diste de baja? Sin duda en casa y con reposo...

—Vamos, Juantxo, piensa lo que dices. Que vivo solo, hombre. ¿Quieres que me encierre entre cuatro asquerosas paredes sin nada que hacer o en qué pensar mientras me entretengo en sentir cómo el cáncer me consume?...

Guardamos ambos unos instantes de silencio para que las cosas volvieran a su curso natural. Le hice alguna observación acerca de que tampoco deseaba vivir eternamente y hasta bromeé con el asunto para quitarle hierro a la situación. Luego, sin darle tiempo a reaccionar, retomé el tema que nos había llevado hasta allí, y volví a mi proceso lógico.

—Si todo apunta hacia mi culpabilidad, solamente la captura del asesino puede evitar mi detención. Mientras eso no suceda estoy en peligro, y lo que es más grave, te estoy poniendo en peligro a ti.

—Oye, por mí no te preocupes, que ya tengo edad de cuidarme solito. Además, ya sabes que esto de ser policía, francamente, no es lo mío.

Decidimos prepararnos un café mientras ordenábamos nuestro pensamiento, transitoriamente alterado por la noticia que me había visto obligado a dar a Juantxo y, entretanto lo tomábamos en la sala, me asaltaron nuevamente las palabras del asesino: «Busca en lo más alto y en lo más bajo.» ¿Qué era lo más alto?... ¿Se refería quizás a la política, al poder económico, al edificio más alto de la ciudad o a qué?... Nada era más alto que el cielo, a no ser Dios, y por ahí no solía haber asesinos que mataran jueces a destajo.

Justo en ese momento en el que hacía esta reflexión, recordé sus palabras exactas: «Mira al Ojo de Dios, pero hazlo atentamente.» Habló de dos cosas, dos, por donde debía buscar: el Ojo de Dios y los túneles. Lo más alto y lo más bajo. La astronomía, sin duda, versaba sobre lo más alto, y los túneles, sobre lo más bajo, pero ¿qué pintaba el Ojo de Dios en todo eso?... A lo más, era un símbolo masón y religioso, e indistintamente lo usaban los unos y los otros en sus templos y pinturas: el ojo que todo lo ve, el ojo inscrito en un triángulo. Había leído sobre eso, y algo me decía que tenía que ver con el caso, ¿pero qué?

—Juantxo, ¿sería un abuso que en las actuales circunstancias le

hiciera una pregunta a tu hermana?... Lo digo porque ella sabe más que yo de todas estas cosas de la simbología, y quizás pueda orientarme.

—Pero ella ya te dijo todo lo que te interesaba sobre el Apolyon. ¿Tienes algo nuevo?...

—En la conversación de ayer con Paul, me habló del Ojo de Dios, la astronomía y túneles. Pudiera ser que tu hermana arroje alguna luz sobre lo del Ojo de Dios, que supongo tiene algo que ver con la geometría esa que les gusta a estos locos.

—No sé si estará en casa o en clase, dado cómo está el país. Lo mejor será que la llame al móvil.

Marcó el número y, efectivamente, estaba en su casa. Juantxo me pasó el aparato y pude comunicar con ella.

—Melisa, aunque siempre es un placer hablar contigo, te llamo por una cuestión profesional: ¿qué me puedes decir del Ojo de Dios?...

—¿El Ojo de Dios? —coreó ella—. ¿Te refieres al ojo divino que se enmarca en un triángulo?...

—Creo que sí. ¿Acaso hay otro?...

—Bueno, no es un tema para comentar por un móvil, salvo que quieras hacer rica a tu operadora. Hoy no tengo clase y no sé cuándo volveré a tenerlas porque creo que buena parte de la Universidad se ha venido abajo. ¿Por qué no os venís a casa y te comento todo lo que quieras?... Aquí tengo una buena biblioteca con abundante documentación.

—Hecho. Estamos ahí en un rato.

Ninguna propuesta me hubiera complacido más que esa. Su casa despertaba en mí cierta curiosidad morbosa, tal vez a causa de la atracción que sentía por ella. Juantxo, obediente como siempre e inmejorablemente dispuesto, ya estaba puesto en pie enfundándose su chaqueta de cuero, y enseguida salimos del apartamento.

Había dejado el automóvil aparcado en una calleja adyacente a la de Príncipe de Vergara, en la que vivía. Nos dirigimos allí, llegamos al automóvil y, mientras Juantxo lo abría y se acomodaba, vi un tipo apoyado en una esquina a unos metros que me pareció familiar. Me detuve con la puerta abierta y forcé la vista, y al punto le reconocí como el individuo que nos había estado siguiendo y se nos escapó. Sin dudarlo un instante, puse la mano en el arma reglamentaria que llevaba bajo el brazo izquierdo, desabroché el cierre de seguridad y, casi empuñándola pero sin sacarla de la pistolera, me encaminé hacia él para detenerlo.

Apenas supuso el individuo que lo había identificado, con aparente naturalidad se giró sobre sí y dio vuelta a la esquina, en cuyo momento eché a correr hacia él, ya con el arma desenfundada.

—Por el otro lado, Juantxo —le grité a mi auxiliar, quien al verme correr ya había salido del automóvil.

Corrí tanto como pude, que no era mucho, y cuando iba a girar la esquina, una bala golpeó en el muro, muy cerca de mi cabeza, deteniéndome. Me asomé, le vi a lo lejos e hice dos o tres disparos, en vista de que la calle estaba desierta. Era un callejón que daba a un patio vecinal, con automóviles aparcados a ambos lados.

Avancé protegiéndome entre los coches, pues el hombre, sin dejar de huir, siguió disparando. Si Juantxo se apuraba le tendríamos acorralado, porque detrás de él solo había una plaza enorme de juegos infantiles y esta, por ser la hora que era y debido a los sucesos que congelaban el pulso de Madrid, con toda seguridad se encontraría desierta. Ahí no tenía grandes oportunidades de esconderse, y todo quedaba reducido a una cuestión de pura suerte.

Hice varios disparos más para retenerle entre los automóviles y darle tiempo a Juantxo a llegar, quien no tardaría en rodear la manzana y entrar en la plazuela por la calle perpendicular a la que estábamos. Efectivamente, un instante después, Juantxo me hizo una seña desde el otro extremo de la calleja, indicándome que se iba a aproximar al pistolero por su espalda; pero en aquel momento vio el hombre a Juantxo a través del espejo retrovisor del automóvil en que se parapetaba, se giró sobre sí y disparó dos veces sobre él, alcanzándole una bala en el pecho.

Aprovechando que el hombre se descubrió para disparar sobre Juantxo, le hice varios disparos, haciendo blanco con uno de ellos en su cabeza. Cayó abatido como un muñeco de trapo.

Corrí tanto como me lo permitieron mis piernas hasta donde estaba Juantxo tendido en el suelo. Por fortuna estaba solamente herido, aunque no podía precisar con qué gravedad. Había recibido el impacto de la bala entre el pecho y el hombro. Traté de contener la hemorragia al tiempo que pedía a gritos que alguien llamara a una ambulancia.

—Joder, Antonio, esto de ser policía es una mierda.

—Mejor conducir coches, ¿verdad? —bromeé, tratando de serenar su pánico—. No te preocupes, amigo, saldrás de esta.

No estaba tan seguro, sin embargo.

—Mira, ahí tienes tu Apolyon —me dijo Juantxo entre espasmos de dolor, señalando el cadáver del hombre abatido, el cual se hallaba a una decena de metros escasos.

Efectivamente se le veía tatuado en el pecho, entre el pectoral y el hombro izquierdo, una esquina del ya familiar sello de Apolyon.

—Al final no serás un mal policía —le bromeé, tratando de contener su dolor pero sin querer apartarme de su lado hasta que no

llegaran los paramédicos.

En aquel momento entró en la calle un coche patrulla de la policía municipal, sin duda avisada por algún vecino. Me identifiqué con mi placa, les pedí que llamaran urgentemente a una ambulancia y, mientras uno de los agentes uniformados se quedaba con Juantxo, me aproximé al cadáver y lo inspeccioné. Mi disparo había penetrado por su occipital, en una zona próxima al bulbo raquídeo, y no se le apreciaba orificio de salida. Había sido un disparo tan eficaz como una puntilla, pues prácticamente ni había sangrado. Luego, con la punta de mi bolígrafo retiré ligeramente la camisa para apreciar mejor el sello de Apolyon que tenía tatuado. Aquel hombre habría sido lo que fuera, pero no tenía el aspecto de ser un devoto no importaba de qué Dios o de qué secta, porque su corpulencia, la ligereza de sus movimientos cuando le sorprendimos y aún su puntería, certificaban que era todo un experto en acciones armadas. Apolyon, no podía quedar más claro, no era una secta. Debía buscar en otro sitio; acaso, como dijo Paul, en lo más alto y lo más bajo.

Moví con el mismo bolígrafo su chaqueta, saqué mi pañuelo y extraje su cartera. Nada había en ella que me hiciera suponer que me encontraba ante el cuerpo de un soldado de fortuna o algo parecido. Solamente había dinero en efectivo, un carné de identidad francés aparentemente legal a nombre de Francois Vaz Aransaez, y otro de la Interpol al mismo nombre. Una de dos, o ahora sí que estaba en un lío de los grandes y había arrastrado a Juantxo conmigo al fondo del hoyo, o los que decían ser de la Interpol no lo eran, y ya estaban dentro de la misma Policía Judicial al cargo del caso los mismos que, de una forma u otra, tenían mucho que ver con él.

14 Pequeñeces

Las cosas pequeñas son las más grandes. Un simple grano de arroz en un zapato impide que quien se lo calce camine con estabilidad. Lo grande no marca tanto como lo pequeño, y casi siempre, cuando uno analiza en profundidad las causas verdaderas que originaron los grandes vicios o las grandes virtudes de alguien, suele encontrarse con cosas menudas, aparentemente insignificantes. En la infancia, una sola noche de miedo puede engendrar un adulto condenado por siempre al pánico a la oscuridad; los celos, un resentido con los afectos o un enemigo a muerte de aquel que los produjo; la falta de un afecto firme, un psicópata o un sociópata incapaz de tener o comprender los sentimientos; y así con todo.

Entre mi amigo y yo nunca hubo cosas grandes, a no ser la propia amistad, un afecto gratuito y sin más objeto que el propio afecto: generoso, autosuficiente, firme. Ni nunca me salvó de un peligro inminente o la propia vida, ni lo hice yo. Era lo real y verdadero en un orden de imposturas. El orfanato es la mayor de todas ellas: pretende remediar los males del niño abandonado o maltratado, pero ni al orfanato ni al sistema les importan los niños; justifican su existencia con una teórica sustitución de la familia, pero no es ni de lejos una familia; y declaran proteger al niño, pero le castigan, a veces incluso abusan de él y frecuentemente le ignoran, forzándole a crecer sin ninguna clase de afectos. Casi todos los niños que crecen en orfanatos desconocen lo que es la sonrisa, incluso la emoción les es ajena. Son máquinas de carne que el Estado acoge y alimenta no sabe para qué; quizás, para que los políticos puedan argumentar la condición humanista de un Estado que no es humano.

Mi amigo llegó al orfanato porque se quedó sin familia; yo, porque la tuve. Él, venía de un mundo de afectos al desafecto; yo, del desafecto y el maltrato a la apatía y la indiferencia, que era la forma neutra de la vida, el purgatorio del cariño. Él, aspiraba a un mundo o una sociedad que se instalaba en sus sueños; yo, también aspiraba a ese mundo que se instalaba en sus sueños. Él, de alguna manera, era mi guía porque era mi amigo, porque era quien era sin forzarme a ser nada ni nadie concreto, tal vez aceptándome tal y como me manifestaba.

Me gustaría poder decir que nuestra amistad estaba cimentada en algo grande, enorme o especial, que ansiábamos ser paladines de no se sabe qué proezas o nobles propósitos, o que estábamos constituidos por materiales que no abundaban en el orden humano; pero mentiría.

Únicamente éramos dos niños que crecieron juntos, que compartieron su tiempo y, sobre todo, que hicieron patios comunes con sus confidencias, sueños, anhelos... y una pluma.

Los fetiches son un excelente recurso de la infancia. Pueden proyectar sobre algo físico lo intangible de su naturaleza más sublime, proporcionándola carácter corpóreo. Tal vez nuestra pluma fuera de gorrión o de paloma, pero nosotros la considerábamos de ángel. Una pluma de ángel que el viento de otoño trajo hasta nuestras piernas cuando estábamos sentados en el patio compartiendo todo aquel tiempo que nos sobraba. Una pluma que durante años nos sostuvo en el aire de los sueños.

Nada es para siempre, nada. Todo tiene un comienzo y todo concluye algún día. La primera condición de la vida es el cambio; lo que no cambia está muerto. Nosotros cambiamos cuando nos conocimos. Él llegó al orfanato un día cualquiera en que sus padres murieron o le abandonaron; no lo sabía. Yo llegué algunos meses después, cuando un juez decretó que el Estado asumía una tutela que consistía en un régimen carcelario y una educación en la indiferencia. Ambos, entonces, comprendimos que vivir era cambiar, ser distintos de nosotros mismos cada día como cada día era distinto del siguiente. El tiempo está vivo porque cambia. Y nosotros cambiábamos también; evolución, lo nombran algunos. Evolucionamos, pues.

El destino, la suerte o la casualidad pusieron una cama junto a la otra y una junto a otra las esperanzas. Ya digo que dos tablones inclinados no caen si uno se apoya en el otro, y nosotros éramos dos tablones recíprocamente apoyados. No sé si fue él o si fui yo quien primero reclinó su sueño en el otro; pero no importa. Lo que importa es que sucedió, acaso abriendo de par en par una puerta que nos permitió mutuamente deambular por los sueños de nuestro otro yo, convirtiéndonos recíprocamente en alter ego el uno del otro. La complicidad de lo secreto, de lo íntimo, fue la argamasa con la que lentamente fuimos edificando una amistad como un castillo imponente que, desde lo alto de la colina de nuestra infancia, dominaba un porvenir imaginado, ideado, soñado, pero listo para irse paso a paso convirtiendo en realidad.

Hablar. La palabra es la puesta en escena del deseo, si es auténtica; si es falsa, es la creación de la impostura, el reverso de la creación. Nosotros hablábamos, tendíamos nuestra mirada hacia dentro o hacia el mundo y creábamos o descreábamos cuanto nos apetecía o cuanto anhelábamos. La infancia es así, un ámbito donde la naturaleza de las cosas cede ante el deseo y donde casi todo es posible. ¡La realidad es tan hostil y tan firme cuando la manejan los adultos! La realidad de los adultos es inmutable, está muerta; la de los niños puede variar, evolucionar con ellos, ajustarse a su estado de ánimo y reír o

entristecerse.

Quiero decir con todo esto que nos teníamos un gran afecto mi amigo y yo. Un afecto sin heroísmos, aunque era heroico; una afecto sin contacto, aunque nos conjugábamos a la perfección de mil formas distintas; y un afecto sin aspiraciones, aunque no imagináramos la vida por separado. Supongo que ambos aprendimos mucho el uno del otro. Supongo, sí, porque si me detengo y pienso en qué de toda aquella relación fue lo más importante, debo reconocer que únicamente una cosa: la relación.

El afecto es una araña sutil que siempre está tejiendo su tela. No se la percibe, no se aprecia el cosquilleo de sus patas; pero lentamente va realizando su trabajo, uniendo las almas hasta que una red invisible pero fortísima las liga para siempre. Esa telaraña se fue tejiendo de palabras, de tiempo, de desahogos y de pánicos. Aprendí de él muchas cosas, muchas; él de mí, al menos otras tantas. Las circunstancias impusieron su dictadura de esperanza, y esperábamos una adultez compensadora que satisficiera las carencias que teníamos. Anhelábamos un poco de justicia, otro poco de venganza, un algo de risa o de gozo y, tal vez, amor o afecto o no sé qué elixir que nos embriagara.

La luz del patio del orfanato la recuerdo, o gris, o amarilla. No puedo recordarla de otro color. Los compañeros eran como la luz gris; mi amigo, como la amarilla o la dorada. Así de simple. El patio del orfanato lo recuerdo siempre, o lleno de chicos que corrían, o con mi amigo. No puedo recordarlo desierto o vacío. El vacío me da la impresión de que solo ha existido en mi alma desde que mi amigo se convirtió en mi enemigo, que fue el mismo día que mi amigo dejó de serlo. El vacío es un ámbito desolado, muy, muy feo.

Mi amigo curó el maltrato al que mi infancia se había acostumbrado y me inició en saber adentrarme en los inexplorados confines de los sueños. Para él los niños, y tal vez los adultos, éramos una suerte de ángeles que habíamos caído desde lo alto, acaso despeñándonos en un juego. No sabía a lo que se refería, pero siempre pensaba muy, muy alto. Excepto cuando pensaba bajo. Cuando se entristecía se hundía en lo más hondo, solía decir que los niños, y tal vez los adultos, éramos murciélagos, criaturas siniestras adaptadas a la oscuridad. Sin embargo, pocas veces estaba triste, pocas veces le vi sin su sonrisa. Su sonrisa era su distintivo; su sonrisa eran sus alas, y esas alas le hacían siempre volar muy alto.

Elegir, era la palabra que más le gustaba a mi amigo. Siempre hablaba de elegir, todo lo reducía a esa palabra. Si sabemos elegir, esto; si sabemos elegir, aquello; si sabemos elegir, lo otro; y así con todo. Siempre estaba eligiendo. Decía que esta palabra era la clave: saber elegir un amigo, saber elegir una profesión, saber elegir un camino. Me eligió como amigo, y me supo a lo bastante, a lo necesario, a lo

absoluto. Era, después de todo, el elegido, y elegir se convirtió también para mí en el acto más soberano, en la suma y compendio de la misma vida.

A veces los chicos, cuando son chicos, se juramentan, se comprometen con el destino, eligen. Nosotros elegimos un día y nos juramentamos en una amistad eterna, eterna, cuya eternidad al menos se extendiera por una vida. Fue el mismo día de la pluma, esa que trajo el viento acaso como un sello de consentimiento del mismo cielo.

La liviandad de aquella pluma, desde entonces, me ha aplastado con su peso. Y siempre la he llevado conmigo como testimonio de un afecto que quiere ser eterno; al menos tanto como para extenderse por toda una vida. Elegí, eligió, elegimos. La pluma me acompaña desde entonces, quizás recordándome mi único acto de libertad o manteniendo la esperanza de un vuelo único que no sé si me conducirá a lo más alto o a lo más hondo, convirtiéndome en ángel o en murciélago.

15 El Ojo de Dios

Apolyon, ya no tenía duda, era una organización grande, influyente y particularmente violenta. Tal vez estuviera estructurada como una secta que servía ciertos intereses políticos, o quizás como una Al Qaeda o un ISIS que se había ido infiltrando en la sociedad para golpearla, quién sabía si pretendiendo instaurar un nuevo orden o como brazo armado de un nuevo fascismo. Lo indudable era que me estaba enfrentando a ella y que se habían introducido en la Interpol, o al menos que no tenían dificultades como para hacerse pasar oficialmente por miembros suyos. Tanto el agente traído a instancias del juez Andrada como el que yo había dado muerte, no solamente eran franceses que habían pasado todos los controles, sino que cualquiera de los dos daban más y mejor la imagen de soldados de fortuna o sicarios profesionales.

A pesar del peligro de ser detenido a que me exponía, ni quería ni podía abandonar a Juantxo, y permanecí a su lado hasta que llegó la ambulancia. Tardó en hacerlo, porque todavía Madrid era en muchos barrios una zona de catástrofe y todos los recursos disponibles estaban desbordados; pero finalmente lo hizo, reconocieron los paramédicos a Juantxo, estabilizaron sus constantes vitales y, luego, me informaron de que su vida no parecía correr un riesgo severo, si es que no surgían complicaciones posteriores.

Aunque no había dejado de hablar con Juantxo en todo aquel tiempo de espera, infundiéndole un ánimo que apaciguara su dolor y su angustia, tuve ocasión de pensar en las consecuencias que podría acarrearle el que se encontrara conmigo cuando abatí a ese miembro de la Interpol, precisamente cuando un compañero de la Científica le había advertido unas horas antes de que mis restos orgánicos me señalaban como sospechoso de los crímenes que yo mismo investigaba, y que iban a dar curso a esas pruebas.

Ya estaban subiendo a la ambulancia la camilla con Juantxo, cuando se detuvo junto a nosotros un automóvil del que descendieron varios compañeros de la Central, quienes habían sido desplazados para investigar el incidente, enterados de la identidad del herido y de la muerte del agente de la Interpol. Julián salió primero, se acercó a mí, me tomó por el brazo y me llevó a un lugar aparte, mientras los otros dos compañeros se dirigían a donde estaban los policías y los paramédicos para interesarse por el estado

de Juantxo.

—¿Qué haces tú aquí?... Joder, Antonio, ¿acaso no sabes que hay una orden de detención contra ti? —me dijo.

—Fui yo el que se cargó al tipo ese.

—Eso no importa ahora. Haz el favor de largarte porque no quiero ser yo quien te detenga. No me metas en un lío, por favor.

—No creerás que he tenido que ver algo con todos esos crímenes, ¿no?...

—Todo esto es una mierda, y no sé nada ni lo quiero saber. No; no creo que hayas tenido nada que ver, pero esto se ha enredado mucho. Mira, ahora vienen hacia acá el francés ese de la Interpol y el juez Andrada, y no creo que te libres de ser detenido si llegan a verte.

Miré sobre el hombro de Julián a mis otros dos compañeros de la Central, los cuales, cuando se cruzaron nuestras miradas, me hicieron una seña con la cabeza, mostrándome su respaldo.

—No temas por ellos. Nadie de la Central moverá un dedo contra ti a no ser que no nos quede otro remedio. No sé qué está pasando aquí, pero todo esto apesta —añadió Julián.

—Vale, me voy. Creo que lo mejor será saber primero qué está pasando y, luego, si procede, que me entregue yo mismo. ¿Puedo contar contigo?...

—No me jodas, Antonio. ¿Te parece que estamos haciendo poco?... Con esto que hago estoy cruzando la línea y también a mí podrían empaquetarme, ¿no te parece?

—Bueno, estaré...

—No —me interrumpió—; no me lo digas porque no quiero saberlo. Tienes mi móvil particular, de modo que llámame a la noche y te contaré si hay algo nuevo o, al menos, cómo están las cosas. Yo mismo te informaré de cómo evoluciona Juantxo, no te preocupes de nada de esto y céntrate en tus asuntos. Resuelve este lío en el que te han metido y, ahora, por favor, lárgate antes de que llegue Andrada con el francés.

—Sí; creo que será lo mejor —acepté. Pero apenas había comenzado a caminar, me detuve, volví sobre mis pasos, y le añadí —: Diles a los compañeros que agradezco su apoyo.

—Lárgate de una puta vez, Antonio. Sabemos que tú harías otro tanto por nosotros, de modo que haz lo que debas y cuídate.

Sería corporativismo, pero se agradecía. Entre los hombres que trabajamos jugándonos tan frecuentemente la vida siempre hay algo más que simple compañerismo. Hay una suerte de hermandad que está por encima de la propia profesión. Es en ellos en los que muchas veces ponemos no solamente nuestra seguridad, sino también la de nuestra familia y nuestro futuro, y eso une mucho.

Ellos, mis compañeros, me conocían desde hacía muchos años, y no precisaban pruebas de ninguna clase para saber que yo no tenía nada que ver con los crímenes por más que odiara al aparato judicial tanto como lo manifestaba en público y en privado. Todos, en mayor o menor grado, lo detestábamos porque liberaba a lo peor y a menudo caía con todo su rigor sobre los más débiles o insignificantes, cubriendo con éstos cuotas de condenas políticas que justificaran su propia existencia, e incluso corrompiéndose a favor de los poderosos, no importaba de qué orden fueran.

Los sucesos se habían precipitado, y lo urgente de la situación no había dejado lugar para pensar en Melisa, ni siquiera para informarle de que su hermano había sido herido. Ahora que lo hacía, caí en la cuenta de que ignoraba su dirección o su número de teléfono, pero también supe instintivamente que algún compañero de la Central o algún empleado del hospital le darían aviso enseguida y que le faltaría tiempo para acudir al hospital Gregorio Marañón, donde dijeron los paramédicos que llevarían a Juantxo. Allí trataría de contactar con ella, valiéndome de que el hospital sería un espacio particularmente tumultuoso. Dadas las circunstancias de desastre en que se sumergía buena parte de España, y Madrid en particular, calculaba que no me sería difícil ampararme entre la multitud que inundaría el hospital para llegar hasta ella y poder no solamente explicarle lo sucedido con su hermano, sino también avanzar en el propósito que había quedado truncado por el incidente en el que Juantxo fue herido.

Me alejé del lugar de los sucesos con cierta agilidad, procurando no comprometer mi seguridad ni la de mis compañeros por ampararme, y me emboqué por una de las muchas estrechas callejas que abundaban en aquel barrio antiguo, tratando de evitar un encuentro indeseado con el automóvil en el que de un momento a otro llegaría el juez Andrada y el oficial francés de la Interpol.

El hospital no quedaba demasiado lejos, tenía tiempo y consideré conveniente dar un paseo hasta él, concediéndome un paréntesis para ir definiendo mis siguientes pasos y tratar de ensamblar las piezas de los últimos acontecimientos.

El día no podía ser más azul y espléndido. Un día de finales del otoño de temperaturas suaves y cielos despejados que parecían desmentir la tragedia que se verificaba a ras del suelo. Mis problemas, comparados con la inmensa cantidad de dramas que me rodeaban, no parecían sino algo baladí. El escenario no podía ser más desolador. Por todas partes menudeaban edificios colapsados convertidos en montañas de ruinas donde decenas, cientos de personas se afanaban en buscar supervivientes, apenas trabajando con las manos ante la imposibilidad de recibir ayuda inmediata, y

las horas contaban, contaban los minutos. Los ciudadanos de media ciudad buscaban sin aliento el aliento de la otra media.

Me sentí como un desalmado por pasar junto a tanta desgracia sin detenerme, e incluso la turbación de ánimo que experimentaba me hizo creerme incapaz de poner inteligencia suficiente como para comprender los sucesos que me estaban acaeciendo. Era particularmente difícil tratar de ensimismarme en la solución de mis problemas cuando de tanto en tanto me sobresaltaban los desgarradores lamentos de quien había encontrado entre los escombros el cadáver de un ser querido.

No temía por mi seguridad. Era imposible que nadie pudiera reconocer a nadie en aquel ambiente caótico. El agotamiento, el dolor o el impacto de lo que se vivía, convertían a la ciudad en una suerte de espectáculo surrealista. Nadie hablaba, a no ser para tratar de coordinar los esfuerzos de desescombro. Casi todos, como groguis, trabajaban, apartaban pedruscos con las manos, removían ruinas o simplemente miraban ajenos a sí mismos, si es que no presenciaban sobrecogidos la retirada de un nuevo cuerpo hallado entre los cascotes.

Bajé la cabeza para no ver. No quise contemplar demasiado de cerca tanta tribulación, sabiendo a los míos a salvo. Quise pasar desapercibido, en tan respetuoso silencio como tantos que se esforzaban, pareciéndome mis miedos y mis preocupaciones algo trivial entre tanto dolor. No podía hacer nada por ellos, y la inacción era más dolorosa que enfrentarse cara a cara con un cuerpo aplastado por la realidad de un mundo que se había estremecido.

Llegué al hospital aún sin haber considerado mi propia situación. Me fue necesario detenerme un instante, retomar el aliento y centrarme en la causa que me había conducido hasta allí. El caos era formidable. Cientos, miles de personas inundaban los alrededores, donde incluso se habían puesto carpas provisionales sobre las avenidas para proporcionar alguna atención médica a tantos como la reclamaban.

Me moví como pude entre la muchedumbre, y llegué hasta un control donde una enorme cantidad de personas se interesaban con indecible angustia por conocer la suerte de un nombre y unos apellidos concretos que acaso nadie podía tener nominados. Las impresoras no cesaban de escupir listados de nombres y más nombres, unos heridos, otros cadáveres, estos en este hospital, estos otros en aquel, los demás…, los demás eran simples desaparecidos, carne sobre una camilla en algún pasillo, un cuerpo muerto en una morgue o un amasijo de alguien que fue en una bolsa que jamás se identificaría.

Busqué en las listas que una auxiliar ponía en un panel improvisado sobre una pared. Me hice hueco entre la desesperación, y traté de hallar el nombre de Juantxo. No estaba. Vagué, revisé piso a piso, pregunté en algún control y hasta pasé sobre el dolor ajeno valiéndome de mi placa perseguida y de mi condición de autoridad en búsqueda y captura. Al fin, después de casi dos horas de ir y venir entre aquella turba que se agitaba como en un hormiguero, logré identificar entre el gentío el cabello castaño y los rasgos extrañamente apacibles de Melisa. Estaba apoyada en una pared, me pareció que soportando con su presencia la verticalidad del mismo mundo.

No quise acercarme hasta ella por temor de que hubiera algún policía o estuviera todavía el juez Andrada o alguien de la Interpol interrogando a Juantxo. Esperé en una esquina pacientemente a que levantara su cabeza y, cuando lo hizo y sus ojos miraron en mi dirección, le hice una seña con la mano. Su rostro se achispó, me devolvió el saludo y esperó a que me acercara. Tuve que pedirle con la mano que se aproximara ella, y encogiéndose de hombros porque no comprendía el porqué, vino hasta donde me encontraba.

—¿Cómo está Juantxo? —le pregunté.

—Le intervinieron hace un rato y parece que no fue tan grave, pero tiene para unas semanas. ¿Qué pasó?, nadie me ha querido contar...

—¿Está despierto? —le interrumpí.

—Sí. Están con él el juez y algunos compañeros tuyos. Ven a verle, si quieres.

—No; no puedo ahora. ¿Nadie te ha contado nada?

—¿Qué tienen que contarme?

—Bueno, no importa. Quédate, ya te lo explicaré más tarde. ¿Te parece que nos veamos luego?

—¿Qué pasa, Antonio?...

—Cosas. No te preocupes; pero, por favor, no digas que me has visto o que has hablado conmigo.

—No entiendo nada. Dime, ¿qué está pasando?

—Luego te cuento. Solamente haz el favor de no decir que me has visto. Si me dejas tu número de móvil luego te llamo, nos encontramos en algún lugar y te lo cuento todo.

—Si quieres puedo pasarme por tu casa, aunque no sé cuánto estaré aquí. Lo mismo tengo para toda la noche.

—No; en mi casa, no. Imposible. Buscaré un hotel o algo así, no sé.

—¿Por qué no en tu casa?

—Confía en mí. No puedo ir a mi casa. Luego te lo cuento todo, estate tranquila.

—¿Tiene todo esto algo que ver con lo de mi hermano?

—De rebote, pero sí.

Melisa sacó de su bolso una agenda diminuta y un bolígrafo y escribió su número; luego, arrancó la hoja, me la entregó, y añadió:

—¿Está afectada tu casa por el terremoto?

—Bueno, no exactamente, pero de ninguna manera puedo ir allí. Más tarde, cuando nos veamos, te pongo al corriente de todos los pormenores.

Las interrupciones eran constantes a causa de la enorme cantidad de personas que iban y venían, aunque esto mismo me proporcionaba la tranquilidad suficiente como para saber que no estábamos siendo escuchados y que pasaba desapercibida nuestra presencia.

—Me tengo que ir —me despedí—. No puedo estar demasiado tiempo aquí: no es seguro.

—No, espera —me detuvo Melisa—. No sé qué está pasando ni por qué, pero si no puedes ir a tu casa y quieres que nos veamos luego, toma, son las llaves de mi departamento. Vete allí si quieres y espérame.

Me dio las llaves y la dirección, y nos quedamos mirando sin decir palabra.

—Gracias —dije.

—¿Por qué?

—Por la confianza.

Nos miramos todavía un instante, pero al hacerlo vi que la puerta de la habitación junto a la que estaba Melisa cuando llegué se abrió y salían por ella Andrada y Gastón, el inspector de la Interpol. Comprendí al instante que estaba comprometiendo también su seguridad y, al tiempo que me ocultaba tras la esquina, le dije:

—El juez ha salido de la habitación de tu hermano. Mira, ahí hay una máquina de café. Saca uno y finge naturalidad.

El semblante sereno de Melisa se sobresaltó momentáneamente, pero, dominándose, abrió su bolso, buscó su monedero y fue hacia la máquina expendedora que había en la salita de espera, junto al control de planta, al tiempo que yo me giraba sobre mis talones y me marchaba, amparándome entre las muchas personas que había en el pasillo.

Era inútil de todo punto tratar de encontrar un taxi en una ciudad tan desordenada. Ni siquiera un autobús. Nada funcionaba. A buen paso, y buscando las calles menos transitadas, caminé nuevamente por la ciudad como un hombre acosado. Estando el juez Andrada y Gastón en el hospital para interrogar a Juantxo, era más que posible que no tardaran en marcharse y que regresaran a la

Central por las avenidas más despejadas. Debía ser cuidadoso.

¿Qué les habría dicho Juantxo?... ¿Les habría hablado de mi participación en los sucesos, o se habría responsabilizado del tiroteo y cargado con el cadáver?... Si hubiera hecho esto último, quedaba claro que los informes forenses le contradirían por la forma en que cayó abatido el cuerpo y por el ángulo en que le entró la bala. Ahora que lo pensaba, había demasiados cabos sueltos que ponían a mi auxiliar en un serio compromiso. Aun si había dicho la verdad y había confesado que estaba conmigo, ¿qué habría argumentado para justificar mi ausencia?...

No tenía más remedio que esperar a la noche para saber cómo estaban las cosas, cuando le telefoneara a Julián. Ahora había otras cuestiones más urgentes, como comenzar a ordenar los sucesos, darles coherencia y poder saber quién y por qué exactamente había colado las pruebas falsas en los escenarios de los crímenes para anularme. Todo parecía indicar que había sido el tal Paul, pero él mismo lo contradijo con los planteamientos que me hizo por teléfono y las tareas que pretendía que llevara a cabo. ¿A qué ponerme al frente de una investigación, si lo que quería era involucrarme en sus delitos y que me encerraran de por vida?... Daba por cierto que no se le podía dar crédito a un asesino, pero aquel no era un asesino ordinario y todo parecía indicar que se había tomado demasiadas molestias para que yo, y no otro, fuera designado como el responsable del caso.

Sumido en estos pensamientos volví a recorrer parte de la ciudad devastada. Llegué al portal donde vivía Melisa, pero, antes de subir a su departamento y en vista de que al lado de su casa había un supermercado abierto, a fin de comer algo sin necesidad de tocar ninguna de las pertenencias de la propietaria, entré en él e hice algunas compras menudas.

Era un departamento pequeño decorado de una forma muy sencilla y funcional. Una salita, una habitación, un despacho, la cocina y el aseo eran todas las piezas que lo conformaban, estando decoradas todas ellas en un estilo muy zen por lo escaso del mobiliario, a excepción del despacho, que era la pieza de mayor lustre de la casa. Este cuarto fue el que más llamó mi atención, porque en él imperaba el caos así como en las demás piezas del departamento se imponía la dictadura del orden. Un sillón y un escritorio de espaldas a la ventana que daba a la calle eran, junto con las estanterías que llenaban todos los muros de rodapié a techo, todo el mobiliario. Había libros por todas partes, así atiborrando los anaqueles como sobre la mesa, donde estaba un ordenador todavía con la pantalla encendida. Seguramente Melisa había abandonado a toda prisa lo que estuviera haciendo cuando la llamaron dándole

aviso de lo de su hermano.

Volví a la salita, puse sobre la mesita baja la bolsa con las viandas que adquiriera un momento antes, prendí el pequeño televisor que allí había y tomé asiento para comer mientras me enteraba de los últimos sucesos. El fulgor de las imágenes pronto asaltó mis retinas, llenándose de tragedias enormes. Aunque el epicentro del terremoto se había verificado en Granada, sus efectos devastadores se habían extendido desde el Sistema Central, por el norte, hasta la última esquina del Rif, por el sur, y desde Portugal, por el oeste, hasta el Adriático, por el este. Llegaban noticias parecidas desde mil orígenes distintos, de mil pueblos y ciudades que habían sido abatidas como castillos de naipes, así en Castilla como en Portugal, Marruecos o Italia. Nadie, en ninguna parte del sur de Europa o del norte de África parecía haberse librado de las consecuencias. El Piamonte había quedado desolado, Sicilia era una pura ruina y el Etna y el Vesubio habían entrado en erupción, multiplicando los daños. La desventura conmocionaba no solo a España, sino al mundo entero, y no parecía que las ayudas que llegaban del resto del globo pudieran hacer mucho para paliarla. Era imposible que nadie pudiera tener tantas manos. Los medios de cada país afectado, por lo que se veía, estaban completamente desbordados, no siendo suficiente con la voluntariedad de las gentes, los afanes de los Cuerpos especializados y los propios ejércitos.

No sé cuántas horas pasé viendo esta sucesión de desgracias. Sé que fueron tantas que me pareció presenciar una película apocalíptica, de esas con las que la misma especie había llamado desde la comodidad o el morbo a la desgracia; pero la llegada de Melisa, al fin, me libró del suplicio.

—¿Cómo sigue Juantxo?

—Pues, según los médicos, como una rosa. Parece ser que la bala no afectó más que al omóplato. Ni siquiera le tocó las costillas. Ha tenido mucha suerte.

—Y tú, ¿cómo estás?...

—Preocupada por él y por ti. ¿De veras que mataste esta mañana a un agente de la Interpol?...

—Eso parece.

—¿Y no crees que esto requiere una explicación un poquitín mayor? Mi hermano...

No le permití continuar. Le pedí que tomara asiento, le ofrecí un poco del zumo que había comprado en uno de los vasos de plástico que llevé conmigo, se lo serví y comencé una explicación del suceso que le permitiera recobrar la tranquilidad, comenzando por mi supuesta implicación en los crímenes.

—¿Quién querría hacer eso?

—No lo sé —contesté rotundo—. Eso es una de las cosas que debo averiguar, si puedo.

—Y mi hermano, ¿en qué posición queda con todo esto?

—Me temo, Melisa, que van a presionarlo. Supongo que habrá dicho que a esa hora él no sabía nada de que yo estuviera en busca y captura, pero tampoco van a tragarse semejante píldora sin estrujarle antes. La Interpol no soltará su presa sin la seguridad de su inocencia y, al menos en apariencia, no lo es mucho. No sabes cómo lamento esto.

Me dolía particularmente la mueca de ansiedad que surcaba como un rayo tenebroso el semblante de Melisa, afeándolo. Comprendía que no sólo era la causa de haber puesto a Juantxo en una situación particularmente delicada, sino también a ella, porque tarde o temprano alguien de la Interpol podría establecer alguna clase de vínculo entre ella y yo, siquiera fuera como una línea secundaria de investigación, y probablemente la sometieran a vigilancia, si es que no lo estaban haciendo ya. Comprendí que debía apartarme de ella lo antes posible.

—Lamento mucho todo lo sucedido, pero no puedo deshacerlo, Melisa. Lo mejor será, si te parece, que me digas si puedes ayudarme con lo de la cosa esa del Ojo de Dios y que me vaya cuanto antes. No quiero implicarte más.

Casi mecánicamente Melisa se incorporó, fue a su despacho, rebuscó entre sus libros, volvió a la salita con uno abierto entre las manos, lo puso sobre la mesa frente a mí y me dijo:

—Éste es el ojo que todo lo ve.

Otro símbolo. Nada más me pareció que otro símbolo insulso, tal vez con alguna clase de contenido para los creyentes o para paleógrafos como ella, pero sin ningún significado para mí.

—¿Tiene algo que ver esto con Apolyon? —inquirí confuso.

—Nada en absoluto, salvo que esto es una síntesis de la omnipresencia divina, algo místico, y en ese sentido tal vez....

Se extendió por una explicación que se remontaba a muchas culturas antiguas, pero cuyas notas no tenían eco en mis oídos. No me pareció que tuviera nada que ver, por muy místicos que fueran ambos distintivos.

—¿Sabías que el hombre que maté esta mañana tenía el sello de Apolyon tatuado en el pecho, casi a la altura del hombro?...

Melisa arrugó su preciosa nariz, se ruborizó ligeramente y coreó turbada en forma de pregunta:

—¿En el hombro? —Y luego, añadió—: Pero ese hombre, ¿no era de la Interpol?

—No veo qué problema hay.

—Únicamente uno: también lo utilizó el asesino.

La conclusión, por evidente, me ruborizó a mí también. Yo, se suponía, era el policía, pero la solución la había alcanzado una paleógrafa. El proceso lógico se disparó en mi mente. El asesino había utilizado el mismo símbolo que quienes me habían estado siguiendo, pero él pretendía orientarme en mi investigación y aquel al que maté unas horas antes estaba siguiéndome desde hacía días, no tenía claro para qué. Si disparó contra mí, no fue desde luego como advertencia, sino con la intención de herirme e incluso de matarme, luego no podía pertenecer al mismo orden que quien provocaba sucesos para que los investigara. Y la síntesis saltó sola: pertenecieron a la misma organización, pero mi hombre era un traidor al que pretendían anular a mi través, usándome como cebo.

—Descartada la secta —resumí en voz alta—, tal vez se trate de una organización europea, si consideramos que los nombres tanto del asesino como el de que maté esta mañana eran franceses, y lo que es más, también lo es el del inspector que se presentó en la Central a instancias del juez Andrada para colaborar en mi caso.

—La cosa no te pinta nada bien —observó Melisa.

Pensé un momento. Si Apolyon no tenía nada que ver con ninguna secta, si no era usado como un símbolo religioso o perteneciente a un orden de maniáticos del hermetismo, lo del Ojo de Dios, por pura lógica, tampoco debería tener nada que ver con ninguna clase de asunto divino.

—Vale, señora investigadora —acepté, incorporándome del respaldo y apoyando ambos codos sobre las rodillas—. Si no tuviera que ver eso del Ojo de Dios con ningún símbolo religioso o esotérico de esos, ¿qué te sugeriría?...

Melisa, después de pronunciar un «no sé» que la sumió en un análisis profundo de sus propios conocimientos durante unos instantes, resolvió:

—Como no sea la nebulosa…

—¿Nebulosa? —interrogué cual clamando un ¡eureka! que enlazaba con la sugerencia de Paul sobre la astronomía.

—Se trata de una de las nebulosas más famosas. Se le llama el Ojo de Dios por la forma en que una estrella, Hélix o Hélice, distribuyó sus gases al morir. Espera, creo que tengo un libro donde puedes verlo. O no; mejor todavía, ven a verlo en Internet.

Fuimos al despacho, abrió un buscador, escribió «Ojo de Dios» y al punto aparecieron incontables páginas, casi todas de astronomía. Abrió la que la pareció más adecuada, y en la pantalla se mostró esplendorosa la nebulosa NGC7293, el Ojo de Dios.

16 Grandes anhelos, grandes fiascos

No sentimos, ni mucho menos, la voz de la patria. Fue nada más que una salida de emergencia del orfanato como hubiera podido serla cualquiera otra; pero pronto aprendimos a amarla. Lo enorme enseguida llena lo que está vacío. Mi amigo y yo elegimos, y nos satisficimos de ello. Lo menudo, una mujer o una familia, nos habían traicionado, y nos decidimos a amar lo gigantesco. Lástima que no nos alcanzaran los brazos para rodearla ni tuviéramos labios lo bastante grandes como para regalarle todos los besos que aún no habíamos dado.

Lo heroico del pasado, la gloria de milenios y la grandeza de ser el sostén de algo tan colosal nos hizo sentir libres, señores de nosotros mismos. Por primera vez; tal vez, por única vez. Ya no éramos don nadies, sino soldados, forjadores de la Historia. Nos subyugó la vida, y el uniforme nos usurpó el alma porque los uniformes no muestran, sino que esconden; pero nos sentíamos bien dentro de aquel cuerpo en que no éramos sino acaso dos diminutas células. Queríamos más, amábamos aquella disciplina espartana a la que ya estábamos hechos desde la infancia. Quizás por eso entramos en las COEs. Los guerrilleros, como entonces se les llamaba a los Cuerpos de Operaciones Especiales, tenían la bohemia y la abnegación que mejor cuadraba con nuestras aspiraciones: sobrevivir a toda costa, golpear sin aviso y desvanecernos como el humo. Sabíamos ser humo mejor que nadie. Siempre habíamos sido humo.

Pero allí éramos más que eso: éramos algo tangible. Nos distinguían nuestros oficiales por nuestra capacidad vocacional y nuestra resistencia. Ellos, claro, no eran huérfanos, no habían crecido como nosotros sin conocer el afecto, no sabían lo que era ser golpeados por la noche y por el día, lo que representaba ser continuamente ignorados como personas, sino considerados nada más que un trabajo de insulsos funcionarios, ni habían tenido una vida carcelaria.

Para quienes vivieron lo que nosotros ya teníamos sobre el alma, la prisión del uniforme era libertad y la posesión de un arma, poder. Poder a manos llenas. Fueron, tal vez, los días más dichosos que recuerdo, los más plenos. Nadie puede saber cuánto se disfruta cuando se salta en paracaídas si nunca ha estado encerrado entre cuatro paredes y ningún sueño. Volar como los pájaros, siquiera fuera por unos segundos o unos minutos, era ser aquella pluma que siempre llevaba conmigo en la cartera, junto al pecho.

Ahora que lo pienso, no sé si amábamos a la patria o si ella fue

solamente nuestra excusa para la salida del orfanato. Amábamos algo, eso es seguro, o lo veíamos como el modo de ser lo que nunca habíamos sido. Algo de eso debió ser, porque si la patria entonces nos hubiera pedido la vida, se la habríamos dado sin dudar ni un instante. Así es la libertad para el pájaro cuando el pájaro estuvo siempre enjaulado.

Teníamos compañeros como hermanos, cada uno arrastrando una historia parecida a la nuestra, con mucho de dolor y poco de gozo. Reíamos, bebíamos, tomábamos prestados por unos minutos amores pagados... La vida es un libro con muchas páginas; pero aquellas fueron las mejores. La caligrafía con la que escribíamos era preciosista, alineada, de trazo firme.

Un día como tantos apareció en nuestras vidas aquella muchacha, y mi amigo se enamoró de ella. No sé qué embrujos ejerció sobre él la carne o qué tipo de hechizos los besos. Había tenido a otras, había comprado otros besos, y no comprendí qué los diferenciaban de esos. Sin embargo mi amigo se comenzó a alejar de mí, empezó a buscar una soledad acompañada por aquella muchacha hermosa y a tejer un futuro en el que yo no cabía. Secretamente fue urdiendo la manera de darme la espalda, de vararme en el malecón del olvido mientras él anidaba en las ramas más altas de un porvenir risueño. Mi amigo planeaba ya abandonarme.

Un día como otro cualquiera me dijo: «He elegido.» Su elección me marginaba, me dejaba al otro lado de la orilla de su vida. Le respondí: «¿Por cuántos has elegido?» No me respondió. Nunca me respondió a esa pregunta, a pesar de que le repetí una vez y otra: «¿Por cuántos podrías elegir?»

Hoy lo sé, pero entonces lo ignoraba: la decisión de uno siempre afecta a muchos. Se le condena a un culpable, pero también el juez sentencia a los inocentes que aman al reo; ¿qué culpa tienen ellos de los delitos de otro? Siempre una elección niega otras elecciones. Elegir es algo complicado, difícil, siniestro. Le insistí: «¿Por cuántos elegirías?... ¿Acaso serías capaz de elegir por otros?»

Solamente me respondió cuando dejé de verle, cuando algunos meses después decidió también por mí y abandonó el Ejército para ingresar en la Academia de la Policía. Me dijo: «Yo siempre elijo por mí, solo por mí.» Se refería a su vida y lo sé, pero su elección, aunque fuera sobre su vida, afectaba a otras vidas. A la mía, por ejemplo. ¿Qué culpa tenía yo de que se hubiera enamorado, de que lo vaporoso del amor tocara la puerta de su corazón?... ¿Acaso no me echó de su corazón para que otro amor cupiera?...

Ella no me hizo nada y no le tuve ningún resentimiento. Ella era nada más que un accidente de la vida, un invierno o un verano: nada importante. El que había elegido era mi amigo, él fue el que me desalojó por la fuerza del amor ajeno, el que eligió su inocente y declaró su

culpable, y a él, por ello, no pude perdonarle. O eso, o es que no pude perdonarme a mí, porque por resentimiento me fui a la vida a elegir, y elegí la liberación de la muerte de otros. Siempre son otros los que abonan nuestras deudas.

Mi fetiche, mi pluma, se trasformó no en un sueño de libertad, sino en un recuerdo de odio. Era blanca, quizás algo sucia y acartonada, pero a mis ojos era negra como las que deberían tener los murciélagos, si es que los murciélagos tuvieran plumas. Si fue de ángel blanco, se tornó de ángel negro; si aspiró a lo más alto, se hundió en lo más profundo; y si eligió la vida, elegí la muerte.

Desde entonces, por aquella pequeña cosa, por causa de aquella elección pequeña, muchos, muchísimos murieron: ¿quién les mató, verdaderamente?... No sé si caí por aquella pendiente que conducía al abismo o si me empujó al abismo aquel que eligió por mí. El riesgo de asomarse a lo profundo es que lo profundo pueda conocer tu nombre, y el mío lo conocía. Tal vez fue cosa del destino.

Creo que ya he dicho que son las pequeñas cosas donde se contienen los grandes peligros, donde se incuban y forman los grandes sucesos. Las estrellas se forman de polvo, de polvo se forman los planetas y de un simple cigoto brota la vida humana con sus grandezas y sus miserias. Lo pequeño es lo importante. Lo grande no es sino la suma o la multiplicación de algo muy pequeño.

¿Cuántas vidas han pagado la desilusión de una vida?... Ahora que se avecina el fin y la conclusión de la vida, no sé calcularlo. No tengo la menor idea de qué ciencia puede saber de números tan grandes. Lo mínimo ha ido sumando o multiplicando y haciéndose enorme, y no sé cómo deshacer lo hecho. No; no me arrepiento, porque el arrepentimiento no sirve. Fui la mano del destino. Si hay Dios, Él consintió que me empujaran a ese camino de ida solamente a la muerte; si no lo hay, ¿qué más da?...

Elegir debiera estar prohibido sin saberse antes las consecuencias. La libertad es una responsabilidad demasiado inabarcable para un humano, demasiado profunda para una carne. Sin embargo, todos debemos elegir muchas veces por día sobre nosotros mismos, que es elegir sobre la vida de los otros. Lo inmenso que suceda se ocultará en lo exiguo: un simple cuark será la causa del fin del universo.

17 El ojo del diablo

Durante largo rato estuvimos leyendo todo lo que había sobre la nebulosa el Ojo de Dios, pero no eran más que datos astronómicos. Miramos decenas, cientos de fotografías de la nebulosa, unas iguales a otras aunque todas de una belleza inenarrable. ¡Qué hermosa podía llegar a ser la muerte de una estrella! En alguno de los artículos se aseguraba que la muerte de las estrellas suponía la generatriz del nacimiento de otras, e incluso se mencionaba que había una que se hallaba próxima a su fin y que destruiría los Pilares de la Creación, una masa de polvo cósmico de belleza singular y de dimensiones inimaginables.

Pero nada de todo aquello, por curioso y hermoso que fuera, tenía ninguna relación con el asesinato de tantos jueces y abogados, con Apolyon o con que un miembro de la Interpol me hubiera tiroteado. ¿Qué pretendía el tal Paul con todo este galimatías?... Debo confesar que me encontraba absolutamente perdido, desorientado.

—Tal vez —reflexioné en voz alta—, se trate por ahora de juntar piezas.

—¡Pues como estén todas a la misma distancia!

Distancia, era quizás la palabra correcta. Ver la composición desde cierta distancia. Cuando uno se mete demasiado en un asunto pierde la perspectiva, y todo al final es una cuestión de perspectiva, que es decir de distancia.

—Vale. Por aquí ya vemos que no avanzamos más que hasta saber que Apolyon tiene algo que ver con el Ojo de Dios, que está a no sé cuántos años luz, y que a su vez tiene algo que ver con lo más bajo, según me dijo el tal Paul, con túneles. Melisa, a ti que estás más inspirada o menos embotada, ¿qué te sugiere?...

—Pues eso —respondió con simpleza—, túneles. Antonio, ese criminal al que persigues parece un tipo al que le gusta ir al grano: hasta ahora todo cuanto te ha dicho siempre ha sido directo. No veo por qué en la cosa de los túneles ha de ser diferente. Te dijo Apolyon de una manera brutal, pero franca; te dijo el Ojo de Dios, y lo ha hecho de una forma igual; y mucho me temo que túneles significa ni más ni menos que túneles. Me da la impresión de que es tu manía de buscar donde no es lo que está enredando todo esto.

Bien mirado, Melisa tenía razón. Habían sido mis elucubraciones las que habían dado vueltas a lo que no era. Tal vez buscando por

esa vía directa que decía mi encantadora amiga pudiéramos avanzar más o, al menos, reunir todas las piezas antes de comenzar a ensamblarlas. Ya era de noche y se me ocurrió una idea. Tomé el teléfono y marqué el número de la Central.

—Toma, di que eres Isabel y que quieres hablar con Julián Lagos, haz el favor.

Melisa lo hizo, y cuando le comunicaron con Julián, me pasó el auricular.

—Julián, soy Antonio. Sé que ahí probablemente es donde menos te comprometo. ¿Qué me puedes decir?...

Julián protestó por la osadía, pero finalmente me comentó que Juantxo le había dicho al juez Andrada que tratamos de identificar a aquel hombre que nos seguía, que abrió fuego contra nosotros y que como consecuencia del tiroteo el hombre resultó muerto y él herido. Luego, sobre lo mío me comentó que después de emitirse la orden de detención no se había vuelto a hablar en la Central del asunto.

—Te pido un favor y no te vuelvo a molestar, Julián —le dije—. ¿Podrías enterarte de todo lo que puedas sobre túneles y cosas por el estilo que se estén haciendo en este momento en España?...

—¿Tan hondo te piensas esconder? —bromeó.

—Puede ser que sea necesario. No; ahora fuera de broma: hazme este favor, es el último.

—Dalo por hecho. Hablo con Información o... No; espera. Llámame esta noche a casa, como en un par de horas. Mi cuñado trabaja en Obras Públicas y debe estar al corriente de todo eso.

Nos despedimos y colgué el teléfono. Luego, me quedé pensativo intentando comprender los posibles vínculos entre el sello, la nebulosa y los túneles.

—¿Y? —curioseó Melisa.

—Todo lo que podía hacer, está hecho. Esperemos que la información que más tarde me facilite Julián arroje alguna luz sobre el caso, porque, francamente, estoy perdido. No comprendo nada. ¿Qué te dice el sello, la nebulosa esa y los túneles?...

—A mí, nada. Sin embargo, hay algo que a lo mejor pudiera ser interesante que supieras: en los textos sagrados, y parece que tienen mucho que ver con este caso, el abismo no es solamente hacia abajo, como la mayoría de la gente cree, una especie de precipicio o así. El abismo tiene un significado de insondable o sin fondo, y en este sentido el mismo universo es un abismo, el abismo.

—¡Qué curioso!

—De alguna manera, hay un abismo hacia arriba y otro hacia abajo. La Tierra misma fue creada en el abismo, y en el abismo, que algunos ubican en el fondo de la Tierra, está el de la perdición, que

es el Infierno.

—A lo mejor va por ahí la cosa, pero no lo tengo muy claro porque el tal Paul me dijo: fíjate bien en el Ojo de Dios. No sé qué puede significar eso, porque por más fotografías que hemos visto no creo que sea posible, y en ninguna hemos apreciado nada interesante o particular…, al menos que yo sepa comprender. No sé qué quiere que busque ahí.

—Tienes todo el aspecto de estar agotado. Déjalo, seguro que se te ocurrirá algo. Cuando no se comprenden las cosas, lo mejor es dejarlas madurar. Estando agotado el cerebro no funciona bien.

—Y además eso. No dormí la noche pasada por lo del terremoto y lo del Paul ese de los diablos, ¡y hoy llevo un día!...

—Si no puedes volver a tu casa, ¿por qué no te das una ducha y descansas un poco?

—No; no quiero comprometerte más de lo que ya lo he hecho.

—Mira, estás aquí y creo que ya no puede evitarse. El que permanezcas una o dos horas más no creo que vaya a cambiar nada. Incluso el que te quedes a dormir, si quieres. Mañana, más despejado, piensas en algo.

La suerte estaba echada, y no podía comprometer a Melisa más de lo que había hecho. Acepté. Unos minutos después estaba bajo el agua tibia de la ducha. Sentía los miembros acorchados, pero, contrariamente a lo que debiera ser natural según mi carácter, estaba excitado. Melisa me atraía irresistiblemente, y el hecho de estar en su bañera, frotar mi cuerpo con su esponja y secarlo con sus toallas... Pero no; me resistí, me negué. Era un hombre sin esperanzas a quien, aún en el mejor de los casos, le quedaban unos años de vida… en caída libre hacia la fosa. Lo que quedaba de mí, no obstante, seguía siendo un hombre que se resistía a la extinción y que aún era capaz de soñar y de desear, tal vez de amar; pero comprendí que el hombre en extinción debía sacrificarse, y tanto más si lo que sentía tenía algo que ver con un interés noble.

Sería el cansancio, porque cuando salí del aseo, aunque más relajado en lo físico, en lo mental me sentía recuperado. La compostura recuperó el dominio sobre mis emociones y deseos, y con la mayor naturalidad pude ver en Melisa solamente a la hermana de mi auxiliar y amigo.

—Te preparé unos huevos fritos con chorizo. Vas a ver ahora que lo mío no es la cocina.

—Melisa, ahora mismo agradecería un mendrugo de pan negro. Te lo agradezco de veras y quiero que sepas que me siento un poco mal por tantas molestias como te estoy causando.

—Para, para. Eres un compañero y amigo de mi hermano: eso es bastante.

La recurrencia al parentesco me pareció particularmente oportuna. No debía olvidarlo: era la hermana de Juantxo. Punto.

—Pues no serás buena cocinera —dije cuando había dado buena cuenta de cuanto me puso en el plato—, pero estaba de muerte.

Recostado en el sofá, relajado por la ducha y con el estómago lleno, charlé distendidamente con Melisa mientras tomábamos un café. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan extrañamente tranquilo y tan ajeno a mis propios problemas. Era una sensación como de saberme a salvo o semejante a la de tener una familia. Incluso llegué a ponderar que así fue como debí considerarme durante años mientras estuve casado y Aurora y Laura formaban parte de mi vida.

Melisa, relajadamente también, me habló de sus proyectos, de las causas finales por las que había realizado una carrera tan atípica. Le interesaba el devenir del hombre, o de la humanidad, más propiamente dicho. Para ella, según me confidenció, sólo podíamos saber adónde íbamos si comprendíamos de dónde veníamos. Creía que la especie tomó muchos caminos, al menos uno por cultura, y que unos habían sido más fértiles que otros, cediendo finalmente paso a la organización social que nos concernía: la del dinero. Viajó con agradables giros y afortunadas expresiones a pasados remotos, deambuló por las avenidas de extintas ciudades levantadas en honor de desaparecidos dioses, las cuales dormirían su sueño eterno bajo las arenas de los ardientes desiertos de Oriente Medio o de Egipto, y hasta rescató escenas de los trópicos en que los dioses emplumados dejaron su aliento al pie de las pirámides donde aún latían sobre cuencos los corazones arrancados en honor de Huitzilipochtli. Su verbo se fue haciendo florido, jugoso, rescatando del ayer voces que tenían eco vivo en su presente. Su placer y su ciencia la iban descubriendo desde el fondo de aquel precedente paño de cortesía social en que había estado envuelta, manifestándose más ella, más auténtica. Me dijo que jamás podría calcular qué sintió cuando caminó por la Avenida de los Muertos en Teotihuacan, qué cuando ascendió hasta las alturas del aire enrarecido de Tiahuanaco y cuando se bañó desnuda bajo la luz de la luna en las aguas del Titicaca, qué cuando se las ingenió para pasar una noche en el recinto sagrado de Keops y qué cuando en las ruinas de Uruk, la ciudad de las mil torres, pudo desenterrar con sus propias manos pedazos de una tablilla con parte del poema de Gilgamesh en escritura cuneiforme, pareciéndole que podía acariciar las barbas del mítico dos veces dios y una vez hombre.

Tenía tanta luz metida en sus ojos que brillaban como con esplendor divino, semejante al que habíamos contemplado en la muerte de las lejanísimas estrellas que habían generado las

nebulosas. El verde esmeralda de sus iris se hizo más verde y más profundo, y por un momento imaginé que no habría muerte más hermosa que la producida bajo la galaxia de su mirada. Su charla, como un concierto suave que derivara al *molto vivace*, fue cobrando ritmo, y se adentró en las profundidades de la mítica Alejandría, paseó por el ágora espartana y vagabundeó desde la Vía Apia hasta el Palatino, desembocando finalmente en tiempos de Tiberio al pie del Monte de la Calavera, donde Adán murió, el primer hombre, y donde su sangre antigua se mezcló con la del primer Dios encarnado para el sacrificio.

Pude sentir a nuestro lado, compartiendo espacio en la pequeña sala, a una multitud incontable de dioses, reyes y hombres extintos, cada cual empuñando sus verbos y cada cual blandiendo sus leyes inflexibles. Momentáneamente hubo una brisa suavísima que trajo aroma a nenúfares del Nilo, incienso de la India, agave de México y pétalos de Grecia. Los dioses y los hombres habían convivido muchas veces de muchas formas, acaso amándose como en el Kamasutra o el Ananga Ranga de todas formas imaginables, y fracasando, como los divorciados, por todos los conflictos posibles, trasformando por virtud de la ira el amor en rencor.

Hubiera pasado escuchándola, qué se yo, media vida o el resto de ella, pero el teléfono trajo un viento huracanado de realidad que arrastró a dioses, reyes, míticos héroes y culturas a las tumbas lejanas que ocupaban al fondo del tiempo, allá en las arenas de los ardientes desiertos, bajo los cascotes de informes ruinas o en las profundas fosas ocultas por los lodos de incontables Historias que los sucedieron.

Era Julián, quien me devolvía la llamada para informarme de la cuestión que le había planteado.

—No sé de qué puede servirte ni para qué te interesa saberlo —me dijo no sin cierta perplejidad—, pero respecto a eso de los túneles te diré que no se están construyendo más que los normales: ampliaciones de metro, algunos para el AVE o autopistas y quién sabe si algunos mineros...

Tampoco yo comprendía para qué diablos podía servirme toda esa información que, dicho sea de paso, así, tan ambigua, me dejaba *in albis*.

—Nada así, cómo te diría yo…, ¿extraño? —insistí.

—Nada. Me pareció muy rara tu petición, pero también a mi cuñado, e incluso cuando le pregunté dónde se estaban construyendo esos túneles por si te hacía falta, me dijo que podías consultarlo en el Registro de Obras Públicas o aún en el Colegio de Ingenieros de Caminos, etcétera.

—Nada insólito, entonces —concluí.

—Tu interés, en todo caso —bromeó Julián—. Lo único que me llamó la atención, o dicho con más propiedad, destacó mi cuñado, fue el hecho de que en España hubiera seis supertuneladoras y en todo el resto de Europa solamente dos. Además, según me comentó, una que sería un lujo para una potencia, era demasiado pequeña por lo que se ve y se la enterró en algún lugar de la Casa de Campo. Ya sabes cómo están de tiraduros nuestros políticos, que hasta se permiten enterrar una maquinaria que vale una millonada.

Guardé un instante de silencio mientras intentaba dar sentido a lo que Julián me refería, pero todo me pareció tan absurdo como incoherente.

—Bueno, espero que te sirva.

—Y yo —respondí—. Te lo agradezco, chico. No te molestaré más hasta que resuelva esta historia.

—Cuídate, compañero. Me da en la nariz que este asunto en el que estás metido es mucho más gordo de lo que parece. Los chicos te mandan un abrazo.

—Dales otro de mi parte.

Nada. No parecía que la información recibida tuviera el menor valor. ¿De qué podría aprovecharme para resolver mi problema el que estuviera haciéndose un túnel en tal o cual autovía o trazado ferroviario?... Sin embargo, y siguiendo el razonamiento anterior de Melisa, sospechaba que debía algo importante que se me escapaba, porque hasta ahora Paul había sido tan veraz como directo con todas sus pistas. Su mentalidad, a mis ojos, no podía ser más retorcida, jugaba con la vida humana como si fueran fichas de una especie de parchís macabro, pero al mismo tiempo sabía lo que quería y estaba más que claro que me lo haría comprender sutilmente o por métodos más brutales.

—Veo por tu cara que las noticias no fueron buenas —apuntó Melisa.

—Ni malas. En realidad, no sé qué clase de noticias esperaba.

—En mi trabajo, que puede ser como en el tuyo, lo que cuenta es la paciencia, el método.

—Sí; en eso son muy parecidos. Lo que sucede es que estoy tratando de comprender un lenguaje que no entiendo.

—Ya. Lo que necesitas, entonces, es una Piedra Rosetta.

Sabía lo que era la Piedra Rosetta y cómo a través de ella desentrañaron el lenguaje jeroglífico egipcio; pero no había otros idiomas que conociera y a los que recurrir para desentrañar este.

—¡Si al menos tuviera claro lo demás!...

—Pero es que ya tienes muchas piezas y quizás puedan comenzar a tener algún sentido.

—Te refieres a...

—Me refiero a que apliques en la pieza que buscas el mismo procedimiento que has usado para llegar a alguna clase de conclusión con las demás.

Tenía sentido, por supuesto, y siguiendo ese criterio me desvié al creer que buscaba una secta cuando estaba haciéndolo con una organización, no tenía completamente claro si perteneciente a un ente político como la Unión Europea o el gobierno francés. Con todo, eso no tenía relación con lo demás. Cierto que también me equivoqué al considerar que el Ojo de Dios era un símbolo cuando se trataba de una nebulosa; pero es que ahora que buscaba «lo más bajo», dicho en palabras de Paul, no había ninguna posibilidad de error porque había buscado en la vía directa, en los túneles, y eso no me conducía a ningún sitio.

—No sé si valdrá en este caso, Melisa. No veo qué tienen que ver los túneles con las nebulosas y con una organización que aparentemente tiene algo en común con el sello de Apolyon.

—Yo tampoco, pero me da la impresión, si considero que tu asesino está usando un lenguaje para el que no tenemos referencias, de que está precisamente en el qué. Lo que quiere que comprendas, persigas o encuentres es el qué de sus cuestiones. No sé si me explico.

—Lo haces —admití—, y muy bien por cierto. El qué de Apolyon es una organización. No tengo más certezas, salvo que es militar o paramilitar, implacable y con un traidor entre sus filas que nos está haciendo alguna clase de confidencia a un costo humano enorme. El qué de una nebulosa que se nombra como el Ojo de Dios, no puedo suponer cuál es, y mucho menos de «lo más bajo», los túneles. ¿Qué pueden ser en ese supuesto idioma una nebulosa con un nombre tan rimbombante y unos túneles?...

—Eso depende para quién, supongo. Para un policía no lo sé, pero si lo miras desde un punto de vista neutro, sin involucrarte, la astronomía es el trabajo de los astrónomos y los túneles de los ingenieros de minas o de los mineros. Así, según desde qué óptica lo contemples, adquiere una dimensión u otra. El sello de Apolyon es un anagrama del ángel del abismo, el cual tiene mucho que ver con el sufrimiento y castigo de la humanidad, y puede ser que esa organización o lo que sea, de alguna manera, se ocupe de esa función. Del mismo modo, el espacio es el lugar que estudian los astrónomos, pero en el que trabajan físicamente los astronautas y los ingenieros espaciales que desarrollan los satélites, los cohetes y todo eso; y, de forma parecida, lo más bajo es el subsuelo, de donde se obtienen los materiales y donde se perfora para llegar a las riquezas que esconde, haciendo siempre agujeros o túneles que conecten el interior y el exterior. Sacan lo que está escondido, vaya,

un poco como hago yo misma cuando desentierro una reliquia de una cultura remota.

Justo al pronunciar estas palabras sentí un fogonazo en mi cabeza de tal magnitud que me forzó a dejar de dar paseos por la sala mientras escuchaba, y que me invitó a dejarme caer sobre el sofá, llevándome ambas manos a la cabeza:

—¡O para esconderlas! —exclamé.

—¿Para esconder, qué?

—¿En qué estado encuentras tus reliquias, o en qué estado encuentran los fósiles los paleontólogos? —le pregunté.

—Lamentable, desde luego —respondió con firmeza. Y tras un brevísimo silencio, añadió, prendiéndose sus ojuelos de un brillo hermoso—: ¡Pero mucho mejor que si hubieran estado al descubierto, sin duda!

—Exacto. Para conservar. La tierra puede ser un conservante excelente —resolví el acertijo. Y, llevado por mi propia febrilidad añadí—: Ahí, en el subsuelo, que es decir en túneles, es donde se construyen las santabárbaras atómicas, los refugios nucleares e incluso los aceleradores de partículas.

Al llegar a este punto ambos quedamos mirándonos, sin atrevernos a pronunciar en voz alta lo que sin duda ambos pensábamos: ¿estaría por declararse la Tercera Guerra Mundial?..., ¿Apolyon estaba provocándola o algo así?... Creo que ambos recordamos que la quinta trompeta, la que liberaba a Apolyon y sus castigos, era la última advertencia antes de… el gran conflicto, el Armagedón. Tal vez ambos llegamos a la misma conclusión como consecuencia de distintos procesos o utilizando diferentes caminos de la lógica, pero casi todo el mundo sabía que a esas alturas algunos ejércitos eran capaces ya de alterar el clima e incluso de producir terremotos. Por otra parte, la crisis que afectaba a la sociedad llevaba consumidos ingentes recursos económicos, muchos más que una guerra, y no quedaba nada claro en qué se usaban pues no producían ningún beneficio social y el desempleo crecía sin cesar, además de que era una crisis que nadie había sabido explicar más allá de argumentar simplezas a las que únicamente podían dar credibilidad los más ignorantes. De ser cierto lo que suponíamos, la hora que marcaba el reloj de la humanidad, era terrible.

Los misiles y los satélites, de estar en lo correcto, serían el primer campo de batalla, y su emplazamiento estaba en el cielo: el Ojo de Dios; los gobiernos esconderían sus recursos y pondrían a salvo sus gobiernos bajo tierra, en túneles o refugios nucleares: el Ojo del diablo. Y en medio, como una criatura a la que tuvieran ojeriza los dioses, el hombre.

18 Finis Initium

Finis Initium. El nombre de aquella operación con la que abrimos un horizonte tan tétrico como ambicioso siempre me hizo pensar. Los latinajos, en realidad, siempre me hicieron pensar en algo sacrosanto por su solemnidad. Tal vez fuera por la influencia de los curas, allá por la infancia, o quizás porque siempre tuvieron para mí cierto regusto a misa y a poder tirano, como el de los emperadores romanos. «Yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin». Finis Initium, vaya. Los hombres modernos, desde la extinción del Imperio Romano, habían estado en realidad imitando su organización social, su arquitectura, su esplendor. Los romanos fueron gentes bárbaras, crueles, sucias y miserables que disfrutaron como ninguna otra sociedad del sufrimiento ajeno; pero ninguna cultura ha tenido más emuladores que esta. No tenían conciencia de especie, y lo que deseaban lo tomaban aunque para lograrlo tuvieran que llevar la desolación y la muerte al último confín de la tierra conocida.

Tal vez por esta fascinación del latín supe que significaba el principio del fin, no tanto en cuanto a que se daba inicio al fin, sino a que era el principio de una etapa siguiente. Tal vez traducirlo como «el principio del capítulo siguiente» sea la forma más correcta para nuestra mentalidad moderna. A los antiguos les gustaba jugar con las palabras y los acertijos de modo que muchos de ellos nos pasan como simplezas o cuestiones sin sentido, siendo, como son, tan profundos. De hecho, algunos movimientos teosóficos o secretos habían adoptado aquel lema, como el movimiento alemán anterior a la Segunda Guerra Mundial que durante la misma se enfrentó a la Ahnenerbe hitleriana, porque el principio al que aspiraba era distinto del que Führer estaba imprimiendo. La cosa iba despacio, y era preciso reconducirla. Perdieron los del Finis Initium entonces, pero lo grueso del mismo, según supe después, pasó de pleno a incluirse en el movimiento hermético, tan poderoso en los ámbitos de mi dios.

Me intrigó su exacto ritmo para un tan complejo significado. Cumplí mi tarea, pasé casi treinta años por el mundo ejecutando las órdenes de mi dios y poniendo en marcha muchos relojes, y finalmente me trasladaron a Idaho, a Inteligencia. Durante un tiempo me tuvieron en Estrategia, pero no fue mucho. Al final recalé aquí, donde tuve acceso a mucha información sensible. Ahora era ya uno de los jefes, o al menos uno de los que decidía quién vivía en paz y quién en guerra, o simplemente quién vivía y quién moría.

Los dioses no tienen sentido del humor. Son grises, mezquinos, egoístas, sin ideales, tal vez porque están en la cumbre y no hay ya adónde trepar. El cielo queda demasiado lejos incluso para los dioses. Las distancias no se pueden medir en dimensiones asequibles. En unos cuántos centímetros, por ejemplo, caben todos los semblantes humanos: miles de millones, billones de ellos. Un milímetro, un simple milímetro, marca la diferencia entre una nariz y otra, entre una u otra boca o entre un ojo y otro. Unos milímetros apenas en cada cosa, y dos rostros no se parecen en nada. Todos los rostros que hubo y hay, han cabido en unos cuantos centímetros.

Sin embargo, en el universo los centímetros son despreciables, insignificantes. No sirven ni como decimales. Se usan medidas que no caben con facilidad en la mente humana: la Unidad Astronómica, por ejemplo, siendo enorme, es también insignificante. La luz, yendo a esa velocidad inimaginable, es lenta cuando se la compara con la inmensidad del universo. Los objetos tienen miles de kilómetros y son pequeños; están a cien o doscientas UA, y corren el riesgo de colisionar; están a diez o veinte años luz, y son vecinos; las galaxias se encuentran a cuatro o cinco millones de años luz, y son próximas. ¿Qué es el hombre frente a esto?... ¿Qué son su uno noventa de altura o sus cien kilogramos de peso?...

Pero el universo, con toda su grandeza, está gobernado por fuerzas sutiles. Campos electromagnéticos casi imperceptibles ligan como sólidas cadenas sistemas solares, grupos de estrellas, galaxias... Lo grande se rinde ante lo pequeño, y al final ordena el cuark, el ínfimo protón, la reacción electromagnética entre elementos de física cuántica que no pueden ser observados directamente por ningún microscopio del universo. No tienen masa prácticamente, no tienen casi carga eléctrica, pero obligan a los gigantes universales a bailar su danza, ordenan los universos paralelos, conforman lo vivo y lo muerto. Magia. Todo es magia. Una cadena de magia.

Lo muy pequeño ordena a lo muy grande, pero vivimos en lo inmenso. En lo inmenso, un poco como en la vida humana, una muerte engendra vida. Muere algo para que algo nazca. Quid pro quo: otro latinajo hermoso. Todo es cíclico, redondo, de ida y vuelta como en una cinta de Moebius. También nosotros. Ahí está la Historia con todos sus capítulos. Nada hay fijo, estable, clavado. Nadie pudo vencer al tictac de lo eterno. Ni Alejandro con todo su poder, ni Atenodoro con toda su sabiduría, ni siquiera Rockefeller con todos sus millones pudieron dominar a un miserable segundo, detener el tiempo un instante, sacarle una fracción infinitesimal de ventaja al destino. No importa dónde se huya, no importa dónde se esconda uno, qué tan fuerte sea, cuánto dinero tenga, cuánta ciencia haya acumulado: allá donde esté y como esté, cuando llegue lo que ha de llegar se encontrará con que el destino

le ha sacado dos pasos de ventaja y ya está esperándole. El universo, y todo lo que contiene es un reloj inmenso de unas proporciones tan magníficas que es imposible imaginar al relojero. Mucho menos que ninguna otra cosa puede comprenderlo la insignificancia de una mente humana, ni tan minúscula como una partícula subatómica ni tan magnífica como una estrella.

Finis Initium me inspiró por su condensada potencia. Era lo mínimo para lo máximo, incluso iba más allá que la mente que lo ideó, tal vez ignorando que era un relojero de máquinas de juguete en las manos de un relojero universal. ¿Cómo podría competir un fabricante de relojes de arena con un relojero suizo?... En alguna parte leí que los hombres decidían el cómo, pero los dioses el qué y el cuándo. La suerte no depende de los hombres, de eso estoy seguro.

Poco a poco, con paciencia de relojero, fui reuniendo piezas, ensamblando mecanismos, sisando grasa para que todo ajustara, hasta que un día comprendí el conjunto. Mi trabajo, el trabajo, había terminado. Nada, desde aquel momento, tenía ya sentido. Embargado por la emoción, pensé en aquel artista romántico que se levantó la tapa de los sesos porque su obra ya estaba conclusa y no tenía objeto su presencia en el mundo. El que alcanza su destino y lo sabe ya no puede vivir, solo vegetar. Y yo vegeté durante un tiempo.

Había reunido todas las piezas y conocía todas las cartas que manejaba el destino. No había a dónde ir, no había ya qué experimentar o con qué disfrutar, excepto con lo que nunca antes, en toda mi vida, había experimentado: vivir por vivir, por sentir que estaba vivo. ¿Quién se detuvo a escuchar el ritmo de su propio corazón sintiéndole como un milagro?... Quien lo hizo, sabe cuál es el tictac del universo.

Lo sentí por primera vez cuando estaba decidido a detenerle; pero me cautivó su precisión exacta, su cadencia firme, su decidida voluntad de ser nada más lo que era, un músculo concebido para la sístole y la diástole, como los pulmones lo eran para la inspiración y la expiración. Todo cuanto me rodeaba tenía una nota, solamente una, pero entre todas formaban un concierto magnífico, sublime, emocionante. Por primera vez amé la vida. Por primera vez.

Por lo pequeño se malogra lo grande; pero también por lo pequeño se comprende lo inmenso. Y comencé a comprender. Era tarde para rectificar, pero no para morir. Si fuera mi hora, si mi reloj hubiera contado todos sus segundos y el gran relojero considerara cumplida mi misión, mi maquinaria se habría detenido, el destino no habría consentido que mi dedo se relajara y escapara impune del arma cuando la apoyé en mi sien. Muy por el contrario, en aquel momento supremo en que detuve la respiración y convoqué todas mis fuerzas a concilio en el índice, escuché mi corazón, sentí el ritmo de mi respiración e incluso pude percibir el flujo cadente y sereno de mi sangre expandiendo la vida.

Durante un tiempo, poco, viví por vivir, ya digo. Quise apreciar lo que no había apreciado, comprar lo impagable, disfrutar lo sencillo o lo ignorado. La caricia del sol en mi piel se mostró como el más ferviente de los besos; la brisa en mi cabello, fue la más gozosa de las caricias; el roce de la hierba en la yema de mis dedos, una sinfonía de sensaciones. La vida se me abrió como el sexo virgen de una diosa para que la penetrara con mi alma, con los sentidos que no eran sino filamentos de una maquinaria prestada por...

Looking Glass, la máquina del futuro, un ingenio basado en la física cuántica y la teoría de las cuerdas que parecía poder predecir sucesos venideros en base a realidades pasadas y presentes, así como a potenciales actos o medidas que se tomaran, ya había confirmado una singularidad tal como la que yo sospechaba por la desesperación de mis dioses. Su afán en conseguir recursos con falsas pandemias y crisis financieras inventadas, la necesidad de explotar los recursos fósiles cuando la tecnología hacía ya decenios que había superado la combustión tradicional, el desinterés por la destrucción de un medio en que también los dioses vivían, no hacía sino confirmar la Ecuación del Fin del Mundo que todos se empeñaban en modificar, pero para la que no encontraban otra solución que medidas desesperadas. Todo, al final, apuntaba a un cero total, y por estar todo perdido, era necesario invertir en lo imposible para que los dioses sobrevivieran. Lo grande, finalmente, estaba condicionado por lo muy pequeño: las líneas del tiempo, se hiciera lo que se hiciera, confluían en una singularidad cero, en la nada, en el fin. Y, aunque oficialmente no debía saberlo, estaba al tanto de ello, por más que ignorara el cómo y el porqué. Si mis dioses lo creían y hacían lo que estaban haciendo, poniendo el mundo patas arriba, es que el destino era ya inevitable.

Me quedaban aún algunos tictacs más, como a todos los humanos, o al menos como a la mayoría de ellos. Mi amigo volvió entonces a mí, se mostró ante mí como lo que era. Sabía de él, conocía de él cuanto se podía conocer. Elegí. Le elegí. Me elegí también para que eligiera. Le quise dar la libertad, que diera la libertad, que me diera la libertad. Mi origen y mi destino, por fin, se besaban como dos amantes separados por la fuerza durante muchos años. Mi origen y mi destino copularon, y engendraron este plan que estoy llevando a cabo. No es por mí, pero es por mí; no es por él, pero es por él: es por dos palabras, solo por dos palabras.

Reuní datos, documentos, medios, y fui pacientemente distribuyéndolos mientras elaboraba los pasos. Mi plan, el plan, debía ser un reloj de precisión universal, atómico por lo mínimo, subatómico incluso, tal vez cuántico. Todo debía estar pensado, sopesado, medido con exactitud infinitesimal. Debía funcionar mi obra maestra para que el mundo tuviera algún sentido. Aunque sea el día del fin del mundo, dicen

los judíos, planta un árbol.

Pero sabiendo lo que soy, ¿por qué el gran relojero ensambló así mis engranajes?

19 Captura y liberación

Me resistía a creer que estuviéramos en puertas de la Tercera Guerra Mundial, de un enfrentamiento entre potencias que catapultara a buena parte de la humanidad al holocausto. «No sé cómo será la Tercera Guerra Mundial; sé que la Cuarta se hará con palos y piedras», había dicho Einstein después de arrepentirse de poner en manos de los hombres los conocimientos necesarios para fabricar la bomba atómica y de ver cómo la emplearon.

Horror, es una palabra corta que encierra un infierno demasiado largo. Buena parte de la noche, tendido en el sofá de la salita, la pasé fumando y meditando sobre esto. Comparaba la sentida disertación que Melisa había hecho de su hociqueo por la Historia con este colofón que parecía amenazarnos, y me parecía que la aventura humana había sido una fugaz carrera hacia el abismo. Pensaba en mi reina, en Aurora, en Laura, en mis amigos, en Melisa, y el corazón se me llenaba de terribles tinieblas.

Ahora me negaba, me resistía a creer que pudiera ser cierto, y buscaba dónde fallaba la lógica que tan patéticamente nos había conducido a aquella conclusión que dábamos por cierta; pero luego la aceptaba, la asumía como un algo incuestionable, quizás rindiéndome igual a como me había entregado ante el cáncer. Que muriera yo, ya con cincuenta y algunos años, tenía sentido; pero que muriera mi reina que estaba comenzando a vivir…, Melisa que estaba empezando a meter sus dedos en la llaga de la Historia…, o tantos niños como había por ahí, que apenas si habían tenido ocasión de saber qué era latir…, me abrumaba, pesaba sobre mí como si cargara una montaña de insondables tristezas. ¿Qué culpa tenían los inocentes?... ¿Cómo morir sin saber qué es un beso, un abrazo que vale una vida, un amor que ponga sobre el mundo un hijo?... Dios, si es que existía, no podía quererlo.

No obstante, lo mismo que había por todas partes cosas hermosas, las había espantosas. Hombres que odiaban a los hombres, actos aterradores de exterminio, crueldad, tortura, crimen... Mil atrocidades que merecían castigo. Pero ¿quién era quién para trazar una línea roja y decir de aquí para acá es bueno y de aquí para allá, malo?... ¿Acaso no cupieron las risas en el rostro que se arañó por las lágrimas, o las lágrimas en el que se expandió con las carcajadas?... La vida tenía sus misterios, sus laberintos y sus altibajos, pero era vida. Era todo lo que teníamos, y todo estaba

en un tris.

La televisión parpadeaba como una fiera enloquecida con el pensamiento embarullado. Le había apagado el sonido, y como seres mudos, miles de hombres, mujeres y niños vagaban por caminos que no conducían a ninguna parte, rebuscaban entre las ruinas, repartían alimentos en los campos de refugiados del medio mundo que parecía haberse quebrado de golpe, mostrando que tras cada esquina del Paraíso había agazapado un Infierno equivalente.

Lo estable de unos titulares llamó mi atención. Giré la cabeza, y miré sin esperar nada; pero no tardó en alcanzarme una nueva tragedia. En Chile había entrado en erupción el Hudson y en Filipinas el Pinatubo. La Tierra, tal vez presintiendo lo que estaba por llegar, se estremecía tiritando de pánico. Nuevas desgracias se sumaban a las que ya desbordaban a la Tierra.

¡Está tan lejos la desdicha cuando uno se encuentra a salvo, y tan lejos la esperanza cuando le alcanza el infortunio! Pero ¿qué podía hacer yo ni nadie por ninguno de aquellos seres que habían perdido tanto? La idea de la muerte propia, en aquellos momentos, no me pareció una imagen sombría, sino algo vagamente deseable.

Me dormí, al fin, sabiendo que habría miles y miles de personas en mi país y en otros países que no podrían conciliar el sueño en mucho tiempo. Imposible que pudieran hacerlo. No sé si soñé, no sé si pensé en sus pérdidas, ni siquiera si consideré qué valoraban más de lo habían perdido, qué cosa salvarían si únicamente hubieran podido salvaguardar una: ¿su esposa o su esposo, un hijo, la caja fuerte, su coche, su empleo...? ¿Quién tenía respuestas para eso?

Una vez tuve madre, aunque no por mucho tiempo. Cuando estaba triste solía decirme: «¡Aprende a soportar lo que no puedes remediar!» Siempre seguí ese consejo; pero ¿cómo se soportaba esto? Me pareció mejor no pensar, dormir, permitir que pasara el tiempo mientras permanecía inconsciente, ajeno a mis sentidos. Sabía que en media ciudad, por temor de un nuevo terremoto, se dormía en la calle, en los parques o en las plazuelas, creyendo que así se salvaban de su destino, cuando solo lo hacían de su pánico. El mío, en aquel momento preciso, se centraba en la vida.

Melisa me despertó con un café hacia las nueve de la mañana. Había descansado bien, contra todo pronóstico, y mi mente se hallaba lo bastante despejada como para emprender con nuevos bríos mi investigación.

—Tengo un tío que es cura —me dijo—. Bueno, más que eso, obispo, aunque no de los del Vaticano ni nada de eso. Lo fue, eso sí. Ahora ya no trabaja, aunque suele pasar las mañanas en la biblioteca del Monasterio de El Escorial, dice él que aprendiendo, que por eso se vive; pero hace algún tiempo estuvo en el

Governatorato, que es una institución vaticana que controla los estudios científicos de la Santa Sede. A mí me ayudó en su momento en cuestiones relacionadas con mi carrera profesional, aunque ahora, ya te digo, está retirado en el Valle de los Caídos. Está muy mayor, y pidió dispensa para retirarse de la vida activa y recluirse allí, donde nació y donde se ordenó.

—¿Y? —le interrumpí.

—Y nada. Se me ocurrió que podríamos pedirle opinión, nada más que eso.

—No sé de qué podría servirnos.

—Tampoco yo. Es una idea nada más; pero considera que seguramente por su pasado tenga algún amigo en el Observatorio Vaticano de Castelgandolfo, o en el VATT que inauguró el Vaticano allá por los noventa en Arizona. Dicen que es uno de los mejores. A lo mejor él te puede ayudar en eso de mirar más de cerca el Ojo de Dios o lo que sea. No sé, a lo mejor te sirve, y yo creo que por intentarlo no se pierde nada.

Lo admití, aunque no tenía tan claro para qué. No podría aportarnos nada, seguro, aunque tampoco deseaba desairar a mi anfitriona. Acepté, pues, y mientras terminaba mi café, habló con su tío por teléfono. Fue una conversación más o menos larga, durante la cual estuve siguiendo por televisión las últimas noticias y definiendo mi actividad para ese día. Me parecía oportuno hacer una visita al Colegio de Ingenieros de Minas y al ministerio de Obras Públicas, a ver qué averiguaba por ahí que pudiera corroborar o desmentir lo que suponía. Seguro que no habría nadie buscándome en esos lugares.

—¡Joder! —exclamó Melisa al entrar en la salita—. A veces me da la impresión de que cuando pides un favor a alguien, aunque sea de la familia, tienes antes que hacer una donación de sangre. ¡Vaya rollo!

—Se ha negado a ayudarte, supongo.

—No; pero como si lo hubiera hecho. Me dijo que lo que le he pedido no es nada fácil, que no sabe si conoce a alguien que me pueda ayudar en eso, pero que verá, y que si pudiera hacer algo, que me llama.

—¿Qué le has pedido, el cielo?

—Por lo que se ve, sí. Le pedí que me haga unas tomas con mucho detalle del Ojo de Dios, que pudieran ser muy, muy ampliadas, porque las necesitaba para descifrar un grabado un tanto sugerente que había encontrado en Irak, pero, chico, como si le hubiera exigido que le dejara tuerto al mismo Dios.

—Bueno, ya veremos. No quiero molestarte más. Me haré con un móvil sin registrar, por lo que pueda pasar, buscaré un cuartel

general que habitar mientras dura este lío, y espero no tener que importunarte en el futuro, a no ser con alguna llamada de vez en cuando. Ya me dirás algo sobre si tu tío o quien sea puede saber algo que me ayude.

—Descuida. Llama siempre que quieras. Yo me voy ahora a ver a Juantxo. No creo que le den el alta hoy, ni mucho menos, pero según me dijo el doctor que le intervino, en un par de días está en casa. ¿Tienes algún lugar previsto donde quedarte?

—No lo tengo muy seguro, pero hay un antiguo amigo que creo que me podrá prestar su casa de la sierra durante algunos días. Hace tiempo que no le veo y no sé si...

—¿Dónde vive tu amigo?

—En el Viso, no muy lejos de aquí; pero no te apures, seguro que ya hay taxis funcionando, o autobuses o lo que sea.

Acordamos hacerlo así, pero no habíamos comenzado a encaminarnos hacia la puerta cuando sonó el teléfono. Melisa me pidió un instante, tomó el auricular y estuvo unos minutos hablando. Parecía contrariada, pero mantuvo un tono de cortesía muy familiar, ya que era su tío, el obispo.

—Ahora me sale con la pepla de que le han comentado que hay un problema con no sé qué y que no se pude enfocar esa parte de la cúpula celeste hasta que no lo arreglen. Fíjate qué no será, que me ha dicho que llamó directamente al observatorio de Monte Graham, en Arizona, y que le comentaron que debe ser un problema informático, porque la avería afecta a todos los observatorios de la zona.

—¿A todos? —me extrañé—. Qué cosas, por Dios.

—No; si eso es lógico, porque todos están interconectados para poder hacer muchos trabajos programados sin intervención humana, y a veces todos los observatorios operan juntos; pero me parece poco creíble el tiempo que ha tenido para llamar, encontrar a alguien de su confianza para una cuestión de favor como esta y que en unos minutos tenga la respuesta. Para mí que no ha querido hacerlo, se ha buscado una excusa, y punto.

—No importa, no te preocupes. Ya veré cómo me las arreglo. Empezaré por los túneles, que sin duda están más cerca y habrá menos problemas.

Antes de que Melisa llegara a la puerta, la detuve. Me parecía un poco exagerado, pero estimé oportuno preguntarle por una salida distinta del edificio. No había muchas probabilidades de que alguien, además de Julián, supiera que había pasado allí la noche, y aunque este era de mi completa confianza, no quería poner la seguridad de Melisa en ninguna clase de riesgo.

—No; solamente el portal y el garaje —me aclaró.

Mi cautela extrema imprimió en el semblante de Melisa una mueca de temor que hasta entonces no había tenido. Con palabras suaves y un tono seguro logré apaciguarla, argumentando que más se trataba de un mecanismo de seguridad para mantenerla apartada de mis problemas que ninguna clase de posibilidad, aunque yo sabía que el riesgo existía y que los tipos de la Interpol no permitirían que hubiera caído uno de los suyos sin hacer lo posible por capturarme.

—¿No tienes confianza con alguien del edificio que te pudiera prestar su coche?

—Oye, los policías sois un poco paranoicos, ¿no?

Lo somos, sí. Al menos, obsesivos cuando estamos inmersos en una investigación o cualquier cosa nos preocupa. Es el carácter que imprime el oficio. Sin embargo, Melisa comprendió mi precaución y aceptó pedírselo a una amiga pintora que vivía en el piso de arriba.

Mientras ella subía a pedirle prestado el coche con la excusa de una avería en el suyo, yo la esperé en el garaje. No tardó en bajar. Se echaba de ver que el arte de su amiga no cotizaba al alza, porque su vehículo era un R-11 con más de treinta años que sería una estimable pieza de coleccionista de chatarra. La higiene, además, no era un recurso de la pintora, pareciendo el interior un collage en tres dimensiones.

—Únicamente por paranoica precaución —le advertí bromeando —, y a pesar de los riesgos de quedarme pegado y dejar mi vida en el intento, me meteré entre los asientos delanteros y traseros para que no nos vean juntos.

—No sé si lo tuyo es locura, pero desde luego esto parece un juego de amantes adolescentes. No sé si echarme a reír.

No lo hizo, y por fortuna no fue necesaria ninguna de las precauciones que tomé, pues nadie había vigilando los accesos al edificio ni nadie nos siguió, al menos que detectáramos. Desde el cubil en el que me había acoplado con enorme dificultad, le pedí a Melisa que hiciera determinadas maniobras que nos pudieran advertir de un seguimiento, aunque ya digo que sin resultados.

—Si me puedo despegar, me quedo por aquí —le dije al pasar por una zona próxima a El Retiro.

Detuvo el automóvil, le agradecí todo lo que había hecho por mí y me comprometí a llamarla por la noche para saber de Juantxo, tan pronto me hiciera con un teléfono que no pudieran rastrear. Melisa se marchó, y yo me quedé de pie en la acera un rato, verificando que ningún vehículo sospechoso la seguía, hasta que se perdió al fondo de la calle.

Puse rumbo hacia el ministerio de Obras Públicas, aunque no tenía la certeza de que ni siquiera estuviera abierto. La ciudad estaba todavía paralizada por el luto y en no pocas zonas

continuaban los trabajos de desescombro o de búsqueda de desaparecidos. El mismo caos que detenía el pulso del país, me concedía un grado de seguridad que, probablemente, no tendría si las circunstancias fueran otras. Demasiado trabajo tenía la Policía como para andar pendiente de quién o quién no estaba en búsqueda y captura, y a buen seguro que incluso todos los inspectores estarían demasiado atareados con la delincuencia colateral que siempre llevaba aparejada ese tipo de catástrofes.

Por suerte, el ministerio estaba abierto. Me dirigí al bedel, mostré mi placa de policía y me condujeron junto al jefe del negociado que se encargaba del archivo de los proyectos en ejecución. Este se mostró muy cordial y colaborador, y aunque era un requisito obligatorio el que me registrara, bastó con insinuar unas muertes que estábamos investigando para que me abriera de par en par los archivos y pusiera a mi disposición al empleado del área para que me facilitara todo lo que le pidiera.

Cuando entré en el archivo, no podía creer que se estuvieran llevando a cabo tantísimas obras. Leí el inventario de las mismas para solicitar los planos, y enseguida comprendí que sería imposible sacar algo en claro de aquella tarea que había emprendido, así por lo colosal de la misma, para realizar la cual se hubiera necesitado una legión de lectores de planos, como porque si había una instalación secreta del tipo de un refugio atómico o algo por el estilo, seguro que estaba bajo protección de secreto oficial. Aquello, no había más que verlo, aunque fuera un registro de Obras Públicas, eran sobre todo eso, públicas, las no restringidas.

Pedí un plano cualquiera de cualquier lugar el que supuse por la orografía del terreno que sería necesaria para su construcción la perforación de algún túnel, tratando de causar en el funcionario la impresión de que sabía qué estaba buscando. Elegí Toledo, porque en esa provincia hacía años que se rumoreó que se construyó un refugio atómico para el Estado Mayor del Ejército y para el gobierno en caso de crisis nuclear, aunque ya sabía de antemano que no me serviría de nada. Sin embargo, cuando me trajeron los planos y comencé a revisarlos sin comprender absolutamente nada de aquellos enormes dibujos llenos de líneas que se torcían y retorcían, tuve la certeza de que más fácil sería mi empresa si supiera qué constructora llevaba a cabo las obras, dónde se ejecutaban o con qué recursos.

Durante largo rato relacioné los materiales necesarios: tuneladora, hormigones, mobiliario, equipos de aire, etcétera, y quise deducir cuál de todos aquellos potenciales proveedores o contratistas podría tener un acceso más fácil para mis cortas entendederas en cuestiones de ingeniería. Aquellos planos, y no sólo

por su tamaño, me venían grandes. Sencillamente me pareció que ni en toda mi vida sería capaz de comprenderlos, y no eran más que un tramo de una obra de más de trescientos veinte kilómetros, según se desprendía del primero de la carpeta, un esquema que más parecía un mapa.

Imposible. Estuve casi hasta el mediodía, pero no saqué nada en claro. Tendría que pensar en otra cosa. Por lo pronto, en comer, y tal vez después en adquirir un teléfono móvil para comunicarme con Melisa y saber de Juantxo. Salí del Ministerio con las manos vacías y una desazón enorme por haber perdido el tiempo. Mi perseguido, el tal Paul, me había advertido de que tenía una sola semana para resolver esa parte del acertijo, aunque en vista de cómo estaba la ciudad y cómo la mitad de España, no parecía que pudiera hacer mucho más daño.

Entré en un restaurante discreto, pequeño, fácil de controlar y con varias salidas por si me era necesario usar alguna distinta de la principal. Había comprado un diario, y mientras comía sin demasiado apetito, empleé buena parte del tiempo en leer sobre el terremoto y sus consecuencias, a lo que se sumaban las noticias de la noche anterior sobre las erupciones de Chile y de Filipinas.

Las cifras de víctimas alcanzaban ya oficialmente los seis dígitos. En algunas partes del país, ya demasiado castigadas por el desempleo y la miseria después de casi siete años de severa crisis, había sido necesario instaurar el toque de queda, porque se había disparado el pillaje. Volvíamos al pasado a pasos agigantados, pareciendo que jamás tuvimos alguna clase de progreso. Faltaban recursos de todos los tipos, así medios para buscar supervivientes o desescombrar como alimentos y agua potable para sostener a las poblaciones que habían quedado reducidas a poco más que nada. Una fotografía de la Alhambra derruida me impactó sobremanera: no quedaba de ella sino algún pedazo de muralla. Lo demás, todo eran escombros: la Historia misma se desvanecía.

Algunos informes de expertos hablaban de una fricción severa entre las placas continentales europea y africana como causa del terremoto, algo que decían que venía a producirse cada doscientos o trescientos años, aunque no había registros de que alguna vez hubieran sido tan grandes. Se hablaba de otras mortandades enormes acaecidas en pasados más o menos lejanos, pero eran otros tiempos, e incluso la Alhambra resistió entonces las acometidas con orgullo. Nada les hacía pensar a los expertos que hubiera algo irregular. Por mi parte, había escuchado hablar en muchas ocasiones sobre cierto tipo de armas geológicas capaces de producir siniestros semejantes, incluso de cierto tipo de ellas que podían variar notablemente la temperatura de una zona concreta en unos

cuantos segundos; pero supongo que si los periódicos no decían nada de todo eso y los expertos corroboraban que eran causas naturales, debía ser así. Además, si se sospechara que había sido la acción intencionada de otra potencia, aunque no se dijera nada de cara al público, el Ejército no estaría prácticamente en pleno buscando supervivientes entre las ruinas o desescombrando calles y carreteras. La idea de una Tercera Guerra Mundial nunca me pareció más absurda.

Unos cuantos jueces asesinados, por más que fueran muchos para un país, de pronto me pareció que era un indicio ridículo para semejante propuesta. Apolyon era una organización muy profesional, representaba al ángel del abismo que se libera con la quinta trompeta del Apocalipsis, el cual desata la última plaga como advertencia ante el inminente Armagedón, de acuerdo; pero de ahí a que ese tipo, Paul, o la misma organización que se nombraba como Apolyon tuvieran la capacidad de desencadenar una Tercera Guerra Mundial era una idea que ahora me parecía descabellada. Tanto, que la deseché de mí, no sé si por liberarme de todo lo que representaba.

Feliz por haber despejado un temor tan grande, y al mismo tiempo preocupado por seguir perdido en mi investigación, me acerqué a un cajero y quise sacar dinero. Mis tarjetas de crédito habían sido anuladas. Alguien, tal vez la Interpol, había cerrado el grifo de mis recursos, sin duda empujándome a que recurriera a mis amigos para capturarme. Una trampa como otra cualquiera. Pensé en quiénes podrían ayudarme, y enseguida resolví que mis perseguidores habrían tenido en cuenta a mis compañeros de la Central. Consideré nuevamente la opción de recurrir a Melisa.

A buen seguro que estaría en el hospital con Juantxo, y a buen seguro también, allí podría contactarla como el día anterior, amparándome en la multitud que seguiría convirtiendo el hospital en un caos. De todas las opciones que tenía, me gustara o me desagradara, era la más factible. No quería involucrar más a Melisa, pero tampoco podía permitir que me detuvieran en aquellas circunstancias, sin poder refutar lo que las pruebas falsas declaraban.

Me quedaba algún dinero en efectivo, y decidí llamar a Melisa para sondearla antes de recurrir abiertamente a pedirle amparo. Me dirigí a una cabina pública, marqué el número de su móvil y esperé que a descolgara. Apenas saludé y me identificó, se echó a llorar como una magdalena.

—¿Qué sucede, Melisa? —pregunté alarmado.

—Juantxo —me dijo con voz entrecortada—, ha muerto esta misma mañana, un rato antes de que yo llegara.

Me pareció que la sangre se me helaba en las venas. ¿Juantxo muerto?... No era posible. Los mismos médicos le habían dicho a Melisa que la bala no había interesado ningún órgano vital, que ni siquiera había afectado a otro hueso que al omóplato.

—¿Cómo es posible, si decían ayer que le darían el alta mañana?... ¿Saben de qué? —balbucí.

—No, todavía. Dicen que tuvo una parada cardíaca, pero que hasta que no hagan mañana la autopsia no podrán saberlo.

—Voy enseguida.

Corté la comunicación y me puse en marcha, al tiempo que trataba de encontrar un taxi en aquella ciudad colapsada. Melisa me necesitaba, además de que la muerte de mi compañero, de mi amigo, había supuesto para mí un golpe cruento, tal vez aún más que el terremoto que tantas vidas había segado de improviso.

Por suerte, conseguí un taxi libre. Mientras iba hacia el hospital sentí que se arracimaban en mi mente todas las vivencias que había tenido con Juantxo, haciéndome sentir culpable por el duro trato que le había dispensado en ocasiones o por la poca consideración que otras veces le había mostrado. Ahora su fidelidad se me presentaba más memorable, su amistad más imprescindible. ¿Qué egoísmo era aquel que permitía que la proximidad de una pérdida se sobrepusiera a tantísima desgracia como se desbordaba por todo el país, incluso por los países vecinos?... Decenas de miles e incluso centenares de miles de vidas segadas por un accidente natural, muchos de ellos niños o jóvenes con toda una vida por delante y, sin embargo, a mí solo me importaba aquella muerte.

La noticia me había forzado a olvidar mis problemas, empujándome a un estado intermedio entre la melancolía y el estupor. El fallecimiento de mi amigo era más que un golpe de mala suerte, era una fatalidad que me enfrentaba a la importancia de mis propias querencias. Nunca está nadie preparado para la desgracia. Hacía unas horas creíamos que pronto estaría en casa, aunque convaleciente durante una temporada; pero ahora... Tenía que ser forzosamente una infección, una de esas complicaciones fulminantes que estampan sellos de quebranto donde antes se imprimían sonrisas. Treinta y pocos años, y una bala que probablemente debía haber recibido yo, terminó con su vida.

Apenas puse un pie en el hospital volvió a mí cierta cordura. La memoria, lo mismo que la inteligencia, funciona en base a la agrupación de ideas y no por un orden cronológico, y en ese momento comprendí que casi con absoluta seguridad estarían allí en el depósito de cadáveres buena parte de los compañeros de la Central. Me detuve en seco y sopesé la posibilidad de que alguno de ellos, a pesar del momento y las circunstancias, tuviera la

inclinación de cumplir con su deber y detenerme. No; no quería ningún espectáculo para la sin duda afligida Melisa, ni tampoco poner en un compromiso a los compañeros, y el hecho de presentarme ante ellos, me detuvieran o no, tensaría la situación más allá de lo razonable.

Confiaba en casi todos ellos, pero nunca se sabía. Preferí ser cauto, y marqué desde un teléfono del vestíbulo del hospital el número del móvil de Melisa. No tardó en responder, y, como era de esperarse, estaba rota por la tragedia.

—No vengas, no hace falta: ya están aquí casi todos tus compañeros —me dijo, advirtiéndome del peligro—. Hasta mañana a primera hora, por lo que sé, no le harán la autopsia, y después, hacia el mediodía, le enterraremos.

Con la voz entrecortada por la emoción, pero haciendo enormes esfuerzos para sobreponerse y mostrar cierta imposible serenidad, me informó que también iban a llegar de un momento a otro el director y era posible que el juez Andrada, según le había comentado Julián, por lo que me pidió que me mantuviera alejado.

Hablamos todavía unos minutos, no muchos, porque apenas si tenía más monedas. Quedaron muchas cosas por decir que no dijimos. Tal vez hubiera querido estar a su lado no únicamente por ella, sino también por Juantxo, quien fue mi leal compañero durante los últimos años, y quizás deseaba acudir al día siguiente al entierro, aunque supusiera un peligro. Nada de eso hice. Muy por el contrario, me conformé con mostrarla mi apoyo y ofrecerla mi consuelo, aunque nada más fue durante unos segundos porque se cortó la comunicación.

Seguí todavía durante unos instantes pensando junto al aparato, aún con el auricular en la mano. Y creo que hubiera permanecido más tiempo, si es que algunas personas no me hubieran apremiado a retirarme.

Estaba en el mismo hospital en que yacía Juantxo. A la vuelta del vestíbulo, por la calle adyacente, se llegaba al tanatorio, justo al lado del depósito de cadáveres. Lo conocía bien porque muchas veces, por mi profesión, había tenido que acudir a él para identificar un cuerpo. Calculé que con toda seguridad a esa hora estaría lleno de gente así el tanatorio como la misma calle, y que ello me podría servir para acercarme.

Sin reflexionar apenas, en buena medida porque me sentía corresponsable de la muerte de Juantxo y del sufrimiento de Melisa, salí del hospital y me dirigí a la calle lateral donde se ubicaba el acceso de los familiares a los velatorios.

Efectivamente, había una multitud que prácticamente cortaba la calle. El terremoto del día anterior, y el hecho de que aún siguieran

encontrando cuerpos entre las ruinas, habían convertido todas las morgues en los lugares más frecuentados de la ciudad. En un principio me pareció que tal muchedumbre me serviría para una aproximación segura; pero mi instinto me detuvo en seco. Dos hombres jóvenes, corpulentos y con poco o ningún aspecto de estar allí esperando parientes o aliviándose de la agonía del interior mientras fumaban un cigarrillo, parecieron reparar en mí como si me conocieran, y a renglón seguido fingieron un interés distinto y se movieron de donde estaban hasta ser tragados por el gentío.

Supuse que aquellos tipos tenían algo que ver con el agente que maté el día anterior, y que probablemente también eran miembros de la Interpol. Me confundía, no obstante, el que si lo fueran me esquivaran en vez de tratar de detenerme. Estaba azorado, pero si mi primera intención fue girarme sobre los talones y tratar de huir, su proceder me empujó a aproximarme al lugar, no sin antes quitar disimuladamente la correa de seguridad que bloqueaba mi arma en su cartuchera.

Los busqué largo rato entre la concurrencia, pero no les vi. Probablemente estarían por allí, controlándome desde algún lugar seguro, o tal vez me había equivocado y mis nervios, puestos permanentemente en guardia como las antenas de un insecto, me habían traicionado. Allí, a juzgar por la enorme mortandad que produjo el terremoto, tenía que haber forzosamente gentes de todas las condiciones imaginables, porque la premura que imponían las circunstancias para despachar tantos cadáveres antes de que sobrevinieran epidemias, forzó el sistema sanitario de tal manera que cualquier cuerpo era llevado allá donde había condiciones mínimas para tratarlo. La distancia era lo de menos. A la mayoría de ellos, incluso, ni se les practicaba la autopsia o se realizaban pruebas de ADN antes de darlos sepultura, sino que se tomaban muestras biológicas que se analizarían en algún momento o nunca, y se despachaba el cuerpo lo antes posible hacia una fosa común, si es que nadie los reclamaba. Al menos, eso es lo que leí en el periódico mientras comía. Muchos, claro, fueron identificados por sus parientes o conocidos, y estos no eran menos que los otros, siendo por ellos por los que aquella enorme masa de seres apesadumbrados hacía guardia en aquella calleja.

Ni encontré a mis supuestos vigilantes, ni tampoco pude ver a Melisa o a mis compañeros. Seguramente no estarían aún allí, sino en el área casi inmediata del depósito de cadáveres, y hasta era más que posible que, debido al trato de favor que siempre se dispensaba a los funcionarios y Cuerpos de Seguridad del Estado, se encontraran en alguna sala del interior, a salvo de la concurrencia que bloqueaba la calle.

No tardé en comprender lo inútil de mi permanencia en aquel lugar, y enseguida puse rumbo hacia otro potencialmente más seguro donde poder ordenar mi pensamiento, tratar de comprender la situación exacta en la que me encontraba a la vista de los últimos sucesos y, por supuesto, cómo resolver el problema de la supervivencia, que no era una cuestión menor.

Melisa estaría bien; los compañeros se ocuparían de ella y no permitirían que se quedara sola. En otros casos parecidos había quedado de manifiesto que entre los miembros de la brigada había cierto aire de familia. Otros asuntos me eran más urgentes, porque el encuentro precedente con aquellos dos hombres no dejaba de inquietarme, por más que aún me debatiera entre la idea de la casualidad y la de una manía persecutoria.

Pensativo, caminé varias manzanas por las calles menos transitadas. Tenía que decidir demasiadas cosas, deducir otras tantas y decidir muchas más. El primer problema que se me presentaba ahora, además de continuar mi investigación para esclarecer los hechos y poder demostrar mi inocencia, radicaba en algo tan simple como la pura supervivencia. Apenas si me quedaban algunos euros, pocos, porque nunca salía de casa con demasiado efectivo, y ya había comprobado que mis tarjetas de crédito eran plástico sin utilidad alguna. Volver a mi departamento a por dinero, sabiendo que pendía sobre mí una orden de detención, estaba descartado, y la noche ya se estaba echando encima.

Hice recuento de conocidos que pudieran auxiliarme en tal situación, y comprendí que no tenía vida. Dicen los expertos que una persona viene a conocer a lo largo de su vida unos mil semejantes, pero que no llega a intimar más que con una centena de ellos. En mi caso conocía muchas más, pero o eran delincuentes o eran policías. Después de mi divorcio renuncié a la mayoría de los amigos comunes y me entregué por completo al trabajo, hasta que mi oficio me hizo su rehén. La práctica totalidad de mis conocidos, pues, estaban comprendidos entre los indeseables, con quienes por fortuna no tenía ninguna clase de intimidad, y quienes tenían órdenes de detenerme, me apreciaran o no. Podría telefonear a Julián o a Melisa para pedirles un préstamo durante unos días, pero lo sucedido con Juantxo me animaba a no comprometer a nadie más.

Por eliminación fui reduciendo el número de personas que podrían servirme, y cada vez que sometía al tribunal de la posibilidad a tantos como tenía alguna familiaridad con ellos, iban quedando menos. Naturalmente lo de aquel antiguo amigo que le comenté a Melisa, el cual podría haberme prestado su casa serrana, no fue sino una mentirijilla para no preocuparla. No tenía a nadie, o

a casi nadie. Cierto que contaba por ahí algún teléfono de alguna mujer con la que salí durante algún tiempo después de divorciarme, pero lo habíamos dejado ya, y no procedía ir meses o años después con el cuento de que precisaba su auxilio. Me gustara o me displaciera, estaba solo. No había absolutamente nadie a quien acudir, porque no tenía ni familia. Aurora y Laura no contaban porque ya tenían su vida y hacía demasiado tiempo que renunciaron a mí, y, quién sabe, tal vez también yo a ellas.

La idea de la soledad absoluta me abrumó, haciéndome sentir como una especie de extra en la función de la vida. Me sucediera lo que me sucediese, nadie me echaría de menos. Era un excedente social, alguien prescindible. ¿Para qué seguir empecinado en recobrar mi vida anterior, si tampoco conduciría a ser algo para alguien?... Serví a la sociedad cuando era policía, pero ya no tenía utilidad alguna, sino, acaso, como carne de presidio. Mal iban las cosas, mal, y cada pensamiento me encerraba cada vez más en la desolación. La vida, vista así, carecía de objeto.

Pero el absurdo instinto de supervivencia era más fuerte que mi propia desesperación, y algo me dijo que, pues que no tenía nada que perder, estaba en condiciones óptimas de jugarme el todo, que era decir esa nada, por el todo. En alguna parte leí una vez que cuando se está en el fondo de un hoyo lo único que no se puede hacer es seguir cavando, y yo me había empeñado en cavar. ¿Pasar de cazador a presa?... No; eso no se daría más.

De la oscura depresión precedente había brotado la esplendorosa luminosidad de la rabia, y súbitamente, acogido a su desesperada energía, comenzaron a brotar nuevas ideas a cuál de ellas más atrevida. Era la hora de la acción, de dejar a un lado los lamentos y la autocompasión y coger al toro por los cuernos. Perseguido o no, con orden de detención o sin ella, yo era un policía que no había cometido delito alguno, y lo sabía. Si quería salir indemne de esa situación tan compleja más valía que me reconstruyera desde los fundamentos, aclarara las ideas y, paso a paso, regresara al lugar que me correspondía.

Seguía caminando sin un rumbo muy claro, enajenado por la libertad de pensamiento que me proporcionaba el hecho de saberme de más sobre el mundo y sin que nadie pudiera lamentar cualquier cosa que me sucediera. Cuando no se tiene nada que perder, cualquier cosa es posible porque el miedo, el mayor freno humano, desparecía. ¿Qué podía perder si la misma vida, detenido o no, iba a apagarla en breve mi cáncer de páncreas?... Así, con un reconfortante sentimiento de seguridad embargándome, continué con mi proceso lógico, ahora que estaba en vena.

Vale. Era probable que aquellos tipos de antes no me

persiguieran, sino que fueran simples conocidos o deudos de cualquiera de quienes estaban velando en el tanatorio; pero su conducta tenía mucho en común con la del agente que tiroteé la mañana anterior. También aquel parecía no buscar una detención, sino solamente vigilar, no tenía claro si porque estaba esperando refuerzos. Pero ¿por qué un agente de la Interpol la emprendió a tiros y trató de huir sin que mediara una amenaza previa?... Absurdo. ¿Y qué tenían que ver los agentes de la Interpol con Apolyon?... ¿Acaso Apolyon era una organización parapolicial europea?... Cada vuelta que le daba al asunto, me parecía más incoherente. Por otra parte, no tenía ninguna duda de que Paul tenía algo que ver con Apolyon, como lo tenía que ver aquel tipo al que di muerte. ¿Era o fue Paul, acaso, también de la Interpol?... Si lo fuera y estuvo vinculado con el agente al que abatí, se había vuelto completamente loco o algo mucho más grande que su fe en la Justicia le forzó, un poco como a mí, a que todo le diera lo mismo y la emprendiera contra un Estado; pero ¿por qué contra el español si él pertenecía a la Interpol francesa?... Paul era un nombre francés, como lo era el del oficial que llegó destacado a la Central y lo era el agente al que abatí; pero Paul no tenía el menor acento francés. Su pronunciación era genuinamente española, ni del norte ni del sur, sino de Castilla, tal vez del mismo Madrid. Ahora que lo pensaba, ¿desde cuándo un juez español y el director de la Judicial consentían que un oficial de la Interpol actuara como observador siquiera en un caso de exclusiva competencia española?... Tenía treinta y tres años de profesión y en mi vida había visto nada igual, y desde luego casos de delincuencia internacional nunca faltaron. A lo más, la Interpol pedía información, traían o llevaban detenidos, pero nunca habían participado de facto en ningún trabajo de campo. Algo en todo esto chirriaba como unos ejes sin grasa.

¿Y lo de Apolyon, qué?... ¿Era tal vez que ahora se marcaban los agentes como si fueran miembros de una mara centroamericana?... Los tatuajes siempre fueron distintivos de pertenencia a un grupo, y no había la menor duda de que Apolyon era un grupo, aunque no sabía de qué tipo. ¿Era acaso posible que dentro de una institución como la Interpol hubiera un grupo marginal con oscuros propósitos, lo suficientemente peligrosos como para que alguien como Paul se decidiera a descubrirlos atentando contra un Estado? Pudiera ser, no estaba claro, porque incluso en algunos países como EEUU ni siquiera el gobierno tiene constancia de todas las agencias que existen ni qué fines tienen.

Paul, eso lo tenía más que claro, me había seleccionado antes de comenzar sus matanzas. ¿Cómo pudo saber que sería yo,

precisamente, el encargado de investigarlas? Yo mismo fui el primer sorprendido cuando me asignaron el caso, no solamente porque estaba a punto de jubilarme, sino porque la misma investigación me venía grande. Pero Paul debía tener acceso a información privilegiada, o sabía mover los hilos necesarios para que las cosas se dieran como las tenía previstas. Habilidad, desde luego, no le faltaba, eso había quedado ya demostrado. No obstante, si él me había seleccionado, ¿a qué hacer que otros miembros de su grupo, si es que lo eran, me sometieran a vigilancia y, lo que era más grave, me tirotearan?... El agente que maté no hizo disparos de advertencia, sino que cuando se sintió descubierto trató de eliminarme.

La situación era particularmente confusa, pero si a todo ello le añadía los últimos encargos de Paul acerca del Ojo de Dios y lo de los túneles, entonces sí que la cosa se ponía peliaguda, generando un problema de tal entidad que no sabía si podría resolver. Cada intento que hacía por arrojar alguna luz sobre el asunto, terminaba por encerrarme en una mayor oscuridad. Tal vez el propósito último era este, que yo sirviera de cabeza de turco a no sabía qué clase de artimaña de inimaginable alcance, una suerte de artificio como esos que usaban los prestidigitadores para distraer a la audiencia, atrayendo la atención hacia una mano mientras con la otra realizaban su trampa.

A menudo, cuando un caso es complicado y no se tiene más que una débil hebra, basta con tirar de ella con pulso firme para llegar al meollo del paño. Por ahí debía empezar. Tenía por cierto que la cuestión de la astronomía podía ser lo mismo una pista falsa que una tarea verdadera, que tal vez el tal Paul fuera alguien que pretendiera descubrir algo lo bastante importante como para justificar aquellas matanzas; pero me era de todo punto imposible avanzar en esa dirección si estaba siendo acosado en otra, porque primero que nada se imponía tener no la sospecha, sino la certeza de que estaba siendo sometido a vigilancia, y en tal caso, por quién y con qué objeto. Era más que probable que fuera la Interpol, pero debía asegurarme, y para ello nada mejor que ser yo quien cazara al cazador y le sometiera a interrogatorio. Estrujando sospechosos es como mejor se avanza en las investigaciones, porque te facilitan datos que no podrías conseguir de otro modo o tardarías demasiado en hacerlo.

No solamente no descartaba, sino que me parecía mucho más que conveniente, tener unas palabras con Andrada o aun con Claudio, a fin de tener una idea cierta de por qué me asignaron un caso que no hubiera debido corresponderme. Era una idea un tanto desquiciada, pero la inacción y el exceso de dar vueltas a las cosas

solamente estaba complicando la situación e impidiéndome avanzar adecuadamente, y no tenía el resto de mi vida para resolver el enredo.

La decisión estaba tomada. Si era la presa y había un cazador, cualquier cosa se esperaría este excepto que se invirtieran los papeles; si, por el contrario, todo cuanto suponía era un disparate, ¿qué perdía si ya estaba perseguido y con una amenaza de cárcel de por vida, y hasta la misma muerte ya tenía concertada una cita conmigo en no demasiado tiempo?

En la Academia de Policía nos adiestraron para deducir, indagar y conseguir llegar a un fin sólido usando muy débiles indicios, incluso a perseguir, vigilar y capturar a un sospechoso; pero no nos prepararon para ser cazadores solitarios o para pensar como especialistas en la trampa y el camuflaje. Ni siquiera nuestro dominio de las armas iba mucho más allá del simple manejo de las reglamentarias o nuestra capacidad de autodefensa abarcaba mucho más que algún cursillo de defensa personal. No éramos especialistas en nada salvo en investigar, porque nuestro trabajo era de organización, de equipo, y las tareas más peligrosas les correspondían a los cuerpos especializados. Por otra parte, tanto mi edad como el estado de mi salud no favorecían que pudiera enfrentarme con ninguna clase de garantía a unos hombres que, presumía, eran maestros en todo aquello en lo que yo era apenas un retrasado aprendiz. La idea de regresar a casa, así las cosas, dejó de ser al punto una opción despreciable: precisaba dinero, algunas ropas, tal vez más munición y otra arma, por si acaso.

Decidido a la acción, me puse en marcha hacia mi departamento, poniendo en alerta mis sentidos para prevenir la presencia de cualquier anomalía y empuñando ahora con fuerza mi arma reglamentaria en la mano que me guardaba en la cazadora. Ya era noche cerrada y pocos locales había abiertos, pero fui entrando de bar en bar entretanto me aproximaba a mi casa, procurando preservar mi seguridad. Nadie sospechoso parecía haber por ninguna parte. Daba la impresión de que me movía por entre las callejas de un poblado fantasma: ruinas entre señoriales edificios, calles desiertas, hedor a probables cuerpos insepultos, soledad.

Llegué a los alrededores del edificio en el que vivía. Por cautela di un rodeo previo por las calles colindantes, tratando de percibir la presencia de policías o perseguidores que pudieran estar al acecho. Nadie, ni aun en los coches aparcados en los alrededores de mi manzana y las manzanas contiguas. La misma desolación que en el resto de la ciudad, el mismo vacío de una pesadilla. Absurdamente pensé en mi gato y en que tendría hambre. También yo la tenía. Consideré la probabilidad de colarme por el garaje, comer algo,

darme una ducha, descabezar un sueño breve y tomar algún dinero para no volver, después de haber dado la libertad provisional a mi gato.

Me dirigí a la puerta del garaje que había en la parte posterior del edificio, me asomé a la calleja y, en vista de que todo aparentaba estar desierto, avancé fingiendo normalidad, entré en el soportal, abrí la puerta metálica de acceso al aparcamiento subterráneo y, tras echar un vistazo rápido, me deslicé al interior. Bajé las escaleras hasta la planta primera del aparcamiento, me dirigí al ascensor, lo tomé y ascendí hasta mi piso.

Abrí la puerta, aunque no encendí la luz para no alertar de mi presencia a nadie que pudiera estar en el exterior, y apenas con la vaga luz que entraba por el ventanal del balcón, fui a la cocina. El maullido de mi gato me alertó, tranquilizándome esa mínima certeza de normalidad, y enseguida, dirigiéndole afectivas palabras, abrí uno de los muebles altos, tomé una lata de comida, la descerré al tacto y se la puse en su plato. Estaba hambriento y, egoísta según su código, se desentendió de mí y comenzó a comer.

—No era aquí donde debías estar: te quedan cinco días —dijo una voz a mi espalda.

La sangre se me heló en las venas por la sorpresa.

—No te lo tomes a mal, pero por precaución solamente, saca tu arma y déjala sobre la encimera. Despacio, por favor.

Sin duda era Paul. Su tono sereno y firme era inconfundible, con la misma metálica frialdad con la que me habló por teléfono para ofrecerme pistas que me ayudaran en mi investigación. Por supuesto, y sin mover un músculo de más, hice lo que me ordenaba. Con extremada lentitud saqué el arma del bolsillo y, apenas afirmándola con dos dedos, la puse sobre la encimera.

—Muévete un par de pasos, por favor.

Llegué casi a la ventana que daba a la calle de la avenida, sin volverme siquiera. Era un asesino profesional, y si lo que pretendía era darme muerte, sin duda ya lo habría hecho. Es más, seguro que habría tenido mil posibilidades de hacerlo antes de ese momento. Comprendí en aquel instante que pretendía algo más de mí, a la vez que entendí, sobreponiéndome a la sorpresa, que también podría yo tener ocasión de obtener algo de él, acaso arrojando alguna luz en la oscuridad en que me encontraba.

—¿Qué es lo que quieres? —me atreví a interrogarle.

—Bueno —respondió con frialdad extrema mientras tomaba el arma—, que seas más listo; pero no lo eres. En fin, lo que no me puedo permitir es que te detengan.

Me giré y quedé de frente a él. No pude distinguir con claridad sus facciones, pero con toda seguridad era el hombre al que

perseguía. Su empaque, aunque no imponente, era respetable, y parecía tener una edad próxima a la mía.

—¿Por qué a mí?..., ¿qué tengo yo que pueda interesarte para que te preocupes tanto de que avance o no en mi investigación?

—Eso, en su momento. Ahora, te sugiero que te centres en el problema, porque te aseguro que no me gustaría tener que darte nuevas lecciones. Tienes cinco días para llegar al meollo del asunto: no queda más tiempo.

Mil cuestiones diferentes se arracimaron en mi mente, pugnando unas con otras por saltar al mundo y ser resueltas por mi dedicado adversario. ¿A qué se debía aquella visita?..., ¿a qué su interés por mí?..., ¿qué tenía yo que tuviera que ver con el asesinato de los jueces?..., y, sobre todo, ¿por qué inculparme?...

—¿Nos conocemos? —le inquirí, ya con algo más de presencia de ánimo.

—Eso, como te dije ya, tendremos tiempo de aclararlo. Más adelante, cuando llegues donde debes llegar, charlaremos largo y tendido. Ahora tenemos otras urgencias.

No; no podía ver bien su rostro, pero traté de cotejarlo con algunos de los que almacenaba en mi memoria: algún detenido antiguo, algún mafioso... Nada; sus facciones me eran familiares y extrañas a la vez.

—Tenemos que irnos —decidió.

—¿A dónde?

—A tomar unas clases, una pequeña lección que te ayude a resolver tu problema. Ve delante, por favor, y no me hagas gastar energía inútilmente. Además, sabes que no tendrías la menor oportunidad.

Lo sabía, sí. Era un profesional, y sin duda sus recursos me desbordaban en todos los aspectos. No obstante, le pedí que me dejara soltar a mi gato. Por si no regresaba en algún tiempo, le dije.

—¿Un gato contiene tus afectos? —preguntó divertido. Y añadió —: Hazlo. Es seguro que no volverás en algún tiempo... o nunca.

No sé por qué, pero sus palabras no me dieron la impresión de ser una amenaza a pesar de la firmeza con que las pronunció.

—También preciso coger algún dinero.

No me hizo advertencia alguna, dando por sentado que estaba dispuesto a colaborar. Su trato era extrañamente amable. Tomé el dinero que guardaba en un cajón del mueble de la sala, dejé el gato en el rellano de la escalera y comencé a bajar hacia el garaje unos escalones por delante de mi secuestrador.

—Iremos en tu coche. Conduce.

Subí a mi automóvil, Paul se ubicó en el asiento trasero y puse en marcha el motor. Al hacerlo y encender los focos, vi en el

aparcamiento que había frente al mío un automóvil con dos cadáveres.

—Tus veladores —dijo Paul con algo de sorna.

—¿Interpol? —curioseé.

—Nada de Interpol. Esos no tienen nada que ver con la Policía. Mañana, si quieres, llamas a ese Julián colega tuyo y le pides que hable con Bruselas, no con París.

Pensé. La imagen del hombre que había abatido un par de día antes, el supuesto agente de la Interpol, tenía en su pectoral izquierdo el sello de Apolyon; pero al mismo tiempo que razonaba esto, no pude suponer siquiera cómo pudo saber él que Julián me hubiera apoyado, a no ser que tuviera a alguien en la misma Central.

—¿También son de Apolyon, como el tipo que me cargué ayer? —indagué, dando por sentado que estaba al tanto del lance.

Asintió con un leve encogimiento de hombros, haciéndome ver que era un logro demasiado fácil a esas alturas.

—Una pieza prescindible —dijo.

—¿Por qué me quiso matar? —le interrogué.

—No lo quiso —aclaró Paul con sequedad al tiempo que yo ponía en marcha el automóvil.

—Pues lo pareció.

—Si lo hubiera querido, Toni, estarías muerto. Solamente te seguía, nada más que eso.

—¿Qué interés tiene Apolyon en mí?

—Ninguno, Toni: tú eres el cebo.

Ya en la calle, miraba por el retrovisor y lo que veía no se diferenciaba en gran medida del rostro difuso y medio en penumbras que viera en mi departamento. Sus ojos me parecieron por un momento como los de un pez, fríos y sin vida, o quizás como uno pensaría que podrían ser los de la misma muerte. No obstante, estaba extrañamente charlatán, y debía aprovechar esta circunstancia para saber más y mejor en qué estaba metido. Ahora no podía jugar como con los detenidos a los que arrancábamos una confesión con el juego ese de policía bueno y malo, y me decidí únicamente por el papel del bueno.

—¿Dónde vamos?

—Haremos una visita a tu juez Andrada, a ver si somos capaces de que te explique algunas cosas y te pongamos sobre el camino.

No era, desde luego, una expresión que me hiciera suponer una relación de proximidad entre él y el juez, y aunque era más que probable que Paul tuviera un informador a sueldo en la Central, dudaba que este pudiera ser el juez Andrada. Pero no sólo sabía dónde vivía el juez, sino que me iba dirigiendo como si conociera

Madrid al dedillo.

—¿Cómo sabes lo de Julián?

—Mira, Toni, estoy dispuesto a explicarte algunas cosas para que te orientes, darte un empujoncito, como aquel que dice; pero otras debes deducirlas por ti mismo.

—Un informador, claro.

—Tecnología, Toni: nada escapa al Gran Hermano, ¿o es que no ves la tele?

Rio. Estaba relajado, aunque no me era difícil apreciar que no lo suficiente como para que yo hubiera podido hacer una maniobra evasiva o enfrentarme a él, sorprendiéndole. Su aplastante seguridad me afirmaba que no me consideraba un adversario temible. Me quedaba claro, pese a ello, que le servía, pero no sabía cuánto y si sería capaz de desprenderse de mí en cualquier momento y tomar otro medio para llevar a cabo sus planes, cualesquiera que fueran estos.

—¿Por qué a mí? —insistí. Y añadí—: ¿Y cómo pudiste lograr que me asignaran el caso?

—Eres demasiado torpe, Toni, a pesar de que ya tienes una edad y llevas muchos años en tu oficio. Dinero, poder, placeres...: hay muchas llaves que abren cualquier alma. Vives, Toni, en la sociedad de consumo: todo es mercancía. ¿A que ya no ves las estrellas?... Hace mucho que el hombre ya no sueña con lo alto, sino que únicamente se conforma con lo que le rodea, con tener, con disfrutar. Hoy, Toni, la vida es nada más que tener. Cualquiera te diría hoy que la felicidad es eso, aunque lo será ya por poco tiempo.

Apenas nos encontrábamos a unas manzanas del domicilio del juez cuando supe que debía aprovechar su relajo para saber más antes que de nuevo me abandonara a mi suerte.

—¿Por qué matar jueces?

— Apolyon. Sirvió, ¿viste?... Un juego, simplemente.

—Eran personas.

—El sistema, Toni: eran el sistema. Ahora, en un ratito, podrás comprenderlo por ti mismo. Deja el coche ahí. No importa que sea en doble fila. Después de lo que suceda te aseguro que te tendrá sin cuidado una multa.

Su cinismo me sacaba de mis casillas. Como antes, me hizo caminar un par de pasos delante de él, dirigiéndome a la puerta del chalé en que vivía el juez. Apenas a una veintena de metros de nuestro destino, escuché dos golpes sordos a mi espalda. Ni siquiera había reparado que allí habría al menos un agente de escolta del juez, aunque no Paul, quien no tuvo reparo alguno en disparar dos veces a quemarropa con su arma provista de silenciador a través de la ventanilla del automóvil en que se encontraba.

—Para evitar molestias —dijo cuando le miré, encogiéndose de hombros.

Estaba furioso, e incluso me fui hacia él no sé con qué clase de intenciones. Me detuvo en seco, apuntándome con su arma, todavía rebufando, y me dijo con desquiciante calma:

—No me obligues, Toni. Te prefiero, pero no eres imprescindible.

Me detuve, claro, y tras un breve lapso en el que cruzamos el metal de nuestras miradas, volví a caminar unos pasos por delante. La urbanización, ubicada en una de las zonas más distinguidas de Madrid, estaba más desierta aún que el resto de la ciudad, tal vez porque en ella solo había mansiones y chalés. A lo lejos, sobre la línea del horizonte, se levantaba, como un quebrado muro revestido de lentejuelas, lo grueso de la ciudad.

Me detuve ante la puerta y Paul, haciendo que me apartara unos pasos, se acercó al portero automático, lo tocó y esperó respuesta. Se identificó ante el juez como un oficial de la Interpol que venía a buscarle porque supuestamente me habían detenido, a fin de llevarle a que me interrogara. Andrada, sin sospechar nada anormal, enseguida pulsó el botón de apertura de la puerta, le pidió que pasara a la casa y que esperara en el vestíbulo mientras se vestía, que tardaba un minuto.

Mejor hubiera sido para él que le dijera que ya lo haría mañana u otro día, porque Paul no se contentó con esperar en el vestíbulo, sino que me hizo subir hasta su alcoba y entrar en ella.

—No hace falta que siga, juez —dijo—. Seguro que podremos hablar aquí mismo.

Un hombre joven que estaba en la cama se incorporó súbitamente e hizo ademán de cubrir su desnudez apresuradamente. Paul, con frialdad extrema, disparó sobre él dos veces. Luego, añadió:

—Mejor sin testigos, ¿sabe?... Para que hable con Toni con la mayor libertad.

El juez estaba paralizado por el horror. Parecía incapaz de realizar otro movimiento que temblar como un árbol sacudido por un temblor. Incluso la muerte de su amante no parecía poderle sacar de su inmovilidad cadavérica. Luego de un instante fijó sus ojos en los míos, y le hice ver que yo también era un rehén, que aquel era el hombre que perseguía y que él mismo se negó a admitir.

—Bueno, bueno, dejemos esos detalles para luego, y ahora charlemos un ratito —dijo Paul, interrumpiendo nuestro mudo diálogo.

Conmocionado, el juez, en paños menores como estaba, tomó

asiento en el borde la cama y tuvo el absurdo pudor de taparse el torso con una sábana.

—¿Servicio? —preguntó Paul.

El juez negó con la cabeza, haciéndole saber que en la casa solo estaban él y su pareja.

—Perfecto. Nada mejor que la intimidad. Toni, ahí tienes tu testigo: que comience el interrogatorio.

Miré a Paul detenidamente. Ahora la luz era más que suficiente para distinguir sus rasgos, aunque me pareció que llevaba una suerte de prótesis sobre los pómulos y sobre las cejas para enmascarar sus facciones verdaderas. Sus ojos de pez me parecieron más sin vida que nunca. No aceptó mi reto, y con un par de señas con su arma, me invitó a que le preguntara al juez sobre lo que quisiera. Apenas me dispuse a hacerlo, volviendo a él mis ojos, Paul se guardó el arma y comenzó a husmear entre los muchos objetos de fino cristal y porcelanas que atiborraban la enorme cómoda que había contra la pared del fondo, la que tenía la más amplia ventana.

—¿De qué va esto Andrada?

El juez pareció querer eximirse de cualquier responsabilidad, y tuve que preguntarle cuatro o cinco veces por qué me había elegido a mí para investigar el caso, si es que conocía a Paul y otras cuestiones por el estilo. Su pánico era tan enorme que daba la impresión de no tener ningún dominio de sí mismo, y mucho menos de poder hablar con alguna coherencia.

Súbitamente sonó un golpe sordo y seco, y el juez se contrajo sobre sí al punto, aullando de dolor al tiempo que se ovillaba, llevándose ambas manos a una rodilla de la que manaba sangre en abundancia. Volví mis ojos a Paul, y este, encogiéndose de hombros a modo de disculpa, dijo:

—No te enfades, Toni, es solamente para romper el hielo. Pregúntale ahora, y verás cómo está más dispuesto.

Lo estaba. E incluso cuando le pidió con cínica cortesía Paul que fuera un buen chico y dejara de llorar como una nena, lo hizo, y el juez se desbarrancó por una confesión tras la que yo fui quien se quedó estupefacto.

Paul había sido quien sedujo al juez con una buena cantidad de dinero contante y sonante y otros ciertos... regalos, digamos, además de con la promesa de hacer lo necesario para que alcanzara la presidencia del CGPJ, a cambio de que me nombrara como investigador del caso; y él quien, por otra cantidad semejante y por la promesa de ser el nuevo ministro de Justicia, había traído a los hombres de Apolyon, haciéndoles pasar por agentes de la Interpol. Jugaba, ya se veía, a varias bandas.

—¿Te vas dando cuenta de cómo funciona la cosa, Toni? —me

preguntó Paul desde donde estaba, aún husmeando despreocupadamente entre los objetos.

Le miré, pero enseguida volví al juez, quien aún lloraba de dolor y no dejaba de suplicar que llamáramos a un médico, y le inquirí acerca de quién más había sido comprado. Su respuesta no pudo ser más desoladora: no solo Claudio, sino también el actual ministro y la mitad de los altos funcionarios, o estaban a sueldo o de Paul, o de Apolyon.

—¡Ah, el dinero! —exclamó con sorna Paul, aún en lo suyo.

Dejó de husmear por un momento, se acercó al juez, puso su boca junto a su oído y le preguntó si quería de verdad que dejara de dolerle la rodilla, y al responder este que sí, agarró un cojín de la cabecera de la cama al mismo tiempo que sacaba mi arma reglamentaria, lo apoyó en su cabeza y disparó sobre el juez, quien cayó como un pelele sobre la mesita de centro, haciendo añicos el cristal de la bandeja.

—Lo que sea por ayudar a un amigo —dijo.

Mi odio se hizo tan ciego que me lancé sobre Paul sin pensarlo, pero se libró de mí con una facilidad pasmosa dándome un golpe con la culata de mi propia pistola que me dejó tendido en el suelo. Perdía la consciencia, pero trataba de aferrarme a ella para intentar revolverme contra aquel despiadado criminal. Paul, con la mayor frialdad se agachó, me dijo al oído un cínico «Ya solo tienes un camino: te quedan tres días. Cinco para que todo termine» y, golpeándome de nuevo, me dejó inconsciente.

20 Los preparativos

Había que hacerlo, y conociendo el tiempo que restaba, lo planifiqué todo meticulosamente. Creía saber qué era lo que deparaba el porvenir y cuáles eran los pasos maestros de los dioses, cosa que no me fue nada fácil de averiguar. Hubo que ser muy cauto, muy medido y estar muy atento a todos los movimientos y a todas las informaciones que llegaban a Inteligencia, porque lo mismo cualquier paso en falso me hubiera conducido a una muerte segura que la falta de una pieza en aquel complejo rompecabezas me hubiera impedido desarrollar con eficacia mi estrategia. No obstante, pieza a pieza, fui completando tanto el conocimiento exacto del plan de mi dios como urdiendo el mío.

Demasiados contratistas, demasiadas empresas que hacían apenas unas obras que formaban parte de otras obras mucho más complejas. Se iban unos, aparecían otros, y así durante meses y meses, y no sólo en una parte del país o en unas instalaciones, sino en todo el ámbito nacional: Área 51, Área 54, Área 71, Blue Hills, Iron Mountain, Black Creek, Colorado Spring... Los volúmenes de dinero que se movían eran enormes. Nunca había visto transacciones tan colosales, y siempre aparecían esos fondos al mismo tiempo que las crisis económicas asolaban algunos países. La primera fue hace mucho, en los ochenta, y tenía ya guardada en mi ordenador buena parte de la historia; la segunda fue al principio de los noventa, en que algo sucedió que obligó a apremiar los trabajos; y la tercera y última desde que se comenzó a ejecutar Finis Initium. Enseguida pude ir atando los cabos que unían las fiebres constructoras y las crisis económicas, los recursos que utilizaban mi dios y sus dioses tributarios para usurpar los bienes de los fondos públicos de cada nación sin que las ciudadanías se enteraran. Para eso tenían la televisión, las catástrofes controladas que promovían la solidaridad y los casos puntuales que centraban la atención de las gentes en objetivos muy distintos de donde los dioses estaban metiendo las manos. Los ciudadanos vegetaban afanosos a ras del suelo, mientras los dioses excavaban. Y, para el último impulso —o lo que a mí me pareció que lo era—, la gran crisis global que no solamente empobrecía a todo el planeta al mismo tiempo, sino que ponía al frente de no pocos gobiernos a algunos de los hombres de Apolyon que pertenecían a ciertos grupos satélites, sin que ni siquiera hubieran sido votados. En condiciones extremas de pánico, las masas ni siquiera razonan, y los medios, siempre suyos, pueden convertir en verdad las mentiras que no cesan de repetir.

En fin, hubo recursos suficientes para todo tipo de obras, y luego, después de que las partes principales de las complejas instalaciones estuvieron completadas, terminada la construcción de aquellas enormes ciudades que extendían sus redes como una araña subterránea o la madriguera de terribles fieras, aparecieron los militares para cerrar los tramos intermedios, los nexos de unión, y por último, comenzaron a aparecer los proveedores, trayendo insumos y equipamientos de todo tipo para un ejército tan numeroso que bien podría librar una colosal batalla durante muchos, muchísimos años. ¿Para qué todo esto?

El mapamundi de la febrilidad iba desde Oriente a Occidente y desde la Antártida hasta Groenlandia, pero únicamente donde Apolyon imperaba o donde los dioses locales servían a mi dios. Finis Initium, pensé. El nuevo orden se avecinaba, tal vez coronando la meta que Von Stauffenberg y los suyos no pudieron alcanzar en la Segunda Guerra Mundial, cuando el dios de plastilina que ensalzaron para lograrlo se volvió loco y se salió de sus esquemas. Mi dios, con absoluta seguridad, tenía mejor controlada la situación y había tenido tiempo de definirla con mayor inteligencia, como todas las operaciones llevadas a cabo por Apolyon desde entonces lo corroboraban.

Hacía tiempo que cayó en mis manos de forma casual una ejemplar del Proyecto 2000 que se desarrollara en los años setenta, en el que un grupo de expertos aconsejaba la necesaria reducción de la población del planeta a esa máxima cantidad de humanos, dos mil millones, y donde proponían una serie de técnicas para lograrlo, entre las cuales se encontraban varias de las que mi mismo equipo se había encargado de poner en marcha, relojes que ya estaban funcionando. Era ese, aparentemente, el número de seres humanos soportable por el medio, y al que todo parecía indicar que mi dios daba crédito y había decidido ajustarse, asumiendo una responsabilidad que los dioses precedentes habían ido demorando. Una tarea divina para la que había nacido, precisamente, Apolyon. No éramos sólo los relojeros de la economía: en realidad éramos el reloj mismo de la vida, el brazo práctico que elegía quién y cómo vivía o moría, ejerciendo el papel de la selección impuesta por la mente divina.

Una serie de acciones enfocadas a, tal vez, salvar al mismo planeta y a la misma sociedad de la hecatombe, implantando un nuevo orden y un control de la población que, al mismo tiempo que eficaz, fuera aleccionador, pues que borraría todos los valores anteriores y establecería unos nuevos desde las ruinas de sus predecesores. Las ciudades antiguas se levantaban siempre sobre las ruinas de las precursoras, y muchos arqueólogos encontraron que los cimientos de unas eran los escombros de las otras, hasta siete u ocho ciudades superpuestas. Mi dios estaba por construir una nueva ciudad, tal vez la Jerusalén Celestial de la que hablaban algunos Libros Santos, desde los

restos del orden todavía existente.

En ninguna parte había una suma de información. Todo, como era el método habitual, estaba dividido hasta donde era necesario, facilitándose a cada área la cantidad exacta de datos imprescindibles, de modo que ninguna supiera qué sentido tenía el conjunto de las acciones. Mi dios, a veces, me daba la impresión de que a fuerza de no valorar nuestra verdadera eficacia, ignoraba las cualidades que teníamos. Algunos —al menos yo—, éramos relojeros expertos y sabíamos ir uniendo pequeños mecanismos; pero yo no era el único.

En Apolyon no se hablaba nunca del trabajo, estaba prohibido como lo estaba la amistad o el amor. Incluso en Inteligencia. Precisamente en Inteligencia más que en ninguna otra área, porque nosotros éramos el alma, el corazón de Apolyon, donde la fidelidad era más exigente y donde se urdían los planes generales que los especialistas de campo llevaban a cabo. Con todo, no estaba solo, y supe que un hombre de Apolyon también reunía piezas, tal vez porque se temía como yo que iba a dar comienzo una Tercera y última Guerra Mundial en cuanto mi dios completara su plan, y estaba poniéndose a salvo. Una guerra de exterminio en la que sólo unos cuantos verían el finis initium de la nueva era, y quería asegurarse una plaza.

Looking Glass, Yellow Cube y otros mil ingenios de tecnología avanzada lo habían predicho: la Ecuación del Fin del Mundo era real, inevitable, y las líneas de tiempo, todos los futuros probables, se fusionarían muy en breve en un único y completo final. El tiempo se consumía y se aceleraba, y probablemente para esa hora terrible, para el momento Omega, era necesario menguar drásticamente la cantidad de potenciales adversarios, disminuyendo la población mundial mediante una guerra de exterminio. ¿Qué más daba, si ya estaban todos muertos, aunque no lo supieran?... Y todo apuntaba a Medio Oriente, a Siria o Irán, adonde se habían desplazado ya nuestros mejores relojeros.

Dejé de creer en mi dios por entonces. Ni este me servía ya. Había visto lo bastante, había hecho lo bastante; para mí ya todo era lo bastante. Solamente una cosa me quedaba por hacer, y por conseguirlo estaba dispuesto a jugarme el tipo. Era una misión más, aunque la única que me había encargado a mí mismo. Mi dios, después de todo, también se ocupaba de librarse a sí mismo, de asegurarse un pedestal desde el que ser adorado por una masa de estúpidos que le reverenciaran como santo, cuando tenía las manos tintas en sangre. Yo la había vertido por él, pero la misma sangre que me enlodaba a mí a él le enfangaba el alma. No; no más dioses. Sobreviviría cumpliendo su papel, pero precisamente para llevar a su último efecto mi papel.

Todo tenía sentido: lo febril de las obras se correspondía taz a taz con lo profundo de las crisis que generaban los haberes y todo ello con los muchos ensayos bacteriológicos que habíamos estado llevando a cabo

en África y en otros mil rincones del mundo, y con las armas de cuarta generación que eran capaces de generar terremotos o cambiar el clima o atacar una etnia o un tipo específico de personas. Desconocía el orden en el que mi dios pondría en marcha los acontecimientos, pero podía medirlo por el avance de las obras y las entregas de insumos por parte de los proveedores al Ejército, que era el receptor y la máscara de mi dios.

Un día, teniendo la certeza de que ese hombre de otra área estaba indagando como yo acerca del futuro exacto que se dibujaba, puse a su alcance como si fuera un descuido una información que sabía valiosa. Me la jugué: si me denunciaba, estaba muerto; si la aceptaba, tenía un socio de intercambio. Fue, por suerte, un socio. Pronto fuimos seis, como las puntas del sello de Apolyon, cada uno de un área deferente. Siempre desconfiando y con pies de plomo, nos fuimos facilitando datos; siempre de forma casual, sin intimar, sin preguntar, sin decir palabra. Allá cada cual qué hiciera con ellos. Así establecí la base para poder urdir mi plan.

Más o menos, según el avance de las obras y la previsión de tenerlas completas, calculé que restaban unos años, muy pocos. Con cada misión que destacábamos a cualquier parte del mundo, una parte de material iba quedando fuera de inventario: un poco de gas, unas armas, cierto equipo, algunos millones de dólares... Llevaba ya demasiado tiempo en Apolyon como para moverme dejando huellas, y tenía a mi alcance más recursos que el Cuerpo más avanzado del Ejército. Dinero, no me faltaba: buena sangre me había costado y mucho era lo que sisaba, y pude abrir dos o tres negocios allá, en España, y comprar unas cuántas viviendas a nombre de mis propias sociedades. Entre los contenedores de divisas que movíamos hacia distintas partes del globo para financiar a los corruptos y a los servidores, el que se perdiera diez o cien millones, apenas era calderilla.

El esqueleto de mi plan fue vertebrándose lenta pero firmemente, irguiéndose de mi afán como un golem con ansias de vida. Febrilmente, en mi tiempo libre, perfilé cada paso, definí cada reacción, allané cada rugosidad del camino por el que emprendería mi último viaje, y un día, casi por casualidad, supe verdaderamente cuál era el objetivo de mi dios. No; no era la Tercera Guerra Mundial, ni siquiera poner en planta el Proyecto 2000. Ni mi dios, a pesar de sus obras, tenía garantizada la supervivencia. Era la desesperación lo que le embargaba, era el pánico el motor que movía su tictac póstumo, el saber que quizás tendría que encarar muy en breve a otro Dios, el Dios, a Dios. Todo lo demás, siendo cierto y estando ya en marcha, eran actos desesperados por evitar lo inevitable, por negar lo innegable, como un suicida cree que se librará de su culpa con la muerte cuando eso sólo la aumentará porque él mismo multiplica el daño.

¿Qué más daba ya todo?... Bueno, no; no todo: había algo que sí

importaba. Entonces fue cuando apuré mis planes, e incluso cuando, con algunos por definirse todavía, abandoné a Apolyon y desaparecí. Viajé por el mundo para despistar a los míos y preparar algunos criterios de aseguramiento, además de dejar mensajes silenciosos que podrían conocer mis dioses cuando se encerraran en las salas de sus tronos, y luego, cuando me sentí seguro de poder culminar mi proyecto, arribé en España: quedaban apenas doce meses para que el pavor de mi dios mostrara sus garras.

Apolyon, temiendo que hiciera pública su debilidad y para protegerse a sí mismo, envió a lo más granado de nuestras fuerzas a sellar la grieta, y me persiguieron, pero no pudieron encontrarme. Sabían en qué país estaba, pero no dónde. Eran hombres muy capaces, excelentes relojeros a los que yo mismo había formado; pero, por ello mismo, conocía cómo operaban, de qué sistemas se valían y qué recursos podrían utilizar para tenderme una emboscada. Era difícil que los aprendices pudieran sorprender al maestro, especialmente si el maestro relojero contaba con todas las herramientas. Y yo las tenía.

Doce meses perseguido son doce meses divertidos. En mi profesión eso es un aliciente, un juego que combate el tedio de un programa demasiado masticado. Hay ciudadanos comunes a quienes les gusta jugar a la guerra con balas de pintura; se van a un campo, se disfrazan y se persiguen hasta darse una muerte imaginaria. En mi orden era un poco lo mismo, pero sin imaginación alguna, sin chistes ni sonrisas, sin una posibilidad de fallar si se quería estar en el juego.

Y jugué. En realidad, ahora que conocía qué le esperaba al mundo a la vuelta de la esquina, supe que siempre había estado jugando a la paz y a la guerra. Mover las sociedades no es difícil si se cuenta con las herramientas adecuadas, e ideé un juego que pusiera en acción a más piezas de las necesarias. No era una modificación del plan original, sino una simple alternativa, añadir unos árboles al bosque para un mejor camuflaje. Para un maestro en estrategia complicar el juego es una ventaja. Después de todo, toda aquella gente no era más que carne, todos éramos carne a secas y siempre lo habíamos sido, incluso cuando lo ignorábamos. Sí; eran carne, como sus vidas mismas eran piezas en un tablero que ni siquiera comprendían, al que no valoraban más allá de la capacidad de experimentar placeres o no sentían más allá que cualquier otra especie del planeta. Los sentidos, como siempre suele suceder, confunden la inteligencia.

Jugué, pues, el juego, mientras encaminaba mis pasos hacia el objeto de mis querencias. Ahí estaba Toni, como un ratón en su laberinto. Era divertido. Podía verle rumiar sus propios pensamientos sin comprender qué había cambiado en su vida sin que su vida hubiera cambiado para que ahora todo fuera distinto. Podía vigilarle por las calles sin moverme de mi apartamento, tan cerquita del suyo que podía oler sus guisos o esa

comida de lata a la que era tan aficionado. Conocía todo lo de su vida a grandes rasgos y hasta con detalle emocional, según el perfil suyo obtenido por el sistema de sus visitas a Internet; pero ahora podía darle aroma de vida, meterme en su parte más profunda y personal y husmear. Podía seguirle por la ciudad mientras se afanaba en perseguirme, sabiendo como sabía que era el cebo de mis adversarios. No obstante, quería protegerle de un tropiezo o de una torpeza: Apolyon no solía fallar ni perdonar cuando era descubierto. Me hacía falta vivo, y protegí su vida. Es la única vida que he protegido; pero lo he hecho para que fuera la pieza de mi tablero que representaba. Parte del juego.

Había llenado su casa de microcámaras, y sabía de su paz y de su guerra, de la cara que mostraba al mundo y de la que ocultaba entre las paredes de aquel departamento. Conocía la ubicación exacta de sus cicatrices, la herida de bala de aquel tiroteo de hacía quince años, la operación de páncreas que descubrió su cáncer terminal y hasta la marca que le dejó Aurora cuando discutieron porque se separaban y quiso impedirlo por la fuerza. Lo sabía todo.

Lo demás, lo que no dejaba cicatrices aparentes y hasta es posible que ni siquiera facturas o recibos, también lo sabía. Estaba al tanto de sus deseos por su esporádica pasión onanista, y hasta de su odio hacia lo que representó Aurora, siéndola infiel con un travesti. No era homosexual, pero así traicionaba su memoria, un recuerdo que le abrasaba entre la pasión y el desprecio. Le vi y escuché cómo amaba a otras mujeres, alquiladas o sinceras, en alguna noche de sábado. Ninguna de ellas le servía, no había más que considerar su urgencia por librarse de ellas, su sufrimiento enorme por simular un afecto que le dolía, tal vez porque todas le recordaban a ella, a la misma que un día le abandonó después de que él me hubiera abandonado, consintiendo que me despeñara por un universo de tictacs y de sangre.

Aquél era mi amigo de la infancia, el objeto último de mis deseos. ¿Le quería?... No sé si le quería ni si le quiero; sé que no me complacía en su sufrimiento. Si eso es querer, le quería; pero también había algo de deuda pendiente, de ánimo de revancha, y enfrentarle cara a cara fue para mí una experiencia. En su semblante envejecido, marcado por muchos sufrimientos y sin vestigios ya de ningún beso verdadero, vinieron a reunirse muchos recuerdos; pero les cerré el paso, deteniéndolos antes de que se desbocaran. Una experiencia.

Hay veces, como ahora cuando le veo medio asustado yendo de un sitio a otro intentando comprender lo que seguramente no podrá, que siento cierta conmiseración por él, y me sorprende porque no suelo sentir algo como eso. Tal vez es demasiado ardua la tarea que le he impuesto, o tal vez se siente desorientado porque he cerrado la puerta de regreso a su vida de rutinas mezquinas; pero era la única forma que tenía de que comprendiera, de que supiera que ya se agotó el tiempo de lo ordinario,

de las normalidades, el tiempo mismo.

Hay un reloj sin esfera que desborda ya la hora veinticuatro. ¿Qué hicimos con ellas?..., ¿en qué las empleamos?... Cada vida se aferra a la vida, pero ignora para qué. Se enfrenta a su hora, a la hora, y en ese balance casi todos reconsideran y comprenden que hubieran querido vivir de otra forma, alentar sus osadías, pero ya es tarde. ¡Cuántos relojes he parado que quisieron seguir funcionando!

Toni sufre, piensa, considera que tiene un problema enorme, acaso ocultando el problema no menor de la muerte que le acecha. Le veo a través de las cámaras públicas que hay instaladas por todas partes, escucho sus llamadas telefónicas y sé que aún confía en respirar un poco más, en latir un poco más, en sentir un poco más, siquiera sea para sus naufragios onanistas o para ese amor de hombres que se entregan una criatura medio femenina, medio masculina, en la que el semen de la vida misma es inútil. Sé que no quiere morir sin darle sentido a su vida, un sentido que nunca, ni cuando tuvo a su propia hija, ha tenido; pero ignora que ese sentido lo he estado ahorrando para él, que he acopiado el más dorado de sus sueños, el que nunca llegó a saber siquiera que tenía.

Tengo una pluma que le pertenece, tal vez la pluma de la inocencia que perdimos un día en un orfanato, o tal vez la que dé sentido verdadero a su vida y le permita volar el mismo día que el mundo sucumba y yo me hunda para siempre en la fosa terrible del olvido.

21 La verdad desnuda

Desperté en el interior de mi propio automóvil, estacionado, según supe después, en el área de descanso de una autopista a una cuarentena de kilómetros de Madrid, cerca de Villalba. En el asiento del copiloto había una nota que me recordaba que para concluir mi investigación me quedaban tres días, solamente tres —cinco para no sabía qué final—, y me recomendaba utilizar el teléfono móvil que había junto con la misiva porque ese no podía ser rastreado, supuse que por la Policía o por Apolyon, que no por Paul.

Me tomé algunos minutos para recuperarme de los golpes recibidos en la cabeza, ubicarme y poner mis ideas en orden. Ya era de día y el cielo estaba azul, tanto que parecería un zafiro purísimo de no ser por las numerosas estelas de aviones que lo cuadriculaban, emborronándolo.

Salí del coche y paseé un rato por el aparcamiento, recreándome en la suavidad de las temperaturas. El lugar no me era desconocido, y no tardé en saber dónde me encontraba exactamente, porque desde allí se podía ver la gigantesca cruz de Cuelgamuros, el faraónico cenotafio que Franco —el antiguo dictador— dijo construir en memoria de los caídos nacionales durante la Guerra Civil de los años treinta del pasado siglo, la cual había sobrevivido eréctil al demoledor terremoto. Un monumento que, en realidad, terminó por convertirse en su propio mausoleo, el culmen de su delirio santificador y el modo más asumible que usó su conciencia para asumir el costo de la matanza de más de un millón de españoles y cuarenta años de férrea represión, que fue el precio abonó por hacerse con las riendas del país y dirigirlo con mano de hierro.

Por asociación de ideas me vino a mientes el asunto de Apolyon: nunca le habían faltado carniceros y locos a la Historia dispuestos a cualquier barbarie por hacerse con el poder. Era más, en realidad la misma Historia estaba conformada por una sucesión de megalómanos con mucha fuerza dispuestos a someter a la humanidad a cualquier sacrificio para que su nombre pasara a la posteridad. No importaba si invocaron motivos religiosos, culturales, políticos o económicos, si su trastorno mental era lo suficientemente mesiánico y tenían los recursos necesarios, el baño de sangre siempre estuvo asegurado. Y tal vez, me pareció, eso estaba pasando con Apolyon, esa organización que bien pudiera

estar comandada por un demente como Napoleón, Alejandro, Hitler o cualesquiera otros de semejante jaez.

Sin embargo, estaba ahí, la paz y casi el bucolismo pastoril dominaba el ambiente, el día no podía ser más hermoso y me costaba trabajo comprender que quedaran días, unos días nada más, para que el infierno se desatara y sobrecogiera el mundo. Tenía la impresión de que eso era imposible, improbable y hasta quizás fruto de un proceso investigador equivocado. La naturaleza, además de la enorme tragedia del terremoto, no había dado síntomas de rendimiento final, y la política seguía sin alteraciones su deriva hacia el absurdo, como siempre. Nada, ninguna cosa hacía prever que estuviéramos en vísperas de una hecatombe a escala global, y sin embargo…

En ese punto, iluminado por una idea fugaz que me pareció podría serme útil, o al menos no perjudicar en absoluto mis pesquisas, abandoné mis razonamientos, entré en el automóvil, lo puse en marcha y me dirigí no hacia Madrid, sino justamente en dirección contraria, hacia San Lorenzo de El Escorial, apenas a diez o doce kilómetros de donde me encontraba. Me detendría en algún bar de la próxima Guadarrama para tomar algo que entonara mi estómago y luego iría a ver al tío ese del que me habló Melisa, el obispo, que según recordaba vivía su retiro precisamente en Cuelgamuros, pero quien solía pasar sus mañanas en la biblioteca del Monasterio de San Lorenzo. Creí que así, al menos, sacaba el mejor partido posible al incidente que me había dejado varado en un lugar tan distante de Madrid.

Mientras desayunaba en la barra de un bar de las afueras del pueblo, vi en la televisión que por todas partes de la geografía nacional se repetían las ceremonias de duelo por las víctimas del terremoto, que había habido nuevos sismos en Japón, China y Malasia, produciendo una mortandad semejante, y que se había disparado la criminalidad y el pillaje de una forma tan alarmante en los últimos días que el gobierno estaba considerando la posibilidad de declarar el Estado de Excepción y establecer el toque de queda. Aunque el informativo era capaz de deprimir a la misma esperanza, nada se decía en él del juez Andrada, del agente de escolta asesinado a la puerta de su casa, del amante del juez que Paul asesinó en el propio dormitorio de este o aún de los policías o los agentes de la Interpol, aquellos que mi captor dio muerte en el garaje de mi departamento. Seguramente, ante tragedias tan enormes, estos crímenes entraban dentro de lo que podría considerarse en esos días como tétrica rutina o sucesos insignificantes.

Lentamente, a medida que el café entonaba mi cuerpo, me

pareció que, a tenor de lo que estaba sucediendo, podía inferir una secuencia lógica con lo acecido con mi caso. Paul, fue un hombre de Apolyon que por algún motivo que yo ignoraba había traicionado a su organización, la cual tenía una capacidad de infiltración en la sociedad que iba mucho más allá de que lo que cualquier ciudadano pudiera imaginar. Además, me protegía por alguna razón que aún no era capaz de comprender, convirtiéndose en una especie de perverso ángel de la guarda que me iba conduciendo ignoraba hacia dónde ni para qué, aunque obviamente con el propósito de que descubriera algo por mí mismo de lo que él ya estaba al tanto. Algo lo bastante trascendental como para reforzar mi interés perpetrando tantos crímenes y haciendo gala de su enorme capacidad para lo más siniestro o descabellado, acaso dándome la evidencia de lo importante del mensaje y de lo poco que valía la misma vida ya. Vida, ante la que no tenía la menor capacidad de empatía, cualidad que solamente había mostrado conmigo, aunque no fuera capaz de comprender qué ganaba con que yo supiera no sabía qué cosas, ni qué podría cambiar eso, pues al fin no era sino un simple policía que no tenía influencia alguna en ningún aspecto que fuera más allá de mi propia persona, e incluso esta ya se rendía ante una enfermedad terminal. Y aquí todo se detenía en una vía muerta. Ante mí tenía dos únicas posibilidades: la Tercera Guerra Mundial iba a ser desatada, tal vez por los mismos que estaban combatiendo en Oriente Medio, quienes quizás tuvieran datos de una posible intervención de los rusos o los chinos; o bien, me encontraba ante un criminal iluminado, uno de esos locos mesiánicos que se había creído sus propias mentiras apocalípticas y estaba más que dispuesto, no a provocar ningún fin del mundo, sino a matar tanto como pudiera, y a quien una agencia o una organización de esas que tienen como secretas los Estados le seguía la pista para capturarle y meterlo en un psiquiátrico. Una especie de terrorista que enloqueció, probablemente trabajando para el Estado propietario de Apolyon.

Esto, aunque bailara continuamente entre mis opciones disponibles según mi estado de ánimo, me parecían que eran las dos opciones más creíbles: o un tipo a quien su conciencia le obligaba a comunicar al mundo lo que se proponían los poderes, o bien un demente con una capacidad enorme de hacer daño.

Al final del café, como si hubiera leído en los posos como un brujo de esos de un programa televisivo de variedades, volvieron a mi mente lo del Ojo de Dios y lo de los túneles. La actitud de Paul daba fe de que no eran baladíes sus palabras, como no bromeaban los hombres de Apolyon que me usaron como cebo para capturarle o eliminarle, y para quienes me había convertido ya en un objetivo

más que en un simple obstáculo. Después de todo, ahora yo estaba al otro lado de la línea roja y, por ello mismo, podía considerarse que formaba parte de su enemigo.

Pensé brevemente en esa nebulosa y en los túneles, y ambas desembocaron nuevamente en el obispo. Si Paul me había dicho que mirara al Ojo de Dios, probablemente se pudiera referir a que en esa dirección precisamente había algo así como un satélite o una estación espacial que podría ser clave para el caso, tal vez porque la usaran para lanzar desde ahí el ataque que diera comienzo a la Tercera Guerra Mundial o una barbaridad semejante. Si Apolyon representaba al ángel rey del abismo, el que lo abría bien pudiera ser que liberara no una plaga de mortificadoras langostas o algo tan terrible como una lluvia de artefactos nucleares, sino algo tan sutil como impalpable energía, una especie de arma geológica que pudiera producir… lo que ya estaba sucediendo: terremotos. Pero inmediatamente deseché esto por delirante: a esas alturas presentía que yo también estaba enloqueciendo.

Salí del bar y me dirigí al monasterio de San Lorenzo para tener un encuentro con el tío de Melisa, si es que se encontraba en la biblioteca tal y como ella me dijo, porque seguir dándole vueltas al asunto sin pruebas o datos adicionales solamente me podía conducir a conclusiones erróneas, si es que no absurdas. No había ninguna razón lógica, ninguna evidencia de que algo tan descabellado pudiera ser cierto, por más que contrariamente a la misma lógica se estuvieran concatenando alarmantes catástrofes a nivel mundial.

Mientras me dirigía el lugar supe que Paul me había dejado en un lugar tan próximo a esta localidad, seguramente empujándome a este encuentro. Me pareció lógico. No podía tener otro sentido que me abandonara en un coche a tantos kilómetros de Madrid y tan cerca del monasterio, y con la cruz de Cuelgamuros delante de mis narices para darme más pistas. Me quedaba particularmente claro que Paul estaba al tanto de todas mis conversaciones y progresos, seguramente porque había convertido mi casa en su segundo departamento y había puesto micrófonos o lo que fuera para estar informado de todo cuanto yo sabía.

Tal y como pensaba, apenas enseñé mi acreditación en el monasterio, todas las puertas se me abrieron, conduciéndome un fraile desde la puerta principal de acceso a la presencia del abad, quien enseguida identificó a la persona que yo buscaba. Lamentando que la causa de mi presencia allí fuera la muerte del sobrino del obispo, a quien posiblemente estarían dando sepultura a esas horas, me informó que su ilustrísima, el padre Bernardo, seguramente estaría como cada mañana en la biblioteca.

—Si lo desea —se ofreció—, le puedo ceder mi despacho para

que el encuentro con su ilustrísima tenga la intimidad necesaria.

Se lo agradecí, pero lo consideré innecesario. No era demasiado lo que tenía que tratar con él, y la biblioteca, seguramente desierta a esas horas salvo por unos cuantos eruditos, me pareció que reunía las condiciones suficientes como para tener la breve charla que pretendía. El mismo abad me condujo hasta la biblioteca.

En un ángulo, sentado en un pequeño escritorio, estaba el anciano obispo. Nos presentó el abad, y enseguida nos dejó solos.

—¿Sabía lo de Juantxo?

—Lo sabía, sí. Me llamó ayer mi sobrina, Melisa, y me puso al corriente de esta desgracia. Ya ve que no somos nada. Años sin saber de ellos, y ayer tuve noticias dos veces de mi sobrina, una por una cuestión que no viene al caso, y otra para informarme de esta tragedia.

—¿Por qué no ha ido al entierro?

—Inspector, ya soy demasiado mayor para ciertas aventuras, y ya no se puede hacer nada por Juantxo. Los rezos llegan a Dios desde cualquier rincón, y mis años y mi salud ya no consienten ciertos excesos. Por otra parte, aunque hijos de mi hermana, que en paz descanse, apenas si les he visto unas cuantas veces en toda su vida. A Melisa bastante más que a mi sobrino, porque a ella tuve la oportunidad de poderle ser útil en cuestiones de su especialidad académica.

—Tengo entendido que pasó muchos años en el Vaticano.

—Así es. Primero en el observatorio de Castel Gandolfo, y luego, cuando construyeron el de Monte Grahan, en Arizona, pedí que me trasladaran aquí, cosa que sucedió hace ya bastantes años. Uno, ya se lo puede figurar, se va haciendo mayor y busca las tablas para morir, como los toros.

—¿Cuál era su ocupación en ese observatorio?

—Perdóneme, inspector, pero no veo qué puede tener eso que ver con la muerte de mi sobrino.

Comprendí que era anciano, pero no estúpido, y supe que si quería sacar algo en claro no me quedaba otra que sincerarme e ir por la directa.

—A decir verdad, ilustrísima, yo tampoco. Por eso estoy aquí. A Juantxo le hirieron cuando se encontraba conmigo, después de que un terrorista a quien pretendíamos detener me dijera algo de la nebulosa del Ojo de Dios y otros asuntos que se me escapan. Considere que soy solo un torpe policía.

Al escuchar mi planteamiento, el obispo se quedó como perplejo. Me pareció oportuno extenderme un poco en mi explicación para facilitar que se relajara.

—Ayer, cuando le llamó Melisa, yo estaba con ella, y fue a

petición mía que le pidió información sobre ese asunto. Juantxo, a esa hora, todavía estaba vivo.

Titubeó el obispo, dándome la impresión de que estaba buscando en su mente una tangente por la que escapar de un interrogatorio que parecía resultarle particularmente incómodo.

—Entonces ya sabrá que lo que le dije a ella.

—Lo sé, sí; pero usted sabe tan bien como yo que no es posible que en el tiempo que medió entre la llamada de Melisa y su respuesta se hubiera podido poner en contacto con Arizona, y tanto más con la diferencia de huso horario, y recibir contestación expresa de que el telescopio estuviera averiado o algo por el estilo.

El obispo bajó la cabeza. Pareció sopesar mis palabras detenidamente y, luego de un breve lapso, mirándome con unos ojos particularmente entristecidos, me dijo:

—Venga conmigo, por favor.

Se incorporó pesadamente y, casi arrastrando los pies, salió de la biblioteca y se dirigió perezosamente pasillo adelante, siguiéndole yo sumisamente y en silencio. Llegó a la puerta del despacho del abad, tocó con los nudillos y, tras recibir el «¡Adelante!», entramos en el gabinete. Le pidió con exquisita cortesía al abad que nos dejara a solas un instante, esperó a que saliera y, tomando asiento en la butaca que había al otro lado del escritorio, descolgó el auricular del teléfono, marcó un número y pulsó el botón de comunicación sin manos. Una voz metálica al otro lado del aparato respondió enseguida, y pidió el obispo que le pasaran con el doctor Héctor Hernández.

—Es la estación de seguimiento de Robledo de Chavela, y el doctor Hernández fue mi alumno hace muchos años —me informó mientras esperaba que le comunicaran.

Una voz ronca y serena respondió desde el otro lado del hilo, y el obispo cambió con él algunas frases de cortesía.

—Héctor, soy Bernardo, ¿me averiguaste si en Monte Grahan repararon ya la avería esa?

—Oye, cosa rara. ¿Te acuerdas que te dije que si no lo reparaban ayer se lo pediría a los de Maspalomas?... Pues tienen la misma avería.

—¿Qué raro, no? —dijo sin sorpresa el obispo.

—Y que lo digas. Casualidades, supongo. Si quieres lo intento con el de Chile, tengo allí un amigo que...

—No, no —rehusó el obispo—; no hay prisa. Ya lo arreglarán.

Se despidieron, y cortó la comunicación.

—Tal y como le dije ayer a Melisa, ¿no es cierto?

Quedé confuso. Era cierto, sí; pero seguía faltándole tiempo. No era posible que hiciera todas esas gestiones en unos minutos.

Demasiada diligencia para un hombre tan anciano. Algo fallaba.

Alguien, justo en aquel instante, tocó la puerta. El obispo franqueó el paso del visitante con la palabra. Era Melisa, quien al abrir la puerta se precipitó al interior, se fue directamente a su tío, apenas echándome una mirada de sorpresa por encontrarme allí, y le abrazó con cierta angustia contenida.

—Me llamaron al móvil justo al terminar el entierro, y me dijeron que viniera tan aprisa como pudiera porque habías muerto —se explicó, separándose de él, aún algo agitada—. No te imaginas qué alivio sentí cuando en Cuelgamuros me dijeron que debió de tratarse de una macabra broma y que estabas aquí.

—Pues ya ves que estoy vivo todavía, cielo. ¿Quién puede haber sido el bromista?... Y tú, ¿cómo estás?...

Melisa y yo nos miramos, al tiempo que ella decía entre dientes que ya se podía imaginar: triste, confusa y agotada. No sé si ella sospechaba quién podría haberla inducido a hacer un viaje semejante en las condiciones en que se encontraba, pero yo estaba seguro: Paul hilaba muy, muy fino.

—¿No habrás sido tú quien ha le pedido a alguien que me llamara? —me interrogó con cierto mohín de enojo arrugando su naricilla.

—No, de ninguna manera; pero imagino quién puede haber sido.

—¿Quién?

—Paul. Ya te hablé de él.

—¿Para qué querría hacer eso?

—Lo ignoro. Su forma de actuar es impenetrable para mí, pero pudiera ser porque tiene algún interés en que participaras en el asunto que trato en estos momentos con tu tío.

Guardó un instante de silencio, como si estuviera reubicándose. No era extraño su estado de confusión. Presumiblemente había pasado una noche toledana, después habría tenido que esperar a que le hicieran la autopsia a Juantxo y, por último, habría tenido que enfrentar el momento del adiós definitivo del que fuera su hermano. Tanto física como emocionalmente debía estar extenuada. No obstante, haciendo acopio de fortaleza, pareció reunir fuerzas para sobreponerse a su agotamiento, y dijo un «¿De qué va esto?» que entendí como una forma de querer asumir su parte en el asunto, siquiera fuera en memoria de Juantxo. Me encogí de hombros, me aproximé a ella, la tomé de las manos para mostrarle mi apoyo, y le dije con un tono casi íntimo:

—Hablábamos acerca de una avería que parece haber en algunos telescopios que impide enfocar el Ojo de Dios.

—Así es, hija —corroboró su tío, entre la broma y la ironía—. Es como si el infortunio quisiera que Nuestro Señor no pudiera vernos.

Melisa no supo qué decir, y se conformó soltando un «Qué raro, ¿no?»

—Más que eso —afirmé, separándome de ella unos pasos y poniéndome de frente al obispo—: extrañamente sorprendente. Sin embargo, ilustrísima, estoy seguro de que usted ya sabía eso, y por ello mismo tardó ayer tan poco en dar su respuesta a Melisa.

El obispo agitó su cabeza y negó.

—No sé a qué se refiere.

—Sí que lo sabe. Somos nosotros quienes lo ignoramos; pero el caso es que precisamos saberlo: este asunto es lo suficientemente importante como para, de una manera u otra, haberle costado la vida a su sobrino. Creo que es el momento, ilustrísima, de que todos nos confesemos un poco, y no creo que estuviera de más que nos dijera qué está sucediendo.

El prelado se movió perezosamente hacia la ventana que daba a los jardines posteriores del monasterio, un conjunto de setos que formaba complejos laberintos, y permaneció allí con la mirada perdida algo menos de un minuto, pero que tanto a Melisa como a mí nos pareció una eternidad. Luego, con una calma desquiciante y sin volverse siquiera, dijo crípticamente.

—Ningún observatorio… del sistema, digamos, puede enfocar al Ojo de Dios. No es propiamente una avería de los aparatos, sino de los programas que los controlan.

—¿De los programas? —curioseé. Y añadí, a pesar de la explicación al respecto que me había facilitado Melisa—: ¿Hay un programa que controla el movimiento de todos los telescopios del mundo?

—Bueno, sí y no. Hablo de los telescopios públicos u oficiales, no de los pequeños aparatos que pudieran manejar un particular o una empresa de alquiler. Hoy, la mayoría de las estaciones astronómicas trabajan a menudo de una forma conjunta, así para la exploración de una determinada área del espacio como para cumplir unas funciones específicas de observación y seguimiento. Ya no son esos aparatitos más o menos voluminosos que se movían con ruedecillas por el mismo observador. Es más, ni siquiera es preciso mirar por la lente, sino que la imagen es observada en una pantalla de ordenador. Hoy todo es demasiado complejo, y para ello no sirven los aparatos tradicionales.

Cuadraba punto por punto con lo que Melisa me había dicho. No era difícil comprender que debía ser así. El mundo se había globalizado en muchos aspectos, especialmente en la investigación, y todo proyecto de cualquier índole ya involucraba a distintas universidades y centros de investigación de diferentes países, de modo que en asuntos como la Astronomía debía ser algo

particularmente imprescindible dada la esfericidad de la Tierra. Sin embargo, así como esto me resultaba creíble y hasta consecuente para cierto tipo de países… aliados, no me parecía que otras potencias, como Rusia, China o la India, por ejemplo, estuviera conformes con poner sus telescopios a disposición de sus adversarios políticos, y para demostrarlo ahí estaban sus propios programas espaciales.

—Perdóneme, ilustrísima, pero me cuesta creer que todos los países pongan sus programas de observación espacial en las manos de potencias extranjeras, porque es de suponerse que no es España quien controla los demás observatorios del mundo, digo yo.

—No me he explicado bien. La Astronomía es una ciencia muy compleja. Hasta no hace tanto cada observatorio hacía el trabajo que estimaba conveniente; pero siempre los científicos de los distintos países estaban en contacto y se hacían partícipes de sus descubrimientos, en parte para no realizar las mismas investigaciones. Poco a poco, fue ganando terreno la idea de repartirse el trabajo, formar una sociedad, de modo que no se distribuyera racionalmente el trabajo y que pudiera avanzarse de una forma multidisciplinar en la misma dirección.

—Todo eso está muy bien; pero ¿quién controla los observatorios?

—Hay niveles, digamos. Una universidad, por ejemplo, cuenta con el suyo y tiene su propio programa; pero apenas es de unas horas al año. Este, el resto del tiempo, comparte su periodo de observación con otras universidades para trabajos conjuntos, y a su vez estos con los del resto del país para otro tipo de tareas; los de un país lo hacen con los de una zona continental o un hemisferio, o bien con una macronación como Europa, etcétera.

—¿Y los programas que los controlan?

—Pues se puede imaginar que cada grupo y cada actividad tiene el suyo, pero a la vez se han ido creando otros programas de enlace para los trabajos conjuntos, porque sería imposible que distintos observadores enfocaran con una precisión absoluta un objeto o un cuerpo que se halla a una enorme distancia en el espacio. Esos son los programas que han fallado, los que impiden, por alguna razón, que ninguno pueda enfocar ese punto concreto del universo.

Me asaltó la idea de un virus informático o de una limitación oculta en el programa rector, aunque al punto la deseché por disparatada. ¿Para qué querría hacer alguien algo así?, ¿qué ganaba?... También al instante supe que tenía al obispo justo donde quería, pues estaba dando vueltas a una coartada muy coherente, pero coartada al fin y al cabo. Nos estaba llevando con una verdad menuda muy lejos de la gruesa verdad que me interesaba. Estaba

seguro de que ahí, en los labios de ese anciano, tenía la primera y quizás más importante de las verdades que buscaba, y me decidí a aplicar los principios de un interrogatorio persuasivo.

—Ya veo, ilustrísima, qué curiosamente casual resulta todo. Dispongo de una información que me induce a pensar que ahí, precisamente en el Ojo de Dios, se esconde algo.

—¿Tiene usted una idea aproximada de la distancia que separa a esa nebulosa de la Tierra?... ¿Qué se podría esconder a setecientos años luz de nosotros?...

—Tal vez no sea en la nebulosa donde se encuentra ese algo, tío —apuntó certeramente Melisa—, sino en esa dirección.

—¿Y por qué había de evitar alguien que los observatorios no puedan enfocar en esa dirección, cielito, si hay en el mundo miles de observadores privados? —redarguyó su tío.

—Bueno, los primeros hombres que encontraron las tablillas sumerias las utilizaron para hacer casas o construir hornos, o aun para jugar con ellas. No sabían qué tenían entre las manos hasta que alguien con conocimientos las dio la importancia que tenía, otro erudito desentrañó su código, el lenguaje, y entonces pasaron de ser pedazos de barro cocido a joyas incalculables del conocimiento. Creo que aquí pasa lo mismo, y que un observador privado, o no puede ver lo que hay, o simplemente se contenta con ver la belleza con la que expiró esa estrella.

—Melisa —admitió el obispo—, siempre has sido muy sagaz. Mucho.

—¿Y? —le apremió ella.

El anciano seguía mirando por la ventana. A lo lejos, cuesta abajo, más allá de los jardines del monasterio, podían verse las casas de la villa de El Escorial rodeadas de verdes prados y bosques, y más allá aún, como un agreste acantilado que sellara el horizonte, el perfil brumoso de Madrid. Al fin, puso ambas manos en la espalda, se dio varios golpecitos entre ellas y se volvió a nosotros con una mirada un tanto aviesa.

—Veo que no os conformáis y que no vais a dejarme en paz; pero, decidme una cosa: ¿sabéis que a veces es mejor no saber?...

—No comprendo —apuntó Melisa—. Siempre es mejor saber.

—No, no: no siempre, créeme. A veces saber es malo, muy malo, incluso peligroso. ¿Sabes quién fue el ciego de Siloé?...

—Ni idea.

—Fue un hombre que le pidió a Jesús que le curara de su ceguera, y Jesús le untó los ojos con barro y le envió a la fuente de Siloé, ordenándole que se enjuagara con su agua. El hombre lo hizo y quedó curado. Efectivamente, Jesús le devolvió la vista, y el hombre se fue proclamando a gritos el milagro. Cuentan las

Escrituras que incluso declaró ante Sanedrín a favor de Jesús; pero lo que no cuentan las escrituras y algunos exegetas sostienen, no obstante, es que pasado algún tiempo volvió a Jesús para pedirle que le dejara nuevamente ciego, porque al recobrar la vista se enfrentó a un mundo tan desagradable que le produjo una enorme tristeza, además de que por haber sido siempre ciego, no sabía hacer trabajo alguno y tampoco podía, viendo, vivir de las limosnas. Ver, para él, más que en su fortuna, se convirtió en su desgracia. Dicho de otro modo, era más feliz siendo ciego que viendo. A lo mejor aquí sucede algo parecido. Es mejor no ver, no pedir el milagro, porque si se viera, tal vez sería peor el remedio que la misma desgracia.

Ya no albergaba la menor duda: ahí estaba mi respuesta. Ahora, únicamente quedaba que le diera cuerpo, que le pusiera nombre o definiera su geometría. El primero de mis objetivos, ya podía ser acariciado con la yema de mis dedos.

—¿Y qué es eso tan grave que no conviene ver? —osé preguntar.

El obispo bajó la cabeza y la sacudió negativamente. Luego, la levantó, nos miró a ambos con unos ojos profundamente tristes, casi inundados por un humor parecido a las lágrimas, y dijo:

—Nunca fui un observador del cielo. Me contentaba con rezar y con mi carrera en el Vaticano. Todo estaba en orden, hasta que un día...

Su voz se entrecortó, haciéndosele un nudo en la garganta.

—¡Qué! —le urgió Melisa.

—Hija, tú deberías saberlo mejor que nadie: estudiaste a los sumerios y sabes casi todo de ellos.

Melisa pareció rebuscar entre sus conocimientos algún dato concreto que tuviera que ver con lo que su tío no parecía querer pronunciar, y no tardó demasiado en soltar una exclamación que algo tenía de ¡Eureka!

—¡Nibiru!

—Nibiru, Marduk, Planeta X, Hercólubus, Ajenjo... Sus nombres son muchos.

—No es posible...

—Ven, Melisa, siéntate —dijo el obispo, tomándola por la mano y acompañándola hasta uno de los butacones confidentes, yéndose él a continuación al otro lado del escritorio y tomando asiento en el principal—. Comprendo tu confusión, porque yo sentí exactamente eso mismo.

No tenía la menor idea de sobre qué estaban hablando, pero debía ser lo bastante grave como para que Melisa descompusiera su gesto y adquiriera casi al instante una lividez cadavérica. Estaba cansada, había pasado una noche en vela, hacía apenas una par de

horas que había dado sepultura a su hermano y probablemente todo eso tenía mucho que ver, pero ¿qué era Nibiru?

—No quisiera parecer un ignorante, pero sería muy de agradecer que alguien tuviera la amabilidad de explicarme...

—Nibiru —replicó Melisa nerviosamente—, es el planeta del tránsito de los iggigi, los dioses sumerios del cielo.

Estaba perdido, y así supo leerlo ella en mi gesto de desolación. Era incapaz de comprender qué demonios me quería decir.

—Te lo explico en unas pocas palabras —me animó—. Hace cientos de miles de años, según las tablillas sumerias, llegaron a la Tierra una especie de seres que se llamaban a sí mismos los dioses, no en el sentido de creadores del universo ni nada de eso, sino como gentilicio, así como nosotros nos llamamos hombres o humanos. Pues bien, ellos, según esas tablillas de las que te hablo, crearon al hombre a partir de lo que había, probablemente algunos primates u homínidos, y lo hicieron a su imagen y semejanza.

—Como dice la Biblia, vaya —bromeé.

—Exactamente, como dice la Biblia —corroboró para mi sorpresa—. Lo hicieron mezclando el código genético de los primates con el suyo.

—¿Y con qué fin?

—Hay versiones. Unas, apuntan a que para producir una especie de esclavos; otra, habla de que exclusivamente como servidores; y otra más, que así como un hombre tiene un hijo, una cultura tan avanzada engendra una especie. Para ello, considerando esto último, tuvieron no solamente que crear la especie inteligente que somos, sino además adecuar el planeta, hay quien apunta a que incluso construyendo la Luna para regular los ciclos y las mareas y promover toda clase de especies. Una locura, ya lo sé, pero así es la cosa y así lo hicieron, al menos según las tablillas. Eran los tiempos del caos, cuando Herodoto mencionaba que el sol nacía a veces por el este y a veces por el oeste, de los terremotos, de las estrellas erráticas...

Mi sorpresa no podía ser mayor. Mil locos llevaban siglos especulando con los extraterrestres y solamente tenían que haberse mirado al espejo. Las cosas estaban tan desquiciadas que ni yo mismo me planteaba la veracidad de lo que escuchaba. Todo me parecía que podía ser factible, tal y como estaban las cosas, aunque no entendía qué tenía que ver todo eso con lo que nos interesaba.

—Tardaron cientos de miles de años —prosiguió—, pero lo lograron. Los dioses eran muy longevos. Hay una tablilla que refiere que los primeros diez reyes sumerios antediluvianos gobernaron por un espacio de cuatrocientos veinte mil años, y que uno de ellos, Alalgar, lo hizo por un espacio de cuarenta y tres mil doscientos.

—¡Vaya! —me sorprendí—. Lo mismo queda alguno entre nosotros.

—No te rías de cosas tan serias, y escucha —me riñó. Estaba en vena, emocionándose por instantes—. Antes de eso, antes de que incluso la Historia diera comienzo, según los sumerios los dioses regresaron a su mundo, pero dejaron a unos cuántos en esa Luna que ellos habían construido, que eran los Vigilantes, dicho en palabras del profeta Enoc. Su misión era ni más ni menos que esa: vigilar, cuidar de que la especie se desarrollara, pero sin intervenir. Únicamente vigilar.

—Ya, comprendo —mentí—; pero no veo qué tiene que ver con…

—Escucha —me cortó—. Después, tal y como dice la Biblia y aun el Libro de Enoc, cuando maduró la especie que habían creado, nosotros, algunos de los vigilantes, viendo que las hijas de los hombres eran hermosas, las desearon, se conjuraron para participar todos en la acción, bajaron a la Tierra y las poseyeron. De ellas nacieron los gigantes y los héroes de la antigüedad. Algo así dice la Biblia, y también otros Libros Sagrados. Sobran ejemplos en algunos museos de gigantes y de restos arqueológicos de una especie inteligente que no tiene nada que ver con la humana…, los cuales desconciertan a los arqueólogos y perturban nuestro conocimiento de la Historia. En fin, el caso es que cuando regresó Nibiru en su siguiente ciclo y los nibirúes vieron lo que habían hecho los Vigilantes, lo consideraron un acto de incesto o incluso de zoofilia, algo terrible para su modo de ser y creer, y castigaron a esos dioses a no regresar a los cielos. A los que se quedaron en la Tierra se les llamó desde entonces anunnaki, y a los del cielo, los que siguen en Nibiru, los iggigi: demonios y ángeles, te puedes imaginar. Los iggigi, antes de irse de nuevo, decidieron destruir a los anunnaki, a los nefilim, que eran los hijos de los anunnaki y las humanas, y a los hombres; pero como en su código está prohibido causar la muerte con sus propias manos, se limitaron a destruir toda la tecnología de los anunnaki y dejaron de evitar las perturbaciones planetarias, lo que produjo un diluvio que amenazó con extinguir toda forma de vida en la Tierra. Bueno, eso o, como dice un documento antiquísimo hallado en el siglo XII conocido como la Biblia Kolbrin (que en realidad es un conjunto de disímiles documentos de diferentes culturas, celtas y egipcias, de unos seis mil años de antigüedad), evitaron que la propia presencia de Nibiru produjera aquel desastre. El caso es que fuera de una u otra forma, parece ser que En.ki, el probable dios que creó la especie, o dicho en palabras modernas el ingeniero genético que nos creó, salvó a una familia de la extinción, la de Ut.Napistim, que viene a ser el equivalente

sumerio al Noé bíblico, y logró que la especie humana no se extinguiera. Con todo, los iggigi castigaron a la descendencia de Noé, a todos nosotros, a no vivir demasiado para que no pudiéramos aprender en exceso, y para lograrlo acortaron nuestro tiempo de existencia mediante la recalibración de nuestro ADN.

Tal vez la palabra más exacta para definir mi estado de ánimo fuera conmoción. Cuanto escuchaba me parecía entresacado del desquicio de un autor de ciencia-ficción adicto a la absenta o al opio, pero seguía sin comprender qué tenía que ver todo eso con mi caso...

—Perdóname otra vez, Melisa, pero no sé... Te agradezco la lección magistral, aunque no sé dónde quieres ir a parar ni qué tiene ver con lo que estoy investigando.

—Ya, ya. Espera todavía un poco más. Dicen las tablillas que, a pesar del castigo, algunos dioses anunnaki sobrevivieron, que serían los demonios que has escuchado nombrar más de una vez, y que algunos iggigi se quedaron vigilando en esa misma Luna que ellos pusieron ahí para controlar el clima y la evolución de la especie, hasta que volvieran. Aquí es donde Nibiru entra de firme.

—¡Al fin! —exclamé.

—No te lo tomes a broma, porque te aseguro que no te va a gustar el acabijo. De ser cierto todo eso, no tiene por qué dejar de serlo el resto de lo que cuentan los sumerios, quienes nos refieren la historia completa. Según sus sorprendentes conocimientos astronómicos y de toda índole, pues que casi todo lo que hacemos a diario está basado en ellos, desde el calendario a la hora, pasando por todo lo demás, Nibiru sería el décimo planeta de nuestro Sistema Solar, el más exterior de todos. Tendría una masa tan enorme que su órbita es extremadamente elíptica, durando su año, su periplo alrededor del Sol, unos tres mil seiscientos años terrestres, según algunas fuentes, y unos seis mil, según las demás (de ahí el sistema sexagesimal que legaron a los humanos), pero en cualquier caso acercándose tanto al Sol que me temo que todo lo que está sucediendo, los terremotos y todo eso, se debe a esto, pues no es sino una repetición de los que la Biblia Kolbrin relata que sucedió en la anterior pasada, ¿no es cierto, tío?

El obispo, a pesar de que cuanto había manifestado su sobrina contradecía en buena medida los postulados oficiales de su fe, se había mantenido prudencialmente callado, reclinado contra el respaldo de la butaca. Se incorporó sobre el asiento, puso los codos sobre la mesa y gravitó su rostro sobre las manos, metiéndolo entre ellas. Se frotó con fruición, bajó las manos a la mesa, nos miró larga y compasivamente, y dijo:

—Se imaginará, inspector, que no comparto con mi sobrina la

mayor parte de las afirmaciones que ha hecho: ella es paleógrafa y yo sacerdote, de modo que ella da su toque de verdad a los escritos antiguos que para mí no son sino leyendas o cuentos mitológicos, y yo la encuentro en la Biblia, que para mí es palabra de Dios, aunque mi sobrina la considere una versión más o menos retocada de su propia verdad. Entre su visión de los hechos y la de mi fe hay algunas coincidencias, como el que ciertos ángeles bajaran a la Tierra y copularan con las mujeres, y todo eso que puede leer en el Génesis. En fin, cosas pequeñas, aunque significativas. Los mayores eruditos de la cultura sumeria pertenecen a nuestra Iglesia, y en el Vaticano conocíamos esto, pero no le dábamos más importancia que la propia de una leyenda que pretendía explicar de forma épica lo que a su entender fueron los orígenes del mundo conocido.

El obispo, nuevamente, se iba por las ramas, y me pareció oportuno centrar un poco su aportación, reconduciéndola.

—Pero ¿qué tiene que ver todo eso con el Ojo de Dios?

—Mucho. Más de lo que imagina. Supongo que no desconoce usted que es la Iglesia, precisamente, la heredera de los antiguos astrólogos y que en muy gran medida a ella se le debe la fundación de la Astronomía como ciencia. En fin, en cuanto a lo que nos concierne, le diré que desde hacía mucho tiempo teníamos la certeza de la existencia de un cuerpo espacial masivo que orbitaba el Sol más allá de los planetas conocidos, debido a las perturbaciones que se aprecian en los planetas exteriores. Le buscábamos desde hacía muchos años, acaso un siglo, pero no se encontró mucho más que a Plutón, primero, y a Xena y otros planetoides, después, aunque estos fueron descubiertos por personas ajenas a nuestra Iglesia. No es que no nos interesaran estos hallazgos, sino que ninguno de ellos justificaba esas perturbaciones que menciono; es más, sus órbitas mismas estaban igualmente perturbadas, oscilantes, influenciadas por otro cuerpo muchísimo más masivo.

—Le pido disculpas nuevamente, ilustrísima, pero si pudiera concretar… —le interrumpí, porque tanta lección me comenzaba ya a producir agotamiento.

—A ello voy, tenga paciencia. Seguimos buscando, y no fue sino hacia el año ochenta cuando descubrimos físicamente a ese mítico planeta a unas sesenta UA de la Tierra. Calculamos su órbita y esta nos alarmó mucho. Era el descubrimiento astronómico más relevante de la Historia reciente, incluso más que el del mismo Plutón. Tal vez era el Planeta X que los astrónomos de todo el mundo buscaban desde hacía tanto tiempo para justificar el abismo del Cinturón de Kuiper y las alteraciones orbitales de Urano, Neptuno y Plutón, o tal vez fuera el Ajenjo de nuestro Apocalipsis.

Tal vez, y por eso nos centramos en una observación muy rigurosa desde Castel Gandolfo y los demás observatorios que tiene la Iglesia en distintas partes del globo. Después de los primeros análisis de su composición y de los primeros cálculos de su trayectoria orbital, comprendimos que no era una noticia que se pudiera difundir al mundo así como así, de modo que estudiamos detalladamente el curso y las características de ese cuerpo celeste y, al mismo tiempo, el Vaticano decidió poner en marcha el Proyecto Omega, el cual contemplaba el lanzamiento de la sonda Siloé, llamada así no sé si por alguien con un sentido del humor muy negro o si atribuyendo a este ingenio las propiedades de aquella fuente que tenía la cualidad de obrar que los ciegos pudieran ver. En fin, el caso es que después de esa sonda se enviaron otras dos, pero ya no sé mucho al respecto… o prefiero no saberlo, porque por entonces comprendí que ya había vivido lo suficiente y que precisaba pensar, poner mi alma en paz antes de que llegue la hora.

—Y el planeta que descubrieron era Nibiru, supongo.

—Lo era, sí. De hecho hay fotografías muy específicas y de relativa buena calidad de ese cuerpo, un planeta masivo rodeado de lunas y escombros, el cual lleva en avanzada dos cuerpos menores, pero enormes, que sin poder ser considerados lunas o algo así, para nosotros los creyentes son muy significativos y a los que se les pusieron dos nombres que tal vez le suenen: al primero y menor, se le dio el nombre de Ajenjo, la estrella que caerá del cielo y volverá amargas las aguas del todo el mundo; y al segundo, debido a su considerable tamaño, se le dio el nombre de Apolión, el que abrirá el abismo al colisionar con la Tierra en los últimos días.

La información que estaba recibiendo no provenía de un loco ni de un maníaco apocalíptico, sino de un obispo, y en lo más profundo de mí le concedía todo el crédito del mundo. No era solamente que fuera sacerdote, sino que había estado, por lo que se veía, lo suficientemente relacionado con ello e incluso parecía haber visto con sus propios ojos aquellas fotografías. Si a él aquello le había servido para retirarse del mundo y dedicar el resto de sus días a poner paz en su alma, mi conturbación era tal que no tuve otra que tomar asiento en el otro sillón confidente que había frente al escritorio. Pero la información que nos facilitaba el obispo, no parecía haberse agotado, y continuó:

—Este descubrimiento lo hicimos en 1983, y un año después de que nosotros confirmáramos físicamente el hallazgo, fue corroborado por la misma NASA, haciéndose eco del hallazgo casi todas las publicaciones de la época, incluidos algunos de los periódicos más prestigiosos. El cuerpo en cuestión, entonces, era observable sobre la constelación de Orión, y la Jet Propulsion

Laboratory lanzó una sonda como la nuestra, la IRAS, para verificarlo. Nosotros, por nuestra parte, una vez hechos los cálculos de su trayectoria, ya sabíamos a esas alturas todo lo que precisábamos saber y lo que representaba para la humanidad. La gran duda, habida cuenta de lo que teníamos entre manos, era si comunicárselo al mundo o no. Entretanto, las autoridades de Estados Unidos decidieron acallar el asunto, y fueron creando programas que cegaran el segmento mínimo del universo que iba ocupando Nibiru, argumentando que dar a conocer una noticia semejante desataría el caos social. Poca, muy poca gente, y toda ella muy importante, está al tanto del asunto, aunque ya será por poco tiempo, porque ya es visible por instrumentos de aficionados…, si es que saben mirar. Primero llegará Ajenjo, luego Apolión abrirá el abismo, y después…

Al escuchar nuevamente el nombre Apolión, sentí que la sangre se me coagulaba en las venas. La explicación del obispo me había dado la mejor explicación con las palabras más simples: abre el abismo de debajo de la corteza… ¡porque colisiona con la Tierra! No, no había una amenaza inminente de una Tercera Guerra Mundial…, sino de algo peor, mucho peor. Era tan terrible que, fingiendo presencia de ánimo, quise corroborarlo.

—¿Tan grave es la existencia de ese planeta para la Tierra?... Digo yo que ya hay ocho planetas más en el Sistema Solar, siete si considera que se le ha degradado a Plutón de ese privilegio, y no pasa nada. ¿Por qué habría de ser distinto con este?... Además, la tecnología actual, sin duda permitiría…

—Ojalá se pudiera hacer algo, pero permítame que lo dude. De la cuestión del impacto de Ajenjo y Apolión, imposibles de ser visualizados sin un equipamiento muy sofisticado, no parece que haya manera de que podamos librarnos, pero Nibiru no llegará a chocar con la Tierra.

—Al menos, eso permitirá que los daños sean limitados —murmuré con cierta esperanza, casi imploré.

—No lo crea. Por el tamaño que se les ha calculado, el solo impacto de Apolión representa en sí mismo un potencial de daños incalculable. Pero, con todo, eso no es lo peor, aunque Nibiru no llegue a colisionar físicamente con la Tierra. La cuestión es que se trata de un planeta que pasará muy cerca del nuestro y que es de gran densidad, con una masa muchas veces superior a la Tierra, y por ello, con un campo electromagnético imponente. Los terremotos y las erupciones que se están verificando en estos días, como la mayoría de los eventos geológicos que se están dando desde hace más de un siglo para acá, con toda certeza son debidos a su cada vez más próxima presencia, y esto no es más que el principio.

Hágase la idea de que nos ha capturado con un lazo electromagnético invisible pero férreo, y que nos quiere arrastrar al mismo tiempo que la Tierra pugna por mantenerse junto al Sol. La órbita de Nibiru tiene su perihelio, su máxima aproximación al Sol, cerca del Cinturón de Asteroides, entre Marte y Júpiter. ¿Se imagina lo que significa eso?

Por supuesto, no. Mi formación era otra, más del mundo o más ordinaria. Mi vida misma se había desarrollado entre lo terrible y lo prosaico, pero todo a ras del suelo, mezclándose con los afanes de la normalidad. Podía suponer sin ningún problema qué significaba alteración social, crisis económica e incluso olas de calor, porque todo ello me había producido reiteradamente incrementos importantes de trabajo; pero ni por aproximación podía suponer que cosas así como un campo electromagnético pudieran tener efecto alguno sobre los mortales. Ni era un buen lector ni un aficionado a los documentales de la tele, y todas esas cosas de la ciencia me parecían historias de gente que le gustaba andar mareando la perdiz o de guionistas de películas.

—Le ruego que sea usted paciente ahora conmigo —me expliqué —, y que comprenda que no soy más que un simple policía, y no muy listo.

—Pedí el retiro cuando tuve la certeza de lo que dibujaba el futuro —dijo con voz suave el anciano obispo, marcando en su semblante cierto mohín de abatimiento—. Hablamos mucho de si era conveniente o no poner en conocimiento de la humanidad una noticia como esta, y el sínodo de cardenales decidió finalmente que no. Debíamos dejar el destino en manos de Dios, que Él decidiera quién se salvaba o quién moría. Dado que no había medios para salvar a toda la humanidad, ¿quién éramos nosotros para elegir a unos sobre otros?... Demasiada responsabilidad.

—Todo eso está muy bien, ilustrísima; pero ¿qué daños puede hacer un planeta que pase a millones de kilómetros de la Tierra?

—Más de lo que se imagina. El universo está regido por fuerzas muy sutiles. Una emisión de rayos gamma, tan invisible como aparentemente inofensiva, basta para exterminar a la totalidad de la humanidad en un instante. Imagine que una bomba atómica es la fisión de un puñado de átomos de uranio que no suman entre todos mucho más que una bola de billar. La cosa es grave, muy grave. El sínodo, aconsejado por nuestros expertos, comprendió que, más allá de lo que representan por sí mismos los impactos de Ajenjo y de Apolión, las perturbaciones que se producirían al paso del planeta pondrían severamente en peligro la existencia de la vida en la Tierra. Desde el punto de vista divino, somos deterministas porque creemos firmemente en que Dios tiene un Plan que contempla la

totalidad del devenir humano. Las condiciones que genere el paso de Nibiru, así como los daños que pueda producir en la sociedad y en la población mundial, son difíciles de cuantificar a priori, especulaciones más o menos aproximadas; pero incluso las más optimistas son terribles, alcanzando en el mejor de los casos niveles de extinción masiva, tal y como profetiza nuestra Biblia. Dicho en otras palabras: la Biblia es la Verdad. Por alguna razón que para nosotros es de origen divino, San Juan en su Apocalipsis tuvo una revelación de los hechos venideros, de exactamente lo que sucederá. Así lo creemos, y con esa certeza el Vaticano creó por entonces el Proyecto Omega, el cual contempla muchos aspectos, desde la salvaguarda de todos los tesoros culturales de la humanidad al seguimiento del planeta desde las bases discretas que tenemos en Chile y Alaska, además del telescopio de Arizona, el VATT, uno de los más importantes del mundo en su género. Se trata de un ingenio que analiza el espectro de infrarrojos, precisamente porque es la única banda en que ha sido detectable Nibiru.

—¿Y dice que nadie más sabe esto y lo ha hecho público, científicos que se hayan conmovido, siquiera sea, de sus propias familias y amigos?...

—Muchas personas lo saben, sí; pero todos ellos pertenecientes a círculos muy restringidos, como mandatarios o científicos encargados del seguimiento, y todos ellos, ya sea por responsabilidad o por imposición de sus Estados, están obligados a guardar silencio. Se podrá imaginar que las consecuencias de una filtración solvente y creíble podrían ser escatológicas, y nadie desea eso. Sin embargo, sí lo sabe mucha gente, más de la que imagina. Después que nosotros construimos el VATT, por ejemplo, una nueva agencia creada al efecto en los EEUU construyó muy cerca del nuestro otro de observación infrarroja al que le pusieron por nombre Lucifer, fíjese qué cosas. Puede comprobarlo en Internet, si lo desea. Humor negro, quizás.

—Pero dice usted que tardaron mucho tiempo en encontrar a Nibiru, que lo buscaron durante años y años, ¿de dónde obtuvieron la primera información?...

—Usted, como la mayoría de los hombres, ve a la Iglesia como curas que dicen misa y todo eso, y nada más; pero a poco que se fije en la misma Historia comprenderá que los mayores eruditos de casi todas las disciplinas han pertenecido a la Iglesia: biólogos, astrónomos, matemáticos... Cierto que la leyenda negra se fija especialmente en la Inquisición y esa época oscura, pero ¿quién conocería a Arquímedes, Platón o Anaximandro si no fuera por esa misma Iglesia tan terrible que mencionan nuestros enemigos? Desde las leyes de la herencia al pronunciamiento de la Teoría del Big-

Bang, pasando otras muchas en todos los demás campos de la ciencia, fueron obras de miembros de la Iglesia; pero, además de todo eso hay más: tenemos fe, que es decir profetas y profecías. Hay quien menciona que este hecho estaba considerado como parte del Tercer Secreto de Fátima y que el sínodo decidió ocultarlo, pero aquí coincido un poco mi sobrina. Para ella, los iggigi anunciaron su regreso; para mí, lo hace el Apocalipsis y lo llama Apolión, y quien regresa no son unos iggigi cualesquiera, sino Dios mismo con todos sus ángeles, y dudo mucho que sea a bordo de ese planeta.

—Con todo, no me ha dicho cuáles serían las concretamente consecuencias…

—Verá, más allá de lo que supone las caídas de Ajenjo y de Apolión, las cuales tendrán un efecto parecido al estallido de innumerables bombas atómicas simultáneamente, el paso de Nibiru se verificará desde el sur en una zona de la eclíptica del Sistema Solar próximo al Cinturón de Asteroides que se encuentra entre Marte y Júpiter. Por hacerle una idea gráfica, si el Sistema Solar fuera un disco, Nibiru irruirá desde abajo en un ángulo de unos treinta grados, y eso desequilibrará los asteroides del Cinturón, probablemente empujándolos hacia el interior, hacia la Tierra, produciendo la caída de las estrellas que anuncia el Apocalipsis. Pero eso es solamente el principio de los dolores del Juicio de Dios. La presencia misma de Nibiru, después, moverá la corteza terrestre mucho más violentamente de lo que ya lo hace, desubicará a los mares de sus lechos, producirá fulguraciones solares imponentes… En fin, lea el Apocalipsis, porque ahí está todo, paso por paso. Los hombres, en tales circunstancias, ya puede imaginarse cómo se conducirán, especialmente cuando las redes satelitales sucumban, las eléctricas sean inoperantes y falle todo el sistema de distribución de alimentos… Todas esas plagas, curiosamente, están recogidas en ese Libro que se escribió hace dos mil años: las estrellas que caen del cielo, el pedrisco... Pero esto, que no es poco, es sólo en cuanto a lo exterior o lo que nos puede afectar desde fuera; desde dentro, en cuanto se refiere a nuestro propio planeta, la presencia de Nibiru supondrá la alteración del su eje de giro, el detenimiento momentáneo de la rotación misma e incluso una potencial inversión de polos, debido a la atracción o repulsión que ejerzan entre sí los polos magnéticos de uno y otro planeta. La desolación será inimaginable… Puede imaginárselo: si el planeta detiene su giro, es como si hubiera un terremoto de más de veinte grados a escala global, de modo que debido al frenazo de la Tierra, la corteza se despegaría del manto, que es algo así como si soplaran vientos de muchos cientos de kilómetros, convirtiendo a todos los objetos en proyectiles con mayor poder destructor que la más peligrosa de las

armas humanas. Pocos o nadie podrá sobrevivir a eso, y tanto más cuando los mares, por simple inercia, abandonen sus lechos y asalten los continentes.

—¡Caramba! —exclamé conmocionado.

El panorama, bien pensado, era pavoroso; mal…, no tenía nombre. Cuando leí el Apocalipsis días atrás, tras las lección magistral que nos dio a Juantxo y a mí Marisa en su visita mi casa, me pareció un cuento sin interpretación posible; pero podía recordar que, efectivamente, todas esas cosas que nos estaba refiriendo el obispo estaban recogidas en él, aunque en un lenguaje menos técnico y más arcaico. Si lo que estaba escuchando lo hubiera dicho uno de esos iluminados que había por ahí, sin duda lo habría considerado un loco; pero era toda una autoridad de la Iglesia quien lo decía, un hombre que tuvo mucha responsabilidad en el descubrimiento de Nibiru. Ahora, a la luz de esto, el otro Apolyon cobraba una dimensión muy distinta y muchas de las piezas del rompecabezas que me afanaba en resolver encajaban de una forma simple y evidente. Sin embargo, ¿cómo era posible que si ese planeta estaba tan cerca nadie lo hubiera visto con su telescopio particular o de alquiler?... Muchos aficionados habían descubierto asteroides, pero ¿ninguno había visto a uno muchas veces más grande que la misma Tierra?... ¿O tal vez era así porque venía muy desde el sur de ese disco que representaba al Sistema Solar, pudiéndosele solamente apreciar desde la Antártida y esos lugares donde últimamente había tanta actividad científica?... De ser así, los hombres podrían verlo solamente cuando ya sería demasiado tarde, e incluso era probable que los mismos poderes de los Estados se encargarían de evitar que pudieran difundir la noticia. Después de todo, a estas alturas de la tecnología bloquear algo concreto en Internet, era la cosa más simple del mundo para un gobierno.

Por más que por su gesto comprendía que Melisa le daba una credibilidad absoluta a su tío, parte de mí se empeñaba en considerarlo algo completamente descabellado. ¿Cómo admitir que todo cuanto conocía tenía sus horas contadas, y que daba igual lo que se hiciera ya porque el tiempo estaba próximo a concluir?... El mismo Bernardo reparó en la lucha interior que se celebraba en mi alma, y me dijo:

—Comprendo que no es fácil de creer, pero es lo que hay. Esta es la causa verdadera de mi retiro.

—Usted lo creerá, ilustrísima —me defendí—, pero a mí me cuesta mucho aceptar eso. Soy un simple policía que no entiende gran cosa de ciencia, pero me puedo imaginar que, de ser cierto lo que ha dicho, no sé…, alguien lo habría advertido ya.

—Muchos lo han hecho. En realidad, lo han estado advirtiendo

desde hace milenios, tanto más en los últimos años, especialmente desde la manía mundofinalista del 2012. Lea el Apocalipsis y corroborará que en los tiempos del fin se describen los mismos efectos que le he descrito con otras palabras: terremotos, volcanismo, mareas, aire que quema, aguas venenosas, estrellas que caen sobre la Tierra... ¿Quién puede ser portador de tales noticias, y, lo que es más terrible, quién puede elegir a unos sobre otros?... Por eso abandoné, no quería la responsabilidad de afirmarlo o de negarlo, y mucho menos la de elegir.

El obispo estaba al borde de las lágrimas. Su sufrimiento era evidente, no siendo difícil suponer que para él lo referido no era la proyección de una profecía antigua, sino una realidad que ya se estaba verificando. Si creía lo que estaba diciendo, desde luego no era para menos, y tanto más cuando Melisa añadió como fuera de sí:

—…«Y murieron dos terceras partes de los animales del campo y de las plantas del suelo y de los hombres, y se volvieron venenosas las aguas de la tercera parte de los ríos.»

De todo había en aquel despacho menos alegría y esperanza. Cuatro supuestas teorías tan aparentemente distintas como la heredada de los sumerios, las de esa Biblia Kolbrin, las del Apocalipsis y las de la rigurosa Astronomía venían a decir con distintas palabras exactamente lo mismo. La tragedia, al menos para ellos que lo daban crédito, no podía ser mayor. Por mi parte no es que me mantuviera escéptico contra la razón, sino que me debatía entre extremos, pues si ahora me parecía posible y lo negaba mi corazón, en el instante siguiente lo creía imposible y lo afirmaba mi razón. No; yo también dudaba. Prefería y me esforzaba, contra incluso las evidencias, en mantenerme del lado de la cordura que siempre me mantuvo vivo.

Justo entonces recordé qué me había conducido a este encuentro, y pensé de nuevo en Paul. ¿Era posible que también él diera crédito a esta teoría de locos? Algo me dijo que sí, y fue algo muy firme: ¿era esta la razón por la que me dejaba sus mensajes siempre impregnados de muertes?..., ¿era para saber esto para lo que me había empujado a aquel encuentro?..., ¿era Apolyon algo más que una organización?...

Y de pronto, un fogonazo hizo la luz en mi mente, derribándome de mi incredulidad como el rayo divino desmontó a Pablo de su caballo. La idea que lo ordenaba todo no podía ser más desquiciada: ¿acaso Apolyon era una organización… anunnaki? ¡Uf!, si lo de Nibiru me resultaba casi increíble, ¿qué decir de que parte de que los antiguos dioses fueran en realidad quienes manejaban el orden de la realidad y se estuvieran preparando para recibir a sus…

adversarios, los iggigi?... El sello de Apolión, el ángel del abismo, era el distintivo de esta organización, y algunos exegetas, según había comentado Melisa, le consideraban el rey de los demonios, o de los anunnaki, dicho en el lenguaje que se estaba empleando en esos momentos. Obviamente, tanto el obispo como Melisa y Paul creían en esto a pies juntillas, ya fuera por evidencias científicas, arqueológicas o por propia experiencia, y a los tres, a cada uno en su medida, les concedía al menos el beneficio de la duda. Que el obispo creyendo esto renunciara su carrera y pidiera como el ciego de Siloé volver a su ceguera, era lo más lógico del mundo; que los estudios de Melisa la condujeran a creer que las remotas tablillas sumerias eran en realidad la memoria de nuestra Historia más antigua y que ahora los hechos la corroboraban, también; y que Paul estuviera convencido, él sabría por qué clase de información que estuviera a su alcance, era más que evidente, especialmente por cuanto me había empujado a descubrirlo por mí mismo… y porque todos sus pasos estaban marcados por la muerte, cual si ya no hubiera esperanza para nadie. ¿Qué más daba si mataba o no, si ya todos estábamos muertos?

Caminé hasta la ventana y eché la vista al hermoso paisaje escurialense y al cuadriculado cielo azul por las estelas de los aviones, y recordé sin quererlo algunas palabras de mis tiempos del orfanato, cuando un sacerdote nos habló de que en los tiempos del fin, a aquellos que vivieran entonces se les pondría el pelo blanco al instante por causa del miedo. Palabras que consideré fábulas, cuentos de curas. Ahora que comenzaba a conceder cierta posibilidad de verdad a lo que estaba escuchando, no solamente me parecían un pálido reflejo de la realidad, sino que me costaba trabajo no romper a llorar al pensar en los millones de seres que perecerían, que toda aquella hermosura que irruía en mi alma a través de los ojos tenía ya sus horas contadas… y que pocas quedaban ya para que todo se consumara.

Ahí estaba el mundo, ignorando que la muerte estaba hilando su mortaja. Niños, que perderían en el mayor horror la pureza de su infancia; y mujeres y hombres que amaban, que miraban esperanzados a un futuro mejor, que quién sabía si en las horas que estaban por venir renunciarían a todo y se entregarían por odio a lo peor de sí mismos. Veía el mundo desde la ventana y ya me parecía contemplar el trote acompasado de los cuatro jinetes del Apocalipsis, cada uno repartiendo sus dones: revueltas sociales, hambre, pestes, muerte... ¡Qué hora terrible era la que seguía a la que vivíamos!

—¿Cuándo comenzará a percibirse lo peor de este suceso? —me atreví a preguntar, acaso con la voz algo conmocionada.

—Ya lo ha hecho —musitó Bernardo, sin levantar su cabeza de la postración y con un hilo de voz—. Me temo que la Tierra ya ha sido completamente capturada por el lazo de Nibiru y que no hay escapatoria. Mañana serán más terremotos, más maremotos y algún volcán que entre en erupción; mientras, dejarán de funcionar los satélites, se apagarán para siempre los ordenadores y puede ser que nunca más haya energía eléctrica; le llegará su turno al Sol, y la Tierra, con su campo electromagnético alterado, no podrá impedir que los rayos más peligrosos nos alcancen, produciendo llagas terribles; y por fin, la Tierra trastabillará, cambiará la orientación de su corazón metálico, tal vez se detenga incluso, y entonces se desbordarán los mares e invadirán los continentes y anegarán las ciudades al tiempo que llegarán oleadas de meteoritos, unos como piedras menudas y otros como montañas gigantescas. No sé si alguien querría sobrevivir a lo primero para ver eso.

Por mi parte podía vislumbrarlo ya, aunque seguía mirando a la lejanía. Tal vez sobreviviera algo o alguien, pero ¿querría voluntariamente hacerlo?... Se me antojó en aquel instante que todas las querencias humanas habían sido baladíes, absurdas: las carreras hacia el éxito, la acumulación de riqueza, la superficialidad de la moda... Habíamos estado escribiendo nuestra Historia con humo en el viento. Nada quedaría de nada ni de nadie. Nada había valido para nada ni tendría valor en esa hora venidera, y en nada consolaba haber comido mejor o peor, o haber tenido mayor o menor saldo en la cuenta del banco. Nada se salvaría. Ni siquiera los palacios o la soberbia de las torres, ni la arrogancia de los ejércitos o la prepotencia del dinero: nada podría comprar un segundo de paz o un lugar seguro. Y justo en ese momento, me vino a mientes la segunda cuestión de Paul.

—No quiero prolongar en exceso esta situación que veo que tanto le desagrada, ilustrísima, pero ¿qué está haciendo la Iglesia para poner a salvo todo esos tesoros de la humanidad?...

—Roma es un laberinto de túneles con miles de años de antigüedad —me respondió con una serena tristeza haciendo inflexiones en su voz—. Ahí se protegieron los primeros cristianos del poder del Roma, y ahí y en otros sitios se pretende guardar el testimonio de la existencia de este género hijo de Dios. El Vaticano ha creado su propio ejército, aunque este no sea de guerra, sino de supervivencia. Se han puesto en órbita tres sondas más desde nuestra joya aérea, el Aurora, para prevenir lugares seguros, zonas del planeta que pudieran considerarse más a salvo que otras donde construir refugios para esos tesoros culturales, y quiera Dios que para otros seres, así humanos como animales, desde comenzar una nueva era.

Túneles: ahí tenía mi otro planteamiento.

—¿No están haciendo algo parecido los demás Estados?

—Eso es seguro. Preparan sus propias arcas de Noé para salvarse; pero, sabiendo cómo es la sociedad, tengo por seguro que la selección no la harán entre los buenos ni entre los justos. De ahí, precisamente, la importancia de la Iglesia. Ellos, especialmente los norteamericanos, tienen en la Antártida su base principal, y en ella el STP, un supertelescopio para un fin parecido al de nuestro VATT, y sabemos que han estado construyendo innumerables bases subterráneas. También estamos al tanto de que las demás potencias lo saben desde hace años, especialmente sus aliados, y tenemos noticias de que en casi todos los países se están construyendo ciudades subterráneas a gran profundidad. No hace mucho se inauguró la Cúpula del Fin del Mundo en Noruega, donde han almacenado semillas de todas las especies del planeta, y en Gran Bretaña se ha construido un arca donde guardan congeladas los ADN de todas las especies animales. Sin embargo, ya lo dicen las escrituras: «No habrá cueva en la que refugiarse, y, quienes vivan, desearán haber muerto.»

—Una última cuestión y le dejo, ilustrísima —le dije afectuosamente, acercándome hasta el escritorio y descargando parte de mi peso sobre los brazos—: ¿Cuándo se espera lo peor, que se desate ese infierno?

—Ya se lo dije: lo peor ha comenzado. Pero si se refiere a cuándo será visible Nibiru por los telescopios pequeños, yo creo que ya lo ha hecho y que los poderes están controlando la información. En fin, a tenor de lo que está sucediendo ya, no le puedo aconsejar más que se prepare para lo inevitable y que ponga en paz su alma: no creo que tenga más que unos días para la cresta del final.

La inquietud, a media que me facilitaba el obispo datos y los daba crédito en lo más íntimo de mí, crecía hasta embargarme. No se trataba de un suceso que verían mis nietos cuando fueran ancianos, sino que yo mismo lo presenciaría, a pesar del cáncer que me estaba royendo las entrañas.

Miré a Melisa y me pareció transida, como en otra órbita o en otro orden del todo ajeno al mundano. Y viéndola, vi en ella a mi hija y a su porvenir quebrado. En realidad, vi a todos los jóvenes esperanzados en un futuro que les negaba, en un porvenir de tierras humeantes, columnas de fuego cayendo del cielo, mares que se desbordaban, simas que se abrían bajo los pies tragándose poblaciones enteras...: el Infierno.

No sé por qué de pronto no pude ver a Paul como a un enemigo, sino que lo hice incluso como una esperanza. ¿A santo de qué empujarme a saber todo esto, si es que su plan no consideraba un

después y, lo que era lo mismo, una opción de supervivencia?... ¿Con qué cartas marcadas estaba jugando esta partida?... Pero era así, lo viera como lo viera. Algo sabía que yo ignoraba y que me forzaba a averiguar la cuestión de los túneles. «Busca en lo más alto y en lo más profundo», habían sido sus palabras. Lo más alto ya lo había encontrado: el Ojo de Dios. Ahora le llegaba el turno a lo más profundo: a los túneles, al Ojo del diablo.

—Le dejamos, ilustrísima. No sabe cuánto le agradezco la información que me ha facilitado.

—No estoy yo tan seguro de haber hecho lo correcto —replicó él. Y, volviéndose a su sobrina, añadió—: Lo siento, Melisa. Si no nos viéramos más, reza en esa hora. Aunque no creas, Dios mandará a sus ángeles para proteger a los suyos.

Se abrazaron con enorme ternura, lentificadamente, sabiendo ambos que era una despedida hasta la eternidad. Lo bello ya lo habían vivido cada uno: llegaba la hora de lo terrible, y cada uno debería acogerse a sus certezas más sólidas para enfrentarlo.

Caminamos Melisa y yo por los largos corredores del monasterio buscando la salida, y cuando accedimos a la soleada lonja, ambos, por alguna razón, miramos a la vez a lo alto. Me giré sobre los talones y eché un vistazo al enorme monumento, deteniéndome un instante en la estatua de San Lorenzo que presidía la hornacina principal sobre la puerta por la que habíamos salido, la que daba al Patio de los Reyes. Algunos decían que señalaba con su dedo hierático una mina de oro clausurada por Felipe II por superstición o como tributo al Cielo cuando construyó el monasterio, y concatenada a esta idea, volvió con mayor fuerza a mi mente la idea de los túneles.

Pensé que el destino jugaba así con sus criaturas, con guiños que parecían casuales para empujarlas a llegar a donde él se encontraba esperándoles, y supe entonces que debía buscar y encontrar esos túneles, quién sabía si para hacer mi última elección.

22 Últimos pasos sobre la Tierra

Pronto terminará todo. Pocas cosas quedan ya por hacer, y escasos los pasos que dar sobre la Tierra. En mi reloj apenas si basta ya con el segundero para medir mi tiempo, como en los de casi todos los que me rodean. La única diferencia radica en que yo sé lo que ignoran, y soy consciente de que prácticamente ya he muerto, de que no me quedan esperanzas y de que estoy por gastar el último sueño, acaso el único sueño: pronunciar dos palabras.

Queda un dolor y enfrentar la verdad última: ¿existe Dios, somos una creación o forma intencionada armada por el ingeniero divino desde la nada?... Tal vez muera y el universo se apague en mis ojos, muriendo conmigo. Nadie nunca en ninguna parte sabrá por mí que ha existido, ni nadie nunca en ninguna parte sabrá por él que he existido. Él y yo expiraremos en la misma hora, salvo que Dios exista.

He preparado todo concienzudamente, a imagen como en la antigüedad prevenían los reyes sus mortajas. Todo está listo. Nadie puede sospechar siquiera cuál es el párrafo final que he preparado para cerrar este capítulo de mi vida. Luego, cuando haya terminado mi misión, cuando al fin concluya mi tarea, tomaré asiento en la piedra que tengo dispuesta para contemplar cómo se destruye mi propia vida. Lo haré sumando, tal vez rodeado de todas las vidas que he robado por un dios injusto o por un sentimiento traicionado. ¡Qué inmenso se hace lo pequeño!

No queda mucho, no, apenas el último sorbo, un poco más de sentir cómo la carne se calienta al sol o cómo acaricia la brisa. Mis sentidos dejarán de percibir, pero no sé si comenzará a hacerlo la parte de mí que no siente. Es todo tan confuso, es todo tan laberíntico que es en la sencillez donde encontré las verdades más grandes, si es que he encontrado alguna. Miro a lo alto, contemplo las estrellas y no me cuesta imaginar los incontables mundos que debe haber por ahí arriba. A veces, cuando supongo esos mundos habitados, imagino a alguien como yo que mira a lo alto y piensa algo parecido, encontrándose nuestros pensamientos a medio camino, tal vez con el deseo de cambiar nuestras suertes. ¿Quién me eligió el mundo y quién el destino?... Hay una parte de mí que ya no siente, y una parte de mí que no debiera sentir y que se despierta. Nunca temí la muerte, seguramente porque la muerte estaba lejos; pero ahora que la miro a los cuévanos, ahora que la siento acercarse con su temblor de huesos, me asusta. No quiero pensar sobre eso.

Sí; pensar es malo, particularmente si el tiempo se termina. Podría uno caer en la tentación de hacer balance, y no sé si podría soportar la cifra que arrojara. Más de medio siglo llevo sobre el mundo, y salvo los niños, no he conocido a nadie que no mereciera su suerte y aún peor. Nadie es bueno, nadie es honrado, o yo no he encontrado a ninguno que evite que caiga el fuego de la ira divina sobre Sodoma. Algunos lo parecen, pero solamente porque no han tenido la ocasión de mostrarse como son. He visto trasformaciones terribles, he contemplado con mis propios ojos cómo se conducen los hombres cuando la ley deja de tener sentido y no hay jueces ni policías, como en la guerra, por ejemplo.

El aparentemente bueno lo es siempre que no tenga que despeinarse. Si mañana o luego viniera una racha de viento, ¡ay, de los que cayeran en sus manos! El hombre más manso ampara un tigre en su corazón y un cocodrilo en su cerebro; si tuviera hambre devoraría a sus hijos, como Cronos, el Saturno implacable; y si que vender a su mujer, ¡pobre de ella! Así es la especie, y así he sido. ¡Vae victis! No; no puedo ni quiero hacer balance. Lo hecho, hecho está. Ya no hay posibilidad de enmienda ni tendría sentido hacerla.

La culpa solamente pesa cuando se la considera. Si se la ignora, es como una pluma, como esta pluma que llevo en mi cartera. Es liviana; no dobla las rodillas ni acusa o señala. A veces, únicamente a veces, pesa un poco porque tiene un vínculo con la memoria y arrastra el tiempo con ella como si hubiera generado un vórtice. Únicamente entonces parece que habla, pero lo hace de un tiempo que no es este tiempo, sino uno que da la impresión que se ha detenido como un reloj al que fue imposible ponerle en marcha. Los recuerdos no tienen tictac, ni el espacio ni el tiempo les afectan. Los científicos hablan y hablan de las dimensiones, de las fuerzas del universo y todas esas cosas, y buscan con ecuaciones sesudas y aceleradores de partículas enormes la fórmula de Dios, la partícula de Dios, la esencia de Dios, cuando la tienen ante los ojos: el deseo, la fe.

El deseo, que es decir la fe, es la fundación del acto, el generador íntimo que pone en marcha todos los relojes. El deseo: tan próximo y tan lejano. ¡Y tan potente! He conocido hombres que han tenido fe suficiente para alcanzar su sueño, que lo han materializado: unos, con forma de martirio; otros, nada más que de dinero. Pero todos los que han tenido fe suficiente han llegado a su cielo. Es el motor de los motores, la llave que abre el espacio y el tiempo y los pone en marcha o los detiene, los amplía o los estrecha, los endulza o los amarga. Es la llave de todo, y todos la llevamos dentro.

La emoción curva sobre sí mismo al espacio y al tiempo, envolviéndolos. El cielo cabe en un beso, si el beso es verdadero; el Infierno en un deseo, si el deseo es perverso. Pero no quiero hacer balance, no quiero pensar si obré de forma correcta o incorrecta, porque

nadie puede saberlo, nadie. Interpreté el papel que me fue asignado, o el papel que elegí acertadamente o no. Siempre estamos eligiendo, y una elección mala nos puede condenar a lo más siniestro como una buena elección conducirnos al Cielo. Sin embargo, a veces lo que parece malo termina por ser bueno y el Infierno resulta ser un Paraíso de acceso enmascarado o encontrarse el Infierno tras las puertas doradas del Paraíso. Nunca se sabe hasta el final, y el final ya está próximo: veremos.

Sé que todos mis actos, cada uno de ellos, me suben a esa piedra que tengo preparada para contemplar cómo se consume el universo. Todos mis actos se reúnen y señalan al unísono ese momento como el más especial o el más verdadero. Lo tengo preparado todo, todo. Será sonado, aunque nadie lo escuche. Lo oiré yo y temblaré de emoción por primera vez con su música. ¡Qué instante hermoso, qué dulce la venganza, qué sabrosa la gloria!

Antonio, Toni, está cumpliendo. Siempre fue un buen cumplidor. La vida le ha ido bien y mal, pero, aunque con pequeñas traiciones contra sí mismo, al final ha sabido guardar el tipo. No me equivoqué con él, nunca lo hice. Ha sabido responder, y con o sin placer está cumpliendo su parte. También él pensó que le estaba haciendo un mal, y no lo era; le daré la oportunidad con la que casi todo hombre sueña, será mi homenaje y mi venganza, la demostración de mi amor y mi rencor, el acta de mi fidelidad verdadera.

No sé cómo encajará su fin, ahora que sabe que le llega. El cáncer sólo era una certeza mínima, una aproximación a una hora cierta. Nada es tan implacable como el cielo cuando se desploma con toda su fuerza, y tiene mucha. ¿Cómo se habrá tomado que morirá al mismo tiempo que su mujer y su hija y sus amigos y sus compañeros?... ¿En qué pensará?... ¿Seguirá sabiendo guardar el tipo o correrá a esconderse bajo la mesa, implorando a un Dios que probablemente no existe por una hora más de vida?...

Muchos se traicionan en esa hora. Lo he visto muchas veces. Los suicidas que llegan al final son muy pocos; la mayoría se arrepienten por el camino y terminan llamando a Urgencias. La muerte es implacable, e implacable es una palabra muy dura y muy siniestra. Ninguna fuerza, ni toda la del universo, puede oponérsela. Es algo irresistible, sólido, de una naturaleza extraordinaria con la que algunos a veces bromean o juegan. Siempre, es mucho tiempo, y la muerte es para siempre. Ojalá que Toni resista a pie firme, que se entregue como el hombre que ha sido, que sepa mirar esos cuévanos vertiginosos con la calma con que aceptó su vida. Será su hora y la mía: será la hora. Le estaré mirando atentamente cuando eso suceda, y justo en ese momento, si lo merece, le diré dos palabras. Dos palabras.

El tiempo se agota. Antonio está dando bien sus últimos pasos sobre

la Tierra. Ambos desapareceremos para siempre el mismo día y a la misma hora. Para siempre. Pero tal vez, si Dios existe, comencemos de nuevo en uno de esos mundos que hay allá arriba o allá abajo. El universo debe estar cuajado de vida, pero siempre cabrán dos seres más. Si Dios existiera, si se hubiera decidido a ser más que una fantasía de seres que temen su propia naturaleza, ojalá que nos consienta ser brisa aquí, o piedra o agua o tierra, o siquiera sea una mota de polvo que dé testimonio a cualquier ser venidero, inspirándole que una vez en este sitio preciso, en este lugar concreto, en este rincón de este universo, hubo dos hombres que se quisieron.

23 Las arterias del silencio

No me pareció prudente que acudiéramos a Madrid sin explicarle antes a Melisa cuál era la situación exacta en que nos encontrábamos. Por una parte, por lo desencajado de su semblante me parecía extenuada por el dolor y el agotamiento, y por otra, consideraba que de ser verdad la mitad de lo que el mismo Paul me había contado y de lo que me refirió Andrada antes de que este le matara, no era en absoluto seguro que regresara a su casa. Apolyon, según el mismo Paul, tenía capacidad para intervenir cámaras públicas, escuchar cualquier conversación telefónica y recursos para llegar adonde se propusiera y, siendo así, estaba convencido de que ya había establecido una relación entre Melisa y yo, con lo que su vida no tendría ya ningún valor ante quienes no dejaban nunca cabos sueltos en sus tramas.

—Si me lo permites, Melisa —le dije—, creo que antes de ir a Madrid debiéramos comer un poco. Te invito a hacerlo aquí, en El Charolés, y luego de contarte algunas cosillas que quiero que sepas, si te parece te acerco a casa. No me da la impresión de que estés en las mejores condiciones para conducir.

Se negó al principio, pero no tuve que insistir demasiado. Me bastó con hacer un par de referencias al asunto que terminaba de explicarnos su tío y a la relación que tenía todo eso con la muerte de Juantxo o, dicho de otra manera, con la organización que le había matado, porque, como sin duda corroborarían los resultados oficiales de la autopsia, con absoluta seguridad su muerte no había sido natural.

Aceptó al fin, y entramos en el restaurante. Por un momento me pareció la imagen de la Dolorosa, con el semblante desencajado por la pena y con unas ojeras e hinchazones en torno a los ojos que testimoniaban su agotamiento extremo. También tenía los labios algo hinchados, haciéndolos parecer más carnosos y sensuales de lo habitual, lo cual despertaba en mí un sentimiento que desbordaba la compasión para desembocar en esa emoción parecida a la atracción animal que precede al apareamiento. No sentía nada así desde... hacía mucho tiempo, digamos, y en la situación en la que nos encontrábamos, contrariamente a lo esperado, no me pareció que estuviera fuera de lugar. Entre nuestras edades había una gran distancia, pero no la suficiente como para hacer inviable una

relación amorosa, y el hecho de que un cáncer estuviera matándome silenciosamente no me hacía tan distinto de ella en ese momento en que sabíamos ya con relativa certeza que el telón del último acto estaba por caer sobre la Tierra.

Me callé lo que sentía, y permití que durante toda la comida deambulara silenciosamente por los túneles de mi alma. Después de hablar un poco sobre su estado y de que Melisa se desahogara respecto de lo que representaba para ella la muerte de Juantxo, me remití a los hechos, a esa tozuda realidad que se empeñaba en clausurar la vida y el orden, si era que un milagro no lo remediaba. También yo me entretuve haciendo algunos comentarios acerca de Juantxo, pero, viendo que este asunto le conturbaba, desvié la conversación hacia la cuestión principal y preferí contarle lo que había sucedido la noche anterior con Paul y con Andrada.

—No quiero asustarte, ni mucho menos —concluí—; pero en tu lugar consideraría la opción de no regresar a Madrid al menos en unos días, hasta que esto se calme un poco o sepamos a qué atenernos.

Se mostró reacia, como no podía ser de otra manera, haciéndome ver que toda su vida estaba en su departamento, desde su ropa al propio trabajo que la sostenía. Ni siquiera me atreví a refutar sus pobres argumentos con que ya no quedaba tiempo para eso y que todo carecía ya de importancia.

—Lo siento, pero de ninguna manera puedo renunciar por nadie a mi vida —alegó.

Acepté, ¡qué remedio! Comprendí que por ahí, por más que le describiera con detalles morbosos qué clase de gente eran los miembros de Apolyon, no conseguiría que se creyera en peligro, y me pareció más oportuno tocar el asunto de Nibiru. Me bastó con pedirle que refiriera a grandes rasgos lo que sabía de él, para que se desbarrancara por un discurso en el que me pareció que invitaba a nuestra mesa al propio Ut.Napistim con su arca llena de bichos. Desde el zodiaco al sistema sexagesimal, pasando por la escritura y la literatura, todo cuanto aún nos concernía en nuestra cultura parecía fundamentado en los sumerios, aquel pueblo pervertido, según ella, por los acadios, primero, los babilonios, después, y los neobabilonios a continuación, hasta que los semitas recogieron su memoria, la graficaron a su modo y dio comienzo la historia de nuestro tiempo.

—A ver si Yahvé era un iggigi —bromeé.

—Te ríes, pero a lo mejor no es un disparate. Es más, si algún anunnaki sobrevivió al castigo de los iggigi, es probable que aún vivan y que ese Satán o Belcebú esté todavía por ahí.

—Ya —le interrumpí—, en la presidencia del gobierno.

—¿Lo ves?... No se puede hablar en serio contigo a no ser de crímenes perversos, asesinatos y toda esa mierda.

—Bueno, pues los anunnaki de los que tú hablas no es que sean precisamente unos angelitos.

—Cuesta creerlo, pero ¿qué pensarías si te dijera que lo del atentado de las Torres Gemelas se preparó para poder invadir Afganistán y provocar la Guerra del Golfo?

—Melisa, o yo me acabo de caer del nido, o no sé en qué mundo he estado viviendo. ¿De veras te escuchas?... ¿Crees de verdad que un país atentaría contra sí mismo para hacer esa estupidez?... Todos hemos escuchado tonterías de esas, locuras de conspiraciones y todas esas mandangas…; pero no hay que ser muy listos para comprender que para robarle el petróleo a quienes son sus siervos a través de la política, como ese Sadam y todos aquellos, no necesitaban provocar una guerra que les produjera los incontables costos que supuso. ¿Qué razón tendría?...

—Por lo pronto, encontrar el palacio de En.ki, que algunas tablillas sumerias lo sitúan en las montañas de Tora-Bora; segundo, conseguir todas las tablillas no sólo del Museo Nacional de Bagdad, que ya sabes que es lo primero que saquearon las tropas norteamericanas cuando invadieron Irak, sino también de las excavaciones de Ur, Nínive, Akkad y otras muchas, donde habían aparecido importantes bibliotecas sumerias.

—Ya veo —volví a bromear, restando importancia a su apasionamiento—, para obtener un dineral en subastas de arte, supongo.

—Antonio, si sigues así, doy por terminada esta conversación y hablamos de fútbol, acabamos de comer y me voy a casa, que lo que necesito es dormir y un poquitín de paz.

Por más que yo no creyera nada de lo que me estaba diciendo, entendí que tenía no solamente derecho a manifestar sus creencias, sino a ilustrarme como quisiera del asunto que yo mismo le había pedido.

—Vale, perdona —admití mi error—. Dicen por ahí que si invadieron esos países por el petróleo, que si por rehacer el mapa de Oriente Medio y mil disparates más, a cuál más loco. Pero en fin, si te lo vas a tomar a la tremenda, dime: ¿y para qué querrían todo eso, según tú?

—De ser cierto que los dioses eran quienes suponemos los arqueólogos y los paleógrafos, en esas tablillas debe haber muchos más conocimientos que aún hoy nos desbordan, no sólo en cuanto a tecnología, sino también respecto de quiénes eran, cómo vivían, cómo era su planeta, su ciclo alrededor del Sol, si venían con frecuencia a la Tierra o si únicamente en aquella ocasión, etcétera.

Para eso me contrataron durante seis años, y durante todo ese tiempo me dediqué a desencriptar algunos trabajos en mi Universidad. Todavía estoy becada para eso.

—Siendo así, esa información, según tú, podrían aprovecharla para la eventualidad...

—Exacto.

No; no podía imaginarme que hubiera leído mi pensamiento y que diera un sí tan rotundo a que era probable que los dioses de hacía miles de años regresaran ahora para dar un par de hilvanes a su faena humana. Demasiado fantástico, extremadamente desquiciado. Ya me costaba lo mío eso de creer que se escuchaban ya por las esquinas de la Tierra las trompetas del Juicio Final, como para que ahora me pintaran platillos volantes llenos de marcianos y toda esa locura.

—Bueno, si vienen, espero que sea para bien.

Quise ser comedidamente hipócrita, pero Melisa lo tomó por la directa.

—Las evidencias de un pasado con intervención… no humana, digamos, son abrumadoras, incontestables. Hay miles de grabados, escritos y hasta objetos de una naturaleza imposible de ajustar a la Historia que nos han contado. De pronto, en la noche de los tiempos, cuando según la ciencia oficial los hombres eran bestias que comenzaban a organizarse apenas, aparece una cultura que conoce planetas que nosotros hemos descubierto hace algunas décadas, sabe escribir, domina las matemáticas, mapea el universo y sienta las bases de todo lo que conoces. Mira, soy científica, y con un razonamiento puramente científico que te digo que no hay otra que considerar que los sumerios estaban influenciados por seres de otros mundos. Pues bien, para ellos los malos eran los anunnaki, los que fueron condenados por los iggigi a vivir y morir en la Tierra, y los que dieron origen a todas las mitologías. Los iggigi, según las mismas religiones que ponen a aquellos a caer de un peral, son los buenos, y en casi todas las religiones y las culturas que predicen un Fin del Mundo, como la cristiana, la mahometana o incluso las mesoamericanas, anticipan también la participación de los dioses iggigi para salvar a los elegidos y fundar una era nueva de esplendor, una Edad Dorada establecida a partir de las ruinas del mundo anterior, el inicio del sexto sol olmeca.

—Maya —le corregí.

—Olmeca —me reiteró con retintín—. Los mayas fueron herederos de los conocimientos olmecas, la raza de los desconocidos, de la misma manera que los aztecas fueron herederos del saber maya. ¿Te has dado cuenta de que si es verdad todo esto, las profecías de las grandes religiones vienen a reunirse

precisamente ahora?...

—No deja de hablarse de eso por ahí.

—Todo lo que está sucediendo, como puedes ver por ti mismo, son más que palabras, ¿no te parece?

No; no me parecía. Lo que sucedía, todo lo más, era debido a que había por ahí un enorme planeta que cada tanto armaba un desastre, y nada más. Nadie tendría conocimientos para profetizar algo así a no ser que lo hubiera vivido, y desde luego no era de suponerse que un superviviente de hacía qué sé yo cuantísimos años... A no ser que fuera un anunnaki y que verdaderamente fueran tan longevos. No, no; eso era un disparate.

—¿Cada cuánto tiempo dices que pasa el Nibiru ese cerca de la Tierra?

—Según algunas tablillas cada tres mil seiscientos años, y según otras cada seis mil.

—Cuestión de decimales, vaya —ironicé.

—No es eso. En la antigüedad, ¿sabes?, los conquistadores heredaban la cultura de los conquistados, de modo que hay tablillas cuneiformes que sabemos con certeza que son sumerias, pero con otras hay dudas de que sean sumerias, acadias, babilónicas o neobabilónicas incluso. Un lío que es más difícil de desentrañar de lo que te imaginas. Ese es mi trabajo y para eso me pagan, ¿sabes?... Creo que de eso sé un poco por lo menos.

—Me parece que escuché algo eso hace años, allá por el 2012, cuando decían que el mundo se terminaba según el calendario maya… u olmeca.

—Te convendría saber, en todo caso, que lo de ese calendario no está nada claro. Por ejemplo, quienes han contado el tiempo que considera, ¿han tomado en cuenta y sin error todos los cambios habidos entre su conteo y el nuestro?... Perdóname, pero lo dudo mucho. Es más, sobre nuestro propio tiempo trascurrido en ese mismo periodo no hay ni puede haber consenso entre los científicos, sencillamente porque es imposible. Mira, solamente por darte una idea te diré que con cada emperador romano se comenzaba a contar el tiempo, de modo que se decía año uno de Augusto, año uno de Tiberio, etcétera. Ni siquiera sabemos cuántos cambios hubo, cuántos emperadores fueron proscritos, cuántos meses se comieron o no tomamos en cuenta, etcétera, ni cuántos años, meses o días supuso el cambio del calendario romano al juliano o del juliano al gregoriano. Ese fin del mundo olmeca es todavía factible, no porque lo dijeran los mayas, sino porque no existe ni la más mínima certeza de que haya concluido. Podría ser este año, el que viene o dentro de diez años.

Mi mente no daba para tanto, por más que se rindiera por falta

de argumentos ante lo erudito de Melisa y de su tío. Los hechos, desde que asesinaron a los jueces, parecían asegurar que también Paul creía en eso, pero ¿cómo comprobarlo?... El obispo había dicho que posiblemente Nibiru ya fuera visible, pero nadie en todo el mundo había dado aún la voz de alarma, al menos que yo supiera; pero ¿a cuento de qué, si no, tener bloqueados los grandes observatorios?...

—Dime una cosa, Melisa: ¿tú podrías..., qué sé yo, a través de un amigo o algo así, saber si otros observatorios tienen el mismo problema?

—No me hace falta. No he tenido nunca mucho trato con mi tío Bernardo, pero sé que es el hombre más íntegro que hay en la Tierra. ¿Viste su cara?... ¿Te parecía que bromeaba?... Antonio, creo que no tienes ni idea de lo recto que ha sido y lo por segura que siempre han tenido todos su palabra, aun en el Vaticano. Es mayor, pero rige perfectamente, y no he apreciado en su discurso ni una pizca de incoherencia.

Una parte de mí aceptaba este planteamiento atroz, pero la otra se negaba a admitir que el tren de la humanidad llegara a su estación término. Pensaba en mi hija y en mi exmujer primero que en nadie, y después, en tantas personas como conocía y apreciaba, y sentía tal desesperación que de lo más recóndito de mí surgía como una luz de esperanza que..., ¡qué extraño!, me forzaba a ver en Paul una posibilidad de que, aunque muchos murieran, algunos, los míos quizás, podrían sobrevivir.

Melisa, intentando reforzar sus argumentos, recurrió a diversos informes que tanto ella como buena parte de la comunidad científica habían desestimado por exagerados, tremendistas o demasiado especulativos. Sin embargo, ahora que recordaba las declaraciones de ciertos afamados doctores de la Academia de Ciencias rusa cobraban un esplendor y una vigencia inusitada. Ellos, con un simple microscopio y un método riguroso, a partir de hielos extraídos de Groenlandia, la Antártida o algunos glaciares dispersos por el mundo, habían reconstruido una historia que confirmaba catástrofes cíclicas en periodos de entre seis y doce mil años, siendo unas mayores que otras, pero todas ellas suponiendo enormes trastornos para todo el planeta.

—Suponiendo —propuse—, solo suponiendo que todo esto fuera verdad, ¿no crees que los gobiernos harían algo más que refugios para salvar a unos cuantos?... Digo, porque no tiene sentido que alguien se plantee salvarse sólo porque es rico o poderoso y quiera hacerlo junto a otros igualmente ricos o poderosos; necesitarían forzosamente quiénes les sirvan, construyan, siembren y cosechen, etcétera. No me puedo imaginar que se quisieran salvar únicamente

los inútiles, capaces solamente de hacer negocios o los que han acumulado mucho dinero. Frecuentemente no son sino tramposos o mafiosos incapaces de hacer nada por sí mismos. Cuando salieran de sus refugios, en tal caso, tendrían que encarar la supervivencia, la reconstrucción y, francamente, no soy capaz de ver a un Rockefeller, por ejemplo, poniendo ladrillos o trabajando un huerto.

—Digo yo —apuntó Melisa—, que de hacer algo parecido querrían salvaguardar una sociedad a escala, aunque mínima. Una especie de microsociedad semejante a la nuestra, pero en valores cortos.

—¿Y cuántos conformarían esa sociedad que fuera semejante a la nuestra, aunque en esos valores mínimos?

—No lo sé. Nunca me he planteado algo semejante; pero dudo que pudiera ser menor de dos o tres millares de familias. Las disciplinas laborales y culturales son muchas, y no podría encararse una sociedad semejante con dos albañiles, pongo por caso. Todos tendrían que construir, que cazar o que cultivar, y eso conduciría a la perversión del conocimiento y a la muerte de la tecnología. Sería algo así como volver al principio, y eso sin contar que las tensiones que producirían forzosamente enfrentamientos entre grupos.

—¿Digamos cien mil personas?...

—Y no me parecen muchas, no.

¿Dónde se esconderían cien mil personas?... ¿Qué superciudades subterráneas podrían alojar y mantener a una población semejante, siquiera fuera el año que mencionaba tu tío, o dos años para estar seguros de que la actividad geológica habría cesado, o diez, si es que querían asegurarse también de que la atmósfera les protegería de todos esos males que llegan silenciosamente del espacio?... ¿Qué cultivarían?... ¿Cómo se organizarían?... ¿Tendrían policías, limpiadores, cárceles, escuelas?... De tener todo eso, la ciudad sería enorme, o habría muchas ciudades, acaso así repartiendo el riesgo y evitando que no todos los núcleos sucumbieran, si es que venían mal dadas.

Había descubierto, por fin, el enigma del Ojo de Dios, y ahora no me parecía más fácil resolver el del Ojo del diablo. Construir ciudades subterráneas semejantes requería movimientos enormes de tierra, volúmenes imponentes de hormigón, aprovisionamiento de incontables productos en proporciones nunca antes vistas, y eso sin contar con los recursos económicos necesarios. La misma crisis que se estaba viviendo llevaba consumida ya varias veces el PIB y no se resolvía, ¿qué no necesitaría un proyecto de una magnitud tan colosal?... Un momento: ahí estaba la cuestión. ¡Eureka! La crisis era un artificio para el desvío de capitales ante los ojos mismos de la ciudadanía. ¡Qué tramposos geniales!, pero yo les había

descubierto.

¿Cómo mover tierra en volúmenes tan imponentes sin ser detectada o utilizar kilómetros cúbicos de hormigón sin que nadie, ni las mismas fábricas, lo sospecharan?... En mi memoria, las palabras de Julián pesaban como una montaña: «En España hay seis supertuneladoras y solo dos en Europa» ¡Eureka! otra vez: ahí estaba la respuesta. ¿Cómo sino con tuneladoras se podrían construir superpoblaciones subterráneas, y tanto más si probablemente estaban comunicadas entre sí por largos túneles por los que poderse prestar mutua asistencia si el caso lo requiriera?... Cuestión de pura lógica…, aunque lógica desquiciada.

Habíamos consumido los postres e íbamos ya por el segundo café, pero ambos estábamos inmersos en un torbellino que nos empujaba a seguir haciendo propuestas que algo tenían de cimientos de una sólida conclusión. Hice mis últimos planteamientos, y Melisa me dio una pista que me empujó a la memoria.

—Si alguien en España hubiera planteado una superobra, tal vez tendríamos una idea más aproximada de por dónde empezar a buscar.

Obviamente, la pasión que yo ponía en el asunto la había contagiado. Sabía que podría contar con ella, lo sabía. Pensé. La memoria era vaga, pero estaba al tanto de que por allá por mediados de los ochenta el presidente español quiso construir una suerte de Supermadrid, una ciudad nueva al modo de Brasilia, que todos calificaron de tan innecesaria como faraónica y disparatada. No se hizo, claro, y en aquel lugar, en Rivas Vacía-Madrid, ahora se levantaban urbanizaciones de chalés adosados, los primeros de los cuales fueron construidos precisamente por una cooperativa de viviendas populares del sindicato del partido que gobernaba. No llegó a construirse…, ¿o sí?... Al mismo tiempo, en los Montes de Toledo, pudiera ser que no muy lejos de Consuegra, se comenzó a construir el Centro de Mando Estratégico para la Defensa, un supuesto refugio nuclear que sirviera de Cuartel General de Operaciones en caso de conflicto atómico, precisamente en un momento en que las pocas amenazas atómicas que había desaparecieron porque a esas alturas la muerte de la URSS estaba cantada. ¿Llegaría a construirse?... La prensa, tiempo después, recuerdo que dijo que se paralizaron las obras, pero todo el mundo sabe que la prensa siempre está al servicio de los poderes, que son los que la financian con su publicidad. Por otra parte, era cierto que en España se estaban realizando numerosas obras públicas y mejorando las carreteras, además de extendiéndose las líneas de metro de algunas ciudades, ¿pero no eran demasiadas seis

supertuneladoras para eso, cuando a todo el resto de Europa le bastaba con dos?... Unas obras, por otra parte, que bien podían enmascarar los kilómetros cúbicos de residuos que salían de los túneles y los kilómetros cúbicos que entraban de acero y hormigón. ¿Quién se entretendría en contar los camiones que entraban o salían?

La idea le entusiasmó a Melisa. Propuso que si averiguáramos dónde estaban esas tuneladoras sabríamos donde se encontraban los refugios, si es que los había. Acepté, pero siempre que desistiera de querer regresar a Madrid, se quedara a descansar en algún hotel de la villa de El Escorial y volviéramos a retomar el tema a la mañana siguiente. Por mi parte, yo haría entretanto algunas gestiones y hasta era posible que echara un vistazo al satélite de Google, que no era el Ojo de Dios seguramente, pero que quizás nos pudiera permitir ver allá donde la misma orografía no lo permitiera.

Para mi sorpresa aceptó la idea, y salimos del restaurante aún barajando posibilidades. Juantxo había muerto, y mi auxiliar ahora era su preciosa hermana. Tomamos dos habitaciones en un hotel barato y discreto. Pagué en efectivo por adelantado y, mientras ella descabezaba un sueño, hice el recuento de mis posibilidades.

Llamar a Julián era absurdo, pues, aunque fiel, seguramente estaría controlado por Apolyon; para comprar una voluntad en el ministerio de Obras Públicas, con total seguridad haría falta más dinero del que llevaba encima, apenas unos euros, además de que con toda certeza no estarían registrados ahí ni el proyecto ni los planos; y lo de Google tal vez fuera posible, si es que había algún cibercafé en el pueblo. Pregunté por esta última posibilidad al recepcionista del hotel, me dijo que había uno en San Lorenzo y sin mayor demora me dirigí hacia allí.

¿Qué buscar y, sobre todo, cómo hacerlo? Poniéndome en el lugar de quienes pretendieran llevar a su último extremo un proyecto que procurara la supervivencia de un grupo nutrido de personas durante uno o varios años en un planeta desolado por las catástrofes, supuse que lo diseñarían a enorme profundidad, probablemente en núcleos poblacionales reducidos y dispersos, y quizás con una red de comunicaciones entre ellos. Este mismo planteamiento llevaba aparejado la solución de problemas que entendía fundamentales: tratamiento del aire, aprovisionamiento de alimentos y enseres para tanto tiempo y tanta gente, y espacio suficiente para que las actividades humanas durante tan largo encierro no los enloqueciera. Un megaproyecto que requeriría inversiones incalculables, movimientos de mercancías y un trabajo planificado desde hacía demasiado tiempo.

Así razonaba que habrían definido su plan los poderosos, si es

que tal plan existía. Debían crear microsociedades muy selectas a las que salvar, porque, si confiaban en sobrevivir, tarde o temprano tendrían que salir como los insectos de debajo de la tierra y comenzar la reconstrucción con todo lo que ello implicaba: en la agricultura, ni les bastaría con unas semillas ni con un solo agricultor; en la edificación, ni les bastaría con un albañil ni con una máquina de hacer ladrillos; y así con todo. El acopio de conocimiento, teología, maquinaria y enseres, convertía a mis ojos esos túneles en una suerte de arca de Noé o de Ut.Napistim que contuviera todo lo necesario para que los que ahora eran poderosos siguieran siéndolo después.

La obra, pues, era magna. Siendo así, y suponiéndola como una red de nidos a imagen de un hormiguero, estos se extenderían probablemente por todo el país, no solamente para aumentar las posibilidades de supervivencia, sino también por cuanto la retirada de la sociedad de los elegidos pudiera hacerse en el menor tiempo. La boca, o las bocas por las que entraban y salían los materiales necesarios para tal proyecto podrían estar en cualquier lugar, tal vez en simples y discretas instalaciones o en polígonos militares.

Usando el satélite de Google vi en la pantalla del ordenador con cierto detalle imágenes de diferentes lugares de España, pero fui incapaz de encontrar nada que se aproximara siquiera a algo que pudiera entender como significativo. El trabajo se me antojaba tan colosal como imposible, y no tardé en asumir que precisaría varias vidas para llegar a alguna clase de conclusión definitiva con medios semejantes.

No me servía. Precisaba otras herramientas u otras ideas, como saber dónde estaban las tuneladoras o algo más concreto con lo que empezar. La justificación para que hubiera en España seis supertuneladoras se fundamentaba en las numerosas obras públicas que se estaban llevando a cabo en casi todas las regiones, tales como túneles de ferrocarril, autopistas y metros. El pariente de Julián había dicho que una de ellas, de menor tamaño que las nuevas aunque en perfecto estado, había sido enterrada en la Casa de Campo, obsoleta ante las monstruosas máquinas que se habían adquirido, aún mayores que las que hicieran los túneles que unían Francia y Gran Bretaña. No obstante, anticuada o no frente a las otras, a la vista de mis razonamientos me resultaba particularmente extraño que una máquina de un valor tan enorme fuera enterrada sin más, a la espera, quizás, de que un día fuera necesaria y volvieran a por ella para ponerla de nuevo en marcha. Más bien tenía la impresión de que pudiera estar no solamente operativa, sino quién sabía si realizando un nido muy especial, el nido Central, el de mando. La Casa de Campo, después de todo, estaba a un paso

del Palacio de La Moncloa y a otro de las zonas de mayor privilegio de Madrid. Allí había agua en abundancia y espacio para infraestructuras, y desde luego sería el punto de reunión ideal para que, cuando sonara la alarma que convocara a los elegidos para entrar en el nido, todos pudieran hacerlo en un tiempo récor. Unos túneles que unieran La Moncloa, tal vez La Zarzuela y quién sabía si alguna de esas mansiones que abundaban en las urbanizaciones colindantes, facilitaría la rápida evacuación para los personajes más principales.

Me asombré a mí mismo por verme ya como un paranoico. Estaba comenzando a creerme semejante desquicio y a comportarme como un alucinado con manía persecutoria. Entré en Internet y busqué erráticamente información sobre Nibiru, ciudades subterráneas y asuntos por el estilo. Cientos, miles de páginas de todo tipo se abrieron en la pantalla ante mis ojos, así algunas delirantes que mencionaban supuestos acuerdos de los gobiernos con extraterrestres, sociedades secretas que movían los hilos de un holocausto universal para la reducción de la población mediante la guerra y otras con cierta coherencia que mencionaban la existencia de nidos o arcas de Noé semejantes a los que yo buscaba. ¿Cómo era posible, si fuera verdad?... La información estaba al alcance de todo el que quisiera verla, y eran cientos, miles de páginas, que era decir que miles, tal vez millones de personas, estaban indagando o enterados de todos estos supuestos planes secretos, lo que me indujo a pensar en lo absurdo del asunto: si tal cosa era cierta y todo eso estaba realmente sucediendo, quienes organizaban tal plan tendrían tal poder que podrían eliminar todas esas páginas poco menos que haciendo sonar sus dedos.

Sí; o me estaba volviendo un paranoico, o es que ahí había un juego de inteligencia y contrainteligencia que escondía la verdad donde nadie la buscaría: delante de los ojos de todo el mundo. Mi confusión era enorme, y no sabía si seguir buscando información acerca del holocausto planetario que nos amenazaba, sobre los túneles o sobre una clínica psiquiátrica de urgencias.

Cuando estaba abonando mi cuenta antes de salir para regresar al hotel, me detuvo en seco una noticia de última hora que dieron por la televisión: un terremoto en las Islas Canarias había desmoronado buena parte del volcán Cumbre Vieja, cayendo al océano miles de millones de toneladas de tierra y produciendo un maremoto que, además de amenazar con una ola de más ciento setenta metros de altura todas las costas de América y parte de Europa, había supuesto la sentencia de muerte de las mismas Islas Canarias.

Estaba paralizado, como casi todas las personas que había en el

local, con la única diferencia de que aquello suponía para mí la pérdida de las únicas personas que me vinculaban con la vida: mi hija y mi exmujer. Me faltó tiempo para correr al teléfono y marcar el número de ambas; pero ambos comunicaban o no existían ya. Seguí intentándolo una vez y otra, y otra y otra, preso de una desesperación que me consumía. Mis dedos temblaban, se negaba mi cerebro a admitir que aquello pudiera estar sucediendo, que la peor de las desgracias que puede sufrir un hombre me estuviera señalando con el dedo. Nada, sin respuesta. El monocorde tonillo de comunicar surgía incansablemente a continuación de marcar el número, con una solidez siniestra y sobrecogedora que me decía metálicamente: no hay nada que hacer ya.

La fantasmal presencia de las mujeres de mi vida sobrecogía de pánico cada célula de mi cuerpo. Tenía ante mí cada uno de los momentos que había compartido con ellas, así los buenos como los malos, y hasta era capaz de imaginar qué estarían haciendo cuando la Tierra tembló, deteniéndolas en seco, y en qué pensarían cuando el océano se irguió para catapultarlas a la nada, irrumpiendo en su vida con un estrépito ensordecedor de muerte. Lloraba de desolación, sintiendo mi vida como el más insoportable tormento, mientras entre dientes repetía: «Mi niña, no; mi niña, no.» Pero todo lo demás, el mundo, la televisión, el silencio sepulcral de los pocos clientes que había en el local, me decían que sí, que mi niña, sí.

Dicen que la muerte es vacío, pero es una imagen despreciable. No sé si lo será para el que muere, pero para quien sobrevive a un ser querido no se aproxima ni de lejos a la verdad. La muerte es vértigo, desamparo extremo, un feroz y siniestro agujero negro que se abre de par en par en el plexo solar y que todo lo sumerge en un eclipse de soledad eterna, todo lo traga insaciable: esperanza, necesidad, vida. No sé qué hubiera querido en ese momento: morir, es la idea que más se aproxima. No existir, no latir, no tener sentidos para escuchar una noticia semejante. Maldije al cáncer por su lentitud, a la vida por sus amarguras y a Dios por mi destino. ¿Qué me importaba a mí Apolyon, el pánico de los millones de personas que habitaban en las costas del otro lado del océano al ver cómo la muerte avanzaba a casi mil quinientos kilómetros por hora hacia ellos o que el cabrón de Nibiru arrasara la Tierra, no dejando sobre ella ni el recuerdo de nuestra existencia?... Me importaba mi niña, aquella que contuvo durante un tiempo todo lo puro y todo lo bueno que había dado como fruto, y aquella mujer a la que quise como a un dios verdadero.

Continuaba marcando una vez y otra mientras lloraba como un niño pequeño, pulsando con dedos desenhebrados unos dígitos empañados por las lágrimas. Una mano de mujer detuvo mi tecleo,

volví mis ojos a ella y me encontré con el rostro desencajado de Melisa.

—Ya está bien —me dijo—. Si quieres, lo intentamos luego.

La abracé con feroz ternura, con desesperada mansedumbre, derrumbándome indignamente, acaso tanto como nunca debiera hacerlo un hombre. Mil juramentos se abrían en mi pecho que pretendían taladrar agujeros hasta la esperanza, pero el muro de negros presagios que me rodeaba se negaba a disolverse.

Tal vez por piedad, Melisa me sacó del local. Recuerdo que ya era de noche y que el cielo estaba cuajado de estrellas. ¿Por qué el cielo se mostraba impasible, por qué Dios no se conmovía o mil luceros se desprendían de la bóveda y caían enlutados sobre nuestras cabezas, aplastando nuestra amargura?... La vida seguía, ajena a la tragedia. Incluso algún grillo cantaba en aquel invierno convertido en interminable verano desde la selva de alguna maceta. La noche, para mí, era más noche que nunca, más oscura, más siniestra, más negra y más eterna. Nunca, nunca amanecería ya: el destino o Dios habían borrado mis huellas.

En un silencio de velatorio fuimos ambos hasta el hotel en el automóvil de Melisa. Ella me dejaba hacer o sentir, apenas echándome un ojo de tanto en tanto, como atenta a una reclamación de auxilio por mi parte. No la pronuncié. Mi pensamiento me había llevado lejos, muy lejos, a lo más lejos. Estaba en otro espacio y otro tiempo, no quedando en el coche sino el vestigio mortal de un hombre que había dejado de serlo.

No sé por qué pensé en las miles de tragedias que se habrían producido entre la población de las islas, ni por qué en la que llegaría a velocidad vertiginosa a miles o millones de vidas más al otro lado del océano o en Europa; pero mucho más ignoro por qué no me importaron en absoluto. La especie, mi especie, está conformada por criaturas egoístas que solamente piensan en sí mismas, capaces de comprenderse únicamente por el propio ombligo. Tal vez por eso hacía bien la vida al borrarnos de su Libro. Pensar en nosotros mismos a todos nos había convertido en enemigos de los demás, en adversarios de nuestros iguales y, por ello, algunos, los que podían, trataban afanosamente de sobrevivir a sus semejantes sin importarles la suerte de miles de millones de vidas, o precisamente a pesar de miles de millones de vidas.

Melisa me veló más como una madre que como una amiga. Se mantuvo a mi lado, segura y callada, y acaso mordiéndose el dolor por la muerte de Juantxo en mi beneficio. Lo urgente de mi tragedia posponía para mejor momento la suya. Algo, una voz o un sentimiento, o tal vez el ruido de algunos clientes del hotel, la despertaron y le faltó tiempo para preguntar en recepción si tenían

idea de dónde encontrarme y acudir en mi auxilio. Sabía que una isla, además de las Canarias, había naufragado engullida por otro océano, pero que a esta sí podría salvarla. Y lo hizo.

Pasamos la noche en blanco, presenciando las noticias de un océano desbordado que no parecía querer regresar más a su emplazamiento, mientras que avanzaba inexorable hacia el otro extremo del mundo y hacia Europa, desde donde llegaban reportajes de gentes que huían desesperadas de las costas, de carreteras colapsadas, de una muerte inexorable que se avecinaba implacable como el acero de una guadaña.

Los minutos fueron derivando mi desesperación en una suerte de agonía mansa, terminal, extenuada. Comprendí entonces que todos, hiciéramos lo que hiciéramos, ya estábamos sentenciados de esa forma o de otra, que no había remedio y que mi paranoia era ya una certeza. La incertidumbre deriva en certeza cuanto te toca con su dedo, cuando te señala y marca con su estigma. Y fue entonces cuando odié por primera vez a mis enemigos, a los que desertaban del destino y a los que pretendían salvarse sobre mi exmujer y mi hija. Les odié tanto como fui capaz y, no sé si por venganza o por resentimiento, quise poner fin por mis propias manos a aquella saga de traidores que renunciaba a su especie, tal vez focalizando en ellos el infortunio colectivo o mi propia tragedia. La suerte, después de todo, había de ser para todos o para ninguno y, si alguien hubiera merecido salvarse, precisamente eran las dos mujeres que yo había perdido.

Imaginaba a ese grupo de miserables escondido como los insectos en nidales bajo tierra, produciendo ensordecedor batahola mientras lo más granado moría cara a Dios, mostrando su condición más débil y vulnerable. ¡Oh, sí, me dolía y les odiaba! ¡Cómo deseé su muerte! Deseé yo mismo poder exterminarles en sus oscuras madrigueras, ser el insecticida que acallara su esperanza, el verdugo de su egoísmo. Me imaginé dándoles muerte, ahogando su existencia entre mis manos, hasta dejar los túneles vacíos como las inútiles arterias de un cadáver desangrado.

24 Auxilio

Ya está aquí la hora veinticinco. El reloj completa su recorrido. Ahora hay que estar atento, muy atento, porque en cualquier momento puede comenzar el peregrinaje. No tardarán ya en iniciar su excursión al futuro los dioses de la nueva era.

No sé si Toni habrá comprendido, si habrá sido capaz de hallar las respuestas. No quisiera decírselo de otro modo, aunque tampoco importa. La piedad del carnicero, en esta hora, es la piedad más auténtica. Lo que resta no es bueno, no es fácil; la muerte rápida es una liberación de la mayor tragedia.

Ojalá que lo haga. Tal vez me estoy haciendo blando, y hasta pudiera ser que me obligue a llevarle de la mano para que pueda dar sus últimos pasos. A lo mejor se lo debo o me lo debo, y quién sabe incluso si pudiera ser necesario. No tiene demasiados recursos ni oportunidades ante las fieras que le acechan, y no puedo permitirme el lujo de no entregarle esta pluma que a los dos nos hará libres, o a mí me liberará de una condena.

Elegir, ya se ve, es algo de lo que no podemos librarnos. Incluso en esta hora fuera de esfera tengo que elegir entre quebrantar mi plan y permitir que sobreviva por sus propios medios, aunque por su incompetencia muera. Pero, si muriera, ¿de qué serviría mi plan, de qué haber hecho lo que he hecho si no puedo devolver esta pluma que un día trajo la brisa hasta nuestras piernas?... Tal vez, sí, no me quede más remedio que asegurar su tarea, porque pudiera ser que le haya impuesto una carga más pesada que la que puede soportar su esqueleto. No puedo correr riesgos.

¡Cuánto pesa una pluma! ¡Cuánto tiempo para decir dos míseras palabras! Pero así es la cosa y ha de devolverse a cada quien lo que le corresponde. Ni es mi pluma ni son mis palabras, sino que es su libertad de elegir y es su afecto. Debo, pues, vigilar, cuidar de que llegue a donde debe y que recobre lo que es suyo por derecho.

«De frente, siempre de frente», me decía entonces, cuando aquello del orfanato. De frente, pues, ha de ser. Siempre cumplió y fue de frente, no comprendió nunca que a veces al enemigo hay que bordearlo. Pero, en fin, así fue y así es, veremos si ahora sigue siéndolo. Lo conozco casi todo sobre él, pero acaso haya algo que ignoro. Sé de sus cuentas, de sus gustos, de sus hábitos; pero quizás haya algo más allá dentro, allá lejos o allá en la nada que le haya cambiado, que no sea como supongo.

Al fin y al cabo, él me enseñó a soñar mientras se iba de frente. Para

él, entonces, cuando éramos lo que no somos, todo era cuestión de elegir, de fijarse una meta y hacer una realidad más cómoda y justa, siquiera fuera en el entorno que le circundaba. Solía decirme, cuando me tomó bajo su protección o en su amistad, que el mundo empezaba justo al lado y que, si se agitaba el aire para conseguir un sueño, la ola se iría haciendo grande en el estanque del mundo hasta que el sueño mismo se materializara.

Sí; él me enseñó a volar desde la tierra, a mirar a lo alto. Fue entonces cuando lo de la pluma, cuando el viento trajo ese testimonio celeste o aéreo que corroboraba lo acertado de sus afirmaciones. Me enseñó a soñar de misma manera que la vida me forzó a olvidarlo, ¿o lo hice yo?...

Lo de ser policía ya le venía de antes, de mucho antes. Solía decirme que si se limpiara la sociedad de tipos malos, ni habría tanta maldad ni casos como los nuestros. Pero los hubo y los habrá mientras el hombre camine sobre el suelo. ¿Habrá comprendido lo inútil de sus sueños?... No lo sé; nadie sabe sino él si habrá servido de algo capturar uno, dos o mil ladrones; uno, dos o mil criminales; uno, dos o mil bárbaros. Tal vez no lo entienda nunca —los soñadores jamás suelen apartarse mucho de sus sueños—, o tal vez ya haya comprendido que no es el individuo, sino la naturaleza del individuo y las condiciones en las que crece las que construyen y desarrollan al ladrón, al criminal o al bárbaro. De bien poco vale poner baldes bajo las goteras mientras no se repare el tejado. No es a la persona, sino lo que la persona vive lo que debiera ser perseguido, juzgado y condenado. No es al criminal al que hay que condenar, no; sino lo que le hizo al criminal.

Cada cual entiende lo que le toca cuando le llega la hora, y a él ya le está llegando. Lo más peligroso de lo que ha perseguido, lo que verdaderamente engendró todo ese mal que él quiso meter entre rejas, es precisamente este instinto que empuja a sobrevivir incluso a esta hora de todos. Hay probabilidades de que los dioses, por tener más recursos que los hombres comunes y corrientes, consigan perpetuarse. Si lo consiguieran, si pereciera el orden, la sociedad, el mundo que ahora se sostiene en estas sus últimas horas, y ellos sobrevivieran, dentro de uno o de diez años volverían a la superficie para comenzar una nueva etapa, pero no sería sino un capítulo repetido, una nueva versión de más de lo mismo.

Nunca me molestó que Toni soñara, sino que me empujara a hacerlo. Me enseñó a creer en imposibles, a esperar lo que no debería esperarse nunca porque evita que se pise el suelo y tropecemos. Eso no estuvo bien, nada bien. Por comparación con lo ideal, no importa cómo sea uno de bueno, siempre pierde, y ser perdedor es una condena. Es mejor mirar al suelo, como las bestias, pensar en el herraje, en lo que nutre y sostiene. Soñar enferma. Pero él soñó y me hizo soñar no por la

fuerza, sino por su entusiasmo. Aquella pluma se convirtió en un símbolo.

«¿Ves?», me dijo, «el mismo Dios nos envía una señal.» ¡Una señal! Quien se quiere engañar no precisa a Dios, le basta con una pluma y la convierte en verbo, en afirmación divina. Nos gustaron las armas: a él, como opción para vencer a los malos; a mí, para protegerme de esos mismos o para ser quien evitara que sobre mi cuello cayera la cuchilla. Nos gustó la patria: a él, como punto de apoyo de un sueño por donde comenzar a limpiar las malas hierbas; a mí, como madre sustituta de ese hermano que creía que podrían crecer flores en el infierno y me intoxicaba con su poesía. Y nos gustó la vida: a él, porque conoció el amor de hombre en una muchacha lozana y bella; y a mí, porque a partir de aquel momento tuve una razón para latir: combatirla.

Él, ya lo he dicho, se hizo socio de la vida y yo de la muerte, tal y como decían algunas canciones de aquellos años milicianos. Yo era ya el novio de la muerte… de los otros; pero al final, los dos arribaremos al mismo lugar en la misma hora, y hasta es posible que lo habitemos juntos, que juntos crucemos el umbral de lo eterno y que me diga él a mí o yo a él si hay Dios o no lo hay, si hay justicia o no la hay, o si ha tenido o no autor este despropósito que concluye con esta fanfarria de mundos que se estremecen y de astros que colisionan.

A esta hora, estoy seguro, ya conoce la verdad que se cierne sobre nuestro futuro sin porvenir, sobre nuestro presente sin futuro y sobre nuestro futuro sin ayer. Ya sabrá por qué he esperado a que Nibiru estuviera sobre el Ojo de Dios y por qué ahora, y no en otro momento, quise que conociera este secreto que pronto será público. Nibiru: la lágrima de Dios. Al menos, espero que en este estúpido verso de esta absurda poesía de la vida sepa encontrar mi amigo el jicarazo de una broma pesada como la misma suerte que nos ha tocado vivir. Dios, cerrará su cuento con una lágrima atroz, negra, cadavérica.

La diferencia entre los cuentos literarios y los reales, es que los que implican carne y hueso siempre terminan mal. Las letras tienen la piedad que de la que carecen la vida y la muerte, tal vez porque también son sueños. Los dioses que nos rigieron y gobernaron no tienen nada que ver con ese Dios de bondad que dibujan los credos, no entienden de misericordia ni saben lo que es clemencia, a no ser que les concierna.

Si Toni ha sido capaz de saber lo que se viene encima, quizás ya haya comprendido todo esto, especialmente ahora que se sabe solo sobre el mundo, que la vida le ha quitado a las mujeres que le sostenían. Sin duda ya se sabe solo, tal vez perdido y sin objeto, y esté preparado para recibir mi regalo. Acaso ahora que nada puede perder sino el dolor, me comprenda y sea libre. También yo me liberé el mismo día que supe que el pánico me abrazaba, que el fin era cierto e inflexible y que tenía una cita con el destino, con él, conmigo y con el Dios que existe o no existe.

¿Desmayará su ánimo el golpe recibido?... Tal vez se desmorone, tal vez se quiera quitar la vida. No tiene arma, porque la suya la dejé junto al cadáver de ese juez corrupto que juzgaba con mano de hierro a inocentes para ascender en su carrera. La dejé allí para cerrarle la puerta del pasado, para impedirle el regreso a una vida que ya no podía sostener el tictac de su tiempo; pero hay muchas maneras de presentar la renuncia y decirle a Dios: «Para esto no me vale: te la devuelvo.» Nada de lo que he hecho, si Toni tomara ese camino, tendría objeto, ni serviría de nada la apoteosis que he preparado como un dios menudo y metódico de la muerte. Desconstruir siempre se me dio bien, pero únicamente seré un dios menudo incluso de eso si tengo un testigo que presencie mi obra magna, si alguien da fe de que devuelvo un vuelo y pronuncio dos palabras.

No me fío. Tal vez su fortaleza se derrumbe y sea capaz de una tontería. Cuando la vida falla, cuando el dolor llega —lo sé muy bien— siempre es preciso apoyarse en algo que nos sostenga, que algo o alguien soporte nuestra verticalidad, tal vez, ya que no su exmujer o su hija, una amante que no tiene o yo mismo, un amigo, su amigo, el amigo mejor y más fiel que ha tenido, porque ha sido el único que no le ha olvidado, el único que le ha rezado durante toda su vida y el único que debe estar presente cuando su aliento se extinga.

Uno traza un plan perfecto, pero siempre tiene alguna tara que se ocupa de corregir el destino. No hay más remedio que apoyarle, que socorrerle en esta hora trágica. Sé que debe saber ya lo de la broma del Ojo de Dios, y debo asegurarme de que sepa también lo demás para que pueda elegir lo que quiere. La última parte de lo que le pedí no es fácil de encontrar aunque esté en todas partes. Tal vez le falten habilidades para eso. No conviene olvidar que siempre ha sido un policía que persiguiendo a los malos echó de su lado a los buenos, y los policías —ya se ve— no son listos. Creyendo que limpian el mundo, espulgan de adversarios el camino de los perversos. Así de raro es este mundo que muere, y así de raro será el que nazca si sobrevive alguno de ellos, o si, al menos, no sobrevive también algún policía bueno que los persiga, aunque no suceda otra cosa que repetirse la historia.

Hoy, tal vez mañana, pasado como mucho, Nibiru será visible por todos. Alguien, en algún lado, difundirá la noticia, será creído y todos los hombres vivos mirarán a la vez, por primera vez en la Historia, al cielo. El fin que todos anhelaran estará sobrevolando sus cabezas al mismo tiempo que la desesperación hará presa en cada alma y en cada corazón dejará una indeleble huella. La hora se acaba, y los días que están por venir serán memorables, tanto que nadie debería perdérselos, porque será la hora del balance colectivo y cada cual se mostrará como lo que es, quizás por única vez en su vida.

Dioses, profecías y leyendas tienen una cita muy próxima. Desde lo

más antiguo se han venido pregonando desde las cuatro esquinas de la Tierra, y los caminos han ido confluyendo a este siete como esa estrella que los elegidos llevan ya sobre su pecho: Apolyon. Está tan próxima su irrupción que ya el abismo se estremece.

El dios, mi dios, los dioses, eligieron a su rebaño y lo han ido marcando con su sello, adiestrándolo pacientemente para alimentarse de ellos si la necesidad llegaba. Ningún dios es dios sin un rebaño que lo adore. Los ciento cuarenta y cuatro mil marcados, deben también dormir el sueño eterno. El Dios de los dioses, el Verdadero, si es que existe, ha de poder comenzar de nuevo.

25 Ignoti nulla cupido

Amanecía cuando dos hombres derribaron la puerta de la habitación, irrumpiendo en ella armados; pero en el mismo instante en que Melisa y yo quedamos paralizados por la sorpresa, se oyeron varios golpes secos, como de botellas de vino espumoso que se descorcharan, y los dos hombres se desplomaron como muñecos, cada uno de ellos con al menos un orificio en la cabeza.

Fuimos incapaces de reaccionar en los instantes siguientes, lo mismo que de apartar nuestros dilatadas pupilas de aquellos dos cadáveres. El tiempo pareció haberse detenido y conquistar el mundo el silencio, con la única excepción de la televisión que continuaba lanzando imágenes estremecedoras de la catástrofe que estaba asolando medio mundo.

Paul apareció en la puerta y, pasando sobre los cuerpos de los hombres, con su pistola aún rebufando nos encañonó. Su rostro permanecía tan imperturbable como siempre y sus ojos tan glaciares como en él eran habituales, no dando la impresión de que situaciones como esas fueran capaces de empañar su ánimo. Luego de un instante, cuando acaso no esperábamos de él otra cosa que una muerte rápida, nos dijo:

—Si preferís quedaros, adelante, pero yo que vosotros no lo haría. Seguro que hay más.

Melisa se encontraba petrificada por el pánico y a mí mismo me costó reaccionar.

—¡Vamos, vamos, moveos! Toni, coge una de las armas de estos y sígueme.

Ni siquiera traté de comprender qué estaba pasando por más que fuera evidente, aunque teniendo por cierto, cuando escuché estas palabras, que Paul no pretendía liquidarnos. Inmediatamente, como escapando del estupor que me había bloqueado por un momento, mi instinto tomó el control de mis actos. Obedecí, claro; pero no tomé una de las pistolas de los tipos que había matado Paul, sino las dos, e inmediatamente le encañoné. Él, con una frialdad que congelaría las llamas, me miró como si mi actitud fuera la más natural del mundo; luego, inclinó la cabeza como invitándome a que le disparara, esperó teatralmente unos instantes y, encogiéndose de hombros, volvió a levantar su cabeza, clavó en mí sus ojos de tiburón y me dijo:

—Pues no te veo yo a ti como muy asesino, Toni, ¿por qué será?

Dudé entre detenerle y dispararle. Él, sin borrar su sardónica sonrisa esperó impasiblemente a que desistiera de mi actitud, pero, en vista de que no lo hacía, levantó su arma, me apuntó a su vez a la cabeza, amartilló el percutor y me retó:

—¡Vale!, veamos quién dispara primero.

Era obvio que no deseaba hacerlo. Su acreditada sangre fría me hizo comprender que si hubiera querido darnos muerte hacía rato que ya seríamos cadáveres. Lentamente, a medida que recobraba el dominio sobre mis emociones, inferí que Paul nos había librado de una muerte cierta abatiendo a aquellos dos hombres, presumiblemente de Apolyon.

—Puedo dar un sentido a todo esto —dijo Paul sin bajar su arma. Y añadió—: A mí me quedan cosas por hacer y te necesito; a ti, te queda comprender y elegir.

—¿Sobre qué tengo que elegir? —le interrogué furioso, sin decidirme a arrestarlo.

—Sobre la vida, supongo —replicó, encogiéndose de hombros al tiempo que relajaba su brazo y bajaba su arma.

Me irritaba su proceso mental, su manera de expresarse y su arrogancia de gánster. También yo bajé mi arma y me quedé mirándole. Trataba de comprender qué estaba sucediendo y de ubicarme, porque me encontraba algo perdido no solamente por aquella violencia fatal a la que, policía o no, no estaba acostumbrado, sino porque no lograba aún apartar de mi mente a mi exmujer y a mi hija, ni a las noticias que en las últimas horas habían sembrado en mi alma un caos tan enorme como el que se estaba celebrando en el mismo planeta.

No obstante, ante lo ineludible de los hechos traté de centrarme. Bajé mis ojos a los cadáveres, los cuales estaban inundando el piso de sangre, y me agaché para inspeccionarlos. Giré uno de los cuerpos, desabotoné su camisa y pude ver el tatuaje de Apolyon. Luego me incorporé y vi que Paul también se había desabrochado su camisa, mostrándome el mismo sello y en el mismo emplazamiento que lo tenían los dos cuerpos que estaban sobre la alfombra y el que tenía el hombre que mate unos días antes.

—Fuimos compañeros —me aclaró telegráficamente.

Tal cual me dijo en su momento Paul, los sicarios de Apolyon me usaban de cebo para capturarle, y ahora que ya no les servía tenían orden de terminar conmigo. Sus técnicas de seguimiento y localización me parecieron prodigiosas, porque ni siquiera había usado el teléfono portátil que Paul me dejó cuando me abandonó en la autopista, y era seguro que no habían podido seguirnos hasta allí, o de otra forma ya hubieran terminado conmigo. Cómo habían podido localizarme era algo que no podía entender, exculpándome

al menos en parte por el choque emocional que todavía me embargaba; pero era obvio que no solamente supieron que estábamos en El Escorial, sino que también conocían exactamente en qué hotel y en qué habitación.

—Lo mejor, ya que no te decides a matarme o detenerme ahora que puedes, es que nos vayamos de aquí cuanto antes —propuso Paul—. Apolyon nunca envía a un solo equipo para hacer un trabajo…, especialmente si este es de alto riesgo, y yo lo soy. Seguramente habrá al menos dos equipos más en los alrededores, y no han venido para regresar con su misión a medias. Cada segundo de más que permanezcamos aquí nos pone las cosas más difíciles.

Sabía que le necesitábamos si queríamos escapar vivos. Los sucesos hacían extraños compañeros de camino, reuniendo ahora en el mismo grupo al criminal y al policía. Asentí con la cabeza y, volviéndome a Melisa, le tendí la mano.

—Antes, sin embargo —me detuvo Paul cuando ya estábamos listos para ponernos en marcha—, quisiera darte una regla de oro en este juego: no hay reglas. Si te tiembla el pulso, estás muerto. Así de fácil, así de rápido. Y tú, nena, que Toni te dé una de esas armas, que son muchas para él, y a ver cómo apuntas y adónde disparas, no vayas a equivocarte de quiénes son el enemigo.

Melisa, que casi temblaba aún de miedo, se limitó a negar con su cabeza de una manera casi histérica. Cuanto le pedía Paul no era algo que ni de lejos se sentía capaz de hacer, y se me hizo necesario confortarla con un abrazo y unas palabras de ánimo que la infundieran cierta seguridad que ni siquiera yo tenía. Me guardé en mi cartuchera vacía una de las armas, la tomé por el brazo y, después de pedirle que no se despegara de mi espalda sucediere lo que sucediese, salimos de la habitación detrás de Paul y embocamos por pasillo hacia la escalera.

Salvo nuestro peculiar protector, ninguno estábamos habituados a algo parecido: Melisa, porque nada había más lejos de su experiencia; y yo, porque todo lo más y salvo la vez en que un par de días atrás abatí al agente de Apolyon, había tenido en una o dos ocasiones un rifirrafe en los que fue preciso desenfundar mi pistola y exclusivamente como medida de intimidación. El mundo se tambaleaba, nada de lo que sabíamos o creíamos parecería tener ya validez alguna o que alguna vez pudiera recobrarse la cordura de una normalidad que ya podía considerarse extinta.

Como si estuviera jugando, Paul se detuvo en la esquina del pasillo que daba a la escalera, se volvió a mí y, casi susurrando, me dijo:

—Son muy previsibles. Habrá uno un piso más arriba y dos un piso más abajo. No os detengáis por ninguna causa y seguidme. No

dudes en disparar si es necesario. Recuérdalo: si te tiembla el pulso, estáis muertos.

Su aplomo era sobrecogedor. Apenas doblamos la esquina comenzaron a silbar las balas, primero desde el piso bajo, pero enseguida también desde el superior. A un buen ritmo, sin agacharse mínimamente siquiera, Paul descendió por las escaleras disparando sin cesar, abriéndonos el paso, entretanto por mi parte hice otro tanto, cubriendo nuestra retaguardia. Casi llegando al descansillo de la entreplanta me quedé sin munición en ninguna de las dos armas que tenía y, cuando el percutor advirtió con su «clic» de este extremo, uno de los pistoleros me tomó en su punto de mira. Impotente, me entregué a mi suerte, sin ocurrírseme otra cosa que interponerme entre mi ejecutor y Melisa, cubriéndola con mi espalda; pero en aquel momento en que ya daba por perdida mi vida un disparo abatió al hombre de Apolyon. Paul, habiendo acabado ya con quienes estaban más abajo, se giró sobre sí cuando escuchó el percutor en vacío de mi pistola, y con la mayor eficacia me libró de ser una víctima más de aquella batalla.

—Me debes una, Toni —dijo sonriendo. Y añadió—: Hazte con los cargadores de esos tipos enseguida.

Llegamos al vestíbulo no sólo vivos, sino envueltos en un ensordecedor silencio. Tres cadáveres habían quedado en la escalera y tres más había en el vestíbulo, el del recepcionista y los de dos hombres que nunca sabré si eran clientes o si miembros de Apolyon, porque no vi armas a su alrededor. Curiosamente, y sin que ni yo mismo pudiera sospecharlo, si antes de comenzar la refriega sentía cierta ansiedad parecida al miedo, nada de todo ello hubo durante el tiroteo. Muy por el contrario, durante todo el episodio únicamente experimenté seguridad, acaso porque la concentración que exigía la supervivencia acalló por completo cualquier otra sensación, no sé bien si liberando la rabia contenida por la muerte de mi exmujer y mi hija o si porque la vida ya no me ofrecía ninguna expectativa deseable. Contra todo pronóstico no me perturbó el silbido de las balas, ni siquiera los gritos aterrados de Melisa. Diría, si no fuera exagerado, que disfruté por sentir tan cerca la muerte, y aun que percibí cierta excitación no solamente matando al hombre que abatí, sino también cuando me creí una víctima segura. Quizás, no lo sé, secretamente deseaba rencontrarme con quienes siempre consideré mías, hallarlas en un paraíso improbable a salvo de calamidades o librarme de lo que estaba por venir.

Ya estábamos fuera del hotel, pero lo mismo Paul siguió disparando sobre quien se ponía a su alcance. Una mujer, apenas salió de detrás del automóvil en el que estuvo agazapada, cayó

abatida de un certero disparo:

—¿Apolyon? —le pregunté a Paul.

—Por si acaso —dijo encogiéndose de hombros.

Verdaderamente la vida ya no significaba nada. Todas las vidas ya tenían fecha de caducidad. Se detuvo en el aparcamiento, mirando hacia todas las direcciones casi sin moverse. Esperé a su lado junto con Melisa, imitándole. Como un animal experimentado en la guerra, parecía capaz de oler el peligro o de percibir las percusiones del aire que emitieran sus enemigos, alertándole de una amenaza o tal vez del hedor que desprendía el miedo de alguno de sus adversarios. Hizo una mueca con la mano como pidiendo que nos agacháramos entre los automóviles que había aparcados, cerró los ojos, giró su cabeza suavemente, enfocó una dirección, elevó su nariz y, levantando su brazo armado como una centella, hizo dos disparos y cayó al punto un hombre desde una esquina medio oculta por una tupida red de hiedra; apenas había abatido a este, hizo lo mismo en la dirección opuesta, y oímos un quejido sordo, gutural, y después, silencio. Un silencio como de cementerio.

—Despejado —dijo.

Nos incorporamos Melisa y yo de entre los coches, y nos dirigimos los tres al automóvil de Paul.

El tiroteo había elevado a lo imposible mis niveles de adrenalina. En absoluto me había olvidado de mi tragedia personal, pero el mero hecho de haber podido desahogar mi impotencia ante tan doloroso acontecimiento me hizo sentirme capaz de cualquier cosa, incluso de morir sin queja. Focalizar mi dolor y frustración contra Apolyon resultó ser todo un alivio. Ni siquiera cuando Paul mató a aquella mujer frente al hotel lo consideré un asesinato, sino la cosa más natural del mundo, habida cuenta de cómo estaban las cosas. Hasta podría decir que lamentaba que no quedaran más adversarios con los que medirme, acaso sin percibir todavía que en mí interior se estaba despertado una fiera que ya no creía en nada ni en nadie, ni aun en la vida. Perder definitivamente a quienes, aunque en la distancia y con escasos o ningún contacto, me mantuvieron vivo, había producido aquella mutación salvaje.

—No estuvo mal para un simple poli, Toni —me dijo Paul mientras abría el maletero de su automóvil y yo, remplazando la munición de mis armas, me mantenía alerta—. ¿Te apetece algo de esto?

En el maletero había numerosas armas de diferentes clases, así cortas como de alta precisión, todas ellas de última generación, además de algunas otras que, pareciéndose ligeramente a las convencionales pero sin tener nada que ver con ellas, no tenía ni idea de cuál podría ser su utilidad o cómo se manejarían.

—De momento me arreglo con esto.

Paul tomó un portafolios, cerró el maletero y entramos todos en el automóvil. No había duda de que aquel hombre y yo podíamos formar un equipo más o menos integrado. Tal vez fuera así debido a mi condición de proscrito o porque ya estuviera absolutamente convencido de que todos estábamos condenados sin remisión, o quizás a que una parte de mí tratara todavía de satisfacer la causa por la que mi vida había experimentado un cambio tan radical y conocer hasta sus últimos extremos quién era aquel tipo, por qué me había elegido y cuál era su último propósito. No lo sé. Quizás hubiera un poco de cada cosa en distintas proporciones, formando el conjunto un cóctel que se me antojaba tan amargo como inquietante. Tenía necesidad de saberlo todo, y nada más que esperaba el momento adecuado para satisfacerla, ya vería si porque él se me abría motu propio o si porque yo le obligaba a ello.

Melisa, que hasta ese momento únicamente había sido capaz de manifestar un espanto que la hizo temblar como una hoja en el vendaval, fue poco a poco serenándose. Ya en el automóvil se atrevió a comentar sus sensaciones, pasando por alto la matanza acaecida, y esto nos sorprendió sobremanera tanto a mi compañero circunstancial como a mí. Ambos nos miramos, y tal vez lo achacamos a la histeria que la había dominado.

Paul, cambió de tema.

—Puede ser que no tarde en venir la Policía o quién sabe si otro equipo de Apolyon. Ten el pulso fijo y no discrimines: dispara a quien sea —me aleccionó—: si fueran quienes pretenden eliminarnos, que reciban lo suyo; si fueran ciudadanos, alíviales de su sufrimiento.

Barbaridad semejante, apenas unas horas antes, me hubiera parecido un crimen, una razón sobrada para detener a quien la hubiera pronunciado; no obstante, los hechos habían variado para siempre mi forma de entender la vida y, ya fuera por saber que el tiempo se agotaba, ya porque yo también me estaba trasformando en una bestia glacial como mi maestro, lo entendí como la única opción razonable.

Aún estacionados junto al hotel, Paul puso sobre sus piernas el portafolios, lo abrió y pulsó el botón de encendido de lo que parecía ser un equipo electrónico portátil. Luego, se giró sobre el asiento lo suficiente como para encararme, me explicó cuáles eran las siguientes acciones que pretendía llevar a cabo y, en cierta forma, me dio un cursillo acelerado de sus técnicas y de las del adversario.

—Esto —dijo mientras manipulaba algunos botones que rodeaban una pantalla en la que varias líneas de colores se ondulaban como serpientes— nos permitirá pasar desapercibidos

para los satélites. Es una pantalla de invisibilidad, algo así como un inhibidor pero mucho más sofisticado. Los sistemas de batida y reconocimiento de Apolyon son diversos y muy avanzados, y se pueden servir lo mismo de la red de cámaras públicas y privadas que de satélites militares de alta precisión especializados en rastreo. Pero tenemos alguna ventaja: no iremos por carreteras monitorizadas y contamos con las contramedidas que desarrollaron los mismos ingenieros que idearon las medidas. ¿A que suena a cachondeo?...; pero así es la cosa, hijo: los que crean el juguete ingenian lo que lo rompe. Como la misma sociedad de consumo, vaya. ¡Qué mundo!

Rio su propio chiste como si tuviera alguna gracia. Era un hombre extraño, con un absurdo y retorcido sentido del humor.

Al fin, se puso en marcha. Durante largo rato, mientras nos movíamos tortuosamente por las pedestres carreteras secundarias que desde El Escorial escalaban el monte Abantos buscando una llegada secundaria hacia el puerto de Los Leones, continuó dándonos algunas instrucciones que nos facilitaran seguir con vida y no ser detectados en el caso de que en algún momento nos separáramos hasta que él nos encontrara, que lo haría. Que nunca debíamos mirar hacia arriba, que jamás camináramos por la calle con la cabeza alta o que tratáramos de pasar desapercibidos fueron algunas de sus recomendaciones, las cuales me parecieron demasiado exageradas.

Así lo manifesté, pero él me lo refutó con su habitual sarcasmo. Me puso al corriente de que los sistemas de Apolyon podían identificar un rostro concreto entre millones en cualquier parte del mundo y en microsegundos, usando para ello sus programas de reconocimiento facial y las cámaras públicas o las de cualquier comercio; que controlaban, por sistemas automáticos ya implementados, todas las llamadas desde teléfonos fijos o móviles, pudiendo discriminar un timbre de voz específico o decodificar en nanosegundos un mensaje encriptado; que Internet era su invento y que estaba ideado para perfilar psicológicamente a cada usuario y aun para definir su estado de ánimo por la vigorosidad con que movía el ratón o la presión que aplicaba al teclado cuando escribía; que controlaba el quehacer cotidiano de todos los ciudadanos desde hacía mucho tiempo, tanto por los correos electrónicos como por el uso de las tarjetas de crédito, siendo capaz incluso de ubicar geográficamente en cada instante a cualquiera, tanto las emisiones pulsantes de su teléfono móvil como por los chips de sus carnés; y que hasta podía saber cuánto dinero llevaba encima o guardaba en su casa una persona gracias a las cintas magnéticas que tenían insertadas el papel moneda. Los gobiernos, aseguraba Paul, no eran

más que delegados de Apolyon con cierta autonomía regional: ni pinchaban ni cortaban, sólo obedecían.

—¿Por qué todo eso? —investigué.

—¿Qué dios puede ser dios sin adoradores? —me respondió a la gallega—. Poder, Toni: poder sobre todo y sobre todos. En realidad, aunque os creáis libres, no sois más que esclavos que bregan a tiempo completo para el dios: pagarle por vivir en una casa, pagarle por respirar, pagarle por comer, pagarle por joder… Las abejitas de una colmena, ya sabes, en la que todos trabajan para la reinona. ¿Quién de vosotros es libre de verdad?... ¿Conociste a alguno?... Al que se desmadra o se sale de las reglas, se le desacredita o se lo accidenta. Los partidos políticos, los periódicos…, tú mismo como policía y todo eso, son los controles; y, por supuesto, si todo falla, está el mecanismo de seguridad de los ejércitos. Todos ellos son brazos de la misma medusa. Habéis sido presos de un sueño inventado por los carceleros.

Si a veces tenía la impresión de ser un poco paranoico, al escuchar a Paul me daba la impresión de tener nada más que tos ante un tuberculoso. Sin embargo, hablaba con una seguridad tal que no podía sino dársele crédito. Con todo, lo que estaba haciendo en realidad, más que ilustrarme, era dar vueltas para llegar al meollo de lo que me interesaba, su relación conmigo, y pensé que ya era el momento de lidiar ese toro.

—¿Por qué todos esos asesinatos?

—¿Me hubieras creído de otro modo? —me devolvió la pregunta. Y se explicó—: Si un día hubiera tocado tu puerta y te hubiera dicho «Mira, Toni, que el mundo se acaba y las ratas se van a poner a salvo», ¿me hubieras creído?... No, claro; incluso es posible que dijeras algo así como «¿Y a mí qué me importa?» Además, considera que una vez que abandoné a Apolyon tenía tras de mí al ejército más secreto y poderoso del mundo. Apenas sabes nada de ellos, aunque me da la impresión de que estás empezando a conocerlos.

Miró como de reojo, y hasta tuve la impresión de que sopesaba si su explicación había sido lo bastante clara, y, encogiéndose de hombros, la completó:

—No temas, Toni, todo esto no es más que un juego. De estrategia si quieres, pero un juego. Mira, cualquier cosa que veas a tu alrededor ya está muerta. Ellos lo ignoran, pero están muertos igualmente. Ya no se puede matar más que a cadáveres, y precisamente esos con los te iba marcando el camino merecían no solamente ese fin, sino otro todavía más duro. Ninguno de ellos, ninguno, valía la mierda que cagaba. Con perdón, señora.

Y se rio por la finura. Su cinismo me exasperaba, y ya lo de la

familiaridad esa tan suya que se tomaba conmigo, me sacaba de quicio.

—O dejas de llamarme Toni, o entre tú y yo va a haber más que palabras —le amenacé—. Ni nunca hemos comido en el mismo plato, ni tengo nada que ver contigo más allá de estas circunstancias. Si llegara a poder arreglarse mi situación y las cosas volvieran a ser como antes, no dudes que te detendría con el mayor placer.

—¡Joder, qué miedo! ¿Y qué vas a hacerme, Toni?... Lo digo para ir temblando y ganar tiempo, por si luego no tuviera ocasión de tiritarlo todo. ¡Toni!, ¡Toni!, ¡Toooooni!

Cantaba mi nombre en un claro desafío, dejando bien patente que dependía de él, que él tenía los mandos de la situación y que en realidad me estaba haciendo un favor. No; no me consideraba su igual, y mucho menos su compañero. Estaba furioso, y me enervaban su desprecio y sus ínfulas de superioridad, forzándome a sopesar el sacar un arma y volarle la cabeza. Después de todo, el mundo se terminaba y los dos ya estábamos muertos. De hecho, lo hice; pero, sin dejar de conducir por la tortuosa carretera de alta montaña, con la mano derecha me dio un golpe en el brazo que me desarmó, me golpeó con el canto de la misma mano el pecho, bajó el puño violentamente a los testículos y subió el dorso de la mano hasta mi rostro, estampándola contra mi nariz, la cual comenzó a sangrar profusamente. Luego, con pasmosa indiferencia abrió la guantera, sacó una caja de pañuelos de papel, me la puso entre las piernas, y me dijo:

—¡Pero qué pedazo de gilipollas eres, Toni! De veras que en la Policía os seleccionan por idiotas y por memos: no valéis para nada si no vais cien contra uno, y siempre que ese uno esté desarmado, claro. Pero, ¡joder!, ¿todavía no sabes quién soy?...

Miré a Melisa por el retrovisor. Estaba alarmada, pero, al mismo tiempo, con cierto dominio de sí misma. Parecía sentirse segura, aun con esa violencia manifiesta entre nosotros, cual si fuera un poco para ella como presenciar desafíos adolescentes o estuviera convencida de que, nos dijéramos lo que fuera, nunca llegaría a ser fatal.

—¿Quién demonios eres?

—¡Ah, no, amiguito! Eso debes descubrirlo por ti mismo.

—¿Nos conocemos?...

—¡Por supuesto, tonto de los cojones!

Si le conocía, ¿quién era?... Su rostro, desde luego, me resultaba vagamente familiar, especialmente ahora que podía contemplarlo a la luz del día y sin ninguna prótesis plástica que deformara sus rasgos; pero, por más que forzaba mi memoria, no era capaz de

conciliarlo con nadie, ni siquiera entre aquellos que había detenido a lo largo de mi carrera. Nunca habría olvidado a alguien así.

—¡Yo no conozco mas criminales que los meto entre rejas! —repliqué furioso.

Paul rio con ganas, carcajeándose durante largo rato. Luego, casi con lágrimas en los ojos, me miró como de refilón y me dijo:

—¡Ya lo creo que sí! Es más, conoces a casi todos los hijoputas de Madrid. A montones de ellos, por lo menos.

Justo entonces fue cuando la luz irruyó en mi entendimiento, viéndome rodeado durante un instante por todos los hijos despreciados de Madrid encerrados en aquel olvidado orfanato de mi infancia.

—¿Pablo? —me atreví a preguntar instantes después, no sin cierto pánico a que respondiera afirmativamente.

—¡Plas, plas, plas!: ¡respuesta correcta! El señor se ha ganado el premio gordo: ¡una zanahoria para el asno! ¡Pues claro que soy Pablo, gilipollas, ¿qué otro habría querido salvarte de toda esta mierda?!

Mi vida en común con aquel lejano compañero del orfanato y del Ejército, con aquel testigo fijo de mi infancia, adolescencia y juventud, pasó ante mí como un tren de alta velocidad sin frenos. Las imágenes se sucedían vertiginosas, forzándome sin quererlo a dibujar una sonrisa espléndida que me afincaba entre el recuerdo y la felicidad.

—¡Pablo! —repetí entre alborozado y sorprendido, olvidando por completo los enfrentamientos precedentes.

—Bueno, la vida da muchas vueltas; pero aquí me tienes. Supongo que esto te aclarará muchas de tus dudas.

Melisa, intrigada por el cambio, preguntó si nos conocíamos, y yo, exultante por el rencuentro con el apreciado amigo que quedó en las riberas del olvido cuando conociera a la que fuera mi esposa, le referí a grandes rasgos de dónde y cuándo le conocía, sin omitir algunos pasajes o anécdotas de esas que los amigos viven un día y las ahorran para siempre. Melisa, no confusa, sino picada por la curiosidad, se atrevió a hacer algunas preguntas.

—¿Y viniste para salvarlo en esta hora?...

—No, nena —negó Pablo—. De esta hora no se salva ni Dios: a prevenirlo, en todo caso, y a darle lo que es suyo.

¡Qué hermosa fidelidad… dentro de tanta tragedia! ¿Cuántos años hacía?...: ¿treinta y cinco, treinta y seis? Y allí estaba. Había llegado la hora suprema, la última, y regresaba junto a mí para dar punto final a su vida como cuando la empezara: juntos. Su rostro era hosco, frío, desagradable, en todo distinto a aquel otro que guardaba en mi memoria. Inferí qué terribles sufrimientos se

habrían dado en su vida y en su alma para que lo más horrible marcara en él su estigma tenebroso.

—¿Qué hiciste durante todos estos años?...

—Matar gente por aquí y por allí, como tú —admitió con el mayor cinismo—, aunque quizás alguno que otro más.

Sacudí la cabeza, no sé si negando, lamentando o simplemente dando por bueno que cada criatura hace el viaje de la vida por un camino distinto, aunque en ciertos tramos el sendero coincida con el de otros. Pablo consideró necesario extenderse, y nos contó a grandes rasgos y sin detalles cómo dio en Dark Side, sus años de soldado de fortuna y cómo arribó en Apolyon; luego, sin detenerse entró en cómo sirvió a su dios y cómo su dios ordenaba poner en marcha muchos relojes marcando el tictac del progreso; lo de la operación Finis Initium y de lo que él consideró el inicio de la Tercera Guerra Mundial cuando en realidad era la del Fin del Mundo; de cómo supo lo de Nibiru; de cómo almacenó datos y medios para volver; y de por qué me eligió para esta hora, aunque no desveló su propósito último.

—¡Elegir! —dijo al final de su discurso—. En elegir está la clave. ¿Sabes, nena?... Tu amigo Toni es el mayor soñador que vieron los siglos, el que jamás pisaba el suelo sino como don Quijote, para luchar contra molinos. Siempre supo elegir y siempre me dijo que en elegir está la clave de todo en la vida: aquí dónde está el quid de la cuestión.

Bueno, Pablo sería lo que fuera, pero era mi amigo. Un amigo lo bastante bueno y lo bastante fiel como para, a pesar de que su vida la viviera de forma tan abominable, pensar en mí en su última hora, poniéndome al tanto de la que se venía encima. Lástima que no fui lo suficiente inteligente como para descubrir antes su propósito, porque tal vez si lo hubiera hecho mi exmujer y mi hija estarían vivas. Le escuchaba hablar, pero, por algún extraño proceso, su voz me sonaba desde una infinita distancia, la misma desde la que llegaba hasta mí la presencia de mis mujeres queridas, mis niñas.

—¡Joder! —exclamó Pablo, al tiempo que dio un volantazo y apretó a fondo el acelerador, apurando al extremo la potencia del coche.

Un ruido ensordecedor nos forzó a Melisa y a mí a girar la cabeza hacia Madrid, al otro lado de la ladera por la que nos deslizábamos, no sabía hacia qué destino que tenía en mente Pablo. Un avión comercial, probablemente un Airbus-300, coleaba en picado hacia la montaña rugiendo como un dragón herido de muerte. La tenebrosa sombra del aparato nos cubrió casi por completo, y un instante después reventó contra la falda de la montaña, elevándose una bola de fuego que pareció una burbuja del

Infierno. Nos salvó la loma que doblamos y la propia rugosidad del terreno de la onda térmica que asoló el pinar e incendió el aire.

No obstante, lejos de detenerse para comprobar si se podía prestar algún auxilio a los posibles supervivientes, condujo a la máxima velocidad que pudo, alejándose del lugar del impacto. Las copas de los árboles ardían como teas y el suelo mismo abrasaba. A lo lejos, hacia Madrid, se vieron diez, doce, tal vez veinte columnas de humo denso y negro que indicaban el lugar de siniestros semejantes.

—Un pulso electromagnético —aseguró con rotundidad enorme Pablo.

Melisa estaba sobrecogida, asustada y temblando nuevamente. La enorme explosión zumbaba ensordeciendo aún nuestros oídos y el paisaje que nos rodeaba era verdaderamente dantesco.

—¿Qué es un pulso electromagnético y qué tiene que ver con esto? —curioseó Melisa, sin poder dominar por completo su pánico, casi balbuciendo.

—Nena, es una radiación capaz de detener cualquier cosa electrónica. Pudiera ser una bomba de pulso, que no lo creo, o una llamarada solar, que es lo más probable. En cualquier caso, todos los ordenadores de esta zona y no sabemos de qué otras, han dejado de funcionar. Están muertos ya y para siempre. Estamos sin cobertura: nuestro escudo es inútil. Si ha sido una llamarada, sin problema, porque ha frito también a los satélites; pero si ha sido una bomba de pulso, podemos ser descubiertos.

—¿Por qué querría alguien lanzar una bomba de pulso electromagnético? —le pregunté curioso.

—Tal vez porque Nibiru ya sea visible, y pudiera ser que quieran evitar que se propague la noticia, que cunda el caos. ¿Veis esas líneas blancas sobre el cielo, esas cuadrículas?...

—Estelas de aviones —corroboré.

—No, Toni: control químico. Bueno, lo mismo vale para fumigarse un país que para inocular una enfermedad o hacer que la gente sonría aunque la estén despellejando. ¿No crees que con todo lo que está sucediendo la población debiera estar desesperada y temblando de miedo?... Y a pesar de ello, ya lo ves, cada cual acepta como algo natural lo que sucede, las fábricas funcionan y hasta los hay que siguen yendo de putas. Eso es pan y fútbol, pero químico.

Pablo, como Virgilio un día guio a Dante por los círculos infernales, me descubría un orden radicalmente distinto al que yo había creído habitar, una sociedad manejada y organizada como un rebaño al servicio de un sistema que recaía, según nos iba desvelando, sobre unos pocos poderosos y selectos individuos. El

sistema, o quienes lo manejaban, disponían los acontecimientos, preparaban las distracciones, llenaban los abrevaderos y se servían de él como los faraones utilizaron a los esclavos, aunque los látigos ahora fueran más socialmente aceptables.

Llegamos a un claro del bosque, y Pablo detuvo el automóvil. Salimos de él, tomó unas cuantas armas y aparatos, cargó una especie de macuto con diversos objetos que nunca antes había visto y, con la mayor naturalidad, me dijo:

—Conozcamos lo profundo. Supongo que no llegaste a saber de qué se trataba, ¿no es cierto?

—Solamente a suponerlo —respondí.

Miré a mi alrededor, pero nada parecía haber por ninguna parte, salvo pinos y más pinos. Debíamos estar a medio camino de la cumbre del puerto de Los Leones. Hacia abajo solamente se adivinaba lo impenetrable del bosque, y un poco más arriba, entre los claros, las rocosas peladuras que cercaban la cima. Hacia el otro lado, sin embargo, hacia la inmensa llanura en la que asentaba el lejano Madrid, podían atisbarse muchas columnas de humo negro, sin duda producidas por los aviones que habían caído al fallarles de golpe todos los sistemas informáticos y electrónicos, deteniendo en seco sus motores. También detrás de nosotros, y extendiéndose, se podía ver la densa humareda del incendio que produjo el avión comercial que casi se precipitó sobre nuestro automóvil. El mundo, sin duda, se desvanecía.

Caminamos campo a través, siempre yendo Pablo en avanzada unos pasos por delante. No tenía ni idea de hacia dónde nos conducía, pero por entonces ya no le consideraba mi adversario, ni siquiera un criminal al que persiguiera y procurara su detención. Ahora que lo pienso, si aun detenerle me hubiera supuesto mi rehabilitación, seguramente hubiera elegido seguir siendo un proscrito. Sería por la muerte de mi exmujer y mi hija, sería por comenzar a saber que la hora final se acercaba inexorable, por mi cáncer terminal que estaba siendo minimizado por los acontecimientos o por saber que la sociedad a la que pertenecía no tenía nada que ver con la que creí defender y proteger durante más de treinta años de mi vida; pero Antonio había dejado de existir para conceder hueco de existencia a Toni, aunque al Toni que encarnaba ya no le quedara ningún sueño que poner bajo los cielos, a no ser como a la caja de Pandora, las migas de una vaga esperanza que ni siquiera sabía cuál era.

Se detuvo ante una regular construcción de hormigón con dos imponentes torres de ventilación. Nos pidió que esperáramos mientras revisaba los alrededores y, con cierto sigilo y empuñando su arma, me dejó el resto de su equipo y se alejó. Melisa y yo nos

sentamos en el suelo, decididos a esperar. Nada era ya capaz de sorprendernos. No sabíamos qué hacíamos allí, probablemente junto a los sistemas de ventilación de los túneles de la autopista que atravesaban la cordillera de Guadarrama, pero sin duda él tenía un propósito como cada uno de sus actos hasta entonces lo había tenido. Tal vez allí tuviera un refugio donde almacenara material para perpetrar sus fechorías, o tal vez un espacio desde donde urdir sus pasos siguientes. Veríamos.

En estos razonamientos estábamos cuando un golpe seco y un grito ahogado precedieron a la caída del cuerpo de un hombre cuesta abajo; luego, otro y otro. Melisa y yo nos habíamos puesto en prevención y nos protegíamos con el tronco del árbol contra el que un momento antes apoyábamos nuestras espaldas.

—Despejado —dijo una voz a lo lejos, que enseguida identifiqué con la de Pablo.

Se aproximó hacia nosotros, riendo casi.

—Ya te dije que son muy previsibles. Al perdernos la pista, supieron que vendríamos aquí, y eso es bueno, muy bueno.

—Pero nos has utilizado como cebo.

—Naturalmente, aunque ya veis que las lombrices están a salvo. No temáis, ¡coño!, que enseguida se os arruga el ombligo.

—¿Quedan más? —pregunté todavía.

—Por supuesto, pero los necesitamos por ahora. No te apures, hombre, que si te digo que son previsibles es porque son previsibles. Mira, deben estar ahí arriba y ahí abajo. Nos mantendrán así hasta que lleguen los otros.

—Entonces, lo mejor es que salgamos de aquí enseguida —dije, incorporándome y empuñando con determinación ambas armas.

—De eso nada, Toni; precisamos a los otros, a esos que vendrán. Estamos aquí por ellos después de todo.

—No te entiendo.

—¡Joder, Toni, qué bruto! ¿Quieres conocer los túneles o no?...

—Sí —dudé—; o al menos eso supongo.

—Pues necesitamos el vehículo que amablemente nos van a traer los que vienen de camino. Tratarán de cogernos en el centro de un triángulo. Creo que quedan dos aquí fuera, y vendrá un equipo completo: dieciséis hombres. Saldrán todos por esa puerta, en más o menos entre diez y quince minutos.

—¿Y cómo los combatiremos? Tú y yo solos no podremos enfrentarlos.

—Verás, yo haré que se caguen y tú te los cargas, ¿vale?... O, mejor todavía, Melisa hace que se caguen, y nosotros les damos matarile, ¿te parece?

Su macabro sentido del humor era para mí de todo punto

incomprensible. Qué prendía, ¿asustarles?... Su mente, definitivamente, vibraba en una cadencia muy distinta a la mía. No podía comprenderle.

—¿Y los que dices que están ahí abajo o arriba?

—A esos les he dejado un regalito. Es de suponerse que tomarán posiciones de observación para avisar a los visitantes que están de camino de dónde y cómo nos encontramos, de modo que cuando esté seguro de que nuestros amigos llegan a traernos el cochecito, apretamos el botón de este control remoto y, ¡zas!, angelitos al cielo.

El ajedrez, sobre todo, es un juego de estrategia y anticipación. De nada vale un movimiento si no se sabe prever el del adversario, y Pablo parecía conocer cada movimiento.

—Voy a poner este chisme junto a la puerta de acceso de los túneles. Cuando la abran, se desplegarán nuestros amigos en abanico, en un radio de unos cinco metros que asegure la salida de todos. Ese será el momento. Una vez que se accione este aparatito tan mono que tengo aquí, tendremos aproximadamente un minuto para hacer nuestro trabajo. Toni, cuento contigo, no me falles, porque a estas alturas no se puede pinchar este globo o todo se vendrá abajo. Ya sabes: despacito y, ¡pum!, ¡pum!, con buena puntería y sin que tiemble el pulso.

Se acercó con aparente despreocupación a la puerta metálica que defendía la construcción en la que se ubicaban presumiblemente uno de los muchos sistemas de ventilación de la autopista, no tenía yo claro si por exceso de seguridad en sí mismo o si por hacer creer a quienes supuestamente nos estaban controlando que no sabía de su existencia, y regresó hasta donde estábamos, recomendándonos retirarnos unos metros más, por nuestra seguridad.

—No quisiera que nos ensuciáramos —dijo.

Luego, mientras me aconsejaba mantenerme alerta de los movimientos posibles que hiciera el hombre de Apolyon que debía estar vigilándonos desde un poco más arriba y de pedirme que le avisara si percibía que tomaba posición donde él me había advertido, comenzó una conversación que me pareció que estaba completamente fuera de lugar por las circunstancias en que nos encontrábamos.

—Te dije que tendríamos tiempo para hablar. Este es un buen momento para que empieces y preguntes lo que quieras.

—¿Por qué, si me usaban de cebo para localizarte, quisieron matarme?

—Nunca lo quisieron, Toni: era a Juantxo.

—¿A Juantxo? —preguntó furiosa Melisa.

—Lo siento, nena, pero así es la cosa. Sabían que le había comprado porque era muy poco moderado en sus gastos, y no les servía. Controlaban mejor a un cebo que a dos. Dos, en realidad, les dispersaban y, por economía de movimientos, prescindieron de uno.

—Entonces ¿su muerte...?

—Ejecución, querida —puntualizó Pablo. Y añadió después de unos segundos—: Un infarto por resonancia: algo sencillo. Sabían que Toni acudiría enseguida y les conduciría hasta mí. Cosas de la rutina laboral.

Su impasibilidad y su cinismo ya no me resultaban tan repulsivos. Tal vez me estuviera haciendo como él, y quién sabía si mi misma alma se estuviera despeñando por esa misma pendiente en la que la muerte no era más que una ficha del patético juego en el que estábamos participando.

—En su posición —dije, advirtiéndole a Pablo de que el hombre que nos vigilaba desde más arriba se había agazapado justo en el lugar donde había supuesto. Luego, añadí—: De modo que he sido tu cebo y su cebo, ¿no es así?

Pablo, sin una mueca siquiera que manifestara cuál era su propósito, apretó el botón del control remoto que activaba las dos trampas bomba que había situado en su pequeña excursión, y ambas detonaron, lanzando por los aires los cadáveres de nuestros vigilantes. Apenas dijo un «A esos ya no los necesitamos» y, sin apenas dejar espacio para comprobar la eficacia de los artefactos y la muerte cierta de los hombres de Apolyon, me respondió:

—¡Claro, tonto! A ellos les interesabas únicamente para llegar hasta mí. Ni sabían ni saben qué juego me traigo entre manos, y están obligados a averiguarlo por su seguridad. No me quieren muerto, sino asegurando que su plan podrá ser llevado a cabo sin tropiezos.

—¿El de llegar a los refugios?...

—Cuando llegue la hora, por supuesto. No saben qué fichas muevo, y creen que alguna de ellas podría ponerlos en peligro, y tanto más estando encerrados. Cuestión de seguridad, ya sabes.

—¿Y nosotros?...

—Tú no vales nada para ellos. Les basta con tu muerte, si es que no les llevas hasta mí. Un momento, Toni, creo que están llegando nuestros amigos.

También yo había sentido una levísima vibración en el suelo, pero más me pareció un eco de caída de árboles no muy lejos, probablemente a causa del incendio. Sin embargo, Pablo le dio a Melisa el pequeño aparato emisor, le indicó cuál era el botón que debía pulsar y, mientras empuñaba su arma corta, le pidió que esperara su orden para accionarlo, pero que lo hiciera en el

instante.

—Recuerda, Toni: un minuto, y cuidadín con el pulso. En la cabeza: es posible que lleven chalecos antibalas —me dijo, poniéndose en cuclillas e invitándome a seguirle.

La puerta metálica de la construcción se abrió del golpe y cinco hombres salieron impetuosamente, desplegándose en un entorno de un par o tres de metros, parapetándose entre las rocas, los árboles o tirándose al suelo. Apenas uno de ellos gritó, «Despejado!», una decena de hombres más salieron, y justo cuando aún estaban en el entorno de la puerta, Pablo le dio orden a Melisa de presionar el botón. Todos ellos se detuvieron en seco, y los dos nos dirigimos a toda prisa disparando a sus cabezas. No comprendí qué les había paralizado de aquella manera, obligando a algunos a ovillarse y a casi todos a soltar sus armas. Con la seguridad de matarifes ante reses indefensas, avanzamos hasta la puerta, repartiendo la muerte a diestro y siniestro. El último de ellos, un muchacho joven, tal vez de veintipocos años, me movió a compasión y me costó apretar el gatillo. Pablo lo resolvió disparándole dos veces mientras se acercaba a la puerta y echaba un vistazo al interior.

—Si vuelves a dudar, no tendrás otra oportunidad. Es posible que yo no esté a tu lado. Este angelito, si lleva ese uniforme es porque no es precisamente bueno. Vale, no ha quedado ni un alma porque solamente estamos nosotros y somos unos desalmados, ¿no es cierto?...

Rio con estrépito su pésima y macabra ironía, entretanto se acercaba al lugar donde estuvimos escondidos y en el que todavía estaba Melisa. Le seguí para recoger el equipo.

—¿Qué les detuvo de esa forma? —le pregunté, mientras cambiaba los cargadores de mis armas y guardaba una de ellas en la cartuchera y la otra la ponía entre el cinturón y mi espalda.

—La nota marrón —me dijo, riéndose con ganas.

—¿Qué es eso? —curioseé extrañado.

—Que se han cagado, Toni. Literalmente. Se fueron por la pata abajo.

¡Qué hombre desquiciante! Me era difícil saber cuándo hablaba en serio o cuándo bromeaba. En realidad, solo bromeaba con lo cierto, y bien pensado, nunca había dicho una sola mentira. Sin embargo, y para mi mayor tranquilidad, mientras recogía su equipo y se lo cargaba al hombro, tuvo la deferencia de explicármelo.

—Así, más o menos, se cargaron a Juantxo —dijo—. Cada órgano del cuerpo humano funciona con una frecuencia determinada, con una nota que lo activa y con una que lo detiene, digamos. La vida es como un concierto, amigo mío, y si toco la «re» se detiene el corazón, la «fa» colapsa el hígado y la «do»… los hace

cagarse. Una baja frecuencia para cada órgano, chico. La guerra ya no es lo que era. ¿Ves esta arma con antena direccional?... Parece un fusil raro, ¿no es cierto?... Sin embargo, dispara una onda de baja frecuencia que, ajustada al órgano que interesa, pude detener un corazón o producir un fallo cerebral a quinientos metros de distancia.

—¡Pero que se caguen quince o dieciséis hombres a la vez!

—Nosotros la lamamos «La nota marrón.» Yo no la inventé, únicamente la uso. Con ese cacharrito obtenemos una onda que se distribuye en un entorno de unos diez metros, pero los hay con una potencia tal que harían que una ciudad en pleno no encontrara retretes suficientes.

¿En qué clase de limbo había estado viviendo?... Casi nada de lo que conocía parecía ser como creí. Tal vez por eso las guerras convencionales se habían convertido en las últimas décadas en un juego de niños para las grandes potencias, no pareciendo haber armas de ninguna clase capaz de detenerlas. Visto así, no era difícil comprender las cifras de los cientos de miles de muertos de los enemigos por las decenas de los aliados, y casi todas ellas producidas por fuego amigo o por accidentes.

Avanzamos hacia la puerta de acceso a los túneles de ventilación de la autopista mientras Pablo, en vena, seguía ilustrándonos. Nos explicó que las armas de cuarta generación no eran de fuego, como las que veíamos en las películas, sino psicológicas, mentales, orgánicas y de mil clases imaginables, con las cuales se podía conseguir que todo un ejército se preocupara más de cuestiones como la hipoteca que de vencer al enemigo, o de masturbarse como locos o practicar el coito con su compañero de trinchera que de enfrentar al enemigo. Armas capaces de generar ideas absurdas en el cerebro de los atacados, de que escucharan voces que les hicieran dudar de su propia razón, de producir chorros de adrenalina o de endorfinas, o subidones de libido tales que los ejércitos quedaban a merced de un simple tonto cualquiera. El mundo había cambiado radicalmente, tal vez habiendo permanecido todos los… normales como narcotizados entre la rutina y la supervivencia, o idiotizados por las estelas químicas con que los poderes cuadriculaban el cielo.

Tras la puerta de acceso a lo que yo creí que era la caseta de ventilación del túnel de la autopista, además de espacio para las soberbias toberas que extraían e inyectaban aire, había un ascensor no demasiado grande, pero muy moderno y avanzado.

—Necesitamos la tarjeta de identificación.

Salió Pablo al exterior y, después de coger su equipo y cargarse el petate al hombro, buscó con la mayor calma al que pudiera ser el oficial del grupo que intentó capturarnos, revolvió en los bolsillos

de un cadáver, sacó una tarjeta de plástico y luego le cortó la mano con un cuchillo de campaña. No tardó en volver con la identificación necesaria para accionar el funcionamiento del ascensor y la mano de aquel. Insertó la tarjeta, puso la mano del cadáver sobre la pantalla digital y, encendiéndose al punto una luz verde, se cerraron las puertas. El panel solamente tenía dos botones, y Pablo pulsó el de bajada.

—Queridos, comenzamos el descenso a los infiernos.

26 Nivel-1

La velocidad del ascensor era vertiginosa. Imposible me fue saber a la profundidad que descendimos, pero sin duda fueron muchos cientos de metros por debajo del túnel de la autopista. Habíamos viajado no sé si a los infiernos con los que bromeaba Pablo, pero desde luego muy cerca de ellos.

Él, con su habitual impiedad, tan pronto como el elevador se detuvo y se abrieron las puertas disparó contra los dos hombres de Apolyon que allí permanecían de guardia, y lo mismo hizo contra el conductor que estaba en el andén, junto al vagón de tracción de lo que parecía un pequeño y moderno tren de levitación magnética.

—Estos son los túneles de comunicación entre las secciones del nido —me informó Pablo.

En realidad, no le escuchaba. Apenas iluminado el túnel, más allá del pequeño andén en el que estábamos, por las luminarias de sección de los muros redondos, no dejaba de mirar hacia un extremo y otro, pero la vista se perdía en ambos sentidos en una profundidad tan abismal como recta. Podía imaginar núcleos de supervivencia en diferentes localizaciones de su red, y a aquel vehículo u otros semejantes como medio de intercomunicación física y como soporte de mantenimiento. Aquellas instalaciones tan sofisticadas no obedecían a una improvisación o fueron realizadas precipitadamente para combatir una emergencia. Era evidente que para llevar a cabo una infraestructura semejante había sido necesario mucho tiempo para idearla, proyectarla y construirla, e incluso más que probablemente desarrollar tecnologías especiales, nuevos materiales... Todo cuanto había en la superficie, comparado con la tecnología que me rodeaba, se correspondía con la Edad de Piedra.

—Esto parece de ciencia-ficción —me admiré.

—Ya ves, amiguito, cuál es el verdadero fin de las inmensas fortunas destinadas allá fuera al I+D en todos los campos —me aleccionó Pablo, mientras repetía con el conductor del vehículo lo mismo que hiciera en el exterior con el oficial de Apolyon para facultar que funcionara el ascensor.

Luego, entramos los tres a la cabina de control del tren. Pablo, tarareando entre dientes una cancioncilla y con la naturalidad que tendría quien fuera un maquinista experimentado de semejante tipo

de vehículos, tomó asiento ante el panel de mandos, insertó la tarjeta del conductor y puso la mano recién cortada de este sobre la pantalla digital; a continuación, accionó el cierre de puertas de la unidad y programó en el ordenador de a bordo el destino; y por último, ya con el tren en marcha, aún no sabíamos Melisa y yo hacia dónde, se giró sobre el asiento y se explicó:

—Tecnología, Toni, de la que no se beneficiaron nunca los de fuera. Todo esfuerzo científico, desde hace muchos años, ha estado destinado a este megaproyecto. Ni siquiera yo conozco la mitad de lo que puede haber en estos laberintos porque solo tuve acceso a algunas cosas, aunque espero que sean las suficientes como para joderlos.

—¿Dónde vamos ahora? —se interesó Melisa.

—A hacer turismo, querida. Vamos a conocer mundo.

El vehículo se deslizaba silencioso como un murmullo y veloz como una centella, sin precisar siquiera que Pablo hiciera maniobra alguna. Mientras abría su macuto y manipulaba un par de pequeñas bombonas metálicas con anagramas de precaución biológica que extrajo de él, se entretuvo informándonos a grandes rasgos de cómo estaba estructurada la instalación general del país, del número de núcleos que contaba y de los sistemas de comunicación; y luego, cuando concluyó de maniobrar sobre los pequeños dispositivos que había en las cabezas de las bombonas, abrió la ventanilla y las arrojó al exterior.

—¿Qué es eso que has tirado? —le interrogó Melisa.

—Una miguita de pan, nena: somos como Hansel y Gretel.

—¿Para saber por dónde regresar?

—Ni mucho menos, querida. Únicamente hemos sacado billete de ida.

Los ojos de Melisa manifestaban sin ambages la ansiedad que sentía, y me pareció oportuno pasar una mano por su hombro para confortarla, aunque tampoco a mí me sobrara la serenidad. Sin embargo, no me parecía algo particularmente dramático que aquel fuera mi último viaje, y es más, ni siquiera me preocupaba adónde nos dirigíamos. Mi vida había cambiado de tal modo en unas pocas horas que nada de lo anterior tenía para mí la menor importancia ya, siéndome indiferente si era rehabilitado o no, e incluso si la sociedad se derrumbaba sobre sus cimientos. Me importaba la organización de Apolyon, contra quien focalizaba mi rencor, y curiosamente me importaba Pablo, a quien por alguna razón de orden emocional no solamente le seguía apreciando, sino que comenzaba a admirarle contra toda lógica. Todo lo demás me parecían ya fruslerías, por más que no supiera qué clase de fin me esperaba. En el peor de mis supuestos, todas mis incertidumbres

vitales se disolverían conmigo en unos días.

—¿Por qué el nombre de Apolyon para una organización como esta —curiosee—, si Apolión no era un ángel exterminador, sino un portador de la última oportunidad?...

—¡A saber en qué pensaban esos pirados! —me contestó indiferente—. Siempre les ha gustado mucho la mitología, y supongo que tiene que ver con Apolo. Dicen algunos que en realidad representan lo mismo, de hecho en griego se llaman igual. Puede ser que a Apolo lo usaran para los abismos celestiales y a Apolyon para los infernales, los de la Tierra. ¡Qué sé yo! ¿Importa eso?...

Melisa confirmó este extremo, y reafirmó con una explicación adicional el paralelismo entre uno y otro personaje mítico, añadiendo que Juan, el profeta del Apocalipsis, era probablemente griego, escribió su Libro en Patmos, una isla del Egeo, y sin duda estaba influenciado por la mitología griega, como lo demostraba su creencia en el diablo y el infierno, ambos clichés de aquella cultura.

Pablo interrumpió su discurso para anunciarnos que el viaje estaba llegado a su destino.

—Estamos llegando al corazón del Nivel-1, el módulo de mando. Hasta aquí llego, y lo conozco solamente por los planos. Lo que pueda suceder de aquí en más, lo ignoro, de modo que habrá que improvisar en algunas cosas. Es todo cuanto he podido averiguar.

—¿Qué es el Nivel-1? —le interrogué.

—El módulo que ocuparán las personalidades principales, las que controlarán todo este hormiguero: los dioses de tu país, amigo.

—¿Hay más nidos como este en otros países?

—Que yo sepa, al menos uno por país de los súbditos de mi dios. Y en cada uno de esos países, lo mismo que aquí, cada hormiguero está compuesto de muchos núcleos. A algunos de ellos ya les hice una visita, y te puedo asegurar que quienes entren en ellos se enterrarán solos. De ahí el cariño tan especial que me tienen, porque, aunque no saben qué entretenimientos les he preparado, están seguros de que se la he jugado. No han podido descubrir todavía mi juego, y el tiempo les apremia.

—Y les has preparado... —intervino Melisa.

—Una diversión, ya te digo. Se van a querer mucho unos a otros. Van a encerrarse en los hormigueros del amor.

Se rio nuevamente de su ocurrencia. A Pablo siempre le hicieron mucha gracia sus propios chistes. Ya en el orfanato solía reírse de sus pretendidas agudezas, aunque nadie más le secundara.

—¿Cuál es tu plan? —continuó Melisa.

—En este juego, nena, hay asuntos que se planean y otros que es mejor dejar en manos de la diosa fortuna —respondió

enigmáticamente, sacando un cigarrillo y prendiéndolo.

—Tal vez para los demás, pero tú tienes uno.

Pablo la miró con desparpajo, la echó el humo de su cigarrillo y, permitiendo que cayera parte de su peso sobre el brazo que apoyó en el panel de mandos del vehículo, le dijo:

—¡Joder, nena, qué susto! Creí que te había comido la lengua el gato, pero ahora que te has puesto a largar, hay que ver lo curiosa que te has vuelto.

—No te pases, Pablo —intervine, sabiéndome particularmente mal que tuviera tan malas maneras con quien compartía nuestra suerte.

—Vale —dijo levantando sus manos a modo de disculpa—, digamos que lo siento... por ahora. Queda un plan, pero únicamente le concierne a Toni. A ti, y le pido a usía de antemano una cortés disculpa por mi indiferencia, te afectará si él quiere que te afecte o te joderá si él quiere que te joda. Tanto me da.

—¿De veras que has de mostrarte tan desagradable hasta el último segundo de tu vida? —le reté.

—Cada quien es lo que es, Toni, y me temo que es tarde para cambiar, ¿no te parece?

Me miró extrañamente sincero, sin dobleces. Aquel sí era el Pablo de mi infancia que cada minuto que pasaba se hacía más firme en mi memoria, por más que se escondiera bajo aquel tul de cicatrices y arrugas que afeaban tan horriblemente su rostro. Luego, bajó los ojos al suelo, reorganizó por un instante lo que pensaba responderme, y dijo:

—Nadie va a salvarse, nadie, en esta puta tierra que me arrojó a un orfanato. Nadie, bajo ningún concepto. Me importa un huevo que hayan escondido niños, mujeres embarazadas o poetas: nadie va a salvarse.

—Si yo caigo que todos caigan conmigo, ¿no es cierto? —le repliqué furioso.

Pablo me miró cínicamente, me pidió calma con la mano, y añadió:

—No me has dejado terminar, Toni. Un poquitín de educación, por favor, no perdamos las formas. ¿Puedo seguir?... ¿Me lo permiten su señoría y su otra señoría?... Pues sigo: nadie se va a salvar, salvo los que tú y solamente tú, mi querido Toni, elijas: ese es mi plan. Estamos llegando al núcleo principal, al Nivel-1, el que deberían usar los dioses que rinden pleitesía a mi dios, y en él caben solamente quinientas personas que podrán sobrevivir durante un máximo de dos años y medio. No hay garantías, no saben siquiera si podrán aguantar ese tiempo, si cuando se agoten las provisiones el mundo al que salgan podrá sostenerles o si tan

siquiera habrá un mundo al que salir. Es nada más que una oportunidad de jugar a la lotería de la supervivencia, y esas papeletas te las cedo todas a ti, mi querido Toni. Te doy la oportunidad de que elijas, que es en lo que siempre has sido el maestro, mi maestro; pero elije bien.

Dudé, pero sobre mis dudas estaba cómo podría asegurar que ese nido quedaría a salvo y disponible para esas quinientas personas que yo pudiera elegir. Si allí se iba a encerrar la cúpula de mando, quedaba claro que iban a mover todas las fuerzas posibles, que se negarían a acudir a cualquier otro nido o a renunciar a su supervivencia después de tantos esfuerzos, inversiones y abdicaciones morales.

—¿Elegir yo?... ¿Y por qué? Tú te has vuelto completamente loco, Pablo. Además, ¿de qué serviría que yo ni nadie eligiera a quienes sean, si no hay forma de controlar ese Nivel-1 que mencionas porque estará más protegido que el Banco de España?...

—Se controlará. No te preocupes de eso.

La pantalla del ordenador avisó de que el viaje concluía. Pablo tomó su mochila, extrajo una docena de pequeños artefactos que se guardó en los bolsillos de su chaquetón, nos dio unas gafas semejantes a las de buceo y unas minúsculas mascarillas, que eran poco más que unas pinzas que sellaban la nariz y un tubo de goma que se metía en la boca, el cual procedía de una minúscula bombona de oxígeno, y nos advirtió:

—Os aconsejo que no intentéis respirar sino a través del tubo. Ni os daría tiempo para que llegara el aire a vuestros pulmones.

El tren se detenía, entrando en un recinto en el que numerosos hombres se afanaban en distintas labores de vigilancia o en el movimiento de bultos y materiales. Nos acoplamos las mascarillas, empuñamos las armas y, tan pronto como se abrieron las puertas, Pablo lanzó uno, dos, tres artefactos en distintas direcciones, las cuales hicieron explosión, liberando una sustancia amarilla que se expandió como por milagro, inundando la amplísima galería. Sentíamos caer los cuerpos sin vida de quienes allí estaban, desplomándose como títeres. No obstante, en nuestro avance, Paul disparaba sobre quienes aún agonizaban. Ascendimos por unas escaleras, recorrimos un pasillo larguísimo hasta lo que parecía ser un cuarto de máquinas, arrancó una trampilla y dejó en una repisa del enorme tubo que ascendía y descendía por las instalaciones todos los demás artefactos que llevaba consigo tras programar su detonación para unos instantes más tarde y darnos a tiempo a salir de la sala. Esperamos al otro lado de la puerta metálica y, después de que sentimos que explosionaron, me indicó por señas que sería cosa de unos seis minutos, más o menos.

También yo le indiqué con el mismo lenguaje que podía sonar la alarma y que llegaran refuerzos, pero, o no me entendió, o no quiso responderme, pidiéndome con las manos que esperara a que el gas surtiera efecto.

No estaba improvisando. Era evidente que tenía calculadas meticulosamente cada una de sus acciones y las probables respuestas de sus adversarios. Tal vez aquel había sido su trabajo durante los últimos decenios, jugar al ajedrez; pero, en ese momento de angustia y de estrés me surgió una cuestión que eclipsó momentáneamente a las demás: ¿por qué a mí?..., ¿por qué yo?...

Esperamos no seis, sino unos diez minutos. Luego, Pablo entró de nuevo en la sala de ventilación y pulsó los controles que accionaban los equipos de extracción de aire. Salió, nos indicó con las manos diez minutos más, y tomó asiento en el suelo con la mayor calma. El humo amarillo comenzó a ser aspirado, desapareciendo por las rejillas que había en muros y techos, descubriendo un paisaje atiborrado de cadáveres.

Miró su reloj y sacó de la mochila una especie de ordenador portátil dotado de antena, tecleó algo y, haciendo una seña con el pulgar de su mano derecha poniéndolo hacia arriba, nos pidió que tomáramos asiento a su lado. Apenas uno, quizás dos minutos más tarde, una magnífica explosión nos empujó violentamente contra el muro en el que estábamos apoyados, y un estrépito ensordecedor acompañado de una densa nube de polvo gris nos advirtió de que el túnel de acceso a Nivel-1 que daba en la dirección contraria a la que habíamos llegado, previsiblemente el que se hundía en el corazón de la misma ciudad de Madrid, había sido derrumbado. Le miré a Pablo, y él se encogió de hombros con su característica impavidez, haciéndome un gesto de calma y pidiéndome con la mano paciencia.

Seguimos esperando hasta que desapareció por completo la nube amarilla y aún la gris que produjo el aparatoso derrumbe; luego, Pablo abrió levemente su boca, aspiró y, comprobando que el aire ya no era tóxico, se quitó la mascarilla y nos pidió que hiciéramos otro tanto.

—Ya te dije, Toni, que tenía mis planes.

—¿Por qué te tomas tantas molestias por mí?, ¿a qué viene todo esto?

—Cuestión de vida, Toni, solamente eso. ¿Qué queda después de una vida?...: una o dos certidumbres y una o dos preguntas. Dime, ¿qué vale de toda tu vida en esta hora? —me preguntó; pero, en vista que no le respondí, él mismo lo hizo—: Una o dos preguntas y una o dos respuestas: ¿Te quiso Aurora?..., ¿la quisiste?...

Tal vez tuviera algún sentido. Lo que no lo tenía, desde luego,

eran las cosas por las que yo o cualquiera había luchado: dinero, trabajo, casas, placeres... Todo, salvo la supervivencia, se mostraba tan inútil como absurdo, una carrera agotadora hacia ninguna parte. Sí, tal vez a esa hora importaran solo un par de cuestiones.

—Pero no me respondes —le dije.

—Lo hago: te doy a elegir, maestro. Tú, y solo tú, podrás salvar a cincuenta justos —me dijo parodiando el episodio de Abraham cuando lo de Sodoma, y a continuación, se echó a reír a carcajadas.

Le pedí que se explicara, pero rechazó de plano hacerlo en ese momento, argumentando que a buen seguro los hombres de Apolyon, siguiendo el procedimiento estándar, estarían ya intentando entrar por los accesos directos desde el exterior, por lo que debíamos ponernos inmediatamente en marcha.

—No es que tengamos demasiado tiempo, pero creo que el suficiente. He anulado los circuitos de acceso y no podrán entrar enseguida, pero se las ingeniarán para conseguirlo. Unos veinte minutos, calculo, quizás veinticinco. Por el túnel sur no podrán llegar, he derrumbado una sección de al menos doscientos metros. Seguro que fuera no faltará quien haya creído que era otro terremoto.

—Vale, vale, lo que sea —le interrumpí—. ¿Cómo saldremos ahora y podremos meter siquiera un alma aquí?... Todas las salidas estarán controladas, y hasta seguramente, si no pueden entrar por ese túnel que has volado podrán hacerlo por el otro.

—¡Joder, Toni, me desesperas! —replicó con displicencia—. Vamos a ver si te enteras, hombre: esto no es más que una visita para que lo conozcas y un medio para preparar luego el acceso de tus invitados. Por ese túnel no vendrán, es nuestro cebo. Ven, mira.

Me llevó hasta la cabina del tren en que llegáramos, activó con la mano del conductor el ordenador, programó el itinerario de regreso, dejó sobre el panel de control su portátil con antena, salimos y, cuando la unidad se puso en marcha y estábamos de regreso, se explicó:

—Ellos creerán que nos fuimos por ahí, y eso nos dará tiempo y les confundirá. La unidad esa se detendrá justo donde lo abordamos, y ahí tendrán una nueva sorpresita: cuando llegue a ese destino se activarán las cargas y volarán cuatro secciones del túnel, dejando sellada para siempre Nivel-1, excepto por la entrada principal, la que está ahí arriba.

—¿Con qué volarás todos esos tramos del túnel?..., ¿con las bombonas que arrojaste?

—No, Toni. Esas son para contaminar a los operarios que intentarán perforar un nuevo acceso. La posibilidad de volar no este túnel, sino todos, es algo que está al alcance de mi mano porque lo

planifiqué y lo preparé hace mucho. Ya te contaré. Pero, por ahora, baste con decirte que un aparatito como ese que he metido en el tren, un par de instrucciones en el ordenador que dejé sobre el panel y, ¡pum!, a la mierda con todo. Bueno, y ahora vámonos porque tenemos que hacer una visita.

—¿Podría quedar alguien vivo todavía?

—Podría, pero lo dudo. Supongo que solo el técnico de comunicaciones, porque es una pecera aislada y completamente autónoma. Nadie más… espero. Tenemos entre dieciocho y veintitrés minutos, y no hay tiempo que perder.

Parecía haber memorizado los planos. El núcleo tenía cuatro niveles y parecía ser muy amplio. El cuarto nivel, en el que nos encontrábamos, estaba destinado a almacenes, instalaciones de mantenimiento, algunos talleres especializados y a comunicación con otros núcleos por medio de trenes de levitación magnética. El inmediato superior, el tercer nivel, estaba ocupado por áreas de servicios, así de sanidad como de recreo, tales como cines, bibliotecas e incluso una pequeña prisión. En este nivel me llamó poderosamente la atención el área médica, donde vimos conservados en una cámara numerosos órganos y cadáveres.

—¿No han habitado esto y ya tienen cadáveres? —me sorprendí.

—No son cadáveres, sino repuestos, donantes forzosos por si a tus dioses les hiciera falta algún órgano —me explicó, haciendo ostentación morbosa de su humor negro—. Una despensa de vida, como aquel que dice. No pensarías que la tecnología de los trasplantes se desarrolló para los ciudadanos, ¿no?... Nada de lo que se hizo ahí fuera desde hace casi treinta años fue para los ciudadanos, sino para este proyecto: la secuenciación del ADN, la tecnología, la electrónica... Todo, amigo mío.

¿Era posible?... Aquello me decía que sí, pero ¿verdaderamente habían podido unos cuantos poderosos manejar de esa forma a más de siete mil millones de personas?... Estaba confuso, porque cuanto veía era radicalmente más avanzado que lo que en el mundo exterior estaba a disposición de la población. Me daba la impresión de haber entrado en un platillo volante y que estaba contemplando tecnología extraterrestre. Nuestros dioses, como los llamaba Pablo, eran verdaderamente perversos.

Tanto más fue así en el segundo nivel, dedicado a las zonas residenciales del personal de servicios y mantenimiento, que eran la inmensa mayoría de quienes pretendidamente habitarían Nivel-1. Contrariamente a lo que pudiera imaginarme, eran zonas espaciosas, en las que difícilmente podrían considerarse efectos como la claustrofobia, con unidades habitacionales perfectamente equipadas para vivir cómodamente durante un largo periodo de

reclusión. Nada había que pareciera agobiante o asfixiante, sino que todo parecía haber sido calculado y pensado para paliar cualquier efecto sicológico producido por el encierro, desde la iluminación a la decoración.

El primer nivel, el más próximo al exterior, era el destinado a los dioses, dicho en palabras de Pablo. Era el que mayor espacio ocupaba de todas las plantas, pero solamente estaría habitado por unas docenas de personas y todo un ejército de seguridad. Aquello parecía el más lujoso y más inexpugnable de los bastiones. La decoración, la elegancia y la amplitud de las pocas salas que visitamos, más se aproximaban a un palacio ultramoderno y vanguardista que a un agujero excavado en el suelo. Los medios, la tecnología y el lujo que había por todas partes me admiraban.

—Siete minutos —dijo Pablo—. Tenemos que salir.

Una explosión sorda y lejana, seguramente en el túnel de acceso por el que llegáramos, nos advirtió que la máquina de tren había llegado a la estación en la que subimos a él y el ordenador había enviado una señal de detonación a las cargas que hubiera puesto en algún momento nuestro guía.

Yendo Pablo delante, le seguimos hasta el cuarto nivel. Una vez allí, entramos en una sala de máquinas enorme, en la cual previsiblemente se generaba la energía para el refugio. Nos condujo hasta un recinto de regulares dimensiones, que era el corazón del sistema de ventilación principal, donde llegaba el aire del exterior para ser tratado antes de distribuirlo por los diferentes niveles del refugio. Nos advirtió de la dificultad que nos esperaba, haciéndonos una serie de recomendaciones previas e informándonos que, después de entrar en aquel cuarto ante el que estábamos, no podríamos comunicarnos más de palabra hasta que saliéramos al exterior, recomendándonos que le siguiéramos sin detenernos.

Nos costó una enormidad abrir la puerta, debido la diferencia de presión entre ambos ambientes, para lograr lo cual los tres hubimos de emplearnos a fondo. Cuando logramos entrar, un violento flujo de aire nos empujaba contra el suelo. La sala no era excesivamente grande, y de ella nacían varios tubos de gran tamaño que debían conducir a diferentes equipos de tratamiento de aire. Por la parte alta, sobre nuestras cabezas, se habría una tobera de casi la misma dimensión que la sala, en cuyas paredes de hormigón había dos hiladas de peldaños metálicos de mantenimiento, a modo de escala, que supuestamente conducían hasta el exterior. Su altura era imponente, y solo allá a lo lejos, a una distancia enorme, minúscula como un punto, podía adivinarse la irrupción de la luz del día. Pablo nos hizo una seña para que le siguiéramos y comenzó a ascender. Le obedecimos al punto, pero era difícil saber qué tanto

deberíamos escalar y de cuánto tiempo disponíamos para hacerlo, y ni siquiera si lo lograríamos, porque el esfuerzo que debíamos hacer para vencer la potente corriente de aire que descendía, aspirado por varios potentes ventiladores del mismo tamaño que la tobera, era agotador. Primero Pablo, luego Melisa y por último yo, trepamos escalón a escalón fatigosamente y en casi total oscuridad. El agotamiento, apenas llevábamos recorridos cincuenta o cien metros, era terminal, y tuve miedo por Melisa, quien para mi admiración, acaso por estar protegida en parte del chorro de aire descendente por su antecesor, no llegó a precisar ayuda. Regularmente y a diferentes alturas había una especie de rellanos de mantenimiento, junto a los motores que movían los aspiradores de aire, los cuales tendríamos que detener para poder pasar a su través.

—Ellos supondrán que salimos por el túnel —me dijo gritando cuando alcanzamos el primer rellano.

Nos tomamos unos minutos de descanso para recuperar el aliento, entretanto Pablo abría la caja de registro y detenía el ventilador, y luego colocaba dos cables a los conectores y los pasaba a la parte superior de las aspas por un lateral, entre el mecanismo y la pared, no entendía con qué objeto.

—Con esto podré poner en marcha de nuevo el ventilador, o sabrán que este es su punto débil —me explicó, ya sin tantísimo ruido—. Además, tendremos que volver, y aquí tenemos una puerta para invitados que no conocen nuestros anfitriones.

Efectivamente, cuando pasamos los tres a través de las aspas, unió Pablo de nuevo los cables y se puso en marcha el motor, volviendo el escenario a una situación de normalidad aparente como si nadie hubiera pasado por allí. Tramo a tramo fuimos ascendiendo penosamente, requiriendo cada uno de ellos mayor esfuerzo y más tiempo que el anterior, y precisando nosotros también un mayor tiempo de descanso. No sé cuántas horas empleamos en ascender por la tobera ni cuántos tramos fueron los que pasamos, porque en algún momento desistí de contarlos; pero me parecieron infinitos. Las agujetas eran insoportables y tenía la sensación de que mis piernas suplicaban un armisticio. El penúltimo de ellos, el que se encontraba más próximo al exterior, no solamente tenía el mismo tipo de motor con las mismas aspas gigantescas que los demás, sino que también disponía en su parte superior de una profusa cantidad de filtros de al menos un par de metros de espesor, los cuales casi ni permitían que pasara la luz del exterior. Fue el trabajo más lento y más tedioso, porque se hizo necesario pasar a través de ellos de modo que volvieran a quedar en su misma posición, si es que se pretendía que Apolyon no detectara cuál había sido nuestro punto de escape .

El último de los tramos fue el más sencillo de todos porque, aunque hubo que mostrar la misma resistencia al aire huracanado y aún mayor debido al cansancio acumulado, ya se podía atisbar el azul profundo del cielo estrellado. Habíamos empleado en el ascenso algo más de seis horas, y estábamos extenuados. Salimos por fin al exterior, y permanecimos largo rato tendidos, recuperándonos sobre la techumbre del edificio en que la tobera estaba camuflada: las cuadras de las jirafas del zoológico de la Casa de Campo.

—El zoológico —observé—. Aquí, en la Casa de Campo es donde me dijeron que habían escondido una tuneladora.

—Y es verdad —observó Pablo, quien estaba apoyado contra la chimenea—. Está en Nivel-1, por si cuando llegara la hora de salir no pudieran y hubiera que taladrar un nuevo túnel de salida.

Me acerqué a Melisa y comprobé que, salvo estar agotada y probablemente con la seguridad de que tendría agujetas los próximos días, se encontraba bien.

—De algo habría de servirme mi afición a la escalada —dijo bromeando.

Su presencia de ánimo me parecía admirable. Cualquier persona que no la conociera, por su aspecto frágil y sensual tal vez pensaría era una mujer delicada, incluso débil; pero su fortaleza quedaba sobradamente demostrada no solamente por aquella escalada tan larga y penosa, sino también por cómo se había sabido sobreponer a las terribles circunstancias que en los últimos días le había tocado vivir: la muerte de su hermano, verse enredada en tiroteos, saber que el mundo conocido llegaba a su fin... De todo me parecía ahora Melisa, menos una mujer endeble o blandengue.

Miré hacia lo lejos y reparé en que la ciudad estaba iluminada.

—Bueno, si fue una llamarada solar, parece que al menos no afectó a la red eléctrica.

—O no fue lo bastante intensa, o han repuesto los equipos que se frieron —me corrigió Pablo—. Los controladores a distancia funcionaron, y también los ordenadores del tren, de modo que es posible que solamente haya afectado a ciertos equipos… o que estén afectando por otros medios a objetivos específicos como medida de distracción. Ya nada tiene valor, Toni. Desde luego, lo que no debes esperar es que falle bajo ningún aspecto, son los sistemas de Nivel-1 y los demás núcleos, porque esos están construidos a conciencia y considerando fulguraciones solares de una intensidad extrema.

La matanza indiscriminada que sugería Pablo ni siquiera me mereció considerar si era posible o no. Nada del orden en el que me había integrado tenía el mismo valor que en aquel del que procedía. La muerte, acaso, era ya lo único que seguía vigente.

—¿Y ahora? —le pregunté a Pablo.

—A descansar, Toni —me dijo, sonriendo—. Es la hora de pensar y esperar tu elección. Todo lo que debía hacerse ya está hecho. Ya conoces el qué y el cómo, y más o menos el cuándo; pero dime, ¿sabes a quién salvarás, o necesitas aún pensártelo?... O a lo mejor quieres salvarte a ti mismo y a unos cuantos amigos, amigas… o lo que sea.

Se rio nuevamente. Era un hombre de ideas fijas. Su objetivo seguía clavado en el centro de sus intenciones y por nada del mundo parecía dispuesto a renunciar a él. No obstante, sabía también que, criminal o no, era determinado y confiable y que podía poner mi vida en sus manos sin ningún temor. Le recordé como el más fiel de mis amigos, allá por entonces cuando el orfanato y el Ejército, en aquellas edades caprichosas que a todos nos hacían girar como unas veletas. Él era firme. Si decía blanco, no se refería al gris claro o al azul pastel; y si decía negro, no admitía claridad ninguna por mínima que fuera. Había cambiado su aspecto, quién sabía si entenebrecido por causa de las tinieblas que se podrían esconder en su alma; pero seguía siendo mi amigo, igual de seguro, igual de infame quizás e igual de sincero.

—Pero ¿cómo podremos estar seguros de que uno o quinientos entren ahí como si tal cosa?... Eso es absurdo. Después de lo que ha sucedido hoy, sin duda Apolyon reforzará la seguridad y hasta es posible que convoquen a quienes tienen que ocupar Nivel-1 y echen enseguida el cierre.

—¡Tú eres tonto, Toni! —me riñó con disgusto—. No entiendes una mierda de todo esto, ¿verdad?... Lo mismo que de costumbre, aunque como siempre queriendo llevar las riendas. Entérate de una vez, ¡hombre!: no pueden hacerlo mientras yo esté fuera, porque saben que los fumigaría como a chinches.

Pensé lo que me decía y me pareció de una lógica aplastante. Nadie se podía entregar al sueño si le acechaba una bestia semejante. Tal vez por eso Apolyon había movilizado para perseguirle a lo más granado de sus fuerzas.

—¿Has preparado más cosas de esas? —le preguntó Melisa.

—Melisa, Melisa, Melisita: ¿sabes que la curiosidad mató al gato?

Que Melisa no le caía bien quedaba más que claro. Su rechazo a las mujeres era enorme, evidentemente, y me daba la impresión de que si la soportaba era nada más que porque iba conmigo, porque de otro modo creo yo que la hubiera despachado como a los demás. Pablo era un fatal compañero de camino si no se tenía un buen seguro de vida.

—¿Entonces? —le interrumpí.

—A casita, a descansar —dijo. Y añadió—: Tengo un coche ahí en el aparcamiento. Vamos.

El zoológico estaba cerrado no únicamente por el horario, sino porque seguramente los últimos acontecimientos sucedidos en el mundo lo habían mantenido así desde, al menos, cuando se produjo el primer terremoto. Descendimos del edificio en que nos encontrábamos y nos dirigimos hacia uno de los muros exteriores por detrás del delfinario. Mientras pasaba junto a los amplios espacios destinados a cada especie animal, que no eran sino jaulas sin barrotes separadas de los visitantes por amplios fosos de agua, me pareció que contemplaba a los diferentes grupos sociales, cuidados y velados por los que movieron el mundo a su antojo: acá, los fieros leones de la Policía, con sus movimientos autistas de reyes de una selva inexistente; acá, los micos maniáticos de la reproducción y sus placeres; por aquel lado, los loros crédulos de lo que fuera; por este otro, los miserables reptiles acumuladores de bienes; y así con todo. Mi género, la humanidad a la que todavía pertenecía por poco tiempo, había sido enjaulado por los dioses de mi amigo, quienes nos hicieron creer que vivíamos, que gozábamos, que soñábamos, cuando en realidad estábamos prisioneros, nada más que sirviéndoles como esclavos o de entretenimiento.

Saltamos la valla sin dificultades. Después de todo lo vivido, nada era más sencillo que saltar una valla por alta que fuera. Llegamos a un extremo del aparcamiento, Pablo sacó de su bolsillo una especie de calculadora, la movió arriba y abajo y de derecha a izquierda enfocando el automóvil, y tras decir un «Está limpio» que le relajó, abrió las puertas y entramos.

Sin propósito aparente, Pablo estuvo largo rato yendo y viniendo por las enrevesadas carreteras que surcaban la Casa de Campo hasta que salió de ella por la parte que daba a Radio Televisión Española, y desde ahí se dirigió, a través de varias urbanizaciones de mucho postín, hacia Majadahonda. Se detuvo a las puertas de un chalé y miró detenidamente a uno y otro lado. Cuando se sintió seguro, pulsó un botón y, allá a lo lejos, como a un centenar de metros, vimos cómo se abrían los portones de una enorme casa, a la cual se dirigió a regular velocidad, entrando en ella sin tocar el freno hasta que prácticamente chocó con la pared del fondo del garaje.

—Aquí estaremos seguros mientras te decides a resolver tu problema —me dijo mientras se cerraban automáticamente las puertas y salíamos del automóvil.

Accedimos a la casa por la puerta interior que la comunicaba con el garaje. Era señorial, aunque prácticamente se encontraba desamueblada. El salón principal era muy amplio, pero solamente había un colchón sobre el suelo, el cual nos dijo que era su

dormitorio.

—Como en vuestra casa en todo —dijo ofreciéndonos su hospitalidad—…, excepto el equipo.

Debía referirse a los muchos aparatos electrónicos que había por todas partes, alguno de los cuales ni pude identificar siquiera para qué podrían servir.

Estábamos cansados y hambrientos. La jornada había sido extenuante, y antes de que siquiera pensara en plantearle a mi anfitrión ninguna cuestión, nos ofreció tomar un bocado para llenar el estómago. Le seguimos hasta la cocina, y allí puso a nuestra disposición cuanto había, que no era mucho más que alimentos fríos o en conserva.

—El tiempo que estemos aquí depende de ti, Toni —dijo mientras comíamos—. Pueden ser uno o diez días, aunque te sugiero que sea lo menos posible, no solamente porque esta casa la uso como recurso provisional y no está muy acondicionada, sino sobre todo porque ya ves que el tiempo apremia. Mientras te decides, estaremos seguros. Tengo instalados sistemas contra las sorpresas…, si es que funcionan todavía, de modo que tómate tu tiempo…, pero sin pasarte, y haz lo que te venga en gana: piensa, duerme hasta que se te salten las lágrimas o haz el amor hasta reventar con esta criatura.

—¡Para ya, hombre! —exclamé irritado por tanto desprecio como le mostraba a Melisa—, y déjala en paz de una vez. ¿Se puede saber qué te ha hecho para que no dejes de molestarla?

—Si lo digo de buena onda —protestó cínico—. Ahora que si prefieres no hacerlo, a lo mejor yo...

—¡Para ya con eso, te digo! —le encaré poniéndome en pie—, o tú o yo nos bajamos en esta estación, y de sobra me conoces.

—¿Te conozco, Toni? —me cuestionó él con una severidad que me trasmitió un frío mortal, poniéndose a su vez en pie y casi pegando su nariz a la mía—. Dime: ¿de veras te conozco?...

Sus ojos a esa distancia eran vertiginosos como uno imagina que debe tenerlos la muerte: fríos como los de un tiburón e implacables como los del destino. Sentí miedo. Un miedo animal de no estar enfrentándome a un ser humano, lo conociera desde la infancia o no, sino a una fuerza brutal de la naturaleza. Recapacité mientras trataba de fingir aplomo, y comprendí que no conducía a nada bueno semejante enfrentamiento. No le gustaba Melisa, y punto. Sentía por una ella una profunda aversión, y no perdía ocasión para ponerlo de manifiesto. Así era la cosa, y así había que aceptarlo. No sabía lo que era la educación, pero nos había salvado la vida varias veces, aunque también fuera él mismo el que nos la puso en riesgo. Estábamos, me gustara o no, en el mismo barco y teníamos el

mismo destino. Pero lo más curioso era que, a pesar de las malas vibraciones que en momentos como ese me inspiraba, no me desagradaba, tal vez porque porque había despertado en mí cierta forma de admiración: mi amigo era perseguido por lo más potente del mundo, por los dioses esos que él nombraba y los cuales habían manejado la sociedad y la Historia como si de una simple tramoya se tratara.

—Déjala en paz, y listo. Si no te gusta, mantente apartado. Esta casa es lo bastante grande como para que podamos estar unas horas o unos días sin molestarnos unos a otros, ¿no te parece?

—Me parece —dijo él divertido, volviendo a tomar asiento—. Y me parece bien que te guste a ti, no te creas, porque está... buena, digamos. Lo digo de buen rollo, ya sabes, entre amigos. Vale, otra cosa: todo podéis hacerlo, en privado o en público, menos tocar mis equipos y salir fuera. Nada de eso está permitido. ¿Conformes, chicos?

Asentimos, claro. No mucho después, Pablo dijo que iba a ducharse y enfiló hacia el piso alto. Aproveché que era la primera vez que estaba a solas con Melisa desde lo del hotel para interesarme sobre cómo se sentía.

—¡Muy mal! —se quejó. Y añadió—: ¿Cómo quieres me sienta? La muerte de mi hermano, ese criminal misógino, tantas muertes y violencia, esta intriga insoportable, haber trepado durante horas como si estuviera escalando el Everest y, como guinda, que se acaba el mundo: ¿a ti qué te parece?...

Quise abrazarla, pero lo evitó con magistral cortesía, argumentando que estaba agotada, lo bastante como para no querer sino darse también una ducha y poder dormir un poco. Creo que me malinterpretó, pero no me importó en absoluto.

—Sin embargo, quisiera que antes me ayudaras —le dije.

—¿A qué?... Estoy sin fuerzas para nada y con la cabeza a punto de explotar.

—Bueno o malo, Pablo hasta ahora ha cumplido su palabra, y me temo que en lo que queda también tiene credibilidad suficiente como para poder llevarlo a cabo.

—¿A qué te refieres?

—A lo de salvar a esas cuántas vidas.

—De veras, Antonio, creo que tú también te estás ya volviendo loco. ¿De veras le crees?... Lo único que nos puede pasar si continuamos a su lado es que nos acaben pegando un tiro. Yo lo que quiero es marcharme, que me deje en paz, que me dejes en paz. Ni esta es mi guerra, ni me interesa nada de todo esto.

Estaba desconcertado. ¿No le interesaba?... ¿Podía admitir que lo que habíamos vivido la empujara a aceptar cualquier clase de

muerte solitaria mejor que con nosotros o conmigo? Además, solamente una de todas las plazas que me había prometido Pablo tenía por cierto quién la ocuparía, y era precisamente ella. ¿A quién más conocía ya sobre el mundo que a unos cuantos compañeros, la mayoría de los cuales eran simples vendidos?

—Tal vez me haya vuelto loco, efectivamente —le repliqué con disgusto—; pero sí, creo en él más de lo que he creído en muchos, lo mismo que en que puedo salvar unas cuántas vidas. Melisa, voy a morir aunque no llegue el Fin del Mundo, pero puedo salvar a unas pocas personas y no sé a quién elegir. Es la más dura de las elecciones que he enfrentado en toda mi existencia, y te considero lo bastante buena como para poderme ayudar en esto. Yo no sé ni por dónde comenzar siquiera.

—Oye, oye, ¿no me estarás contando todo esto para darte un revolcón conmigo, como apuntaba Pablo hace un momento?

—No; no por falta de ganas, pero no. Me gustas, me gustas mucho desde que te conocí, pero sé que la distancia que nos separa es un abismo que no puede saltarse en una vida. No; pierde cuidado.

—¡Pobre! —se lamentó, poniéndose en pie y acariciándome la mejilla con su mano.

Fue una caricia lenta, dulce, que me inundó de una emoción que hacía mucho que había olvidado. Tal vez por primera vez le fui realmente infiel a Aurora desde que nos separamos, y por primera vez deseé yacer con aquella mujer para amarla con todo lo que era.

—Tú sueñas, hijo —añadió, y se fue con un desapego que me pareció la de una maza que rompía en mil pedazos el único sueño de carne que verdaderamente había tenido desde...

Su insensibilidad no me pareció menos criminal, ni en el modo ni en la actitud, que la de Pablo. No sé si la odié por su cruel indiferencia o si me odié por mostrarme vulnerable; pero quizás no fuera sino una especie de despecho por haberse mostrado más receptiva a mi propósito, porque enseguida me sentí ridículo, anacrónico, trasnochado. ¿Qué otra actitud que esa era posible, por más que el desdén estuviera también fuera de lugar en el drama que estábamos viviendo?...

Me fui a la sala y prendí el aparato de televisión que allí había. O no estaba conectado a la antena, o sencillamente ningún canal emitía. Después, me fui al ordenador que estaba sobre una mesita y quise ver si por Internet era capaz de enterarme de qué sucedía en el mundo, pero tampoco había conexión disponible. Desesperanzado, me dirigí al ventanal que daba a la parte posterior de la casa y me quedé mirando la piscina vacía rodeada de césped. Debía ser medianoche ya, y hacía mucho frío. Navidad estaba ya a

la vuelta de la esquina, y supe que, de llegar a ella vivo, sería la más triste de todas las de mi vida.

No sé cuánto tiempo estuve perdiéndome en mi nada, pero debió ser bastante. Un tiempo indefinido en el que me planteé cuestiones existenciales, justo esas para las que nunca hay respuestas acerca del objeto de mi vida, del sentido de las vidas de quienes había querido, de los porqués de mi trabajo, de mis afanes, de mis aficiones siquiera. Un momento solo de un hombre que se sabía más solo que nunca, más vacío y más hueco. Podía dar algún sentido a mi vida aún, no obstante, si supiera a quién elegir para que se salvara, alguien que pudiera decirle al porvenir que una vez hubo un hombre... No; nada de eso. Ni eso tan siquiera me servía. Si podía prolongar un solo día de alguien, que fuera por el acto mismo, nada que ver conmigo ni con mis frustraciones. Yo ya había tenido mi oportunidad, como los demás mortales, y la había perdido.

—No te habrás enfadado por lo de antes, ¿verdad? —me dijo Melisa a mis espaldas.

Tenía puesto un albornoz de Pablo y se envolvía el cabello con una toalla.

—No. Soy a veces un poco tonto. Lo que hoy hemos vivido...

—Tú no tienes la culpa. En realidad, no la tiene nadie. Pasa lo que pasa.

—Tal vez tus iggigi estén llegando o, como dice la Biblia, los ángeles, que a lo mejor son ellos, y bajarán para rescatar a los buenos.

—Yo que tú no confiaría demasiado en eso.

Se quedó mirando hacia la oscuridad de aquella noche sin luna. Tal vez pensara como yo en lo que la vida representaba o había significado para ella, por más que no mostrara ansiedad o preocupación.

—Debe estar Nibiru muy en lo bajo, hacia allá, entre Casiopea y Andrómeda, a los pies más o menos de Centauro —dijo Melisa como pensando en voz alta, señalando con su dedo hacia el sur.

—Parece mentira que algo tan lejano pueda hacer tanto daño —reflexioné.

—Como un sentimiento, por ejemplo, que cuanto más distante se hace más grande.

—Sí; tal vez como eso.

—A lo mejor te interesaría ver esto —me dijo Pablo desde el otro lado de la sala.

Me giré, le vi sentado ante su equipo electrónico y me dirigí a él, acompañándome Melisa. Tenía en la pantalla una imagen de un planisferio y una columna de textos en inglés que se desplazaban a

la derecha.

—Son informes militares —me informó, sin especificarme de qué país o llegados por qué medio. Tal vez hubiera entrado en alguna red de comunicaciones de la OTAN o algo así, porque de ser españolas los textos no estarían en ese idioma—. No fue una bomba de pulso, sino una llamarada solar, según parece, que solamente afectó a cierto tipo de componentes. Dice aquí que casi todos los satélites, con excepción de los militares, han quedado fritos y que cayeron más de once mil aviones en todo el mundo. En lo demás, especialmente en los equipos que usaban componentes más antiguos, parece que no hubo demasiados daños: lo viejo, al final, es lo que dura. Mira, ¿ves esto?...: son los cables de hoy. En este se informa que Japón ha sufrido varios terremotos y que parte de él se ha ido al fondo del mar; y este otro, dice que hay alerta roja en Yellowstone, en Wyoming, por riesgo inminente de actividad volcánica; por último, en este, se da cuenta de los daños producidos en el continente americano por el maremoto que produjo el Cumbre Vieja, y parece que las costas de atlánticas de toda América hasta casi veinte kilómetros tierra adentro han sido borradas del mapa. ¡Esto está que arde!

La mayoría de los países estaban a esas alturas heridos de muerte y carecían de recursos suficientes para lamerse sus propias heridas. En medio mundo los militares habían tomado el control político, trayendo con ellos la ley marcial y el toque de queda.

—Toda una fiesta —dije con extraño sarcasmo.

—Te queda poco tiempo, Toni: dos o tres días como máximo. No tenemos más que eso, y me temo que mientras moverán todas sus fichas para localizarnos.

—Tal vez eso que estás viendo sea una trampa.

Ya pensaba como un auténtico paranoico. Me sentí curiosamente normal diciendo esas cosas que en cualquier otra situación me hubieran hecho reflexionar sobre mi cordura.

—Imposible que rastreen esta red. Me muevo con algoritmos y claves tan discretas que los mismos militares tardarían meses en descifrar, y ya no les queda tiempo para eso.

—¿Qué es lo más importante, lo siguiente? —pregunté, yendo al grano.

—Hay un mensaje cifrado que menciona perturbaciones en el Cinturón de Asteroides; una lluvia de meteoritos, pero a lo bestia. Recomiendan a las autoridades políticas que se den mensajes de tranquilidad y que se aumente la presión química. Parece que van a la lanzar el ataque contra Irán como maniobra de diversión o como señal de retirada hacia los refugios de los elegidos.

—¿Irán?... ¿Y qué tiene que ver Irán en todo esto?

—Bueno, no es más que una distracción. Nuclear, eso sí, porque es un asunto que arrastrará a China y a Rusia, con lo que estará entretenida la población y los ejércitos de todo el mundo mientras ellos se ponen a salvo. Ya sabes, cuando del mago enseñe el pañuelo en lo alto, agárrate bien la cartera.

Lo de Irán y este posible escenario me recordó el Armagedón, cerrando el ciclo de las profecías antes del Fin. Inopinadamente, todo parecía encajar perfectamente con lo profetizado miles de años atrás, haciendo buena la argumentación del tío de Melisa.

Pablo me siguió hablando largo rato, refiriéndome toda clase de noticias que conformaban juntas un paisaje desolador: revueltas callejeras, deserciones en los ejércitos, el atroz boca a boca de la llegada de Nibiru, falta de suministros, hambre en algunas ciudades, fallo de los sistemas de agua y sanidad... El sistema en pleno estaba colapsando con la misma violencia con que cayeron las Torres Gemelas. La recomendación última que hacía aquella red, perteneciera a quien perteneciese, era la de utilizar los ejércitos como armas de contención hasta el último momento. La palabra clave de retirada, era «Omega».

Omega, pensé. La misma palabra que definía, según el tío de Melisa, la operación secreta del Vaticano para salvar las joyas culturales de la humanidad. Omega, la última letra del alfabeto griego, el último signo, el último paso del hombre como especie sobre la Tierra y el último signo de Dios: «soy el alfa y la omega».

—¿Uno o dos días? —quise corroborar.

—Como mucho para que tomes tu decisión, si es que tomas alguna. No hay más espacio para que hagas tu ejercicio. El tiempo se acaba. Si los aviones no pueden volar, salvo que hagan reparaciones que no creo que tengan sentido ya, no podrán hacerlo los de dispersión de gases, y en ese caso pudiera ser que mañana, si está despejado, pueda ser visible Nibiru. De ser así, se va a armar la de Dios porque el pánico va a propagarse como un reguero de pólvora.

Se acababa el tiempo, sí; y el mundo, con todas sus consecuencias. Me sabía condenado a muerte, pero recibí la noticia con la urgencia del miedo; estaba preparado para morir, aunque solo teóricamente, y aquello de supuesto intelectual no tenía nada. Era la muerte real la que estaba al acecho, la implacable, la definitiva, la que me catapultaría a lo definitivo, a la certeza de un Dios inflexible que juzgaría cada acto o a una nada igualmente desoladora de haber vivido nada más que como un bicho.

Me retiré de su lado, dejando a Melisa con él, y volví a la ventana. Miles de imágenes me asaltaban, todas ellas terribles. Podía ver, como con visión panorámica, un mundo en

descomposición que se colaba de rondón por las rendijas de las ventanas y las puertas de cada casa, sembrando el pánico, sobrecogiendo los corazones y empujando a cada cual a hacer ofertas al alza al Cielo, invocando probablemente el nombre de un Dios apartado de todos por la modernidad, acaso prometiendo rectificaciones imposibles y quién sabía si arrepintiéndose de la falta de osadía que cada uno tuvo para no haber hecho aquello que ya no podría hacer jamás. Los niños, contra el pecho de su madres, buscando en la carne amiga una imposible seguridad de salvación ante el Infierno; los hombres, sabiendo sus manos inútiles contra el mal que les amenazaba a ellos y a los suyos; y los ancianos, sin duda lamentando haber vivido tanto para llegar a ver eso. ¿Quién trajo el mal?... ¿Fue el cielo, la Astronomía, el Dios que todo lo controlaba o nada más que la Naturaleza en sus ciclos de creación y destrucción?... ¿Cuál de todos ellos tendría fondos suficientes para hacer frente a esa factura?...

Bien mirado, si consideraba el conjunto de la realidad no podía sino admitir que aquello era el mecanismo automático que había dispuesto el Cielo: quien sembró vientos, cosechaba tempestades. La andadura humana, con todas sus luces, arrojaba un saldo de siniestras calígines. Guerras, devastación, violencia, abusos de todas clases de quien podía sobre podía… La misma humanidad había venido a dar, con sus propios actos, en una suerte de Sodoma, y como en Sodoma sería consumida por el fuego y el azume que caería del Cielo. Todos, o la inmensa mayoría de los hombres, habían conseguido poner en marcha tan funesto mecanismo con sus egoísmos, su propia inhumanidad ante sus semejantes. Cada quién había ido a lo suyo, creyéndose un dios omnipotente, y ahora la vara de la justicia venía a igualar los raseros con su pompa de muerte.

Las lágrimas vinieron solas porque yo tenía la responsabilidad de elegir. ¿Encontraría quinientos justos?... ¿Acaso cincuenta, como Abraham, o siquiera diez?... ¿Uno tal vez, que a Dios le moviera a compasión?... Lágrimas. Lágrimas en las que temblaban las figuras aterradas de miles de millones de personas que veían llegar su última hora, y en las que se ondulaban también las figuras de Melisa y Pablo besándose, cuando volví a ellos la cabeza.

¿Qué importaba?... ¿Qué más daba que la única mujer a la que me creí capaz de amar después de Aurora sofocara su angustia con mi amigo, refugiándose la carne en la carne?... Acaso no hacía otra cosa que reclamarle una posibilidad de supervivencia al único hombre en el mundo que podía proporcionársela. Seguramente, pensaba, también sentiría miedo, pánico cerval de esa muerte que ya llegaba. Nada importaba ya: solamente me quedaba una cosa por

hacer.

Sentí cómo Pablo y Melisa se fueron, y permanecí indiferente con la mirada perdida en la distancia. Ajeno al triquitraque de la cama del piso alto, tomé asiento en el suelo mientras me perdía en la oscuridad tenebrosa de aquella noche que probablemente jamás disiparía sus tinieblas entretanto hubiera un hombre sobre la Tierra. ¿A quién salvar?... Tal y como pensé entonces, anteayer, que fue hace mil años, para sobrevivir se precisaba una sociedad completa, aunque de mínimos; una que, cuando saliera de la madriguera, pudiera volver a construir, enfrentarse a los elementos y comenzar de nuevo. Una sociedad que requería máquinas, especialistas, sabios, jefes, policías, bomberos... Una sociedad completa y en miniatura como una semilla de la que brotara esplendorosa una sociedad multitudinaria y alegre que enfrentara nuevos calendarios con sus certidumbres y sus dudas. Una persona, dos, diez, no tenían ninguna probabilidad de lograrlo.

¿Por dónde empezar a reunir esa sociedad con únicamente quinientos miembros?... Yo no conocía sabios ni bomberos, no creía en ningún jefe ni tenía demasiada fe en ningún policía, y la única sabia que conocía estaba buscando el placer ante el pánico entre los brazos de aquel mismo que la despreciaba. No; no conocía a nadie. Treinta y algún años como policía me habían permitido, además de conocer a mis dos ángeles extintos, a una legión de criminales, seres que asesinaban a sus semejantes por placer, por vicio, por dinero y hasta por amor. El amor, cuando es malentendido, también mata.

Casi toda la gente que conocía era así, o perseguidor o perseguido. Todos éramos culpables de algo y tratábamos de encontrar en los demás lo que nos faltaba. Perseguidores y perseguidos, víctimas y verdugos, pero todos malos. ¿Quería reconstruir una sociedad que volviera a lo mismo, que el egoísmo de tener o de poseer costara otras vidas, sufrimientos, dolores, lágrimas?... ¿Quién, verdaderamente era inocente?..., ¿quién merecía otra oportunidad para que alguien le dijera «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia»?.., ¿quién era lo bastante bueno para ser el germen de una nueva opción, no a la persona, sino a la especie?...

Apolión era, según me había dicho Melisa, el ángel portador del sufrimiento que podía propiciar la última oportunidad para el arrepentimiento y, a su vez, el que antecedía la sexta trompeta, antesala de la final, la definitiva. Podía ahora comprender su sello, no con las palabras, la razón y ese lenguaje de símbolos, pero sí en su contenido: el abismo éramos nosotros, y nos lo abría para mostrarnos lo que éramos. La otra Apolyon, la organización que había jugado con el destino de la humanidad con sus trampas y

artificios, la herramienta de ese dios de plastilina de Pablo, el pálido reflejo de ese ángel en sentido contrario, invertido, interesado, ya que no en lo importante de lo interior y trascendente, en lo exterior y material de lo mundano. Una nueva coincidencia con el juego de imágenes y reflejos que, según Melisa, conformaba el idioma divino, a menudo sirviéndose de la soberbia del hombre para humillarlo. Después de todo, en el pecado va muchas veces la penitencia. Literalmente.

No tenía la menor duda de que si salvaba una semilla de esta sociedad, lo que brotara de ella sería una réplica. ¿Quería de nuevo el crimen, el robo, la codicia, la guerra?... Consideré que si estrujara con ambas manos el libro de la Historia, ¿qué zumo obtendría?..., ¿no chorrearía sangre, dolor, gritos, lágrimas?... La Historia del hombre, con diferentes máscaras y ropajes, había sido siempre una carrera alocada hacia el abismo que eternamente persiguió lo puro, crucificó lo bueno, maltrató lo indefenso y hasta se sirvió de lo inocente para satisfacer la perversión de los que pudieron.

—¿Todavía pensando? —dijo Pablo, tomando asiento a mi lado.

—Sí, amigo mío: pensando.

—Oye, no te habrá molestado que le haya metido un viaje a la putita esa, ¿no?

En otras circunstancias quizás hasta le hubiera partido la cara solamente por el lenguaje que empleaba, pero me limité a decirle que ya no me importaba nada. Alegó que las despedidas con carne daban más fortaleza, y volvió a reírse de su chiste. A mí no me hizo la menor gracia.

—Tú no eras así, Pablo.

—Evolución, amigo mío. Ya sabes, la cosa esa del Darwin de los cojones: sobrevive el más fuerte. Ley de la Naturaleza, no le des más vueltas. El sistema está montado así, y el que triunfa nunca es el más bueno, el que tiene más oportunidades nunca es el más educado y el que manda nunca es el más tolerante. Yo no puse las reglas: únicamente me adapté al terreno, como decía Sun Tzu, y aquí estoy.

—¡Pues menudo asco!

—Y que lo digas, amigo, pero es lo que hay. Bueno, y qué, ¿ya te decidiste sobre a quién salvarás?...

—El cuento de Abrahán y Sodoma, ¿no?

—Ese, precisamente, es el juego. Siempre, ¿recuerdas?, me dijiste que en elegir está la clave de la vida, y como ya no me quedaba más que joder después de saber lo del planeta ese, me dije: bueno, dejemos a Toni que elija, a ver si tiene huevos y me da una lección de veras. Este es el juego: quiero que me des una lección.

Genio y figura... Todavía se acordaba, y me guardaba el cariño o

el odio suficiente como para haber esperado a esta hora y volver a mí con el fin de replantearme la cuestión. Odio y amor son vecinos de patio.

—Pues puede ser que te defraude, porque ni por pienso conozco a quinientas personas, y mucho menos salvaría sobre los demás a ninguno de esos que sí conozco.

—Allá tú; pero es tu elección y si es eso lo que quieres, eso será.

—¿Te da lo mismo?...

—Pues claro, tonto; la cuestión es que elijas libremente lo quieras tú, no lo que quiera yo. Solamente he conocido hijoputas.

Se rio nuevamente de su chiste. Le miré tratando de ratificar que me era sincero. Después de hacer todo lo que había hecho, de tanta sangre y tanta violencia, ¿se conformaría con que le dijera que no salvaba a nadie y seguiríamos tan amigos? No sé…, pero me daba en la nariz que aún escondía un naipe en su juego o una ficha que no había puesto en el tablero.

—Siempre te aprecié mucho —me dijo, bajando el tono de voz hasta la ribera de lo íntimo.

—¿Qué te pasa —bromeé—, no tuviste bastante con Melisa y ahora te quieres liar conmigo?

—Tu culito está a salvo, compañero. Lo digo en serio: siempre te aprecié mucho.

Supe que me estaba hablando a carne abierta. Acepté su conversación y quise ver hasta dónde llegaba. Para mi sorpresa, al menos en apariencia, condujo a un orfanato perdido en la última esquina de la infancia, a días de sol y juego, a noches de confidencias y sueños, a momentos en los que éramos lo que éramos sin importarnos el pasado, ni el presente ni el futuro. Charlamos, recordamos algunos pasajes, algún que otro de aquellos personajes que nos dejaron alguna huella, y luego, nos fuimos a la mili y de ahí a dos caminos que discurrían por muy distintos parajes. Su tono, que fue alegre y hasta íntimo, se hizo entonces duro o triste, pero siguió contándome cómo fue por el mundo quitando vidas como las mías, sin olvidarme.

Por mi parte, no tuve tanto que referir y ni siquiera el coraje de decirle que mi amor por Aurora, por mi hija e incluso por mi profesión le arrojaron de mí como un cadáver en la fosa del olvido.

—También yo me acordé siempre de ti —mentí.

—Es mentira, pero lo acepto —dijo con resignación—. La memoria es un baúl de trapos viejos. Creemos guardar en él algo bonito o bello, y cuando lo abrimos para encontrarlo, está todo devorado por las polillas y el tiempo. Nada de lo de ayer se parece a lo de hoy. Nunca te guardé en mi memoria, sino que siempre te tuve presente, por eso lo sé todo de ti y te conozco, y por eso

ignoras todo de mí y te sueno a nuevo.

Había mucho de verdad en sus palabras, pero quería más. Sin embargo, lo evitó, evidenciándose que no quería entrar en temas serios, tal vez porque prefería demorarlos para cuando mi elección fuera definitiva.

—No conviene gastar ya toda la munición —se excusó—, porque aún nos quedan dos o tres batallas que librar. Hablaremos de eso con detenimiento, pero no ahora. Por cierto, hablando de munición, ten a mano esta noche tus armas, porque es posible que te hagan falta.

—¿No decías que esta casa era lugar seguro?

—Y lo era, pero las cosas cambian. Evolución, ya sabes. Apolyon no ha dejado nunca de mover sus fichas y en esta jugada le va mucho, pero mucho. Además…

Seguimos charlando, ya con la luz apagada. La noche sin luna no podía ser más siniestra y, al mismo tiempo, más íntima. Volvimos al orfanato, a la vez que Pablo ponía a mano algunas armas y dos o tres controles remotos. Era un tipo sorprendente, capaz de encajar con la mayor naturalidad los mayores riesgos como si para él siempre hubieran sido cosa de rutina. Me estaba acostumbrando a su manera de ser, o quizás nada más que estaba zurciendo el personaje apolillado que rescaté del fondo del baúl de la memoria.

Susurrábamos apenas, ambos sentados en el suelo con la espalda contra la pared, al tiempo que manteníamos nuestros sentidos alerta, atentos a cualquier vibración del aire que nos indicara un movimiento extraño o fuera de lugar. Pero no fue un movimiento extraño, sino una explosión violentísima la que nos hizo empuñar las armas y tendernos en el suelo.

Dos, tres, diez explosiones más se oyeron en el jardín. Pablo, por propia seguridad, había convertido su jardín en un campo minado, en la primera línea de defensa contra la irrupción del enemigo, tal y como en ese instante sucedía. Alguien abrió fuego contra la casa. Pablo reptó hasta el muro y echó su espalda a la pared junto a una ventana, mientras me ordenaba que cubriera la otra parte de la casa. Silbaban las balas por todas partes, haciendo saltar hechos añicos pedazos de pared y de su equipo electrónico. Devolvíamos el fuego como podíamos, y abatimos a los dos hombres que lograron entrar en la casa; pero la situación se complicó en exceso cuando dos helicópteros silenciosos descendieron hasta casi tocar el suelo y se descolgaron de ellos una docena de hombres, entretanto desde sus morros hacían fuego con ametralladoras giratorias de alta potencia.

Había estado acurrucado contra una esquina mientras se desataba aquel infierno, tratando de no ser alcanzado por la

tormenta de fuego; pero apenas se detuvo y levanté mi cabeza hacia Pablo, tal vez hubiera preferido que un disparo me hubiera abatido. Melisa, le estaba encañonando. ¿Qué estaba sucediendo?...

—Tu elección, amigo: he aquí la segunda mano de Apolyon —me dijo Pablo con asombrosa serenidad. Y continuó jocoso, al tiempo que se incorporaba y levantaba las manos, aún sujetando sus armas—: siempre tuviste mala mano para las mujeres.

—¿Apolyon, Melisa? —curioseé, no sin miedo de escuchar su afirmación.

Pero hube de arrojarme detrás de un mueble, porque al instante Melisa se volvió hacia mí y disparó. Su falta de puntería, la oscuridad o ambas cosas impidieron que me alcanzara; pero ese momento lo aprovechó Pablo para tomarla por sorpresa, desarmarla y, mientras apoyaba el arma contra su cabeza, protegerse tras de ella de los hombres que ya entraban por las ventanas.

—Vámonos, nena, que estos chicos son muy malos —ironizó.

Con una de sus manos apretó uno de los controles remotos y, tras una violenta explosión, parte del pórtico exterior se desplomó lanzando en distintas direcciones a los hombres que estaban entrando. Sin dejar de disparar a los supervivientes, arrastró hasta mí a Melisa, la puso a un paso apenas y con violencia descubrió su torso para que viera la estrella de Apolyon tatuada entre su pecho izquierdo y su hombro.

—Ya ves cómo son las cosas, chiquitín —me dijo, a la vez que le disparaba en la cabeza.

El cuerpo sin vida de Melisa cayó junto a mí, quedando frente a mis ojos estupefactos sus ojos verdes ya sin vida. Estaba perplejo, tal vez paralizado por el pánico o la sorpresa, pero Pablo me sacó de mi estado tomándome por la chaqueta y protegiéndome con su cuerpo.

—¡Vámonos, coño, que aquí no nos quieren!

Le sentí estremecerse, sin duda porque una bala le había alcanzado en alguna parte, aunque no por ello dejó de empujarme hacia el garaje mientras disparaba. Pulsó otro control remoto, y parte de la casa saltó por los aires, derrumbándose las habitaciones que daban al norte.

Entramos en el garaje y cerró la puerta metálica. Luego corrió los botes de pintura que había en una estantería, pulsó una palanca, se abrió una puerta en el muro y conectó una especie de clave, encendiéndose al punto un marcador de tiempo que rápidamente buscaba el cero. Me empujó a través del hueco, cerró la puerta figurada de hormigón y reptamos a toda prisa hasta otra semejante que daba al chalé vecino. Allí, en el garaje de la otra casa en el que desembocamos, había una motocicleta de gran cilindrada. Subimos

a ella y, mientras se abría la puerta de la cochera y la exterior del chalé, esperamos.

Se oía al otro lado del túnel, incluso en él, ruido de gente de armas, voces, órdenes, pero todas ellas fueron acalladas por una violentísima explosión que hizo añicos la casa de la que veníamos y que aun engulló a los dos helicópteros.

—¡A esto se le llama estar preparado, amigo!

No estaba para halagos. A toda potencia salió del garaje sin encender las luces de la moto siquiera, enfiló la calle, giró en la primera esquina y desembocó en una carretera de segundo orden que daba a un pueblo próximo, a medio camino de la sierra. Todo parecía perfectamente estudiado, y en aquel momento me pareció que su único fin al ir a esa casa había sido descubrirme la verdadera identidad de Melisa, sin duda porque él ya sabía desde hacía tiempo lo que yo ignoraba. No parecía seguirnos nadie, pero igual miraba Pablo sin cesar por los retrovisores. Al llegar a una pequeña alameda, se salió de la carretera, entró en el pueblo, atravesó por un pequeño paso subterráneo la autopista de circunvalación y siguió protegido por los árboles que escoltaban un riachuelo hasta desembocar en una carretera comarcal que se dirigía directamente hacia la sierra de Guadarrama.

Con el motor de la motocicleta a medio gas, llegamos a una población pequeña. La atravesó, y en una de las últimas casas se detuvo. Abrió la puerta de lo que más parecía un corral que un garaje, metió la moto en él y entramos en la casa.

—¿Sabías quién era Melisa?

—Sé quién es quién en Apolyon. Mi último puesto estuvo en Inteligencia, y todos los datos estaban a mi disposición. ¿Cómo crees que llegó primero ella y después los agentes de Apolyon a El Escorial?

—Creí que tú la habías llevado hasta allí para…

—¡Joder, Toni, qué tonto que eres! Yo era el objetivo, yo soy el premio gordo. Tú no eras más que el cebo, sólo eso, no te ofendas.

—¿Tan importante era?

—Ni tanto así, un recambio. Una seleccionada para la madriguera madrileña por sus conocimientos, quizás. No era operativa, ni siquiera tenía formación. Le apretaron las cuerdas y le dijeron que, o yo, o ella o vete a saber qué, y listo. No se lo tomes a mal: simplemente hizo su elección.

—Entonces ya sabía lo de Nibiru, por supuesto.

—¡Que no, hombre, que no! Ella trabajaba para Apolyon descifrando las tablillas, nada más que eso. De lo demás ella no sabía un pimiento. Un poquitín de logia, un poquitín de grupo secreto y otro poquitín de secta, ya sabes: el cóctel justito para que

los ingenuos sirvan y sean útiles, a la vez que les les pagan cuatro euros por hacerse ese tatuaje y no mostrarlo. De entre todos ellos, a algunos se les reservaba para las madrigueras, a otros no. Ella, ya ves lo que son las cosas, era de las elegidas, o al menos eso le hicieron creer cuando la despertaron. ¡Ja, ja, ja! Ellos la despiertan para una misión operativa, y yo la he dormido.

—Pero tengo la impresión de que tú, antes de lo que pasó, ya sabías que era de Apolyon. Y lo sé porque siempre la trataste con desprecio...

—Toni, los polis tenéis muy poca inteligencia. Primero aparece en el monasterio como por arte de magia, en el hotel aparecen los sicarios para hacer su trabajo, y luego, cuando cuento que se cargaron a su hermano, ni se extraña siquiera. Ahí me confirmó su pertenencia, y puedo suponer que la pusieron en contra tuya haciéndola creer que tú eras el responsable de su muerte o lo que sea. Usando la posibilidad de salvarse de una catástrofe universal y, al mismo tiempo, predisponiéndola ante ti para que rompiera sus lazos afectivos, si es los había, es como la convencieron para actuar de esa forma, eso es seguro. Y de hecho, seguramente llevaba algún tipo de localizador, gracias al cual supieron dónde estabais en El Escorial y dónde nos encontrábamos aquí. En fin, que tenía no solamente que descubrirme, sino también que averiguar todo lo que pudiera, por eso se fue a la cama conmigo: nada de amor, chico, que el amor hoy en día...

Reparó Pablo en que mi gesto denotaba confusión, acaso decepción y, desde luego, cierto abatimiento producido por la inesperada sorpresa.

—Vamos —me alentó bromeando, como restando importancia a mi decepción—, no te lo tomes así, hombre. Mira, ya supongo que te habría hecho tilín que ella y tú fuerais los últimos seres vivos y repoblar con ella el mundo, pero qué le vamos a hacer. Después de todo, no es nada raro lo que hizo. Si yo te contara lo que sé de casos extremos parecidos, te quedarías de piedra. Por mucho menos he visto cómo se vendían padres e hijos, incluso matar unos a otros para salvar su pellejo. Una piel, para quien la habita, lo vale todo, fidelidades y traiciones. Los hombres, amigo mío, no son como tú has querido imaginarlos siempre.

Pareció sopesar si aquella explicación me era suficiente, y como pareció entender que no, continuó:

—Si te sirve de consuelo, te diré que la mayoría de los seleccionados por Apolyon ni siquiera saben que lo son. A veces los eligen por su formación o sus conocimientos, y otras nada más que como donantes de órganos o como objetos de entretenimiento. Les dan becas, trabajos, los mantienen controlados para cuando llega el

momento y, si les hacen falta como ahora, les activan, poniéndolos entre la espada y la pared. Todos prefieren la pared. Son muy persuasivos los chicos de Apolyon y dominan muy bien a sus criaturas. La mayoría de las veces, ni siquiera saben por qué se tatuaron el sello de Apolyon. Algunas veces por una apuesta, por una influencia de un amigo que no es tanto o cualquier otra tontería. Incluso a veces les pagan por ser marcados. No le des más vueltas, hazme caso, y aprende a aceptar que habitaste Nuncajamás. Nada es como tú creías… y me hiciste creer.

Sacudí la cabeza un par de veces, aceptando la situación, y procuré pasar página. Pablo sangraba por una pierna. Le ayudé a subir los escalones del piso alto, donde decía tener un botiquín de urgencia, y mientras siguió dale que dale a la hebra del porqué de esto o el porqué de aquello.

—Tendrás que sacarme esa bala —dijo.

Protesté porque esas cosas de la medicina nunca habían sido lo mío; pero él me tranquilizó diciéndome que contaba con todo lo necesario y prometiéndome que en el peor de los casos no tenía la intención de morirse de una infección porque ya no quedaba tiempo para eso. Lo hice, y ni fue tan desagradable como suponía ni quedó tan mal. Su ayuda, marcándome los pasos, fue muy valiosa.

Amanecía. Tal vez esa forma de vida y esa tensión fueran lo normal para él, podría ser incluso que al mundo le quedaran unas pocas horas o unos días, pero yo estaba tan agotado que solamente pensaba en dormir un poco, aun a pesar de ese albor oscuro con que se despertaba el día.

—Comamos algo y acuéstate un rato —me invitó—. Mañana será el último día para cumplir tu misión y la mía. Sueña, amigo mío, y que los ángeles te iluminen porque, o me das esa elección, o nos sentamos ahí fuera a ver cómo termina el cuento.

Efectivamente comimos, reímos e incluso compartimos una excelente botella de vino del Bierzo, un vino bravo como la amistad que estaba reverdeciendo.

27 La elección

No sé qué soñé o si lo hice tan siquiera. Ni aun sé qué fuerzas me movieron a optar por lo que elegí, si una inspiración divina o si nada más que el relajo mental generado por haber dormido casi diez horas de un tirón. Sin embargo, recuerdo que cuando abrí los ojos mi elección estaba tomada y sonreía, que casi sentía alborozo porque había resuelto, creo que sabiamente, el mayor y más complejo dilema de mi vida.

Miré el reloj. La tarde ya estaba concluyendo y me sorprendí porque la luz del día no me hubiera perturbado, aunque no tardé en enterarme por Pablo de que una densa capa gris dificultó en gran medida que los rayos del Sol llegaran al suelo. No eran nubes, ni siquiera la humareda de un incendio más o menos próximo o las cenizas en suspensión de fumarolas volcánicas lejanas, sino una especie de manto denso maloliente que ennegrecía el cielo y que nadie parecía saber de dónde procedía.

—Ajenjo debe haber caído —dije sin reflexionar siquiera.

—¿Ajenjo? —coreó Pablo.

—No, nada, cosas mías. El predecesor de Apolión.

Tal vez lo fuera o quizás no, pero tenía la impresión de que el tiempo se agotaba aprisa. Ni siquiera quise ponerle al corriente a mi amigo de la pauta de sucesos que el tío de Melisa me había descrito. En mi mente ese primer meteorito que mencionó el anciano obispo ocupaba un espacio que compartía con lo que el mismo Pablo dijo el día anterior acerca de Yellowstone y los otros mil volcanes que habían entrado o estaban por entrar en erupción por todo el mundo, sin duda liberando tal cantidad de cenizas que a esa hora ya habían envuelto al globo y habrían hecho amargas las aguas. La hora final se acercaba apresuradamente, y la Tierra se cubría con una mortaja negra.

—Queda algo de comida de la que hice para mí. Sírvete si quieres —me dijo Pablo sin moverse de la silla en la que se encontraba.

Lo hice. Tomé un plato del armarito que había sobre el fregadero, me serví una porción regular de guiso y tomé asiento en una silla frente a mi amigo. Tenía hambre y me despaché con ganas, y hasta le pregunté si no habría por ahí otra botella como la de la noche anterior.

—Lo bueno no dura para siempre —bromeó.

—Nada es para siempre —puntualicé.

—Comenzaron la movida de Irán, según supe: esto se acaba, amigo mío.

Por alguna razón, ni siquiera me interesó la noticia. No quise perder ni un instante en considerar un conflicto que a buen seguro se habría iniciado de forma convencional para, en unas cuantas horas o unos cuantos días, involucrar a China y Rusia y desatar en la región o en todo el mundo un conflicto nuclear. Al final, seguramente entrarían también India y Paquistán, y millones de personas iban a perderse el espectáculo del fin del género humano por unas horas quizás, simplemente porque estaban sirviendo de distracción a las maniobras de los dioses. Pero, en fin, apenas si respondí con un «¡Ajá!», sin perder por ello el apetito. Me desconocía a mí mismo.

Pablo no había dormido. Me estuvo velando en prevención de que, de alguna manera, Apolyon hubiera podido rastrearnos. Alabé su guisote, y me replicó con su habitual sorna que eran las ventajas de la soltería. Hablamos de eso, de por qué no se había casado, de por qué había renunciado a una vida normal, con una esposa, unos hijos, en fin, todas esas menudencias que dan sentido a una vida.

—Yo no tengo por quién llorar ahora. Ya ves que es una ventaja, porque nadie mío morirá hoy o mañana o pasado. La fortaleza de los que tienen afectos es también su debilidad, porque ellos sí que tienen que perder: creyeron que se habían hecho dioses.

Pablo se complacía en enfocarlo todo desde una óptica estratégica o militar, pero se echaba de ver que eran argumentos ahorrados tras muchos sufrimientos, o tal vez retazos de un convencimiento adquirido a la sombra de quienes, en su locura, realmente se habían creído dioses. Había visto mucho, había vivido demasiado y sabía mejor que nadie lo débil que era el hilo que sostenía la vida.

—Y de lo tuyo, de la elección, ¿qué hay?

—Está tomada.

—¿Y?

—Antes, Pablo, hablemos de lo que callaste ayer. No creo que se vaya a terminar el mundo porque perdamos unos minutos.

Ambos reímos la simpleza. Y fue precisamente esa risa la que destrabó los cerrojos de la franqueza, o la que abrió la fosa en la que ambos enterramos la osamenta del cadáver de una amistad antigua. Habíamos hablado del orfanato, del Ejército, de Aurora y de mi hija, de Melisa y de mil cosas más; pero no habíamos dicho ni una sola palabra de las causas que produjeron la muerte de aquella relación que nos hizo hermanos sin compartir ni una sola gota de sangre.

Pablo se incorporó, se acomodó en el respaldo, puso con cuidado su pierna herida en el suelo, apoyó sus codos sobre la mesa y me miró fijo, muy fijo. Sus ojos no eran aquellos fríos y desolados tan característicos del Pablo que había rencontrado, sino que del fondo de ellos sentí brotar un calor con geometría de ternura, de confesión al amigo, de sinceridad auténtica que me rescataban desde el olvido a aquel camarada de la infancia y la primera juventud que se tragó el tiempo. Me pareció que su rostro, tatuado por mil cicatrices y reflejo de un alma torturada, se estiraba como por milagro, que recobraba la frescura y lozanía de la juventud en que nos separamos, y comenzó a desbarrancarse por una confidencia que caía en picado al más hondo de los abismos. ¡Cuánta muerte le rodeaba, y cómo le dolía fingir que no le afectaba! Vertical, como un monumento levantado de una sola piedra, enfrentó con admirable entereza al monstruo más terrible, sostuvo a la más feroz de las aflicciones y soportó el más atroz de los tormentos. Se quitó la máscara de cinismo que tanto tiempo habían ocultado sus facciones, dejó a un lado su hasta entonces habitual atuendo de hipocresía, apartó de sí al profesional de la muerte y dejó desnuda ante mí su carne, o mejor sería decir su alma atribulada. Él había sido el peor de sus adversarios; él, su peor enemigo, y todo por no decir las dos palabras que ahora pronunciaría:

—Te quiero —me dijo.

Y antes de que yo añadiera una sola palabra, medio ahogado por un hipo que no podía contener y que le hacía nudos en la garganta, me advirtió que no me equivocara porque, si me quería, era por haber sido más que su amigo, más que su madre, más que Dios, por haber estado a su lado en aquellos años terribles, aceptándole como era y sin pedirle nada en contrapartida. Y más que eso, porque le enseñé a volar adonde ninguna nave ni ningún pájaro podría llegar jamás. Fue entonces cuando sacó su cartera, la abrió y tomó con sus dedos aquella pluma desteñida y ajada ya, que durante toda una vida le había acompañado.

No supe qué decir y dejé que fuera mi corazón quien se pronunciara, o acaso el afecto demudado en ira que inesperadamente brotó a borbotones del fondo de mi alma:

—¡Eres un gran cabrón! —le grité—. El mayor de todos los que hay en el mundo. Hizo bien tu madre al dejarte, porque mira lo que eres: has asesinado, has exterminado inocentes, has sido un martillo para crucificar lo bueno que pudiera haber en el mundo. No mereces respirar, no mereces un segundo más de esta vida que empañas e insultas con tu mera presencia. Eres lo peor y más abyecto que hay sobre el orbe, Pablo: eres el diablo en persona. Ojalá murieras ahora mismo, ojalá no hubieras nacido siquiera,

ojalá tu muerte sea tan horrible como todas las muertes que has producido, y ojalá que yo tenga esa misma suerte, porque también yo te quiero. Te quiero a pesar de todo eso, y te quise lo bastante como para que fueras un obstáculo en mi matrimonio. No; tampoco yo estoy hablando de un amor de carne, de esos que tienes por ahí con quien sea. Te quiero, Pablo, porque fuiste lo que fuiste para mí: mi amigo, mi compañero, mi confidente, quién sabe si más que si hubieras sido mi hermano. Cuando se tienden lazos tan firmes, nadie debería destruirlos. Yo tuve una mujer, tú pudiste tener otra y ambos pudimos seguir siendo amigos. También yo te quiero, ¡cabrón!, y esta mierda que has hecho ahora cae también sobre mí.

¿Qué hace que dos hombres se quieran?... ¿Qué extraña e incomprensible fuerza obliga a que se amen dos seres?... ¿Qué ataduras férreas son las que unen dos almas que no pueden romper ni los años ni millones de muertes?... ¿Qué ciencia considera esta fuerza, mayor que la que une el átomo o la que nos fija los pies en la tierra?... ¿Qué hizo que nos abrazáramos como dos almas mitad que se rencontraban para formar una sola, y hasta que nos derramáramos llorando como dos huérfanos que habían sido echados de la vida a un hospicio?...

Uno o los dos a un tiempo supimos en ese justo momento que éramos el mismo, el ego y el alter ego recíproco, el bien y el mal unidos por mitades, por mitades viviendo por separado lo que debiéramos haber vivido juntos. ¿Amor?...: sin duda; ¿amistad?...: exactamente; ¿fidelidad?...: ¡como que hay Dios! Más allá del cuento psicológico ese del afecto del amigo que suple al de la mala mujer que nos arrojó al orfanato y de la frialdad afectiva de un centro social insensible, éramos lo que éramos: dos hombres que se querían más allá de sí mismos, y punto. Era una ley —nuestra ley— tan veraz como todas las leyes de la Naturaleza, y como las de esta no precisaba de la aprobación de nadie ni de explicación alguna.

Habíamos superado juntos tantas pruebas, aprobado y suspendido tantos exámenes de la vida, que no éramos más que un solo alumno, una misma cosa con distintos miembros. ¿Cuántas veces me pregunté qué sería de su vida?... Pocas, porque el dolor me obligó a empujarle hacia el olvido, a que le tragara la nada y a que la vida le escondiera y le hiciera sufrir como yo sufría. Mi deseo se cumplió, y por ello mismo era cómplice de su barbarie.

—¿Por qué no lo dijiste entonces?

—Te lo digo ahora.

—¿Te imaginas acaso cuántos sufrimiento habrías ahorrado al mundo de haber dicho esas dos palabras?

—Ninguno, Toni, porque otro habría hecho el trabajo.

—Pero es que a mí no me importa otro, sino tú y yo. Tú eras mi

amigo, el único referente verdaderamente sólido de mi vida, y tenías el deber de decírmelo: estabas obligado.

—O tú de darte cuenta.

Pujamos por un sí o un no, pero ambos, en el fondo, estábamos felices de que los naipes, por fin, estuvieran cara al cielo. ¡Qué grandes tragedias esconden los actos más pequeños! Felices, mientras bebíamos, hojeamos el pasado como si leyéramos de un libro abierto, hablando de lo que ya lo habíamos hecho, aunque ahora con una visión nueva, despreocupada y jubilosa, porque habíamos recobrado nuestra mitad perdida o porque, al fin, habíamos regresado al camino en el punto exacto en que lo perdimos. No fue por mucho tiempo, pero sí fue la charla más hermosa de cuantas he tenido. Así es la vida, que en la picota, como en las tartas, siempre pone una guinda.

—¿Y tu elección? Y no me vengas con mierda de esa como lo de Melisa o fulanas parecidas, por favor. No me decepciones.

Le conté mi idea con todo detalle, y Pablo, contra todo pronóstico, le dio un aprobado. Es más, le pareció una solución magnífica, tal vez incluso su redención y la mía.

—Como idea —concluyó alborozado—, es cojonuda; como broma, para partirse; y como elección, la mejor de las posibles. Tenemos que ponerla en práctica, y eso no va a ser fácil, nada fácil; pero lo haremos.

Discutimos los detalles. Respecto de los potenciales guardias que hubiera en Nivel-1, y pese a que con toda seguridad harían reforzado la seguridad hasta lo paranoico, era lo de menos porque podrían ser eliminados sin problemas, incluso lo de evitar que quienes tuvieran que ocupar la madriguera llegaran a hacerlo; pero el resto del plan requería muchas manos, y de estas solamente sumábamos cuatro y disponíamos de poco tiempo para materializar una idea tan «peculiar» como la que le había propuesto.

—Si lo pedimos por favor, ni caso nos hacen, seguro —apunté cínico.

—Pero nadie se resiste a un secuestro —replicó Pablo.

La sugerencia que hizo, por criminal, únicamente de un criminal avezado podía venir, y desde luego era grandiosa. Manos a la obra. Ahora solamente faltaban cuestiones de logística, porque era mucha gente para secuestrar o mover, mucha gente para combatir y seguíamos siendo dos, uno de ellos herido. Pensé en Julián, que no era mal hombre, y tal vez en algunos otros compañeros. Aceptó al punto Pablo, admitiendo que en todo juego siempre había riesgos que estar dispuestos a asumir.

Sería casi la del alba cuando dimos el plan por completado. A esa hora consultó Pablo su equipo buscando novedades antes de

salir de casa. Supo que habían logrado restablecer ya algunos medios de radio y televisión, pero no pudo enterarse de nada fuera de lo que ya era común en todo el planeta, como lo eran la enorme sucesión de catástrofes. Más tarde, ya amanecido, el mismo presidente intervino ante los medios para informar a la población que se había demostrado que todos los desastres producidos en los últimos días eran responsabilidad de la alianza entre Irán, Rusia y China, los cuales habían usado armas geológicas y de pulso electromagnético para generar las tragedias que todo el mundo conocía, pero degradando la realidad y desdiciendo los muchos rumores que alarmaban a la sociedad sobre Nibiru. Mentiras, vaya, que no parecían incluir, al menos de momento, la clave Omega. No obstante, el reloj había precipitado su carrera y el tiempo se agotaba.

Ambos nos sonreímos por cómo funcionaba el juego, y hasta yo mismo me sorprendí de mi reacción, cual si desde siempre hubiera estado al tanto de la hipocresía del poder. Pero ya solamente cabía en nuestra mente la ejecución urgente de un plan que se las prometía de complicado y peligroso, y por ello, sin más, pertrechados para un viaje sólo de ida, salimos de la casa de Pablo en su enorme todoterreno, cargando en el la parte posterior cuantas armas, municiones y equipo diverso allí, como en otros lugares, había almacenado para alcanzar su objetivo. Daba la impresión de que mi amigo había calculado tener que enfrentar a todo un ejército, y desde luego no me pareció que hubiera sido muy exagerado. Sin detenernos apenas, más que para disparar sobre los militares que había en un control situado en la carretera de enésimo orden que rodeaba Madrid, llegamos a la ciudad cuando ya se levantaba el toque de queda.

Nos dirigimos directamente a la Central, dejamos el coche en la puerta y entramos hasta la sala de investigadores. Julián estaba allí en su despacho, como siempre. Le pedí a Pablo que me esperara un momento, y entré a hablarle.

—Quisiera tener unas palabras con todos vosotros —le dije.

—¿Estás loco? —me replicó sorprendido—. Lárgate de aquí o eres hombre muerto.

—Vamos, Julián, no tenemos tiempo. Es demasiado importante lo que os tengo que comunicar, y dependen demasiadas cosas de ello. Por favor, convoca a los chicos en la sala de juntas.

No dije un una palabra más, salí del despacho dejando a su arbitrio si quería detenerme o dispararme por la espalda, y me dirigí al despacho del inspector jefe, a quien le solicité lo mismo y reaccionó de manera parecida. El ruido exterior llamó mi atención lo suficiente como para interrumpir la conversación que mantenía,

y fui a la sala de juntas; para mi sorpresa, Julián había convocado a quienes se encontraban en la Central y allí estaban esperándome buena parte de mis compañeros.

Después de advertirles de que si tras escucharme me querían detener podrían hacerlo, les informé a grandes rasgos de lo que era Apolyon, de lo de Nibiru y lo que representaba para la humanidad en su conjunto, de la red de madrigueras que se abrían bajo el suelo de media España, de lo que pretendían los poderosos para salvar sólo a unos cuantos que les sirvieran en la nueva era que comenzaría cuando Nibiru se retirara y de con quiénes pretendía ocupar Nivel-1 y cómo conseguirlo, para lo cual, o me ayudaban con todos sus medios y hasta pudiera ser que entregando también sus vidas, o no sería posible.

Hubo quejas y apoyos, repartiéndose casi por mitades los que estaban a favor de respaldarme como en contra, y quienes estaban tan asustados como los que ya sospechaban que algo parecido a lo que les conté estaba sucediendo. Durante unos minutos, pocos, algunos discutieron entre sí, pero la irrupción de Gastón, el oficial de la Interpol, junto con dos de sus agentes, detuvo en seco las discrepancias. El de mayor rango de ellos, mostrando ostensiblemente su placa, ordenó detenerme, pero tres certeros disparos de Pablo abrieron otros tantos ojales en los cráneos de los supuestos policías.

Todos mis compañeros empuñaron por acto reflejo sus armas reglamentarias y tomaron a Pablo por objetivo, pero me interpuse entre ellos y mi amigo y grité una vez y otra que era de los nuestros, que estaba de nuestro lado, invitándoles a la calma.

—Ellos son el enemigo: Apolyon —grité, señalando los cadáveres. Y añadí—: Julián, haz el favor, descúbreles el pecho.

Julián, con su arma en la mano y dudando, se acercó a uno de los cadáveres mientras la mayoría de mis excompañeros nos apuntaban a Pablo y a mí con sus armas, y descubrió su pecho, no viéndose en él nada esclarecedor.

—Un poco más, Julián, entre el pectoral y el hombro izquierdo.

El sello de Apolyon se mostró primero en ese cuerpo y, luego, en los otros dos. Les informé de lo que significaba, y muchos, curiosos y sin prevención ya, se acercaron a los cadáveres para verlo mejor. Después, cuando supuse que habían saciado su curiosidad, volví a tomar la palabra, y les informé:

—Esa marca es la distintiva de la organización.

—¿Y cómo sabemos que eso es cierto? —cuestionó alguien.

—Porque también yo soy, fui, de Apolyon, la organización que ha preparado el escenario de lo que Antonio os tiene que decir —respondió Pablo, quien se había abierto la camisa y mostraba el

mismo sello tatuado en su piel.

—Esto es lo que hay —proseguí, apenas superado el primer instante de estupor general, sin dar mayores explicaciones acerca de lo que Apolyon era o significaba, pero sí ofreciéndoles una somera idea general de la situación y las líneas maestras de mi plan—: o salvamos a esas personas que propongo, o perecemos todas los… normales, digamos, y únicamente se salvarán esas alimañas. El tiempo de todos se termina, y no podemos salvar a todos, porque ya sabéis lo que hay: pero podemos hacer esto, y por Dios que si en esta hora hay alguien que merezca la pena, son sin duda esas personas. Pensadlo bien, y hacedlo rápido. No se trata de una misión de favor, sino de un secuestro en toda regla. De una manera u otra, todos estamos muertos ya; pero preciso vuestra ayuda no solamente para lograr que esas personas sean puestas a salvo, sino también para enfrentar a quienes van a tratar de impedirlo: ¿con quién de vosotros puedo contar?

La consternación era general, y no era para menos. Repentinamente, un día como otro cualquiera, de no ser por los sucesos que estaban sacudiendo el orden establecido hasta poner al mismo mundo al borde del colapso, dos hombres, ambos perseguidos por la ley, habían irrumpido en sus rutinas con la historia más irracional que jamás hubieran podido sospechar y les pedían no solamente que cruzaran la línea roja que separaba la legalidad del delito, sino que pusieran en juego sus propias vidas por satisfacer un secuestro que solamente a unos locos podía habérseles ocurrido. Sin embargo, en situaciones extremas también los procesos lógicos que se aplican suelen ser extravagantes, quién sabe si porque en ellos intervienen fuerzas más sutiles que las de la razón, y primero hubo silencio, un silencio denso y decepcionante, y luego murmullos, incluso comenzaron a alzarse, por último, protestas vivas que fueron sucediéndose hasta crear una formidable confusión, interrumpida cuando, al fin, alguien dijo:

—¿Y nosotros, qué?

—Nosotros, José Luis —respondí—, ya estamos muertos. Nibiru está aquí, y pocos o ninguno sobrevivirá a este evento. Este será, en todo caso, nuestro último acto de servicio.

El silencio siguiente duró un instante, pero pareció eterno. Algunos, segundos después, protestaron y se retiraron, aduciendo que preferían estar junto a los suyos sucediera lo que sucediese.

—Esto es una mierda —dijo uno de ellos. Y siguió—: Si he de morir, prefiero hacerlo con los míos.

Los demás, que por alguna razón habían comprendido que lo que había expuesto era la verdad desnuda, sabiéndose abandonados a su suerte, utilizados hasta el último momento por los mismos

poderes a los que habían servido con tanta devoción y sacrificio, comenzaron a considerar la conveniencia de sumarse a mi propuesta.

—¿Y nuestros hijos?

Miré a Pablo, y me hizo una seña de que me acercara. Me dio una cifra de nuestros potenciales secuestrados, y asentí. Volví a dirigirme al grupo y dije: tenemos como doscientas plazas que podríamos utilizar, tal vez menos. Sin embargo, facilitaremos las ubicaciones de todas las madrigueras y sus lugares de acceso, y tal vez se pueda hacer algo.

—No, no; aquí: ¿entrarán aquí mis dos hijos?

—No hay ninguna seguridad de que aún entrando sirva de algo, pero sí, entrarán: tienes mi palabra.

Julián fue el primero en decir un «¡Qué cojones, a por ellos!» que sumó más y más adhesiones. Únicamente unos pocos, diez, doce quizás, prefirieron mantenerse al margen. Cuando la situación se estabilizó, fue Pablo el que tomó la palabra y, como un general diestro en la organización de sus fuerzas, comenzó a impartir órdenes a los distintos grupos que fue formando como por instinto. A unos, les encargó difundir la noticia por todos los canales de radio en servicio de la Policía; a otros, anunciarla por los medios que tuvieran a su alcance y fueran funcionales todavía; a otros más, proveerse de vehículos adecuados sin ninguna clase de miramientos y llevar a cabo los raptos; y a los que quedaban, que le siguieran hasta el coche para facilitarles un pen drive con los planos de todas las madrigueras, a fin de que los copiaran y los distribuyeran a todas las divisiones de la Policía y el Ejército, y darles otras instrucciones pertinentes.

Unos minutos después, una docena de coches patrulla y varios autocares salían disparados de las cocheras hacia los distintos objetivos, con órdenes muy concretas de cómo proceder. Entretanto, mientras algunos llamaban por sus teléfonos móviles a sus casas para que sus esposas fueran con sus hijos al punto de reunión que Pablo había determinado en la parte alta de la Casa de Campo, los demás nos pusimos en marcha hacia aquel mismo lugar, formando una columna con más de treinta coches y unos sesenta policías, todos pertrechados con cuanto se había encontrado en la armería.

Por la radio de Pablo se podían escuchar los mensajes que desde la Central se difundían a todas las comisarías y brigadas por el canal abierto, y el rifirrafe de mensajes que se cruzaban. El pánico, lo mismo que la indignación y hasta la rabia, se extendían como una ola imparable sublevando lo que quedaba en pie del Estado. No dejaban de sumarse a la acción hombres, grupos, unidades, incluidas algunas de elite de la Policía y la Guardia Civil, y no

mucho más tarde, antes de que llegáramos siquiera a los arrabales de la Casa de Campo, contábamos también con algunas unidades militares.

—Jamás hubiera pensado que me llegaría a caer bien la Policía —ironizó Pablo—. Sin embargo, estos mismos mensajes pondrán en guardia a nuestros enemigos.

—¿Mandarán refuerzos para protegerse?...

—Eso es seguro, pero no temas: tengo medios. Seguramente lo hicieron ya, cuando hicimos lo que hicimos, pero ahora seguro que extremarán las precauciones y nos enviarán una brigada de élite…, aunque está demasiado lejos y tardará en llegar. Tenemos apenas unas horas para que se desate el Infierno.

No añadí nada más, legando mi confianza en aquel hombre de recursos inagotables. Si él decía que tenía medios, sin duda era así. La guerra, por fin, había estallado, aunque no era una guerra para vencer y sobrevivir, sino para que algunos, quinientos al menos, lo hicieran. Sentí orgullo de hombre, tal vez de especie, y pensé que mi vida, siquiera fuera al servicio de esos camaradas que renunciaban a la suya para que otros les sobrevivieran, había merecido la pena. La especie daba frutos buenos como frutos malos, y debíamos impedir a toda costa que sólo se salvaran los últimos.

—Si caigo en la refriega —me dijo Pablo muy circunspecto, pero con su habitual cinismo—, ten en cuenta dos cosas: la primera y más importante, que pierdes al mejor amigo; y la segunda, que casi todos los postes de señalización de los túneles que unen las madrigueras son, en realidad, plásticos explosivos que yo mismo me encargué de que los fabricaran con ciertas especificaciones. Me costó mi buen dinero, o se lo costó a Apolyon. Puede ser capital para la supervivencia de quienes has elegido.

—Pero, ¡cómo! —me sorprendí—, ¿tenías esto previsto?

—Digamos que te conozco…, y siempre fue una posibilidad. ¿Qué perdía?

—¿Cuánto tiempo llevas planificando esto?

—Más del que imaginas. Pero al caso: luego te daré el detonador y las frecuencias de cada túnel. Bastará con que acoples el detonador al ordenador central de la madriguera, y luego será suficiente con que selecciones los tramos que te interese bloquear. Así podrás aislar unas madrigueras de las otras, de modo que tus elegidos estarán seguros de sus… semejantes.

—¿Conoces todas las madrigueras de España?

—No… personalmente, aunque ya ves que llego a todas. En algunas de América utilicé otros medios... biológicos, digamos, que se accionarán al mes justo de que hayan cerrado las compuertas de seguridad. No he llegado a todas, es obvio, pero no quedarán

muchos adversarios a tus supervivientes, si es que algunos consiguen ver de nuevo la luz del sol.

Su mente era prodigiosa. Todo lo había previsto, reservándome la mejor y más cómoda de las arcas de Noé: Nivel-1. ¿Qué tendría preparado para impedir la entrada de los principales de la elite?... Aun a pesar de que cuando llegara la orden Omega hubiera sido capturado Nivel-1, sin duda tratarían de retomarlo para ponerse a salvo, y para lograrlo no dudarían en usar todos los medios a su alcance. Con toda seguridad, recursos no les faltarían, y la resistencia se me antojaba harto complicada. Mi amigo pareció entender mi preocupación.

—Seguramente la orden de retirada para los elegidos la darán sin tardar como consecuencia de esta acción, aunque antes enviarán a esa brigada de élite para procurar eliminarnos. Conviene estar preparados. Lo primero ahora es entrar y despejar el interior, y de eso nos encargaremos tú y yo, además de un experto en comunicaciones. Al resto los dejaremos fuera convenientemente camuflados.

—¿Sólo tres para limpiar Nivel-1 cuando supuestamente han reforzado la seguridad?...

—Sorpresa, sorpresa… La cosa está en que son muchos, pero no tienen ni idea con qué se enfrentan.

—Tal vez esto nos redima a los dos de una vida llena de errores —dije sin demasiado convencimiento, pero confiando en él.

—De una vida a secas —me corrigió, sin mirarme ni prestarme mayor atención.

Cuando estábamos llegando a la entrada de la Casa de Campo, Pablo se detuvo. Salió del coche se dirigió al que nos seguía y les ordenó que junto con un grupo de sus compañeros se distribuyeran por las numerosas carreteras que cruzaban el parque para limpiar de agentes camuflados de Apolyon el área, dándoles instrucciones de cómo identificarlos.

—En caso de duda de si son o no agentes de Apolyon —les dijo —, mejor muertos. Sin avisos. Recordad que aunque fueran civiles, ya son cadáveres. Nadie puede quedar en el entorno, nadie, y no os fieis de su apariencia. Sin radio: correr la voz. No más emisiones abiertas. Cuando terminéis, como en una hora como mucho os dirigís a la puerta principal del zoológico. Vais a hacernos falta. En marcha.

Luego se dirigió a otro automóvil, y les pidió que se dirigieran a una dirección muy concreta de un polígono industrial y que trajeran a la puerta del zoológico dos camiones cargados de material que estaban allí.

Volvió al coche y seguimos adelante. Los vehículos asignados se

separaron del grupo y los demás nos dirigimos hacia la puerta principal del zoológico. Antes de llegar, en una zona elevada desde donde podía verse el acceso, Pablo se detuvo y todos descendimos de los automóviles. Cediendo el mando de esta parte de la operación a Julián, le encargó el control del acceso principal, recomendándole que los hombres se distribuyeran de una forma discreta por los alrededores en espera de recibir instrucciones por el comunicador de seguridad que le dejó.

—¿Funcionan?... ¿No los frio la llamarada solar? —le pregunté.

—Son militares, además que siempre han estado en un maletín que es una especie de Jaula de Faraday.

—¿Y eso qué es?...

—Que funcionan, Toni, que funcionan.

No parecía tener tiempo o querer dar explicaciones. Prefirió concentrarse en el plan, y le siguió dando instrucciones a Julián. No debían dejarse ver bajo ningún concepto hasta que le informara de que la situación estaba controlada, en cuyo momento le pidió que tomara el control del acceso y lo defendiera, llegado el caso, a cualquier precio. Nadie podía entrar o salir de aquel recinto si no pertenecía a nuestro grupo.

—Si llegaran refuerzos de los GEO o de los GAR, los mandas a la parte alta del zoológico para que nos apoyen, y que se lleven todo su equipo, también cuerdas y material de escalada… si lo tienen. Dejaré allí a dos hombres esperándolos —le dijo finalmente.

Luego, Pablo seleccionó al experto en comunicaciones que consideró más apto y a los dos hombres que protegerían el lugar por el volveríamos a entrar en Nivel-1, y, tras proporcionarnos a unas bolsas que contenían trajes de protección biológica y entregarnos unas armas cortas dotadas de munición con punta hueca, se puso a la espalda un voluminoso macuto que parecía muy pesado y nos pusimos en marcha.

—¿Qué llevas ahí? —curioseé.

—Dulces sueños —bromeó.

Su humor, obviamente, seguía siendo el siempre. Aunque ni siquiera era mediodía, la luz era muy escasa. El cielo estaba tan oscuro como cuando los negros nubarrones de una tormenta de verano encapotan el cielo. Los cinco hombres saltamos la valla, llegamos a las toberas de ventilación y Pablo dejó dos hombres de guardia con instrucciones precisas de indicar cómo entrar a los GEO o los GAR cuando llegaran.

—Poneos los trajes como en unos treinta minutos y no os los quitéis al menos hasta quince minutos después de que ya no salga humo amarillo —les dijo—. Y que ni si quiera se le ocurra asomarse a nadie o estar cerca de aquí hasta que eso suceda.

Luego, les indicó qué debían decirles a los refuerzos que entraran y de qué manera actuar, siempre con cuidado de no deteriorar los filtros y los equipos que serían imprescindibles para la supervivencia de quienes ocuparan Nivel-1.

Invirtiendo las acciones del día anterior, descendimos los tres. Pablo sufría ostensible por su pierna herida, pero no emitió una sola queja a pesar de que la herida se abrió y comenzó a sangrar.

—Cuando estén dentro los invitados, volveremos y los conectaremos. Aprende bien cómo, Toni, por si caigo —me recomendó Pablo.

Tardamos en llegar a la sala de máquinas, aunque mucho menos de lo que demoramos en hacer el recorrido inverso. Apenas estábamos en la sala principal de ventilación vimos llegar a un equipo de mantenimiento, quienes acudían a revisar los motores, sin duda haciendo las últimas verificaciones antes de que Nivel-1 fuera ocupado. Fueron los primeros en caer.

En el mismo cuarto de ventilación, Pablo se dirigió al canal principal de distribución de aire, del que salían los ramales de las demás plantas de Nivel-1, puso su macuto en el suelo y sacó de él varios dispersores de gas de dos botellitas, las cuales me parecieron idénticas a las que usó contra el CGPJ.

—¿Cómo a los jueces del CGPJ?

—Idéntico, pero ahora con una dosis un poco mayor.

—¿Será suficiente para una instalación tan grande? —le pregunté un tanto preocupado.

—Sería suficiente para un centenar de campos de fútbol —me aclaró mientras ponía dos de esos artefactos en cada canal de ventilación.

—¿Y si llevan trajes como los nuestros? —alegué preocupado.

—Lo dudo mucho. Nadie resistiría muchas horas así, de modo que a lo sumo les habrán dotado de máscaras autónomas, y a estos gases les basta con la piel, ni siquiera precisan ser respirados.

Parecía tenerlo todo calculado, seguramente porque conocía todos los protocolos de seguridad. Sin embargo, la ansiedad me embargó, temiéndome que algo se le escapara o que Apolyon hubiera podido alterar sus procedimientos, sabedores de que Pablo estaba familiarizado con ellos, y que pudiera esperarnos más de una sorpresa. No obstante, preferí no exteriorizar mis temores.

Una vez Pablo dispuso todo, nos ordenó ponernos los trajes biológicos y, mientras lo hacíamos, dejó a un lado el emisor electrónico que los activaba, y nos dijo:

—No os los quitéis hasta que yo lo haga, procurad que nada los rompa o sois hombres muertos, y no uséis vuestras armas a no ser que sea imprescindible. Si los de la Estación de Control llegan a

saber lo que sucede, nuestro plan fracasará.

—¿Ahí no llegan los gases? —le interrogué con cierta preocupación.

—No; esa pecera es completamente autónoma. Es el centro neurálgico de toda la instalación.

Una vez puestos los trajes y bien asegurados, Pablo pulsó el control remoto y las nubes de gas que liberaron los artefactos que colocó en los canales de ventilación fueron rápidamente absorbidos por los chorros de aire, adentrándose en las entrañas de Nivel-1. Ni siquiera llegó al minuto la espera antes de que abriera la puerta y entráramos en la instalación.

Tal y como sucediera con el CGPJ, allí no había sino cuerpos que yacían sin vida. La eficacia de ese gas era prodigiosa, siendo bastante un pedazo de piel sin protección para que su acción fatal surtiera efecto instantáneo, y a aquellos hombres, efectivamente, solamente les habían dotado de equipos de respiración autónoma. El número de cadáveres era numerosísimo, evidencia de que se habían preparado a conciencia previniendo una acción de asalto, aunque Pablo había sabido eliminar sus defensas.

—Ahora —nos dijo Pablo—, llega la hora de los cirujanos. Haceos con una bolsa o algo así, buscad por toda la instalación a los oficiales, tomad su tarjeta de identificación y su mano derecha y reuníos conmigo en el nivel superior. Por ese ascensor. Esperad junto al acceso. Tú ya sabes de qué va, Toni.

Nos distribuimos las plantas, pero antes de hacerlo fue necesario explicarle a mi compañero de Comunicaciones cuál era el objetivo de aquella tarea tan aparentemente absurda, ante la que mostró ciertos reparos de conciencia. Lo entendió, por suerte, y cumplió con su parte.

Cuando nos reunimos en el nivel superior, Pablo se quedó con mi compañero y me envió de regreso al cuarto de ventilación para invertir el flujo de aire para que se limpiara la instalación de gas letal, y dejara allí una bomba de humo amarillo, que sería la señal que debían recibir quienes estaban fuera en señal de que Nivel-1 había sido tomado. Él, con las bolsas que contenían las manos y las tarjetas de los oficiales, se dirigió a tomar el Centro de Control, algo que le llevó más tiempo del que supuso porque tardó dar con la mano y la tarjeta correcta; pero lo consiguió.

Cuando regresé, el Centro ya era suyo y se encontraba informándole a mi compañero de cómo operaba aquella estación.

—Frialdad extrema —le recomendó—: en Apolyon no se titubea. Nada de señor, que aquí los grados no son como en el Ejército.

Luego de adiestrarle Pablo en el manejo de los equipos, llamó por la radio a Julián para informarle que ya se controlaban las

instalaciones y que debía tomar todos los accesos y asegurarlos. Antes de cortar, Julián le informó a su vez de que habían llegado dos unidades de los GEO y una de los GAR para apoyarlos.

—Excelente —dijo Pablo. Y, después de indicarle por dónde debían entrar en unos minutos más, añadió—: Cuidado con tocar nada y que lo vuelvan a dejar todo nuevamente en las mismas condiciones. Cuando entren las instalaciones, que limpien bien cada rincón. En el cuarto nivel hay un incinerador de alta potencia, de modo que se deshagan ahí de todos los cuerpos.

Estaba satisfecho. Únicamente quedaban ya los agentes del exterior y no fue fácil ni rápido tomar el acceso principal, pero sería media mañana cuando Nivel-1 era completamente nuestro.

—¿Cómo está la cosa, Julián? —le pregunté cuando al fin nos encontramos cara a cara en el exterior.

—Con problemas. Hay mucho lío en todas partes. Se ha corrido la voz de lo que sucede, y se ve que la población se ha vuelto loca. Me han informado los encargados de la recogida que todo es un caos y que en algunas partes la circulación es imposible.

—Que concentren esfuerzos y, si fuera necesario, envía a alguien de apoyo y que les abran paso a la fuerza. No tenemos tiempo.

—Algunos autobuses y varias familias ya están aquí. Los tenemos ahí arriba, detrás de aquella zona arbolada.

—¿Están protegidos? Bueno, pues en cuanto nos informen de que todo está en orden, comenzamos a bajarlos.

Le preguntó Pablo a Julián por los camiones que había ordenado ir a buscar, y este le informó que estaban arriba, con el grueso de los hombres, esperando. Pablo le ordenó que los trajera, que sacaran sus hombres los rollos de goma que había en ellos y que los extendieran sobre el asfalto de la carretera que conducía fuera del aparcamiento, dándole instrucciones desde y hasta dónde, comenzando a unos doscientos metros de la puerta principal.

—¿Rollos de goma?...

—Una alfombra de bienvenida para nuestros invitados —le informó irónico Pablo. Y luego, añadió—: En mi coche, en el maletero, hay un maletín con material electrónico y algunos detonadores. Cuando todos los rollos hayan sido extendidos, colocáis los detonadores rojos. No os preocupéis porque están a prueba de inútiles, de modo que no hay peligro. Tan sólo los tenéis que insertar en los cajetines que hay en cada extremo. Luego, cuando terminéis, me traes el control remoto… sin tocarlo, por favor.

El acceso principal de Nivel-1 era en apariencia una puerta metálica tan común y tan normal como cualquiera, ubicada en el edificio de información y objetos de regalo que había justo a la

entrada del parque zoológico.

Llegaban noticias por la radio de que, al difundir la información de las madrigueras, la situación se había descontrolado en algunas ciudades, y se estaban produciendo incidentes entre la Policía y el Ejército.

—Supervivencia —me apuntó Pablo—. Nada fuera de lógica. No te preocupes. Ahora tenemos que concentrarnos en esto.

Todo estaba en orden o, al menos, eso parecía. La tarde iba sofocando la escasa luz que vibraba todavía en la atmósfera, convirtiéndola en casi noche. Un oficial de los GEO llegó para informarnos de que todo el interior de Nivel-1 estaba limpio y que se podía comenzar a instalar a los «elegidos». Pablo ordenó traerlos, entretanto él y yo coordinábamos las acciones.

No tardaron en llegar uno, dos, cinco autocares. Muchos hombres de los que protegían el área salieron de sus escondrijos para ver por sí mismos quiénes eran los afortunados. En un silencio sepulcral, apenas perturbado por los arenosos pasos de la aterrada comitiva, comenzaron a desfilar hacia la entrada.

—¡Rápido, rápido! —les apremié.

Pero no tenían paso rápido, sino un caminar lentificado que les hacía parecer una procesión de espectros. La comitiva llegó a la ya tenue luz del acceso al Parque. Eran niños mongólicos, todos ellos de un colegio de educación especial. Los que iban al final de la larga fila, huérfanos de distintos hospicios, expósitos desechados por la sociedad, apartados como apestados en reclusorios, siendo como eran los más inocentes de todos. Todos ellos iban escoltados por monjas y enfermeras, las cuidadoras más fieles, las que siempre habían velado por los hijos de los otros. ¿Quiénes mejor que ellos para dejar un testimonio de la especie?

Algunos hombres no pudieron reprimir las lágrimas. Aquellas criaturas habían sido las elegidas por ser las menos favorecidas: los últimos eran por fin los primeros. Ángeles exiliados en colegios especiales y orfanatos; ángeles sin alas que se esconderían del horror durante un tiempo, para que un día, dentro de uno o dos años, quién sabía, cuando el cielo se calmara y la Tierra fuera renovada, salieran y construyeran la sociedad del futuro desde la inocencia. Las monjas serían sus veladoras junto a cocineras, lavanderas, enfermeras, maestras, madres. Madres, sí, porque sin serlo, ninguna mujer sería más madre que ellas, y mi amigo y yo lo sabíamos mejor que nadie.

Pablo, en un gesto impropio de él, acarició a una nena que pasó a su lado. La chiquilla se detuvo y le tomó de la mano.

—¿Y usted no viene? —le preguntó.

—Únicamente vosotros, pequeña: los buenos. Para los demás no

hay sitio.

Y la besó en la frente. La niña bajó su cabeza y, ya se disponía a seguir al grupo camino del ascensor, cuando se detuvo, se volvió y le entregó su muñeco.

—Usted no es malo —le dijo sonriendo, mostrando su dentadura de piano descompuesto—, solamente que no lo sabe.

Lo sabía, claro que lo sabía. Lo que ignoraba, probablemente, es que quedaban en él ciertos espacios inexplorados donde podía caber la ternura. Me dio la espalda para que no viera que los ojos se le habían empañado.

—Eres un tipo con suerte —bromeé para desdramatizar—: sin merecerlo te quieren.

Treinta niños entraban en el ascensor por vez. Más de diez viajes se habían hecho y aún quedaban fuera no sé cuántos otros niños más, y no cesaban de llegar más autocares. También habían comenzado a llegar muchos coches particulares, la mayoría de ellos de esposas de policías que traían a sus hijos. Todas querían entrar, todas querían evitar separarse de sus retoños cuando a eso precisamente habían ido. No eran escenas para cualquier estómago ni para cualquier corazón, ni era fácil decir a los hombres que estaban en la puerta «No caben más, señora.» ¡Qué hora trágica, qué espléndida tragedia!

Hombres, mujeres, niños, por momentos todo se descontrolaba. Treinta por viaje, tres, cuatro más y no cabría nadie, pero quedaban decenas, tal vez centenas de ellos esperando.

—Lleguemos a mil —propuso Pablo—: los niños comen menos.

Mentiría si dijera que aquel cabrón era el mismo que yo conocía. Estaba enternecido, conmocionado diría. ¿Dónde estaba el criminal frío y calculador?... ¿Dónde estaba el afamado relojero que exterminó poblaciones enteras?... ¿Acaso el hombre había vencido al asesino, o quizás solamente se había despertado el hombre que se durmió cuando me deslumbré por una mujer hermosa?... ¡Ah, Pablo, qué cosa extraña es la evolución y cómo cambiamos!

Cada vez que subía el ascensor, antes de entrar otra tanda de chicos, salían los hombres que habían revisado las instalaciones.

—Solamente queda ya el de comunicaciones, y espera órdenes. Todo está limpio y los invitados no verán ni una mancha de sangre.

Asentí. Me sentía orgulloso de haber compartido mi vida con esa clase de hombres que habían hecho honor a toda una vida, tal vez a toda una especie, con su último trabajo. Justo en aquel momento sonó el aparato de comunicaciones, y el hombre que teníamos en el Control nos informó que le habían mencionado la palabra Omega y que no sabía su significado.

—¡Fuera, fuera todo el mundo! —ordenó Pablo, gritando—. ¡A

vuestros puestos! ¡Ya vienen: todos a vuestros puestos! A ver, alguien que me traiga mi maletín. Y tú, Toni, ¡hostia!, mueve a esos niños y a esas monjitas de los cojones.

Apremié tanto como pude a la menuda tropa, empujándoles al interior del ascensor. Que no fueran treinta, sino cuarenta. Mientras Pablo ultimaba los preparativos y activaba su espectáculo, ordené armar un parapeto que protegiera a los últimos niños de cualquier clase de eventualidad. Fuera, algunas madres se resistían a marcharse si no dejaban entrar a sus hijos.

—Vamos, que pasen y que sea lo que Dios quiera.

Entró el último grupo de niños. Serían ya más de mil o cerca de ese número. Las madres, empujadas por los policías, emprendieron una marcha triste, todas con las luces de sus automóviles apagadas como una procesión que se encaminara a la muerte, pero sabiendo que una parte de ellas tenía una oportunidad de supervivencia.

Los hombres se atrincheraron alrededor de la entrada, Pablo terminó de preparar su recepción, y todos contuvimos el aliento. Tardó casi media hora en llegar el primer helicóptero, casi al mismo tiempo que lo hizo una columna de coches protegida por vehículos blindados. Quedaban todavía dos o tres viajes de niños, unos ochenta o cien cuando menos, y una docena de monjas. Total, unos cuatro viajes.

Se habían extendido las alfombras de plástico negro por todo el ámbito que indicó Pablo, y no tardó en llegar Julián con el maletín.

—¿De qué son esas alfombras?

—Persas —ironizó Pablo, mientras sacaba el control remoto que activaba los explosivos—. ¿Sabes que los persas inventaron el ajedrez? Bueno, pues son de C-4, un movimiento muy eficaz. Ahora vas a verlo. Las otras, las que están allá lejos, son de termita, muy divertidas también: pican mucho.

Pidió a los niños que se agacharan. Sin embargo, en aquel momento llegó el elevador y se abrieron las puertas, desparramándose la luz por todas partes y descubriendo la barricada. Algunos hombres de la comitiva de los elegidos que había bajado para inspeccionar el terreno, repararon en ella y, sin más, abrieron fuego con sus armas automáticas, dando la voz de alarma. No tardó ni un segundo en desatarse un infierno, vomitando la muerte su miseria desde mil lugares distintos y resolviéndose en una explosión formidable que iluminó la noche como si hubiera estallado un sol cuando Pablo accionó el detonador. Incluso los dos aparatos que sobrevolaban el área fueron engullidos por la bola de fuego que se levantó orgullosa desde el suelo como una bestia sangrienta. Varios vehículos salieron despedidos decenas de metros, e incluso algunos de los nuestros también cayeron.

Hubo un instante de silencio. Se oían lloros, gemidos de los heridos.

—¡Rematadlos de una puta vez! —gritó Pablo.

Mientras sonaban los primeros disparos de gracia que ultimaban a los heridos, Pablo se volvió a los chicos, trató de consolarles y los condujo hasta el ascensor. Un viaje, dos viajes. Llegaron más fuerzas de Apolyon y mejor armadas, y los combates se reanudaron. Llegó el último ascensor, y el mismo Pablo empujó a los niños a su interior, forzándoles a que se agazaparan. Entraron ellos, lo hicieron las monjas y, cuando Pablo se giró para cerrar las puertas y que descendiera con su última carga, se encontró conmigo.

—Ve con ellos —le dije—, y protégeles con la misma determinación que a otros les has condenado.

—Si hay alguien que merece morir —replicó—, ese soy yo.

—Lo siento, amigo, pero yo también te quiero, y estos niños precisan quién les proteja de bestias como tú. Yo te elijo.

Y le golpeé con la culata de mi arma en la cabeza al tiempo que le empujaba al interior del ascensor. Quedó semiinconsciente sobre el suelo.

—No puedes hacerme esto, no puedes —me dijo balbuciendo.

—Hermanas —les dije a las monjas que estaban con los niños, mientras me agachaba para ponerle las esposas—, téngale paciencia porque es el más rebelde que todos sus chicos juntos. Si precisan narcotizarle, en la enfermería encontrarán de todo. Por lo pronto, le dejaré esposado para que no se ponga nervioso, y mañana o pasado le liberan: aquí tienen las llaves. Para entonces ya todo habrá terminado y no les dará más problemas… espero.

Las puertas comenzaron a cerrarse, y puse el pie para evitarlo. Metí la mano en mi bolsillo y saqué de él una pluma blanca, algo ajada y raída ya por el tiempo.

—Hagan el favor, cuando se serene entréguenle esto. Díganle que es de su amigo, el que más le ha querido.

Me retiré, se cerró la puerta y escuché cómo descendía vertiginosamente el ascensor hasta el abismo de la salvación, al mismo tiempo que una voz ronca ascendía violenta, gritando: «Te quiero, ¡cabrón!: te quiero.»

Epílogo

Aquí estoy, en mi último paso o en mi último aliento, sobre esta leve colina de un planeta atormentado desde donde se divisa el acceso por el que el un día volverá la vida sobre la Tierra. Será la vida más hermosa, pero yo no veré ese amanecer. Como Moisés un día, no entraré en la Tierra Prometida.

Si no se apura el cielo o el destino, será el cáncer el que me mate o la infección de estas heridas que me produjeron mis adversarios en esa batalla que quizás todos los hombres de buena voluntad quisieran haber librado. Vencimos los que sabíamos que no lo hacíamos por nosotros, o se dieron por vencidos nuestros enemigos, los poderosos, y buscaron otro abrigo. La mayoría de ellos, sin embargo, cayeron en los fuegos de artificio que les había preparado Pablo.

Durante dos días más peleamos, vinieron fuerzas mayores y las repelimos porque muchos se sumaron para proteger la inocencia que enterramos como un tesoro, o quizás como esa última y postrera mota que escondía la caja de Pandora: la esperanza. Algunos de mis camaradas de armas en esta última cruzada están todavía por ahí, velando por proteger a nuestro tesoro; los demás, se fueron ayer, volvieron a sus casas con los suyos, y allí están esperando su último momento o el milagro de la supervivencia.

Durante dos días no dejó de traer el viento desde la ciudad ruido de caos, ecos de batalla; pero desde esta mañana hay una paz de cementerio que sobrecoge, como si el mundo mismo rezara. A Apolión, creo por lo que me dijo el obispo, ya se le puede divisar a simple vista, imponente como una montaña y fulgurante como sol nuevo. Seguramente trae consigo a esa velocidad de vértigo las llaves del abismo, y con su impacto se liberará el último mal.

El cielo clarea a veces, tal vez porque los volcanes hayan cesado de escupir fuego o porque el viento, cada vez más feroz, está arrastrando las cenizas. De vez en cuando, no obstante, antecediendo a Apolión se ve pasar un meteorito que impetuoso rasga la negritud y se estrella allá lejos, en el horizonte. En ocasiones son dos o tres gigantescas moles las que hacen estremecerse a la tierra con su irrupción como de trompeta. Hace un rato, no mucho, entre unos claros me pareció ver a lo lejos Nibiru, muy por detrás de Apolión. Iba rodeado de una docena de satélites, y se agitaba en el firmamento, de un rojo vivísimo, como

una serpiente rabiosa que se abrasara en su propio fuego. Apolión es su Juan Bautista, el anunciador, la última oportunidad del arrepentimiento; pero me da la impresión de que, por el giro de la Tierra, caerá lejos, tal vez en el océano o en América, no lo sé calcular. Si lo hiciera en el océano, sería algo así como lo que dijo el padre Bernardo, el liberador del tormento, pero no el final… todavía.

Desde el día de ayer la Tierra se queja con violentos temblores y un ruido ensordecedor. Hay un constante aullido interior del planeta, grave como la nota do de un violonchelo, cual si el manto terrestre se estuviera desprendiendo del núcleo o como si el mismo planeta se detuviera en su perpetuo rodar por el espacio. Debe ser esto último, porque desde que comenzó a quejarse con ese sonido de huesos que se rozan, el viento ha ido soplando cada vez con más fuerza y tanto Nibiru como el Sol parecen detenerse en el cielo o avanzar tan lentamente que dan la impresión de estar clavados en el horizonte, en un ocaso eterno. Alguien dijo esta mañana que el río Manzanares crecía desde el Occidente y que traía agua de mar y muchos cadáveres y enseres. Es probable que los océanos se estén desbordando y escalando la tierra firme, quién sabe.

Y, sin embargo, aquí estamos, aguantando nuestras últimas horas unos pocos hombres. Hace un frío glacial y el viento es huracanado, pero parece que nos mantuvieran vivos ciertas fuerzas sutiles que en realidad son las que siempre nos hicieron latir, quizás porque son las únicas que en verdad importan.

También yo he estado siempre atado por fuerzas invisibles a mi exmujer y a mi hija, a quienes sin duda pronto veré y estrecharé entre los brazos, o lo que quiera que sea que tengan los espíritus, y estuve unido a mi amigo. Un lazo indestructible que me llevaré conmigo al otro lado, al otro cielo o a la otra vida.

He cambiado, sí. Las cosas o los sucesos me han cambiado mucho en muy poco tiempo, pero, sobre todo, me ha cambiado una decisión, una elección, quizás la más noble o memorable de toda mi vida. Tengo la impresión, ahora que ya nada importa, de que nací para tomar precisamente esta única decisión. Sé que me queda poco, muy poco tiempo para completar mi andadura en este mundo y esta vida, y mi corazón se alegra de ello. Hoy sé, sin lugar a dudas, que nada es más importante que lo sutil, que lo impalpable, y que no hay mayor acto de amor que negarse uno mismo para dar una oportunidad a otros.

Mi amigo Pablo también cambió. Después de casi toda una vida dedicada al crimen y al dolor, planeó una venganza, pero obtuvo su propia redención porque se negó a sí mismo. El amor, su amor, finalmente pudo más que la sangre y el insoportable peso de una

pluma venció su obstinación en lo perverso. Cambió, sí, y comenzó a hacerlo mucho antes de lo que él mismo imaginaba, exactamente el mismo día en que empezó a escribir en su agenda aquello que verdaderamente sentía, acaso pudiéndose ver sobre el papel como en un espejo. Se reconoció, y cambió. He podido leer los pasos de esa trasformación en la misma agenda que cayó de su bolsillo en la puerta del ascensor, cuando le forcé a asumir su destino de ser el protector de la semilla de la nueva especie.

Mi tiempo se agota, y ya puedo sentir cómo la muerte hila mi mortaja. Ojalá que los nuevos hombres del mundo que amanecerá sepan comprender esta historia que ahora concluyo mientras espero mi última hora, fundiendo cuanto a Pablo y a mí nos cambió, y que les lego como testimonio. Nosotros, cada uno, somos los demás. Como con las estrellas que mueren y nacen, mi fin, este fin, no es sino el inicio. *Finis Initium*.

FIN DE LA NOVELA

Índice

1 Postulado
2 Los relojeros
3 Iniciación
4 El no-ser
5 Oficialía
6 Relojes presentes, tictacs futuros
7 Maestría
8 África
9 Sabiduría
10 Apolyon
11 Paul, el asesino
12 El último trabajo
13 Lo más alto, lo más bajo
14 Pequeñeces
15 El Ojo de Dios
16 Grandes anhelos, grandes fiascos
18 Finis Initium
19 Captura y liberación
20 Los preparativos
21 La verdad desnuda
22 Últimos pasos sobre la Tierra
23 Las arterias del silencio
24 Auxilio
25 Ignoti nulla cupido
26 Nivel-1
27 La elección
Epílogo